

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 5

14 de abril de 1887 – 23 de setiembre de 1889

Elena G. de White

Contenido

14 de abril de 1887	7
21 de abril de 1887	9
5 de mayo de 1887	12
19 de mayo de 1887	15
19 de mayo de 1887	17
26 de mayo de 1887	19
2 de junio de 1887	22
9 de junio de 1887	24
16 de junio de 1887	27
23 de junio de 1887	30
30 de junio de 1887	32
7 de julio de 1887	35
14 de julio de 1887	37
21 de julio de 1887	40
28 de julio de 1887	42
28 de julio de 1887	45
4 de agosto de 1887	46
11 de agosto de 1887	49
18 de agosto de 1887	51
25 de agosto de 1887	54
1 de septiembre de 1887	56
8 de septiembre de 1887	59
15 de septiembre de 1887	61
22 de septiembre de 1887	64
29 de septiembre de 1887	66
6 de octubre de 1887	69
20 de octubre de 1887	71
3 de noviembre de 1887	73

10 de noviembre de 1887	76
17 de noviembre de 1887	78
24 de noviembre de 1887	80
1 de diciembre de 1887	84
8 de diciembre de 1887	87
15 de diciembre de 1887	91
22 de diciembre de 1887	94
29 de diciembre de 1887	97
6 de enero de 1888	99
13 de enero de 1888	103
20 de enero de 1888	107
27 de enero de 1888	110
3 de febrero de 1888.....	113
10 de febrero de 1888.....	117
17 de febrero de 1888.....	121
24 de febrero de 1888.....	124
2 de marzo de 1888	127
9 de marzo de 1888	129
16 de marzo de 1888	133
23 de marzo de 1888	137
30 de marzo de 1888	140
6 de abril de 1888	144
13 de abril de 1888.....	147
20 de abril de 1888	151
4 de mayo de 1888	154
11 de mayo de 1888.....	157
18 de mayo de 1888	160
25 de mayo de 1888	163
1 de junio de 1888	165

8 de junio de 1888	169
15 de junio de 1888	172
22 de junio de 1888	175
29 de junio de 1888	177
6 de julio de 1888	181
13 de julio de 1888	183
20 de julio de 1888	186
27 de julio de 1888	188
3 de agosto de 1888.....	191
10 de agosto de 1888.....	194
17 de agosto de 1888.....	196
24 de agosto de 1888.....	198
31 de agosto de 1888.....	201
7 de septiembre de 1888.....	204
14 de septiembre de 1888.....	206
21 de septiembre de 1888.....	210
5 de octubre de 1888	213
12 de octubre de 1888	216
19 de octubre de 1888	219
26 de octubre de 1888	222
2 de noviembre de 1888	225
9 de noviembre de 1888	227
16 de noviembre de 1888	229
30 de noviembre de 1888	231
4 de marzo de 1889	233
11 de marzo de 1889	235
18 de marzo de 1889	237
25 de marzo de 1889	240
1 de abril de 1889	242

8 de abril de 1889	244
15 de abril de 1889	247
22 de abril de 1889	250
6 de mayo de 1889	252
13 de mayo de 1889	254
20 de mayo de 1889	257
27 de mayo de 1889	259
3 de junio de 1889	261
10 de junio de 1889	263
17 de junio de 1889	266
24 de junio de 1889	268
1 de julio de 1889	271
8 de julio de 1889	274
15 de julio de 1889	276
22 de julio de 1889	278
29 de julio de 1889	281
5 de agosto de 1889.....	284
12 de agosto de 1889.....	286
19 de agosto de 1889.....	288
26 de agosto de 1889.....	289
2 de septiembre de 1889.....	291
9 de septiembre de 1889.....	294
16 de septiembre de 1889.....	296
23 de septiembre de 1889.....	299

SECABIPP

14 de abril de 1887

Caminar en la luz

EGW

"Caminad mientras tenéis la luz, no sea que os sobrevengan las tinieblas".

Como cristianos, tenemos la obligación de dejar que nuestra luz brille de tal manera ante el mundo, que los demás, al ver nuestras buenas obras, glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos. Pero no podemos ejercer una influencia correcta sobre los demás a menos que nosotros mismos caminemos en la luz. Si hemos experimentado la gracia perdonadora de Dios, y tenemos su amor en nuestros corazones, podemos, cuando se presente la oportunidad, hablar con consejo y súplica afectuosa a los que están en peligro de perder la vida eterna; y nuestra conducta consecuente dará fuerza a nuestras palabras.

Una vida dedicada a trabajar activamente para Dios es una vida bendecida. Multitudes que pierden su tiempo en bagatelas, en lamentaciones ociosas y en murmuraciones inútiles, podrían tener una experiencia totalmente diferente si apreciaran las bendiciones que Dios les ha dado y, mientras comparten estas bendiciones con otros que son menos afortunados, procurarán ganarlos para Cristo. Y muchos así hacen la vida miserable por su propio egoísmo y amor a la facilidad. Mediante una actividad diligente, sus vidas podrían llegar a ser como brillantes rayos de sol. Si gastaran sus energías en tratar de guiar a los que están en el oscuro camino de la muerte hacia el sendero del Cielo, sus propios corazones se llenarían de la paz y la alegría que sobrepasa todo entendimiento.

Es para nuestro provecho en esta vida, y para nuestro interés eterno, que manifestemos seriedad y celo en la obra de Dios. En la sabia providencia de Dios, somos incapaces de mirar hacia el futuro. Esto nos causa a menudo inquietud e infelicidad; pero una de las mayores pruebas que tenemos de la bondad amorosa de Dios es su ocultación de los acontecimientos del mañana. Nuestra ignorancia del mañana nos hace más vigilantes y serios hoy. No podemos ver lo que tenemos delante. Nuestros mejores planes a veces parecen imprudentes y defectuosos. Pensamos: "¡Si supiéramos el futuro!" Pero Dios quiere que sus hijos confíen en Él y estén dispuestos a seguir las directrices de su providencia. No sabemos el momento exacto en que nuestro Señor se manifestará en las nubes del cielo; pero él nos ha dicho que nuestra única seguridad está en una preparación constante, una posición de vigilancia y espera. Ya sea que tengamos un año por delante, o cinco, o diez, debemos ser fieles a nuestra confianza hoy. Debemos cumplir los deberes de cada día tan fielmente como si ese día fuera a ser el último.

No estamos haciendo la voluntad de Dios, si esperamos con ociosidad la venida de nuestro Señor. A cada hombre se le ha asignado su trabajo, y el Maestro espera que cada uno haga su parte con fidelidad. Hemos de sembrar junto a todas las aguas, trabajar continuamente por Jesús, esperando que se nos conceda la salvación y aguardando tranquilamente nuestra recompensa. Los pecadores han de ser advertidos; los pecadores han de ser ganados para Cristo.

Hay hombres de excelente capacidad, hombres ambiciosos en las actividades mundanas, por cuya salvación no se hacen esfuerzos por temor a un rechazo. Pero la habilidad y la energía que los hacen exitosos en las actividades mundanas, si fueran consagradas, los harían útiles en el servicio de Cristo. No podemos decir al hombre ambicioso que debe dejar de serlo si quiere llegar a ser cristiano. Dios pone ante él los objetos más elevados de la ambición: un manto blanco inmaculado, una corona cuajada de joyas, un cetro, un trono de gloria y un honor que perdurará a través de las edades incesantes de la eternidad.

Todos los elementos del carácter que ayudan a que un hombre tenga éxito y sea honrado en el mundo -el deseo irreprímible de algún bien mayor, la voluntad indomable, el esfuerzo extenuante, la perseverancia incansable- no deben ser aplastados. Deben permanecer, y, mediante la gracia de Dios recibida en el corazón, ser transformados en otro canal. Estos valiosos rasgos del carácter pueden ejercitarse en objetos mucho más elevados y nobles que las búsquedas mundanas, como los cielos son más elevados que la tierra. Jesús presenta una corona de gloria más rica que cualquiera que haya engalanado la frente de un monarca, y títulos superiores a los de los príncipes honrados. La recompensa por una vida dedicada al servicio de Cristo, excede todo lo que la imaginación humana puede abarcar. Cristo no pide a los hombres que dejen de lado su celo, su deseo de excelencia y elevación; pero quiere que no busquen tesoros percederos ni honores fugaces, sino lo que es perdurable.

No hay lugar en la viña de Dios para las almas apáticas. Los ministros a veces dicen a la gente que no tienen nada que hacer sino creer; que Jesús lo ha hecho todo, y sus obras no son nada. Pero la palabra de Dios dice claramente que en el Juicio la balanza se equilibrará con exactitud, y las decisiones se basarán en las pruebas presentadas. Un hombre se convierte en gobernante de diez ciudades, otro de cinco, otro de dos; cada hombre recibe justo de acuerdo con la mejora que ha hecho en los talentos confiados a su custodia. Nuestros esfuerzos en las obras de justicia, en nuestro propio beneficio y para la salvación de las almas, tendrán una influencia decisiva en nuestra recompensa.

Dios se complace cuando los que luchan por la vida eterna apuntan alto. Hay fuertes tentaciones de satisfacer los rasgos naturales del carácter haciéndose mundanamente sabios, intrigantes y egoístamente ambiciosos, acumulando riquezas en detrimento de la salvación, que tiene un valor mucho mayor. Pero cada tentación resistida es una victoria ganada en el sometimiento del yo; dobliga los poderes al servicio de Jesús, y aumenta la fe, la esperanza, la paciencia y la tolerancia.

El cristiano debe ser recto. Con un corazón fiel a Dios, e imbuido de su Espíritu, verá mucho por qué afligirse mientras esté rodeado de aquellos que han abandonado su lealtad al Dios del Cielo, y están del lado del gran rebelde. El hecho de que abunde la iniquidad es una razón poderosa por la que debe ser vigilante, diligente y fiel en el servicio de su Maestro, para que pueda representar correctamente la religión de Jesucristo. Por todas partes oirá el soldado cristiano conspiraciones traicioneras y declaraciones rebeldes de quienes anulan la ley de Dios. Esto debe aumentar su celo para actuar como centinela fiel de Dios, y hacer todo lo posible para que las almas se alistén bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emanuel.

Cuanto más densas sean las tinieblas morales, tanto más fervoroso debe ser el esfuerzo por caminar con Dios, para que la luz y el poder de Él se reflejen en los que están en tinieblas. El amor de los cristianos genuinos no se enfriará porque abunde la iniquidad. A medida que la sociedad se corrompe más y más, como en los días de Noé y de Lot, habrá anhelo del alma por los pecadores engañados, engañados, que perecen, que se preparan para un destino semejante al de los transgresores que perecieron en las aguas del diluvio y en los fuegos de Sodoma. El verdadero seguidor de Cristo no seguirá a una multitud para hacer el mal, porque esté de moda hacerlo. Su alma se enfurecerá ante los atrevidos insultos que se ofrecen al Redentor del mundo; y estará ansioso por ejercer todo poder para ayudar a hacer retroceder la marea de miseria y culpa que está inundando el mundo.

Tenemos sólo un poco de tiempo para instar a la guerra; entonces Cristo vendrá, y esta escena de rebelión se cerrará. Entonces se habrán hecho nuestros últimos esfuerzos para hacer avanzar el reino de Cristo. Como nunca antes, debe hacerse resistencia contra el pecado, contra los poderes de las tinieblas. Pero si, doblegados por la aflicción y desgastados por el trabajo, nos sentimos impacientes por recibir una honorable liberación de la guerra, recordemos -y que el recuerdo frene toda murmuración- que Dios nos deja en la tierra para enfrentar tormentas y conflictos, para perfeccionar el carácter cristiano, para conocer mejor a Dios nuestro Padre y a Cristo nuestro Hermano mayor, y para trabajar para el Maestro ganando muchas almas para Cristo, para que con corazones alegres podamos oír las palabras: "Bien, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor".

Un don de la mano de Dios espera al vencedor, que camina en la luz hasta el final de la carrera. Ninguno de nosotros lo merece; será un don gratuito. Maravilloso y glorioso será este don; pero recordemos que "una estrella difiere de otra estrella en gloria". Así como se nos exhorta a luchar por el dominio, apuntemos, en la fuerza de Jesús, a la corona cargada de estrellas. "Los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que convierten a muchos a la justicia, como las estrellas por los siglos de los siglos".

21 de abril de 1887

Crecimiento en Gracia

EGW

"Creced en la gracia", dice el apóstol Pedro, "y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo". Esta es la regla de la vida cristiana. Pero muchos, tanto individuos como iglesias, son como plantas enfermizas, y no crecen sino débilmente. Y la pregunta es constantemente apremiante: ¿Qué se puede hacer para promover y mantener la vida espiritual en las iglesias?

Muchas iglesias tienen pocos miembros. ¿Deben, por lo tanto, volverse inactivas, débiles y enfermizas, y permitir que el desaliento se apodere de ellas? Si sólo hay seis miembros activos, cada uno de ellos debe sentir la responsabilidad de mantener el interés de la iglesia. Los hombres que saben conducir con éxito los negocios mundanos deben poder usar sus talentos para la edificación de la causa de Dios entre ellos. Los miembros de la iglesia deben prestar diligente atención a la Palabra de Dios, para que puedan comprender su deber, y luego

dedicar todas las energías de la mente y el corazón a la obra de hacer de su iglesia una de las más prósperas del país, y una de las más eficientes en la misión que el Cielo le ha asignado: la obra de rescatar a las almas que perecen.

Cuando terminó la misión de Cristo en la tierra y ascendió a su Padre, dejó la Iglesia y todos sus intereses como un encargo sagrado a sus seguidores, ordenándoles que la mantuvieran en una condición floreciente. Esta obra no puede dejarse sólo en manos de los ministros ni de unos pocos dirigentes. Cada miembro debe sentir que ha hecho un pacto solemne con el Señor para trabajar por los mejores intereses de su causa en todo momento y bajo cualquier circunstancia. Cada uno debe tener algún papel que desempeñar, alguna carga que soportar, invirtiendo así algo, en tiempo e interés, para la vida y prosperidad de la iglesia. Si todos sintieran así una responsabilidad individual y fueran fieles administradores de la gracia que se les ha confiado, avanzarían más en las cosas espirituales. La solemne carga que descansa sobre ellos los llevaría a menudo a buscar a Dios en oración para obtener fortaleza y gracia.

El verdadero carácter de la iglesia se mide, no por la alta profesión que hace, ni por los nombres inscritos en el libro de la iglesia, sino por lo que realmente está haciendo por el Maestro, por el número de sus obreros fieles y perseverantes. El trabajo personal y el esfuerzo vigilante e individual lograrán más para la causa de Cristo de lo que pueden lograr los sermones o los credos.

Los verdaderos seguidores de Cristo, en todo el mundo, serán como Cristo. Dijo el Salvador: "Por sus frutos los conoceréis". "Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol corrompido puede dar frutos buenos". Y también: "El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto". Esta evidencia es concluyente. Si Cristo mora en el corazón, los preciosos frutos de su Espíritu se manifestarán, como resultado natural, en la vida. Si Satanás controla la mente, los rasgos malignos se manifestarán con la misma seguridad.

Los que profesan ser discípulos de Cristo, mientras que en las obras lo niegan, están sirviendo al archienemigo disfrazado. Se visten con ropas de justicia para ocultar una naturaleza mundana, egoísta y no regenerada, y su profesión presenta una luz falsa al mundo. En el campo, en el taller, en el círculo familiar, en la iglesia, revelan el triste hecho de que su religión consiste en un formalismo hueco; y ejercen constantemente una influencia contraria a la verdadera piedad.

La Palabra de Dios nos enseña que es deber de los seguidores de Cristo demostrar al mundo que, si bien el cristianismo conduce a la industria y a la economía, también condena la avaricia y la extralimitación, así como cualquier otra forma de deshonestidad. El talento, la energía y el celo no se dedicarán exclusivamente a conseguir dinero, sino que se emplearán en interés de la iglesia y de la causa de Dios en todas partes. Necesitamos la presencia de Dios para controlar, su sabiduría para guiarnos en todos los asuntos de la vida. No podemos permitirnos separarnos de Él en la más pequeña transacción. La integridad inquebrantable marcó el carácter y la vida de Cristo; uno de los principios del Cielo fue así ejemplificado en la tierra. Si el proceder de sus profesos seguidores es contrario a la vida que les dio como modelo, demuestran que no tienen parte en él.

Como vino a Cristo, así Satanás vendrá con sus tentaciones a cada cristiano. "No seas demasiado escrupuloso", susurra, "en lo que respecta al honor y la honestidad. Si quieres obtener ganancias, debes velar severamente por tus propios intereses." Muchos escuchan estas sugerencias, y ciegamente arriesgan su esperanza de vida eterna por ganancias mundanas. Pero aunque por un tiempo puedan parecer prósperos y felices, el fin será amargura y desdicha.

Dice el apóstol Santiago: "Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras". "La fe sin obras está muerta". Cada hombre manifestará en su vida toda la fe que tiene. El fervor desinteresado del cristiano por la causa de la verdad dejará su impresión en las mentes de todos los asociados con él. Los que están fuera de Cristo tienen una evidencia constante del poder de la gracia divina en la integridad y vida consecuente de sus fieles seguidores. Tales cristianos prestan un servicio eficaz a su Maestro.

Una iglesia cuyos miembros sienten que no son responsables de su prosperidad, no logrará mostrar al mundo la unidad, el amor y la armonía que existen entre los verdaderos hijos de Dios. Los mundanos están constantemente observando y criticando con agudeza y severidad a los que profesan servir a Dios, y sin embargo muestran por sus vidas que son extraños a la influencia de la gracia divina. "Es demasiado malo", dice el incrédulo, "estropear a un buen mundano para hacer un mal cristiano. Ese hombre es tan agudo y ansioso de promover sus propios intereses como antes de profesar la religión. Y qué espíritu tan poco cristiano manifiesta. Cómo le gusta exaltarse a sí mismo. Qué poco amable habla de los demás. Ve algo que reprochar en el carácter de cada hombre. Les digo que, aunque pertenece a la iglesia, ese hombre necesita vigilancia. Hay otro que es duro y severo con sus empleados. Es impaciente incluso con los animales que están bajo su control, y abusa de ellos como si no tuvieran sentimientos. Tales hombres no han hecho ningún cambio a mejor".

En demasiados casos este es un cuadro verdadero. ¡Qué barrera han erigido tales cristianos profesos para impedir que los pecadores vengan a Cristo! Son una maldición para sus familias y una maldición para la iglesia. El verdadero discípulo de Cristo manifestará su mansedumbre y gentileza en fuerte contraste con la tempestad, la fanfarronería y la bravuconería del gran adversario y sus seguidores.

El segundo gran mandamiento, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", será la regla de vida de todos los cristianos que verdaderamente están creciendo en la gracia. Nuestra influencia, ya sea para bien o para mal, afectará a otros, y vivirá cuando nosotros ya no estemos. Entonces vivamos de tal manera que nuestros amigos y asociados puedan ver que nos regimos por la regla divina, llenos de sabiduría y amor. Una vida cristiana pura, desinteresada y bien ordenada es el argumento más fuerte que puede presentarse en favor de la religión que profesamos. Una vida así probará a todos los que la contemplan que hay una realidad divina en el Evangelio de Jesucristo.

Queridos amigos cristianos, repito: Si sois de Cristo, obraréis las obras de Cristo, y no las de su gran adversario. Si Jesús mora en el corazón, será ejemplificado en las palabras, en la conducta, en todos los actos y propósitos de la vida. Tales cristianos estarán unidos a la vida viva; se nutrirán de la savia de la cepa madre, crecerán y darán fruto en buenas obras. Tendrán

el favor de Dios y de los hombres. La paz y la alegría se derramarán a su paso, y la gloria se reflejará en Dios.

El verdadero espíritu de la religión cristiana es de abnegación; la abnegación es necesaria a cada paso. Jesús bajó del cielo para enseñarnos a vivir, y su vida fue una vida de trabajo y abnegación. Él se dedicó a hacer el bien, y aquellos que son verdaderamente sus representantes seguirán su ejemplo trabajando por el bien de los demás. Se deleitarán en promover los intereses de la causa de Dios, tanto en casa como en el extranjero. Serán vistos y oídos, y su influencia se dejará sentir en las reuniones de oración. Sin embargo, no buscan exaltarse a sí mismos ni recibir crédito por hacer una gran obra, sino que trabajan humildemente, mansamente, fielmente, haciendo pequeñas diligencias si se les pide, o una obra mayor si es necesario, para testificar su amor y gratitud a Cristo, que tanto ha hecho por ellos.

5 de mayo de 1887

Una reforma del sábado

EGW

"Y se abrió el templo de Dios en el Cielo, y se vio en su templo el arca de su testamento".

En santa visión Juan vio una puerta abierta en el Cielo. Es el brazo del Poder Todopoderoso el que ha abierto esta puerta, y ningún hombre puede cerrarla. A través de esta puerta abierta se revela el templo de Dios, en cuyo Lugar Santísimo está el arca, y en esta arca está la ley de los diez mandamientos, escrita con el dedo de Dios en tablas de piedra.

Mirando a través de la corriente del tiempo, el profeta ve a un pueblo cuya atención se dirige al templo de Dios. La luz que brilla desde la puerta abierta atrae su atención, y comienzan a ver que contiene la ley de los diez mandamientos. El ángel de Apocalipsis 14 es representado como volando en medio del cielo, diciendo a gran voz: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús." Este ángel presenta un mensaje que ha de ser proclamado al mundo justo antes de que Cristo venga en las nubes del cielo para llevarse consigo a sus elegidos. Justo antes de ese momento, pues, se ha de llamar la atención del pueblo sobre la abatida ley de Dios, que está contenida en el arca del testamento.

El pueblo de Dios busca la luz; y al examinar su ley, precepto por precepto, encuentra en su seno el cuarto mandamiento, tal como fue instituido en el Edén y proclamado con terrible grandeza desde el monte Sinaí: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por lo cual bendijo Jehová el día de reposo, y lo santificó."

Ven que en lugar de observar el séptimo día, el día que Dios santificó y ordenó observar como sábado, están guardando el primer día de la semana. Pero desean honestamente hacer la voluntad de Dios, y comienzan a escudriñar las Escrituras para encontrar la razón del cambio. Al no encontrar ninguna autoridad bíblica para la costumbre, surge la pregunta: ¿Aceptaremos una verdad que se ha vuelto impopular y obedeceremos los mandamientos de Dios, o seguiremos con el mundo y obedeceremos los mandamientos de los hombres? Con las Biblias abiertas lloran, oran y comparan las Escrituras, hasta que, convencidos de la verdad, adoptan concienzudamente su postura como guardadores de los mandamientos de Dios.

Cuando las Escrituras se abrieron a los primeros buscadores de la verdad, vieron cuál debía ser su trabajo. Dijo el profeta: "Y los que serán de ti reedificarán los antiguos yermos; tú levantarás los cimientos de muchas generaciones; y serás llamado Reparador de brechas, Restaurador de sendas para habitar. Si apartares tu pie del sábado, de hacer tus placeres en mi día santo; y llames al sábado delicia, el santo del Señor, honorable; y le honrases, no haciendo tus caminos, ni hallando tus placeres, ni hablando tus palabras, entonces te deleitarás en el Señor; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré de la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Señor lo ha dicho."

Muchos y decididos fueron los esfuerzos que se hicieron para derribar la fe de los que querían edificar los antiguos baldíos, y sanar la brecha en la ley de Dios. Con cuánta dureza los hombres malvados, encabezados por el príncipe de las tinieblas, trataron de cerrar la puerta que se había abierto en el santuario donde Jesús había entrado para hacer expiación por su pueblo. Cristo había abierto la puerta, o ministración, del Lugar Santísimo, y la luz resplandecía, para que todos los que lo desearan pudieran ver las afirmaciones del cuarto mandamiento, y creer. Dios había establecido su ley, y ni una jota ni una tilde de ella había de ser anulada.

Cuando los que habían recibido la luz de la verdad salieron a presentarla a los demás, encontraron oposición por todas partes. Sus nombres fueron tachados de malvados, y sufrieron privaciones y penurias; y, sin embargo, desde el principio la obra ha avanzado firmemente. Miles de personas han aceptado la verdad en América, y ha sido llevada a todas partes del mundo; gentes de todas las lenguas y nacionalidades la están aceptando.

Muchos más aceptarán todavía la verdad sobre la reforma del sábado; pero no debemos esperar que un gran número de los grandes hombres de la tierra obedezcan; la cruz es demasiado pesada para que la levanten. ¿Cómo fue en los días de Cristo? Muchos de los gobernantes y jefes de los judíos creían en sus enseñanzas; pero no querían reconocerlo por temor a perder influencia entre sus semejantes. El mismo espíritu existe hoy; y lo que impedía a los fariseos confesar la verdad, impedirá a muchos confesarla ahora.

Las cuestiones que cada uno debe resolver son: ¿Qué es la verdad? y ¿Cuál es tu objetivo en la vida? Si tu objetivo es satisfacer el estándar del mundo, aceptar las máximas y prácticas del mundo, las palabras de la verdad tendrán poco peso para ti. Pero si usted tiene un deseo sincero de responder a las demandas que Dios tiene sobre usted, si su deseo es estar conectado con Dios, y alcanzar la ronda más alta de la escalera del progreso en la vida divina, entonces, cuando el enemigo venga como una inundación, el Espíritu del Señor levantará un estandarte

contra él. Pero son tus propios esfuerzos, a través de la gracia de Cristo, los que te traerán la perfección del carácter. Cuando el camino del deber se abre ante ti, no estás en libertad de consultar tu propia conveniencia; se te exige que camines por la senda de la humilde obediencia. Todos los que entren en el Cielo lo harán como vencedores. Tendrás batallas que librar; tendrás dificultades que afrontar que sólo podrán superarse mediante una resistencia fuerte y decidida. Pero la vida eterna merece un esfuerzo perseverante durante toda la vida.

No estamos en libertad de desechar nuestras almas; no estamos en libertad de ponernos bajo la influencia de Satanás, y hacernos esclavos de su voluntad. "No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio", la preciosa sangre del Hijo de Dios; "glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". Pertenecemos a Dios. Él tiene pretensiones sobre nosotros de las que no podemos desprendernos; podemos ignorarlas, podemos negarnos a ceder a sus sabias exigencias, pero sin embargo son vinculantes para nosotros. Dice el Verdadero Testigo: "Conozco tus obras". Cada día de nuestra vida tenemos algo que hacer para mejorar las capacidades que Dios nos ha dado. Él nos ha dado poderes de razonamiento; y si de alguna manera debilitamos esos poderes, seremos llamados a rendir cuentas ante el justo Juez de toda la tierra. Él nos ha dado talentos; y si estos talentos se emplean correctamente, nuestra capacidad de trabajar para el Maestro aumentará.

Cuando la luz de la verdad brilla sobre nuestro camino, y la conciencia es convicta, ¿nos apartaremos de las advertencias enviadas por el Cielo porque todos no las obedecerán? ¿Preguntaremos a nuestros amigos y conocidos si es mejor para nosotros obedecer las invitaciones del Espíritu de Dios? -No; estos amigos pueden hacernos errar, pero no pueden pagar el rescate de nuestras almas.

Nadie está obligado a aceptar a Jesús y su verdad, pero todos están invitados a hacerlo. La vida y la muerte están ante nosotros, y somos nosotros los que debemos elegir cuál de ellas aceptar. Una gran obra ha de realizarse para todos nosotros antes de que podamos alcanzar la perfección del carácter cristiano. La poderosa palanca de la verdad nos saca de la cantera del mundo y nos coloca en el taller de Dios, donde debemos someternos a ser tallados, escuadrados y pulidos, si queremos ser aptos para el edificio celestial.

La ley de Dios es la norma de justicia. Es el espejo en el que debemos mirarnos para discernir los defectos de nuestro carácter. Cuando nos miramos en un espejo, éste revela los defectos de nuestro vestido o de nuestra persona; pero no elimina ni una sola imperfección. Éstas debemos remediarlas nosotros mismos. Lo mismo sucede con la ley de Dios. La ley es el gran espejo de Dios, o detector moral del pecado; pero no hay ninguna cualidad salvadora en la ley; no tiene poder para perdonar al transgresor. Hay una provisión hecha para el pecador: "Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo". Entonces, ¿cuál es la obra que tiene ante sí el pecador? Es ejercitar el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. En la preciosa sangre del Hijo de Dios, todas las manchas del pecado pueden ser lavadas. Hay una fuente abierta para Judá y Jerusalén, y la contaminación del pecado será quitada de todos los que se laven en esta fuente.

Queridos amigos, cada uno de vosotros tiene un caso pendiente en el tribunal del Cielo. ¿Han conseguido un abogado que los defienda? Jesús es el intercesor del hombre, y debemos

hacerlo nuestro amigo o perderemos nuestro caso. Ahora es el momento de caminar humildemente con Dios, de velar en oración, y de ser estudiantes diligentes de las Escrituras, para que podamos conocer la verdad y obedecerla, y ganar la vida eterna en el Paraíso de Dios.

Basilea, Suiza.

19 de mayo de 1887

Buscar en las Escrituras

EGW

Todo cristiano debe familiarizarse a fondo con la Palabra de Dios. La importancia de este estudio difícilmente puede ser sobreestimada. "Dado por inspiración de Dios", capaz de hacernos "sabios para la salvación", haciendo "perfecto al hombre de Dios, enteramente preparado para toda buena obra", el Libro de los libros tiene el más alto derecho a nuestra reverente atención. No debemos contentarnos con un conocimiento superficial, sino procurar aprender el pleno significado de las palabras de verdad y beber profundamente del espíritu de los santos oráculos.

De poco sirve leer diariamente un cierto número de capítulos, o memorizar una cantidad estipulada, sin reflexionar cuidadosamente sobre el significado del texto sagrado. Se requiere una atención sincera y un estudio en oración. Algunas porciones de la Escritura son, ciertamente, demasiado claras para ser malentendidas; pero hay otras cuyo significado no se encuentra en la superficie, para ser visto de un vistazo. La Escritura debe compararse con la Escritura; debe haber una investigación cuidadosa y una reflexión paciente. Y tal estudio será ricamente recompensado. Como el minero descubre vetas de metal precioso ocultas bajo la superficie de la tierra, así el que busca en la Palabra de Dios como en un tesoro escondido, encontrará verdades que están ocultas a los buscadores descuidados.

Hay que esforzarse mucho por establecer un hábito de estudio correcto. Si la mente divaga, tráigala de vuelta. Si el gusto intelectual y moral ha sido pervertido por cuentos de ficción sobrecargados y excitantes, de modo que la mente no se inclina al estudio diligente de la Palabra de Dios, entonces hay una batalla que librar con uno mismo para vencer este hábito depravado. El amor por la lectura ficticia debe romperse de una vez; y deben imponerse reglas rígidas para mantener la mente en un cauce apropiado. La perniciosa práctica de leer cuentos es uno de los medios empleados por Satanás para destruir las almas. La mente que está ocupada con historias excitantes pierde todo gusto por la lectura sólida que mejoraría la memoria y fortalecería el intelecto.

Conozco muchos ejemplos tristes de los malos efectos de esta práctica nefasta. He conocido personas de mentes bien equilibradas, a quienes Dios había dotado de poderes mentales de carácter no ordinario, que se aficionaban a la lectura de romances; y cuanto más satisfacían el apetito por esta clase de alimento mental, mayor era la demanda. La imaginación anhelaba constantemente su acostumbrado estímulo, como el embriagado anhela su vino o su tabaco. Sus facultades mentales y morales se debilitaron y pervirtieron. Perdieron su interés por las

Escrituras y su gusto por la oración, y quedaron tan arruinados mental y espiritualmente como el bebedor de licor o el devoto del tabaco. Los lectores de novelas son embriagados mentales; y necesitan firmar un compromiso de abstinencia total tan verdaderamente como la víctima de cualquier otra forma de intemperancia.

Hay otra fuente de peligro contra la cual debemos estar constantemente en guardia, y son las obras de autores infieles. Tales obras están inspiradas por Satanás, y nadie puede leerlas sin pérdida para el alma. Algunos que son afectados por ellas pueden finalmente recuperarse; pero todos los que manipulan en lo más mínimo su influencia repugnante se colocan en el terreno de Satanás, y él aprovecha al máximo su ventaja. Invitan a sus tentaciones, y no tienen ni sabiduría para discernirlas ni fuerza para resistirlas. Con un poder fascinante y embrujador, la incredulidad y la infidelidad se aferran a la mente. Albergarlas es como tomar en el seno una serpiente, cuyo aguijón es siempre venenoso y a menudo mortal.

Estamos rodeados de incredulidad. La atmósfera misma parece cargada de ella; y sólo mediante un esfuerzo constante podemos resistir su poder. Los que valoran la salvación de su alma deben rehuir los escritos infieles como rehuirían la lepra.

A los jóvenes les diría: Tened cuidado con lo que leéis. Mientras la mente sea dirigida hacia canales equivocados por un curso de lectura impropio, es imposible que hagáis de la verdad de Dios el tema constante de meditación. Si alguna vez hubo un tiempo en que el conocimiento de las Escrituras fue más importante que en cualquier otro, ese tiempo es el presente. Hagan de la Biblia su libro de texto. Aquí encontrarán la verdadera norma del carácter. Aquí aprenderán lo que se requiere de ustedes para llegar a ser hijos de Dios.

Los padres y los niños deben aprovechar la preciosa oportunidad para el estudio de la Palabra de Dios que ofrece la escuela sabática. Debe dedicarse suficiente tiempo al estudio de la lección para obtener un conocimiento cabal de los hechos presentados y de las verdades espirituales que estos hechos están destinados a enseñar. Debe ponerse especial empeño en inculcar en la mente de los jóvenes la importancia de buscar el pleno significado de las Escrituras que se examinan.

Los padres deben apartar un poco de tiempo cada día para estudiar la lección de la escuela sabática con sus hijos. Deben renunciar a la visita social si es necesario, antes que sacrificar la hora dedicada a las preciosas lecciones de historia sagrada. Tanto los padres como los hijos se beneficiarán de este estudio. Que los pasajes más importantes de las Escrituras relacionados con la lección se aprendan de memoria, no como una tarea, sino como un privilegio. Aunque al principio la memoria puede ser defectuosa, ganará fuerza con el ejercicio, de modo que después de un tiempo te deleitarás atesorando así las preciosas palabras de la verdad; y el hábito probará ser una ayuda muy valiosa para el crecimiento religioso.

Cuántas bendiciones se obtendrían si el tiempo que se pierde en chismes, en satisfacer el orgullo o el apetito, se dedicara con el mismo interés al estudio de la Biblia. Pero cuando los padres están más ansiosos de que sus hijos se vistan a la moda que de que sus mentes estén llenas de las verdades de la Palabra de Dios, no es extraño que los hijos mismos aprendan

pronto a considerar el vestido y la ostentación como de mayor importancia que las cosas que conciernen a sus intereses eternos.

Padres, sobre ustedes descansa una importante y solemne responsabilidad. Esforzaos por formar el carácter de vuestros hijos de acuerdo con la norma dada en la palabra de Dios. Si alguna vez poseen el adorno interior, el ornamento de un espíritu manso y tranquilo, será porque ustedes los entrenaron perseverantemente a amar las enseñanzas de la palabra de Dios, y a buscar la aprobación de Jesús por encima de la aprobación del mundo.

El estudio de las Escrituras en la familia debe realizarse con sistema. Es mejor descuidar cualquier cosa de naturaleza temporal, prescindir de toda costura innecesaria y de toda provisión innecesaria para la mesa, que descuidar alimentar el alma con el pan de vida. Es imposible estimar los buenos resultados de una hora, o incluso media hora, cada día dedicada, de manera alegre y social, al estudio de las Escrituras. Haga de la Biblia su propio expositor, reuniendo todo lo que se dice acerca de un tema en diversos momentos y bajo diferentes circunstancias. No interrumpa la clase para recibir visitas. Si vienen, invítelos a participar en los ejercicios. Que se vea que usted considera de gran importancia el conocimiento de la Palabra de Dios. Por todo el libro de revelación están esparcidas las alegres palabras de verdad, paz y gozo. Estas preciosas palabras de inspiración, meditadas en el corazón, serán como arroyos que fluyen del río del agua de la vida. Nuestro Salvador oró para que las mentes de los discípulos fueran abiertas para entender las Escrituras. Y dondequiera que estudiemos la Biblia con un corazón orante, el Espíritu Santo está cerca para abrirnos el significado de las palabras que leemos.

Debe enseñarse a la juventud a amar el estudio de la Biblia. El primer lugar en nuestros pensamientos y afectos debe darse al Libro de los libros; porque contiene el conocimiento que necesitamos por encima de cualquier otro. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría". Procuremos estar completamente preparados para toda buena obra. Acerquémonos a Dios, para que sus ángeles nos protejan y bendigan. Así obtendremos la victoria sobre los poderes de las tinieblas, y finalmente recibiremos la corona de gloria, honor y vida inmortal en el reino de Dios.

Basilea, Suiza.

19 de mayo de 1887

Esfuerzo individual

EGW

Está en el poder de cada mujer, así como de cada hombre, ser una luz para el mundo. Tales obreros a domicilio son necesarios en cada iglesia, y estos misioneros a domicilio, si son fieles a su gran confianza, pueden hacer una gran cantidad de bien. Dios requerirá de sus manos las almas de aquellos que viven justo a sus propias puertas. Con mucha oración, con humildad, debéis procurar, hermanos y hermanas, conocer más y más la verdad, para que podáis impartirla a otros. Entrenad la mente, atad los pensamientos, centraos en el Cielo y en las cosas celestiales, y esforzaos por ganaros la confianza de vuestros prójimos. Visítalos, lee

las Escrituras con ellos y sugiéreles una temporada de oración. Se requerirá mayor humildad, mayor fe, mayor piedad, que la que muchos de los miembros de nuestra iglesia poseen, para hacer este trabajo, pero se logrará el bien. Sed "prudentes como serpientes y sencillos como palomas". Procurad que vuestra instrucción sea fácil y sencilla, y al mismo tiempo minuciosa, para que los que no están familiarizados con la verdad, la entiendan y comprendan. Al menos podéis sembrar la semilla de la mejor manera posible; puede que caiga en buena tierra.

Tenemos pocos misioneros en casa, porque hay muy pocos miembros de la iglesia que están conectados con Cristo. Debería haber mucho más trabajo personal del que hay ahora. Este trabajo logrará mucho más que el trabajo de púlpito. Satanás lo sabe, y trata de mantener la mente ocupada en cosas innecesarias. El tiempo que las madres emplean en adornar su propia ropa y la de sus hijos podría emplearse provechosamente en escudriñar las Escrituras, en orar y en prepararse para hacer esta clase de trabajo. Así deberían estar poniendo sobre el fundamento, oro, plata y piedras preciosas, material que será duradero como las edades eternas. Los fuegos del último día no podrán consumir esta clase de trabajo, porque es imposible destruirlo. Pero vuestras interminables costuras, vuestra ornamentación para gratificar el orgullo, vuestra innecesaria preparación de platos para vuestras mesas, para gratificar el apetito, está poniendo sobre el fundamento, heno, madera y rastrojo. Si vuestras propias almas escapan, el trabajo de vuestra vida está perdido. No obtendréis ninguna recompensa. Pero la pregunta es: ¿Se salvarán estas almas, que han gastado su tiempo en alimentar la vanidad y el orgullo en los corazones de sus hijos? El gran día revelará su trabajo, de qué clase es. ¿Qué piensa Dios de mi trabajo? debería preguntarse cada alma. ¿Hago sólo lo necesario para la decencia, la comodidad y el bien religioso de mi familia? Estas preguntas se harán en el Juicio, y ¿por qué no planteárselas al alma ahora?

Que no se fomente el egoísmo. Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, pues de lo contrario se embotará el sentimiento moral, se nublará el sentido del deber, se debilitará la respuesta de la conciencia y se impondrá y controlará la autosuficiencia no santificada. Que Dios le ayude a asegurarse un título claro para una herencia entre los santificados. No esperes un tiempo más favorable. ¿De quién es el tiempo que estás usando? Es de Dios. Él te lo dio para que lo usaras con este mismo propósito. No deben poner los negocios en primer lugar y el interés de su alma en segundo; sino que deben ser hacedores de las palabras de Cristo. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las cosas necesarias os serán añadidas". Procura que tu vida esté escondida con Cristo en Dios antes de entrar en cualquier negocio. Orad, creed, llevad a Jesús con vosotros, y él guiará vuestros esfuerzos; y si el éxito os acompaña, no os envanezcáis ni penséis que sois vosotros los que debéis recibir la alabanza. Fue Dios quien obró en ti para querer y hacer su voluntad. No debéis llevaros ni un átomo de la gloria, sino glorificar a Dios, y tratar de ayudar a todos los que participan en su obra a comprender que el secreto del éxito está en Cristo Jesús. ¿Llegaremos a ser los obreros que él quiere que seamos? ¿Tendremos un firme asidero de lo alto? ¿Seremos fieles a Dios en todo lugar, para cooperar con él? Que Dios nos ayude es mi ferviente oración. Satanás arrojará a nuestro alrededor su influencia para inspirarnos ideas, suplir nuestros motivos y llevarnos a tener un mayor apego al mundo, embotando nuestra sensibilidad moral y confirmándonos en el egoísmo y el amor propio. Necesitamos un gran aumento de percepción espiritual, para no ser ignorantes de las artimañas de Satanás.

Las oportunidades y privilegios concedidos perderán su valor, a menos que nos apresuremos a mejorarlos. Debemos avanzar constantemente hacia la luz, cooperando con Dios en el plan de salvación. A medida que la gracia de Dios nos atrae, debemos avanzar hacia la luz, y no hacer que nuestras oportunidades de cooperar con Dios sean cada vez menores alejándonos de él.

¿Quién desmayará ahora en el campo del trabajo? Que cada hombre y cada mujer sean ambiciosos para ganar del Maestro la bendición de "bien hecho, siervo bueno y fiel". El gran día revelará el carácter del trabajo de cada hombre. Que todos trabajen desinteresadamente en la viña del Señor. Que siembren con fe y con lágrimas, elevando la ferviente oración de que habrá una cosecha de almas que segar. ¿Se pondrán todos a trabajar ahora por el tiempo y por la eternidad? Los que abrigan el amor propio y el orgullo no pueden avanzar en esta obra. La piedad experimental es necesaria para demostrar la verdad y mostrar su valor práctico por su influencia salvadora sobre la vida y el carácter.

Necesitamos misioneros bíblicos; aquellos que se han conectado con Dios, y que se examinarán diariamente para ver si no hay algún defecto en su carácter; aquellos que mirarán en el gran espejo, la ley de Dios, para ver si no condena alguna práctica en la que se están complaciendo. Todos deben tener presente que sólo los que están sin mancha ni arruga pueden permanecer absueltos ante Dios. El temperamento, el gusto, los pensamientos, los sentimientos, todo debe someterse a la prueba de la Palabra de Dios. Este será un trabajo serio para cada uno de nosotros ahora; pero será más serio cuando se siente el Juicio, y se abran los libros, y los defectos del carácter aparezcan tal como son cuando cada caso se decide para vida o para muerte. El pesaje del carácter en la balanza del santuario es obra de Dios, pero el estudio minucioso de la Biblia y la adaptación de nuestro carácter a la norma de Dios es obra nuestra. Nuestro gran peligro es no consagrarnos totalmente a Dios; ser cristianos sólo de nombre. Dios nos hace responsables de la gran luz que brilla en nuestro camino. Él ha hecho por nosotros todo lo que un Dios puede hacer. Ha puesto la salvación a nuestro alcance, y la cuestión que debemos decidir ahora es: ¿Aprovecharemos al máximo estas bendiciones?

Sra. E. G. White

26 de mayo de 1887

La estimación divina de la sabiduría mundana

EGW

"Que nadie se engañe a sí mismo. Si alguno entre vosotros se cree sabio en este mundo, hágase necio para ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad para con Dios; pues escrito está: El prende a los sabios en su propia astucia. Y también: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Por tanto, nadie se gloríe en los hombres, porque todo es vuestro".

Tal es la admonición de Pablo a la iglesia de Corinto. No quería que se dejaran deslumbrar o engañar por los que eran "sabios en este mundo". En vez de buscar la distinción, debían

hacerse necios en la estimación de los sabios mundanos, si querían llegar a ser sabios en la estimación de Dios. El talento extraordinario no debía considerarse como lo principal, pues a menos que se consagrara a Dios y fuera santificado por su Espíritu, resultaría ser una maldición en vez de una bendición.

"La sabiduría de este mundo es necedad para con Dios". La sabiduría de este mundo es demasiado apreciada, la sabiduría de lo alto demasiado poco buscada, por el profeso pueblo del Señor. Los hombres pueden tener un conocimiento de la doctrina cristiana, y sin embargo entender poco de la experiencia cristiana. Muchos son agudos, aptos, prontos, en los asuntos mundanos, mientras manifiestan poco interés, tacto o energía en el servicio de Dios. No ponen en ejercicio su talento y astucia observando para discernir las artimañas de Satanás, y estudiando cómo pueden aventajar al enemigo. No ponen en juego todas sus facultades para formar planes sabios y hacer esfuerzos serios y sistemáticos para hacer progresar la causa de Dios.

Todo hombre, de cualquier oficio o profesión, debe hacer de la causa de Dios su primer interés; no sólo debe ejercitar sus talentos para hacer progresar la obra del Señor, sino que debe cultivar su capacidad con este fin. La sabiduría y la energía empleadas en las cosas mundanas y temporales deben dedicarse a las cosas espirituales y eternas. Muchos hombres dedican meses y años a adquirir un oficio o profesión para tener éxito en los asuntos mundanos, pero no se esfuerzan por cultivar los talentos que los convertirían en obreros de éxito en la viña del Señor. Este es el gran pecado del profeso pueblo de Dios. Se sirven a sí mismos y sirven al mundo; se convierten en financieros astutos y exitosos; pero descuidan usar en su servicio los talentos que Dios les ha dado. Su tacto en los asuntos mundanos se fortalece por el ejercicio; el que tienen en las cosas espirituales se debilita por la inactividad.

El presente es un tiempo cuando estos talentos, usados en la causa de Dios, dirían con gran efecto en la edificación de su reino. Pero Satanás nos ha superado en este asunto. Hay hombres que profesan piedad y son falsos maestros, tentadores y seductores. Han cultivado sus talentos en esta dirección, y emplean todo su ingenio en diseminar la incredulidad, la impiedad, la infidelidad. Si los verdaderos seguidores de Cristo hubieran cultivado su habilidad con igual celo y diligencia, podrían ser ahora lo suficientemente sabios para discernir las artimañas de Satanás; estarían preparados para defender la verdad, y para enfrentar y exponer con éxito los engaños de los impíos.

La iglesia de Cristo, y especialmente los ministros del evangelio, están construyendo el templo del Señor, edificando sobre la piedra fundamental, que es Cristo mismo. Pablo testifica: "La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará". Estamos construyendo para la eternidad; y es doblemente importante ahora que prestemos atención a cómo construimos. Si permitimos la duda y la incredulidad, estamos trayendo material sin valor a la piedra fundamental. Sólo cuando trabajamos en la fe podemos aportar al edificio lo que es precioso y duradero. Muchos se desvían hacia las tinieblas y la infidelidad, buscando defectos en la Biblia e introduciendo invenciones supersticiosas, doctrinas no bíblicas y especulaciones filosóficas; otros desvían la mente de las verdades importantes excitando investigaciones y disputas insignificantes. Los que se dejan entorpecer de esta manera están dando lugar al adversario, mientras que podrían estar trayendo oro, plata y piedras preciosas para colocar sobre el fundamento.

Es nuestra labor dirigir a las almas hacia los oráculos vivientes. Debemos presentarles la sana doctrina, la fe que ha sido una vez dada a los santos. Debemos mostrarles la verdad en su belleza, para que renuncien al error. Debemos instruirlos en la fe, el amor, la obediencia y la esperanza, para que por medio de mucha oración puedan crecer como "un templo santo en el Señor." El día del Juicio pondrá a prueba la obra de cada hombre. Edifiquemos de tal manera que nuestra obra pueda soportar la ardiente prueba.

Pablo dice: "Así nos tenga el hombre por ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Además, se requiere de los administradores que el hombre sea hallado fiel". Un hombre de estricta fidelidad es un mayordomo valioso, aunque no posea grandes logros o talentos tan elevados como otros. El que procura hacer progresar la verdad para la gloria de Dios y el bien de las almas, sin acepción de personas y sin tener en cuenta su propia comodidad, interés u honor, tal hombre debe ser altamente estimado, aunque no posea erudición ni elocuencia. Es el noble de Dios. A los ojos del Cielo presenta el tipo más elevado de hombría.

Y tal hombre no perderá su recompensa. Pablo testifica: "Sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir; todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios". Aquí se presentan los privilegios de los verdaderos creyentes. Al poseer a Cristo, poseen todas las cosas. Como su pueblo escogido y redimido, son coherederos con él. Las habilidades, dones y servicios de los apóstoles y ministros están destinados a su beneficio. Todos los tesoros de Dios están abiertos para ellos. El mundo, con todo lo que hay en él, es suyo, en la medida en que pueda hacerles bien. Incluso la enemistad de los malvados resultará una bendición al disciplinarlos para el Cielo. En la promesa: "Todo es vuestro", hay generosidad sin límites; pero debemos tener fe para apropiarnos de esta promesa y recibir las bendiciones que ofrece.

Cuando se celebre el Juicio y se abran los libros, habrá muchas revelaciones asombrosas. Los hombres no aparecerán entonces como aparecen ahora a los ojos humanos y a los juicios finitos. Los pecados secretos serán entonces expuestos a la vista de todos. Los motivos que han estado ocultos en las cámaras oscuras del corazón serán revelados. Las ambiciones de diseño, los propósitos egoístas, se verán donde la apariencia externa sólo hablaba de un deseo de honrar a Dios y hacer el bien a los hombres. Qué revelaciones se harán entonces. Los hombres de motivos puros y propósitos verdaderos y nobles pueden ser ahora descuidados, calumniados y despreciados; pero entonces aparecerán en su verdadero carácter, y serán honrados con el encomio de Dios. Los maestros hipócritas y ambiciosos pueden ahora ser admirados y exaltados por los hombres; pero Dios, que conoce los secretos del corazón, les quitará la cubierta engañosa y los revelará tal como son. Todo hipócrita será desenmascarado, todo creyente calumniado será justificado, y todo fiel administrador de Dios será aprobado y recompensado.

No todos son de Cristo los que adoptan su nombre y llevan su insignia. Jesús dice: "Sígueme". ¿Le siguen quienes se entregan a hábitos pecaminosos y disfrutan de las frivolidades del mundo? Si no tenemos el Espíritu de Cristo, no somos de los suyos. No podemos servir a dos señores; no podemos pertenecer a Cristo y a Belial. Si en nuestros hábitos y prácticas somos del mundo, no pertenecemos a Cristo. Podemos ser suyos en el sentido en que lo son la tierra y las bestias del bosque, pero no somos sus elegidos.

Ser de Cristo es estar consagrado a su obra, emplear cada poder de la mente y cada miembro del cuerpo para hacer su voluntad y promover su gloria. Es abrir el corazón a su palabra, contemplar sus encantos incomparables hasta que el tributo desbordante del alma sea: "Oíd lo que el Señor ha hecho por mí".

La voz de la Sabiduría Divina, a través de las palabras del apóstol, nos habla como habló a la iglesia de Roma hace más de mil ochocientos años: "Tener mentalidad carnal es muerte; pero tener mentalidad espiritual es vida y paz". ¿Dudaremos en elegir entre la sabiduría de este mundo, que acaba en muerte, y la sabiduría de lo alto, que nos hace sabios para la vida eterna?

Basilea, Suiza.

2 de junio de 1887

Obediencia aceptable

EGW

"Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se aferrará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas".

Está escrito claramente en el corazón no renovado y en un mundo caído: Todos buscan lo suyo. El egoísmo es la gran ley de nuestra naturaleza degenerada. El egoísmo ocupa el lugar en el alma donde Cristo debería sentarse entronizado. Pero el Señor exige obediencia perfecta; y si verdaderamente deseamos servirle, no habrá duda en nuestra mente acerca de si obedeceremos sus requerimientos o buscaremos nuestros propios intereses temporales.

El Señor de la gloria no consultó su conveniencia o placer cuando dejó su puesto de alto mando para convertirse en varón de dolores y experimentado en la aflicción, aceptando la ignominia y la muerte para librar al hombre de la consecuencia de su desobediencia. Jesús murió, no para salvar al hombre *en* sus pecados, sino *de* sus pecados. Debemos dejar el error de nuestros caminos, tomar nuestra cruz y seguir a Cristo, negándonos a nosotros mismos y obedeciendo a Dios a cualquier precio.

Los que profesan servir a Dios, pero en realidad sirven a las riquezas, serán castigados. Ninguno será justificado en un curso de desobediencia por causa del beneficio mundano. Si Dios excusara a un hombre, podría hacerlo con todos. Los que hacen caso omiso del mandato expreso del Señor para obtener ventajas personales, se están acumulando desgracias futuras. Cristo dijo: "¿No está escrito: Mi casa será llamada de todas las naciones casa de oración? pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones". El pueblo de Dios debe preguntarse detenidamente si no ha hecho, como los judíos de antaño, de la casa de Dios un lugar de mercadería.

Muchos están cayendo en el pecado de sacrificar su religión en aras de la ganancia mundana, conservando una forma de piedad, pero dando toda la mente a la búsqueda temporal. Pero la

ley de Dios debe ser considerada ante todo, y obedecida en espíritu y en letra. Jesús, nuestro gran ejemplo, en su vida y en su muerte, enseñó la obediencia más estricta. Él murió, el justo por el injusto, el inocente por el culpable, para que el honor de la ley de Dios pudiera ser preservado y, sin embargo, el hombre no pereciera del todo.

"El pecado es la transgresión de la ley". Si el pecado de Adán trajo tan inexpresable desdicha, que requirió el sacrificio del amado Hijo de Dios, ¿cuál será el castigo de los que desprecian la ley divina? Si la palabra de Dios, pronunciada con terrible solemnidad desde el monte santo, es tenida en poco, ¿qué podrá conmover el corazón de los hijos de los hombres?

Para ser transgresores de mandamientos, no es necesario que pisoteemos todo el código moral. Si se hace caso omiso de un precepto, somos transgresores de la ley sagrada. El Hijo de Dios murió para pagar la pena de la transgresión; entonces, ¿cómo tratará a quienes, ante toda esta evidencia, se atreven a aventurarse por el camino de la desobediencia?

La edad no exime a nadie de obedecer los mandamientos de Dios. Abraham era un anciano cuando le llegó la orden de ofrecer a su hijo Isaac en holocausto. El ardor de su juventud había pasado, y ya no le era fácil soportar dificultades y afrontar peligros. La carga de los años pesaba sobre él, y ansiaba descansar del trabajo y la ansiedad. Las palabras del Señor le parecieron terribles e impropiedades, pero nunca puso en duda su justicia ni vaciló en obedecer. Agarró el bastón de la fe, y con el corazón angustiado tomó la mano de su hijo, hermoso en la sonrosada salud de la juventud, y salió a obedecer a Dios. El gran patriarca era humano; sus pasiones y apegos eran como los nuestros, y amaba a su hijo, que era el consuelo de su vejez, y a quien se había dado la promesa del Señor.

Abraham podría haber alegado que era viejo y débil, y que no podía sacrificar al hijo que era la alegría de su vida. Podría haber recordado al Señor que este mandamiento entraba en conflicto con la promesa que le había sido dada en referencia a su hijo. Pero su obediencia fue sin murmullos ni reproches. Su confianza en Dios era implícita. No se detuvo a razonar con su corazón dolorido, sino que cumplió el mandato divino al pie de la letra, hasta que, justo cuando el cuchillo estaba a punto de hundirse en la carne temblorosa de su hijo, llegó la palabra: "No pongas tu mano sobre el muchacho"; "porque ahora sé que temes a Dios, pues no me has negado a tu hijo, tu único hijo".

Este gran acto de fe está registrado en las páginas de la historia sagrada como un ejemplo ilustre para todos, incluso hasta el final de los tiempos. Es un ejemplo para nosotros individualmente. Las demandas de Dios sobre nuestra fe, nuestro servicio, nuestros afectos, deben encontrar una respuesta alegre. Somos infinitamente deudores del Señor, y deberíamos cumplir sin vacilar con la menor de sus exigencias.

La fe de Abraham es necesaria en nuestras iglesias de hoy, para iluminar las tinieblas que se acumulan a su alrededor, cerrando el paso a la dulce luz del sol del amor de Dios, y empequeñeciendo el crecimiento espiritual. Nuestra fe debe ser prolífica en buenas obras; porque la fe sin obras está muerta. Cada deber cumplido, cada sacrificio hecho en el nombre de Jesús, trae una recompensa muy grande. En el acto mismo del deber, Dios habla y da su bendición. Pero exige de nosotros una entrega total de las facultades. La mente y el corazón, todo el ser, deben entregarse a su servicio; o no llegaremos a ser verdaderos cristianos.

Y éste es nuestro deber razonable. Dios no ha ocultado al hombre nada que pueda promover su felicidad o asegurarle riquezas eternas. Ha revestido la tierra de belleza y la ha dotado de todo lo necesario para la comodidad del hombre durante su vida temporal. Y lo que es infinitamente más que esto, ha dado a su Hijo para morir por la redención de un mundo que había caído por el pecado y la locura. Un amor tan incomparable, un sacrificio tan infinito, reclaman nuestra más profunda gratitud, nuestros mejores y más santos afectos.

Muchos son los obstáculos que se interponen en el camino de los que quieren andar en obediencia a los mandamientos de Dios. Hay influencias fuertes y sutiles que los atan a los caminos del mundo; pero el poder del Señor puede romper estas cadenas. Él quitará todo obstáculo de delante de los pies de sus fieles, o les dará fuerza y valor para vencer las dificultades, si piden fervientemente su ayuda. Todos los obstáculos se desvanecerán ante un esfuerzo ferviente, persistente y orante por hacer la voluntad de Dios.

El hombre no tiene derecho a consultar su conveniencia o considerar sus necesidades temporales en este asunto. Dios proveerá. El que alimentó a Elías junto al arroyo Querit, tendrá en cuenta las necesidades de sus hijos.

Nuestro Salvador sabía que muchas veces sus seguidores se verían acuciados por la pobreza, y estarían ansiosos y preocupados por lo que debían comer o cómo debían vestirse; y les amonestó sobre este punto: "No penséis, diciendo: ¿Qué comeremos? o, ¿Qué beberemos? o, ¿Con qué nos vestiremos?". "Mirad, dice, las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; pero vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?" Señaló las hermosas flores, formadas y teñidas por una mano divina, diciendo: "¿Y por qué os preocupáis del vestido? Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y sin embargo os digo, que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Por tanto, si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es, y mañana es echada en el horno, ¿no os vestirá mucho más a vosotros, hombres de poca fe?"

Siempre tenemos la promesa: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas [las cosas necesarias de esta vida] os serán añadidas." Nuestro Padre celestial conoce nuestras necesidades, y las proveerá sin necesidad de que dediquemos nuestro tiempo, nuestras fuerzas y nuestros afectos a las riquezas de este mundo.

9 de junio de 1887

Una lección de los fariseos

EGW

"Entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, diciendo: Los escribas y los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés. Por tanto, todo lo que os manden observar, eso observad y haced; pero no hagáis según sus obras, porque dicen y no hacen."

Los escribas y fariseos ocuparon el lugar de Moisés como expositores de la ley y jueces del pueblo, y afirmaron estar investidos de una autoridad divina similar. De acuerdo con estas

pretensiones, esperaban del pueblo la misma deferencia y obediencia que se habían concedido al gran legislador. Jesús amonestó a sus oyentes a que siguieran las enseñanzas de los sacerdotes en la medida en que estuvieran en armonía con la ley, pero que no copiaran su ejemplo, pues descuidaban los deberes que imponían a los demás.

A pesar de los insultos que recibía de los escribas y fariseos, Jesús no les guardaba rencor personal; y aunque condenaba abiertamente sus actos como opuestos a sus enseñanzas y, por tanto, no dignos de imitación, dejaba bien claro a todos que no le movían sentimientos hostiles. Dijo: "Atan cargas pesadas y penosas de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no las mueven ni con un dedo".

Los judíos dirigentes, al enseñar y administrar la ley, llevaron las prohibiciones de Dios a extremos irrazonables. También impusieron una multitud de regulaciones minuciosas que tenían su fundamento en la tradición, y restringían irrazonablemente la libertad personal de acción. Llevaron los reglamentos de comer y beber tan lejos que la mente se mantenía en una tensión continua para discriminar entre lo que se consideraba limpio e inmundo, y para seguir la multitud de mandatos impuestos por los sacerdotes. Toda el agua era colada, no fuera que la presencia de la más pequeña mota o insecto pudiera hacerla impura, y por lo tanto no apta para su uso. De este modo se mantenía al pueblo en constante temor de infringir las costumbres y tradiciones que se les enseñaban como partes de la ley; y la vida se convertía en una carga a causa de estas ceremonias y restricciones.

Con su interminable ronda de formas, los fariseos fijaron la mente del pueblo en los servicios externos, descuidando la verdadera religión. No lograron conectar el pensamiento de Cristo con sus ceremonias; y, habiendo abandonado la fuente de agua viva, labraron para sí mismos cisternas rotas que no podían contener agua.

No sólo los sacerdotes, los escribas y los gobernantes rechazaron ellos mismos a Cristo, sino que tomaron los medios más injustos para perjudicar al pueblo contra él, engañándolo con falsos informes y burdas tergiversaciones. Dijo Jesús: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el Reino de los Cielos a los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que entran." Estas palabras, que condenan este pecado de los fariseos, son aplicables a todos los que siguen su ejemplo. En todas las épocas del mundo la verdad ha sido impopular, porque sus doctrinas no son agradables a la mente natural. El profesor frío, el fanático y el hipócrita no están dispuestos a aceptar una verdad que escudriña el corazón y reprueba la vida.

El Salvador pronunció entonces un ay sobre aquellos que, imitando al gran rebelde, sortean todas las dificultades para hacer un prosélito. Dijo: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito; y cuando lo hacéis, lo hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros mismos". Estas cortantes palabras fueron aplicadas a aquellos que tenían las más altas pretensiones de piedad, y que consideraban a todas las demás naciones como despreciables a los ojos de Dios. En la actualidad hay adversarios tan celosos de la verdad, que no dejan medio sin intentar para subvertir las mentes y las conciencias de los hombres. Están dispuestos a hacer grandes sacrificios y a soportar desaires con tal de alcanzar su objetivo, volviendo una y otra vez sobre el mismo punto, tratando de apartar a las almas de la verdad divina hacia supersticiones y fábulas. Y tal es el

camino descendente hacia la ruina, que aquellos a quienes logran ganar se vuelven aún peores que los maestros que los han llevado al error.

El Salvador continuó: "¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Quien jure por el templo, no es nada; pero quien jure por el oro del templo, es deudor! Necios y ciegos, pues ¿qué es más grande, el oro o el templo que santifica el oro? Y cualquiera que jure por el altar, nada es; mas cualquiera que jure por la ofrenda que está sobre él, es culpable. Necios y ciegos, pues, ¿cuál es mayor, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda?". Los sacerdotes interpretaban los requisitos de Dios para satisfacer sus falsos y estrechos criterios. Presumían de hacer bonitas distinciones entre la culpabilidad comparativa de diversos pecados, pasando por alto algunos ligeramente, asignando como excusa que el fin justificaba los medios, mientras que errores de consecuencias quizá menores eran tratados como imperdonables. De este modo, estos guías ciegos confundían las mentes de sus seguidores con respecto al pecado y a la norma adecuada de santidad.

Los fariseos asumieron la responsabilidad de decidir sobre las cargas y los deberes de los demás según sus propias mentes carnales. Aceptaron sumas de dinero a cambio de excusarlos de sus votos, y en algunos casos delitos de carácter agravado fueron pasados por alto en consideración de grandes sumas de dinero pagadas a las autoridades por el transgresor. Al mismo tiempo, estos sacerdotes hipócritas eran exactos en materia de sacrificios y ceremonias, como si fuera posible que las frías formas borrarán los pecados no arrepentidos de sus vidas cotidianas. Así, estos guías ciegos confundían las mentes de sus seguidores con respecto al pecado y a la verdadera norma de santidad.

El Señor dijo a Samuel: "¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros". Ningún servicio exterior, ni siquiera el exigido por Dios, puede sustituir a una vida obediente. El Creador desea el servicio del corazón de sus criaturas.

A través de Oseas Dios dijo: "Porque misericordia quise, y no sacrificio; y conocimiento de Dios más que holocaustos. Pero ellos como hombres han transgredido el pacto; allí me han traicionado". Los muchos sacrificios de los judíos, y el derramamiento de sangre para expiar pecados por los cuales no sentían verdadero arrepentimiento, era una ofensa a Dios. Miqueas dice: "¿Con qué me presentaré ante el Señor, y me inclinaré ante el Dios alto? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma? Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; ¿y qué pide el Señor de ti, sino que hagas justicia, ames la misericordia y caminos humildemente con tu Dios?".

El favor de Dios no puede ganarse con regalos costosos y una apariencia de santidad. Él requiere para sus misericordias un espíritu contrito, un corazón abierto a la luz de la verdad, amor y compasión por nuestros semejantes, y un espíritu que se niegue a ser sobornado por la avaricia o el amor propio. Estos sacerdotes y gobernantes carecían de estos elementos esenciales para obtener el favor de Dios, y sus regalos más preciosos y sus ceremonias más espléndidas eran una abominación a sus ojos. Se habían adentrado paso a paso en las tinieblas, rechazando la evidencia de que Jesús era el verdadero Mesías, hasta que la oscuridad de sus mentes era tan grande que llamaban a la justicia pecado y al pecado justicia.

Evidenciaban la misma malicia que en el Cielo movía a Satanás contra Cristo, y por la misma razón, a causa de la bondad superior del Hijo de Dios.

La verdad impopular no es más aceptable para los corazones farisaicos y santurriones de hoy que cuando Cristo caminó por la tierra, un hombre entre los hombres. Si los cristianos fueran puestos a prueba ahora como lo fueron los judíos en el primer advenimiento de Cristo, pocos lo aceptarían envuelto en su vestidura de humanidad, viviendo una vida de humillación y pobreza. El mundo cristiano puede aceptar como Mesías a un Rey a la diestra de Dios en el Cielo; pero sus corazones rechazan a un Salvador de humildad y abnegación. Se apartan de la cruz de Cristo, como lo hicieron los altivos fariseos, y muchos están en una ceguera igual de grande con respecto al plan de salvación. Jesús exhorta a sus discípulos a seguir sus huellas, pero son pocos los que imitan su ejemplo y siguen sus enseñanzas en su vida diaria.

Cuando un hombre sacrifica los principios justos y la verdad porque así puede evitar la persecución y la prueba, malbarata su bienestar eterno por consideraciones insignificantes. Pero el que obedece los requerimientos de Cristo, sin buscar ni planear su propia conveniencia, se asegurará la recompensa de la vida inmortal. Jesús dice: "El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna."

Basilea, Suiza.

16 de junio de 1887

Jesús rechazado en Nazaret

EGW

"Y les dijo: Seguramente me diréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; todo lo que hemos oído hacer en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu tierra. Y él dijo: De cierto os digo que ningún profeta es acepto en su tierra. Pero os aseguro que había muchas viudas en Israel en los días de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado tres años y seis meses, y hubo gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta, ciudad de Sidón, a una mujer que era viuda. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio."

Hay una solemne advertencia para nosotros en estas palabras de Cristo a los hombres de Nazaret. Al visitar la pequeña ciudad donde se había criado, el Salvador, según su costumbre, entró en la sinagoga el sábado y se levantó para leer. Le entregaron el libro del profeta Isaías y leyó las palabras: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para predicar el Evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a predicar el año agradable del Señor". Y luego, como los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él, les dijo: "Hoy se cumple esta Escritura en vuestros oídos".

Todos entendieron que la escritura que había leído se refería al Mesías. Y cuando Jesús explicó las palabras del profeta y señaló el sagrado oficio del Mesías como aliviador de los

oprimidos, liberador de los cautivos, sanador de los enfermos y revelador de la verdad al mundo, "todos le dieron testimonio y se maravillaron de las palabras de gracia que salían de su boca". Sus modales impresionantes, la fuerza de sus palabras, la luz divina que resplandecía en su rostro, conmovieron a los que le escuchaban; sus corazones se llenaron de alegría y respondieron a sus palabras con alabanzas sinceras a Dios.

Nadie que contemplara aquella escena podía dudar de que éste era realmente el Libertador prometido, la esperanza de Israel. Ahora era la oportunidad de oro para que los hombres de Nazaret aceptaran a Cristo y recibieran las bendiciones que había venido a traer. Los ángeles de luz estaban en aquella asamblea, observando con intenso interés la decisión del momento. Los ángeles de Satanás también estaban sobre el terreno para sugerir dudas y despertar prejuicios. El pueblo había consentido durante mucho tiempo el orgullo y la incredulidad, y la corriente de sus pensamientos volvió pronto al cauce natural. Olvidaron el poder del amor divino que había conmovido sus almas, y se volvieron a considerar el nacimiento humilde y la vida humilde de Aquel que pretendía ser su Mesías.

En su orgullo habían esperado un rey que apareciera con pompa y poder terrenales; y al recordar estas esperanzas, se preguntaron: ¿No es éste el hijo de José y María, cuyo hogar ha estado tanto tiempo entre nosotros? ¿Es éste el prometido libertador de Israel? Si este hombre es el Cristo, ¿por qué no da alguna poderosa prueba de su poder? Y el prejuicio ciego e irrazonable siguió de cerca los pasos de la incredulidad.

Jesús les dio una prueba de su poder divino leyendo, como en un libro abierto, los secretos de sus corazones: "Y les dijo: Seguramente me diréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; todo lo que hemos oído hacer en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu tierra. Y dijo: De cierto os digo que ningún profeta es acepto en su tierra".

Jesús continuó: "Pero os aseguro que había muchas viudas en Israel en los días de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado tres años y seis meses, cuando hubo gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta, ciudad de Sidón, a una mujer que era viuda. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio."

En tiempos de Elías, Israel se había apartado del Dios vivo. En vano habló el Señor por medio de sus profetas a aquel pueblo rebelde y prevaricador. En vano reprendió sus pecados y los amenazó con sus juicios. El mensaje que podría haber sido sabor de vida para vida, les resultó sabor de muerte para muerte. No quisieron escuchar la advertencia que los llamaba a una vida de humildad y fe. En vez de conducirlos al arrepentimiento, las palabras del profeta ofendieron su orgullo y despertaron su odio contra el mensajero de Dios. Así multiplicaron sus pecados, y agravaron la culpa que ya había traído los juicios de Dios sobre la tierra. Trataron de encontrar y destruir a Elías, como si silenciándolo fueran a impedir el cumplimiento de sus palabras. Pero Dios encontró entre los paganos un escondite para su siervo.

Mediante esta relación de los acontecimientos de la vida de un profeta de Dios, el Salvador respondió a las dudas y preguntas secretas de aquellos a quienes se dirigía. La apostasía de Israel en los días de Elías era una vívida imagen de su verdadera condición. La incredulidad

y la exaltación propia de la antigua nación judía hicieron necesario que el Señor encontrara un asilo para su siervo entre un pueblo pagano; y, pasando por alto las muchas viudas de Israel, que lo confiara a la bondad y liberalidad de una mujer pagana; pero la viuda que fue tan altamente favorecida había vivido de acuerdo con toda la luz que poseía.

Dios también pasó por alto a los muchos leprosos de Israel, porque su incredulidad les cerró la puerta del bien. Un noble pagano que había sido fiel a sus convicciones de derecho, y que sentía su necesidad de ayuda, era a los ojos de Dios más digno de su bendición que los afligidos de Israel, que habían menospreciado y despreciado los privilegios que Dios les había dado. Dios obra en favor de los que aprecian sus favores y responden a la luz que les da el Cielo.

Jesús estaba ante los hombres de Nazaret, revelándoles serenamente sus pensamientos secretos y recalcándoles la desagradable verdad de su injusticia. Sus palabras llegaban al corazón de los hombres, al exponerles su ingratitude, su egoísmo, su lucha por la supremacía, su orgullo e incredulidad, sus crímenes secretos. Sabían que estaban en presencia de Alguien que podía leer sus almas. Por un breve momento se habían sentido inclinados a aceptarlo como el Cristo; pero habían dado lugar a Satanás, y ahora su poder los controlaba. Y despreciaron en sus corazones el espíritu de ternura, fe y reverencia que los había inspirado al principio.

De la incredulidad brotó la malicia. Que un hombre que provenía de la pobreza y de un nacimiento humilde se atreviera a reprenderlos, llenó los corazones de los nazarenos de un odio rayano en la locura. La asamblea se deshizo en confusión. La gente echó mano a Jesús, echándolo de la sinagoga y de su ciudad. Lo llevaron a la cima de una colina, con la intención de arrojarlo de cabeza, y el aire se llenó de gritos y maldiciones. De repente desapareció de entre ellos. Los ángeles del Cielo rodearon al Redentor del mundo y lo condujeron a un lugar seguro.

La historia del rechazo de Cristo por los hombres de Nazaret contiene una lección importante y solemne para nuestro tiempo. El espíritu de enemistad que en todas las épocas se ha manifestado contra los que predicán las verdades sencillas y cortantes de la palabra de Dios, se ve en mayor grado a medida que nos acercamos al fin de los tiempos.

Nuestro Salvador pregunta: "Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?", dando a entender que la verdadera fe estará entonces casi extinguida. El espíritu de duda y de crítica está destruyendo la confianza en la palabra y en la obra de Dios. Todos los que deseen dudar o poner reparos encontrarán ocasión de hacerlo; porque es imposible que la mente carnal comprenda o aprecie la mente del Todopoderoso. Los que se nieguen a obedecer a Dios hasta que puedan ver eliminada toda ocasión de duda, quedarán en tinieblas; mientras que los que, con humildad de corazón, caminen en la luz que brilla sobre ellos, recibirán una luz cada vez más clara. Su camino será el del "justo, que resplandece más y más hasta el día perfecto".

Basilea, Suiza.

23 de junio de 1887

No hay manto para sus pecados

EGW

"Y dijo Jesús: Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y para que los que ven, sean cegados. Oyendo esto algunos de los fariseos que estaban con él, le dijeron: ¿También nosotros somos ciegos? Jesús les dijo: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís: Vemos; por tanto, vuestro pecado permanece."

Si los fariseos, a quienes iban dirigidas estas palabras, hubieran sido realmente ciegos o ignorantes por falta de capacidad para aprender o de oportunidad para instruirse, habrían estado comparativamente libres de culpa en su decidida oposición a Cristo. Pero tuvieron la oportunidad más favorable de obtener una comprensión de las Escrituras; y se enorgullecían de su conocimiento y discernimiento, mientras cerraban voluntariamente los ojos a la luz que Cristo les declaraba: "No conocéis las Escrituras, ni el poder de Dios". Se habían negado obstinadamente a recibir instrucción; por lo tanto, todas las oportunidades de que gozaban, toda la sabiduría, capacidad y conocimiento de que se jactaban orgullosamente, no harían sino aumentar su condenación en el día del Juicio final.

Dios nos da pruebas suficientes para que podamos aceptar la verdad con entendimiento; pero no se propone eliminar toda ocasión de duda e incredulidad. Si lo hiciera, ya no habría necesidad de ejercitar la fe, pues podríamos andar por vista. Todos los que estudian la Palabra de Dios con espíritu instructivo pueden aprender de ella el camino de la salvación; sin embargo, es posible que no sean capaces de comprender todas las partes de la Sagrada Escritura. El apóstol Pedro declara que en las epístolas de Pablo, escritas bajo la inspiración del Espíritu Santo, hay "algunas cosas difíciles de entender, que los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición". Todo lo que está claramente establecido por la palabra de Dios debemos aceptarlo, sin tratar de resolver cada duda que Satanás pueda sugerir, o con nuestro entendimiento finito desentrañar los consejos del infinito, o criticar las manifestaciones de su gracia o poder.

Los que buscan continuamente en la palabra de Dios algo que reprochar, algo que refuerce su incredulidad, pronto se encontrarán tan completamente bajo el poder de la duda y de la incredulidad, que nada les parecerá seguro; no encontrarán fundamento sólido en ninguna parte. Es un deber fomentar la fe y la devoción. Si tratamos con humildad de conocer la voluntad de Dios revelada en su palabra, y luego obedecemos esa voluntad tal como se manifiesta a nuestro entendimiento, llegaremos a estar arraigados y cimentados en la verdad. Dijo Cristo: "Si alguno quiere hacer su voluntad, conocerá la doctrina".

El caso de Pablo muestra cómo uno puede estar cegado por los prejuicios mientras piensa que está haciendo un servicio a Dios. Pablo fue un perseverante y ferviente perseguidor de la iglesia de Cristo. Sin embargo, fue concienzudo en ello, creyendo plenamente que era su deber hacer todo lo que pudiera para exterminar la alarmante doctrina de que Jesús era el Príncipe de la Vida, el Mesías largamente rechazado. Pablo creía verdaderamente que la fe

en Jesús dejaba sin efecto la ley de Dios, el servicio religioso de las ofrendas sacrificiales y el rito de la circuncisión, que en épocas pasadas habían recibido la plena sanción de Dios.

Pero Pablo fue arrestado en su loca pero honesta carrera. Jesús, cuyo nombre era el que más odiaba y despreciaba, se reveló a Pablo para hacer de este instrumento tan poco prometedor un vaso escogido para llevar el Evangelio a los gentiles. A medida que la milagrosa revelación de Cristo trae luz a las oscuras cámaras de su mente, se da cuenta de su celo equivocado, y de que Aquel contra quien se ha alzado es realmente el Cristo, el Redentor del mundo.

Pablo aprende que Jesús, a quien en su ceguera consideraba un impostor, es en realidad el autor de toda religión verdadera, incluso desde los días de Adán. Se había considerado que Cristo dejaba sin efecto la ley de Dios; pero cuando sus ojos se abrieron para discernir la verdad espiritual, vio que Cristo vino al mundo con el propósito expreso de vindicar la ley de su Padre. Aprendió que Cristo era el originador y el fundamento de todo el sistema judío de sacrificios, y que en su muerte el tipo se encontraba con el antitipo. Vio en el Hombre del Calvario al vindicador de la verdad, al cumplidor de la profecía.

A la luz de la ley, Pablo se ve pecador. Descubre que ha estado transgrediendo esa misma ley que creía haber guardado con tanto celo. Se arrepiente y muere al pecado; se hace obediente a las exigencias de la ley de Dios, acepta a Cristo como su Salvador, se bautiza y predica a Jesús con la misma seriedad y celo con que antes lo condenaba.

Pablo era un maestro erudito en Israel, una nación que había sido durante muchas generaciones el verdadero pueblo de Dios, y los depositarios de su ley; pero estaba cegado por el error y el prejuicio. Este es el caso de muchos ahora. Los argumentos contra la verdad, sutiles en su influencia, afectan a las mentes que no están iluminadas por el Espíritu de Dios, y no han llegado a estar plenamente informadas con respecto a la verdad bíblica. En muchos casos, el egoísmo, la deshonestidad y los diversos pecados que prevalecen en esta época degenerada, embotan los sentidos de modo que no se discierne la verdad de Dios. Pero cuando, como en el caso de Pablo, hay honestidad de propósito, y un deseo de hacer la voluntad de Dios, la verdad será aceptada cuando se haga clara al entendimiento.

Los que buscan conocer la verdad, los que son fieles a la luz ya recibida, y en el cumplimiento de los deberes cotidianos, conocerán seguramente la doctrina, porque serán guiados a toda la verdad. Dios no promete, por las artes maestras de su providencia, llevar irresistiblemente a los hombres al conocimiento de su verdad, cuando no buscan la verdad, ni tienen deseo de comprenderla. El Espíritu de Dios está continuamente convenciendo, y las almas se deciden a favor o en contra de la obediencia a Dios. Pero a los hombres se les permite la libertad de acción; se les deja el poder de elegir. Pueden ser obedientes por el nombre y la gracia del Redentor, o pueden ser desobedientes, y darse cuenta de las consecuencias de su proceder. El hombre es responsable de recibir o rechazar la verdad sagrada.

Nuestro Salvador amonestó a sus discípulos: "Velad y orad, para que no entréis en tentación". Un enemigo astuto y vigilante sigue nuestros pasos, y emplea su habilidad en tratar de desviarnos del buen camino. No viene en forma visible; pero por medio de sus representantes está siempre sobre nuestra pista, y a través de ellos ejerce su poder sobre nosotros cuando

menos sospechamos su presencia. Trabaja en las tinieblas y controla a todos los que se dejan engañar por sus artimañas. Pero la gracia de Dios está comprometida para nosotros, y el camino de la obediencia es el camino de la seguridad. "El que camina en integridad, anda seguro". Camina en la luz y "entonces andarás por tu camino con seguridad, y tus pies no tropezarán."

"Si alguno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si alguno anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él". Acerquémonos, pues, cada vez más a la luz pura del Cielo, recordando que la iluminación divina aumentará según avancemos, capacitándonos para afrontar nuevas responsabilidades y emergencias. El camino del justo es progresivo, de fortaleza en fortaleza, de gracia en gracia y de gloria en gloria.

Fue a través del conflicto constante y la fe simple que Enoc caminó con Dios. Todos podemos hacer lo mismo. Podemos convertirnos y transformarnos completamente, y ser realmente hijos de Dios, no sólo gozando de su favor, sino, con nuestro ejemplo, guiando a otros en el camino de la humilde obediencia y consagración. La verdadera piedad es difusiva y comunicativa. El salmista dice: "No he escondido tu justicia en mi corazón. He declarado tu fidelidad y tu salvación. No he ocultado tu misericordia y tu verdad a la gran congregación". Este proceder es todo lo contrario del que siguieron los fariseos ciegos, a quienes Jesús dijo: "Tu pecado permanece."

Basilea, Suiza.

30 de junio de 1887

La estimación de las riquezas por parte de Nuestro Señor

EGW

"Yo os digo: Haced amigos de las riquezas injustas, para que, cuando faltéis, os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho. Por tanto, si no habéis sido fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las verdaderas? Y si no habéis sido fieles en lo ajeno, ¿quién os dará lo propio?"

Cristo declara: "Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se aferrará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas". Es imposible servir a Dios y, al mismo tiempo, dedicar todo nuestro pensamiento y energía a la acumulación de riquezas. Dios ha confiado a los hombres medios para que los empleen en su gloria. Él les exige que no pierdan ninguna oportunidad de hacer el bien, y así pueden estar constantemente acumulando tesoros en el Cielo. Pero si, como el hombre con un talento, descuidan el uso de los medios que tienen, temiendo que Dios obtenga lo que su talento gana, no sólo perderán el aumento que finalmente se concederá al administrador fiel, sino también el capital que Dios les dio para trabajar. Han robado a Dios, y por eso no tienen un tesoro guardado en el Cielo, y pierden también su tesoro terrenal.

Los hombres de fortuna suelen decir en su corazón: "Con mi sabiduría he conseguido esta riqueza". Pero, ¿quién les ha dado el poder de conseguir riquezas? Dios les ha concedido la capacidad que poseen; pero en vez de darle la gloria, se la atribuyen a sí mismos. No se hacen "amigos de las riquezas injustas" usando sus medios para ayudar a los necesitados y hacer progresar la causa de Dios, y en vez de una bendición, realizarán una maldición. Dios los probará y los pondrá a prueba, y hará que su gloria caiga por tierra. Les quitará su fuerza y dispersará sus posesiones. Pierden en esta tierra, y no tienen Amigo que los reciba en la morada eterna de los justos.

Pero si los ricos resisten la prueba y superan las manchas de su carácter; si como fieles administradores de Cristo rinden a Dios las cosas que son suyas, se les dirá: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor". Porque "el que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel"; y ciertamente será recompensado.

"El que es injusto en lo poco, lo es también en lo mucho". Muchos hombres han obtenido su riqueza favoreciéndose a sí mismos a expensas de sus semejantes, tal vez de sus hermanos más pobres; se extralimitan, y reciben más por una cosa de lo que vale; y estos hombres se glorían de su astucia y agudeza en el trato. Pero la maldición de Dios caerá sobre cada dólar así obtenido, y sobre el aumento de él en sus manos.

Aquellos que poseen la habilidad de adquirir propiedades necesitan estar constantemente vigilantes, o convertirán su codicia en algo malo. Corren el peligro de caer en la tentación y sacrificar principios generosos, benévolos y nobles por sórdidos beneficios. Tales personas deberían considerar la fuerza de las palabras de nuestro Salvador: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios".

Muchos que profesan ser seguidores de Cristo, aman tanto el mundo y las cosas que hay en el mundo, que lo divino ha desaparecido de sus caracteres, y se han convertido en instrumentos de la injusticia. En contraste con ellos están los pobres laboriosos y honrados, que están dispuestos a ayudar a los que lo necesitan, que preferirían sufrir las desventajas de sus hermanos ricos antes que manifestar un espíritu tan cerrado y adquisitivo como el que ellos manifiestan; hombres que estiman que una conciencia tranquila y el derecho, incluso en las cosas pequeñas, tienen más valor que las riquezas. Si hay un objeto benévolo que requiera medios o trabajo, son los primeros en interesarse por él. Están tan dispuestos a ayudar a los demás, tan deseosos de hacer todo el bien a su alcance, que no acumulan riquezas; sus posesiones terrenales no aumentan.

Debido a que estos hombres pueden jactarse de poca riqueza, a menudo se les considera de ningún valor especial, y se les considera deficientes en juicio. Pero estos pobres sabios son preciosos a los ojos de Dios. Aunque no están aumentando su tesoro en la tierra, están acumulando para sí mismos un tesoro incorruptible en el Cielo. Al hacer esto, manifiestan una sabiduría tan superior a la del cristiano sabio, calculador y adquisitivo, como las "moradas eternas" lo son a las cosas de esta tierra. Es el valor moral lo que Dios valora. Un carácter cristiano sin mancha de avaricia, que posea quietud, mansedumbre y humildad, es más precioso a sus ojos que el oro más fino, incluso que la cuña de oro de Ofir.

El dinero tiene poder, y ejerce una poderosa influencia, mientras que la excelencia del carácter y el valor moral a menudo se pasan por alto. Pero, ¿qué le importa a Dios el dinero, la propiedad? Suyo es el ganado de las mil colinas, el mundo y cuanto hay en él. Los habitantes de la tierra son como saltamontes ante él; los hombres y los bienes no son más que el pequeño polvo de la balanza. No hace acepción de personas.

"Los fariseos, que eran avaros", oyeron las enseñanzas de Cristo, y "se burlaron de él". Fijaos en las palabras que les dirigió Cristo: "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos ante los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es de gran estima entre los hombres [es decir, las riquezas adquiridas por opresión, engaño o fraude-de cualquier manera deshonesta] es abominación a los ojos de Dios."

Cristo presenta dos personajes: el del hombre rico, que se vestía de púrpura y lino fino y vivía suntuosamente todos los días, y el de Lázaro, que estaba sumido en una pobreza abyecta y repugnante a la vista, y que mendigaba las pocas migajas que el hombre rico despreciaba. Nuestro Salvador muestra aquí su estimación de los dos personajes. Aunque Lázaro estaba en una condición tan deplorable y mezquina, tenía un valor moral que Dios consideraba de mayor valor que la posición exaltada del honrado y amante de la facilidad hombre rico. Dios no valoraba las riquezas de este hombre rico, porque su carácter carecía de valor. Sus riquezas no le recomendaban a Dios, ni tenían influencia alguna para conseguir el favor divino.

Con esta parábola, Cristo quería enseñar a sus discípulos a no juzgar ni valorar a los hombres por sus riquezas o por los honores que reciben de los demás. Tal era el proceder de los fariseos, que, aunque poseían riquezas y honores mundanos, carecían de valor a los ojos de Dios. Más que esto, fueron despreciados y rechazados por él, echados fuera de su vista como repugnantes, porque no había valor moral o solidez en ellos. Corruptos y pecaminosos, eran abominables a sus ojos. No fue así con el pobre hombre. Aunque despreciado por sus compañeros mortales y repugnante a sus ojos, tenía cualidades que lo preparaban para ser introducido en la sociedad de los ángeles refinados y santos, para ser heredero de Dios y coheredero con Cristo.

Todas las riquezas que el más rico haya poseído jamás no tienen valor suficiente para cubrir el más pequeño pecado ante Dios; no serán aceptadas como rescate de la transgresión. Un acto de maldad u opresión, o de desviación del camino recto, no será tolerado antes en un hombre que posee bienes que en uno que no los tiene. Nada menos que el arrepentimiento, la confesión y el abandono del pecado es aceptable para Dios.

Los que se sienten inclinados a hacerse esclavos de la avaricia y a enredarse con los afanes de esta vida, harán bien en considerar las palabras de Pablo: "Encomienda a los que son ricos en este mundo, que no sean altivos, ni confíen en riquezas inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos."

7 de julio de 1887

Los frutos se reúnen para el arrepentimiento

EGW

Cuando Juan predicaba en el desierto de Judea, y los fariseos y saduceos acudieron a su bautismo, aquel intrépido predicador de la justicia se dirigió a ellos: "Generación de víboras, ¿quién os ha amonestado para que huyáis de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento". Al acudir a Juan, estos hombres no estaban movidos por motivos rectos. Estaban corrompidos en sus principios y en su práctica; pero no tenían conciencia de su verdadera condición. Llenos de orgullo y ambición, no vacilarían ante ningún medio que les permitiera exaltarse a sí mismos y fortalecer su influencia con el pueblo. Y el bautismo a manos de este joven y popular maestro podría, pensaban, ayudarles a llevar a cabo estos designios con más éxito.

A Juan no se le ocultaban sus motivos, y él se dirigió a ellos con la inquisitiva pregunta: "¿Quién os ha amonestado para que huyáis de la ira venidera?". Si hubieran oído la voz de Dios que hablaba a sus corazones, habrían dado pruebas de ello produciendo frutos dignos de arrepentimiento. No vieron tal fruto. Habían oído la advertencia como mera voz de hombre. Estaban encantados con el poder y la audacia con que habló Juan; pero el Espíritu de Dios no envió convicción a sus corazones, y como resultado seguro la palabra hablada no produjo frutos para vida eterna.

Nadie está más lejos del reino de los cielos que los santurrones formalistas, que tal vez estén llenos de orgullo por sus propios logros, mientras están totalmente destituidos del Espíritu de Cristo, y son controlados por la envidia, los celos y el amor a la alabanza y la popularidad. Pertenecen a la clase a la que Juan se dirigió como generación de víboras, hijos del inicuo. Sirven a la causa de Satanás más eficazmente que el más vil libertino; porque este último no disfraza su verdadero carácter; aparece como lo que realmente es.

Nada que no sea una vida enmendada -frutos adecuados para el arrepentimiento- satisfará los requisitos de Dios. Sin tales frutos, nuestra profesión de fe carece de valor. El Señor puede suscitar verdaderos creyentes entre los que nunca han oído su nombre. "No penséis decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede, de estas piedras, levantar hijos a Abraham."

"Y ahora el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego". Dios no depende de hombres inconversos de corazón y de vida para llevar a cabo su obra. Él nunca favorecerá a nadie que practique la iniquidad.

Los que aman y adulan al ministro que les habla la palabra de vida, mientras descuidan las obras de justicia, dan pruebas inequívocas de que no están convertidos a Dios. A los tales preguntaríamos: "¿Quién os ha amonestado para que huyáis de la ira venidera?". ¿Fue la voz del Espíritu Santo, o meramente la voz del hombre, lo que escuchaste en el mensaje enviado por Dios? El fruto dado dará testimonio del carácter del árbol.

Hay una gran responsabilidad que descansa sobre aquellos que son llamados a predicar la palabra. El mensaje para ellos es: "Sed limpios los que lleváis los vasos del Señor". Se necesita un ministerio convertido, así como una iglesia convertida; porque la iglesia rara vez tomará una posición más elevada que la que tomen sus ministros. Los pastores que velan por las almas como quienes han de dar cuenta, guiarán al rebaño por caminos de santidad. Y su éxito en esta obra será proporcional a su propio crecimiento en gracia y conocimiento de la verdad. Cuando los maestros son santificados, en alma, cuerpo y espíritu, pueden inculcar en sus oyentes la importancia de caminar más cerca de Dios.

El ministro de Cristo debe poseer en grado eminente la verdadera humildad. Aquellos que tienen la experiencia más profunda en las cosas de Dios, son los más alejados del orgullo o de la exaltación propia. Mientras el yo está abatido, tienen los conceptos más exaltados de la gloria y excelencia de Cristo, y sienten que el lugar más bajo en su servicio es demasiado honorable para ellos.

Cuando Moisés bajó de la montaña, donde había pasado cuarenta días en comunión con Dios, no sabía que su rostro brillaba con un resplandor que resultaba doloroso y aterrador para quienes no habían tenido ese excelso privilegio. Pablo tenía una opinión muy humilde de su propio progreso en la vida cristiana. Habla de sí mismo como "el primero de los pecadores". Y de nuevo dice: "No como si ya lo hubiera alcanzado, ni como si ya fuera perfecto". Sin embargo, Pablo había sido altamente honrado por el Señor. En santa visión se le habían mostrado revelaciones de la gloria divina que no se le podía permitir dar a conocer.

Nuestro Salvador declaró que Juan el Bautista era el más grande de los profetas; sin embargo, qué contraste hay entre el lenguaje de este hombre de Dios y el de muchos que profesan ser ministros de la cruz. Cuando le preguntaron si él era el Cristo, Juan se declaró indigno incluso de desatar las sandalias de su Maestro. Cuando sus discípulos vinieron con la queja de que la atención de la gente se dirigía al nuevo Maestro, Juan les recordó que él mismo había afirmado ser sólo el precursor del Prometido. A Cristo, como esposo, le corresponde el primer lugar en el afecto de su pueblo. "El amigo del esposo, el que está de pie y lo oye, se alegra por la voz del esposo; se cumple, pues, este mi gozo. Es necesario que él crezca, pero que yo disminuya. El que viene de arriba está por encima de todos".

Hoy se necesitan obreros con este espíritu. Los autosuficientes, los envidiosos y celosos, los críticos y los que buscan culpables, bien pueden ser apartados de la sagrada obra de Dios. A nuestro Señor no le faltan hombres ni medios. Él pide obreros en su causa que sean verdaderos y fieles; para aquellos que han sentido su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo y han experimentado en sus propios corazones la gracia santificante de su Espíritu.

No hay ninguna persona, no importa lo que haya sido su vida, que pueda ser salvada de ninguna otra manera que no sea la designada por Dios. Debe arrepentirse; debe sentir su necesidad de un médico, y del único remedio para el pecado, la sangre de Cristo. Muchos que profesan ser cristianos todavía no han comenzado esta obra. Como los fariseos de antaño, no sienten la necesidad de un Salvador. Son autosuficientes, se exaltan a sí mismos. Los tales no tienen parte en la sangre de Cristo. Esa corriente purificadora sólo sirve para los que sienten su necesidad. Dijo Cristo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento".

Muchos creen en la ira de Dios, pero no se esfuerzan por escapar de ella. Creen en el cielo, pero no hacen sacrificios para obtenerlo. Creen en el valor del alma, y en que su redención cesa para siempre; pero descuidan preciosas oportunidades de hacer las paces con Dios. Leen la Biblia; pero sus amenazas no los alarman ni sus promesas los conquistan. Aprueban cosas que son excelentes; sin embargo, siguen el camino que Dios les ha prohibido tomar. Conocen un refugio, pero no hacen uso de él. Conocen un remedio para el pecado, pero no lo usan. Conocen el bien, pero no lo disfrutan. Nunca han probado, ni aprendido por experiencia, que el Señor es bueno; y todo su conocimiento no hará sino aumentar su condenación.

Lo que necesitamos es una religión experimental. ¿Cómo conoceremos por nosotros mismos la bondad y el amor de Dios? El salmista nos dice: No es oír y saber, leer y saber, creer y saber, sino "*gustad* y ved que el Señor es bueno". En lugar de confiar en la palabra de otro, prueba por ti mismo.

Todo lo que tenemos procede de las abundantes riquezas de la gracia divina. Dios no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nuestras ofensas, y lo resucitó para nuestra justificación. Por medio de él podemos presentar nuestras peticiones al trono de la gracia. Por medio de él podemos obtener todas las bendiciones espirituales. ¿Acudimos a él para tener vida? Jesús, el manso y humilde, pide ser admitido como nuestro huésped, ¿no le abriremos la puerta de nuestro corazón y le invitaremos a entrar?

En vista de la gracia de Dios que se nos ha concedido, ¿no será el lenguaje de nuestro corazón: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia y por tu verdad".

Basilea, Suiza.

14 de julio de 1887

Por sus frutos los conoceréis

EGW

"El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo". "Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de los suyos".

Cada uno de nosotros está construyendo para sí mismo una estructura que un día será examinada por el Juez de toda la tierra. Esta estructura es nuestro carácter individual; y cada acto de nuestras vidas, cada pensamiento y palabra, es una piedra en el edificio. Las palabras de la inspiración nos advierten: "Mirad cómo edificáis". Procurad que los cimientos sean seguros. Si edificamos sobre la Roca Cristo Jesús, la estructura crecerá en proporciones simétricas, y será un templo justo y santo para Dios.

Nuestras mentes nos son dadas; pero nuestros caracteres los hacemos nosotros; son el resultado de las vidas que llevamos, de los pensamientos y principios que abrigamos. Cuando vemos personas firmes en sus principios, fieles en el cumplimiento del deber, celosas en la

causa de Dios, pero humildes, amables y pacientes hacia todos, dispuestas a perdonar, manifestando amor por las almas por las que Cristo murió, no necesitamos preguntar: ¿Son cristianos? Dan pruebas inequívocas de que son alumnos de la escuela de Cristo. Pero cuando muestran los rasgos opuestos de carácter; cuando son orgullosos, vanidosos, frívolos, de mentalidad mundana, avaros, poco amables, censuradores, no necesitamos que nos digan de dónde viene el espíritu que están abrigando. Puede que no crean en la brujería, pero están en comunión con un espíritu maligno, y su influencia está envenenando el corazón y la vida.

Las nimiedades revelan el carácter. Una persona egoísta, autosuficiente y egoísta será muy infeliz. No es descabellado desconfiar de las personas que siempre se quejan de que no las tratan bien. Por lo general, se descubrirá que tienen ideas exaltadas de sus propios méritos, y piensan que todos los demás deberían respetarlas en consecuencia.

Hay algunos que siempre buscan desaires. En la familia, se dice alguna palabra desafortunada, y ellos se ofenden, sintiendo que fue diseñada para herirlos y menospreciarlos. Se encuentran con un amigo que está tan ocupado con los negocios u otras preocupaciones que no les saluda tan ardientemente como ellos desean, ni tiene tanto tiempo para visitarles, y se sienten insultados personalmente. El ofensor, totalmente inocente de cualquier designio o pensamiento de herirlos, se asombra al verse tratado con sospecha y frialdad, y pronto le llega la acusación de que su pobre e infeliz vecino siente que ha sido descuidado y maltratado. Pero la infelicidad estaba en él, esperando alguna excusa para mostrarse.

La vida es lo que nosotros hacemos de ella. Mientras estemos en el mundo, nos encontraremos con toda clase de personas; pero nuestra vida toma su sesgo y colorido de nuestros propios rasgos de carácter. Es nuestro privilegio aprender diariamente en la escuela de Cristo la mansedumbre y la humildad de corazón; y cuando un espíritu egoísta y altivo es vencido, y estamos dispuestos a ser como fue nuestro Maestro, haremos agradable nuestro entorno. Pasaremos por alto muchos desaires y no los veremos ni los sentiremos, porque tenemos el amor de Jesús en el corazón, y nos esforzamos tanto por ser como él, que esas pequeñeces no nos afectan.

La lucha y la contención no pueden existir entre aquellos que son controlados por el Espíritu de Dios. Un carácter verdaderamente semejante al de Cristo no puede ser subvertido. La envidia, los celos, la malicia y la persecución pueden lanzarse contra los que llevan la impronta divina; pero sólo sirven para fortalecer lo que no pueden derribar.

Lo que inspira respeto y se gana el aprecio es la verdadera bondad. El verdadero mérito debe ganarse con paciente industria y energía, con incansable aplicación y esfuerzo. Miles de personas no consiguen el amor y el respeto que codician porque desean lo que no merecen. Prefieren ser débiles a hacer el esfuerzo necesario para dominar sus rasgos erróneos y adquirir fortaleza de carácter.

Cristo es nuestro refugio; y sólo mediante la fe en él podemos formar caracteres que Dios pueda aceptar. Podemos añadir conocimiento al conocimiento, fuerza a la fuerza y virtud a la virtud, y sin embargo fracasar en el conflicto que pone a prueba nuestra alma, porque no hacemos de Cristo nuestra fuerza y nuestra justicia. Ninguna forma externa puede limpiarnos; no pueden tomar el lugar del bautismo del Espíritu Santo. Todos los que no han

experimentado el poder regenerador del Espíritu de Dios son paja entre el trigo. Nuestro Señor tiene su abanico en la mano, y purificará a fondo su suelo. En el día venidero discernirá "entre el que sirve a Dios y el que no le sirve".

El Espíritu de Cristo se revelará en todos los nacidos de Dios. El Señor no ha cerrado el Cielo contra su pueblo; pero su propio curso de continuo retroceso, de disputas, envidias y contiendas, los ha separado de él. El orgullo y el amor al mundo viven en el corazón; y pocos se alarman o se asombran de su falta de poder espiritual.

Las advertencias de la palabra de Dios y la influencia de su Espíritu han sido descuidadas por igual. Los pecados que destruyeron a los antediluvianos y a las ciudades de la llanura existen hoy, no sólo en tierras paganas o entre incrédulos declarados, sino entre los profesantes del cristianismo. El resultado es evidente en la deplorable condición de la iglesia. La impureza es generalizada, incluso entre los que profesan ser seguidores de Cristo. Muchos participan ansiosamente en diversiones mundanas y desmoralizantes que la palabra de Dios prohíbe. Así cortan su conexión con Dios, y se colocan con los amantes del placer del mundo. Si Dios les presentara sus pecados tal como aparecen ante sus ojos, se llenarían de vergüenza y terror.

¿Y cuál es la causa de esta alarmante situación? Muchos han aceptado la teoría de la verdad religiosa, pero no se han convertido a sus principios. Son pocos, en verdad, los que sienten verdadero dolor por el pecado; los que tienen convicciones profundas y punzantes de la depravación de la naturaleza no regenerada, y están tratando de andar como Cristo anduvo. El corazón de piedra no se cambia por un corazón de carne. Pocos están dispuestos a caer sobre la Roca y ser quebrantados.

¡Qué amor y condescendencia tan sobrecogedores, que cuando no teníamos ningún derecho a la misericordia divina, Cristo estuvo dispuesto a emprender nuestra redención! Pero nuestro gran Médico requiere de cada alma una obediencia incuestionable. Nunca debemos prescribir para nuestro propio caso. Cristo debe tener el control total de nuestra voluntad y acción, o no se comprometerá en nuestro favor.

Muchos no son conscientes de su condición y de su peligro; y hay mucho en la naturaleza de la religión cristiana que es contrario a todo sentimiento y principio mundanos, y opuesto al orgullo del corazón humano. Podemos lisonjearnos, como Nicodemo, de que nuestra vida y nuestro carácter moral han sido correctos, y pensar que no necesitamos humillar nuestro corazón ante Dios, como el pecador común; pero debemos contentarnos con entrar en la vida de la misma manera que el primero de los pecadores. El yo debe morir. No debemos confiar en nuestra propia justicia, sino depender de la justicia de Cristo. Él es nuestra fuerza y nuestra esperanza.

A la fe genuina le sigue el amor, el amor que se manifiesta en el hogar, en la sociedad y en todas las relaciones de la vida, el amor que allana las dificultades y nos eleva por encima de las nimiedades desagradables que Satanás pone en nuestro camino para molestarnos. Y al amor seguirá la obediencia. Todos los poderes y las pasiones del hombre convertido están bajo el control de Cristo. Su espíritu es un poder renovador, que transforma a la imagen divina a todos los que lo reciben.

Convertirse en discípulo de Cristo es negarse a sí mismo y seguir a Jesús tanto en las malas como en las buenas noticias. Es cerrar la puerta al orgullo, a la envidia, a la duda y a otros pecados, y así excluir la contienda, el odio y toda obra maligna. Es dar la bienvenida en nuestros corazones a Jesús, el manso y humilde, que busca ser admitido como nuestro huésped.

"El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo". Jesús es un modelo para la humanidad, completo, perfecto. Se propone hacernos semejantes a sí mismo,-verdaderos en todo propósito, sentimiento y pensamiento,-verdaderos en corazón, alma y vida. El hombre que abraza la mayor parte del amor de Cristo en el alma, que refleja la imagen de Cristo más perfectamente, es, a los ojos de Dios, el hombre más verdadero, más noble y más honorable. Pero el que no tiene el Espíritu de Cristo no es "ninguno de los suyos".

Basilea, Suiza.

21 de julio de 1887

Purificados por la verdad

EGW

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro."

Debemos conocer a aquellos que tienen esta esperanza aquí puesta a la vista por las vidas que llevan. "Por sus frutos los conoceréis". Esta es la prueba por la cual hemos de distinguir entre el genuino y el falso, entre el verdadero cristiano y el farsante. ¿Son hijos obedientes, que andan en el camino de los mandamientos de Dios? Si es así, el Espíritu de Dios actúa sobre los espíritus de los hombres, y continuamente se está llevando a cabo un proceso de limpieza del alma de la contaminación del pecado.

"Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". Es un gran honor ser adoptado en la familia real del Cielo. Pero ¿cómo sabremos que se nos ha concedido este honor y que somos considerados hijos e hijas de Dios? Comparando nuestras vidas con la gran norma moral de la rectitud. Si alguno viene afirmando ser sin pecado y santo, juzguémosle por "la ley y el testimonio". Si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Dijo Pablo: "Por la ley es el conocimiento del pecado". Juan define el pecado como "la transgresión de la ley". Entonces, cuando hombres y mujeres afirman tener una gran luz y una experiencia religiosa exaltada, mientras están transgrediendo a sabiendas la ley de Dios, no nos dejemos engañar. Cuando las personas hablan con ligereza de la ley y ponen sus impresiones, sentimientos y ejercicios por encima de la norma divina, podemos saber que no hay luz en ellas. Están repitiendo el curso que se siguió en el Edén. Las leyes y las opiniones de los hombres son exaltadas por encima de la ley del Infinito, así como en el Edén las artimañas engañosas de Satanás fueron creídas con preferencia a la palabra de Dios.

En el Juicio, algunos presentarán la gran luz que han tenido, y las obras poderosas que han hecho, diciendo: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre? y en tu nombre hemos echado fuera demonios? y en tu nombre hemos hecho muchas obras maravillosas?". Pero Jesús responde "Nunca os conocí. Apartaos de mí, obradores de iniquidad". Estas palabras de nuestro Señor contienen una lección solemne y de infinita importancia. Estos transgresores de los mandamientos pueden afirmar que están libres de pecado, una afirmación que nunca hicieron Pedro, Juan, Pablo ni ninguno de los otros apóstoles; pero el gran Detector del pecado expone la falsedad de su profesión.

No debemos fiarnos de las afirmaciones de los hombres. Pueden, como representa Cristo, profesar que hacen milagros al curar a los enfermos. ¿Es esto maravilloso, cuando justo detrás de ellos está el gran engañador, el hacedor de milagros que aún hará descender fuego del cielo a la vista de los hombres? Tampoco podemos fiarnos de las impresiones. La voz o el espíritu que le dice a un hombre. Tú no tienes obligación de obedecer la ley de Dios; tú eres santo y sin pecado, mientras que él está pisoteando la ley divina, no es la voz de Jesús; porque él declara: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre". Y Juan testifica: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y la verdad no está en él". Entonces, ¿cómo pueden explicarse estas manifestaciones de gran poder, y estas impresiones maravillosas, si no es sobre la base de que son dadas por la influencia de ese espíritu hacedor de milagros que ha salido para engañar al mundo entero, e infatuarlos con un fuerte engaño para que crean una mentira? Él se complace cuando los hombres y las mujeres afirman poseer un gran poder espiritual, y sin embargo hacen caso omiso de la ley de Dios, porque a través de su desobediencia engañan a otros, y él puede utilizarlos como agentes eficaces en su obra.

El Espíritu y la Palabra concuerdan. La voz de Dios a los corazones de los hombres no contradice las palabras proclamadas con terrible grandeza desde el monte Sinaí. Dios nunca se contradice. Él exige obediencia. Las leyes por las que gobierna el mundo no sólo son santas, justas y buenas, sino también inmutables, y por ellas el mundo será pronto juzgado. Los hombres pueden hacer a un lado la gran norma moral de carácter de Dios, y erigir una norma que se ajuste a su propia conveniencia, y por esta norma imperfecta pueden reclamar la santidad; pero Dios hará cumplir sus propias leyes sobre las naciones, las familias y los individuos.

Los hombres pueden decir: Yo guardaría la ley de Dios si fuera conveniente hacerlo, y no interfiriera con mis negocios; pero si guardara el sábado del cuarto mandamiento, me destrozaría; me volvería pobre. El Señor de la gloria se hizo pobre por nosotros, para que nosotros nos enriqueciéramos con su pobreza. Cristo pagó un precio infinito por la redención de la raza, para poder refinarla y ennoblecerla, y hacerla hija e hijo de Dios. Bien pudo exclamar Juan: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios".

El apóstol continúa: "Y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". No es suficiente profesar estar guardando la ley de Dios, mientras los hombres están tejiendo en sus vidas y caracteres hilos de egoísmo y orgullo. Muchos que profesan ser hijos de Dios tienen buenos impulsos. Cuando todo marcha bien, pueden ser muy corteses y serviciales, y hacer

algunas buenas obras; pero cuando surgen dificultades, y se les cruza el camino, muestran un espíritu muy distinto. Entonces surgen los ardores del corazón, la envidia, la enemistad; el yo busca la supremacía, y la obtiene. ¿Podemos llamar cristianos a tales personas? No; porque ser cristiano es ser semejante a Cristo.

El Señor mira las intenciones y propósitos del corazón. Una religión sabática por sí sola no satisfará sus requisitos. No se debe permitir que el egoísmo desplace el amor a Jesús y el amor mutuo. Necesitamos examinarnos a nosotros mismos, si estamos en la fe, y caminar en la luz, no sea que las tinieblas vengan sobre nosotros. Si caminamos en la luz, y abrimos nuestro corazón y nuestro entendimiento a la luz, tendremos un día claro brillando a nuestro alrededor. Deberíamos usar la luz que tenemos para bendecir a los demás. Deberíamos estar dispuestos a conocer todo nuestro deber, y luego cumplirlo. Debemos aprender en la escuela de Cristo su mansedumbre y humildad, y debemos probar todas nuestras acciones por la palabra de Dios, y la pregunta, ¿Cómo se verá esto en el Juicio? Siguiendo este camino, el verdadero cristiano será una luz para iluminar al mundo.

Este es un día de declinación espiritual. Nubes y densas tinieblas oscurecen la visión espiritual, a menos que haya una iluminación diaria del Espíritu de Dios. Muchos que han tenido gran luz y han disfrutado de preciosas oportunidades, se han convertido, por su concepto erróneo de su verdadera condición espiritual, en piedras de tropiezo para santos y pecadores. Andando a tientas en una penumbra, tratando de caminar por su propio espíritu, tropiezan y hacen sendas muy torcidas, y los cojos son apartados del camino. Creen abrigar la esperanza de ver a Jesús tal como es, y de ser como él; pero se olvidan de purificarse como él es puro.

¿Qué hacéis, hermanos míos? ¿Os examináis a vosotros mismos para ver si estáis en el amor de Dios? ¿Estáis purificando vuestras propias almas día tras día, y obteniendo una aptitud para el Cielo? La Biblia está llena de verdades prácticas que están calculadas para obrar grandes cambios en el carácter humano. Jesús oró por sus discípulos: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". La palabra de Dios obedecida es la gran santificadora de los corazones. Por su influencia podemos llegar a ser puros, "como él es puro". Formando tal carácter, nos aseguraremos la más verdadera felicidad aquí; y cuando Jesús aparezca en las nubes del cielo, podremos decir: "He aquí, éste es nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará". "Nos alegraremos y gozaremos en su salvación".

Basilea, Suiza.

28 de julio de 1887

La devoción cristiana y su recompensa

EGW

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también

vuestro corazón." "Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se aferrará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas".

Con estas palabras, el Salvador nos presenta la importancia de hacernos un tesoro en el Cielo. Cristo comprendía muy bien lo que decía. Sabía que si los hombres acumulaban sus tesoros aquí en este mundo, sus intereses también estarían aquí; y estos intereses mundanos cerrarían el amor de Dios fuera del corazón. Si mantenemos nuestros ojos fijos demasiado intensamente en las cosas del mundo, ¿cómo podremos ver las que son celestiales?

Dios quiere que las cosas de este mundo ocupen un lugar secundario; pero el objeto de Satanás es hacerlas las más atractivas para nosotros. A medida que el gran engañador logra su propósito de apartar nuestras mentes de Dios, nos es imposible estimar la pérdida que estamos sufriendo. Si estamos recibiendo vistas diarias de las cosas celestiales, estaremos constantemente hambrientos y sedientos de justicia. Y si nuestro ojo es único a la gloria de Dios, su rica bendición puede fluir en nuestros corazones y hogares. Entonces, ¿por qué no tenemos en vista la gloria de Dios en todo lo que decimos y hacemos? Es porque invitamos al mundo a nuestros corazones, y el amor del mundo se fortalece continuamente, hasta que desplaza la obra de la gracia del corazón, y nos separa de nuestro Creador.

Cuando en el templo de Jerusalén se derramaba el agua al pie del altar, conmemorando el agua que manaba de la roca herida en el desierto, se oía la voz de Jesús, clara y penetrante: "Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba". Él era la Roca que los seguía en el desierto, refrescando a su pueblo sediento. Y ahora quería apartar la mente de lo que nunca puede satisfacer al alma sedienta y desfallecida, hacia la Roca de las Edades, de la que fluyen las corrientes puras de la vida eterna. De esta fuente las naciones pueden beber y volver a beber, y el suministro es fresco, inagotable y gratuito para todos.

Podemos beber aquí y saciar nuestra sed. Pero cuántos hay, incluso entre los que profesan ser hijos de Dios, que, aunque anhelan verse libres de los problemas que los acosan a derecha e izquierda, dedican todas sus energías a acumular un tesoro en la tierra, precisamente lo que Cristo les ha dicho que no hagan.

Jesús no quiere que su pueblo se preocupe, se afane y se inquiete bajo un yugo impuesto por ellos mismos. Él los invita: "Llevad mi yugo sobre vosotros". El yugo del mundo es irritante y demasiado pesado de llevar; pero las palabras de gracia de nuestro Señor son: "Llevad mi yugo sobre vosotros", y "hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Oh, cuántos yugos irritantes, cuántas cargas innecesarias, son llevadas porque los hombres se aferran a este mundo y a los tesoros de este mundo, porque eligen cosas que no tienen importancia, mientras que las cosas de importancia eterna son consideradas de poco o ningún valor. Las cosas de este mundo son las que los mundanos aman y buscan; pero ¿deben los cristianos hacer lo mismo que ellos? No, deben seguir un camino completamente distinto. Deben buscar las cosas de arriba, "donde está Cristo sentado a la diestra de Dios".

¿De qué servirá al final que dediquemos todo nuestro tiempo y nuestras energías a la pobre y egoísta vida del mundano? No seremos más felices aquí por tener nuestro tesoro en esta tierra, y nos perderemos la recompensa eterna. Es infinitamente más importante forjar un

carácter que Dios pueda aprobar que llevar a cabo la carrera comercial más exitosa. Jesús, nuestro modelo perfecto, ha mostrado al hombre el camino para formar tal carácter. Día tras día, con la ayuda de la gracia divina, puede ir haciendo un registro que no se avergonzará de encontrar en el Juicio. Como el artista imprime el rostro en la placa pulida, así nuestros caracteres se imprimen en los libros del Cielo, y nuestro primer cuidado debe ser saber que las impresiones hechas allí son justas y perfectas.

Es nuestro deber prestar a Dios el mejor servicio posible. Hay algunos que tienen talentos que les permitirían estar en el sagrado escritorio, y hablar la palabra de Dios al pueblo. Estos talentos les han sido confiados para hacer el bien, y son responsables del uso que hagan de ellos; pero ¡oh, cuántos están usando estos poderes dados por Dios para propósitos de mera ganancia mundana! Tal vez tratan de servir a Dios y a las riquezas; pero mientras se sirven a sí mismos, no sirven a Dios.

Cristo es la gran piedra fundamental; y leemos que algunos están edificando sobre ese fundamento, madera, heno y hojarasca, mientras que otros le están aportando oro, plata y piedras preciosas. Los fuegos del gran día probarán el trabajo de cada hombre, y si el material que él proporcionó es consumido, él sufrirá pérdida.

Querido amigo cristiano, detente y piensa. Estás comerciando con el dinero de tu Señor; ¿y qué uso le estás dando? Puedes permitir que tu mente esté absorta en las transacciones comerciales y en las preocupaciones de esta vida; pero no puedes llevar estas cosas contigo al otro mundo. Allí no te servirá de nada este tipo de educación. Entonces, ¿por qué no usas tus talentos para construir el reino de Cristo? ¿Por qué no poner al servicio de Dios el tacto, la habilidad y la energía que te han hecho triunfar en los negocios? Las obras de este mundo serán destruidas. ¿No sería mejor poner parte de tus facultades intelectuales al servicio de la causa de Dios, y edificar donde la obra sea duradera y no sufras pérdidas?

La carga constante de nuestros corazones debe ser: ¿Qué puedo hacer para salvar a las almas por las que Cristo murió? A mi alrededor hay almas preciosas que yacen en la maldad, que perecerán a menos que alguien trabaje por su salvación. ¿Cómo puedo alcanzar mejor a estos descarriados, para llevarlos a la gloriosa ciudad de Dios, y presentarlos ante el trono, diciendo: Heme aquí con los hijos que el Señor me ha dado?

Algunos pueden excusarse diciendo: No he tenido experiencia en esta clase de trabajo; he usado mi habilidad sólo en las cosas de esta vida. Pues bien, a ti te corresponde decir si seguirás dedicando tu tiempo y tus fuerzas a los intereses mundanos, o si los emplearás en la causa de Dios. Ninguno de nosotros será forzado a este servicio. Si decidimos concentrar nuestras fuerzas en los asuntos mundanos, nada nos lo impedirá. Pero ¿por qué persistimos en acumular tesoros aquí en vez de arriba? Supongamos que cambiáramos el orden de las cosas y depositáramos parte de nuestro tesoro en el Cielo, ¿no nos alegraría recibirlo de nuevo, imperecedero?

Se necesita tiempo y paciencia para aprender la verdad, y para llegar a ser un obrero consumado en la viña del Señor; sin embargo, esto se puede hacer. Ve a la sombrerera, o modista, y ella te dirá cuánto tiempo y duro trabajó antes de tener un conocimiento correcto del negocio. El arquitecto te dirá cuánto tiempo le llevó entender cómo planear y erigir un

edificio de buen gusto y cómodo. Y lo mismo sucederá en todas las profesiones que los hombres sigan. Ellos no esperan el éxito sin cuidado y diligencia en el dominio de su negocio. Pero cuán pocos de nosotros que somos llamados a ser colaboradores del Maestro, hemos "aprendido el oficio" como cristianos. Dejemos que estos hombres y mujeres que son tan exitosos en los negocios y tan elocuentes al hablar de cosas mundanas, vengan a la reunión social, y a menudo cuando se levantan para testificar por Cristo, murmuran unas pocas palabras en un tono apenas audible, y se sientan. ¿Por qué están dispuestos a ser enanos en las cosas religiosas? ¿No muestra esto dónde está su corazón?

Cristo ha asignado a cada hombre su obra. La muerte segunda será la porción de los que no trabajan, y se oirán las espantosas palabras: "Apartaos de mí, obradores de iniquidad." Pero los siervos fieles no perderán su recompensa. Ganarán la vida eterna, y el "Bien, buen siervo y fiel," caerá como la más dulce música en sus oídos. Pronto se examinarán los libros de registro y se decidirán los casos de todos, y entonces se verá que el tesoro celestial recompensará toda una vida de ferviente devoción.

Basilea, Suiza.

28 de julio de 1887

Reuniones en Noruega y Suecia

EGW

De una carta privada de la Sra. E. G. White, insertamos el siguiente breve relato de las reuniones en Escandinavia:

Nuestra reunión en carpa comenzó en Estocolmo el 25 de junio y terminó hoy. Con temor y temblor se inició el experimento de la reunión del campamento en Moss, Noruega, que resultó un éxito perfecto, al igual que la reunión de la carpa en Estocolmo. Hubo cinco reuniones cada día, y la asistencia exterior fue maravillosa para todos nosotros. La carpa se llenó desde el primer momento y cada vez acudían más personas a la reunión, hasta que no sólo se ocuparon todos los asientos, sino también todo el espacio de pie bajo la carpa, hasta que ésta quedó literalmente abarrotada, y además rodeada por un muro de gente.

Había policías dispuestos a todo gratuitamente. Venían a ver si todo estaba en paz y orden y escuchaban los discursos como hechizados. Sin embargo, no hicieron falta, pues hubo orden de principio a fin. Ayer, domingo, se calcula que había unas mil personas dentro y alrededor de la carpa escuchando con profundo interés. Estas reuniones han alegrado tanto al anciano Matteson y al hermano Olsen que no saben cómo expresar su agradecimiento a Dios. La verdad y la obra estarán más en alto en Suecia que nunca. Asistieron ministros, abogados y otros hombres pertenecientes a la mejor clase de personas, que han presionado para llegar a la carpa.

La iglesia aquí ha sido grandemente bendecida, y sus testimonios muestran que han hecho grandes progresos desde nuestra primera visita al lugar, que fue el último de octubre de 1885.

El Señor ha añadido a su número hasta que la iglesia ahora cuenta con cien almas. La bendición del Señor ha acompañado las labores del élder Matteson el invierno pasado en la dirección de una escuela para colportores. Hubo diecisiete que han sido educados como obreros. Todos vinieron en masa a despedirnos, y todos expresaron su gratitud a Dios por las bendiciones que habían recibido en esta reunión. Nos despedimos de estas queridas almas que se preparan para trabajar para el Maestro, sin esperar volver a verlas en esta vida, pero esperando encontrarlas alrededor del trono de Dios, con el fruto de su trabajo, gavillas para el granero celestial.

La reunión en la carpa ha sido un gran éxito. Todos están animados. Muchos han escuchado el mensaje de la verdad que probablemente no habrían escuchado de no haber sido por la reunión en la carpa. La carpa permanece y las reuniones continuarán todas las noches. Los hermanos Matteson y Johnson trabajarán en la carpa; los colportores trabajarán industriosamente en la ciudad, y creemos que muchas almas llegarán al conocimiento de la verdad. Nos sentimos agradecidos a Dios al ver que la obra avanza en los reinos del norte de Europa.

El 24 de junio es su fiesta de verano, cuando los días son más largos; el sol sale a las 3 de la mañana y se pone a las 9:30 de la noche y apenas oscurece durante la noche. A las 11 se puede ver para leer o escribir. De alguna manera, uno se desconcierta con este estado de cosas y apenas sabe cuándo retirarse a dormir o cuándo levantarse, ya que a las 2 de la mañana es pleno día. El solsticio de verano se celebra aquí en Europa más o menos igual que el 4 de julio en América.

Ya estamos casi listos para partir hacia los coches, que salen de Estocolmo a las 6 de la tarde y llegan a Malmo mañana a las 9 de la mañana, donde tomaremos el barco para Copenhague. Estamos de buen ánimo, pues vemos que la obra de Dios avanza algo en estos países.

Estocolmo, Suecia,

22 de junio.

Ellen G. White.

4 de agosto de 1887

El triunfo de Cristo por nosotros

EGW

Cuando Cristo nació en Belén, Satanás vio las llanuras iluminadas con la brillante gloria de una multitud de ángeles celestiales. Oyó su cántico: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres". El príncipe de las tinieblas vio el asombro que llenaba los corazones de los pastores al presenciar el despliegue de gloria divina y escuchar los cantos de la hueste angélica. Y bien podían temblar los pastores ante esta exhibición de desconcertante gloria, que parecía penetrar sus mismos sentidos. El propio jefe

rebelde tembló ante el anuncio que se les hizo: "No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo. Porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor". Satanás había tenido éxito en llevar a cabo el plan que ideó para la ruina de los hombres, y el éxito lo había hecho audaz y poderoso. Desde el tiempo de Adán había controlado las mentes y los cuerpos de los hombres; pero ahora estaba alarmado, pues sentía que tanto su vida como su reino estaban en peligro.

Satanás sabía que los cánticos de los mensajeros celestiales que celebraban el advenimiento del Salvador a un mundo caído, y la alegría expresada por este gran acontecimiento, no presagiaban nada bueno para él. Reconocía en el niño Cristo a un rival, el que vendría a disputarle su poder y tal vez a derrocar su reino, y su mente estaba llena de oscuros presentimientos. Imbuyó a Herodes de los mismos sentimientos y temores que perturbaban su propia mente, insinuando que su poder y su reino iban a ser entregados a este nuevo rey. Así despertó la envidia y los celos de Herodes para destruir a Cristo, y esto condujo a la destrucción de todos los niños pequeños que había en Belén.

Pero un poder superior actuaba contra los planes del príncipe de las tinieblas. Los ángeles de Dios frustraron sus designios y protegieron la vida del niño Redentor. En un sueño se le advirtió a José que huyera a Egipto, para que en tierra pagana pudiera encontrar asilo para su preciosa carga. Satanás fue frustrado; pero no cesó en sus esfuerzos por derrocar a su odiado rival. Siguió a Jesús desde la infancia hasta la niñez, y desde la niñez hasta la edad adulta, inventando medios y arbitrios para apartarlo de su lealtad a Dios, y vencerlo con su sutil tentación. La pureza inmaculada de Cristo en su niñez, juventud y madurez, que Satanás no podía manchar, le molestaba sobremanera. Todos los dardos y flechas de la tentación que se lanzaron contra el Hijo de Dios, cayeron inofensivos a sus pies. Y cuando vio que no lograba apartar a Cristo de la firmeza de su integridad, ni mancillar la pureza inmaculada del joven galileo, lo consideró como un enemigo que debía temer y temer.

A este príncipe del mal le irritaba y enfurecía que hubiera Uno que caminara sobre la tierra con poder moral para resistir todas sus tentaciones, que resistiera todos sus atractivos sobornos para seducirlo al pecado, Uno sobre quien no pudiera obtener ventaja alguna para separar el alma de Dios.

Hubo otro a quien Satanás no pudo desviar del camino recto. La niñez, la juventud y la madurez de Juan, que vino con el espíritu y el poder de Elías para realizar una obra especial en la preparación del camino para el Redentor del mundo, estuvieron marcadas por la firmeza y el poder moral. Cuando se oyó la voz de este profeta en el desierto, diciendo: "Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas", Satanás temió por la seguridad de su reino. La maldad del pecado se reveló de tal manera que los hombres temblaron y se alarmaron. Su poder sobre muchos que habían estado bajo su control fue quebrantado; y algunos, por el arrepentimiento de sus pecados, hallaron el favor de Dios, y obtuvieron poder moral para resistir las tentaciones del gran adversario.

Cuando Cristo se presentó a Juan para ser bautizado, Satanás estaba entre los testigos de aquel acontecimiento. Vio los relámpagos brillar desde los cielos despejados. Oyó la majestuosa voz de Jehová que resonó por el Cielo, y retumbó por la tierra como truenos, anunciando: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." Vio el resplandor de la

gloria del Padre cubriendo con su sombra la figura de Jesús, señalando así con inequívoca seguridad a Aquel de entre aquella multitud a quien reconocía como su Hijo. Las circunstancias relacionadas con esta escena bautismal eran del mayor interés para Satanás. Sabía entonces con certeza que, a menos que pudiera vencer a Cristo, en adelante su poder tendría un límite. Comprendió que esta comunicación del trono de Dios significaba que el Cielo era ahora más directamente accesible al hombre de lo que había sido, y el odio más intenso se despertó en su pecho.

Cuando Satanás indujo al hombre a pecar, esperaba que el aborrecimiento de Dios por el pecado lo separaría para siempre del hombre, y rompería el vínculo de unión entre el Cielo y la tierra. Cuando desde el cielo oyó la voz de Dios que se dirigía a su Hijo, fue para él como el sonido de una campana de muerte. Le decía que ahora Dios estaba a punto de unir más estrechamente al hombre consigo mismo, y de darle poder moral para vencer la tentación y escapar de los enredos de las artimañas satánicas. Satanás conocía bien la posición que Cristo había ocupado en el Cielo como Hijo de Dios, el Amado del Padre; y que Cristo dejara el gozo y el honor del Cielo y viniera a este mundo como hombre, lo llenaba de aprensión. Sabía que esta condescendencia por parte del Hijo de Dios no le presagiaba nada bueno.

Satanás no podía comprender el misterio de este gran sacrificio en beneficio del hombre caído. Su alma egoísta no podía comprender cómo podían existir la benevolencia y el amor por la raza engañada, tan grandes como para inducir al Príncipe del Cielo a abandonar su hogar y venir a un mundo manchado por el pecado y con las huellas de la maldición. Satanás sabía que el valor del Cielo excedía con mucho la previsión y la apreciación del hombre, y que los tesoros más costosos del mundo no se compararían con él en valor. Tenía un conocimiento del valor inestimable de las riquezas eternas que el hombre no poseía. Había experimentado el puro contentamiento, la paz, la exaltada felicidad y las alegrías sin paliativos, de la morada celestial. Había comprendido, antes de su rebelión, la satisfacción de la plena aprobación de Dios. Había apreciado plenamente la gloria que envolvía al Padre, y sabía que su poder no tenía límites.

Satanás conocía bien la pérdida que había sufrido. Y como por su rebelión había perdido las riquezas y las glorias del Cielo, decidió vengarse haciendo partícipes de su caída a cuantos pudiera. Los induciría a subestimar el Cielo y a poner sus afectos en las cosas de la tierra.

Había llegado el momento en que el imperio de Satanás sobre el mundo iba a ser impugnado, su derecho disputado, y temía que su poder fuera quebrantado. Sabía, por las profecías, que se había predicho un Salvador, y que su reino no se establecería con un triunfo terrenal y con honores y despliegues mundanos. Sabía que las profecías predecían un reino que sería establecido por el Príncipe del Cielo sobre la tierra que él reclamaba como su dominio. Este reino abarcaría todos los reinos del mundo, y entonces cesarían el poder y la gloria de Satanás, que recibiría su retribución por los pecados que había introducido en el mundo y por la miseria que había traído a la raza humana. Sabía que todo lo que se refería a su prosperidad dependía de su éxito o fracaso en vencer a Cristo con sus tentaciones, e hizo valer sobre el Salvador todos los artificios a su alcance para desviarlos de su integridad.

El hombre nunca podrá conocer la fuerza de las tentaciones a las que fue sometido el Hijo de Dios. Todas las tentaciones que parecen tan aflictivas para el hombre en su vida diaria, tan

difíciles de resistir y vencer, le fueron impuestas en un grado tanto mayor cuanto que es superior en su excelencia de carácter al hombre caído.

Nuestro Redentor fue tentado en todo como nosotros. Como representante del hombre, se enfrentó a la fuerza más poderosa de Satanás, a sus tentaciones más astutas, y venció en favor del hombre. Es imposible que el hombre sea tentado más de lo que es capaz de soportar mientras confíe en Jesús, el Conquistador infinito, cuya gracia y fuerza son suficientes para todas nuestras necesidades.

11 de agosto de 1887

La templanza desde el punto de vista cristiano

EGW

El apóstol se dirige a sus hermanos: "Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta". Romanos 12:1, 2.

La reforma sanitaria nos ha dado luz y comprensión espiritual. La verdad que ha llegado al entendimiento, la luz que ha brillado sobre nosotros, debe ser apreciada y valorada o testificarán contra nosotros en el día de Dios. La verdad ha sido dada para salvar a aquellos que crean y obedezcan. La condenación de los perdidos no será porque no tenían la luz, sino porque tenían la luz y no caminaron en ella.

Dios ha proporcionado al hombre abundantes medios para satisfacer su apetito natural. Ha extendido ante él, en los productos de la tierra, una abundante variedad de alimentos que son agradables al gusto y nutritivos para el organismo. De ellos, nuestro benevolente Padre celestial dice que "podemos comer libremente". Podemos disfrutar de las frutas, las verduras, los granos, sin hacer violencia a las leyes de nuestro ser. Estos artículos, preparados de la manera más simple y natural, nutrirán el cuerpo y preservarán su vigor natural, sin el uso de brandy, alcohol, vino, cerveza, té o café.

Dios creó al hombre un poco más bajo que los ángeles, y le confirió atributos que, si se usan correctamente, lo convertirán en una bendición para el mundo, y harán que refleje la gloria al Dador. Pero aunque hecho a imagen de Dios, el hombre ha violado, por la intemperancia, el principio y la ley de Dios en su naturaleza física. La intemperancia de cualquier clase entorpece los órganos de la percepción y debilita de tal modo el poder nervioso del cerebro que las cosas eternas no se aprecian, sino que se colocan al mismo nivel que las cosas comunes. Las facultades superiores de la mente, concebidas para fines elevados, son esclavizadas por las bajas pasiones. Si nuestros hábitos físicos no son correctos, nuestras facultades mentales y morales no pueden ser fuertes; porque existe una gran simpatía entre lo físico y lo moral. El apóstol Pedro comprendió esto, y alzó su voz de advertencia a sus hermanos: "Queridos hermanos, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales, que batallan contra el alma."

Hay muy poco poder moral en el mundo que profesa ser cristiano. Se han consentido hábitos erróneos y se han desatendido las leyes físicas y morales, hasta que el nivel general de virtud y piedad es sumamente bajo. Los hábitos que rebajan el nivel de salud física debilitan la fuerza mental y moral. La indulgencia de apetitos y pasiones antinaturales ejerce una influencia controladora sobre los nervios del cerebro. Los órganos animales se fortalecen, mientras que los morales y espirituales se deprimen. Es imposible que un hombre intemperante sea cristiano, porque sus facultades superiores son esclavizadas por las pasiones inferiores.

Aquellos que han tenido la luz sobre comer y vestirse con sencillez, en obediencia a las leyes físicas y morales, y que se apartan de la luz que señala su deber, rehuirán el deber en otras cosas. Si embotan sus conciencias para evitar la cruz que tendrán que tomar para estar en armonía con la ley natural, violarán los diez mandamientos para evitar el reproche. Algunos no están dispuestos a soportar la cruz y despreciar la vergüenza. Algunos se reirán de sus principios. La conformidad con las costumbres y prácticas del mundo separará el alma de Dios. Hay en el mundo cristiano muchos que piensan más en la alabanza de los que no aman a Dios que en el favor del Cielo. Estos cederán a la tentación, y se casarán más firmemente año tras año con las modas mundanas y las indulgencias del apetito pervertido que con los cuerpos sanos, la mente sana o los corazones santificados.

Dios nos está probando, como probó y probó a Adán y Eva en el jardín del Edén, en el punto del apetito, para desarrollar lo que hay en nuestros corazones. ¿Somos cristianos? entonces comeremos y beberemos para la gloria de Dios. El orgullo, la autoindulgencia y el amor al mundo han separado a muchos de Dios. Los principios de la verdad son virtualmente sacrificados por una gran clase, mientras profesan amar la verdad. Los cristianos deben despertar y actuar con decidido esfuerzo, porque su influencia está influyendo y moldeando las opiniones y hábitos de los demás. Cargarán con la pesada responsabilidad de decidir por su influencia el destino de las almas.

El Señor, por medio de verdades claras y precisas, está separando un pueblo del mundo y purificándolo para sí. El orgullo y las modas malsanas, el amor a la ostentación, el amor a la aprobación, todo debe dejarse con el mundo, si queremos ser renovados en el conocimiento según la imagen de aquel que nos creó. "Porque la gracia de Dios, que trae salvación, se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras".

La indulgencia del apetito, y el esfuerzo por seguir el ritmo de las modas de esta época degenerada, han traído al corazón de los hombres egoísmo, orgullo, envidia, malicia, maledicencia, mordacidad, chismes, hasta que el espíritu de Dios tiene poco que ver con ellos. Mientras algunos que profesan conocer a Dios permanecen en su estado actual, sus oraciones son una abominación a sus ojos. No sostienen su fe por sus obras, y hubiera sido mejor para algunos no haber profesado nunca la verdad que haber deshonrado su profesión como lo han hecho. Mientras profesan ser siervos de Cristo, son siervos del enemigo de la justicia; y sus obras testifican de ellos que no conocen a Dios, y que sus corazones no

obedecen la voluntad de Cristo. Hacen de la religión un juego de niños; actúan como niños mezquinos. Sirven a Dios a voluntad y lo dejan solo a placer.

Los hijos de Dios de todo el mundo son una gran hermandad. Nuestro Salvador ha definido claramente el espíritu y los principios que deben regir las acciones de aquellos que, por su vida constante y santa, se distinguen del mundo. El amor mutuo y el amor supremo a su Padre celestial deben ejemplificarse en su conversación y en sus obras.

Lo que más debe alarmarnos es que no sintamos ni percibamos nuestra condición, nuestro bajo estado, y que nos conformemos con permanecer como estamos. Debemos huir a la palabra de Dios y a la oración, buscando individualmente al Señor con fervor, para que podamos encontrarlo. Debemos hacer de esto nuestro primer asunto.

Los miembros de la iglesia son responsables de los talentos confiados a su confianza, y es imposible que los cristianos cumplan con sus responsabilidades a menos que ocupen esa posición elevada que está de acuerdo con las verdades sagradas que profesan. La luz que brilla en nuestro camino nos hace responsables de dejar que esa luz brille para los demás de tal manera que glorifiquen a Dios con buenas obras.

18 de agosto de 1887

El privilegio del cristiano

EGW

"Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; para que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

El apóstol oró por la iglesia de Éfeso, para que Dios les concediera "conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior". La fuerza espiritual de la que aquí se habla es algo que cada uno de nosotros puede obtener; pero ¿cómo la obtendremos? Tal vez estemos en la oscuridad, sintiéndonos débiles y desanimados y que Dios no nos ama. Si es así, no debemos ceder al sentimiento; el sentimiento no tiene nada que ver con el asunto. Hemos de tomar la palabra de Dios tal como se lee, las palabras de Cristo tal como las ha pronunciado.

Escucha estas palabras de nuestro Salvador: "A cualquiera que oye estas palabras mías, y las pone en práctica, yo le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y descendió la lluvia, y vinieron las inundaciones, y soplaron los vientos, y azotaron aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre una roca". Es privilegio de cada uno de nosotros edificar sobre la Roca Eterna; entonces no deshonraremos a Dios, ni con nuestras palabras y

acciones nos apartaremos de Cristo. Hay algunos que hacen esto, y Jesús se avergüenza de llamarlos hermanos.

Podemos acudir a nuestro Salvador en la hora de la prueba y suplicar: "Estoy en la pobreza y la necesidad, y necesito tu bendición. Vengo a ti, porque tú me has dicho que venga. Tú has invitado a todos los que están cansados y agobiados a venir a ti, y les has prometido descanso. Tú has dicho: 'Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas'". Y cuando él os haya dado descanso, no contristéis a su Espíritu hablando de tinieblas e incredulidad. Hablad de fe; pero, sobre todas las cosas, tened comunión diaria con Jesús.

Satanás te dirá que no te sientes mejor que antes de acudir a Jesús con tus problemas. Pero aquí surge de nuevo la pregunta: ¿Qué tiene que ver el sentimiento? El Señor dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". De nuevo leemos: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase al Señor, y él tendrá de él misericordia; y al Dios nuestro, porque él" perdonará *a regañadientes*. ¿Es así? Pues no. Así es como se lee: "Porque perdonará *abundantemente*". Cuando te has encomendado a la misericordia de Dios, y le has tomado la palabra, y sin embargo viene el enemigo, y sugiere tus faltas y defectos, y te dice que no eres mejor que antes de buscar al Señor, puedes señalar a Jesús, y repetir sus promesas, y decir lo que ha hecho por ti.

El apóstol continúa: "Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios." Mientras esta plenitud divina se ha puesto a nuestro alcance, con qué facilidad nos damos por satisfechos. Nos hemos acostumbrado a pensar que es suficiente tener un conocimiento de la verdad sin su poder santificador. Sólo un pequeño sorbo en la fuente de la vida sacia nuestra sed. No venimos una y otra vez a beber. Pero esto no está de acuerdo con la mente de Dios. Nuestras almas deberían estar continuamente sedientas del agua de la vida. Nuestros corazones deberían ir siempre en pos de Cristo, anhelando la comunión con él. Es el hambre y la sed de justicia lo que nos traerá la medida completa de su gracia.

Enoc "anduvo con Dios"; pero ¿cómo obtuvo esta dulce intimidad? Era teniendo pensamientos de Dios continuamente delante de él. Al salir y al entrar, meditaba en la bondad, la perfección y la hermosura del carácter divino. Y mientras estaba así ocupado, se transformó en la gloriosa imagen de su Señor; porque es contemplando como nos transformamos.

Tenemos algo más que hacer que simplemente asistir a los servicios de la iglesia. Oraciones y testimonios en la reunión social no responderán, cuando nunca decimos una palabra por Jesús fuera de la casa de reuniones. Debemos reflejar el carácter de Jesús. En todas partes, ya sea en la iglesia, en nuestros hogares o en las relaciones sociales con nuestros vecinos, debemos dejar que aparezca la hermosa imagen de Jesús. Esto no podemos hacerlo a menos que estemos llenos de su plenitud. Si quisiéramos conocer mejor a Jesús, deberíamos amarlo por su bondad y excelencia, y desear asimilarnos tanto a su carácter divino que todos supieran que hemos estado con Jesús y aprendido de él.

Es llevando a cabo en nuestras vidas los principios puros del evangelio de Cristo que honramos y glorificamos a nuestro Padre que está en el Cielo. Cuando hacemos esto, estamos reflejando la luz dada por el Cielo sobre el oscuro mundo que nos rodea. Los pecadores se verán obligados a confesar que no somos hijos de las tinieblas, sino hijos de la luz. ¿Cómo lo sabrán? Por los frutos que demos. Los hombres pueden tener sus nombres en el libro de la iglesia, pero eso no los hace hijos de la luz. Pueden ocupar puestos honorables y recibir las alabanzas de los hombres, pero eso no los convierte en hijos de la luz. Pueden encerrarse en monasterios y revestirse de santidad, pero no son hijos de la luz. Todo esto no les ayudará a evitar ni a vencer la tentación. Debe haber una obra profunda de la gracia, el amor de Dios en el corazón, y este amor se expresa por la obediencia.

Es Cristo habitando en el alma lo que nos da poder espiritual, y nos hace canales de luz. Cuanta más luz tengamos, más podremos impartir a los que nos rodean. Cuanto más cerca vivamos de Jesús, más claramente veremos su hermosura. Al contemplarle en su pureza, discernimos más claramente nuestros propios defectos de carácter. Lo anhelamos y anhelamos la plenitud que hay en él y que brilla en la perfección de su carácter celestial; y al contemplarlo nos convertimos en su imagen.

¿Cómo fue con nuestro Salvador? Él representó a su Padre en cada acto de su vida, y de la misma manera se espera que el pueblo de Dios represente a Cristo. ¿Lo representamos nosotros en la cruz, en la abnegación, en la paciencia y en el trabajo por las almas que perecen? Reflexionemos sobria y sinceramente sobre esta cuestión. Si en realidad no nos estamos engañando a nosotros mismos, ¿no nos estamos privando diariamente, por nuestra incredulidad, de las riquezas de su gracia?

No debemos permitir que la mundanalidad que nos rodea controle nuestras acciones, sino que debemos ser firmes en la fe y fuertes en la palabra de Dios. Cada día estamos sembrando algún tipo de semilla. Si sembramos las semillas de la incredulidad, cosecharemos incredulidad; si sembramos orgullo, cosecharemos orgullo; si sembramos terquedad, cosecharemos terquedad; "porque todo lo que el hombre sembrare, eso también segará".

No queremos cubrirnos con el moho y el cieno del mundo. No hemos de permanecer en este mundo más que un poco de tiempo. Somos peregrinos y extranjeros aquí, y estamos en camino a un país mejor, incluso celestial; y queremos familiarizarnos con esa tierra a la que vamos. Nuestra conversación no debe versar exclusivamente sobre el mundo y las cosas mundanas, sino que nuestra lengua debe estar preparada para hablar de la recompensa del cristiano, y nuestros ojos para discernir la gloria de ese país mejor. Nuestro trabajo diario debe consistir en prepararnos para esas mansiones que Jesús ha ido a preparar para nosotros.

Nuestros corazones pueden estar llenos de toda la plenitud de Dios; pero hay algo que debemos hacer. No debemos acariciar nuestras faltas y pecados, sino apartarlos y apresurarnos a poner en orden nuestros corazones. Una vez hecho esto, tomemos la llave de la fe y abramos el almacén de las ricas bendiciones de Dios. ¿Quiere Él que abriguemos dudas y tinieblas? ¿Quiere que estemos privados de su Espíritu? No. Hay una plenitud infinita de la que sacar; y tenemos la promesa de nuestro divino Señor: "Conforme a vuestra fe os sea hecho". Podemos ganar la corona de la vida, un lugar a la diestra de Dios, y al entrar por

las puertas nacaradas, oír las palabras, más dulces que cualquier música: "Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor."

Basilea, Suiza.

25 de agosto de 1887

Cristo y la Ley; o las Relaciones del Judío y el Gentil con la Ley

EGW

En el primer advenimiento de Cristo a este mundo, el pueblo fue favorecido con una nueva y más plena manifestación de la Presencia Divina de la que nunca antes había disfrutado. El conocimiento de Dios, y el infinito amor y benevolencia de su carácter, se revelaron más perfectamente; porque agradó al Padre que en su amado Hijo habitase toda la plenitud. La pared intermedia de separación entre judíos y gentiles fue derribada, y ambos fueron hechos partícipes, no sólo de las bendiciones prometidas bajo el antiguo pacto, sino también de las verdades espirituales y celestiales reveladas por medio de Cristo.

La iglesia judía, con sus ritos y ceremonias que apuntaban hacia Cristo, no debía ser despreciada. Esta era una dispensación de gloria. En el desierto, Cristo mismo, aunque invisible, era el jefe de los ejércitos de Israel; y el poder de Dios se revelaba a menudo de manera especial en favor de ellos. Considerando estas gloriosas manifestaciones del poder divino, Moisés se dirige así a Israel: "¿Qué nación hay tan grande, que tenga a Dios tan cerca de ella, como lo está el Señor nuestro Dios en todas las cosas por las que le invocamos? ¿Y qué nación hay tan grande, que tenga estatutos y juicios tan justos como toda esta ley, que yo pongo hoy delante de vosotros?". Cuántos pasan por alto estas palabras de Moisés como si no tuvieran sentido, y continúan amontonando reproches y burlas sobre las instituciones divinas. Cuántos pisotean la ley divina, los justos juicios y estatutos que fueron encomendados al antiguo pueblo de Dios.

En el monte, cuando la ley fue entregada a Moisés, se le mostró también el que vendría. Vio la obra de Cristo, y su misión en la tierra, cuando el Hijo de Dios tomara sobre sí la humanidad, y se convirtiera en maestro y guía del mundo, y al fin se diera a sí mismo en rescate por sus pecados. Cuando la Ofrenda perfecta fuera hecha por los pecados de los hombres, las ofrendas sacrificiales que tipificaban la obra del Mesías debían cesar. Con el advenimiento de Cristo, el velo de la incertidumbre iba a ser levantado, y un torrente de luz se derramaría sobre el oscurecido entendimiento de su pueblo.

Cuando Moisés vio el día de Cristo, y el nuevo y vivo camino de salvación que iba a abrirse a través de su sangre, quedó cautivado y embelesado. La alabanza de Dios estaba en su corazón, y la gloria divina que acompañaba a la entrega de la ley se revelaba de manera tan impresionante en su semblante cuando descendió del monte para caminar con Israel, que el resplandor era doloroso. A causa de sus transgresiones, el pueblo no podía contemplar su rostro, y llevaba un velo para no aterrorizarlo.

Era la luz de la gloria del evangelio de Cristo, que era el fundamento del sistema de sacrificios, la que brillaba en el rostro de Moisés. "Pero si el ministerio de la muerte, escrito y grabado en piedras, era glorioso, de modo que los hijos de Israel no podían contemplar fijamente el rostro de Moisés por la gloria de su rostro; gloria que había de desaparecer, ¿cómo no será más glorioso el ministerio del espíritu?". Cuando llegara la realidad, el pleno resplandor de la luz del mediodía, la tenue gloria, que no era sino un anticipo de la segunda, desaparecería, sería absorbida por la mayor gloria.

"Y no como Moisés, que puso un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no pudieran mirar fijamente el fin de lo abolido". Dios se complació en revelar a Moisés el fin de las ofrendas de sacrificio en el momento de dar su ley. Se le aclaró que el Ángel que estaba a la cabeza de los ejércitos de Israel era la gran Ofrenda por el pecado, el fundamento de todo el sistema típico. Vio que el tipo alcanzaba a su antitipo. El primero no era más que un anticipo del segundo, y en comparación con éste era intrincado y misterioso, aunque de gran belleza y claridad.

Si los israelitas hubieran discernido la luz evangélica que se abrió a Moisés, si hubieran sido capaces por la fe de mirar firmemente hacia el fin de lo abolido, habrían podido soportar la luz que se reflejaba en el semblante de Moisés. "Pero sus mentes estaban cegadas; porque hasta el día de hoy permanece el mismo velo sin quitarse en la lectura del Antiguo Testamento; el cual velo se ha quitado en Cristo". Los judíos como pueblo no discernieron que el Mesías a quien rechazaron, era el Ángel que guió a sus padres en sus viajes por el desierto. Hasta el día de hoy el velo está sobre sus corazones, y su oscuridad les oculta la buena nueva de la salvación a través de los méritos de un Redentor crucificado.

No es de extrañar que los transgresores de la ley de Dios en la actualidad se alejen lo más posible de ella, pues los condena. Pero los que sostienen que los diez mandamientos fueron abolidos en la crucifixión de Cristo están en un engaño similar al de los judíos. La posición de que la ley de Dios es rigurosa e insoportable arroja desprecio sobre Aquel que gobierna el universo de acuerdo con sus santos preceptos. Un velo cubre los corazones de los que sostienen este punto de vista al leer tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. La pena por la menor transgresión de esa ley es la muerte, y de no ser por Cristo, el Abogado del pecador, se aplicaría sumariamente a todo infractor. La justicia y la misericordia se mezclan. Cristo y la ley están uno al lado del otro. La ley condena al transgresor, y Cristo aboga en favor del pecador.

Con el primer advenimiento de Cristo se inauguró una era de mayor luz y gloria; pero sería en verdad una pecaminosa ingratitud despreciar y ridiculizar la luz menor porque había amanecido una luz más plena y gloriosa. Los que desprecian las bendiciones y la gloria de la era judía no están preparados para ser beneficiados por la predicación del Evangelio. El resplandor de la gloria del Padre, y la excelencia y perfección de su sagrada ley, sólo se comprenden por medio de la expiación hecha en el Calvario por su amado Hijo; pero aun la expiación pierde su significado cuando se rechaza la ley de Dios.

La vida de Cristo fue la vindicación más perfecta y completa de la ley de su Padre, y su muerte atestiguó su inmutabilidad. Cristo, al cargar con la culpa del pecador, no liberó al hombre de su obligación de obedecer la ley; porque si la ley hubiera podido ser cambiada o

abolida, no habría tenido necesidad de venir a este mundo para sufrir y morir. El mismo hecho de que Cristo muriera por sus transgresiones atestigua el carácter inmutable de la ley del Padre.

Los judíos se habían apartado de Dios, y en su enseñanza habían sustituido la ley divina por sus propias tradiciones. La vida y las enseñanzas de Cristo hicieron claros y distintos los principios de esta ley violada. La hueste celestial comprendió que el objeto de su misión era exaltar la ley del Padre y hacerla honorable, y justificar sus exigencias pagando con su propia vida la pena de su transgresión. Así fue como reconcilió a Dios con los hombres. Al ver los ángeles visitantes las grandes bendiciones puestas al alcance del género humano con el primer advenimiento del Salvador, prorrumpieron en el himno alegre y triunfante: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres".

La pared intermedia de separación entre el judío y el gentil fue derribada. Ya no estaban en habitaciones separadas; el gentil incrédulo se ha unido con el judío creyente. El gentil no desplazó a los judíos de su posición original, sino que se hizo partícipe con ellos de sus bendiciones.

Así se cumplió la misión de Cristo; y de sus propios labios divinos se oyeron las palabras: "No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas; no he venido a abrogar, sino a cumplir".

Basilea, Suiza.

1 de septiembre de 1887

La victoria sobre el apetito

EGW

"¿No sabéis que los que corren en una carrera corren todos, pero uno solo recibe el premio? Corred, pues, para que lo obtengáis. Y todo hombre que lucha por la victoria es moderado en todas las cosas. Ellos lo hacen para obtener una corona corruptible; pero nosotros, una incorruptible."

Aquí se plantea la batalla entre el dominio propio y la indulgencia egoísta. Tenemos trabajo que hacer, un trabajo severo y serio, para decidir cuál obtendrá el dominio. Todos nuestros hábitos, gustos e inclinaciones deben estar de acuerdo con las leyes de la salud y de la vida. Por este medio podemos asegurar las mejores condiciones físicas, y tener claridad mental para discernir entre el mal y el bien.

Hay muchas indulgencias caras que son al mismo tiempo muy perjudiciales. Trastornan los órganos digestivos y destruyen el apetito por la comida sana y sencilla, y el resultado es la enfermedad y el sufrimiento. Con la dispepsia y sus males concomitantes viene la pérdida de una dulce disposición. Hay irritabilidad, intranquilidad, impaciencia; y se pronuncian

palabras ásperas y poco amables, que pueden resultar en la pérdida de un amigo querido. Así, los libros del Cielo muestran la pérdida de muchas maneras.

Dios no es renuente a que disfrutemos de las bendiciones de la vida. Ha puesto en nuestras manos abundantes medios para la gratificación del apetito natural. En los productos de la tierra hay una abundante variedad de alimentos que son a la vez sabrosos y nutritivos, y de estos artículos "podemos comer libremente". Podemos disfrutar de las frutas, los vegetales y los granos, que nuestro benévolo Padre celestial ha provisto para nuestro uso, sin violar las leyes de nuestro ser. Tal dieta nutrirá el cuerpo, y preservará su vigor natural, sin el uso de estimulantes artificiales y lujos.

La intemperancia comienza en la mesa con el consumo de alimentos malsanos. Después de un tiempo, a medida que los órganos digestivos se debilitan, la comida no satisface el apetito, y hay un deseo de alimentos y bebidas más estimulantes. El té, el café y la carne producen un efecto inmediato y se consumen libremente. Bajo su influencia, el sistema nervioso se excita, y en algunos casos, por el momento, el intelecto parece vigorizarse y la imaginación ser más vívida. Pero siempre hay una reacción. El sistema nervioso, habiendo sido indebidamente excitado, toma prestado poder para uso presente de sus recursos futuros; y toda esta vigorización temporal del sistema es seguida por la depresión. El apetito, educado para desear algo más fuerte, pronto pide tabaco, vinos y licores.

Cuanto más se satisface el apetito, más imperiosas son sus exigencias y más difícil resulta controlarlo. Cuanto más debilitado se vuelve el sistema y menos capaz es de prescindir de estimulantes no naturales, más aumenta la pasión por estas cosas, hasta que la voluntad es dominada y parece no haber poder para negar el antojo antinatural.

Debemos ser moderados en todas las cosas. No sólo debemos tener cuidado de ejercitar el juicio en la selección del alimento apropiado, sino que la templanza estricta en el comer y en el beber es esencial para la preservación sana y el ejercicio vigoroso de todas las funciones del cuerpo. Pero la intemperancia en el comer, incluso de alimentos saludables, tendrá un efecto perjudicial sobre el sistema, y embotará las facultades mentales y morales.

Los padres son muchas veces responsables en este asunto. Educan el gusto de sus hijos consintiéndoles el consumo de artículos poco saludables. Les permiten comer pasteles ricos y alimentos muy condimentados, y beber té y café. De este modo, sientan las bases de apetitos pervertidos y arruinan la salud de sus hijos. Deben ayudarles en este sentido, y no poner tentaciones en su camino.

Con frecuencia las madres permiten que sus hijos coman dulces y golosinas, y el hábito así formado, además de implicar un gasto imprudente de dinero, es ruinoso para la salud. Una madre me dijo, mientras ponía un paquete de caramelos en la mano de su hijo: "Sólo valen cinco centavos". Era un caramelo de muy mala calidad y muy coloreado. La niña me miró a la cara con mucho interés, para ver qué opinaba yo del asunto. Le dije: "Las lecciones sobre la indulgencia egoísta del gusto que usted está dando a sus hijos están poniendo sus pies en un mal camino. Tú, como su tutor y maestro, deberías ayudarles a superarlo. Deberías enseñarles a dejar de hacer el mal y a aprender a hacer el bien".

Además del daño que se hace a la salud, estas indulgencias del gusto son al final caras. Aunque sólo se gaste una pequeña cantidad cada vez, pronto se acumula una suma considerable; y este dinero podría emplearse en algún fin útil, o donarse a la causa de Dios. Reflexionad sobre estas cosas, amigos cristianos, y ved si no podéis, mediante la abnegación y la mejor salud que vendrá con los mejores hábitos, lograr más con vuestra vida de lo que habéis hecho hasta ahora.

Las mujeres cristianas pueden hacer mucho en la gran obra de la salvación de los demás, ofreciendo en sus mesas sólo alimentos sanos y nutritivos. Pueden educar los gustos y apetitos de sus hijos; pueden formar en ellos hábitos de templanza en todas las cosas, y fomentar la benevolencia y la abnegación en bien de los demás. La sensibilidad moral de los cristianos debe despertarse sobre este tema, para que puedan ayudar a los que son tan débiles en el dominio de sí mismos que son casi impotentes para resistir los antojos del apetito. Si pudiéramos darnos cuenta de que los hábitos que formamos en esta vida afectarán a nuestros intereses eternos, seríamos mucho más cuidadosos de lo que somos ahora; y con nuestro ejemplo y esfuerzo personal podríamos ser el medio de salvar a muchas almas de la degradación de la intemperancia y el crimen, y de la consiguiente pena de muerte.

He aquí la batalla que tenemos ante nosotros: dominarnos a nosotros mismos y ser templados en todas las cosas, si queremos alcanzar la corona incorruptible de la vida inmortal. El premio está a nuestro alcance, y todos los que se esfuerzen legítimamente pueden ganarlo. Pero cuántos que han tenido preciosas oportunidades y gran luz y privilegios parecen carecer de razón en cuanto al propósito de la vida, y no se dan cuenta de la vergüenza y confusión que les sobrevendrá cuando reciban la sentencia según hayan sido sus obras. Podrían elevarse intelectual y moralmente si se gobernaran a sí mismos; pero esto no lo harán, porque aman supremamente al yo.

La vida de tales personas es una pretensión superficial. No aspiran a ninguna norma elevada en el carácter personal, sino que su atención se centra en cuestiones de vestimenta, estilo, apariencia personal, equipamiento, disfrute sensual. Rechazan o ignoran la reprobación y la advertencia. No les gusta el esfuerzo que requeriría, y por lo tanto no hacen ningún esfuerzo para cambiar su rumbo. Después de mirarse en el espejo, olvidan qué clase de personajes encontraron representados allí, y siguen su acostumbrada ronda de locura, que ellos llaman libertad y diversión.

No comprenden la justicia. Si por un tiempo cambiaran su curso de acción, y vivieran una vida abnegada y piadosa, siendo templados en todas las cosas, tendrían sabiduría, fuerza y poder para vivir una vida noble y útil.

Para alcanzar una vida así en esta época autocomplaciente y sin ley, debemos tener diariamente el Espíritu de Cristo. Pero él está dispuesto a otorgarlo a aquellos que se alinean bajo su estandarte manchado de sangre, peleando las batallas del Señor. Hay preciosas victorias que ganar; y los vencedores en esta contienda contra el apetito y toda lujuria mundana recibirán una corona de vida que no se marchita, un hogar bendito en esa ciudad cuyas puertas son de perla y cuyos cimientos son de piedras preciosas. ¿No vale la pena luchar por este premio? ¿No vale la pena todo el esfuerzo que podamos hacer? Corramos, pues, para alcanzarlo.

Basilea, Suiza.

8 de septiembre de 1887

La obediencia y su recompensa

[Sermón pronunciado la tarde del domingo 20 de junio de 1886, en Orebro, Suecia.]

EGW

"Y he aquí que vengo pronto, y mi recompensa está conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad." Apocalipsis 22:12-14.

Aquí se presenta ante nosotros un período de tiempo en el que cada uno recibirá según las obras realizadas en el cuerpo. Si es así que en los atrios celestiales se lleva un registro de nuestras obras y de nuestras palabras, cuán importante es que prestemos atención a nuestros caminos. Todo carácter será probado por la norma de la santa ley de Dios. El gran Dios del Cielo, nuestro Gobernante supremo, tiene reglas, estatutos y leyes. Estas leyes gobiernan no sólo las inteligencias del Cielo, sino que gobiernan a cada miembro de la familia humana; y leemos en mi texto: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad". Demostraríamos una gran falta de sabiduría si no nos preparásemos especialmente para formar parte del número de los que entrarán por las puertas en la ciudad.

Debemos tener un deseo intenso y ferviente de las cosas eternas, y esforzarnos proporcionalmente al valor del objeto que perseguimos. Las exhortaciones y las advertencias que nos llegan de los profetas y los apóstoles son todas para educarnos en la formación del carácter, y para enseñarnos lo que debemos hacer para ser salvos.

Estoy tan agradecido de que en esta época degenerada no se nos deje en la oscuridad para elegir nuestro camino entre las muchas voces que se oyen para desviarnos del camino de la santidad. Queremos oír la única voz que dice: "Este es el camino, andad por él". Cristo dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Entonces preguntamos: ¿Nos hemos puesto del lado del Príncipe de la Vida? ¿Nos hemos puesto bajo el estandarte del Príncipe Emmanuel? Como Daniel, ¿nos hemos propuesto en nuestros corazones ser obedientes a todos los requerimientos de Dios? Es de la mayor consecuencia para nosotros que seamos encontrados hijos obedientes, caminando en la verdad. No queremos estar del lado del gran rebelde que transgredió los mandamientos de Dios y fue expulsado del Cielo, y está enseñando a otros a ser desleales al Dios del Cielo. Si no somos obedientes a Dios en esta vida, guardando sus mandamientos, ¿cómo podemos esperar tener derecho a la vida eterna? Dios no tomará en su reino y dará vida eterna a aquellos que no se sometan a sus leyes y estatutos en esta vida.

Estamos en este mundo como probacionistas; estamos aquí para obtener una aptitud para la futura vida inmortal, y si dedicáramos los preciosos momentos de oro que ahora se nos

conceden, estos preciosos momentos de prueba, en encontrar nuestro propio placer, en hacer nuestros propios caminos y buscar nuestra propia gratificación, fracasaríamos en asegurar una aptitud para la vida inmortal. Si perdemos el Cielo lo perdemos todo, y sería mejor para nosotros no haber nacido nunca. Pero si ganamos el precioso Cielo de la bienaventuranza lo ganamos todo, y podemos bendecir el día en que nacimos. Si queremos morar con el precioso Salvador en el reino que ha ido a preparar para los que le aman, debemos procurar ser como él aquí; debemos traerlo a nuestra vida y entretenerlo en nuestro carácter, y él será para nosotros todo lo que nuestros corazones puedan desear.

Nuestras mentes deben dirigirse a la gran fuente de luz, poder y felicidad. Nuestro Padre celestial nos ha dado, en el don de su amado Hijo, la mayor bendición que el Cielo poseía. Y cuando por fe viva aceptamos a este precioso Salvador y él permanece con nosotros, entonces todo el Cielo está a nuestras órdenes; y todo lo que pidamos al Padre en su nombre, él nos lo da. Todos nuestros problemas, todas nuestras perplejidades, todas nuestras penas podemos llevarlas a nuestro querido Salvador. No necesitamos abrazar nuestros problemas contra nuestro pecho; no necesitamos caminar en la perplejidad, y en la oscuridad, y en la duda; porque Cristo ha dicho que aquellos que lo siguen no caminarán en la oscuridad, y cada paso que damos al seguir a Cristo es un paso hacia una luz más clara. Debemos esperar tener dificultades, oposición y perplejidades; todas ellas son agentes de Dios y harán que nuestra fe se fortalezca. Los nervios y los músculos de nuestra espiritualidad se fortalecerán al superar los obstáculos que encontremos. Si nos aferramos a las promesas de Dios con una fe viva, podremos conmovir al Cielo. Todo el Cielo se compromete a ayudar al obrero fiel. No es necesario que vayamos melancólicos quejándonos por el camino de las asperezas de la jornada; porque estas ligeras aflicciones que no son más que un momento están obrando "para nosotros un peso de gloria mucho más grande y eterno; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas."

Lo que queremos es más de Jesús y menos de nosotros mismos. Y cuanto más mantengamos la mirada fija en la meta del premio de nuestro supremo llamamiento en Cristo Jesús, más nos esforzaremos por alcanzarla. Se requiere valor moral para ser cristiano; pero Dios exige todo lo que hay del hombre en su servicio. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo". ¿Cuántos de nosotros hacemos esto hoy? ¿Cuántos de nosotros no llegaremos a entrar por las puertas en la ciudad? ¿Cuántos de nosotros estamos dedicando nuestro tiempo a las pequeñas cosas de esta vida, mientras descuidamos nuestros intereses eternos?

Debes traer todo el Cielo que sea posible traer a tu vida presente. "No sois vuestros, habéis sido comprados por precio". Si tienes algún talento o intelecto es del Señor, dáselo. Si tienes algún poder o influencia pertenece al Señor. Es tu Creador quien requiere esto de tus manos. Un precio grande e infinito ha sido pagado por tu redención. Por amor a ti, Jesús se despojó de su majestad y de su gloria, se hizo pobre para que tú, por su pobreza, te enriquecieras. Dejó todas sus riquezas y gloria y honor, revistió su divinidad de humanidad, y vino a este mundo para salvar al hombre, y sin embargo ese Salvador se ve obligado a decir a muchos: "No queréis venir a mí para que tengáis vida." Él pagó un gran precio para redimir a cada hijo e hija de Adán. Él elevaría al hombre desde la más baja degradación del pecado hasta la pureza de nuevo, y le restauraría su imagen moral. Al ver el apóstol la indiferencia de aquellos

a quienes Cristo hizo tan infinito sacrificio, pregunta: "¿Quién os ha hechizado para que no obedezcáis a la verdad?". Hay un poder que se apodera de los sentidos de hombres y mujeres que pervierte sus ideas para que no aprecien el amor de Cristo. No puedes permitirte pecar. "La paga del pecado es muerte; pero la dádiva de Dios es vida eterna por Jesucristo Señor nuestro". "¿No sabéis que a quien os sometéis como siervos para obedecerle, sois siervos de aquel a quien obedecéis?". Debemos mostrar al mundo con nuestra vida y carácter que Cristo no ha muerto por nosotros en vano; y cuando nos colocamos en relación correcta con Dios, entonces nos convertimos en canales vivos de luz para el mundo. Cristo ha dicho: "Vosotros sois la luz del mundo", y si no tenemos una conexión con Cristo, ¿en qué lamentable condición nos encontramos! La luz del Cielo no nos es dada y no podemos dársela a otros. Cada uno de nosotros tiene el privilegio de ser hijo de la luz y portador de luz.

15 de septiembre de 1887

La obediencia y su recompensa

[Sermón pronunciado la tarde del domingo 20 de junio de 1886, en Orebro, Suecia.]

(Concluido.)

EGW

Debemos comprender nuestras obligaciones para con el Dios del Cielo. Debemos honrar a nuestro Creador en esta vida. Debemos mantener su honor y gloria a la vista todos los días. Debemos tener un solo ojo para la gloria de Dios. Si todos en esta congregación que profesan ser seguidores de Cristo tomaran la posición de portadores de luz para el mundo, qué torrente de luz se reflejaría de ellos a este mundo de tinieblas. Entonces, ¿por qué no dejáis que vuestros corazones se eleven al Dios del Cielo para que os conceda la gracia de imbuiros de su Espíritu? ¿Por qué no vivís como si fuerais peregrinos y extranjeros en la tierra, en busca de ese país mejor y de esa ciudad celestial cuyo constructor y artífice es Dios?

Podréis ganar esa preciosa ciudad; pero ninguno de vosotros irá allí cargado de sí mismo y de la culpa de la transgresión de la ley de Dios. No podéis llevar con vosotros a la ciudad de Dios los placeres de esta vida, ni las riquezas del mundo. Todos los que entren en esa ciudad entrarán en ella como vencedores. Si quieren cantar la canción de triunfo y victoria como vencedores, primero deben aprender aquí el arte de vencer al yo y al pecado. ¿Y no debéis hacer lo que podáis para obtener las riquezas celestiales que nunca os podrán ser quitadas? para aseguraros la tierra celestial donde ya no hay pobreza, ni enfermedad, ni dolor, ni muerte? Pero no iremos a ese santo Cielo como criminales culpables, avergonzados y condenados, sino como coherederos con Jesucristo. Debes tener el Cielo ante tus ojos, y no permitir que el brillo y el oropel de esta tierra eclipsen su gloria. Los lugares más hermosos de la tierra pronto serán sacudidos, las casas más ricas caerán, el oro y la plata serán arrojados a los topes y a los murciélagos, pero las cosas celestiales perdurarán para siempre.

Puedes contemplar las mayores riquezas y esplendor que posee esta tierra, puedes contemplar las bellezas de la naturaleza, que el gran Maestro Artista ha extendido ante ti en rica profusión, y sin embargo oímos una voz que dice: "Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni han subido

en el corazón del hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman". Puedes poner tu imaginación al máximo, y sin embargo no puedes abarcar la gloria de las cosas celestiales. Entonces, ¿no hemos de dirigir nuestra atención a la futura vida inmortal?

Ninguno de vosotros entrará solo por las puertas en la ciudad. Si devolvéis a Dios en servicio voluntario los poderes que os ha dado, no sólo salvaréis vuestra propia alma, sino que vuestra influencia será para reunir a otros. Todo el que toma su posición firmemente por la verdad está llevando a otras almas a la misma decisión y al Cielo. En este trabajo puedes demostrar que amas a Dios con todo tu corazón, y a tu prójimo como a ti mismo. Debemos sentir una carga por las almas que están a nuestro alrededor que están fuera de Cristo. Debemos tener un espíritu misionero que nos mueva a tratar de ayudar a otros pies a pararse sobre la plataforma de la verdad eterna.

Vemos que la iniquidad abunda por todas partes, que la ley de Dios es anulada casi universalmente en nuestra tierra. Qué insulto es este para el Dios del Cielo que ha dado leyes justas y estatutos sabios y misericordiosos, que sean ignorados y pisoteados. Entonces, ¿no deberían todos los que llevan el nombre de Cristo apartarse de toda iniquidad y entregar todas sus fuerzas a su servicio? ¿No deberíamos defender la verdad y pensar mucho menos en nuestros placeres y diversiones y mucho más en Cristo? El requisito es: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". Debes acercarte a Dios mediante el arrepentimiento y la confesión de todos tus pecados. Si sois salvos, debéis ser hallados leales y verdaderos súbditos del reino de los cielos. No pueden darse el lujo de encontrarse con el grandioso Legislador sobre su ley quebrantada. Que cada alma aquí hoy se pregunte: ¿Qué camino estoy recorriendo? ¿Estoy en el camino que ha sido trazado a un costo infinito para que lo recorran los rescatados del Señor, o estoy en el camino ancho de Satanás? ¿Tengo mi mirada puesta en la gloria de Dios? Dice Cristo: "Vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra". Los ángeles de Dios vigilan el desarrollo del carácter y pesan el valor moral. El registro se guarda en los libros del Cielo de todas las obras de los hombres. Tus pecados, aunque ocultos a los ojos mortales, están abiertos ante Dios. Sus ojos ven cada pecado; pero si confieras tus pecados, entonces los perdonará.

Tenemos un Salvador precioso y amoroso. Ojalá pudiera presentártelo tal como es. Muchos tienen a Jesús tan exaltado en sus mentes que les parece lejano y no tienen comunión con él. Pero Cristo tomó sobre sí la naturaleza humana y fue llamado Hijo del hombre, porque debía conocer todas las pruebas, todas las penas y todos los sufrimientos de la humanidad, para saber cómo socorrer a los que son tentados. A los que lloran les dice: Yo he llorado. Sé compadecerme de vosotros. Es un Salvador que se compadece de las aflicciones del hombre, un Salvador que está a nuestro lado para ayudarnos, fortalecernos y socorrernos. Puedes llevar todas tus pruebas, todos tus problemas, todas tus penas a Jesús en oración; puedes sentir que él está a tu alcance para ayudarte en cada emergencia, y puedes contarle todo y él te dará justo la ayuda que necesitas. Él quiere que nos alegremos en Él, y para ello debemos estar en estrecha relación con Él. No podemos deshonrarle más que desconfiando de él. Y le honramos cuando creemos en Él y somos obedientes a todos sus mandamientos.

Llevo más de cuarenta años trabajando para salvar almas para Jesucristo, y cada día de mi vida he tenido que aprender nuevas y preciosas lecciones. Una de las más preciosas ha sido encomendar el cuidado de mi alma a Dios como a un creador fiel. Si transgredía a sabiendas uno de los mandamientos de Dios porque me convenía hacerlo, entonces no podía confiar en Dios y creer que al fin me llevaría al paraíso de la bienaventuranza. Pero cuando trato de vencer lo mejor que puedo, cuando mi voluntad es absorbida por la voluntad de Dios; entonces tengo el privilegio de reclamar sus promesas y creer que Dios hará conmigo según su amorosa bondad.

No puedo describiros esta confianza perfecta. Pero os presento a un Salvador amoroso, a ese Salvador que quiere llevar a vuestros corazones una alegría y una paz y un amor inexpresables. Quiere que seáis felices y gozosos en él. Dice: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba", y será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. Y si Cristo está en ti como un pozo de agua, tus palabras y tu influencia serán una bendición para todos los que te rodean. Nadie debe vivir para sí mismo; somos responsables ante Dios de la influencia que ejercemos. Cristo ha hecho un sacrificio infinito, y todas nuestras fuerzas deben entregarse a él, y si somos fieles soldados de la cruz de Cristo, se nos concederá la preciosa recompensa de una vida que se mide con la vida de Dios.

Veo encantos incomparables en Jesús, y no puedo tener mi afecto puesto en nada que sea terrenal. Mi corazón se conmueve de amor por los que están fuera de Cristo. Anhele verlos entrar al servicio de Cristo, para que puedan tener la bendición aquí y la vida eterna en el reino de Dios. ¿No prestarás atención a tus caminos? ¿No compararán su carácter con la ley moral de Dios, los diez mandamientos? Y luego trata de obedecer todos los requisitos de Dios. Dice Cristo: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad". Dadme esta preciosa recompensa, y podréis quitarme todo lo que hay aquí en la tierra.

Están en juego intereses eternos. Jesús dice: "Hijo mío, dame tu corazón"; lo ha comprado con su propia sangre. Y cuando por fin se abran las puertas del cielo y las naciones que han guardado la verdad entren en el gozo de su Señor, tendrán la corona de gloria que por la fe Pablo vio preparada para él, y no sólo para él, sino para todos los que aman su aparición. Los salvados oirán la bendición: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo."

Pensemos en estas cosas; llevemos al Salvador a nuestras vidas cada día; amémosle con todo nuestro corazón; y si apreciamos la preciosidad del Cielo, hablaremos de Jesús, del Cielo y de las glorias que se revelarán a los vencedores. Entonces coloquémonos bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emmanuel. Tengamos una fe que se aferre a Cristo. Que el lenguaje de cada alma sea: Él es mi Salvador, él murió por mí, y yo cuelgo mi alma indefensa sobre él. Él puede guardar contra aquel día lo que le he confiado. Esta es la preciosa lección que estoy aprendiendo hoy, hacer lo mejor que pueda de acuerdo con la mejor luz que brilla en mi camino, y luego confiar el resto a Jesús.

Que la bendición de Dios descansa sobre este querido pueblo. ¿A cuántos de los que hoy están aquí presentes encontraré alrededor del gran trono blanco? Cuántos alzarán sus voces

en cantos de triunfo y alabanza al que está sentado en el trono, y al Cordero por los siglos de los siglos. Dios te conceda estar allí, salvado, eternamente salvado, en el reino de gloria.

22 de septiembre de 1887

La Gran Comisión

EGW

"Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura".

Esta es la gran comisión dada por Cristo a sus discípulos después de su resurrección. Dios reclama el servicio, no sólo de los ministros, sino de todos los que profesan su nombre, hombres y mujeres, jóvenes y niños; y cuanto más pronto se les conduzca fuera y lejos del yo, y se les enseñe a dedicarse al trabajo desinteresado por los demás, más cerca estarán de cumplir esta santa comisión. Sin embargo, a pesar de las demandas que Dios tiene sobre nosotros, muchos eligen un curso de vida para sí mismos, sin pensar o hacer referencia a la gloria de Dios; y todo el tiempo profesan ser sus siervos, siguiendo sus instrucciones, cuando en realidad sólo se están sirviendo a sí mismos.

Cuando Cristo dejó su exaltada posición en el Cielo y vino a esta tierra, no fue tratado como un soberano, ni siquiera como un benefactor. Su vida fue una continua abnegación y sacrificio por los demás. Su propio testimonio es: "He bajado del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". Todo lo puso sobre el altar. ¿Cómo podemos mostrar mejor nuestro aprecio por el gran sacrificio hecho por el Cordero de Dios que siguiendo su ejemplo y llevando adelante la obra que él comenzó mientras estaba en la tierra? Todos los que permanecen inactivos cuando hay tanto por hacer, al final serán declarados culpables ante Dios. Adoptemos el sentimiento del poeta,

"Haz algo -hazlo pronto- con todas tus fuerzas;
El ala de un ángel se caería si descansara mucho tiempo,
Y Dios mismo, inactivo, dejara de ser bendito".

En la parábola de la cena de bodas, nuestro Salvador menciona a una clase que, de común acuerdo, empezó a poner excusas por el incumplimiento del deber. Uno había comprado un pedazo de tierra, otro había comprado una yunta de bueyes, otro se había casado con una esposa; y así ninguno de ellos pudo aceptar la invitación del rey. Esta parábola ilustra las excusas frívolas y vanas que muchos ponen para no prestar más atención a los asuntos que pertenecen a la causa de Dios. Podrían tener un puesto en la cena de las bodas del Cordero, podrían ser obreros en la viña del Señor; pero no lo quieren, porque sus asuntos temporales se colocan por encima de las cosas de interés eterno.

Los que profesan servir a Dios, pero no sienten ninguna carga por las almas de los demás, estarán continuamente recayendo. El tiempo y la fuerza del ministro serán gravados para evitar que naufraguen en la fe, cuando deberían estar trabajando para presentar el camino de la vida y la salvación a sus amigos y vecinos. Muchos padres y madres, con sus hijos

pequeños a su alrededor, hacen de su pequeño círculo su mundo. Cada poder de su ser está centrado en "mí y lo mío", y año tras año se van estrechando y circunscribiendo. No abren sus corazones a la gracia y al amor de Cristo, y liberalizan su naturaleza y ennoblecen sus fines poniéndose en simpatía con sus semejantes.

El propósito del verdadero cristiano es hacer el bien, no sólo a su propia familia y amigos, sino a todos los que entran en la esfera de su influencia. Muchos caminos de utilidad se abrirán ante el alma dispuesta, aspirante y devota, que realmente desea trabajar por la salvación de los demás. Cuanto más hagan tales personas, más verán por hacer, y más deseosas estarán de participar en toda buena obra para la edificación de la causa de Dios. Será su alimento y su bebida beneficiar a sus semejantes y glorificar a su Redentor.

Hay muchos que necesitan la ministración de corazones cristianos amorosos. Muchos que han sido abandonados a las tinieblas y a la ruina podrían haber sido ayudados si sus hermanos -hombres y mujeres de la vida común- se hubieran acercado a ellos con el amor de Cristo creciendo en sus corazones, y se hubieran esforzado personalmente por ellos. Muchos están esperando que se les hable así personalmente. Se podría hacer mucho con tales personas por medio de una conversación humilde y sincera y de la oración. En la mayoría de los casos, cuando se acerca el corazón al corazón, y se manifiesta el amor que calentó el corazón del compasivo Hijo de Dios, el esfuerzo tendrá pleno éxito.

La pregunta: "¿Cuánto debes a mi Señor?" debería llegar a cada corazón. Jesús, el Maestro, se hizo pobre para que tuviéramos riquezas eternas; murió para que tuviéramos vida, vida inmortal. ¿No deberíamos estar dispuestos a seguir su ejemplo y hacer por los demás lo más parecido posible a lo que él ha hecho por nosotros? Al hacerlo, nuestro propio carácter se disciplinará y mejorará, nuestra fe se fortalecerá, nuestro celo se hará más firme y ferviente, nuestro amor a Dios y a las almas por las que Cristo murió se intensificará, y los pecadores se salvarán como resultado de nuestra labor. ¿Y qué obra mayor o más ennoblecedora puede emprenderse que la de procurar atraer las almas a Cristo? Esta obra ha sido realizada con éxito una y otra vez por hombres y mujeres comunes, no por los más eruditos, elocuentes o ricos, sino por los verdaderos y fieles, que hacen su trabajo con sencillez. Pero la sabiduría y la fuerza de cada obrero deben depender enteramente de la gracia de Cristo.

Si cada miembro de la iglesia trabajara en cualquier lugar adecuado a su capacidad, se podría hacer mucho más para llevar a cabo la gran comisión dada por nuestro Maestro. Se idearían planes más amplios para alcanzar a nuestros semejantes. Cristo está escudriñando la vida y el carácter en busca de frutos, y encuentra a muchos que profesan ser cristianos, como la higuera estéril, que no da más que hojas. Algunos dirán: "No sé qué puedo hacer en la obra de Dios. Estoy dispuesto a trabajar, pero ¿qué puedo hacer?". A los tales les diríamos: "Ve a Dios; él te enseñará. El que reza con éxito trabajará incansablemente por la salvación de las almas.

Hay muchas cosas que las personas pueden hacer, si sólo tienen la mente para trabajar. Pueden reunir a los niños y a los jóvenes en la escuela sabática. De esta manera, los jóvenes pueden trabajar eficazmente para el amado Salvador. Pueden forjar los destinos de las almas. Pueden hacer una obra para la iglesia y el mundo cuya extensión y grandeza nunca se conocerán hasta el día de las cuentas finales, cuando se dirá a los fieles: "Bien hecho".

Es un misterio para mí cómo alguien puede ser indiferente y descuidado en referencia a las almas de sus semejantes. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", dice la palabra inspirada. ¿Podemos hacer esto y no interesarnos en su salvación? No, ni puede uno conservar por mucho tiempo el favor divino, si no se interesa por los pecadores que le rodean. Si la frialdad y la indiferencia se han deslizado sobre sus sentidos espirituales, y su interés por los que perecen en sus pecados está disminuyendo, su mejor curso será comprometerse de inmediato en esfuerzos personales para salvar a otros. Las ricas promesas de Dios son para los obreros fieles. "El que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna". Es a aquellos, y sólo a aquellos, que están comprometidos en llevar adelante la comisión evangélica que "Bien hecho" será dicho, y es sólo sobre sus frentes que coronas de gloria inmortal serán colocadas. Entonces avancemos, y no retrocedamos. Queremos una nueva conversión diaria. Queremos que el amor de Jesús palpite en nuestros corazones, para que podamos ser instrumentos en la salvación de muchas almas.

29 de septiembre de 1887

Cómo afrontar las tentaciones

EGW

"Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo esto: que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Pero que la paciencia haga su obra perfecta, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte nada. Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero que pida con fe, sin vacilar. Porque el que vacila es semejante a la ola del mar que se agita con el viento y es zarandeada. Pues no piense ese hombre que recibirá algo del Señor".

¿Qué mayores promesas podrían dárseos que las que se encuentran en estos versículos? Un enemigo astuto y cruel sigue nuestros pasos, y está trabajando a cada momento, con toda su fuerza y habilidad, para desviarnos del camino recto. Desde que logró vencer a nuestros primeros padres en su hermoso hogar del Edén, se ha dedicado a esta obra. Más de seis mil años de práctica continua han aumentado enormemente su habilidad para engañar y seducir. Por otra parte, el que cede una vez a la tentación se debilita espiritualmente, y cede más fácilmente la segunda vez. Cada repetición del pecado ciega sus ojos, sofoca la convicción y debilita su poder de resistencia. Así, mientras el poder de la raza humana para resistir la tentación disminuye continuamente, la habilidad y el poder de Satanás para tentar aumentan sin cesar. Esta es una gran razón por la cual las tentaciones de los últimos días serán más severas que las de cualquier otra época.

La admonición del Salvador es: "Velad y orad para que no entréis en tentación". Si Satanás no puede impedir que las personas ejerciten la fe, tratará de inducirlas a presumir de la voluntad y el poder de Dios, poniéndose innecesariamente en el camino de la tentación. La presunción es una tentación muy común, y cuando Satanás ataca a los hombres con ella, obtiene la victoria nueve de cada diez veces. Aquellos que profesan ser seguidores de Cristo, y que afirman por su fe estar alistados en la guerra contra todo mal en su naturaleza, con frecuencia se sumergen sin pensar en tentaciones de las que se requeriría un milagro para

sacarlos incólumes. La meditación y la oración los habrían preservado de estas tentaciones, llevándolos a evitar la posición crítica y peligrosa en la que se encontraban.

Aunque las promesas de Dios no deben ser reclamadas temerariamente por nosotros cuando nos precipitamos imprudentemente en el peligro, violando las leyes de la naturaleza, y haciendo caso omiso de la prudencia, y del juicio con que Dios nos ha dotado, no debemos perder el valor cuando nos sobrevienen las tentaciones. Si no nos ponemos a sabiendas en el camino de la tentación, tenemos el privilegio de reclamar la promesa de la palabra inspirada: "Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportarla."

Los que tienen pesadas responsabilidades que llevar en relación con la obra de Dios son los que se verán acosados por las tentaciones más fuertes. Si Satanás puede hacerlos vacilar de lo recto, no sólo les quita su propia fuerza, sino que destruye su influencia para bien sobre los demás. Pierden su confianza en Dios, y sienten que apenas se atreven a acercarse a él en oración; porque están bajo condenación. Actuando según el principio que Cristo presentó en su oración: "Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por medio de la verdad", deben adoptar la posición de que estarán firmes para con Dios en toda circunstancia, para que puedan ejercer una influencia que haga firmes a los demás.

Las tentaciones de Satanás son múltiples; pero aquellas a las que se llama nuestra atención en el texto son la incredulidad y la impaciencia. "Sabido esto, que la prueba de vuestra fe obra paciencia". La impaciencia, entonces, es el resultado de la falta de fe. "Mas la paciencia haga su obra perfecta, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna". Si no mantenemos la gracia de la paciencia, nunca alcanzaremos un estado de perfección. Algunos de nosotros tenemos temperamento nervioso, y somos naturalmente tan rápidos como un relámpago para pensar y actuar; pero que nadie piense que no puede aprender a ser paciente. La paciencia es una planta que crecerá rápidamente si se cultiva con cuidado. Conociéndonos a fondo a nosotros mismos, y combinando luego con la gracia de Dios una firme determinación de nuestra parte, podemos ser vencedores, y llegar a ser perfectos en todas las cosas, sin que nos falte nada.

"Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada". Es nuestro privilegio, en nuestra gran debilidad, echar mano de la fuerza del Poderoso. Si pensamos enfrentar y vencer al enemigo con nuestras propias fuerzas, nos decepcionaremos. A veces puede parecer que cuando más oramos y más nos esforzamos por hacer el bien, tenemos las mayores tentaciones. Esto se debe a que Satanás está perfectamente satisfecho con nuestra condición cuando estamos revestidos de justicia propia y no nos damos cuenta de nuestra necesidad de ayuda divina; pero cuando vemos nuestra gran necesidad de ayuda, y comenzamos a acercarnos a Dios, él sabe que Dios se acercará a nosotros; por lo tanto, pone toda obstrucción posible en el camino para que no nos acerquemos a la Fuente de nuestra fuerza.

La exhortación del apóstol es: "Limpiad vuestras manos, pecadores, y purificad vuestros corazones, hombres de doble ánimo". Es comprometiéndonos en esta obra, y ejercitando una fe viva en Dios, como hemos de perfeccionar el carácter cristiano. La obra de limpiar el templo del alma y prepararnos para la aparición de Cristo debe hacerse mientras estamos en

este mundo de tentación. Así como Cristo nos encuentra en carácter cuando venga, así permaneceremos nosotros.

Debemos avanzar diariamente en la obra de la edificación del carácter. Cuando tratamos de separar de nosotros nuestros hábitos pecaminosos, a veces puede parecer que nos estamos despedazando; pero ésta es la obra misma que debemos hacer si queremos crecer hasta la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús, si queremos llegar a ser templos aptos para la morada del Espíritu Santo. No es la voluntad de Dios que permanezcamos en la debilidad y la oscuridad. Él quiere que nos pongamos toda la armadura y peleemos valientemente la batalla contra el pecado y el yo. Y después de que nos hayamos arrepentido verdaderamente de nuestros pecados y hayamos hecho todo lo posible para vencerlos, quiere que manifestemos una confianza serena e inquebrantable en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

Si nos rendimos totalmente a Él, dejamos nuestra vida de pecado, pasión y orgullo, y nos aferramos a Cristo y a sus méritos, Él nos cumplirá todo lo que nos ha prometido. Dice que dará generosamente a todos los que se lo pidan. ¿No podemos creerlo? Yo le he probado en este punto, y sé que es fiel para cumplir todas sus promesas.

No piense el que vacila que recibirá algo del Señor. Cuando las personas comienzan a acercarse a Dios, Satanás está siempre listo para presionar con sus tinieblas. Cuando miran retrospectivamente su vida pasada, Satanás exagera tanto en sus mentes todos los defectos, que se desaniman y comienzan a dudar del poder y la voluntad de Jesús para salvar. Su fe vacila, y dicen: "No creo que Jesús perdone mis pecados". Que los tales no esperen recibir nada del Señor. Si tan sólo ejercieran un verdadero arrepentimiento hacia Dios, poseyendo al mismo tiempo una fe firme en Cristo, Él cubriría sus pecados y perdonaría sus transgresiones. Pero, en lugar de esto, con demasiada frecuencia se dejan dominar por los impulsos y los sentimientos.

Cuando Satanás te diga que tus pecados son tales que no necesitas esperar grandes victorias en Dios, dile que la Biblia enseña que los que más aman son los que más han sido perdonados. No trates de disminuir tu culpa excusando el pecado. No podéis acercaros a Dios por la fe a menos que os deis cuenta de vuestra pecaminosidad. Entonces podréis situaros justo sobre las promesas, y con fe inquebrantable podréis reclamar una parte en el sacrificio infinito que se ha hecho por la raza humana. Aferraos a Jesús, y su gran corazón de amor os atraerá hacia sí.

Estoy tan ansioso de que los que trabajan en la causa tengan toda la fuerza, la paz y el gozo que Cristo tiene para ellos. Quiero que tengan la consolación del Espíritu Santo. El apóstol Pablo deseaba que sus hermanos fueran consolados con "la consolación con que él fue consolado." El cristiano encuentra consuelo y fortaleza constantes en Jesús. Y cuando se queja de debilidad y oscuridad, da buena prueba de que no tiene una conexión estrecha con Jesús.

Hermanos, tengamos un solo ojo para la gloria de Dios. No permitamos que nada se interponga entre nosotros y Él. "Si seguimos adelante para conocer al Señor", sabremos que "su salida está preparada como la mañana; y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia

tardía y temprana a la tierra". Si participamos de la naturaleza divina, reflejaremos en la vida y en el carácter la imagen de nuestro divino Señor. No podemos ser indolentes en la búsqueda de esta perfección de carácter. No podemos rendirnos pasivamente a lo que nos rodea, y pensar que otros harán el trabajo por nosotros. "Todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro". Debemos ser trabajadores junto con Dios. La vida debe convertirse para nosotros en un humilde y serio trabajo de salvación con temor y temblor; y entonces la fe, la esperanza y el amor permanecerán en nuestros corazones, dándonos una garantía de la recompensa que espera al vencedor.

Un enemigo implacable y decidido ha preparado sus artimañas para cada alma que no está preparada para la prueba, y protegida por la oración constante y la fe viva. No podemos individualmente, o como un cuerpo, asegurarnos de sus asaltos constantes; pero en la fuerza de Jesús cada tentación, cada influencia opositora, ya sea abierta o secreta, puede ser resistida con éxito. Recordad que "vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar". Por lo tanto "sed sobrios, velad".

6 de octubre de 1887

La luz del mundo

EGW

"Vosotros sois", dice Cristo, "la luz del mundo". Como el sol sale en su misión de misericordia y amor, como los rayos dorados del día inundan la bóveda celeste y embellecen el bosque y la montaña, despertando al mundo al disipar las tinieblas de la noche, así los seguidores de Cristo deben salir en su misión de amor. Recogiendo los divinos rayos de luz de la gran Luz del mundo, deben dejarlos brillar en buenas obras sobre los que están en las tinieblas del error.

¿Os dais cuenta, hermanos míos, de que sois la luz del mundo? ¿Dejáis, con vuestras palabras y vuestro comportamiento en casa, una huella luminosa hacia el cielo? ¿Qué significa ser la luz del mundo? Es tener a Dios por guía, tener la compañía de los santos ángeles y reflejar a los demás la luz que brilla sobre vosotros desde lo alto. Pero si no ejercitáis la cortesía, la paciencia y el amor cristianos en vuestras familias, Dios y los santos ángeles se alejan contristados; y en vez de ser la luz del mundo, sois cuerpos de tinieblas.

Es posible, por la gracia de Cristo, tener control sobre vosotros mismos en todo momento. Si un amigo querido, alguien cuya buena opinión deseáis mucho, viniera a vuestra casa, no os encontraríais inquietos y regañando, sino que controlaríais vuestras palabras y acciones, y trataríais por todos los medios de comportaros de tal manera que os ganarais su respeto y confianza. ¿Tendremos más cuidado en presencia de un extraño que en presencia de aquellos que nos son queridos por los lazos de la naturaleza, o en presencia de Jesús y de los ángeles celestiales? Dios no lo quiera, porque así no satisfacemos las exigencias del Cielo sobre nosotros.

No es la voluntad de Dios que seamos sombríos o impacientes; ni que seamos ligeros y triviales. Es el plan estudiado de Satanás empujar a las personas de un extremo al otro. Como

hijos de la luz, Dios quiere que cultivemos un espíritu alegre y feliz, para que manifestemos las alabanzas de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. Una señora vivió una vez en nuestra familia nueve años, y durante todo ese tiempo no oímos una palabra impaciente ni una expresión ligera de sus labios; y, sin embargo, era la persona más alegre que jamás vi. La suya no era una vida de oscuridad y penumbra, ni de ligereza y frivolidad. En este sentido, nuestras vidas deberían ser como la suya. Dios no quiere que vivamos bajo una nube, sino como a la luz de su rostro.

Algunos son naturalmente de disposición reticente; rara vez se ve una sonrisa en sus rostros, y parecen más estatuas que seres humanos. Los tales deberían abrir sus corazones al Sol de justicia, y recoger preciosos rayos de luz de Jesús, para poder reflejarlos a los demás. Dios quiere que vosotros, hermanos y hermanas, tengáis esta luz en vuestros corazones, y entonces seréis canales de luz dondequiera que estéis. Como el girasol, que vuelve constantemente su rostro hacia el sol, vosotros debéis mirar continuamente hacia la Fuente de la luz, para que podáis captar todos los rayos posibles.

Muchos que profesan ser seguidores de Cristo son como mundos sin sol. Si éstos dejaran su oscuridad e incredulidad, y avanzaran en la fe, se convertirían en luz en el Señor. ¿A quién se le ocurriría desconfiar de un amigo querido que nos prometió que, si le seguíamos, nos guiaría con seguridad a través del bosque más oscuro? Mucho menos deberíamos dudar de la palabra de Jesús, que ha dicho: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". No dejará que los que confían en Él caigan bajo las tentaciones de Satanás. Esta no es su manera de tratar a sus hijos. Ha prometido levantar sobre ellos la luz de su rostro.

La ley de Dios ha sido anulada en la tierra, pero aquí hay una pequeña compañía que ha salido del mundo y está de pie en defensa de esa ley. A éstos dice Jesús: "Vosotros sois la luz del mundo". Ahora, suponed que mantenéis vuestras mentes morando en vosotros mismos y en vuestras tinieblas; ¿cómo podéis ser la luz del mundo? Os mantenéis en tinieblas mirando vuestras propias imperfecciones, en vez de la voluntad y el poder de Jesús para salvar perpetuamente a todos los que acuden a él con fe. Abrazáis vuestras tinieblas tan estrechamente que no hay posibilidad de que entre la luz.

Quiero decirles a los que han estado abatidos: Cuando Satanás entre a tentarlos, y ustedes no tengan ninguna evidencia de que el Señor los acepta, no miren para ver cuán oscuros están, sino miren hacia la luz. Comienza a alabar a Dios por el plan de salvación, y celebra cada victoria obtenida por medio de Cristo. A medida que repitas la confianza que tienes en Jesús, Satanás huirá; porque no puede soportar el nombre de Jesús. Así, paso a paso, podrás pelear la buena batalla de la fe. Recuerda que Jesús ha soportado mucho tiempo contigo, y no quiere que te pierdas. Él dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo". Con esto muestra que quiere tomar posesión de vuestros corazones.

Satanás puede decirles que no pueden ser bendecidos; pero Jesús dice *que* él entrará, si ustedes abren la puerta de sus corazones. ¿Qué creerán? He aquí otra preciosa promesa que todos pueden reclamar. No está dirigida a los que son perfectos, sino a los pecadores; a los que se han alejado de Cristo. "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, invocadle

mientras está cerca. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase al Señor, y él tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, porque él perdonará abundantemente." ¿Hay alguien que no se atreva a reclamar esta promesa? ¿Hay alguien que diga: "Soy tan pecador que esto no se refiere a mí"? Desecha tales pensamientos. Cristo te aceptará, aunque estés contaminado por el pecado, si vienes a él con contrición de alma. Él invita a todos a venir a la luz de su presencia. Entonces, ¿por qué has de permanecer lejos?

La palabra de Dios dice: "Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros". Requerirá un esfuerzo de tu parte caminar con Dios. Jesús le dijo al hombre de la mano seca: "Extiende tu mano". El hombre afligido podría haber dicho: "Señor, hace años que no la uso; cúrala primero, y luego la extenderé". Pero en vez de esto, cuando Jesús le ordenó que la extendiera, ejerció el poder de su voluntad y la movió como si estuviera bien. El ejercicio mismo del poder de la voluntad fue evidencia para Jesús de que el hombre creía; y su mano fue sanada en el acto de extenderla. Dios quiere que os despojéis de vuestras tinieblas, y que mostréis que hay un poder en la religión cristiana que no hay en el mundo. Quiere que seáis todos luz en él; quiere llenar vuestros corazones de amor, paz y esperanza. Si, pues, seguís aferrados a vuestras tinieblas, le deshonráis; porque no representáis correctamente ante el mundo a un Salvador que perdona los pecados. Si eres sombrío, abatido, desesperanzado, eres un pobre representante de la religión cristiana. Cristo murió por todos. El sacrificio fue completo. Es tu privilegio y tu deber mostrar al mundo que tienes un Salvador completo y todopoderoso. Fue el Hijo del Dios infinito quien murió para comprar una salvación completa y gratuita para todos los que la aceptaran. Entonces, ¿por qué no lo tomas como tu Salvador? Él reprende tu incredulidad; honra tu fe.

(Continuará.)

20 de octubre de 1887

La luz del mundo

(Concluido.)

EGW

Entra en un sótano, y bien puedes hablar de oscuridad, y decir: "No puedo ver; no puedo ver". Pero sube al aposento alto, donde brilla la luz, y no necesitas estar en tinieblas. Venid donde está Cristo, y tendréis luz. Habla de incredulidad, y tendrás incredulidad; pero habla de fe, y tendrás fe. Según la semilla sembrada será la cosecha. Si hablas del cielo y de la recompensa eterna, tu camino se hará cada vez más ligero en el Señor, y tu fe crecerá, porque se ejercita. Fijad los ojos en Jesús, queridos amigos, y al contemplarlo os asimilaréis a su imagen. No permitáis que vuestros pensamientos se detengan continuamente en las cosas de la tierra, sino ponédlos en las cosas celestiales, y entonces, dondequiera que estéis, seréis una luz para el mundo.

Vive la vida de fe día a día. No te angusties ni te aflijas por el tiempo de angustia, y así tengas un tiempo de angustia de antemano. No sigas pensando: "Tengo miedo de no resistir en el gran día de prueba". Debes vivir para el presente, sólo para este día. El mañana no es tuyo.

Hoy debes mantener la victoria sobre ti mismo. Hoy debes vivir una vida de oración. Hoy debes pelear la buena batalla de la fe. Hoy debes creer que Dios te bendice. Y a medida que ganes la victoria sobre la oscuridad y la incredulidad, cumplirás con los requisitos del Maestro, y te convertirás en una bendición para los que te rodean.

De cada miembro de la iglesia debe brillar una luz firme ante el mundo, para que éste no se vea inducido a preguntar: "¿Qué hacen estas personas más que otras?" La religión no debe tenerse como un tesoro precioso, celosamente atesorado, y disfrutado sólo por el poseedor. La verdadera religión no puede tenerse así; porque tal espíritu es contrario al evangelio. "De gracia recibisteis, dad de gracia", son las palabras del Maestro. Mientras Cristo habita en el corazón por su Espíritu, es imposible que la luz de su presencia se oculte o se oscurezca. Al contrario, se hará más y más brillante, a medida que día tras día las nieblas del egoísmo y del pecado que envuelven el alma se disipen por los brillantes rayos del Sol de justicia.

Los cristianos pueden aprender una lección de la fidelidad del guardián del faro. "Un caballero visitó una vez un faro que estaba situado en una posición muy peligrosa para advertir a los hombres de los peligros que les amenazaban en el mar sin caminos. El farero se jactaba de la brillantez de su luz, que podía verse a diez leguas de distancia en el mar, cuando el visitante le dijo: 'Habla usted con entusiasmo, señor; y eso está bien. Me gusta oír a los hombres decir lo que están seguros de saber; pero, ¿y si se apaga una de las luces?

"¡Nunca, nunca! ¡Absurdo! ¡Imposible!", replicó el sensible vigilante, consternado ante la mera suposición de tal cosa. Pero, señor -continuó señalando el océano-, allá donde no se ve nada, pasan barcos hacia todos los puertos del mundo. Si esta noche se apagara uno de mis mecheros, dentro de seis meses llegaría una carta, tal vez de la India, tal vez de Australia, tal vez de un puerto del que nunca antes había oído hablar, una carta diciendo que tal noche, a tal hora, en tal minuto, la luz de tal punto ardió baja y tenue; que el vigía descuidó su puesto y que, en consecuencia, los barcos corrieron peligro en alta mar. Ah, señor -y su rostro brilló con la intensidad de su pensamiento-, a veces, en las noches oscuras y con tiempo tormentoso, miro hacia el mar y siento como si el ojo del mundo entero estuviera mirando mi luz. ¿Se apaga? ¿Que se apague? ¿Esa llama parpadea débilmente o se apaga? No, señor, ¡nunca!

"Y los cristianos, brillando para los pecadores tentados, ¿dejarán que su luz se apague? Porque, siempre en el mar ondulante de la vida hay almas que no vemos, marineros extraños en la oscuridad, pasando, luchando, puede ser, en medio de las olas de la tentación. Cristo es la gran luz, y los cristianos están destinados a reflejar esa luz. El océano es vasto, sus peligros son muchos, y los ojos de los viajeros lejanos se vuelven hacia el faro, la iglesia de Jesucristo". Si el mundo se interpone entre la iglesia y Cristo, su luz arderá tenuemente, y las almas se perderán por falta de esa luz. ¡¿No será el lenguaje de todo corazón: "¡Qué! que la luz que hay en mí se apague o se oscurezca! Jamás, jamás.

Todos estamos entretejidos en la gran red de la humanidad, y Dios nos hace responsables de la influencia que ejercemos sobre los demás. Arroja una piedrecita al lago, y se forma una ola, y otra, y otra; y a medida que aumentan, el círculo se ensancha, hasta llegar a la misma orilla. Así, nuestra influencia, aunque aparentemente insignificante, puede continuar extendiéndose mucho más allá de nuestro conocimiento o control. Es tan imposible para

nosotros determinar el resultado como lo fue para el vigía ver los barcos que estaban dispersos sobre el mar.

Dios, en su providencia, no nos permite conocer el fin desde el principio; pero nos da la luz de su palabra para guiarnos a medida que avanzamos, y nos pide que mantengamos nuestra mente fija en Jesús. Dondequiera que estemos, cualquiera que sea nuestro empleo, nuestros corazones deben elevarse a Dios en oración. Esto es ser instantáneo en la oración. No necesitamos esperar hasta que podamos arrodillarnos antes de orar. En una ocasión, cuando Nehemías se presentó ante el rey, éste le preguntó por qué se veía tan triste, y qué petición tenía que hacerle. Pero Nehemías no se atrevió a responder de inmediato. Había importantes intereses en juego. El destino de una nación dependía de la impresión que causara en la mente del monarca; y Nehemías elevó una oración al Dios del Cielo antes de atreverse a responder al rey. El resultado fue que obtuvo todo lo que pidió o incluso deseó.

Este es el camino que Dios quiere que sigamos en cualquier circunstancia. Él quiere que seamos hombres y mujeres de minutos. Quiere que estemos siempre dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en nosotros a todo el que nos la pida, con mansedumbre y temor. ¿Por qué con temor? Con temor de no causar una impresión correcta en la mente del que pregunta; con temor de no perder de vista el egoísmo, y de que la verdad no aparezca tal como es en Jesús.

Siento un intenso deseo de que nuestros hermanos y hermanas sean correctos representantes de Jesús. No perforéis de nuevo sus heridas, ni lo avergoncéis abiertamente con una vida incoherente. Conoced a fondo las razones de nuestra fe, y mostrad con palabras y obras que Cristo mora en vuestros corazones por la fe. Que Dios os ayude a caminar con Jesús. Si lo hacéis, seréis la luz del mundo, y en el tiempo de angustia él dirá: "Ven, pueblo mío, entra en tus aposentos, y cierra en derredor tuyo tus puertas; escóndete como por un momento, hasta que pase la indignación."

3 de noviembre de 1887

La Cruz de Cristo

EGW

De Jesús se dice que "por el gozo puesto delante de él", "soportó la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios." ¿Puede ser que este cáliz de sufrimiento fuera la elección de nuestro divino Señor? ¿Y por qué se sometió a soportar la vergüenza, el desprecio y el oprobio? Fue para que, por los méritos de su sangre, salvara al hombre caído y lo exaltara por fin a su diestra. Y nosotros que somos partícipes de los beneficios de este gran sacrificio, nosotros que profesamos tener un interés en esta redención, ¿nos acobardaremos de soportar el oprobio, el escarnio y la vergüenza por causa de su nombre? ¿Nos acobardaremos ante la oposición de un mundo que se opone a nuestro Maestro? ¿Nos negaremos a llevar la cruz que nuestro Salvador cargó por nosotros?

Cuántos virtualmente dicen, cuando la cruz de Cristo es presentada: "Vaya, es inconveniente llevarla. Parece imposible llevar esta cruz; no puedo soportar la vergüenza y el oprobio". Así

pensó el joven que preguntó qué debía hacer para ganar la vida eterna. Jesús le dijo: "Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y ven, toma la cruz y sígueme." Pero la riqueza del joven era su dios. Pensó que no podía dejar ir sus riquezas; y escogió este mundo con preferencia a lo que es eterno. "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!".

Todo seguidor de Cristo tendrá una cruz que llevar; y descubrirá, cuando la tome resueltamente, aunque con debilidad y temblor, que aquello que tanto temía, que le parecía tan terrible, es una fuente de fortaleza y valor. Será un bastón que le ayudará en su fatigoso peregrinar por esta tierra. Entonces, ¿abandonará esta cruz el profeso seguidor de Cristo y tratará de complacer a los que se burlan de nuestro Señor? ¿Por temor a no recibir el honor de los hombres, rechazará y despreciará la cruz de Cristo?

¿Y si sufres, querido compañero cristiano? El Señor de la casa sufrió antes que tú. Él fue exaltado y glorioso, alto Comandante en el Cielo, ante quien las huestes angélicas se inclinaban en adoración; sin embargo, condescendió a renunciar a la gloria que tenía con el Padre, para poder salvar a la raza caída. Y nosotros, ¿nos negaremos a negarnos a nosotros mismos por él y por el Evangelio? Que las palabras de Pablo sean el lenguaje de nuestras almas: "Dios me libre de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo."

El hombre fue creado recto; pero cayó, y fue expulsado del jardín del Edén, con la sentencia de muerte pronunciada sobre él. Un dolor y una angustia indecibles se apoderaron de su alma. Pero la esperanza le fue ofrecida por los méritos del Mesías prometido. El Hijo de Dios, que tan amorosamente había conversado con Adán y Eva en el Edén, se ofreció voluntario para tomar sobre sí la ira del Padre y morir en lugar del pecador. Quitaría de sus labios el amargo cáliz que el hombre había de beber, y daría en su lugar el cáliz de la bendición.

La ley de Dios, fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra, había sido quebrantada; pero ¿no podía la vida de un ángel pagar la deuda? No. Esa santa ley era tan sagrada como Dios mismo. Ni un solo precepto podía cambiarse para satisfacer al hombre en su condición caída; pero el Hijo de Dios, que había tenido parte en la creación del hombre, podía, dando su propia vida, hacer una ofrenda aceptable por su transgresión.

Nuestro Redentor fue "varón de dolores, experimentado en quebranto". Se hizo pobre por nosotros, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos enriquecidos. "Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". "Por el gozo puesto delante de él", "soportó la cruz, menospreciando el probio". Pero "verá de los dolores de su alma, y quedará satisfecho".

¿Quién de nosotros no entraría por las puertas en la ciudad, y oiría de labios del Rey las graciosas palabras: "Entra en el gozo de tu Señor"? ¿Y cuál es el gozo de nuestro Señor? Es el gozo de ver a las almas salvadas en el reino de la gloria gracias a su sacrificio. Los santos participan con él de este gozo, pues allí hay almas que se han salvado por su mediación. "Los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a muchos, como las estrellas por los siglos de los siglos". ¿No es esta alegría suficiente?

Cuando consideramos el sufrimiento, el oprobio y la indignidad que Jesús padeció sin murmurar ni tomar represalias, para poder redimir al hombre y elevarlo a su propia diestra, ¿cuánto estamos dispuestos a soportar y sacrificar, para poder tener parte en la obra de rescatar a las almas que perecen, y entrar así en el gozo de nuestro Señor? "Si sufrimos, también reinaremos con él; si le negamos, él también nos negará". Es de suma importancia que comprendamos para qué hemos sido puestos en este mundo. No estamos aquí para glorificarnos a nosotros mismos o para buscar nuestro propio placer, sino para glorificar a nuestro Padre que está en los cielos, y para continuar la obra comenzada por el gran Maestro de justicia.

"Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo, y yo os recibiré". Muchas veces, cuando Cristo y las preciosas verdades de su palabra se presentan a los pecadores, éstos se apartan; porque si aceptaran la cruz, tendrían que separarse del mundo. Pero tal separación no lo hace a uno desamparado, sin amigos y abandonado. Si, querido lector, hay una separación de tus simpatías de tus parientes y amigos por causa de Cristo y su verdad, no sientas que quedas sin hermanos, sin hermanas, sin madre, sin padre. Vuestro Padre celestial os promete: "Os recibiré y seré un Padre para vosotros, y seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso".

¡Cuántos son los que buscan el honor y el aplauso de los grandes hombres de la tierra! ¡Cuánto harán, y qué sacrificios harán, para poder asociarse con tales personas, y tal vez ganar una palabra de aprobación! ¿Quiénes son esas personas cuyo favor es tan apreciado? Son mortales, hechos del polvo de la tierra, y pronto deben volver a su tierra natal. Pero el Señor, el Creador de los cielos y de la tierra, es el Gobernante sobre todos los gobernantes; su dominio es el universo. "Las naciones son como una gota de un cubo, y se cuentan como el pequeño polvo de la balanza; he aquí que él toma las islas como cosa muy pequeña". Él es quien os concede la vida y todas sus bendiciones; quien promete adoptaros en su familia, recibiros como hijos e hijas. ¡Qué relación es ésta! ¡Qué privilegio tan excelso!

Ni la belleza ni el honor mundano te asegurarán esta relación con el Rey celestial. Pero hay algo que nos recomendará al favor divino; es un "espíritu manso y apacible, que es de grande estima delante de Dios." Este espíritu no lo poseemos por naturaleza. Podemos tener rasgos excelentes y nobles de carácter; sin embargo, necesitamos la sangre de Cristo para limpiarnos del pecado, la gracia de Dios para llevarnos a la perfección. Si pensamos que podemos pisotear la sangre de Cristo, y sin embargo subir a un lugar a la diestra de Dios, cometeremos un gran error. No hay ninguna provisión hecha por la cual el hombre pueda ganar la vida eterna, excepto por la cruz de Cristo. Los que rechazan la expiación hecha en el Calvario están exactamente donde estaban Adán y Eva después de la transgresión.

La verdad de Dios siempre implica una cruz; pero es de origen celestial, y eleva a quien la recibe. Tiene una influencia santificadora en la vida, preparando al hombre caído para la sociedad de los ángeles en el reino de gloria.

10 de noviembre de 1887

La venida del Señor

EGW

"Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo".

Jesús vendrá pronto; y nos corresponde a nosotros, que creemos en esta solemne verdad, dar la advertencia al mundo. Debemos mostrar por nuestra vestimenta, nuestra conversación y nuestras acciones, que nuestras mentes están fijadas en algo mejor que los negocios y los placeres de esta corta vida. No somos más que peregrinos y extranjeros aquí, y debemos dar alguna evidencia de que estamos listos y esperando la aparición de nuestro divino Señor. Deja que el mundo vea que estás viajando desde aquí a una tierra mejor, querido lector, a una herencia inmortal que no pasa; que no puedes permitirte dedicar tu vida a las cosas de este mundo, sino que tu preocupación es prepararte para el hogar que te espera en el reino de Dios.

¿Cómo haremos esta preparación? Sometiendo nuestros apetitos y pasiones a la voluntad de Dios y mostrando en nuestras vidas los frutos de la santidad. Debemos actuar con justicia, amar la misericordia y caminar humildemente ante Dios. Debemos dejar que Cristo entre en nuestros corazones y en nuestros hogares. Debemos cultivar el amor, la simpatía y la verdadera cortesía mutua. Nuestra felicidad depende de que sigamos este camino. La razón de que haya tantos hombres y mujeres de corazón duro en el mundo es que el afecto generoso ha sido considerado como debilidad, y ha sido desalentado y reprimido. Si queremos tener corazones tiernos, como los que tuvo Jesús cuando estuvo en la tierra, y una simpatía santificada, como la que tienen los ángeles por los mortales descarriados, debemos cultivar los afectos sencillos e inafectados de la niñez. Entonces seremos dirigidos por principios celestiales, que son refinadores y elevadores en su tendencia.

Nuestras vidas deben estar consagradas al bien y a la felicidad de los demás, como lo estuvo la de nuestro Salvador. Este es el gozo de los ángeles y la obra en la que siempre están ocupados. El espíritu del amor abnegado de Cristo es el espíritu que impregna el Cielo y es la fuente de su bienaventuranza. Y debe ser nuestro espíritu, si queremos ser aptos para unirnos a la sociedad de la hueste angélica. En la medida en que el amor de Cristo llene nuestros corazones y controle nuestras vidas, el egoísmo y el amor a la comodidad serán superados; será nuestro placer servir a los demás, y hacer la voluntad de nuestro Señor, a quien esperamos ver pronto.

La obra de probar el carácter sigue adelante. Dios podría haber ideado medios para llevar a cabo su obra en la tierra, y salvar a la raza caída, sin la ayuda humana; pero ha dado al hombre una obra que hacer que exigirá abnegación y benevolencia. Así nos asimilamos a la imagen de Aquel que por nosotros se hizo pobre. Nuestro Redentor está observando ahora para ver qué carácter desarrollaremos, si elegiremos considerar nuestros propios intereses egoístas, o las riquezas eternas que han sido puestas a nuestro alcance.

Para algunos de los que leen esto, la muerte puede estar muy cerca. ¿Estás preparado para que se cierre tu período de prueba? Tu vida puede prolongarse; pero tanto si despiertas como si duermes, debes estar en condiciones de vivir para gloria de Dios. Él no aceptará el homenaje que consiste en unos pocos momentos egoístamente dedicados a su servicio; lo que Él requiere es tu vida entera, con los mejores y más santos afectos de tu corazón.

Debemos hacer lo correcto porque es correcto, y no para evitar el castigo, o por temor a alguna gran calamidad que pueda sobrevenirnos. Quiero hacer el bien por el placer que me produce la rectitud. Hay tanta felicidad en hacer el bien aquí; tanta satisfacción en hacer la voluntad de Dios; tanto placer en recibir su bendición. Demostremos entonces que somos hombres y mujeres de sano juicio, que elegimos nuestra porción no en este mundo, sino en el venidero. Permanezcamos en nuestro puesto, fieles en el cumplimiento de todo deber, teniendo nuestras vidas escondidas con Cristo en Dios, para que cuando aparezca el Pastor principal, "recibamos una corona de gloria que no se marchita."

Tenemos la promesa de que en la segunda venida de Cristo seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es; y él nos llevará a su casa, para que donde él esté estemos también nosotros. Entonces gozaremos con él de todas las glorias del mundo venidero a través de las incesantes edades de la eternidad. ¿Por qué se ha de considerar insensatos o locos a los que esperan esta gloriosa esperanza? ¿Acaso no hay cordura y sabiduría en abrigar esta esperanza, la más satisfactoria de todas las que se presentan en la palabra de Dios? Ciertamente, los que rechazan esta esperanza y se burlan de los pocos humildes que la abrigan, son los locos y los insensatos, porque dedican todas sus energías a las cosas de esta corta vida, cuando se les ofrece una vida tan perdurable como la vida de Dios.

"Ninguna enfermedad, pena, dolor o muerte alcanzará esa orilla dichosa:" no hay nada en el reino de Dios que perturbe o moleste. Esta es la vida que se promete al vencedor, una vida de felicidad y paz, una vida de amor y belleza. Esta "recompensa sobremanera grande" está a nuestro alcance, y puede obtenerse simplemente con una vida de obediencia. Pero tenemos el privilegio de elegir por nosotros mismos. Podemos tomar esta vida presente, tan pobre, tan estropeada por el pecado, tan llena de preocupaciones y perplejidades, o podemos tener la vida eterna, donde no hay pecado, ni preocupaciones que nos distraigan, ni nada que estropee la paz del morador. Es extraño que la mayoría, mirando sólo a los placeres del mundo, elija esta vida fugaz, y fije aquí sus esperanzas.

Aquí, entonces, hay dos clases: una que busca los placeres de esta vida mortal, la otra las alegrías perdurables de la inmortalidad; una clase está lejos de Cristo, y satisfecha con su condición, la otra busca el perdón de los pecados y el Espíritu de Dios; una clase está luchando contra Dios y su verdad, la otra está luchando contra las concupiscencias de la carne, el espíritu del mundo y Satanás. Una clase está temiendo la aparición de Cristo, el Hijo del hombre, sintiendo que para ellos es una calamidad abrumadora; la otra está esperando la venida de Cristo por segunda vez, sin pecado para salvación. La primera clase será rechazada de la presencia de Dios, y finalmente sufrirá los dolores de la muerte segunda; la otra tendrá vida eterna a la diestra de Dios, donde hay placeres para siempre.

Quiera Dios, querido lector, que cuando Jesús venga por segunda vez, te encuentres preparado y esperando; que seas de los que cantarán el cántico de la redención alrededor del

gran trono blanco, arrojando sus coronas a los pies del redentor. Dios quiera que, con todos los redimidos, tengáis el glorioso privilegio de estar sobre el mar de cristal y de caminar por las calles de oro. Dios te conceda que en ese momento se te dé en la mano un arpa de oro, y que al pulsar sus cuerdas todo el cielo resuene con tus notas de alegría y alabanza.

17 de noviembre de 1887

La elección de Moisés

EGW

"Por la fe Moisés, al llegar a la edad madura, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón; prefiriendo sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que gozar por un tiempo de los placeres del pecado; estimando el oprobio de Cristo como mayor riqueza que los tesoros de Egipto, pues tenía respeto a la recompensa del galardón." Hebreos 11:24-26.

Moisés era un gran personaje en el mundo. Era el futuro heredero del trono de los faraones. Había sido educado para esta posición y conocía toda la sabiduría de los egipcios. Estaba destinado a ocupar un lugar preeminente entre los grandes de la tierra, a brillar en las cortes de su reino más glorioso y a empuñar el cetro de su poder. Su grandeza intelectual lo distingue por encima de los grandes hombres de todas las épocas. Como historiador, poeta, filósofo, general de ejércitos y legislador, no tiene par.

Pero fueron sus cualidades morales las que le hicieron valioso en la estimación de Dios. Su fe, humildad y amor no tienen parangón entre los ejemplos de la humanidad. Dios pudo decir de él: "El hombre Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra"; "Mi siervo Moisés es fiel en toda mi casa". Y cuando llegó a la edad adulta, con el mundo ante él, tuvo la fuerza moral para rechazar las halagadoras perspectivas de riqueza, grandeza y fama, "prefiriendo sufrir aflicción con el pueblo de Dios, que gozar de los placeres del pecado por una temporada".

La gran ansiedad de los hombres y mujeres de hoy es ser tenidos en alta estima por los señores de la tierra. La religión de Jesús parece no ser considerada de ningún valor especial, y los hijos de los hombres han puesto sus corazones a buscar el placer en vez de conocer la voluntad de Dios. El logro de la riqueza es considerado por muchos razón suficiente para sacrificar su esperanza del Cielo; pero Moisés había sido instruido con respecto a la recompensa final que se daría a los humildes y obedientes siervos de Dios, y la ganancia mundana se hundió en su propia insignificancia en comparación. El magnífico palacio de Faraón, y el trono del monarca, se presentaron como un incentivo para Moisés; pero él sabía que los placeres pecaminosos que hacen que los hombres se olviden de Dios estaban en sus cortes señoriales. Él miró más allá de ese magnífico palacio, más allá de la corona de un monarca, a los altos honores que se concederán a los santos del Dios Altísimo en un reino no contaminado por el pecado. Vio por la fe una corona imperecedera que Cristo pondría sobre la frente del vencedor. Esta fe le llevó a apartarse de los señores de la tierra y a unirse a la nación humilde, pobre y despreciada que había elegido obedecer a Dios antes que servir al pecado.

Moisés sintió que valdría la pena hacer este gran sacrificio por el derecho, estar del lado de Dios y de los ángeles leales, y gozar al fin de la recompensa eterna. Incluso en esta vida le trajo paz y bendición, y en contemplación de las riquezas seguras de la eternidad, su sacrificio parecía trivial.

Moisés era un hombre de pasiones semejantes a las nuestras, y su carácter se describe para que podamos aprender lecciones de su noble ejemplo. Lo que Dios hizo por Moisés, lo hará por nosotros, si somos tan fieles; y no sólo tenemos el mismo Dios a quien acudir, el mismo Mediador que intercede por nosotros, sino los mismos poderosos incentivos de amor que nos impulsan a ser obedientes a todos los requerimientos de Dios. Tenemos una luz más clara y los ejemplos de los que pecaron. Sus crímenes se exponen claramente y se describen sus castigos. El elogio de Dios es para el obediente hoy como entonces; porque Dios no hace acepción de personas, y todo el que obra justicia es aceptado por él en toda nación; pero si nos falta carácter, mansedumbre, humildad, fe para estimar realmente las riquezas eternas, y disposición para sufrir reproche por causa de la verdad, no tendremos excusa.

Cristo ha presentado ante nosotros el mayor aliciente que podría ofrecerse a los mortales. No es sólo el don de la vida eterna y el gozo sempiterno, sino un peso de gloria mucho mayor y eterno en el reino de Dios. Los que sienten la importancia de tomar la palabra de Dios como regla de su vida y conducta, tendrán respeto a la recompensa del galardón.

Pero para que podamos apreciar las cosas celestiales, debemos apartar nuestra mente de las cosas de la tierra. Debemos, como Moisés, estimar el oprobio de Cristo como mayor riqueza que los tesoros del mundo. Debéis sufrir con Cristo, si queréis también reinar con él. Tus talentos, tu capacidad, tus medios y tu influencia son todos del Señor, para que los emplees en su gloria; pero ¡cuán aptos son los hombres para olvidar sus obligaciones para con su Creador, cuando prosperan en las cosas de este mundo! Moisés dedicó todas sus energías al servicio de Dios, e hizo que toda consideración terrenal estuviera subordinada al progreso y éxito de su causa. Honró a Dios, y Dios le honró a él. Dios abrió ante él el plan de salvación, y lo llamó a dirigir a su pueblo elegido.

Moisés sintió su gran responsabilidad como líder visible de Israel. Veía la perversidad de su naturaleza y sabía que era incapaz de impresionarlos y cambiar sus corazones. Sintió vivamente su incapacidad para su trabajo, y suplicó a Dios que le guiara. Dios le aseguró: "Yo envió un ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que he preparado". Una columna de nube de día y de fuego de noche envolvía a los ejércitos de Israel, y Moisés tuvo la sensación de la grandeza de la recompensa que se daría a los hijos e hijas del Altísimo; pero aún no estaba contento. Todas sus oraciones habían sido escuchadas, pero estaba sediento de mayores muestras del favor de Dios. "Muéstrame tu gloria", suplicó este poderoso hombre de fe. ¿Rechazó Dios su asombrosa petición por presuntuosa? No; Él respondió a su confianza, y favoreció el deseo de su alma. Lo colocó en una hendidura de la roca e hizo pasar su gloria ante él. Dios quiere que su pueblo interceda ante él, para que pueda tener vistas más elevadas de su majestad y gloria.

¡Qué poco conocemos la misericordia, el amor y la grandeza de Dios! Si pudieras ver a Dios como lo vio Moisés, ¡cuán rápidamente se eclipsaría lo que deleita a los hombres! Pero los pensamientos del mundo y sus placeres roban los sentidos de hombres y mujeres, de modo

que no les importa pensar en Dios y en el Cielo. Redimir al hombre del pecado y de la ruina costó un precio infinito, nada menos que la vida del Hijo de Dios. ¿No parece que un sacrificio semejante despertaría todo pensamiento y sentimiento de gratitud, y los obligaría a entregar todas sus fuerzas a su servicio? ¿Qué más podría hacer Dios por sus criaturas? Cristo dejó su majestad por nosotros; se hizo pobre para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos. ¿Qué mayor prueba podía dar a los hombres de su amor y de su interés por ellos?

Y tú, ¿qué estás dispuesto a hacer por Jesús? ¿Puedes decir con Moisés que estimas el oprobio de Cristo mayor riqueza que los tesoros de Egipto? ¿Y si el hombre mortal desprecia y ridiculiza la religión de Jesucristo? ¿Debería esto llevarnos a avergonzarnos de él y de su verdad? Debería inspirarnos a ir al frente, a sufrir el reproche y a estar decididos a exaltar a Jesús ante el pueblo. Él es el principal entre diez mil, y el más hermoso de todos. Queremos conocerlo, traerlo a nuestras familias como huésped de honor y enseñar a nuestros hijos a amarlo. El fin de todas las cosas se acerca, y es hora de buscar una preparación para la venida de Cristo en las nubes del cielo.

Moisés comprendió que habría un día del Juicio, cuando cada hombre sería juzgado según las obras hechas en el cuerpo. Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente ante el tribunal de Dios, y aunque Noé, Job y Daniel estuvieran en la tierra, no podían salvar ni a su hijo ni a su hija. Sólo podían salvar sus propias almas por su justicia. Es un trabajo individual para usted y para mí. Habrá toda atracción para apartarnos de la justicia de Cristo, y el corazón humano se inclina a la gratificación egoísta. Toda alma que busca la justicia se encontrará con perplejidades; pero no retroceda ante el reproche o la prueba. Jesús fue vituperado por los hijos de los hombres, y ¿pueden los de su casa esperar una porción mejor? Hay ayuda para todo el que la busca con fe humilde. Cuando pongas a prueba todas tus fuerzas para conocer a Dios, su poder se añadirá a tu debilidad. Toda alma que entre por las puertas de la ciudad entrará como vencedora. No hay enfermedad, no hay suspiros, no hay muerte, sino gozo eterno a través de los ciclos de la eternidad. Quiero estar allí, porque mi alma se siente atraída por Jesús. Aquí todo tiene poca importancia.

Os ruego que "busquéis a Jehová mientras puede ser hallado, invocadle en tanto que está cercano; deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, y él tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, porque él perdonará abundantemente". Dejemos, como Moisés, por la fe, los tesoros y los placeres de la tierra y del pecado, y tengamos "respeto a la recompensa del galardón."

24 de noviembre de 1887

Esto haz y vivirás

[Sermón en Laurvig, Noruega, 4 de julio de 1886.]

EGW

"Y he aquí que se levantó un abogado y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás".

Una pregunta importante fue dirigida a Cristo por este abogado: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?". La respuesta es directa y positiva: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo." Jesús presentó toda la ley de Dios y dijo: "Haz esto y vivirás". Los primeros cuatro mandamientos de la ley surgen de nuestra relación con Dios, y exigen la lealtad amorosa de todo nuestro corazón. Los seis últimos se refieren a nuestra relación con el prójimo y exigen que consideremos sus intereses como propios. La observancia de estos mandamientos constituye el deber entero del hombre y presenta las condiciones de la vida eterna. Ahora la pregunta es: ¿Cumplirá el hombre con los requisitos? ¿Amará a Dios supremamente y a su prójimo como a sí mismo? No es posible que el hombre lo haga con sus propias fuerzas. El poder divino de Cristo debe añadirse al esfuerzo de la humanidad: "Porque lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu."

El arrepentimiento ante Dios por no haber cumplido su ley es el primer paso de la vida cristiana, mientras que la fe en nuestro Señor Jesucristo reclama los méritos de su sangre para la remisión de los pecados pasados y nos hace partícipes de la naturaleza divina. El corazón carnal, que "no se sujeta a la ley de Dios, ni puede sujetarse a ella", se hace espiritual y exclama con Cristo: "Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está en mi corazón".

Hay muchos que dicen creer en Cristo; pero ¿creen? ¿Tienen la mente espiritual, la mente de Cristo, que se deleita en la ley de Dios? Dicen ser hijos de Dios, pero no hacen las obras de Dios. No podemos permitirnos cometer errores en este asunto, pues están en juego nuestros intereses eternos. Una fe correcta se manifestará en obras piadosas, y pondrá toda la vida en armonía con la ley de Dios. La fe y las obras deben ir de la mano. Cristo remitió al abogado a la ley, e inquirió: "¿Qué dice la ley? ¿Cómo la lees?". Y demostró que esos justos estatutos exigen nuestra perfecta obediencia. Cuando, por la bondad de Dios, se ha llamado nuestra atención a las exigencias de los mandamientos de Dios, y nos ilumina la luz de su palabra, hemos de creer y obedecer de corazón.

Muchos ponen su propia interpretación sobre las palabras de Dios; pero no podemos depender de ellos. Debemos saber por nosotros mismos "lo que dicen las Escrituras". Se ha pagado un precio infinito por nuestra redención, y ¿no deberíamos esforzarnos por escudriñar la carta y probar a nuestras almas que estamos en el camino trazado para los justos, y caminando por la senda de la humilde obediencia? Se nos advierte que "hagamos sendas derechas para nuestros pies, no sea que el cojo se desvíe del camino". Somos ejemplos para otros, y si seguimos un curso equivocado, y desviamos a otros del camino correcto, seremos responsables.

Podemos ver la importancia, entonces, de tener verdadera fe, porque es la fuerza motriz de la vida y la acción del cristiano; pero el sentimiento no es fe; la emoción no es fe. Debemos

someter nuestro trabajo, pensamientos y emociones a la prueba de la Palabra, y la verdadera fe quedará profundamente impresionada por la voz de Dios y actuará en consecuencia. Si la gente escudriñara las Escrituras con más diligencia, las falsas doctrinas y las herejías serían menos. Cuando alguien venga a ti con una nueva doctrina, debes desafiarlo a que la pruebe con la palabra de Dios. La prueba está escrita: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos".

Hace cuarenta y cinco años, cuando comencé mis labores, nos encontrábamos con muchas doctrinas erróneas. Unos y otros decían: "Yo tengo la verdad, porque mis sentimientos me lo dicen". Otros declaraban que eran guiados por el Espíritu; pero hay dos espíritus en el mundo: el Espíritu de Dios y el espíritu de Satanás. No debemos dejarnos guiar por la incertidumbre de los sentimientos, ni por el espíritu engañoso del error. Aquí está la palabra de Dios. Cristo declaró: "Tu palabra es verdad"; y el Espíritu que Cristo prometió a sus discípulos, debía guiarlos a toda la verdad. Entonces, ¿no podemos probar de qué espíritu somos? Si somos guiados en armonía con los mandamientos explícitos de Dios, tenemos el Espíritu de verdad. Estos de quienes he hablado habían ido más allá de la necesidad de sus Biblias; habían dejado eso para los que no estaban tan avanzados como ellos. Cuando traté de razonar con ellos, con mi Biblia en la mano, me apartaron, renuentes a que sus errores fueran probados; "pero el que obra la verdad viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas, que son hechas en Dios". Queremos saber "lo que dicen las Escrituras". Que Dios sea veraz, pero todo hombre mentiroso. Él ha declarado las condiciones de la vida eterna, y queremos saber si las estamos cumpliendo, y si nos estamos preparando para el mundo venidero.

Adán y Eva fueron puestos a prueba en el jardín del Edén, y debían probar su lealtad a su Creador mediante la obediencia a su ley de amor; pero cayeron, por la tentación de un astuto enemigo. Se ha hecho un sacrificio grande e infinito, para que el hombre pueda tener otra prueba. Dios provee para que el hombre pueda tener otra probación, y sus esfuerzos por guardar la ley se hacen aceptables por medio de Cristo. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Cristo vino a soportar el conflicto en el que el hombre fue vencido. La tierra fue el campo de batalla. Justo antes de la tentación, se inclinó a la orilla del Jordán y elevó una oración que abrió el camino hasta el trono de su Padre. El Cielo se abrió y la voz de Dios respondió: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia"; y el Espíritu Santo en forma de paloma, como oro bruñido, descendió sobre su cabeza.

Esto tiene un significado maravilloso para nosotros. Nos habla del poder de la oración, de cómo la voz humana puede llegar al oído de Dios, y las peticiones del hombre encuentran acceso a los atrios del Cielo. Aunque la tierra fue separada del continente celestial y apartada de su comunión, Jesús la ha conectado de nuevo con la esfera de la gloria. Su amor ha rodeado al hombre y ha alcanzado lo más alto del Cielo; y ahora la luz que cayó de los portales abiertos sobre la cabeza inclinada de nuestro Salvador, puede caer sobre nosotros cuando pedimos a nuestro Padre ayuda para enfrentar y vencer la tentación.

Cristo pasó de esta escena de gozo a encontrarse con las crueles tentaciones de su adversario. Pasó paso a paso por el suelo que el hombre había pisado, y fue "tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado". Donde el hombre tropezó y cayó, Jesús salió más que vencedor. Si hubiera fallado en un punto, en referencia a la ley, todo se habría perdido; no

habría sido una ofrenda perfecta, ni habría podido satisfacer las demandas de la ley; pero venció donde Adán falló, y por su lealtad a Dios, bajo las pruebas más severas, se convirtió en un modelo y ejemplo perfectos para nuestra imitación, y es capaz de socorrer a los que son tentados. Hay suficiente en esta idea para llenar nuestros corazones de alegría y gratitud cada día de nuestras vidas. Él tomó sobre sí nuestra naturaleza para conocer nuestras pruebas y dolores, y, conociendo todas nuestras experiencias, se presenta como Mediador e Intercesor ante el Padre.

Todo el que siga a Cristo guardará los mandamientos de Dios. Surgirá la pregunta. ¿Es esto conveniente para mí? Pero si te lisonjeas de que Dios no requiere que guardes sus mandamientos, porque interfiere con tu conveniencia, cometes un triste error. Otro líder te está mandando, en lugar del Capitán de tu salvación. Jesús sufrió y resistió las tentaciones más severas, y, finalmente, entregó su vida en la cruz del Calvario, para demostrar a cada miembro de la familia humana que la ley de Dios es inmutable, y que ni una jota ni una tilde puede ser dejada de lado. Satanás ha engañado al mundo cristiano con la historia de que cuando Cristo murió abolió la ley. Fue la cruz del Calvario la que exaltó la ley de Dios y la hizo honorable. La cruz es un monumento de su inmutabilidad; y así se demuestra ante todos los mundos, y ante los ángeles, y ante todos los hombres, que la ley no puede dejar de ejercer jurisdicción eterna. Sostiene el trono de Dios y es la regla de su Gobierno. Si Dios hubiera podido cambiar un ápice de su ley, Jesús no habría tenido necesidad de venir a nuestro mundo para sufrir y morir; pero Él, que era igual al Padre, vino y sufrió hasta la muerte de cruz, para dar al hombre otra libertad condicional.

Entonces, si este sacrificio grande e infinito se ha hecho en nuestro favor, preguntémosnos: ¿Qué estamos haciendo? ¿Acaso decimos: "Creed, creed en Cristo, y eso es todo"? Si no tenemos la fe que obra por el amor, y purifica el alma de toda mancha de pecado, entonces tenemos una fe espuria. Cristo no es el ministro del pecado. ¿Y qué es el pecado? La única definición dada en la palabra de Dios es: "Pecado es la transgresión de la ley"; y el apóstol Pablo declara: "Donde no hay ley, no hay transgresión". La ley es la gran norma que medirá el carácter de todo hombre. La misma prueba que fue traída sobre Adán en Edén será aplicada a cada miembro de la familia humana. Estamos como Adán, con la oportunidad de una segunda prueba, para probar nuestra lealtad al Gobierno de Dios. Si escuchamos, como Adán, al primer adversario de la ley de Dios, seremos inducidos a tratar las palabras de Dios como de poca importancia, y transgrediremos el mandamiento. "La paga del pecado es la muerte". El Padre nos ama, y su amor le llevó a sufrir a su amado Hijo para que hiciera expiación por nosotros, a fin de que no peciéramos, sino que tuviéramos vida eterna. A cuantos recibieron a este precioso Jesús, "les dio potestad de ser hechos hijos de Dios." Juan exclama: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es". No es una fe barata, que no cuesta nada ni requiere nada, la que hemos de tener. Pero Juan continúa: "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro".

Crear, creer, creer en Jesús, es el arrullo tranquilizador que está adormeciendo al mundo en la cuna de la seguridad carnal. Los demonios creen y tiemblan. Necesitamos alarmarnos. Necesitamos hacer sonar el grito: "Apartaos de toda iniquidad". Cuando traigas a Jesús a tu vida diaria y a tu carácter, no harás de tus sentimientos el criterio de tu religión; lo exaltarás

en la hora más oscura; procurarás señalar a los que te rodean la fuente purificadora. No clamarás: "Fuera los mandamientos de Dios; no quiero oír hablar de ellos"; sino que con tu Salvador "magnificarás la ley y la harás honorable".

Estamos en los peligros de los últimos días, y Jesús nos ha ordenado que tengamos cuidado con los falsos maestros. Debéis conocerlos por sus frutos. ¿Enseñan obediencia a Dios, y sin embargo quebrantan sus claras palabras de mandato? Dios nos ha dado facultades para razonar, y quiere que las usemos. Hemos de "probarlo todo; retened lo bueno". Nos ha dado la revelación de su voluntad, y no tendremos excusa si no estudiamos la Palabra Sagrada. Escucha lo que te dice la voz del verdadero Pastor, y camina por la senda de la obediencia y del amor. "Haz esto -dijo Jesús- y vivirás". No podemos permitirnos perder la vida eterna. Quiera Dios que nos reunamos contigo en torno al trono de Dios, para cantar contigo el canto de la redención en el reino de la gloria.

1 de diciembre de 1887

"No podéis servir a Dios y a Mammón"

EGW

"Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas".

Los intereses de Dios y los intereses de mammon no tienen ninguna unión o simpatía. El curso de uno tiende exactamente opuesto al curso del otro. Mientras el mundo es dueño de los pensamientos, principios y acciones, el Señor no puede ser honrado. La corriente del mundo arremete contra el alma con tal fuerza que es arrastrada por la marea de sus intereses y encaprichamientos. Satanás, el ángel del mal, el archienemigo de la verdad, el padre de la mentira, después de haber realizado con éxito su plan de arruinar a una raza santa, sigue su ventaja y se esfuerza por todos los medios en impedir la salvación del hombre y su restablecimiento en el favor de Dios. Mantiene la mente ocupada con los planes y ambiciones del mundo. El cielo y Cristo son desplazados de los pensamientos y afectos.

Satanás presenta hoy las mismas tentaciones que presentó a Adán y a Jesús, el segundo Adán, que lo venció e hizo posible que el hombre venciera. Vino a nuestro Redentor en el desierto y le presentó tentaciones para gratificar la carne en su más penosa necesidad. La misma tentación que abrumó al hombre en el jardín de las delicias es resistida con éxito en un desierto de desolación.

La complacencia del apetito y la pasión pervertidos ha dominado el mundo desde la transgresión de Adán. Dios vio que era imposible que el hombre venciera con sus propias fuerzas, con sus debilitadas facultades morales. Podría ejercitar todas las capacidades de su naturaleza, y sin embargo, sin la ayuda divina, sólo podría ser vencido; pero la ayuda ha sido puesta sobre Uno que es poderoso para salvar. Los esfuerzos del hombre y el poder de Cristo le harán vencedor. La imagen moral de Dios será restaurada en los caracteres de aquellos que le sirven.

La siguiente tentación que asaltó a Cristo fue la ambición de poder. El mundo está lleno de este deseo, y los resultados de su lucha muestran el espíritu de la ambición de este mundo. ¡Cuántos han sido arrastrados a la ruina en este torrente de orgullo! Satanás presenta todos los reinos del mundo, en toda su pompa y majestad, al Hijo de Dios; pero éste rechaza al tentador con: "Escrito está". La palabra de Dios marca el rumbo de sus hijos, y antes que desobedecer los mandamientos de Dios, Cristo renunció a los tesoros del mundo.

Cuántos ven hoy la fuerza y la belleza de la verdad; pero no pueden servir a Dios y a las riquezas, y se aferran al mundo. La verdad requiere el sacrificio del honor del mundo, su posición en los negocios, su pan de cada día; y vacilan y fracasan. No consideran las promesas de Dios a los que buscan primero el reino de los cielos. Levantan la excusa: "No puedo ser diferente de los que me rodean. ¿Qué dirá la gente?". "¿No sabéis que a quien os prestáis siervos para obedecerle, siervos suyos sois de aquel a quien obedecéis?". No debemos estudiar cómo servirnos a nosotros mismos, sino cómo hacer la voluntad de Dios. Cristo dejó su gloria, y revistió su divinidad de humanidad. Fue varón de dolores y experimentado en la aflicción. Por nosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. Y, sin embargo, después de esta gran manifestación de amor por parte del Cielo, nos resistimos a entregar nuestros escasos tesoros, que tan pronto pasarán. La mayor parte del mundo vende su alma por una pequeña ganancia mundana, cuando Cristo nos ha presentado las riquezas eternas. ¡Oh, qué inciertos son los tesoros de la tierra! Un hombre puede valer sus miles hoy, y mañana los fracasos lo barrerán todo.

¿No les suplicó Jesús: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan"?

El ojo está nublado por la ambición, la avaricia y la ganancia sin piedad. La gente no ve que están poniendo su tesoro en una bolsa con agujeros. Está agujereado y apolillado. No hay progreso hacia el cielo. Las groseras atracciones de la tierra retienen sus afectos. El alma se muere de hambre y se empequeñece por falta de alimento espiritual, el maná fresco del Cielo. El mundo se ha interpuesto entre el alma y Dios.

El deber que tenemos para con Dios se revela en su palabra con una claridad inconfundible. ¿Te propones obedecer a Dios? ¿Pretendes prestar seria atención a las Escrituras? Aquí se declara tan explícitamente la obligación del hombre, que el día del Juicio no revelará excusa alguna para no servir a Dios. La gran norma moral de rectitud de Dios debe cumplirse. Su ley requiere el afecto supremo de tu corazón por tu Hacedor. Requiere que hagas a los demás lo que quisieras que te hicieran a ti. "No os hagáis tesoros en la tierra" es una declaración positiva; pero "Haceos tesoros en el cielo" es igualmente positiva. Acumulad tesoros en el Cielo señala el deber de un uso desinteresado de nuestros medios. Somos administradores de las posesiones de Dios, y ¿seremos infieles? Seremos llamados a dar cuenta de nuestra mayordomía. No es nuestro para usarlo para la gratificación de deseos corruptos, para indulgencias egoístas. Dios ha puesto sus bienes en nuestras manos con el fin de sostener su causa en la tierra, para la salvación de los perdidos y para su propio honor. Todo el Cielo está mirando con interés para ver qué uso estamos haciendo de los talentos confiados por Dios. Si acumulamos tesoros en el Cielo, usaremos los bienes del Señor para bendecir a la

humanidad, y todo lo que se use así, el Señor lo depositará en nuestra cuenta en el banco que nunca falla.

El objetivo constante de Satanás es cegar los ojos de nuestro entendimiento a las pretensiones de Dios, mediante el engaño de las riquezas. Si somos vencidos, seremos vencidos para la eternidad. Si somos vencedores, tendremos la corona de gloria que no se marchita.

Cuando el corazón ama a Dios supremamente, la propiedad no es un obstáculo para avanzar en la guerra cristiana, porque el hombre consagrado discernirá las mejores inversiones que debe hacer, y utilizará su riqueza para bendecir a los hijos de Dios.

El empleo constante de las capacidades del hombre para amasar riquezas en la tierra ata al hombre a la tierra. Se convierte en esclavo de las riquezas. Sus planes, pensamientos y aspiraciones no tienen un círculo más amplio que su granja o casa mercantil, y está absorto en amontonar sus costosos pero vacíos almacenes; pero para servir a Dios debemos encontrar tiempo para la reflexión tranquila y el pensamiento serio, de lo contrario todas las fuerzas del alma se retirarán de Dios. Cuando aumentan las riquezas, el corazón idólatra se olvida de Dios y se vuelve seguro de sí mismo y satisfecho. Se descuidan los deberes religiosos. Se manifiesta una impaciencia bajo restricción, y el hombre se vuelve autosuficiente. Todas las cosas espirituales se nublan, porque el ojo de la mente se dirige hacia la tierra. Las tendencias mundanas, tanto por naturaleza como por práctica, se han desarrollado más plenamente, y las facultades espirituales están paralizadas. No tienen ojos para ver, ni oídos para oír. La mente grosera y terrenal no puede ver las verdades puras y sublimes del Evangelio, sino que lo ve todo desde el punto de vista mundano. El mundo se interpone entre el alma y el Cielo. Sus ojos están cegados por el "dios de este mundo", de modo que no puede discernir ni apreciar el valor de las cosas eternas.

Las cosas espirituales se disciplinan espiritualmente; y cuando el ojo es malo, todo el cuerpo está lleno de tinieblas. "No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre."

Las atracciones de este mundo deben ser eclipsadas por la gloria del mundo venidero, y nuestros poderes separados de sus intereses, y dedicados a los intereses del Cielo. Contemplemos las consecuencias eternas de emplear correctamente nuestros talentos de influencia y dinero con el propósito de salvar almas. Acumularemos tesoros en el Cielo, y recibiremos el encomio de Dios, y entraremos en el gozo de nuestro Señor, quien "verá los dolores de su alma, y quedará satisfecho." Pero ¡cuán pocos se dan cuenta de esto y usan sus talentos para Dios con la misma energía y perseverancia que han manifestado en el servicio del mundo!

¡Oh, contemplemos el asombroso sacrificio que se ha hecho por nosotros! Tratemos de apreciar el trabajo y la energía que el Cielo está empleando para recuperar a los perdidos y traerlos de vuelta a la casa del Padre. Motivos más fuertes, y agencias más poderosas, nunca podrían ser puestos en operación, -el disfrute del Cielo, las recompensas excesivas por hacer

el bien, la sociedad de los ángeles, la comunión y el amor de Dios y su Hijo, la elevación y extensión de todos nuestros poderes a través de las edades eternas; y no ha "entrado en el corazón del hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman". ¿No son éstos poderosos incentivos y estímulos para impulsarnos a prestar el servicio amoroso de nuestro corazón a nuestro Creador y Redentor?

Y por otra parte los juicios de Dios pronunciados contra el pecado, la retribución inevitable, la degradación de nuestros caracteres y la destrucción final, son presentados en su palabra para advertirnos contra el servicio de Satanás.

¿No hemos de considerar la gran misericordia de Dios? ¿Qué más podría hacer? Pongámonos en relación correcta con Aquel que nos ha amado con amor asombroso, y aprovechemos el gran privilegio de convertirnos en instrumentos en sus manos para usar todos nuestros poderes en su servicio, para que podamos cooperar con los ángeles ministradores y ser colaboradores con Dios y Cristo.

8 de diciembre de 1887

Regalos de Navidad para Cristo

EGW

Pronto llegarán la Navidad y el Año Nuevo, y ¿qué planes estamos haciendo al respecto? ¿Cómo los emplearemos para ser colaboradores de Dios? La gente, en general, celebra el aniversario del nacimiento del Salvador con fiestas y alegría, y haciendo regalos a los amigos terrenales. Se dedica tiempo, pensamiento y dinero a estas cosas, y se descuida a Cristo y su causa. El mismo día elegido para honrar a Cristo es dedicado por muchos a honrarse y agradarse a sí mismos. Designado para mantener al Salvador en la memoria, se gasta en hacer que sea olvidado.

El cristiano debe seguir un curso opuesto a éste. En estos tiempos, la gracia de Dios se nos presenta de un modo especial. Se nos invita no sólo a recordar las múltiples bendiciones del año, los ricos dones que la Providencia nos ha concedido tan generosamente, sino sobre todo a recordar el don inestimable del amado Hijo de Dios. He aquí un tema inagotable para la reflexión. La perfección del carácter de nuestro Salvador despierta la admiración de los ángeles. Los más brillantes y exaltados de los hijos de la mañana anunciaron su gloria en la creación, y con cantos de alegría anunciaron su nacimiento. Velan sus rostros ante él cuando se sienta en su trono; arrojan sus coronas a sus pies, y cantan sus triunfos al contemplar su gloria resplandeciente. Sin embargo, este Ser glorioso amó al pobre pecador y tomó la forma de siervo, para sufrir y morir en favor del hombre. Jesús podría haber permanecido a la diestra del Padre, llevando la corona real y las vestiduras reales; pero eligió cambiar todas las riquezas, el honor y la gloria del Cielo por la pobreza de la humanidad, y su posición de alto mando por la angustia de Getsemaní, y la humillación y agonía del Calvario.

¡Oh, misterios de la redención! ¡Cuán oscuro y egoísta es el corazón humano que puede apartarse de un amor tan incomparable, y fijarse en las cosas vanas de este mundo! Nuestras almas están frías y apagadas porque no nos detenemos en los encantos incomparables de

nuestro Redentor. Si ocupamos nuestros pensamientos en contemplar su amor y su misericordia, reflejaremos lo mismo en nuestra vida y en nuestro carácter; porque contemplando nos transformamos. Sólo exaltando a Jesús y humillándonos a nosotros mismos podremos celebrar correctamente el nacimiento del Hijo de Dios.

Los propósitos de la gracia de Dios para con nosotros no tienen medida. Las bendiciones de la redención son ricas y gloriosas más allá de nuestro poder para expresarlas o concebirlas. Sin embargo, Dios no nos ha dejado disfrutar de ellas sin exigir nada a cambio de nuestra parte. Nos llama a ser colaboradores de Cristo en el gran plan de la salvación. Todos los que reciben su gracia deben comunicar el precioso don a los demás. La redención nos fue comprada mediante un sacrificio, y nosotros, a nuestra vez, debemos sacrificarnos para dar a conocer a los demás las inescrutables riquezas de Cristo.

Cuando el egoísmo lucha por la victoria, miremos a nuestro Ejemplo. La cruz del Calvario apela a cada seguidor de Jesús para que se una al Salvador en la búsqueda de lo que se perdió. Las manos heridas, el costado traspasado, los pies desfigurados, suplican por el pecador, cuya redención fue comprada a tal precio.

Si celebramos la Navidad, debemos demostrar que comprendemos su significado. En lugar de decir con nuestras acciones que estamos apartando a Cristo de nuestras mentes y corazones, demos testimonio a los hombres, a los ángeles y a Dios de que recordamos a nuestro Redentor, siguiendo su ejemplo de abnegación por el bien de los demás.

El fin de todas las cosas está cerca. "El gran día del Señor está cerca, y se apresura grandemente". La gente del mundo debe ser advertida. ¿Estamos haciendo lo que podemos y debemos hacer para difundir la preciosa luz de la verdad? Hermanos, vosotros veis la verdad, comprendéis las exigencias de la ley de Dios, sabéis que ningún transgresor voluntario puede entrar en la vida; y, sin embargo, veis que esa ley es anulada en el mundo. ¿Cuál es vuestro deber? No debes preguntar: ¿Qué me conviene? ¿Qué puedo hacer para salvar almas?

A nuestro alrededor, a derecha e izquierda, está nuestro trabajo; en todas partes hay almas que ganar para Jesús. Los hombres y mujeres que encontramos a diario están destinados al Juicio Final. O vivirán para ofrecer alabanzas a Dios y al Cordero por los siglos de los siglos, o perecerán con los impíos. Cristo sufrió y murió para que ellos pudieran disfrutar de una eternidad dichosa. ¿Qué sacrificio estamos dispuestos a hacer por su salvación?

La gente está pereciendo por falta de conocimiento. Hay cientos y miles en nuestro propio país que no saben nada de las verdades especiales para este tiempo. En otras tierras millones están enterrados en la ignorancia y la superstición. Hay quienes serán responsables de estas almas que nunca han oído la verdad.

Hermanos y hermanas, os presento nuestras misiones extranjeras como objeto de vuestros regalos navideños. Aunque no debemos descuidar los campos a nuestras propias puertas, recordemos en este tiempo a aquellos que están en mayor oscuridad y miseria. Pocos se dan cuenta de la vasta extensión del trabajo que Dios nos ha encomendado en nuestras misiones extranjeras. Sólo Europa, con una superficie casi igual a la nuestra, tiene una población de

350.000.000 de habitantes, seis veces la de los Estados Unidos. Y esto se compone de muchas naciones y pueblos, que difieren ampliamente en sus hábitos y costumbres, y entre cuyos millones pululantes más de una veintena de lenguas se hablan, con cientos de dialectos.

La obra misionera en Europa se ha llevado a cabo con muchas dificultades y sólo mediante la abnegación y el sacrificio. Hay una gran pobreza entre las clases trabajadoras. En Italia, los obreros más capaces de las fábricas sólo reciben cincuenta centavos por dieciséis horas de trabajo, y los menos experimentados veinticinco centavos, y con esta miseria algunos se ven obligados a mantener una familia de ocho a doce miembros. En Escandinavia, el obrero común gana unos cincuenta y tres centavos, con los que paga el alquiler de su casa y los impuestos, y mantiene a su familia. Los que aceptan la verdad corren el riesgo de que los echen del trabajo, además de verse privados de toda esperanza de recibir ayuda de otras iglesias o sociedades misioneras. A menudo el hambre les mira fijamente a la cara. Por supuesto, esta clase puede hacer poco para mantener a los que trabajan entre ellos.

En los valles del Piamonte es difícil para el misionero acceder a la gente en verano, ya que abandonan sus aldeas y ascienden a las montañas en busca de pastos para su ganado. Cuando regresan a sus hogares al acercarse el invierno, se instalan en los establos, ya que el calor de sus animales suple la falta de combustible. Es aquí donde el colportor debe reunirse con ellos. En muchos lugares no se pueden conseguir salones, y las reuniones y lecturas bíblicas se celebran en los establos. A veces se reúnen hasta cuarenta o cincuenta personas para escuchar la verdad. En algunos lugares el obrero ha caminado siete millas, dos veces a la semana, para celebrar una reunión nocturna, regresando a casa en la oscuridad -porque no podía permitirse una linterna- a través de las montañas y por el borde de precipicios donde se veía obligado a arrastrarse sobre manos y rodillas. Durante nuestra visita a Italia, dos de los obreros caminaron quince millas para asistir a un servicio vespertino, regresando a pie a la mañana siguiente, para ahorrarse la pequeña suma necesaria para el pasaje de ferrocarril. Así, en medio de la pobreza y las penurias, nuestros hermanos del otro lado del mar tratan de difundir la luz de la verdad. ¿Podemos nosotros, a quienes Dios ha confiado medios, que disfrutamos de tantas comodidades e incluso de los lujos de la vida, quedarnos de brazos cruzados y negarnos a echarles una mano?

En casi todas partes de Europa las leyes son más o menos opresivas para los que observan el sábado. Pero hay pocos países en los que las dificultades para presentar la verdad sean mayores que en Rusia. Está prohibido hacer proselitismo de la Iglesia del Estado; está prohibido predicar a los disidentes; incluso el colportaje debe realizarse con gran precaución, o el misionero se expondrá a ser encarcelado o exiliado a Siberia. Sin embargo, a pesar de todo esto, y aunque comparativamente se ha dedicado poco trabajo a este campo, hay doscientos observadores del sábado en Rusia. Este resultado se debe en gran medida a la influencia de nuestras publicaciones. Por todo el ancho campo estos mensajeros silenciosos están preparando los corazones para recibir la advertencia.

Lo que se necesita ahora en todas nuestras misiones europeas son medios para enviar obreros y para que nuestras imprentas puedan publicar libros en los diferentes idiomas. Hay colportores dispuestos a trabajar si pueden tener los libros. ¿No se los proporcionaremos?

El estandarte de la verdad debe desplegarse en países lejanos. Las grandes y probadoras verdades que Dios nos ha confiado han de ser dadas a todas las naciones, lenguas y pueblos. Invitamos a todos, hombres, mujeres y niños, a que en la próxima Navidad hagan todo lo posible para ayudar en la realización de esta obra. Resolvamos unidos en nuestras iglesias no hacer de las fiestas un tiempo de festín y gratificación egoísta. Excusemos a los miembros de nuestra familia de hacernos regalos. Nuestro tiempo, nuestro dinero, pertenecen a Dios. Cada hora, cada momento, es precioso. Los dólares, las monedas de diez centavos y aun los centavos deben atesorarse para ayudar a traer almas a Cristo y a la verdad. ¿No debería renunciarse a todo ornamento innecesario, a toda extravagancia, a toda indulgencia egoísta, y todos estos pequeños egresos, estas pequeñas corrientes, fluir hacia el tesoro del Señor? Las promesas pasadas deben cancelarse ahora, en la medida de lo posible. Aquellos que han robado a Dios en diezmos y ofrendas deben presentarse ante él y hacer restitución. Y a esto agreguemos nuestras ofrendas voluntarias.

Que tu árbol de Navidad esté consagrado a Dios, y que sus ramas estén cargadas de ofrendas para Cristo. No des como si fuera una tarea, repartiendo tus donativos con mano tacaña. Las buenas obras no son un trabajo pesado. Al darnos a su Hijo, Dios ha derramado sobre nosotros todo el Cielo en un solo don. Llévemole nuestras ofrendas con el corazón desbordante, con gratitud y alegría por el amor incomparable de Cristo. Enseña a tus hijos con tu propio ejemplo la dicha de hacer por Cristo. Enséñales a hacer por Él los mandados del amor, y a recordar en todos sus dones al misericordioso Dador.

Si hay alguien que necesita comida o ropa cómoda, debemos acordarnos de él; no debemos descuidar a Cristo en la persona de sus santos. Pero procuremos constantemente que Dios y su causa sean lo primero en nuestros pensamientos y planes.

Muchos apenas saben todavía lo que es la abnegación, o lo que es sufrir por la verdad; pero nadie entrará en el Cielo sin hacer un sacrificio. Sin embargo, la abnegación no nos quitará la alegría; no ensombrecerá nuestras fiestas. No es lo que tenemos, no es la abundancia de las cosas de esta vida lo que nos hará felices. Nuestra felicidad depende de nuestra relación con Dios. Una conciencia que nos aprueba, un espíritu contento, una dulce comunión con Jesús, nos harán los seres más felices del mundo.

Dios marca y recuerda cada acto de liberalidad realizado por su pueblo. Todo esfuerzo que hagamos por Cristo será recompensado por él. Si los medios que se nos confían se emplean para su gloria, para salvar almas, él dará más en nuestras manos. Cada rayo de luz derramado sobre otros se reflejará en nuestros propios corazones. Cada acto realizado, cada don otorgado, con un solo ojo para la gloria de Dios, resultará en bendiciones para el dador. Ninguna alegría puede igualar la seguridad de ser un instrumento en las manos de Dios para salvar almas.

Pido a Dios que los que profesan ser seguidores de Cristo sigan en verdad sus pasos; que sean rivales en sus esfuerzos misioneros; que sean templados en todas las cosas; que corran con paciencia la carrera por la recompensa incorruptible; que cuando se siente el Juicio y se abran los libros, todos reciban la corona de justicia, que el Señor, Juez justo, les dará en aquel día.

15 de diciembre de 1887

La necesidad de obediencia y fe

EGW

Un acto presuntuoso, un acto en desprecio de la voluntad expresa de Dios, perdió para Adán su hermoso hogar en el Edén, y abrió las compuertas de la iniquidad y el infortunio sobre nuestro mundo; y sin embargo, los hombres declararán que Dios no es particular, y no requiere obediencia perfecta a su ley. Los preceptos de Jehová son tan inmutables como su trono eterno. Excusar el pecado con el pretexto de que Dios es laxo en su gobierno es deshonorar al gran Gobernador del universo y peligroso para el hombre. Es un intento de menospreciar sus exigencias y de quitarle fuerza a la ley. Los que defienden tal doctrina, se ponen en armonía con el primer gran rebelde, y por elevadas que sean sus profesiones de religión, Cristo los declara "obradores de iniquidad". Están diciendo al pecador: "Bien te irá en tu desobediencia y transgresión", como dijo el archiengañador en el jardín del Edén.

Dios dijo a Adán: "No comerás de él, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás". Satanás vino, y con palabras engañosas presentó una tentación seductora. Argumentó que estaban en esclavitud por la prohibición de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, que serían como dioses si comían, y negó la declaración positiva de Dios de que morirían si comían del fruto. Los mismos argumentos son utilizados ahora por todos los que pisotean la ley de Dios. "La obediencia es esclavitud", declaran los hombres, y la desobediencia es libertad, tal como nunca podrían realizar bajo las restricciones de la ley. Se halaga a los hombres en su curso de pecado, haciéndoles creer que se elevan en la escala de grandeza, como Satanás halagó a Adán y Eva haciéndoles creer que serían como dioses si tan sólo desobedecieran el mandamiento de su Creador. ¡Cuántos están reiterando sus declaraciones mientras profesan estar libres de pecado!

No debemos dejarnos engañar por esas elevadas profesiones de santidad que niegan el poder de la misma al rechazar la ley de Dios. "El pecado es la transgresión de la ley", escribe el amado Juan; y "el que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se perfecciona el amor de Dios". Aquí está la prueba de la profesión de todo hombre. No podemos conceder santidad a ningún hombre sin llevarlo a la gran medida de la única norma de Dios para la santidad, en el cielo o en la tierra. Si los hombres no sienten el peso de la ley moral, si menosprecian y restan importancia a los preceptos de Dios, si quebrantan uno de los más pequeños de estos mandamientos y así lo enseñan a los hombres, no serán estimados a los ojos del cielo, y podemos saber que sus pretensiones carecen de fundamento. Cristo, que murió para magnificar la ley y atestiguar su validez e inmutabilidad, dice de los tales: "No sé de dónde sois; apartaos de mí todos los obradores de iniquidad."

Dios no cambia sus planes ni diseña nuevos expedientes para salvar al hombre en diferentes épocas o dispensaciones. Con él "no hay mudanza, ni sombra de variación". No abole la ley para poner al hombre en armonía consigo mismo. Si se hubiera propuesto destruir la jurisdicción de la ley sobre el hombre en algún momento, lo habría hecho cuando el fracaso de Adán en guardar sus requisitos lo puso bajo su terrible condenación. Pero Dios no provee

tal escape en esta emergencia. Expulsa a la pareja culpable del jardín. La ley dice que la pena del pecado es la muerte, y ellos se han acarreado, por elección deliberada, la pérdida de la vida eterna. La conducta de Dios hacia los rebeldes no ha cambiado. No hay manera de volver a la inocencia y a la vida, excepto mediante el arrepentimiento por haber transgredido la ley de Dios, y la fe en los méritos del sacrificio divino, que ha sufrido por tus transgresiones del pasado; y eres aceptado en el Amado a condición de obedecer los mandamientos de tu Creador.

El amor y la justicia de Dios han provisto una manera, y sólo una, por la cual el hombre puede salvarse de la separación eterna del Cielo y de la alienación de Dios, y es por la fe en Cristo y la obediencia a su ley. El Espíritu de Dios que opera en el corazón humano nunca lleva a los hombres a menospreciar la ley de Jehová. Iluminados por esta influencia divina, veremos con asombro la majestad de sus requisitos, la atrocidad del pecado y sentiremos el terror de sus inevitables castigos sobre el transgresor.

"Si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo", y a este refugio acude el alma arrepentida para alegar los méritos de la sangre de su Salvador. Pero aunque la sangre de Cristo sirva al alma arrepentida, Cristo no es el ministro del pecado, y no hay paz, ni seguridad, ni esperanza genuina para quien ignora las exigencias de la ley de Dios y pisotea sus justas demandas. El pecador arrepentido considera que confiar en los buenos propósitos u obras del hombre es una gran locura. Suponer que unas pocas obras de beneficencia o el cumplimiento del deber anularán toda una vida de pecado, es una ceguera que Satanás introduce en la mente para ofuscar las percepciones morales y llevar a los hombres a confiar en sí mismos.

El pecador puede alegar que ha estado haciendo el bien en la mayoría de las cosas, pero para no estar en desarmonía con el mundo, no obedeció el cuarto mandamiento, sino que guardó el día que el mundo observaba. En general, ha obedecido más que desobedecido los mandamientos de Dios. ¿Se aprobaría este razonamiento ante los tribunales de Jehová? ¿De qué habría servido en el caso de Adán y Eva? Podrían haber alegado que su pecado era sólo una pequeña desviación de Dios. Le habían obedecido plenamente hasta entonces. Podrían haber encontrado excusas más plausibles que las que los hombres pueden inventar hoy; pero la forma en que Dios los trató debería enseñar a los hijos e hijas de Adán cómo los tratará si quebrantan uno de sus requisitos más pequeños.

Supongamos que un delincuente que ha violado la ley de su Estado alega ante el tribunal que, en general, ha obedecido las leyes. Sólo había robado los bienes de su vecino ocasionalmente, y había llevado una vida honesta en su mayor parte; ¿eximiría eso a la justicia de ejecutar la pena? ¿Podrían un juez y un jurado justos emitir un veredicto de "no culpable"? Podéis ver lo absurdo del caso, y sin embargo los hombres inteligentes en todos los asuntos mundanos no son sabios en los asuntos concernientes a su salvación eterna. Se les encuentra tratando de escalar algún otro camino que el que Dios ha provisto, tratando de llegar a un acuerdo con el infinito. Muchas pobres almas se apoyan en una caña tan quebrada, construyen sobre cimientos tan inseguros, se aferran a cuerdas de arena, y al fin despertarán para darse cuenta de que están perdidas, ¡perdidas!

El corazón debe ser limpiado de su impureza; la voluntad propia debe ser cambiada por la voluntad de Dios; los caminos de Dios deben ser escogidos antes que nuestros propios caminos. Muchos nombres están registrados en los libros de la iglesia que no tienen lugar en el libro de la vida del Cordero. Que se haga la pregunta con la más profunda preocupación: "¿Está escrito allí mi nombre?".

El gran don de la salvación se nos ofrece gratuitamente, por medio de Jesucristo, a condición de que obedezcamos la ley de Dios; e individualmente hemos de aceptar las condiciones de la vida con la más profunda humillación y gratitud. Nadie entrará jamás en la ciudad de Dios si no reverencia los estatutos de su gobierno; y ahora es el tiempo que se nos ha asignado para ganar el dominio, por la gracia divina, sobre todo pensamiento y acción rebeldes; para trabajar en nuestra propia salvación, no con jactanciosa confianza en nosotros mismos, sino con temor y temblor. No debemos complacer los prejuicios y costumbres de este mundo a expensas de nuestras obligaciones para con Dios. Debemos vivir como a la vista del Cielo, sin otro objeto para nuestra ambición y trabajo que la gloria de nuestro Creador y Redentor; vivir, creyendo que "cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios". Debemos preguntarnos: ¿Estoy modelando mi carácter según el modelo que Dios me ha dado? ¿Está mi mirada fija en Jesús? y ¿están mis acciones controladas por las influencias del Cielo? Si nuestro ojo es único, todo nuestro cuerpo estará lleno de luz, y el mundo y sus sentimientos no nos desviarán de un progreso sin desviaciones hacia el premio de nuestro alto llamamiento en Cristo Jesús. Cristo oró a su Padre: "No ruego que los quites del mundo" -oh, no; ellos han de ser la luz del mundo- "sino que los guardes del mal". Debemos estar en el mundo, pero no ser de él, brillando con la luz reflejada de Jesús. No debemos vivir para nosotros mismos, mezclándonos en las tinieblas del mundo; sino que, guardados de su mal, debemos entregar nuestras vidas a un servicio activo y sincero, como fieles soldados del Capitán de nuestra salvación. Esto santificará el alma. Mientras buscamos la salvación y el beneficio de los demás, seremos obreros junto con Dios, aprendiendo sus métodos y participando de su poder.

No necesitamos asumir una apariencia de melancolía, y suspirar y gemir y lamentarnos para dar evidencia de que somos cristianos, especialmente devotos y santificados. Y no es una prueba de piedad vital ser hablador, ostentando nuestra piedad y nuestro conocimiento de la verdad ante los demás. Pero la manifestación real de Cristo morando en tu corazón será reconocida por una vida y conversación bien ordenadas. Tu vida brillará con las gracias del Espíritu; la mansedumbre, la bondad, la tierna compasión, el amor de Jesús y la genuina humildad de corazón caracterizarán tu andar diario.

No es la profesión que hacemos, sino los frutos que damos los que revelan la condición del corazón. Dice el apóstol inspirado: "La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía. Y el fruto de la justicia se siembra en la paz de los que hacen la paz". La verdadera piedad no endurecerá el carácter en maneras e ideas obstinadas y fijas. El cristiano no será inflexible y dictatorial, sino que se considerará a sí mismo un aprendiz en la escuela de Cristo. No pertenecerá a esa clase de personas aficionadas a sermonear, condenar y criticar a los demás, sino que será manso y humilde de corazón, representando a Jesús, la Luz del mundo.

No hay necesidad de tener un carácter ofensivo, tomando oficiosamente una posición por encima de los hermanos para señalar sus errores. Esta es la posición del fariseo. Que la mansedumbre de Jesús aparezca en palabras de sabiduría que inspiren deseos de las características celestiales. Que la conducta esté llena de gentil cortesía, como corresponde a los hijos e hijas de Dios.

"Porque así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde". Si deseamos salvarnos del mal que hay en el mundo, debemos buscar este espíritu de mansedumbre; entonces no nos dejaremos arrastrar a pecados presuntuosos; apreciaremos la gran responsabilidad que tenemos de observar la ley de Dios, y sintiendo nuestra debilidad suplicaremos la ayuda divina, y Dios promete habitar con el corazón humilde y contrito. El cielo está abierto a todo el que desee acceder a la Fuente de la fuerza; y Dios, que no escatimó ni a su propio Hijo, nos dará gratuitamente con él la gracia para toda obligación de su ley, y nos hará aptos para una herencia en la luz.

22 de diciembre de 1887

La preparación para el Cielo

[Sermón en Orebro, Suecia, 27 de junio de 1886.]

EGW

Si queremos entrar en el Cielo debemos esforzarnos por traer todo lo que podamos del Cielo a nuestras vidas en la tierra. La religión de Cristo nunca degrada a quien la recibe. Ejerce una influencia celestial sobre las mentes y los modales de los hombres. Cuando la palabra de Dios encuentra acceso a los corazones de los rudos y toscos, comienza un proceso de refinamiento en el carácter, y los que la soportan se vuelven humildes y enseñables, como niños pequeños. La poderosa cuchilla de la verdad los ha separado del mundo, y entonces comienza la obra de moldearlos según el modelo divino. Han de ser piedras vivas en el templo de Dios, y son labradas, y escuadradas, y cinceladas, para adecuarlas al edificio de Dios. Los que por naturaleza están llenos de amor propio se vuelven mansos y humildes de corazón. Tienen un cambio de carácter, y son transformados por la renovación de sus mentes, y la regeneración del Espíritu Santo.

Dios dijo al principio: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"; pero el pecado casi ha borrado la imagen moral de Dios en el hombre. Esta lamentable condición no habría conocido cambio ni esperanza si Jesús no hubiera bajado a nuestro mundo para ser Salvador y Ejemplo del hombre. En medio de la degradación moral del mundo, él se yergue como un personaje hermoso e inmaculado, el único modelo para la imitación del hombre. Debemos estudiar, copiar y seguir al Señor Jesucristo; entonces llevaremos la hermosura de su carácter a nuestra propia vida, y tejeremos su belleza en nuestras palabras y acciones diarias. Así nos presentaremos ante Dios con aceptación, y recuperaremos, mediante el conflicto con los principados de las tinieblas, el poder del dominio propio y el amor de Dios que Adán perdió en la caída. Por medio de Cristo podemos poseer el espíritu de amor y obediencia a los mandamientos de Dios. Por sus méritos puede ser restaurado en nuestras naturalezas caídas;

y cuando se celebre el Juicio y se abran los libros, podremos ser los destinatarios de la aprobación de Dios.

Juan vio la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, con sus doce puertas de perlas y sus doce cimientos de piedras preciosas, que bajaba de Dios del Cielo. Las calles son de oro transparente, claras como el cristal. Todo el que entre por esas puertas y camine por esas calles habrá sido cambiado y purificado por el poder de la verdad; y la corona de gloria inmortal adornará la frente del vencedor.

Las naciones que han guardado la verdad entrarán, y la voz del Hijo de Dios pronunciará la alegre bienvenida: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad."

Entonces, ¿cómo podemos darnos el lujo de dedicar nuestros poderes dados por Dios a nuestro propio placer por un momento? Debemos rendir todo nuestro servicio a nuestro Maestro. Debemos librar, continuamente, la batalla de la abnegación y el sacrificio. Cristo murió para que nosotros vivamos, y con el mismo espíritu de amor debemos tratar de ganar almas como compra de su sangre. La palabra de Dios, por medio de su apóstol, declara: "Somos colaboradores de Dios". Nuestro trabajo puede parecer a veces muy desalentador; pero si un alma es convertida del error de su camino a la justicia, hay gozo en el Cielo. El Padre y el Hijo se regocijan en presencia de los ángeles. El canto de triunfo se entona y resuena y vuelve a resonar en los atrios del Cielo. Entonces, ¿por qué no hemos de ser sabios en esta vida, y trabajar por la salvación del hombre para gloria de Dios? "Los sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a muchos, como las estrellas por los siglos de los siglos". Vuestras vidas deben aquí ser refinadas, ennoblecidas, elevadas; y Cristo, la esperanza de gloria, debe formarse dentro de vosotros. Vuestros pecados favoritos serán dejados de lado; temeréis ofender a Dios, y amaréis su ley.

Durante más de cuarenta años he estado en el escritorio proclamando la salvación a los pecadores, y mi corazón ha anhelado por ellos con compasión lastimera. He visto ante mí la compra de la sangre de Cristo. Hay valor en cada alma. Dijo el Señor por medio de su profeta: "Haré al hombre más precioso que el oro fino; al hombre más que la cuña de oro de Ofir". Es la verdad recibida en el corazón y practicada en la vida lo que hace a los hombres tan valiosos a los ojos de Dios.

Juan contempla una innumerable compañía, preciosa, refinada, purificada, alrededor del trono de la Majestad del Cielo. El ángel pregunta a Juan: "¿Qué son éstos que están vestidos de ropas blancas? y ¿de dónde han venido?" y Juan responde: "Señor, tú lo sabes". Entonces el ángel declara: "Estos son los que salieron de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono morará en medio de ellos." Ahora tenemos la preciosa oportunidad de lavar nuestras vestiduras de carácter en la sangre del Cordero hasta que queden inmaculadas en su pureza. Para todos los que hagan esto, la promesa es: "No tendrán más hambre, ni sed; ni el sol brillará más sobre ellos, ni calor alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacientará, y los guiará a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos."

Queremos que levantéis vuestras mentes de las cosas de la tierra a las glorias celestiales. Queremos que viváis para el futuro, la vida inmortal, y decidáis: "En cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor". Ahora es el tiempo aceptado. Entregaos ahora, sin reservas, a Jesús. Estad decididos a tener a Cristo, aunque esto exija la pérdida de todo lo demás. Los mismos obstáculos y dificultades del camino tienen el propósito de haceros poderosos en la fe y daros fuerza espiritual. Cada esfuerzo que hagáis para guiar a otros por el camino de los mandamientos de Dios queda registrado en los registros imperecederos. No dejes que el enemigo te engañe. Él ha llenado el mundo de herejías; pero la palabra del Señor permanece para siempre. Plantad vuestros pies en sus consejos inmutables, y entonces estaréis preparados para someteros a las reglas de gobierno de Dios en el reino de la bienaventuranza. Si alguna vez cantáis la canción del triunfo y la redención, ahora debéis estar aprendiendo sus notas. ¿Está Jesús en vuestros corazones? Si está allí, hablaréis de él, lo revelaréis en la vida y en el carácter. Cantarán su alabanza, haciendo melodía al Señor en sus corazones. El dulce espíritu de mansedumbre será acariciado, y el yo será crucificado. Cuando vengas a Cristo no te jactarás: "Yo soy santo". Deja que sólo Dios diga eso de ti, porque tú no conoces tu propio corazón. Esta jactancia es una evidencia segura de que no conoces las Escrituras ni el poder de Dios. Deja que Dios escriba en sus libros, si quiere, que eres un hijo obediente, que guardas sus estatutos con un corazón alegre, y los registros lo revelarán ante los ángeles y los hombres en el día de la recompensa.

Nunca me he atrevido a decir: "Soy santo, estoy libre de pecado"; pero todo lo que he pensado que era la voluntad de Dios, he tratado de hacerlo con todo mi corazón, y tengo la dulce paz de Dios en mi alma. Puedo confiar el cuidado de mi alma a Dios como a un Creador fiel, y sé que él guardará lo que le he confiado. Es mi comida y mi bebida hacer la voluntad de mi Padre, presentar ante un mundo moribundo la cruz del Calvario, predicar el arrepentimiento hacia Dios y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo, señalar el camino de los mandamientos de Dios, ese camino que conduce a las puertas abiertas de la ciudad eterna. Si pierdes el Cielo lo pierdes todo. Si sólo puedo ver al Rey en su belleza, es todo lo que deseo. Déjame escuchar la dulce música de su voz, que dice: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo."

¿A quién de vosotros encontraremos en la congregación de los bienaventurados? Queremos veros coronados en la ciudad de Dios. Cuando se fije el Juicio y se escudriñen los registros, que vuestros nombres no sean borrados del libro de la vida. Esta vida es de gran importancia para nosotros, pues en ella tenemos el privilegio de prepararnos para una vida sin fin. Os ruego, pues, que procuréis que vuestra influencia no sea contraria a los mandamientos de Dios. La ley está tal como Jehová la escribió, en el templo del cielo. El hombre puede pisotear su copia aquí en la tierra, pero el original está guardado en el arca de Dios en el cielo. Encima de ella está el propiciatorio, y Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, está de pie ante el arca, para mediar en favor del hombre. Queremos que guardes los mandamientos de Dios y vivas, y su ley como la niña de tus ojos; porque, "cualquiera que los cumpliera y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos." Buscad la inmortalidad y la corona de la vida; entonces los tesoros eternos serán vuestros, y una herencia en el reino que Dios ha prometido a los que le aman.

29 de diciembre de 1887

El Juicio del Gran Día

[Sermón en Orebro, Suecia, 27 de junio de 1886.]

EGW

"Y vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida; y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras."

Aquí se presenta ante nosotros el gran y solemne día en que el Juicio se sentará y los libros se abrirán, y los muertos serán juzgados según las cosas escritas en los libros. Todos debemos encontrarnos con el registro infalible de nuestras vidas escrito en los libros de lo alto. Estamos a prueba. Dios nos está probando para ver qué clase de carácter desarrollaremos en esta vida. Los ángeles de Dios están pesando el valor moral. Nuestro Padre celestial nos ha enviado un mensaje advirtiéndonos del Juicio que se acerca rápidamente, para que nos preparemos para ese día del juicio final.

Me he preguntado en mi mente cuando he visto a hombres y mujeres apresurándose de un lado a otro en asuntos de negocios o placer, si alguna vez pensaron o no en el día de Dios, que está a punto de venir sobre nosotros. No necesitamos estar en la oscuridad en cuanto a lo que viene sobre la tierra. No podemos darnos el lujo de encontrarnos con ese día sin una preparación, y se nos ha dado luz del cielo, para que podamos entender los requerimientos de Dios. "Escudriñad las Escrituras" es el mandato de Cristo. "Velad y orad, para que no entréis en tentación". Hay un testigo que nos sigue en todas nuestras acciones de la vida. Nuestros mismos pensamientos y las intenciones y propósitos de nuestros corazones están expuestos a su inspección. Así como los rasgos se producen en la placa pulida del artista, así se delinean nuestros caracteres en los libros de registro en el Cielo. ¿Te estás ajustando a las gracias de Cristo? ¿Será blanco e inmaculado tu manto de carácter en el día de su aparición? Cada interés debe ser moldeado, y cada acción dirigida hacia este evento tan importante. Debemos vivir diariamente en gran humildad ante Dios, buscando la fuerza divina para no fallar a su gracia y probar que no somos dignos de la vida eterna. Debemos estar "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras".

No puedes permitirte que te encuentren transgresor de la gran ley moral de Dios. Has de ser juzgado por sus preceptos. Si Dios no tuviera ley, no podría haber juicio, y los casos de hombres y mujeres no serían llamados al solemne tribunal, ante el justo Juez. Si no hemos sido hallados en armonía con los requisitos de Dios en esta vida, no lo estaremos más en la vida futura. ¿Qué excusa podemos alegar para desobedecer la ley del Gobierno de Dios? ¿Y qué excusa podremos dar en el día en que los motivos del corazón serán probados? Podéis decir ahora: "El mundo entero está en desarmonía con los preceptos de Dios, y yo no puedo ser singular," pero en aquel día no os aventuraréis a presentar esto ante el Dios del cielo y de

la tierra. Cuando los libros sean abiertos, el carácter será revelado, y toda boca será tapada. Serás convicto de culpa ante la revelación de tu propia vida. Todo el que no es salvo verá dónde se apartó de lo recto, y se dará cuenta de la influencia que su vida de desobediencia ejerció para apartar a otros del camino de la verdad. "Cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí", y los vivos y los muertos comparecerán ante el tribunal de Cristo. Las cosas secretas se darán a conocer. Hubo un ojo que vio y una mano que registró los hechos ocultos.

Cuando Belsasar celebró su gran fiesta sacrílega, había presente en los espléndidos salones un testigo que él no discernió. Los juerguistas bebían su vino y participaban de su lujoso festín, y alababan a los dioses de plata y oro, ensalzando su propia sabiduría, magnificando sus hazañas y deshonrando a Dios, pero justo contra la pared, frente al rey, una mano sin sangre trazaba los terribles caracteres que atestiguaban su verdadera condición: "Pesado eres en balanza, y fuiste hallado falto".

El Señor está pesando el carácter en el santuario hoy, y aquellos que son descuidados e indiferentes, precipitándose en los caminos de la iniquidad, no resistirán la prueba. Dios nos ha dotado de facultades de razonamiento, y exige que las usemos para su gloria. Nos ha dado este cuerpo, que desea que conservemos en perfecta salud, para que prestemos el mejor servicio a su causa. Ha pagado un precio infinito por nuestra redención, y, sin embargo, hombres y mujeres que dependen día a día de sus misericordias, para la vida, para la salud, para el alimento, para todas las bendiciones de que gozan, se niegan a obedecer sus leyes, se niegan a aceptar a su Hijo como su Ejemplo y Salvador.

Puede parecerle que la obediencia a la ley de Dios exige demasiada abnegación y sacrificio. ¿Requiere más sacrificio del que Jesús ha hecho para salvarte? Él ha abierto el camino, ¿y tú lo seguirás? Él dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre". Dejó el trono real de gloria. Cambió la corona real por una corona de espinas. Puso sus pies en la senda manchada de sangre que conducía al Calvario, y nos ha declarado que los que participan con Él de sus sufrimientos participarán también con Él de su gloria. Nunca tendremos que soportar la vergüenza, el insulto, la burla, la agonía de la crucifixión, y la profundidad de la aflicción y la tentación que el Autor de nuestra salvación ha soportado por nosotros; pero siempre debemos mantener ante nosotros las escenas de su humillación, y nunca exaltarnos en el orgullo y la autosuficiencia.

Cristo fue despreciado y rechazado por los hombres. Los que vino a salvar no podían ver en él nada deseable. Si viniera hoy a nuestro mundo sin honores terrenales ni poder principesco, ¿quién lo recibiría como Rey de gloria? Cuántos miembros orgullosos de la Iglesia se avergonzarían tanto de Jesús y del reproche que se les echaría encima si le aceptaran, que se negarían a seguirle; pero su amor sin par le llevó a soportar penas y reproches infinitos para poder llevar a muchos hijos e hijas a la gloria. ¿Quién está dispuesto hoy a estar del lado del Señor?

No podemos esperar hasta el Juicio Final para consentir en negarnos a nosotros mismos y levantar la cruz. Entonces será demasiado tarde para formar caracteres para el Cielo. Es aquí y ahora cuando debemos tomar partido por el Redentor humilde y abnegado. Es aquí donde debemos vencer la envidia, la contienda, el egoísmo, el amor al dinero y el amor al mundo. Es aquí donde debemos entrar en la escuela de Cristo y aprender la preciosa lección de la

mansedumbre y la humildad de espíritu; y aquí debe ser nuestro objetivo y nuestro esfuerzo sincero ser leales al Dios del Cielo, obedeciendo todos sus mandamientos.

Nuestra única seguridad está en la comunión constante con Dios. Nuestras peticiones deben ascender en la fe de que él nos mantendrá sin mancha de las corrupciones del mundo. ¿No nos dijo Jesús que la iniquidad abundaría en los últimos días? Pero su gracia nos será concedida según nuestros días. Los que estén abiertos a la influencia del Espíritu de Dios recibirán fuerza para resistir los males de esta época degenerada.

Enoc caminó con Dios trescientos años antes de su traslación, y el estado del mundo no era más favorable para la perfección del carácter cristiano entonces de lo que es hoy. ¿Cómo caminó Enoc con Dios? Educó su mente y su corazón para sentir siempre la presencia de Dios, y cuando estaba en perplejidad sus oraciones ascendían a Dios para que lo guardara, para que le enseñara su voluntad. "¿Qué haré para honrarte, Dios mío?", era su oración. Su voluntad se fundía en la voluntad de Dios, y sus pies se dirigían constantemente por el camino de los mandamientos de Dios. Enoch era un representante de aquellos que estarán en la tierra cuando Cristo venga, que serán trasladados al Cielo y nunca probarán la muerte. Conviene que oremos, como lo hizo David: "Abre mis ojos, para que vea las maravillas de tu ley".

Muchos cierran los ojos para no ver la verdad. No quieren ver los defectos de su vida y de su carácter, y les molesta si se les menciona algo acerca de la ley de Dios. Han desechado la norma de Dios y han elegido una norma propia. Sus corazones no están inclinados a guardar el camino del Señor, porque corre en dirección opuesta a la senda que ellos habían marcado. Pero queremos advertirles: No os dejéis engañar por el primer gran adversario de la ley de Dios. Cuando se fije el Juicio y se abran los libros, tu vida y la mía serán medidas por la ley del Altísimo. Los que hayan lavado sus vestiduras de carácter y las hayan emblanquecido en la sangre del Cordero, serán hallados guardando los mandamientos de Dios; y cuando cada hombre sea juzgado según las cosas escritas en los libros, recibirán el encomio del Cielo y una herencia eterna.

6 de enero de 1888

La sabiduría del pueblo de Dios

EGW

"Ahora, pues, escucha, Israel, los estatutos y decretos que yo os enseño, para que los pongáis por obra, a fin de que viváis y entréis y poseáis la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os da. No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis nada de ella, para que guardéis los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que yo os prescribo. Vuestros ojos han visto lo que hizo Jehovah a causa de Baal-Peor; pues a todos los hombres que siguieron a Baal-Peor, Jehovah tu Dios los destruyó de entre vosotros. Pero vosotros, los que os adheristeis al Señor vuestro Dios, vivís cada uno de vosotros en este día."

Se ha afirmado que los mandamientos de Dios son un yugo de esclavitud, que es imposible que el hombre los cumpla, y que el antiguo Israel los encontró insoportables, y no cumplió sus justas obligaciones; pero tal afirmación se demuestra falsa por las palabras que hemos

presentado. Los mandamientos no eran gravosos mientras el pueblo estaba firme en su lealtad a Dios; pero cuando se separaron de él y entregaron sus poderes al servicio del príncipe del mal, se dieron cuenta de su incapacidad para ejecutar los santos decretos del Cielo. La ley que una vez había sido su deleite, se convirtió en un peso insoportable, porque se habían privado del amor y del poder de Dios, y habían tomado un curso voluntario para resistir la autoridad del Altísimo.

Los antiguos israelitas no tenían demasiada voluntad -se necesita voluntad para ser siervo de Dios-, pero cuando la pusieron del lado de la autoindulgencia, y en oposición a los mandamientos directos de Dios, sólo obró para su destrucción. Pusieron su voluntad del lado del primer gran rebelde, y siguieron su ejemplo al quejarse de los preceptos del Cielo. Toda murmuración contra la ley de Dios es instigada por el inicuo que primero creó insatisfacción en los atrios de Jehová, e incitó a la rebelión entre las filas de los ángeles.

Satanás está siempre alerta a la primera palabra de queja contra Dios y su servicio. Se aprovecha de un espíritu de murmuración, y llena la mente con sus oscuras dudas y sugerencias. Constantemente trata de sembrar en el corazón la semilla de la insatisfacción con respecto a las exigencias de Dios, presentándolas como injustas en sus restricciones e irrazonables en sus demandas. Es obra de Satanás menospreciar la ley que lo condena, y todos los que aman el pecado muestran las características de su comandante. Muchos del pueblo de Dios habían caído bajo sus tentaciones y abandonado su lealtad a Dios, pero aquí había un testimonio vivo, presentado por el siervo fiel del Altísimo, que exponía la bienaventuranza de la obediencia. Era la transgresión la que había traído el desastre y había puesto a la nación bajo la maldición de Dios. Los que habían abandonado su servicio leal y se habían convertido a la idolatría, fueron azotados por la enfermedad y la muerte. En contraste con el destino del transgresor, Moisés señala la prosperidad de los que habían guardado los mandamientos del Señor; ningún daño les había sobrevenido; todos estaban vivos aquel día.

Todos los que se han propuesto servir a Dios procurarán conocer y cumplir su voluntad, cueste lo que cueste. Los verdaderos siervos de Dios se manifestarán por su obediencia voluntaria a todos los mandamientos de su Maestro. No murmurarán ni encontrarán defectos en la ley, sino que declararán con palabras y acciones: "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos." Al obedecer la ley, están haciendo lo que es agradable a los ojos del Cielo, y todas las promesas de la palabra de Dios están comprometidas en apoyo de los fieles y obedientes. Pueden esperar en su misericordia, apoyarse en sus consejos inmutables, obtener los deseos de sus corazones, porque sus voluntades están puestas del lado de la voluntad de Dios. Les corresponde hacer la voluntad de Dios y terminar su obra. Las puertas de la ciudad eterna se abrirán para la nación que haya guardado la verdad. Los siervos de Dios comerán del árbol de la vida y gozarán de las inescrutables riquezas de la eternidad.

¡Qué asombrosa benevolencia la de Dios al poner condiciones para el restablecimiento del hombre rebelde a su divino favor! ¡Oh, que la misericordia de Dios no sea menospreciada! ¡Oh, que pudiéramos apreciar la paciencia del gran Dios del universo, cumplir con sus exigencias y recibir la gran recompensa que ha prometido a los que le aman! ¿Acaso no hemos de presentar nuestros servicios, de corazón humilde y agradecido, a Aquel que "tanto

amó al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna"? Podemos llegar a ser hijos de Dios, herederos de una herencia eterna, partícipes de la naturaleza divina, reyes y sacerdotes para Dios. Los privilegios más exaltados se ofrecen a los obedientes. ¿Nos apartaremos en rebelión e incredulidad, y propondremos volver a Egipto? Jamás. Nuestra marcha debe ser hacia adelante, hacia la Canaán celestial. Cada paso debe ser de fe a una fe mayor, de obediencia a una obediencia más perfecta, de luz a una luz más brillante; porque "la senda del justo es como la luz resplandeciente, que brilla más y más hasta el día perfecto."

Somos el Israel que Dios está sacando de los errores del mundo en estos últimos días para que viva de toda palabra que sale de su boca. La verdad para este tiempo no dejará de santificar el alma que recibe su amor y la obedece de corazón. Nos capacitará para vencer todo pecado que nos asedie, y para superar toda dificultad en nuestra marcha hacia adelante. Podemos correr y no cansarnos, caminar y no desfallecer.

"He aquí, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que así lo hagáis en la tierra a la cual entráis para poseerla. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque ésta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de las naciones, las cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio y entendido."

La sabiduría y el entendimiento del antiguo Israel ante todas las naciones, era su obediencia a la ley de Dios. Este cumplimiento de los mandamientos de Dios produjo una elevación del carácter y de la vida que hasta el mundo pagano reconoció y elogió. Aquellos que han rendido obediencia a Dios en todas las épocas, han sido transformados en carácter, y en estos últimos días, cuando la iniquidad abunda por todas partes, nuestra sabiduría y entendimiento ante todos los pueblos consistirá en nuestra obediencia a la norma de justicia. Los siervos de Dios no serán insensatos, ignorantes, descorteses y toscos; sino que a medida que conformen sus vidas a las santas leyes del Cielo, llegarán a ser como Jesucristo, que fue un ejemplo viviente de perfecta obediencia a los estatutos de Jehová. Se volverán refinados, ennoblecidos, elevados, y manifestarán esa cortesía que olvida los intereses del yo, para que otros puedan ser bendecidos y beneficiados.

El seguidor de Jesús pondrá su voluntad del lado de la voluntad de su Maestro. Tendrá conciencia de la cercanía de la presencia de Dios. Las dudas se desvanecerán ante los rayos del Sol de Justicia, como las sombras vuelan ante la mañana. El verdadero cristiano identifica su interés con el interés de Cristo, lleva el yugo de su Maestro, levanta su carga, soporta su reproche; pero ningún murmullo escapa de sus labios. No, se regocija porque es considerado digno de sufrir por causa de Aquel que sufrió por él. Puedes esperar quejas, pero sólo oirás el lenguaje de la acción de gracias de los que llevan la carga de Cristo. No llevan la carga solos; pues Aquel a quien ama su alma, camina con ellos, y el peso más pesado es soportado por su corazón amoroso y poderoso. Los que vienen a Cristo, cansados y cargados, encuentran descanso para sus almas. Los que aprenden de él y aceptan su yugo, descubren que su yugo es fácil y su carga ligera. "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos", promete: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Sí, este Dios es nuestro Dios por los siglos de los siglos. Entonces, ¿por qué habríamos de quejarnos e inquietarnos por los mandamientos de nuestro Dios? El que nos guía y nos enseña a sacar

provecho, declara: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre"; y los que siguen a Cristo harán lo que él ha hecho. Sus pasos seguirán sus huellas a lo largo de todo el camino de obediencia que él ha hollado ante ellos como su ejemplo. La ley de nuestro Dios "es santa, y justa, y buena", y es para nuestro mayor interés que estemos en perfecta armonía con sus preceptos. Está ordenada para vida. El mundo sabe que es sabiduría servir al Dios del Cielo. Por muy reacios que sean los hombres a reconocerlo, consideran a los hijos obedientes de Dios como favorecidos del Cielo.

Moisés pregunta: "Porque ¿qué nación hay tan grande, que tenga a Dios tan cerca de sí, como lo está el Señor nuestro Dios en todas las cosas por las que le invocamos? ¿Y qué nación hay tan grande que tenga estatutos y decretos tan justos como toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros? Solamente cuídate, y guarda tu alma diligentemente, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, y no se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; sino enséñaselas a tus hijos, y a los hijos de tus hijos."

Este es el solemne mandato que se dio al antiguo Israel, y llega a nosotros resonando a través de los siglos, con fuerza acumulada; porque nosotros estamos bajo una mayor obligación y una mayor responsabilidad, porque tenemos el registro de sus experiencias para enseñarnos a evitar sus errores y sacar provecho de sus equivocaciones. Sus alejamientos de Dios, sus recaídas, sus murmuraciones y sus pecados "están escritos para nuestra amonestación, sobre quienes ha llegado el fin del mundo". El juicio de Dios en la destrucción de los culpables está señalado ante nosotros, para que prestemos atención a las advertencias y escapemos de las sendas de la transgresión. Las ricas recompensas y bendiciones otorgadas a los obedientes se registran como estímulos para aquellos que siguen el camino del Señor y se deleitan en sus testimonios.

En el elogio de Dios a los fieles del antiguo Israel, hay una prueba inequívoca de que aprecia altamente a aquellos que son peculiares en carácter, porque rinden perfecta obediencia a sus santas leyes. La excelencia espiritual de este pueblo se manifiesta en sus palabras y en sus obras. Son sarmientos de la vid viva y partícipes de la naturaleza divina.

Like busca like. El semejante aprecia al semejante. Cristo reconoce su propio Espíritu e imagen en sus seguidores. A medida que se hacen más semejantes a él, buscan una asociación más estrecha con él. Su carácter brilla con nuevos atractivos. Ven encantos incomparables en su Redentor, y él llega a ser "el principal entre diez mil", y el "todo él codiciable". Sus caminos son preciosos para ellos, y se deleitan en hacer su voluntad.

Las palabras de Jesús ponen a prueba la profesión que hacemos. Él declara: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él.... Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió". "Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros."

Las condiciones y las promesas son las mismas en el Antiguo Testamento que en el Nuevo. El favor de Dios sólo se promete a los que le obedecen. "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor", dice el Maestro. Si queremos reclamar las ricas promesas, si queremos tener el perdón de nuestros pecados, y al fin la vida eterna, debemos rendir un servicio real al Dios del Cielo. En nuestro fiel cumplimiento de sus requisitos consiste nuestra prosperidad como iglesia y como individuos. Nuestra fuerza, sabiduría y entendimiento no están en los grandes talentos, ni en las grandes posesiones, ni en las grandes apariencias, sino en el humilde servicio a nuestro Hacedor.

No debemos tomar un curso débil y vacilante, sino con propósito inmutable, poner nuestra voluntad del lado de la voluntad de Dios, volvernos ricos en fe, ricos en el conocimiento de su palabra y ricos en el poder de su Espíritu. Si hacemos las cosas que son agradables a los ojos de nuestro Dios, podremos tener las llaves del mundo invisible. Podemos abrir los almacenes del Cielo y sacar de ellos tesoros inestimables.

Entonces, que ninguno de nosotros piense que es de poca importancia si hacemos caso de los mandamientos de Dios o los pasamos por alto con indiferencia. Cuando se abran los grandes libros del Juicio, y se pongan al descubierto los motivos de cada corazón, no habrá excusa para quienes jueguen con las claras palabras de Dios: "La paga del pecado es muerte". "La paga del pecado es muerte". Esta es la terrible e inevitable sentencia pronunciada sobre el transgresor. Pero los justos entrarán en la vida. Dice el Hijo de Dios: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad."

13 de enero de 1888

True Religion

EGW

¿Qué es la verdadera religión? Es amar a Dios con todo el corazón, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Este es todo el deber del hombre. Alcanzar esta elevada norma de carácter debería ser el propósito absorbente de toda alma. ¿Cómo amaré a Dios con todo mi corazón? ¿Qué medios hay para fijar mis afectos en las cosas elevadas y celestiales? El amor a Dios debe cultivarse diariamente, recordando el gran amor que Dios ha manifestado hacia nosotros al darnos a su Hijo bien amado.

Deberíamos tratar de comprender las maravillas de este asombroso sacrificio. Deberíamos detenemos en el maravilloso amor de nuestro Redentor hasta que nuestros corazones de piedra se derritieran en contrición y gratitud. El amor que conmovió su pecho le permitió, al immaculado Cordero de Dios, convertirse en ofrenda por el culpable transgresor de la ley de su Padre. Le sostuvo en su propósito de salvar a la raza caída, en medio de su despiadada ingratitud y desprecio. Lo fortaleció para la tentación, el reproche, la tortura, la pobreza, la vergüenza y la muerte. ¿Quién puede sondear las profundidades insondables del amor redentor?

Cuando hagamos de la redención el tema de nuestra meditación, y tratemos de comprender la vastedad del plan de salvación, y de darnos cuenta del amor indecible de Aquel que ha muerto por nosotros, nuestros corazones se someterán y se ablandarán, y los entregaremos por entero a nuestro Salvador. Caeremos a sus pies en adoración, exclamando: "¡Señor mío y Dios mío!". Un amor más que humano se despierta en el alma, a través del conocimiento del maravilloso amor de Cristo hacia aquel que se ha rebelado contra su gobierno y lo ha contristado con la transgresión. El pecador que ha sentido el poder de la sangre purificadora de Cristo, tiene un sentido profundo y duradero de que debe todo a ese Salvador que lo ha comprado con su propia vida preciosa. Todos los que tienen esta conciencia y apreciación del amor de Cristo, considerarán como el más alto privilegio de sus vidas dedicar todo el poder de su ser a su servicio. La gracia transformadora de Cristo moldea los deseos del corazón, y hay una pronta disposición a hacer cualquier sacrificio por causa de la verdad.

Los que aman a su Redentor se regocijarán en cada oportunidad de compartir con él la humillación, la vergüenza y el oprobio. El amor que profesan a su Señor hace que el sufrimiento, por su causa, sea dulce; y saben que si sufren con Él, también reinarán con Él en su gloria. Esta experiencia del sufrimiento por Cristo es absolutamente esencial para la vida espiritual del cristiano. No puede haber piedad verdadera y vital sin tiempos de prueba y dolor. Somos escogidos en el horno de la aflicción, y la prueba de nuestra fe es más preciosa que el oro.

Muchos pretenden amar a Dios mientras no sienten amor por sus hermanos; pero el amor genuino a Dios dará testimonio de su existencia real por el amor a nuestros semejantes. Los que aman a Dios revelarán el espíritu tierno y compasivo de Jesús a todos los que los rodean. Amarán a sus hermanos, porque son miembros del cuerpo de Cristo. Amarán al pecador, porque es la compra de la sangre de Cristo; y este amor, morando en el corazón, se manifestará por medio de una labor ferviente para beneficiar y bendecir a todos con quienes se asocien. Anhelarán la salvación de los hombres y conducirán a otros a la fuente que ha refrescado sus propias almas.

El amor de Cristo no nos hará menos aptos para la vida real, sino que nos capacitará para adaptarnos a las necesidades de los demás y desarrollará frutos muy prácticos en nuestra experiencia diaria. No es un sentimentalismo débil. No es de ese orden barato que es terrenal y sensual, que lleva al envilecimiento del alma y a la contaminación del carácter. No es de origen terrenal, sino celestial. Este amor es elevador en su naturaleza, perdurable y ennoblecedor, derramando rayos de beneficencia sobre todos dentro del círculo de su influencia. Dios, por medio de su Hijo, ha enviado este amor celestial para unirnos a Él. "Amados, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros". Reflexionemos sobre este amor divino, para que nos transformemos y reflejemos este precioso atributo del carácter de nuestro Redentor. Correremos menos peligro de poner nuestros afectos en objetos indignos.

El discípulo Juan se hizo poseedor de este amor divino. La influencia regeneradora del Espíritu Santo renovó su corazón. Quedó bajo el poder del amor de Cristo, y el conocimiento de este amor despertó una profundidad de afecto que, por su infusión a través de su corazón, obró una transformación del carácter. El cálido afecto de Juan no fue la causa del amor de

Cristo por él. El Salvador lo había amado antes de que este afecto existiera; pero la bondad inmerecida de su Señor había encendido el amor en el pecho del discípulo.

El carácter natural de Juan estaba marcado por imperfecciones. Era impetuoso y resentido ante las injurias. Cuando los samaritanos se negaron a recibir a su Señor porque pensaban que favorecía más a los judíos que a ellos, Juan quiso que el insulto recibiera inmediata retribución. Su espíritu se inflamó de venganza, y dijo a su Maestro: "¿Quieres que mandemos bajar fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?". Jesús miró a Juan y le dijo: "No sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del hombre no ha venido a quitar la vida a los hombres, sino a salvarlos."

Los pensamientos y las palabras vengativas son contrarios al espíritu del Jesús manso y humilde. No siempre es fácil controlar nuestros sentimientos. El corazón humano necesita ser custodiado continuamente, para que no abriguemos un espíritu contrario al de nuestro divino Señor. Nos será imposible soportar el insulto y la dureza con amorosa tolerancia y paciencia, a menos que bebamos del espíritu de Aquel "que, cuando fue injuriado, no volvió a injuriar". Es natural que, cuando se nos acusa falsamente, pensemos que debemos vengarnos y mostrar nuestro desprecio a los acusadores, pero esto es ajeno a la mansedumbre de nuestro Redentor. No debemos permitir que surja un solo pensamiento vengativo. El dolor y la indignación pueden llenar nuestros corazones por un tiempo, porque las almas son engañadas y extraviadas por estas falsedades; pero no ayudará a los asuntos abrigar una ira impía, y no será abrigada donde el amor perdonador de Cristo ha impregnado el alma.

La opinión generalizada de que Juan era naturalmente de carácter manso y dócil se demuestra, mediante un estudio de su vida, que es errónea. Tenía grandes ambiciones de ser el primero en el reino de Cristo. Había reprendido decididamente a uno que expulsaba demonios en nombre de Jesús, porque él no estaba en su compañía. Tenía fuertes rasgos de carácter, no débil y vacilante, sino seguro de sí mismo y ambicioso de honor. Jesús enseñó las lecciones necesarias de humildad y paciencia. Manifestó, en contraste con el espíritu violento de Juan, serena consideración y paciencia. Juan era un aprendiz en la escuela de Cristo. A medida que se le manifestaba el carácter del divino, veía su propia deficiencia y se humillaba al saberlo. La fuerza y la paciencia, el poder y la ternura, la majestad y la mansedumbre, que contempló en la vida diaria del Hijo de Dios, llenaron su alma de admiración y amor; pero no fue un simple admirador; mostró su aprecio imitando las características divinas de su Señor. Su temperamento vengativo y ambicioso lo sometió al poder moldeador del Espíritu de Cristo. Puso su alma a copiar el bello Modelo y a asemejarse a Aquel que es manso y humilde de corazón.

Este es el resultado seguro de la asociación con Jesús. Cuando meditamos en su carácter, nuestros corazones son atraídos por el amor, se despierta el deseo de llegar a ser como aquel a quien amamos y, al contemplarlo, somos transformados. Cuando Cristo mora en el corazón, toda la naturaleza se transforma. Todo lo que contamina es desterrado del templo del alma. La lujuria, las bajas pasiones, los pensamientos impuros, el orgullo, los afectos desordenados, la venganza, el desquite, la codicia, la envidia, todo esto queda prohibido; y lo que antes amábamos, ahora lo aborrecemos; porque llegamos a ser nuevas criaturas en Cristo Jesús. El Espíritu de Cristo, el amor de Cristo, ablanda el corazón, subyuga el alma y eleva los pensamientos y deseos hacia Dios y el Cielo.

La verdad que afirmamos creer debería hacernos mejores hombres y mujeres en nuestra vida hogareña, en nuestras relaciones eclesíásticas, en nuestros negocios y en nuestro trato con nuestros amigos y vecinos. A menos que este resultado se manifieste, debemos examinarnos a nosotros mismos para ver qué está impidiendo que la influencia santificadora de la verdad cumpla su obra de purificación en nuestras vidas. "Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación". Nuestros caracteres deben ser moldeados según el modelo divino, para que podamos tener una influencia elevadora sobre todos aquellos con quienes nos asociamos. "Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no es de los suyos".

Si Pedro hubiera practicado las lecciones que Cristo le presentó durante su ministerio, nunca habría apostatado y negado a su Señor; pero damos gracias a Dios de que, aunque en su debilidad abandonó a su Maestro, se arrepintió completamente y fue perdonado. Las lecciones que no se había tomado en serio las aprendió y las puso en práctica en su vida, y al final el que había abandonado a su Señor consideró un honor demasiado grande que se le permitiera sufrir la vergüenza y la muerte por su causa.

Qué diferente fue con Judas. Había estado en compañía del gran Maestro. Se le concedieron los mismos privilegios que a Pedro y Juan; pero ¿cómo respondió a la luz? Como muchos de nuestros días, profesaba ser seguidor de Cristo, pero no identificaba sus intereses con la causa de su Señor. Escuchó las lecciones de Cristo, pero no hizo ningún cambio en su carácter. No trató de librarse de su penuria egoísta sacrificándose por el progreso de la causa que decía abrazar. Cultivó un espíritu de codicia, hasta eclipsar lo deseable de Cristo y del Cielo. Esta mancha de peste en su alma se extendió, como una lepra destructora, hasta corromper al hombre entero. La noble libertad se marchitó. Todo propósito desinteresado se oscureció, hasta que la esperanza de obtener unos míseros dólares lo llevó a traicionar a su Salvador.

¡Cuántos están repitiendo estos errores, porque no aprovechan el ejemplo de los que han seguido este camino en el pasado! No son hacedores de las palabras de Cristo. No conforman sus vidas a su divina instrucción. Aquellos que tienen las mayores deformidades de carácter, pueden tener la mayor gracia. El sitio más alto será concedido a aquellos que, al apropiarse de las promesas de Dios para sí mismos, alcancen la mayor semejanza con Cristo.

Un deseo anhelante y hambriento se apodera del alma que se conforma a la norma divina. ¡Oh, estar lleno del conocimiento de la voluntad de Dios! ¡Oh, que la luz celestial ilumine el camino! ¡Oh, para beber más profundamente del pozo de la salvación! Este es el clamor constante del corazón a Dios, y la promesa es que los que tienen hambre y sed de justicia serán saciados.

Es el amor de Jesús en el alma lo que permite al cristiano considerar todas las cosas como pérdida, soportar el trabajo, regocijarse en el sacrificio y sufrir el reproche por la verdad. El amor a Jesús es la fuerza motriz del trabajo de la vida, y la fuerza que sostiene todo deber.

Aunque el amor de Dios hace a su poseedor manso y humilde de espíritu, y erradica todo odio y venganza, y todo lo que es impío, no dejará al cristiano sin poder para oponerse al mal y reprender el pecado. Si errores peligrosos amenazan la fe, a través de los esfuerzos de miembros de la iglesia engañados o falsos pastores, se les hará frente y se les opondrá con decisión. Los soldados de Cristo deben ser como centinelas en guardia, vigilando los muros

de Sión. Deben defender la fe una vez entregada a los santos, y hacer retroceder a los poderes de las tinieblas morales con energía y voluntad decididas.

El discípulo Juan, aunque ha escrito muchos capítulos sobre el tema del amor, habla muy decididamente a sus hermanos sobre el deber de reprender el error. "Cualquiera que prevarica y no permanece en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios", es su decisión; y les instruye que no reciban a tal persona en sus casas ni le digan adiós.

Debemos armarnos con el Espíritu de Cristo, defender la verdad y, sin embargo, hacer toda esta obra de honrar a Dios y resistir al mal sin que surja en nuestros corazones un espíritu de represalia. Cada advertencia en la palabra de Dios debe ser escuchada, cada instrucción seguida, para que podamos mantener nuestras almas en el amor de Dios. Debemos oponernos al error por amor a Cristo y por amor a la compra de su sangre, para que Dios sea honrado, sus caminos vindicados y las almas salvadas de la ruina que se apresura a abrumar al mundo. Cristo es nuestro ejemplo en todo. Debemos considerar a aquel que soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo, no sea que nos cansemos y desmayemos en nuestras mentes. Debemos seguir adelante, ejemplificando en nuestras vidas los principios de la verdadera religión, para que seamos epístolas vivientes, "conocidas y leídas de todos los hombres"; para que amemos a Dios con todo nuestro corazón, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

20 de enero de 1888

Conoce el motivo de tu esperanza

EGW

"Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones; y estad siempre prontos para dar razón de la esperanza que hay en vosotros a todo el que os la pidiere, con mansedumbre y temor."

Esta exhortación se dirige a los hijos de Dios. Las Escrituras son las que dan testimonio de nuestra esperanza, y es necesario que las escudriñemos con diligencia, para que estemos preparados a dar una razón inteligente y bien fundada de nuestra fe. Este es el deber que nos impuso Aquel que dio su vida para redimir al hombre.

Después de la crucifixión de Cristo, dos discípulos se dirigían a Emaús. Sus corazones estaban agobiados por el dolor y la duda. Su camino discurría por una llanura desolada y árida, interrumpida por crestas escarpadas y peligrosas. El suelo estaba agrietado y reseco, y el camino estaba sembrado de piedras sueltas.

Mientras ascendían por la cresta, un extraño se les unió; pero estaban tan absortos repasando los luctuosos acontecimientos de la semana pascual, que no se percataron de su presencia. El forastero los abordó amablemente; pero sus ojos estaban entornados y no reconocieron a su divino Maestro. Y les preguntó: "¿Qué clase de comunicaciones son éstas que tenéis entre vosotros, mientras camináis y estáis tristes? Respondiendo uno de ellos, que se llamaba

Cleofás, le dijo: ¿Eres tú solamente forastero en Jerusalén, y no has sabido las cosas que allí han acontecido en estos días? Y él les dijo ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue profeta poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros gobernantes le entregaron para ser condenado a muerte, y le han crucificado. Pero nosotros confiábamos en que había sido él quien debía redimir a Israel. Y además de todo esto, hoy es el tercer día desde que estas cosas fueron hechas. Y también nos asombraron algunas mujeres de los nuestros, que fueron de mañana al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también ellas habían visto visión de ángeles, que decían que estaba vivo.... Entonces les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No tenía Cristo que haber padecido estas cosas, y haber entrado en su gloria? Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les expuso en todas las Escrituras lo que de él decían."

¿No habían oído los discípulos esta misma exposición de estas Escrituras de labios de su Maestro mientras estaba con ellos? Pero ¡qué poco las habían comprendido! ¡Qué fuerte es ahora su significado! ¡Qué sorprendente es su cumplimiento! Las verdades que apenas habían discernido se revelan ahora en un resplandor de luz. Las mismas cosas que él les había dicho se han cumplido. La fe comienza a revivir. Sus corazones laten con una esperanza fuerte y renovada mientras escuchan con entusiasmo las palabras claras y sencillas de su desconocido compañero de viaje. Al pensar en Jesús, en todo lo que era para ellos, en todo lo que sufrió, sus lágrimas fluyen libremente. Su confianza no estaba equivocada. Él era todo e incluso más de lo que habían creído.

Si estos hombres no tuvieran dentro de sí la razón de su esperanza, sus corazones no habrían respondido al Redentor del mundo cuando se esforzaba por afianzar su fe temblorosa en el testimonio de los profetas acerca de sí mismo. Tal como estaban las cosas, las evidencias de la verdad sólo necesitaban ser reavivadas en sus mentes. Las mismas nubes que oscurecían su fe se iluminaron de seguridad al ver la armonía de la profecía y su cumplimiento. Cuando la niebla empezó a disiparse, la traición, el juicio y la crucifixión se erigieron como grandes hitos que prometían el cumplimiento de la palabra de Dios, daban testimonio de sus providencias y contaban la historia del indecible amor y la verdad de su Salvador. Una vez más, sus pies se mantenían firmes sobre un fundamento seguro.

Habrán capítulos de carácter similar en la experiencia de todo seguidor de Cristo. La fe será puesta a prueba, y durante un tiempo su brillo se atenuará; pero los que aman sinceramente a Dios no quedarán abrumados. Jesús viene a su lado. Les habla. Les anima. Puede ser a través de algún humilde agente, pero sin duda les ministra.

El divino Hijo de Dios, el Salvador resucitado, que caminó con los discípulos afligidos arriba y abajo por las cuestas que interceptaron el camino a Emaús, es nuestro Salvador compasivo. Él sabe qué corazones están cargados de penas y de esperanzas defraudadas. Está a nuestra derecha para interesarse por todas nuestras penas y aliviar nuestros dolores. Se acerca al doliente creyente que anhela su presencia; pero nunca impone su compañía a nadie.

Estos dos discípulos vieron en Jesús no sólo a un forastero, sino a alguien que había conocido a su amado Maestro, y como tal les resultó entrañable. El sol se oculta tras las colinas y ellos se acercan a su destino. No pueden soportar la idea de la separación. Cuando el forastero

parece a punto de dejarlos, le piden con insistencia: "Quédate con nosotros, porque cae la tarde y el día está muy avanzado".

Los tres cansados viajeros habían caminado juntos. El Hijo de Dios era uno con ellos. Había subido trabajosamente las penosas cuestas; había bajado con igual cautela por el sendero escarpado, y no había nada en su vestido ni en sus modales que indujera a los discípulos a sospechar que era otro que uno de los muchos peregrinos que regresaban de la gran fiesta.

Entra en el humilde hogar y se sienta ante la humilde mesa. Mientras se prepara la comida, brotan de sus labios palabras que conmueven y calientan el corazón. Extiende las manos para bendecir el pan. Los ojos de los discípulos se clavan en ellas. Ven la huella de los clavos. Reconocen su voz. Las palabras, el tono, la manera, todo les resulta familiar. Es el mismo Maestro. Aquel a quien habían depositado en la nueva tumba de José vive ante ellos. Habían caminado con su Salvador resucitado desde Jerusalén hasta Emaús. ¿Por qué no lo habían conocido? Su incredulidad les había ocultado a Jesús. Se levantan apresuradamente y caen a sus pies para expresarle su alegría; pero él ya no está.

Los discípulos se creían cansados; pero ahora su vigor se renueva. El desaliento ha desaparecido. No se detienen a comer, ni sienten necesidad de ello, sino que se apresuran a volver sobre sus pasos por el áspero camino que tan recientemente habían recorrido con Jesús. Tienen un mensaje de alegría que llevar a sus hermanos enlutados. Han visto y hablado con Jesús. Ha resucitado de entre los muertos. Sus corazones son luz, alegría y paz.

Se abren paso a través de las oscuras calles y suben a la cámara superior. Todo está en silencio en el interior, pero finalmente, tras sus continuos golpes, oyen el deslizamiento de los cerrojos. La puerta se abre con cautela y se cierra cuidadosamente tras ellos. Apenas habían terminado de relatar a los discípulos incrédulos la maravillosa historia del camino de Emaús, cuando contemplan con asombro a otro en medio de ellos. Es Jesús. Las rejas y los cerrojos no se han retirado. No han oído ningún paso y están aterrorizados. Su asombro aumenta al oír su voz, que dice: "Paz a vosotros", y continúa tranquilizando a los aterrorizados discípulos: "¿Por qué estáis turbados y por qué surgen pensamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo; palpadme y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo." "Y como aún no creían de gozo, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Y le dieron un pedazo de pescado asado, y un panal de miel. Y tomándolo, comió delante de ellos. Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas".

El deber del discípulo de Cristo se revela en estas palabras. Predicar a todas las naciones el arrepentimiento y la remisión de los pecados; presentar a Jesús como el Redentor que perdona los pecados. Los corazones de los pecadores deben derretirse en contrición, antes de que Dios escuche su oración. Cuando el alma se vacíe de su contaminación, Jesús tomará posesión, y se disfrutará del perdón y de la paz que fluye como un río.

Los seguidores de Cristo tendrán pruebas y conflictos mientras estén en la tierra, pero tenemos un refugio seguro en cada tormenta. Jesús nos ha dicho: "En el mundo tendréis tribulación, pero confiad; yo he vencido al mundo." Las fuerzas de Satanás se despliegan contra nosotros. Es un enemigo diligente, pero siguiendo la advertencia de Cristo encontraremos seguridad. "Velad y orad, para que no entréis en tentación". Hay enemigos a quienes resistir y vencer, pero Jesús está a nuestro lado, listo para fortalecernos en cada esfuerzo y prepararnos para el deber.

Tenemos un gran trabajo que hacer para ser testigos del cumplimiento de la palabra de Dios; y para "estar siempre preparados para dar respuesta a todo el que nos pida razón de la esperanza que hay en nosotros", será necesario un conocimiento profundo de las Escrituras. En estos tiempos de paz necesitamos familiarizarnos con las profecías que predicen los acontecimientos que tendrán lugar en nuestro tiempo, para que, como los discípulos, nuestras mentes sólo necesiten ser refrescadas para animarse, y para que la misma prueba que parece confundirnos se convierta en una torre de fortaleza, y en una evidencia de que Dios está cumpliendo la palabra segura de la profecía.

27 de enero de 1888

"Volveré otra vez"

EGW

"No se turbe vuestro corazón: creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros."

Se acercaba el momento de la traición, el sufrimiento y la crucifixión de Jesús; y mientras los discípulos se reunían a su alrededor, el Señor les desveló los luctuosos acontecimientos que estaban a punto de suceder, y sus corazones se llenaron de tristeza. Para consolarlos, les dirigió estas tiernas palabras "No se turbe vuestro corazón.... Vendré otra vez y os tomaré a mí mismo". El dirigió sus mentes lejos de las escenas de dolor, hacia las mansiones del Cielo y el tiempo de reunión en el reino de Dios. "Voy a prepararos un lugar". Aunque debía alejarse de ellos y ascender a su Padre, su obra en favor de los que amaba no terminaría. Iba a preparar hogares para los que, por su causa, iban a ser peregrinos y extranjeros en la tierra.

Después de su resurrección "los condujo hasta Betania, y alzando las manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo". Y mientras subía, dos ángeles resplandecientes preguntaron a los discípulos: "¿Por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." ¿Os imagináis que, cuando regresaban a Jerusalén, se decían unos a otros: "Bueno, el Señor nos ha dejado. ¿De qué sirve ahora tratar de ganar adeptos para Jesús? Volvamos a nuestras redes. Retomemos nuestro antiguo empleo. ¿Qué podemos hacer contra la oposición del mundo?". No hay registro de tal conversación. No hay ni una línea escrita ni un indicio de que pensarán en abandonar el servicio de su Señor ascendido, por el servicio de sí mismos y del mundo. La mano del Salvador se había extendido para bendecir a los

discípulos que había dejado atrás al ascender. Ellos habían visto su gloria. Había ido a prepararles mansiones. Su salvación había sido prevista, y si eran fieles en el cumplimiento de las condiciones, con seguridad le seguirían al mundo de la alegría sin fin. Sus corazones se llenaron de cantos de júbilo y alabanza.

Todos tenemos el mismo motivo de acción de gracias. La resurrección y ascensión de Nuestro Señor es una prueba segura del triunfo de los santos de Dios sobre la muerte y el sepulcro, y una prenda de que el Cielo está abierto a quienes lavan sus vestiduras de carácter y las emblanquecen en la sangre del Cordero. Jesús ascendió al Padre como representante del género humano, y Dios llevará a los que reflejan su imagen a contemplar y compartir con Él su gloria.

Aunque los discípulos habían mirado lejos en el Cielo hasta que su Señor desapareció de su vista, no contemplaron a los ángeles que se reunían en torno a su amado comandante. Jesús encabezaba una multitud de cautivos que se habían levantado de la tumba en su resurrección. Cuando la gloriosa compañía se acerca a las puertas de la ciudad eterna, los ángeles cantan. "Levantad la cabeza, puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el rey de la gloria". Y los ángeles que custodian las puertas responden: "¿Quién es este rey de gloria?". Los ángeles asistentes responden: "El Señor de los ejércitos, él es el rey de la gloria". Al pasar el glorioso tren, los ángeles se disponen a inclinarse en adoración ante el Señor de la gloria, pero éste les hace señas para que retrocedan. Antes de permitir su homenaje, debe saber que su sacrificio por la raza caída ha sido aceptado por el Padre. Debe saber si el precio pagado por la redención de los perdidos ha sido suficiente para rescatarlos del poder del pecado y de la tumba. Este es el pensamiento absorbente en el pecho del Salvador. En medio del esplendor de los atrios de la gloria, en medio de diez mil veces diez mil y miles de miles que esperan arrojar sus coronas a sus pies, no olvida a los que ha dejado en la tierra para que soporten la oposición, el oprobio y el desprecio. Después de que el Padre le ha asegurado que el rescate pagado es aceptado, todavía tiene una petición que ofrecer para los que creen en él y siguen sus pasos: "Padre, quiero que también ellos, los que me has dado, estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria que me has dado, porque me amaste antes de la fundación del mundo". Pidió que sus discípulos entraran en su gozo y compartieran su gloria; y al fin el siervo fiel del Señor oír las alegres palabras: "Entra en el gozo de tu Señor."

Cuando terminó de preferir sus peticiones, el Padre dio la orden: "Que todos los ángeles de Dios lo adoren", Entonces el canto de alegría y amor se hincha a través de los atrios celestiales: "Digno, digno, digno, es el Cordero que fue inmolado, y vive de nuevo, vencedor triunfante." Y este mismo Jesús, a quien innumerables huestes de ángeles se deleitan en adorar, viene de nuevo a cumplir su promesa y a recibir en su seno a los que le aman. ¿No tenemos grandes motivos para alegrarnos? "Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria". La consumación de nuestra esperanza está próxima; los fieles entrarán pronto en el gozo de su Señor.

Se da un poco de tiempo para que los habitantes del mundo oigan la advertencia, y para que los que quieren se preparen para la venida del gran rey. No debemos ser como las vírgenes necias. No se proveyeron de aceite para sus lámparas, y en el mismo momento en que se levantó el grito: "He aquí que viene el esposo", sus luces se apagaron y se apagaron. ¿No hay muchos que siguen el mismo camino imprudente? Profesan ser seguidores de Jesús, pero no

se preparan para su gloriosa aparición y su reino. Siguen adelante, ocupados en los asuntos de este mundo, y no se dan cuenta de los grandes acontecimientos que están a punto de suceder.

Cristo nos advirtió con vistas a este mismo tiempo que no nos dejáramos absorber por las preocupaciones del mundo, descuidando los intereses eternos; pero cuántos de nosotros permitimos que las cosas de esta vida se interpongan entre nuestras almas y el gran don del Cielo. Cuán pocos viven para la gloria de Dios y el bien de la humanidad. Cuán pocos hablan a sus hijos del amor de Cristo, de las mansiones del Cielo, de la necesidad de la fe y la obediencia. Cuán pocos advierten a sus amigos y vecinos del Juicio que se acerca rápidamente. Me duele el corazón al pensar en la ingratitud del hombre hacia su Creador y en la indiferencia de las almas hacia la salvación que tanto han costado. Se nos advierte que si no velamos y oramos, el día del juicio final nos alcanzará como ladrón en la noche, y nuestra porción será señalada con los hipócritas y los incrédulos. "Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día". Hay toda provisión hecha para que tengamos la luz, y no habrá excusa en el día de Dios si somos sorprendidos en nuestros pecados. Dolor y aflicción aguardan a los que no prestan atención a las instrucciones de la palabra de vida; ¡pero qué alegría les espera a los que se han preparado para la venida de su Señor! Pasarán de la mortalidad a la inmortalidad. Verán al Rey en su belleza, y reflejarán su imagen. Serán arrebatados para estar eternamente con el Señor.

Avancemos juntos para alcanzar la gran recompensa y unirnos al canto de los redimidos. Si alguna vez cantamos las alabanzas de Dios en el cielo, primero debemos cantarlas aquí. De los corazones agradecidos deben brotar continuamente las notas de acción de gracias, y nuestros labios deben contar la bondad del Señor y magnificar su santo nombre. Toda queja y murmuración debe cesar entre los hijos del Altísimo. Deberíamos ser el pueblo más feliz de la tierra, porque tenemos un poderoso Salvador en el santuario de lo alto, que ha muerto para que nosotros vivamos. De nuestros tristes semblantes y palabras de queja podría inferirse que Jesús estaba todavía en el sepulcro de José, con una gran piedra rodada ante la puerta; pero yo os declaro que Jesús ha resucitado, que os ama, que os representa en los atrios de su gloria, intercediendo por vosotros. Debemos alegrarnos y alabar a Dios con cánticos de agradecimiento no fingido. Decidamos que, aunque nos cueste todo, tendremos el Cielo y seremos partícipes de la naturaleza divina.

Podemos tener derecho a entrar en la ciudad, a comer del árbol de la vida y a compartir la alegría sin fin de los redimidos. Podemos escuchar la voz de Jesús, más dulce que cualquier música que jamás haya llegado a oídos mortales, cuando da la bienvenida a sus hijos a su hogar eterno. Los que han elegido su servicio le oirán decir: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". Y ¡oh, qué reino! No habrá noche en la ciudad de oro. Dios y el Cordero serán su luz. Hay hogares para los peregrinos de la tierra. Habrá vestiduras para los justos: coronas de gloria, palmas de victoria. Todo lo que nos dejaba perplejos en las providencias de Dios se aclarará entonces. Las cosas difíciles de entender encontrarán entonces una explicación. Los misterios de la gracia se desplegarán ante nosotros. Donde nuestras mentes finitas sólo descubrían confusión y propósitos rotos, nosotros veremos la más perfecta y hermosa armonía. Sabremos que el amor infinito ordenó estas experiencias que parecían las más difíciles de soportar. Al darnos cuenta

del tierno cuidado de Aquel que hace que todas las cosas obren juntas para nuestro bien, nos regocijaremos con un gozo indecible y lleno de gloria.

El dolor no puede existir en la atmósfera del Cielo. No habrá más lágrimas, ni trenes fúnebres, ni insignias de luto. "El habitante no dirá: Estoy enfermo; al pueblo que habita allí se le perdonará su iniquidad". Una rica marea de felicidad fluirá y se profundizará a medida que avance la eternidad.

Pensad en esto, hijos del sufrimiento y del dolor, y regocijaos en la esperanza. Esforzaos con todas las fuerzas que Dios os ha dado para entrar en el reino de los cielos; porque "muchos procurarán entrar, y no podrán." Jesús ha prometido: "Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo". "Pero, ¿quién podrá soportar el día de su venida? y ¿quién permanecerá en pie cuando él aparezca?". Esta es la pregunta que debemos hacer a nuestras almas. Nos corresponde, como seres racionales, considerar si estamos preparados para encontrarnos con nuestro Señor, o poniendo nuestros afectos en las cosas de la tierra. Cuando pensamos en cuántos se entregan al egoísmo y a la búsqueda del placer, nuestros corazones se turban. Los descuidados e indiferentes, cuya principal preocupación son sus intereses personales y terrenales, serán dejados en las tinieblas exteriores, pero los que esperan a su Señor, con sus lámparas recortadas y encendidas, entrarán con el Esposo celestial a las bodas.

3 de febrero de 1888

"Servid al Señor con alegría"

[Sermón predicado en Christiania, Noruega, el 11 de noviembre de 1885.]

EGW

"Vuestras palabras han sido duras contra mí, dice Jehová. Pero vosotros decís: ¿Por qué hemos hablado tanto contra ti? Habéis dicho: Vano es servir a Dios; ¿y de qué nos sirve haber guardado su ordenanza, y haber andado tristemente delante de Jehová de los ejércitos? Y ahora llamamos dichosos a los soberbios; sí, los que obran maldad son levantados; sí, los que tientan a Dios son incluso liberados. Entonces los que temían a Jehová hablaron muchas veces unos con otros; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito delante de él un libro de memoria para los que temían a Jehová, y para los que pensaban en su nombre. Y serán míos, dice el Señor de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré, como un hombre perdona a su propio hijo que le sirve."

Hay ocasiones en que, bajo la adversidad y la tristeza, los siervos de Dios se desaniman y abaten. Reflexionan sobre sus circunstancias y, al contrastar su condición con la prosperidad de aquellos que no piensan ni se preocupan por las cosas eternas, se sienten agraviados. Manifiestan un espíritu de reproche, y murmuran y se quejan de su suerte. Parecen considerar que Dios tiene una obligación especial de bendecirlos y prosperar sus empresas, y por lo tanto, cuando se encuentran en situaciones de prueba, se vuelven rebeldes y miran con envidia a los impíos que prosperan en su iniquidad. Parecen considerar la condición del transgresor como preferible a la suya. Estos pensamientos amargos son sugeridos a la mente por el engañador de la humanidad. Se complace en suscitar la rebelión en el pecho de los

hijos de Dios. Sabe que les causa debilidad y que es una fuente de deshonra para su Dios. Desea que pensemos que es vano servir a Dios, y que los que no tienen en cuenta las exigencias del Cielo son más favorecidos que los que se esfuerzan por obedecer los mandamientos de Dios.

El salmista David tuvo esta experiencia. Cuando contempló la condición floreciente de los malvados, sintió envidia de su éxito, y dijo: "He aquí, éstos son los impíos, que prosperan en el mundo; aumentan en riquezas. En vano he limpiado mi corazón y me he lavado las manos inocentemente. Porque todo el día he estado atormentado". Pero cuando entró en el santuario y comulgó con el Señor, dejó de desear la porción de los impíos, pues entonces comprendió su fin. Vio que su camino conducía al fin a la perdición, y que su placer era sólo por una temporada. La envidia ya no tenía cabida en su corazón. Su espíritu rebelde se inclinó en humilde sumisión a su Dios, y declaró: "Tú me guiarás con tu consejo, y después me recibirás en la gloria". Vio que la guía del Señor tenía infinitamente más valor que toda la prosperidad temporal del mundo; porque el camino del Señor mantenía los pies en las sendas de justicia que conducen a la gloria eterna.

El verdadero siervo de Dios llevará las sugerencias y tentaciones de Satanás al trono de la gracia, donde la paz y la sumisión fluirán en el alma. Cuando entre en el santuario conocerá el fin de los que no tienen el temor del Señor ante sus ojos. El Señor ha oído nuestras murmuraciones. Dice: "Habéis dicho: Es vano servir a Dios; ¿y de qué nos sirve haber guardado su ordenanza?". Esta pregunta se presentará, con más o menos fuerza, a las mentes del pueblo de Dios; pero antes de responderla piensa en el excelso honor que el Dios del Cielo te ha conferido. Piensa que te ha dado a su Hijo unigénito para abrirte un camino de salvación. Pensad que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable, os ha llamado a ser hijos del Altísimo, os ha llamado a una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible. ¿No es esto una compensación? ¿No es un estímulo?

En estos últimos días hay una llamada del Cielo invitándote a guardar los estatutos y ordenanzas del Señor. El mundo ha echado por tierra la ley de Jehová; pero Dios no se quedará sin un testigo de su justicia, ni sin un pueblo en la tierra que proclame su verdad. La puerta del santuario celestial se ha abierto, y nadie puede cerrarla, y la luz del Santo de los Santos brilla en el mundo. Al pueblo de Dios se le ha llamado la atención sobre el arca del testimonio, y la ley que contiene ha sido revelada con sus preceptos inalterables. En santa visión, Juan vio a la iglesia remanente en la tierra, en una época de anarquía, y la señala en un lenguaje inconfundible: "Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Están en armonía con esa ley que descansa en el arca en el lugar santísimo del santuario celestial. Todo el deber del hombre se resume en sus preceptos sagrados. En el corazón de la ley está el mandamiento que ordena al hombre la observancia del sábado de Jehová, que el mundo y la iglesia han pisoteado bajo sus pies. Durante siglos los hombres han andado en ceguera respecto al verdadero sábado, y en los tiempos de esta ignorancia Dios hizo la vista gorda; pero ahora es el día de la reforma, y él llama a los hombres de todas partes a arrepentirse. Cuando la luz del mandamiento ignorado de Dios brilló en el camino de los que amaban sinceramente a Dios, no tardaron en guardar sus estatutos. Se dieron cuenta de que debían salir del mundo y separarse, y no tocar lo inmundo, para poder reclamar la promesa: "Os recibiré y seré un Padre para vosotros, y seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso." Ellos se convirtieron en los reparadores

de la brecha que se ha hecho en la ley de Dios, porque apartaron sus pies del sábado, de hacer su placer en el día santo de Dios, y llamaron al sábado un deleite, el santo del Señor, honorable, y lo honraron, no hablando sus propias palabras ni encontrando su propio placer.

Ahora la pregunta es: ¿Nos aliaremos con los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús? ¿Dejaremos de pisotear el sábado del Señor nuestro Dios? Queremos estar seguros de que somos hijos de la luz; de que seguimos las huellas de nuestro Redentor y Ejemplo. La cruz está en nuestro camino, pero ¿no la tomaremos y la llevaremos por Él, que llevó la cruz por nosotros? Todos los que buscan servir a Dios tendrán pruebas; pero diremos: ¿De qué nos sirve salir del mundo y separarnos? ¿Llamaremos felices a los soberbios? ¿Diremos que los que obran la maldad son puestos en pie? que los que tientan a Dios son incluso liberados, y nosotros quedamos desamparados en medio de las penas?

Este es el mal que prevalecerá en los corazones de muchos. Crecerán abatidos en su servicio, porque no son prosperados como los impíos. Algunos están actuando en las sugerencias del enemigo hoy, y están desconfiando de su mejor amigo. Pero queremos que entiendan que si confían en Dios en su prueba, con fe viva, ni una sola de sus bondadosas promesas fallará. El Señor conoce todas nuestras penas y abnegaciones. Los que han abrazado la verdad en todas las épocas han tenido que sufrir por causa de ella, ¿y estaremos nosotros exentos? Que la mente se detenga en los sufrimientos de nuestro precioso Salvador. "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, por amor de vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos". Se hizo a sí mismo "sin reputación", tomó sobre sí la "forma de siervo", y se humilló a sí mismo "hasta la muerte de cruz". "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". "Porque nuestra leve tribulación, que es momentánea, nos produce un peso de gloria muchísimo mayor y eterno; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas."

Debe haber un acercamiento, no sea que Satanás desvíe la mente de la contemplación de lo espiritual y eterno, a lo terrenal y temporal. Dios está dispuesto a darte gracia y fortaleza para todo tiempo de necesidad, si lo buscas con corazón sincero.

Leemos que "los que temían a Jehová hablaban muchas veces entre sí; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito delante de él un libro de memoria para los que temían a Jehová, y para los que pensaban en su nombre". Cuando las personas que están comprometidas en el servicio de Dios se reúnen, deben hablar palabras que animen, consuelen y edifiquen a sus hermanos en la fe. No deben encontrar faltas en su suerte, ni cuestionar el trato y la obra de Dios. No han de murmurar unos contra otros, ni magnificar sus pruebas y sacrificios, dejando así la impresión de que no es provechoso servir a Dios. Que recuerden las bondades amorosas del Señor, y la multitud de sus entrañables misericordias, y que, de corazones derretidos por la gratitud y el amor, alaben su nombre y pregunten: "¿Qué pagaré al Señor por todos sus beneficios?". Los ángeles registran las palabras de tus labios en los libros del recuerdo. Dios escucha y oye las palabras de sus siervos; y los que aprecian su misericordia y aman su nombre "serán míos, dice el Señor de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré, como un hombre perdona a su propio hijo que le sirve."

No digáis que es cosa vana servir a Dios. Tened respeto a la recompensa del galardón. Aun en esta vida debes echar todo tu cuidado sobre él; porque él cuida de ti. Su promesa es que si buscáis primeramente el reino de Dios y su justicia, todas las cosas necesarias os serán añadidas. Ni un gorrión cae en tierra sin que él se dé cuenta, y todos los cabellos de tu cabeza están contados.

La gloria del mundo eterno se ha abierto ante mí, y quiero decirte que vale la pena que ganes el Cielo. Se ha pagado un precio infinito para que puedas participar de sus glorias indescriptibles y disfrutar de sus excelsos privilegios. El Dios del Cielo no escatimó ni siquiera a su Hijo único, para que el hombre rebelde pudiera ser restaurado al favor del Cielo; y ¿vamos a dudar en rendirle un servicio agradecido y de todo corazón? ¡Oh, que ninguna palabra de murmuración escape jamás de los labios de quienes han gustado del don celestial! No es tiempo de preguntar: ¿De qué nos sirve guardar las ordenanzas de nuestro Dios? La ciudad celestial está ante nosotros. Si pudieras vislumbrar las glorias de ese lugar, no considerarías ninguna pérdida demasiado grande si tan sólo pudieras caminar por sus calles de oro transparente, y cantar la canción de triunfo con la compañía del cielo vestida de blanco. No desearías la prosperidad de la tierra, ni envidiarías a los malvados.

Hay rastros, incluso en medio de los estragos que el pecado ha causado, de lo que Dios ha hecho para embellecer la tierra. Disfruto de estas perspectivas de belleza en la naturaleza. Mi mente se eleva a través de la naturaleza hasta el Dios de la naturaleza, y adoro a aquel que ha creado tales escenas de belleza; pero sé que si amo a Dios y guardo sus mandamientos me espera "un peso de gloria mucho mayor y eterno" en el reino de los cielos. Por hermosos que sean los paisajes de la tierra, "ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman." Dios quiere que contemplemos las cosas celestiales, y que nos detengamos en los atributos de su carácter, hasta que veamos encantos incomparables en nuestro Dios, y seamos transformados a su misma imagen. Cuando seamos renovados en el espíritu de nuestras mentes, no tendremos ninguna disposición a murmurar de nuestra suerte; la alabanza de Dios brotará continuamente de nuestros corazones. Las solemnes responsabilidades que Dios ha puesto sobre nosotros para la salvación de las almas absorberán todo nuestro corazón y nuestra mente, y no tendremos tiempo para hablar de nuestras pruebas y sacrificios. Debemos lavar nuestras vestiduras de carácter de toda mancha, en la sangre del Cordero, y prepararnos para el gran día de Dios. No debemos esperar hasta que el Señor venga en las nubes del cielo antes de asegurar nuestro llamamiento y elección.

Enoc caminó con Dios trescientos años antes de su traslado al Cielo. Tenía el testimonio diario de que sus caminos agradaban a Dios. ¿Por qué no debería todo cristiano seguir a Cristo como lo hizo este fiel siervo? ¿Amas a Jesús desde muy lejos? ¿Las nuevas de su venida parecen un mensaje de gozo para tu corazón? ¿Te parece que su servicio es provechoso? ¿Cómo puedes ganar a otros a la verdad, si tu propio corazón no está en la obra, y no ves encantos incomparables en tu Redentor? La oración de Cristo era que él pudiera ser glorificado en aquellos que había dejado en la tierra para llevar a cabo su obra, y nosotros no glorificamos a nuestro Redentor cuando nos quejamos de las dificultades del camino y murmuramos de las providencias de Dios.

Jesús vendrá pronto con poder y gran gloria, y no debemos sentarnos a esperar ociosamente este acontecimiento. Debemos mostrar nuestra fe con nuestras obras. Él ha encomendado a cada hombre su obra. Una gran verdad nos ha sido dada, y el mundo debe ser advertido de los juicios que se acercan rápidamente. Todo talento debe entregarse a los que lo intercambian, para que sea usado para el bien del hombre y la gloria de Dios. Y aquellos que son fieles a las pequeñas confianzas de la tierra, serán hechos gobernantes de muchas cosas en el mundo eterno. Ahora tenemos los preciosos privilegios del tiempo de prueba. Tenemos la oportunidad de trabajar en la causa más grande que jamás haya atraído la atención de los siervos de Dios. No pasemos estos valiosos momentos descontentos por nuestra suerte. Alabemos a Dios, y hablemos a menudo unos a otros y a todos los que encontremos, de su maravillosa verdad. El Señor contará a los tales entre sus joyas, y los perdonará, como un hombre perdona a su propio hijo que le sirve.

10 de febrero de 1888

Sea diligente

EGW

"Viendo, pues, que todas estas cosas serán deshechas, ¿qué clase de personas debéis ser en toda santa conversación y piedad, aguardando y esperando la venida del día de Dios, en el cual los cielos, ardiendo, serán deshechos, y los elementos ardiendo se fundirán? Pero nosotros, según su promesa, esperamos cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por tanto, amados, puesto que esperáis tales cosas, procurad con diligencia ser hallados por él en paz, sin mancha e irrepreensibles."

Se acerca el día del Señor, en que los elementos se fundirán con ardiente calor, y todas las ciudades de la tierra serán destruidas. Cristo, escoltado por diez mil veces diez mil y miles de miles de ángeles, vendrá en las nubes del cielo. Los justos muertos oirán la voz del Hijo de Dios y resucitarán de sus sepulcros a la vida inmortal, y nosotros, los que estemos vivos y permanezcamos, seremos arrebatados para recibir al Señor en el aire y así estaremos para siempre con el Señor. En vista de estos grandes y solemnes acontecimientos se nos exhorta a ser diligentes para que seamos "hallados por él en paz, sin mancha e irrepreensibles."

Hay atractivos por todas partes para apartar la mente de la contemplación de la venida de nuestro Señor y Salvador; pero es absolutamente necesario tener presente que "el gran día del Señor está cerca, está cerca, y se apresura grandemente". El Dios del Cielo ha multiplicado las advertencias, los ruegos y las instrucciones, para que estemos preparados para resistir en el tiempo de la destrucción abrumadora. No se nos deja en la oscuridad. Aquellos que mediten y actúen según las instrucciones que Dios ha dado, se limpiarán de toda inmundicia de la carne y del espíritu. Tendrán presente el mandamiento de "ser diligentes", de ser santos en toda su conversación y vida. Se ha pagado un precio infinito por nuestra redención para que tengamos la oportunidad de volvernos a Dios y perfeccionar caracteres que satisfagan la aprobación del Cielo. Y debemos preguntar como lo hizo el abogado: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?". Cristo respondió: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?". Respondió el letrado: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón,

con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo." Jesús le dijo: "Has respondido bien; haz esto y vivirás."

Cristo presentó la gran norma moral de justicia al abogado. La vida de todo hombre debe superar esta prueba en el Juicio. Ahora se te invita a examinar la ley de Dios. Toma los diez mandamientos, que surgen de los principios de amor a Dios y amor al hombre, y ve si estás en armonía con sus requisitos. Si no quebrantas ninguno de ellos, puedes pedir lo que quieras, y se te hará; porque gozas del favor de Dios. La única manera en que puedes determinar si eres justo o no es examinando tu corazón con la luz de la ley y el Espíritu de Dios. Así como el espejo revela los defectos de tu apariencia, el espejo moral de la ley pondrá en claro las imperfecciones de tu carácter y la verdadera condición de tu corazón. Los que se miran en la ley perfecta de la libertad, y buscan una aptitud para el Cielo, se darán cuenta de su necesidad de ayuda divina y se encontrarán a menudo ante Dios en oración.

Sólo los santificados por la verdad serán aceptados como herederos de la vida eterna. La santificación que Dios quiere que sus hijos tengan, no es de ese carácter que lleva a los hombres a jactarse de su santidad y a rechazar la ley de Dios, que es "santa, y justa, y buena." La santificación bíblica es obediencia implícita a los requerimientos de Dios. Cristo no murió para salvar a nadie en la contaminación del pecado. Vino para "salvar a su pueblo de sus pecados", para que "la justicia de la ley se cumpliera" en sus seguidores. La muerte del Hijo de Dios en la cruz demuestra el carácter inmutable de los preceptos de Jehová. Entonces, cuán afligidos debemos estar por toda transgresión y desobediencia. El precioso Salvador fue herido por nuestra iniquidad. Hay enemistad contra los mandamientos de Dios en el corazón de los que pretenden la santificación y se niegan a reconocer la obligación vinculante de la ley. El odio surge en sus corazones tan pronto como se menciona la ley. Profesan creer que la ley está abolida. Pero si la ley está abolida, ¿cuál es la norma por la cual seremos juzgados ante el tribunal de Cristo? Esta obra de menospreciar la ley es obra del gran engañador. Si Satanás puede persuadir a los hombres de que el Dios del universo no tiene ninguna ley por la cual los gobierne, entonces puede establecer una norma propia, y hacer que los hombres sigan el camino de la transgresión y la destrucción.

La santificación no es la obra de una hora, es el resultado del esfuerzo constante de toda una vida. Debemos pelear la buena batalla de la fe, luchar contra los poderes de las tinieblas, resistir al mal, dominar las tendencias naturales al pecado y, por la gracia de Dios, perfeccionar la santidad y labrar nuestra propia salvación. Cuanto más nos acerquemos a Jesús y contemplemos la pureza y grandeza de su carácter, menos ganas tendremos de exaltarnos a nosotros mismos. El contraste entre nuestro carácter y el suyo nos llevará a la humillación del alma y a un profundo examen de conciencia. No desearemos jactarnos de nuestra santidad; pero cuanto más amemos a Jesús, más se olvidará y humillará el yo. Cuando nuestras almas están llenas de amor propio y orgullo, no podemos darnos cuenta de la necesidad del poder divino; pero cuando somos conscientes de nuestra propia insuficiencia, nuestros corazones gritan: "No tengo otro refugio", y colgamos nuestras almas indefensas sobre Aquel que es poderoso para salvar.

Nuestro precioso Salvador dio su vida para que el hombre caído pudiera salvarse. Era imposible que los que una vez se habían debilitado por la transgresión cumplieran los requisitos de Dios; la consecuencia y la pena del pecado pesaban sobre la raza; pero el

Cordero de Dios pagó la pena de las transgresiones pasadas, e impartirá a los que creen en él el poder de llegar a ser hijos de Dios, el poder de obedecer los mandamientos de la ley. Por la gracia de nuestro Señor Jesucristo podemos ser vencedores en la batalla contra "el mundo, la carne y el diablo". Jesús dice: "Sin mí nada podéis hacer"; dependemos de él para la gracia divina y la ayuda de cada día. "Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". Pero que nadie piense que porque Cristo ha muerto por nosotros estamos liberados de toda responsabilidad personal, que no necesitamos ser particulares para obedecer su voluntad, para glorificar a Dios o para honrar la regla de su gobierno. "El pecado es la transgresión de la ley", y el pecado es muy ofensivo a sus ojos. Debemos desecharlo si queremos entrar en la ciudad donde no hay nada que contamine.

Una verdadera apreciación del plan de salvación nos llenará de asombro y amor. Nuestros corazones estarán tan fundidos con el amor que Jesús ha manifestado hacia nosotros, que no podremos ocuparnos de los asuntos de este mundo. Cuando Cristo esté morando en el corazón y tengamos una verdadera concepción del sacrificio que ha hecho, hablaremos de ello. Comprenderemos algo de la perfección de la ley que él vino a magnificar y hacer honorable. El privilegio de la obediencia parecerá precioso y gracioso a nuestras almas. No nos deleitaremos en la enseñanza de aquellos que tratan de dejar sin efecto la ley de Dios. Queremos esa fe inteligente que tiene como fundamento la palabra de Dios, que conduce por el camino de la justicia, y hace que cada paso sea un paso hacia el cielo. Todo lo que Dios podía hacer ha sido hecho para que podamos obtener la salvación del pecado y de la destrucción. Ahora depende de nosotros si aceptamos o no las condiciones de su misericordia y cooperamos con su ayuda divina, y obtenemos la vida eterna.

"¿Qué clase de personas debéis ser en toda santa conversación y piedad?" Los libros del Cielo registran todo tal como es. Los ángeles no cometen errores. No puedes permitirte hablar mal de tus hermanos; esto no es una conversación santa. Cuando sientas la tentación de criticar y condenar a otros, cierra los labios y eleva tu corazón en oración a Dios para que tengas poder para resistir y vencer. Tenemos un gran trabajo que hacer para eliminar todo defecto de carácter y ser una luz constante para los que nos rodean, reflejando el carácter de Jesús, la luz del mundo. Los que son cabezas de familia deben hacer como el fiel Abraham. Deben erigir un altar al Señor en sus hogares, y ordenar a sus familias que los sigan, criando a sus hijos en el temor y la amonestación del Señor. He tenido mucho cuidado en la educación de mis hijos de que no haya ningún elemento de incredulidad entretejido en su enseñanza temprana. Nunca han oído una palabra de cuestionamiento o duda con respecto a la palabra de Dios, el plan de salvación o la verdad para este tiempo. He mantenido al Salvador ante ellos. He repetido la historia de su vida, he descrito las escenas de su sufrimiento, humillación, crucifixión y muerte. He tratado de inculcarles la importancia de la fe y la obediencia. Les he presentado las mansiones del Cielo y la futura vida inmortal. Debemos procurar que estos temas sean atractivos para nuestros pequeños.

Debéis ser santos en vuestra conversación. Vuestros hogares no deben oscurecerse con reproches y críticas. Debéis manifestar amor y bondad a los que dependen de vosotros. No debéis sostener las peculiaridades de vuestros vecinos ni entregaros a celos, conjeturas malignas y malas palabras. Todos vuestros discursos amargos están registrados en los libros

del Cielo, y tendréis que volver a encontraros con ellos, si no os arrepentís y dejáis a un lado la maldad de vuestras acciones.

Cristo identifica sus intereses con los intereses de sus hermanos en la tierra. Dijo a los de la izquierda: "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis". Y ellos respondieron: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?". Y Cristo declara: "En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí no me lo hicisteis". Las personas que nuestro Señor condenó no eran conscientes de que habían tratado injustamente a sus hermanos. Satanás había cegado tanto sus percepciones que no concebían lo que debían a sus hermanos. Podrían haber comprendido su deber; la palabra de Dios estaba llena de instrucciones sobre este mismo punto; pero en vez de escudriñar las Escrituras y obrar de acuerdo con las palabras de Dios, eran simplemente oidores negligentes. Cuando te sientas tentado a encontrar faltas en tus hermanos, toma tu Biblia y lee lo que dice; porque justo en la iglesia estás tratando con Cristo en la persona de sus santos. No querrás estar entre los que están cegados a la gravedad de su pecado, y que cuando son reprendidos preguntan: "¿Cuándo te vimos así?". No comprenden cómo han maltratado a su Señor. En cambio, los que han cumplido sus obligaciones para con sus semejantes son recibidos en el favor del Cielo. Cada palabra de amor, cada acto de bondad -incluso el vaso de agua fría que se ha dado en nombre de Cristo- son reconocidos y recompensados.

Ahora busquemos a Cristo por nosotros mismos, y encontrémoslo precioso para nuestras almas. Ministremos a nuestros hermanos tanto dentro como fuera de la iglesia. Es nuestro privilegio estar constantemente fortaleciendo a los que nos rodean, y derramando una influencia que bendiga y eleve. No sembréis las semillas de la envidia, la contienda y la duda. Que tu conversación sea santa ante Dios. Procurad por todos los medios que crezcáis hasta llegar a ser un templo apto para la morada del Espíritu Santo. Debéis ser piedras vivas, que reflejen y emitan la luz del Cielo. La verdad de Dios os ha sacado del mundo para que seáis escuadrados y labrados y equipados para el edificio celestial. El manto de vuestro carácter debe ser lavado hasta que quede sin mancha, en la fuente abierta para toda inmundicia. Tu valor moral será pesado en la balanza del santuario, y si resultas deficiente, sufrirás una pérdida eterna. Toda la grosería, toda la aspereza, deben ser eliminadas de tu carácter antes de que Jesús venga; porque cuando él venga, la preparación para cada alma habrá terminado. Si no habéis dejado a un lado vuestra envidia, vuestros celos, vuestro odio de unos contra otros, no podréis entrar en el reino de Dios. Sólo llevarías contigo la misma disposición; pero no habrá nada de este carácter en el mundo venidero. Nada existirá allí sino amor, alegría y armonía. Algunos tendrán coronas más brillantes que otros, pero no habrá pensamientos celosos en ningún corazón entre los redimidos. Cada uno estará perfectamente satisfecho, pues todos serán recompensados de acuerdo con su obra; porque "los que son sabios resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que convierten a muchos a la justicia, como las estrellas por los siglos de los siglos." Todos sabrán que los que han contribuido a ganar almas para Jesús se han comprometido en la obra más grande que jamás hayan empleado los poderes del hombre. ¿No dedicaremos toda nuestra energía a esta grande y noble obra, no buscando destruir y derribar, sino que con cada palabra y acto, con todo el tacto e influencia a nuestro alcance, trataremos de salvar y edificar a otros en la santísima fe?

"El que ama a su hermano permanece en la luz, y no hay en él tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos." Nos acercamos al tiempo en que los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos se fundirán con ardiente calor, y debemos apresurarnos a apartarnos de toda iniquidad, para que nuestra vocación y elección sean firmes. Esperamos cielos nuevos y tierra nueva, donde habitarán los justos por toda la eternidad. "Por lo cual, amados, estando en espera de tales cosas, procurad con diligencia ser hallados por él en paz, sin mancha e irreprochables".

17 de febrero de 1888

"Su servicio razonable"

[Sermón en Great Grimsby, Inglaterra, 24 de septiembre de 1886.]

EGW

"Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta."

En los tiempos del antiguo Israel, los sacerdotes examinaban críticamente cada ofrenda que se traía como sacrificio. Si se descubría algún defecto en el animal presentado para el servicio del santuario, era rechazado, pues el Señor había ordenado que la ofrenda fuera "sin defecto". Debemos presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo a Dios; y ¿no deberíamos procurar que la ofrenda fuera lo más perfecta posible? Dios nos ha dado todas las instrucciones necesarias para nuestro bienestar físico, mental y moral, y es deber de cada uno de nosotros poner nuestros hábitos de vida en conformidad con la norma divina, en todo particular. ¿Se complacerá el Señor con algo menos que lo mejor que podamos ofrecer? "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón". Si lo amas con todo tu corazón, desearás prestarle el mejor servicio de tu vida, y buscarás constantemente poner cada poder de tu ser en armonía con las leyes que promoverán tu capacidad para hacer su voluntad. No te sentirás satisfecho de presentar a tu misericordioso Padre celestial una ofrenda debilitada por la indulgencia del apetito y la pasión. Suplicarás la ayuda y la curación divinas. Y la gracia de Cristo te capacitará para vencer tus apetitos pervertidos y comenzar una obra de reforma en tu vida. No debes seguir las costumbres del mundo. "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento".

Cada facultad de nuestro ser nos fue dada para que pudiéramos prestar un servicio aceptable a nuestro Hacedor. Cuando, por el pecado, pervertimos los dones de Dios y vendimos nuestras facultades al príncipe de las tinieblas, Cristo pagó un rescate por nosotros, su propia sangre preciosa. "Murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos". Y ¿desperdiciaremos las energías que él ha rescatado a tan infinito precio, despreciando las leyes de la vida y de la moral?

Mirad el mundo de hoy. Hay miseria y dolor por todas partes, y el corazón se enferma al contemplar el sufrimiento indecible de la humanidad. Los muertos y los moribundos están continuamente ante nuestros ojos; pero no podemos culpar de esto a nuestro Padre celestial. El hombre se lo ha buscado a sí mismo por su desprecio pecaminoso de las leyes de Dios. El mundo se ha formado y practica los hábitos más imprudentes en cuanto a comer, beber y vestirse. El sufrimiento, la enfermedad y la muerte prematura siguen la estela de costumbres anárquicas y desconsideradas. En estos asuntos de vital importancia, los hombres y las mujeres siguen sus impulsos, sin consultar la razón ni considerar las experiencias de los demás. Lo que un apetito pervertido puede anhelar, eso deben tener. Pero Dios quiere que vivamos de acuerdo con la ley, para que, comamos o bebamos, o hagamos lo que hagamos, glorifiquemos a Dios y beneficiemos a nuestros semejantes.

Si somos siervos de Cristo, debemos luchar contra los males de esta época degenerada. Mientras la iniquidad de todo tipo está barriendo nuestro mundo como una inundación, debemos tomar una posición decidida sobre los requisitos de la Biblia, o seremos arrastrados a la ruina moral y física. Debemos tener fuerza moral para colocarnos, con firme determinación, en oposición a la iniquidad que abunda, o seremos vencidos. Es nuestro privilegio comprender las leyes de esta maravillosa estructura, la habitación humana, que Dios nos ha dado. La mente y el cuerpo deben preservarse en el mejor estado de salud posible para que podamos emprender nuestro trabajo en el mundo. Sé que se puede hacer mucho para conseguir un buen estado de salud. He sufrido cinco crisis de parálisis, y Dios, en su misericordia, me ha resucitado para ocupar mi lugar en la obra que me ha encomendado y tratar de beneficiar a otros con mi experiencia. Se me hizo la luz y vi la razón de mi débil salud. Me asombré de haber permanecido tanto tiempo en la ignorancia con respecto a las leyes de la vida. Mis hábitos no estaban en armonía con las condiciones necesarias para la salud. Mi alimentación no había sido la adecuada para dar vitalidad y fuerza al organismo. Estaba muy condimentada y era más estimulante que nutritiva. Los médicos dijeron que podía morir en cualquier momento, y decidí que si moría, moriría intentando corregir mis hábitos de vida perjudiciales. Decidí colocarme en una plataforma de estricta templanza. No consumía té ni café ni ninguna clase de vino o licor embriagante, por lo que no tenía que superar estos hábitos; pero había consumido carne y especias, comiendo comidas abundantes tres veces al día. Tuve que educarme para disfrutar de los granos y frutas simples y saludables que Dios ha provisto para las necesidades del hombre. Pero descubrí que todo el sacrificio que tuve que hacer fue doblemente recompensado con una renovada salud de cuerpo y mente. Había usado pimienta y mostaza en mi dieta; pero éstas no deben introducirse en el estómago humano. La delicada membrana se inflama, el saludable tono del estómago disminuye, y el apetito se pervierte, el gusto pierde su discernimiento, y los deliciosos sabores de los cereales, las verduras y las frutas se vuelven insípidos y desagradables.

Veo que en este país el vino y la cerveza, así como el té y el café, se colocan en sus mesas. Si os dierais cuenta de los efectos perjudiciales de estas cosas, las desterraríais de vuestra mesa. La vida lujosa y el uso del vino y la cerveza corrompen la sangre, inflaman las pasiones, producen enfermedades y os precipitan a la tumba. Las facultades están entumecidas. La percepción moral se embota y la mente se vuelve incapaz de distinguir entre el bien y el mal; las pasiones animales se fortalecen y ganan supremacía sobre la naturaleza intelectual y espiritual.

Este hecho se ilustra en el caso de Nadab y Abiú. El Señor había encendido un fuego sagrado, del cual los sacerdotes debían tomar carbones para quemar incienso delante del Señor. No debían usar fuego extraño en los servicios del santuario; pero, bajo los efectos de la bebida fuerte, los hijos de Aarón perdieron todo sentido de las cosas sagradas. Encendieron su incienso con fuego común y desatendieron el mandamiento de Dios. El Señor no excusó su pecado porque se hubieran incapacitado para sus deberes sagrados por la indulgencia en la bebida. Fueron excluidos de la congregación de Israel. El trato de Dios con estos transgresores debería ser una advertencia para los hijos de los hombres de hoy. Debéis ofrecer a Dios un sacrificio vivo, santo y agradable. A medida que se usen estos intoxicantes, seguirán los mismos efectos que en el caso de estos sacerdotes de Israel. La conciencia perderá su sensibilidad al pecado, y se producirá con toda seguridad un proceso de endurecimiento a la iniquidad, hasta que lo común y lo sagrado pierdan toda diferencia de significado.

Me han invitado aquí y allá a tomar el té con ciertas familias. Me alegré de tener la oportunidad de hablar con estos amigos, pero no podía tolerar su práctica perjudicial de beber té, no podía participar de esta bebida con ellos, o dar mi influencia para fomentar este hábito innecesario y perjudicial. Después de beber libremente, se pueden descubrir los efectos del té. La cara se ruboriza, los ojos se iluminan, se manifiesta un nuevo vigor y la mente parece anormalmente activa. El té es un estimulante, y sus efectos estimulantes no son ni duraderos ni beneficiosos. Lo mismo ocurre con el café. He oído a personas declarar que no podían vivir sin su café. Estaban lánguidos y desanimados, y no estaban en condiciones de emprender las tareas del día, pero después de tomar su café se sentían reanimados y animados; pero esta sensación de fuerza sólo se debía al estimulante que habían tomado. En realidad, estaban tan incapacitados para sus tareas como antes y sólo habían espoleado sus decaídas energías. Cuando la influencia del café hubo pasado, quedaron tan necesitados de otra taza como antes de haber tomado la primera.

Queremos una obra de reforma en nuestra tierra. Hay miles de personas que pueden atestiguar los beneficios de descartar estos lujos y beber de la fuente pura de la naturaleza. ¿Por qué debemos ir a China y Japón por los productos de una civilización atrasada? ¿Por qué no desterrar el frijol narcótico y la hierba venenosa, y entrar en armonía con las leyes sanitarias de la Biblia? Si seguimos un curso de acción que trae debilidad sobre nosotros, ¿cómo podemos presentar a Dios una ofrenda santa, un sacrificio vivo? Se nos exige que amemos a Dios con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos; pero estamos faltando a este alto requisito, si nos incapacitamos mediante hábitos dañinos para prestar un servicio aceptable a nuestro Hacedor y a nuestros semejantes. ¿Cómo podemos pensar profunda y seriamente en el plan de salvación, si nuestras mentes están nubladas, nuestros nervios intranquilos y nuestros cuerpos llenos de dolor y enfermedad? Si transgredimos a sabiendas las leyes de la salud, Dios no puede sostenernos y confortarnos con su gracia. Esto sólo nos alentaría a obrar mal. Debemos poner nuestros pies en el camino de la rectitud, y hacer todos los esfuerzos que podamos para caminar rectamente, y entonces podremos apropiarnos de las ricas promesas, y nos daremos cuenta de que somos guardados por el poder de Dios mediante la fe para salvación.

Debemos estar a la altura de la sociedad del Cielo. Queremos tener derecho al árbol de la vida. Queremos entrar en esa ciudad donde nada que contamine entrará jamás. Nuestro

carácter debe alcanzar la norma de la santidad. Todo pensamiento y hábito debe armonizarse con la voluntad de Dios. Jesús vino a nuestro mundo para ser nuestro Salvador y ejemplo, y sólo en su nombre podemos obtener la victoria sobre la naturaleza pervertida. Él venció en favor del hombre, y por su gracia podemos llegar a ser "partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". Él "padeció, siendo tentado" durante cuarenta días, en el desierto solitario, soportó el ayuno y la tentación para que el hombre pudiera tener ayuda para vencer las ansias del apetito, y vivir, no sólo de pan, "sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." Permaneció en su integridad, vencedor, y por medio de él los hijos de Adán pueden ser también vencedores. Aquellos que ponen sus energías contra la indulgencia pecaminosa del apetito, tendrán su divina ayuda y simpatía, y "el que persevere hasta el fin será salvo."

24 de febrero de 1888

"La luz de la vida"

EGW

El Redentor del mundo dijo: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."

Los que sigan las huellas de Jesús, el manso y humilde, sentirán que la luz de la vida ilumina su camino. Dijo el profeta: "Tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad espesa los pueblos; pero el Señor se levantará sobre ti, y su gloria será vista sobre ti." Mientras el mundo yace bajo la burda sombra del error, la ignorancia, la superstición y la muerte, el seguidor de Jesús camina en una atmósfera radiante de luz espiritual. A medida que se aparta de las tradiciones y costumbres del mundo, levanta la cruz y entra en el camino de la verdad, descubre que "la senda del justo es como la luz resplandeciente que brilla más y más hasta el día perfecto." Cada paso de fe y obediencia le lleva a una conexión más estrecha con la luz del mundo, en quien "no hay tiniebla alguna".

El creyente en Jesús tiene derecho a esperar una experiencia rica y abundante. Es su privilegio, si ha cumplido las condiciones, alegar y reclamar las promesas de Dios, y si lo hace, recibirá según su fe. Pablo escribe sobre su deseo de que los hermanos de Éfeso lleguen a comprender la altura del privilegio del cristiano. Dice: "Por esto doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma su nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su espíritu en el hombre interior; para que habite Cristo por la fe en vuestro corazón, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

El apóstol Pablo había sido grandemente bendecido. Había sido arrebatado al tercer cielo, y había oído cosas que no es lícito al hombre decir. Se le había mostrado la abundancia de bendiciones que el Señor está dispuesto a conceder a los que aman su servicio y guardan sus mandamientos. Sabía qué excelsos privilegios corresponden a los hijos obedientes de Dios, y deseaba fervientemente que se cumpliesen en su experiencia las gloriosas promesas. En

medio de las tinieblas del error, los engaños de Satanás, la oposición de los enemigos, la prueba y el conflicto con los principados y las potestades, habían de ser hijos de luz. Él abre ante ellos, en el lenguaje más comprensivo, el maravilloso conocimiento y poder que podrían poseer como hijos e hijas del Altísimo. Lo suyo era "ser fortalecidos con poder por su espíritu en el hombre interior", estar "arraigados y cimentados en amor", "comprender cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura; y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento"; pero la oración del apóstol alcanza el clímax del privilegio, cuando ruega que "seáis llenos de toda la plenitud de Dios".

Detengámonos en esta maravillosa oración, registrada para que comprendamos qué alturas de logro podemos alcanzar, mediante la fe en las promesas de nuestro Padre celestial, cuando cumplimos sus requisitos. Por los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del poder infinito. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas?". El Padre dio el Espíritu sin medida a su Hijo, y nosotros también podemos participar de su plenitud. Jesús dice: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?". "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". La oración del apóstol sólo alcanza la exaltación de la promesa.

¡Qué maravilla que la humanidad, vasija de barro, pueda recibir el tesoro de la luz y del poder de Dios; que pueda llenarse de la plenitud de su gracia! Jesús fue ungido "con el Espíritu Santo y con poder", y "anduvo haciendo el bien". Este es el resultado de recibir la unción del Cielo. Si estás lleno del Espíritu Santo obrarás las obras de Cristo, buscarás la salvación de los que te rodean, y "así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

Antes de su ascensión, Jesús había prometido a los discípulos que vendría el Consolador. Dijo: "He aquí, yo envío la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto." Y el día de Pentecostés, "estaban todos unánimes en un mismo lugar; y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo". El bautismo del Espíritu Santo era esencial para el éxito del ministerio en la época primitiva del Evangelio; pero no es menos necesario en esta época en que "tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las gentes." Y el Señor ha prometido el mismo poder espiritual vivificador a sus siervos en estos días. "Acontecerá en los postreros días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños."

Purifiquemos nuestras almas obedeciendo a la verdad, levantando "manos santas, sin ira y sin dudar", para que podamos obtener este don celestial, y comprender, por una bendita experiencia, cuál es el significado de las palabras del apóstol: "Llenos de toda la plenitud de Dios". Entonces no habrá duda de que "haréis todas las cosas sin murmuraciones ni contiendas; para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una nación torcida y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminas en el

mundo." Obraréis "por vuestra salvación con temor y temblor," sabiendo que "Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad." Debes acercarte más a Jesús. Hay una gran obra que hacer en el mundo, y tu influencia es de tan largo alcance como la eternidad. Debes estar arraigado y cimentado en la verdad. Si Cristo, la esperanza de gloria, está en ti, la luz del Cielo brillará desde ti en la oscuridad moral del mundo, y las almas serán guiadas a la luz de la vida. Serás un vaso escogido, a través del cual Dios hará manifiestas las riquezas de su poder salvador. Cristo será en ti "una fuente de agua que salta para vida eterna". Serás refrescado diariamente por las corrientes de su salvación, y serás fuente de refrigerio para los que te rodean, porque de ti "correrán ríos de agua viva." La belleza de la santidad se verá en tu vida, porque la hermosura de Cristo se pondrá sobre ti. Serás un portador de luz en el mundo. Nada menos que esto será consistente con tu santa fe y exaltado llamamiento. Tu ejemplo e influencia deben estar totalmente del lado del Señor. Nuestro Maestro ha dicho que "el que no recoge conmigo, desparrama".

Una religión formal, una fe débil, no corresponden a la verdad que profesamos. Exige energía viva y fervor de espíritu. Debemos sentirla con el corazón, si queremos que llegue al corazón de los demás. Debe ser apreciada con intenso amor, si queremos que otros sientan lo sagrado y precioso de sus pretensiones. Todos los que quieran comprometerse en la obra de salvar almas, deben sentir su dependencia de Dios. Los dotados y elocuentes, si sus talentos están enteramente dedicados a Dios, pueden ser usados en la obra más grande que jamás haya ocupado los poderes del hombre; pero los de menor habilidad, si están revestidos de humildad, pueden llegar a ser hombres de fe y poderosos en las Escrituras. El que es manso de espíritu, el que es más puro y más semejante a un niño, será fortalecido para la batalla. Será "fortalecido con poder por su Espíritu en el hombre interior". El que siente su debilidad y lucha con Dios, como lo hizo Jacob, y como este siervo de antaño clama: "No te soltaré si no me bendices", saldrá con la fresca unción del Espíritu Santo. La atmósfera del Cielo lo rodeará. Irá haciendo el bien. Su influencia será una fuerza positiva que actuará sobre los demás. Será una epístola viviente, conocida y leída por todos los hombres. Sabrá que el Capitán de su salvación espera que haga lo mejor que pueda, y lo hará con alegría.

No hay excusa para que nadie se vuelva débil, ineficaz e infiel. La promesa es para nosotros: "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero que pida con fe, sin vacilar". ¿No hay algunos de nosotros que se parecen demasiado a aquel hombre que se acercó al ministro, quejándose de que no había sido bendecido, que no sentía alegría; Dios no respondía a sus oraciones aunque había rogado una y otra vez por una bendición. "Bien", dijo el ministro, "arrodillémonos aquí y digámosle al Señor cómo está el asunto". Después de que ambos hubieron orado, el ministro le preguntó si se sentía mejor. El hombre respondió: "No me siento mejor que antes de rezar. No esperaba ser bendecido, y no lo soy". Se había burlado de la oración. No creyó que el Señor le respondería, y recibió justo lo que su fe había reclamado. ¿Es de extrañar que tales oraciones no sean contestadas? "Todo lo que no es de fe es pecado". ¿Consideras esto, cuando ofreces tus peticiones sin fe? ¿Te detienes a considerar cómo estás deshonrando a Dios y empobreciendo tu propia alma? Si pudieras darte cuenta del mal que estás haciendo, dejarías de burlarte con devociones sin sentido.

Acércate a Dios con fe y humildad. Suplícale hasta el amanecer, si es necesario, hasta que tu alma entre en una relación tan estrecha con Jesús, que puedas poner tu carga a sus pies, y

decir: "Yo sé a quién he creído." El Señor es "poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos". Nuestros corazones fríos y sin fe pueden ser vivificados en sensibilidad y vida, hasta que podamos orar en fe, predicar en fe, y decir: "La vida que ahora vivo en la carne la vivo por la fe del Hijo de Dios." Busquemos la plenitud de la salvación de Cristo. Seguid las huellas del Hijo de Dios, porque su promesa es: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."

2 de marzo de 1888

Un nombre inmortal

[Sermón en Copenhague, Dinamarca, 11 de octubre de 1886.]

EGW

Los devotos hijos de Dios no son apreciados ni valorados por el mundo. El mundo no valoraba a su divino Maestro. El discípulo amado escribe: "Por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció". El Hijo de Dios se hizo sin reputación. Fue despreciado y rechazado por los hombres; y el siervo no es mayor que su señor. Pero mientras el mundo echa fuera los nombres de los hijos de Dios, si ellos están humildemente haciendo su trabajo designado están ganando un nombre inmortal. No están escribiendo en la arena, como los hijos de este mundo, sino que sus nombres están trazados en el Libro de la Vida del Cordero para eterno recuerdo.

El afán de los hijos de Dios no es ser altamente estimados por quienes los rodean, tener títulos de honor y la alabanza de los hombres, sino ser aprobados ante el Cielo y agradar al Padre y al Hijo. Su deseo es amontonar todas las buenas obras posibles, en sus vidas, para ser un sabor de Cristo, para representar su carácter al mundo, y así honrar y glorificar al Dios del Cielo.

No son infelices porque son llamados a negarse a sí mismos y a trabajar en las obras de Cristo. Se dan cuenta de que cuanto menos egoísmo hay en la vida, más afluye la alegría del Cielo. El Salvador oró para que su alegría se cumpliera en sus discípulos. El amor de Jesús, expresado en cada acto de nuestra vida, mientras somete al yo, no dejará de traer paz y cantos de alabanza a nuestros corazones. La mansedumbre, la paciencia, la dulzura y la bondad del verdadero cristiano irradian un resplandor sobre todos aquellos con quienes se relaciona.

Aquellos que entran en una relación sagrada con el Dios del Cielo no son abandonados a la debilidad y debilidad natural de sus naturalezas. Son invitados por el Salvador: "Que eche mano de mi fuerza, para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo". Se les imputa la justicia de Cristo, y Él les da poder para llegar a ser hijos de Dios. El mundo pierde todo atractivo para ellos, pues buscan un país mejor, una recompensa eterna, una vida que ha de continuar a través de edades interminables. Este es el tema de su pensamiento y conversación. La palabra de Dios se vuelve sumamente preciosa. Disciernen las cosas espirituales. Se regocijan en "la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo". Anhelan ver al Rey en su hermosura, a los ángeles que nunca han caído, y la tierra de inmarcesible florecimiento.

En el camino de todos los que buscan la corona, está la cruz. Si queremos participar con Cristo en su gloria, debemos estar dispuestos a compartir con Él sus sufrimientos. Si queremos reflejar su imagen gloriosa, debemos someternos al moldeado divino, debemos seguir las huellas del Hombre del Calvario. Dios tiene derechos sobre cada uno de nosotros. Nos creó, nos redimió con un sacrificio infinito. Ha prometido al vencedor la gran recompensa de la eternidad. ¿Por qué nos aferramos a todo lo que le ofende? ¿Por qué no separarnos de todo pecado y perfeccionar la santidad ante Él? La única recompensa del pecado es el inefable dolor y la muerte; pero los justos estarán a su diestra en la plenitud del gozo, en su presencia donde hay placeres para siempre.

"Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es". ¡Qué promesa es ésta de que participaremos de la gloria de nuestro Redentor! Los brillantes rayos del Sol de Justicia brillan sobre los siervos de Dios, y ellos han de reflejar sus rayos. Así como las estrellas nos dicen que hay una gran luz en el cielo, con cuya gloria brillan, así los cristianos deben manifestar que hay un Dios en el trono del universo, cuyo carácter es digno de alabanza e imitación. Así como Cristo es puro en su esfera, así el hombre puede ser puro en la suya. Aquellos que, al contemplar, se han transformado en la imagen moral de Cristo, se revestirán de inmortalidad e incorrupción en su aparición, y serán arrebatados para estar eternamente con el Señor.

Todo el Cielo está interesado en nuestra salvación. Los ángeles de Dios caminan por las calles de estas ciudades y marcan las obras de los hombres. Registran en los libros de la memoria de Dios las palabras de fe, los actos de amor, la humildad de espíritu; y en el día en que la obra de cada hombre será probada de qué clase es, la obra del humilde seguidor de Cristo resistirá la prueba, y recibirá el encomio del Cielo. "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre".

Somos demasiado infieles. No tomamos las promesas de Dios y bebemos en su rico significado. Dejamos que la duda excluya el consuelo de las seguridades de Dios. Supongamos que un hombre en este reino fuera condenado a muerte, pero antes de que la sentencia fuera ejecutada, un noble, que podía liberarlo, tuvo compasión de él, y dijo: "Yo moriré en su lugar", y los grilletes fueron quitados, el prisionero quedó libre, mientras que el noble murió. ¡Qué gratitud despertaría en el corazón del condenado! Jamás olvidaría a su libertador. La hazaña del noble sería anunciada por todo el mundo. Esto es lo que Jesús, el príncipe del Cielo, ha hecho por nosotros. Cuando estábamos condenados a muerte, vino a rescatarnos, a liberarnos de la esclavitud de Satanás y a librarnos de la muerte eterna. Con su sangre preciosa pagó la pena de nuestra transgresión. ¿No se despierta en vuestros corazones la gratitud por este amor maravilloso? ¿No estáis decididos a entregar todo lo que tenéis y sois al servicio de tal Salvador? ¿No os convertiréis en obreros junto con Dios, buscando la salvación de aquellos por quienes Cristo murió?

No perderás nada conectándote con el Rey del universo. Él "es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría". Él te dará la bienvenida al hogar de los bienaventurados. Allí verás que "nuestra ligera aflicción, que es momentánea, nos produce un peso de gloria muchísimo mayor y eterno." "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le

aman". ¿Qué mayor prueba podríamos pedir del amor de Dios que la que él nos ha dado? Meditemos en sus ricas promesas, hasta que nuestros corazones se derritan en ternura y devoción.

Jesús te invita, con palabras que conmueven el corazón por su amor compasivo y su piedad. Dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". ¿Has experimentado este bendito descanso, o desprecias esta invitación a hacerte confidente de Jesús? ¿Desahogas tus tribulaciones y quejas en oídos humanos? ¿Vas en busca de ayuda a los que no pueden darte descanso, y desatiendes la amorosa llamada del poderoso Salvador? Ten fe en Dios. Cree en las preciosas promesas. Acude a Jesús con la sencillez de un niño y di: "Señor, he soportado estas cargas tanto como he podido, y ahora las pongo sobre el Cargador". No vuelvas a recogerlas, sino déjaselas todas a Jesús. Vete libre, pues Jesús te ha liberado. Él dijo: "Yo os haré descansar". Tómale la palabra. En lugar de tu propio yugo irritante de cuidados, lleva el yugo de Cristo. Él dice: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Aprended de él, que es "manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". Fijad vuestros ojos en Jesús. Él es la luz del mundo, y declara: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."

Puedes mostrar al mundo que hay poder en la religión de Cristo. Jesús ayudará a los que le buscan de todo corazón a vencer al mundo, a la carne y al diablo. Cuando sigas la luz, caminando por el sendero de la verdad, reflejarás los rayos de la gloria, y serás como una ciudad asentada sobre un monte que no puede ocultarse. Cuando se abran los libros del recuerdo, tus palabras, tus obras de amor, serán aceptables ante Dios; tus vestiduras, lavadas en la sangre del Cordero, serán inmaculadas; la justicia de Cristo será puesta sobre ti, y se te dará un nombre nuevo, inmortal.

9 de marzo de 1888

La necesidad de humildad

EGW

"Humillaos ante el Señor, y él os elevará".

No se nos encomienda la tarea de exaltarnos a nosotros mismos. No tenemos que esforzarnos por ocupar el lugar más alto en la estimación de los demás, ni buscar la supremacía de nuestras opiniones en los consejos de nuestros hermanos. La tarea que Dios nos señala es la de humillarnos a nosotros mismos. Debemos "hacer justicia, amar la misericordia y andar humildemente" ante Dios. No debemos fomentar la autoestima y el orgullo personal, ni abrigar la idea de que no se nos aprecia y de que se subestima nuestra capacidad. Es nuestro trabajo asumir nuestros deberes, por humildes que sean, y realizarlos con fidelidad y valentía, haciendo todas las cosas "de corazón, como para el Señor."

Somos propiedad de Dios; y ¿no estaremos dispuestos a permanecer en la suerte que él nos asigne, confiando en su juicio, y aceptando agradecidos el privilegio de ser colaboradores

suyos en cualquier parte de su viña? Si somos capaces de un servicio mayor, de una obra más importante, el Señor lo sabe todo, y es obra suya elevarnos. Cuán agradecidos deberíamos estar por no tener que cargar con la responsabilidad de estimar nuestra propia capacidad y elegir nuestro propio lugar y posición. Es nuestro deber ejercitar los talentos que Dios nos ha dado, y estudiar para mostrarnos aprobados a Dios, "como obreros que no tienen de qué avergonzarse." Todo deber debe cumplirse con fidelidad y esmero, y la sonrisa de Dios reposará sobre aquel que sea "fiel en lo más pequeño." Dedicar a Dios el servicio humilde, y a su debido tiempo serás hecho "señor sobre muchas cosas." Entregaos sin reservas a Dios, y confiad en su amor y sabiduría para disponer de todos vuestros intereses y asuntos.

Dice el apóstol: "Así también vosotros, los más jóvenes, someteos a los mayores. Someteos todos unos a otros y revestíos de humildad, porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros." Oh, que todos los que profesan el nombre de Cristo entre nosotros prestasen atención a la admonición y se humillasen, asumiesen todo deber y cooperasen con Cristo en la obra de la salvación. Si así se hiciera, no nos quejaríamos de la falta de espiritualidad, pues las lluvias de la bendición de Dios caerían sobre su iglesia. Toda murmuración por las dificultades del camino se transformaría en cantos de acción de gracias y de alabanza a Dios, porque Él os elevaría según su promesa.

Cultiva la preciosa gracia de la humildad. Esto te hará valioso a los ojos del Cielo, porque "Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes." Los que se estiman a sí mismos más de lo debido, se convierten en el centro de sus pensamientos. Descuidan su deber para con sus semejantes, pues no cultivan ese espíritu tierno y cuidadoso que debe caracterizar al siervo de Cristo. Todo su cuidado se gasta en los intereses propios; pero Dios quiere que mostremos una cortesía considerada hacia los demás. No debemos establecer nuestras opiniones individuales como infalibles. Debemos respetar las opiniones de los demás. Dios quiere que aconsejemos juntos. Debemos ser dóciles, enseñables, amables unos con otros, sin luchar por ser considerados los más grandes y recibir los más altos honores.

Pablo escribe: "Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos con amor los unos a los otros; procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz." Debe ser el esfuerzo constante de todo discípulo del manso y humilde Jesús, guardar "la unidad del espíritu en el vínculo de la paz." Es el deseo de la exaltación del yo lo que trae discordia y disensión entre los hermanos. Si todos fueran "afectuosamente afectuosos unos con otros con amor fraternal, en honor prefiriéndose unos a otros", la paz de Cristo moraría en medio de nosotros y reinaría en nuestros corazones.

Jesús, el precioso Salvador, era la majestad del Cielo; pero vino a nuestro mundo y caminó entre los hijos de los hombres, no como un rey que exigía homenaje, sino como alguien cuya obra era servir a los demás. Estimó al hombre por el precio que pagó por su redención. Dijo: "Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos". Su preocupación constante no era cómo podría obtener los servicios de los hombres, sino cómo podría ayudar y bendecir a la humanidad. Su corazón había sido tocado por la compasión hacia un mundo caído, y dejó los atrios celestiales, revistió su divinidad de

humanidad, se despojó a sí mismo de toda reputación, "tomó la forma de siervo" y "se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz", para que pudiéramos ser limpiados del pecado y participar de su gloria eterna. La cruz de Cristo avergüenza nuestros deseos y ambiciones egoístas, nuestra lucha por la posición y el honor de los hombres. Jesús fue "despreciado y desechado por los hombres, varón de dolores y experimentado en quebranto"; ¿y esperarán sus seguidores ser exaltados y favorecidos? Cristo es nuestro ejemplo, y nos dice a cada uno de nosotros: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". ¿Hemos aprendido esta preciosa lección en la escuela de Cristo? Si no lo hemos hecho, que nuestro primer trabajo sea buscar el espíritu humilde de Jesús; porque no somos aptos para ser maestros de la verdad hasta que hayamos aprendido este primer gran principio de la verdadera religión: "Cualquiera de vosotros que quiera ser el primero, será siervo de todos".

Dios nos libre de ser engañados. Debemos estudiar la vida de Cristo, porque al contemplarla hemos de cambiar. Debemos ser como Cristo o nunca lo veremos tal como es. Debemos permanecer constantemente en la Vid, si queremos producir frutos de justicia. Con fe viva debemos presentar nuestras peticiones al Salvador compasivo, pues "sin fe es imposible agradarle; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan". Podemos asirnos del brazo de la fuerza infinita, y extraer de la fuente del poder infinito. Debemos tener individualmente más de la gracia de Cristo. Queremos estar asentados, arraigados y cimentados en la fe. Estamos llamados a ser audaces y fieles soldados de Jesús. No necesitamos ser débiles e ineficientes en la obra de Dios. Cada necesidad ha sido provista en el gran regalo del Cielo. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas gratuitamente?".

Es necesario elevar nuestros pensamientos para que se detengan en las promesas de Dios. Es necesario alentar nuestra fe y esperanza mediante el ejercicio. Poned vuestra alma ante vuestro Padre celestial en toda su debilidad y carencia, y repetid las seguridades de su palabra, y reclamad su cumplimiento, no porque seáis dignos, sino porque Cristo ha muerto por vosotros. Alegad los méritos de su sangre y tomad al Señor por su palabra. Debemos aprender el sencillo arte de la confianza perfecta; y seremos "guardados por el poder de Dios mediante la fe para salvación". Que nada se interponga entre tu alma y Cristo. No permitas que ningún pecado se interponga entre tu alma y Cristo. Presenta a Dios todo tu cuerpo, alma y espíritu en sacrificio vivo, santo y agradable.

Cuando te sientas tentado a dar expresión a la duda, refrena tus palabras. Educa tus labios para alabar a tu Creador y Redentor. La alabanza pertenece a Dios, porque él está lleno de bondad amorosa y tierna misericordia. Que la frialdad y la ingratitud no aten vuestras almas y os alejen de Cristo, que es vuestra única esperanza.

No debemos concedernos tanto tiempo y atención a nosotros mismos. No estudiamos la vida de nuestro Ejemplo como deberíamos. Su vida fue una de continua abnegación, sacrificio y carga de cruz, y nosotros, los súbditos de su gracia, los objetos de su gran amor, ¿nos encontraremos deprimidos y desanimados porque tenemos pruebas que enfrentar y sacrificios que hacer? ¿Nos lamentaremos y quejaremos porque el camino que conduce al cielo y a la vida eterna es estrecho y angosto? Jesús recorrió cada paso del camino delante de nosotros,

y ¿no tomaremos con gusto la cruz y diremos: "Te seguiré, Salvador mío, adondequiera que me conduzcas"?

Si todos camináramos tras las huellas del Hombre del Calvario, nuestros corazones orgullosos serían subyugados por la gracia de Cristo. No habría contienda entre los hermanos, sino que en humildad de ánimo cada uno estimaría a los demás mejor que a sí mismo. Vuestro amor mutuo se expresaría en palabras y actos de ternura, y esta fría dureza de corazón sería derretida por el amor de Jesús. Obedeceríais el mandato del apóstol, cuando dice: "Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia a la verdad por el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, procurad amaros unos a otros con fervor de corazón puro."

Hemos de ser cristianos en crecimiento, creciendo en "el conocimiento del Hijo de Dios, hasta un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo". Hemos de ser piedras vivas en el templo de Dios; y ahora debemos soportar el labrar, el cincelar, el escuadrar del Maestro constructor, hasta que toda aspereza sea quitada, y nuestros caracteres sean pulidos y perfeccionados para el edificio celestial. Hay muchos que dicen creer en la verdad y se contentan con sus defectos de carácter. No se esfuerzan por reformarse, ni buscan seriamente una aptitud para comparecer ante Dios; pero todo el que entre en el Cielo entrará como vencedor, y agitará la rama de palma de la victoria. No hay necesidad de deficiencia. Cristo es un Salvador perfecto, y quienes lo busquen de todo corazón descubrirán que donde abundó el pecado, sobreabundará la gracia. No hay razón para que no seamos vencedores. Dios "nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". No debemos vivir como el mundo. Debemos mostrar que la gracia de Cristo tiene una influencia santificadora en nuestras vidas. Nuestros apetitos y pasiones naturales deben estar bajo el control del Espíritu Santo. Debemos revelar a Cristo en nuestras palabras y acciones diarias. Él soportó el reproche, el insulto, la vergüenza, la burla. Fue rechazado, calumniado, crucificado, para que pudiéramos reflejar su imagen y ser perfeccionados en su justicia. Cuando no meditamos en el ejemplo de Cristo, no comprendemos su significado, y nos volvemos sensibles y poco dispuestos a soportar la dureza. Evitamos ser partícipes de sus sufrimientos. Perdemos de vista la cruz del Calvario, mientras que el yo atrae nuestra atención y reclama nuestro cuidado y afecto.

Cambiamos nuestro curso de acción. La norma de Dios debe ser nuestra norma, o no tendremos vida eterna. Todavía estamos en las preciosas horas de prueba, "y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados". Él llevó a cabo el maravilloso plan de la redención, y unió al hombre caído y finito con el Dios santo e infinito. El mundo que Satanás había reclamado y dominado con cruel tiranía, el Hijo de Dios, mediante una vasta hazaña, lo rodeó con su amor y lo conectó de nuevo con el trono de Jehová. Querubines y serafines, y las innumerables huestes del Cielo, entonaron himnos de alabanza a Dios y al Cordero, cuando este triunfo quedó asegurado. Los mundos se regocijaron porque se había abierto el camino de la salvación para el hombre rebelde, y porque la tierra sería redimida de la maldición del pecado; y nosotros, que somos los objetos de su inmerecido favor, ¿seremos poco agradecidos del amor de Dios? ¿Cómo escaparemos, si descuidamos tan grande salvación?

Se nos invita a "acercarnos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro". Tenemos un abogado ante el Padre, que aboga en nuestro favor con poder prevaleciente. La intercesión de Cristo es la de un cuerpo traspasado y quebrantado. Es la intercesión de una vida sin mancha y victoriosa, la súplica de todas las heridas del Calvario. Es la intercesión de nuestro gran Sumo Sacerdote, que siente nuestras debilidades, que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. "Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos".

Despojémonos, pues, de toda exaltación propia. Mientras la cruz del Calvario permanezca como un monumento del costo de nuestra salvación, como un recordatorio del asombroso amor y humillación del Rey de gloria, caminemos a su sombra, y tratemos de reflejar el carácter de nuestro Redentor. Acudid a él como a un Salvador perfecto, porque él ha dicho: "Al que a mí viene, no le echo fuera". No hay razón para que tratemos de exaltarnos a nosotros mismos, pues estamos llenos de debilidad. Al darte cuenta de esto, confía en aquel cuya gracia te basta, porque "tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros." Por tanto, "humíllate ante los ojos del Señor, y él te exaltará"; porque "el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido." Que el yo y el interés propio se pierdan en los grandes temas de la redención. "Manifestad las alabanzas de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". El Señor dice: "El que ofrece alabanzas me glorifica; y al que ordena bien su conducta le mostraré la salvación de Dios."

16 de marzo de 1888

Confesión aceptable

EGW

"El que encubre sus pecados no prosperará; pero el que los confiesa y los abandona tendrá misericordia".

Las condiciones para obtener la misericordia de Dios son sencillas, justas y razonables. El Señor no exige que hagamos alguna cosa penosa para que podamos obtener el perdón de los pecados. No necesitamos hacer largas y fatigosas peregrinaciones, ni cumplir penosas penitencias para encomendar nuestras almas al Dios del Cielo, o para expiar nuestra transgresión; sino que el que confiesa y abandona su pecado tendrá misericordia. Esta es una preciosa promesa dada al hombre caído para animarle a confiar en el Dios del amor, y a buscar la vida eterna en su reino.

Leemos que Daniel, el profeta de Dios, era un hombre "muy amado" por el Cielo. Ocupaba una alta posición en los atrios de Babilonia, y servía y honraba a Dios tanto en la prosperidad como en la prueba; y sin embargo se humilló y confesó su pecado, y el pecado de su pueblo. Con profundo dolor de corazón reconoció: "Hemos pecado, y hemos cometido iniquidad, y hemos hecho impiamente, y nos hemos rebelado, apartándonos de tus preceptos y de tus juicios; y no hemos escuchado a tus siervos los profetas, que hablaron en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes y a nuestros padres, y a todo el pueblo de la tierra. A ti, Señor, te

pertenece la justicia, pero a nosotros la confusión de rostros, como en este día; a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a todo Israel, los que están cerca y los que están lejos, por todos los países adonde los has expulsado, a causa de su prevaricación con que se han rebelado contra ti."

Daniel no trató de excusarse a sí mismo ni a su pueblo ante Dios, sino que, con humildad y contrición de alma, confesó el alcance y el demérito de sus transgresiones, y reivindicó los tratos de Dios como justos hacia una nación que había hecho caso omiso de sus exigencias y no se había beneficiado de sus ruegos.

Hay una gran necesidad hoy en día de tal arrepentimiento y confesión sinceros de corazón. Aquellos que no han humillado sus almas ante Dios reconociendo su culpa, no han cumplido aún la primera condición de la aceptación. Si no hemos experimentado ese arrepentimiento del que no hay que arrepentirse, y no hemos confesado nuestro pecado con verdadera humillación de alma y quebrantamiento de espíritu, aborreciendo nuestra iniquidad, nunca hemos buscado verdaderamente el perdón de los pecados; y si nunca lo hemos buscado, nunca hemos hallado la paz de Dios. La única razón por la que no podemos tener remisión de los pecados pasados, es que no estamos dispuestos a humillar nuestros corazones orgullosos, y cumplir con las condiciones de la palabra de verdad. Hay instrucción explícita dada con respecto a este asunto. La confesión de los pecados, ya sea pública o privada, debe ser sincera y libremente expresada. No debe ser exigida por el pecador. No debe hacerse de una manera frívola y descuidada, o forzada por aquellos que no se dan cuenta del carácter aborrecible del pecado. La confesión que está mezclada con lágrimas y dolor, que es la efusión de lo más íntimo del alma, encuentra su camino hacia el Dios de la piedad infinita. Dice el salmista: "Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu".

Hay demasiadas confesiones como la del Faraón cuando sufría los juicios de Dios. Reconoció su pecado, para escapar de un castigo mayor, pero volvió a su desafío al Cielo tan pronto como se detuvieron las plagas. La confesión de Balaam fue de carácter similar. Aterrorizado por el ángel que se interponía en su camino con la espada desenvainada, reconoció su culpa, para no perder la vida. No había en su confesión arrepentimiento genuino del pecado, ni contrición, ni conversión de propósito, ni aborrecimiento del mal, ni valor o virtud. Judas Iscariote, después de traicionar a su Señor, volvió a los sacerdotes, exclamando: "He pecado entregando la sangre inocente". Pero su confesión no era de tal carácter que lo encomendara a la misericordia de Dios. Fue forzada a salir de su alma culpable por un horrible sentido de condenación y una temerosa espera del juicio. Las consecuencias que se derivarían para él, lo llevaron a reconocer su gran pecado. No había en su alma un dolor profundo y desgarrador por haber entregado al Hijo de Dios para que fuera escarnecido, azotado y crucificado, por haber entregado al Santo de Israel en manos de hombres malvados y sin escrúpulos. Su confesión sólo fue impulsada por un corazón egoísta y oscurecido.

Cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, sintieron vergüenza y terror. Al principio su único pensamiento fue cómo excusar su pecado ante Dios y escapar a la temida sentencia de muerte. Cuando el Señor les preguntó por su pecado, Adán respondió, atribuyendo la culpa en parte a Dios y en parte a su compañera: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y comí". La mujer echó la culpa a la serpiente, diciendo: "La serpiente me engañó, y

comí". ¿Por qué hiciste a la serpiente? ¿Por qué permitiste que entrara en el Edén? Éstas eran las preguntas implícitas en su excusa por su pecado, cargando así a Dios con la responsabilidad de su caída. El espíritu de autojustificación se originó en el padre de la mentira, y ha sido exhibido por todos los hijos e hijas de Adán. Confesiones de este orden no son inspiradas por el Espíritu divino, y no serán aceptables ante el Cielo. El verdadero arrepentimiento llevará a los hombres a cargar ellos mismos con su culpa, y a reconocerla sin engaño ni hipocresía. Como el pobre publicano, que ni siquiera levanta los ojos al cielo, se golpeará el pecho y clamará: "Dios, sé propicio a mí, pecador", y los que reconozcan su culpa serán justificados, porque Jesús invocará su sangre en favor del alma arrepentida.

No es una degradación para el hombre inclinarse ante su Hacedor y confesar sus pecados y suplicar el perdón a través de los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Es noble reconocer tu mal ante Aquel a quien has herido por la transgresión y la rebelión. Te eleva ante los hombres y los ángeles, pues "el que se humilla será exaltado". Pero el que se arrodilla ante el hombre caído, y abre en confesión los pensamientos secretos y las imaginaciones de su corazón, se deshonor a sí mismo degradando su hombría, y degradando todo noble instinto de su alma. Al revelar los pecados de su vida a un sacerdote corrompido por el vino y el libertinaje, se rebaja el nivel de su carácter y, en consecuencia, se contamina. Su concepto de Dios se degrada a la semejanza de la humanidad pecaminosa, pues el sacerdote es un representante de Dios. Es esta confesión degradante del hombre al hombre caído, lo que explica gran parte de la creciente maldad que está contaminando al mundo, y preparándolo para la destrucción final.

Hay confesiones que el Señor nos ha ordenado hacernos unos a otros, pero son de un orden enteramente diferente. Si has ofendido a tu hermano de palabra o de hecho, debes "reconciliarte primero con tu hermano," antes de que tu adoración sea aceptable al cielo. Dice el apóstol: "Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados". Esta escritura se ha interpretado para sostener la práctica de ir al sacerdote para la absolución, pero no tiene tal aplicación. Confiesa tus pecados a Dios, que es el único que puede perdonarlos, y tus faltas unos a otros. Si has ofendido a tu amigo o a tu prójimo, debes reconocer tu falta, y es su deber perdonarte libremente. Luego debes buscar el perdón de Dios, porque el hermano a quien heriste es propiedad de Dios, y al herirlo pecaste contra su Creador y Redentor. El caso no se presenta ante el sacerdote, sino ante el único verdadero mediador, nuestro gran Sumo Sacerdote, que "fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado", y que "sintió nuestras flaquezas", y puede limpiar toda mancha de iniquidad.

Cuando David pecó contra Urías y su mujer, suplicó perdón a Dios. Declara: "Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho este mal ante tus ojos". Todo mal hecho a otros se remonta desde el ofendido hasta Dios. Por eso David pide perdón, no a un sacerdote, sino al Creador del hombre. Reza: "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones".

La verdadera confesión es siempre de carácter específico y reconoce pecados particulares. Pueden ser de tal naturaleza que sólo deben ser presentados ante Dios; pueden ser agravios que deben ser confesados ante individuos que han sufrido daño por ellos; o pueden ser de tipo general que deben ser dados a conocer en la congregación del pueblo. Pero toda

confesión debe ser definitiva, y al punto, reconociendo los pecados mismos de los cuales has sido reprendido por el Espíritu de Dios.

Cuando Israel fue oprimido por los amonitas, el pueblo elegido hizo una súplica ante Dios que ilustra el carácter definitivo de la verdadera confesión: "Y los hijos de Israel clamaron a Jehová, diciendo: Hemos pecado contra ti, porque hemos dejado a nuestro Dios, y también hemos servido a los baales. Y el Señor dijo a los hijos de Israel: ¿No os libré yo de los egipcios, de los amorreos, de los hijos de Amón y de los filisteos? ... Pero vosotros me habéis abandonado y habéis servido a dioses ajenos; por eso no os libraré más. Id y clamad a los dioses que habéis elegido; que ellos os libren en el tiempo de vuestra tribulación. Y los hijos de Israel dijeron: ... Hemos pecado; haz de nosotros lo que te parezca bien; sólo líbranos, te rogamos, hoy". Entonces comenzaron a actuar en armonía con sus confesiones y oraciones. "Quitaron de entre ellos los dioses extraños, y sirvieron al Señor". Y el gran corazón de amor del Señor se entristeció, "*se entristeció* por la miseria de Israel".

La confesión no será aceptable a Dios sin arrepentimiento sincero y reforma. Debe haber cambios decididos en la vida; todo lo que ofende a Dios debe ser desechado. Esto será el resultado de un genuino dolor por el pecado. Dice Pablo, hablando de la obra del arrepentimiento: "Os entristecisteis según Dios; ¿qué cuidado produjo en vosotros, sí, qué limpieza de vosotros mismos, sí, qué indignación, sí, qué temor, sí, qué vehemente deseo, sí, qué celo, sí, qué venganza! En todo habéis aprobado ser claros en este asunto".

En tiempos de Samuel, los israelitas se alejaron de Dios. Sufrían las consecuencias del pecado, pues habían perdido la fe en Dios, perdido el discernimiento de su poder y sabiduría para gobernar la nación, perdido la confianza en su capacidad para defender y reivindicar su causa. Se apartaron del gran Gobernante del universo, y desearon ser gobernados como lo eran las naciones que los rodeaban. Antes de encontrar la paz hicieron esta confesión definitiva: "Hemos añadido a todos nuestros pecados este mal, pedirnos un rey". El mismo pecado del que fueron condenados, tenía que ser confesado. Su ingratitud oprimía sus almas y los separaba de Dios.

Cuando el pecado ha amortiguado las percepciones morales, el malhechor no discierne los defectos de su carácter, ni se da cuenta de la enormidad del mal que ha cometido; y a menos que se someta al poder de convicción del Espíritu Santo, permanece en una ceguera parcial ante su pecado. Sus confesiones no son sinceras y serias. A cada reconocimiento de su culpa, añade una disculpa en excusa de su conducta, declarando que, si no hubiera sido por ciertas circunstancias, no habría hecho esto o aquello por lo que se le reprende. Pero los ejemplos en la palabra de Dios de genuino arrepentimiento y humillación revelan un espíritu de confesión en el que no hay excusa para el pecado, ni intentos de autojustificación.

Pablo no trató de escudarse; pinta su pecado con los tonos más oscuros, agravando en lugar de disminuir su culpa. Dijo: "Encerré en la cárcel a muchos de los santos, habiendo recibido autoridad de los sumos sacerdotes; y cuando fueron condenados a muerte, di mi voz contra ellos. Y los castigaba a menudo en todas las sinagogas, y los obligaba a blasfemar; y enloquecido sobremanera contra ellos, los perseguía hasta ciudades extrañas." No vaciló en declarar que "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero."

El corazón humilde y quebrantado, subyugado por el arrepentimiento genuino, apreciará algo del amor de Dios, y el costo del Calvario; y como un hijo confiesa a un padre amoroso, así el verdaderamente penitente llevará todos sus pecados ante Dios. Y está escrito: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad."

23 de marzo de 1888

"Permaneced en mí"

EGW

El apóstol Pablo escribió: "La vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí"; y Jesús, instruyendo a sus discípulos, dijo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí."

Es imposible para cualquiera de nosotros tener un conocimiento práctico de esta unión con Cristo, sin el ejercicio constante de la fe. La fe une nuestras almas a Él y nos hace partícipes de la naturaleza divina. Nuestro crecimiento espiritual, nuestra paz, nuestra firmeza, nuestra constante obediencia a las palabras de Cristo, todo depende del grado de fe que tengamos en Dios. "Sin fe es imposible agradarle", porque somos impotentes para hacer algo por motivos aceptables, excepto por la gracia de Cristo, y esta gracia sólo puede ser suministrada a través del canal de la fe, que abre el camino de la comunicación directa entre nuestras almas y Dios. De acuerdo con nuestra fe, estamos capacitados para vencer a los principados, a las potestades y a la maldad espiritual en las regiones celestes. No se permitirá que el egoísmo florezca en el corazón que ejerce una fe viva. El pecado no será complacido donde la fe contempla a Dios y a los ángeles observando el desarrollo del carácter, y sopesando el valor moral. La vida eterna, el don de Dios por medio de Jesucristo, es una realidad preciosa, y el pecado se vuelve excesivamente pecaminoso y aborrecible. La fe contempla "al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" y comprende algo del costo del Calvario.

Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, no *en* sus pecados, sino *de* sus pecados, y para santificarlos por medio de la verdad; y para que pueda llegar a ser un perfecto Salvador para nosotros, debemos entrar en unión con él por un acto personal de fe. Cristo nos ha elegido, nosotros le hemos elegido, y por esta elección quedamos unidos a él, y debemos vivir en adelante, no para nosotros mismos, sino para aquel que ha muerto por nosotros. Pero esta unión sólo puede conservarse mediante una vigilancia constante, para que no caigamos en la tentación y hagamos una elección distinta; pues siempre somos libres de tomar otro señor si así lo deseamos. La unión con Cristo significa una preferencia indefectible por Él en todos los actos y pensamientos de nuestra vida. En cada parte de la obra debe haber armonía entre el Salvador y el que ha de ser salvado. La fe verá amor en cada requerimiento de Dios, y se someterá a la voluntad del Cielo, sabiendo que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien." Debemos tener esta perfecta confianza, si nos unimos a Cristo, y compartimos al fin con él en su gloria.

Cristo trabajará constantemente por tu salvación. Los ángeles serán comisionados para guardarte de las artimañas del adversario, y para atender a todas tus necesidades. Y el objeto de toda esta abundante solicitud debe, por su parte, apartarse de toda iniquidad y perfeccionar la santidad en el temor de Dios. Debe velar y orar. Debe pelear la buena batalla de la fe, resistir al diablo para que huya de él, y soportar la dureza como buen soldado de la cruz de Cristo. Tiene que librar un conflicto constante con enemigos invisibles, y sólo a través de Cristo puede salir victorioso. Debe cultivar el valor para superar las dificultades que obstruyen su camino, y forjarse un carácter íntegro y virtuoso, que represente ante el mundo el carácter de su Redentor.

"Permaneced en mí" son palabras de gran significado. Permanecer en Cristo significa una fe viva, ferviente, refrescante, que obra por amor y purifica el alma. Significa una constante recepción del Espíritu de Cristo, una vida de entrega sin reservas a su servicio. Donde exista esta unión aparecerán las buenas obras. La vida de la vid se manifestará en frutos fragantes en los sarmientos. El suministro continuo de la gracia de Cristo te bendecirá y te convertirá en una bendición, hasta que puedas decir con Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; mas vivo, y no vivo yo, mas vive Cristo en mí."

La sagrada unión con Cristo unirá a los hermanos en los lazos más entrañables de la comunión cristiana. Sus corazones se conmoverán con la divina compasión de unos por otros. "Dios es amor; y el que habita en el amor, habita en Dios, y Dios en él". "El que ama a su hermano permanece en la luz, y no hay en él tropiezo". La frialdad, la discordia, la contienda, están totalmente fuera de lugar entre los discípulos de Cristo. Han aceptado la única fe. Se han unido para servir al único Señor, para soportar la misma guerra, para luchar por el mismo objetivo y para triunfar en la misma causa. Han sido comprados con la misma sangre preciosa, y han salido a predicar el mismo mensaje de salvación; y cuán fuera de armonía con estos hechos está la desunión y la contienda entre hermanos. "Este es mi mandamiento", dijo Jesús, "que os améis unos a otros, como yo os he amado".

Los que sacan constantemente fuerzas de Cristo poseerán su Espíritu. No serán descuidados ni en palabras ni en conducta. Un sentido permanente de cuánto ha costado su salvación en el sacrificio del amado Hijo de Dios, reposará sobre sus almas. Como una transacción fresca y vívida, las escenas del Calvario se presentarán a sus mentes, y sus corazones serán subyugados y enternecidos por esta maravillosa manifestación del amor de Cristo hacia ellos. Considerarán a los demás como la compra de su preciosa sangre, y los que están unidos a él parecerán nobles, elevados y sagrados, a causa de esta conexión. La muerte de Cristo en el Calvario debe llevarnos a estimar las almas como él lo hizo. Su amor ha magnificado el valor de cada hombre, mujer y niño. Y si "tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna", ¿deberíamos ser indiferentes a los demás y despreciar a aquellos a quienes Dios ha valorado a un precio tan infinito? Sin la dote del santo Espíritu de Dios, no somos aptos para comprometernos en la gran y solemne obra de este tiempo. Cuando tengamos el amor por las almas que tuvo Cristo, saldremos con llanto, nos convertiremos en obreros junto con Dios, nos reuniremos con Cristo y daremos frutos preciosos para vida eterna. Cuando consideramos que todo el Cielo está interesado en la obra de la salvación, ¿no deberíamos procurar, mediante la meditación y la oración, apreciar más inteligentemente el carácter sagrado de nuestras confianzas?

¿Cómo podemos nosotros, pobres criaturas falibles y caídas, emprender esta obra sin la ayuda especial y la iluminación del Espíritu de Dios?

Deja que Dios sea tu consejero. Que el corazón, con humildad y mansedumbre, ascienda a Dios en oración ferviente y eficaz para obtener discernimiento espiritual, amplitud de mente y unicidad de propósito para glorificar a Dios y salvar al hombre. Que la oración salga constantemente de labios no fingidos pidiendo la presencia de Cristo, la iluminación de su Espíritu, que la atmósfera del Cielo te rodee, y que el yo y los propósitos egoístas no se abran paso en tu vida. El Señor se acercará a los que desean sinceramente acercarse a Él.

Vivimos en un día solemne, y se nos exhorta a "ser sobrios, velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; a quienes resistáis firmes en la fe, sabiendo que las mismas aflicciones se cumplen en vuestros hermanos que están en el mundo." Que cada alma recuerde que está en presencia del Juez de toda la tierra, y que "todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel con quien tenemos que ver." Nuestras palabras, nuestros planes, nuestras meditaciones, los motivos de nuestros corazones, son leídos como un libro abierto. El caso de cada obrero individual está registrado en el Cielo. Consideremos esto. ¿Queremos que nuestros comentarios ligeros y frívolos sean oídos en presencia de los ángeles y ante Dios? ¿Queremos que las palabras de orgullo, que exhiben el yo, queden en los libros para condenarnos en el Juicio? ¿Queremos que nuestros planes de autoexaltación queden escritos en los registros infalibles? Recordemos siempre que el Señor, que dio su vida por nosotros, observa con intenso interés nuestro curso de vida, y que los ángeles son testigos de nuestros caminos. Busquemos la unicidad de propósito que nos lleve a glorificar a Dios y no al yo. Oh, que cada uno pudiera decir cuando es tentado, como lo hizo nuestro Señor: "El príncipe de este mundo viene, y nada tiene en mí". Queremos arrancar de nuestros corazones toda planta que nuestro Padre celestial no haya plantado, para que no seamos inducidos a proferir cosas egoístas y perversas. ¡Oh, por más de Cristo, y menos del yo! Oh, que los obreros estén vestidos con la armadura de su justicia, que puedan estar constantemente sacando del pozo de la salvación, participando de la naturaleza divina, que puedan salir como obreros espirituales, con el yo perdido en nuestro divino Señor.

Nuestro estándar es demasiado bajo. Debemos desechar estas ideas baratas de lo que es esencial para hacernos obreros en la causa de Cristo. Debemos tener puntos de vista más elevados acerca del carácter elevado de nuestro trabajo. Queremos trabajar en el espíritu en que Cristo trabajó. Queremos representarlo ante el mundo. Necesitamos humillar grandemente nuestras almas ante Dios confesando y abandonando nuestros pecados.

Cuando Jesús estaba enseñando a sus discípulos, y éstos se hallaban reunidos en torno a él, hubo un momento de interrupción, y uno de ellos le dijo: "He aquí, tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo. Respondiendo él, dijo al que le había dicho: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: Mirad a mi madre y a mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre". He aquí la relación que existe entre Cristo y sus seguidores. Ocupamos esta posición exaltada, si en verdad estamos haciendo la voluntad de Dios. Hemos de considerarnos constitutivos de la familia de Cristo, y hemos de seguirle como hijos queridos. Adoptados en la casa de Dios, ¿no hemos de honrar a nuestro Padre y a nuestra parentela? No tenemos excusa que alegar, pues por

medio de Jesús podemos ordenar todo poder en el cielo y en la tierra para que andemos dignamente de nuestro alto llamamiento.

Satanás tratará constantemente de menospreciar nuestra concepción o nuestros privilegios y responsabilidades. Quiere que consideremos la obra de Cristo como una obra común, y que la hagamos desganada y negligentemente. Nos mantendría indiferentes a las posiciones exaltadas y sagradas que deben alcanzarse en la vida y el carácter cristianos; pero debemos aplastarlo bajo nuestros pies. Debemos establecer una enemistad inquebrantable entre nuestras almas y nuestro enemigo; pero debemos abrir nuestros corazones al poder y la influencia del Espíritu Santo. Queremos que se apaguen las tinieblas de Satanás y que fluya la luz del Cielo. Queremos llegar a ser tan sensibles a las influencias santas, que el más leve susurro de Jesús mueva nuestras almas, hasta que él esté en nosotros, y nosotros en él, viviendo por la fe del Hijo de Dios.

Necesitamos ser refinados, limpiados de toda terrenalidad, hasta que reflejemos la imagen de nuestro Salvador, y lleguemos a ser "partícipes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia." Entonces nos deleitaremos en hacer la voluntad de Dios, y Cristo podrá reconocernos ante el Padre y ante los santos ángeles como los que permanecen en él, y no se avergonzará de llamarnos hermanos. Pero no nos jactaremos de nuestra santidad. A medida que tengamos una visión más clara de la pureza inmaculada e infinita de Cristo, nos sentiremos como Daniel, cuando contempló la gloria del Señor, y dijo: "Mi hermosura se convirtió en mí en corrupción". No podemos decir: "Estoy libre de pecado", hasta que este cuerpo vil sea cambiado y modelado como su cuerpo glorioso. Pero si constantemente procuramos seguir a Jesús, tenemos la bendita esperanza de presentarnos ante el trono de Dios sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante; completos en Cristo, revestidos de su justicia y perfección.

30 de marzo de 1888

Fe y obras

EGW

La tendencia de la enseñanza religiosa popular de nuestros días es hacer que el camino del cristiano sea lo más fácil y atractivo posible. Se dice mucho acerca de la fe, pero la necesidad de cumplir las obligaciones sagradas establecidas en la Palabra de Dios, la necesidad de vivir vidas coherentes y piadosas, de ser obreros junto con Dios, de negarse a sí mismo, de salir del mundo y separarse de sus modas y locuras, no se presenta como debería presentarse, desde los púlpitos del país. "Cree, sólo cree", es la carga de la instrucción desde el escritorio sagrado. El arrepentimiento, la confesión y la reforma completa de la vida y el carácter no se mencionan ni se exigen a quienes desean participar en los privilegios de la comunión eclesiástica. La línea de distinción entre la iglesia y el mundo se ha vuelto menos positiva, porque la gran norma de justicia no ha sido la norma por la cual la fe de hombres y mujeres fue probada y comprobada. Miles de personas se hacen eco de la frase "Sólo cree" y la repiten como loros, sin ningún sentido de su importancia o significado. Dice el profeta: "También han curado ligeramente la herida de la hija de mi pueblo, diciendo: Paz, paz; cuando no hay paz."

Muchos de estos maestros religiosos han desarrollado caracteres en armonía con su superficial apreciación de la verdad divina. Ha sido agradable a sus corazones carnales ser liberados de toda responsabilidad y obligación. No deseaban la inconveniencia de negarse a sí mismos, de emprender la guerra contra los pecados que los asediaban y de corregir los defectos que manchaban sus caracteres. Se han persuadido de que Cristo les ha eximido del deber de purificarse a sí mismos como él es puro. Declaran que Cristo lo ha hecho todo, que los hombres no tienen nada que hacer sino creer, que las buenas obras son imposibles e innecesarias. Tales almas se engañan a sí mismas y son agentes usados por Satanás para engañar a otros. No creen en Jesús. Si tuvieran relación con él, sabrían que no es el ministro del pecado. Los que tienen fe en el Hijo de Dios ponen de manifiesto cuál es el carácter de su misión, mediante vidas de devoción, integridad y abnegación, y prueban al mundo que vino, no para salvar a los hombres en sus pecados, sino de sus pecados. Él "se entregó a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras".

El apóstol Pablo se dio cuenta de lo que significaban sus palabras cuando dijo: "Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado." Sabía que significaba la entrega de cada poder de su ser al servicio de Dios. Significaba una renuncia total al mundo, a la carne y al diablo. Significaba que debía seguir el camino manchado de sangre del Hombre del Calvario, y caminar como él caminó.

Qué diferente es la fe que se presenta hoy al mundo como esencial para la salvación. No tiene vitalidad ni realidad. No une a los creyentes como sarmientos a la Vid viva. No es la fe que obra por amor y purifica el alma. Es una aceptación formal y nominal de una historia popular, y tiene tanta eficacia como la fe que aceptó a Abraham Lincoln como un buen administrador de los asuntos gubernamentales. La fe genuina mostrará resultados definidos en el carácter, y ejercerá una influencia controladora sobre los pensamientos del corazón y los asuntos de la vida. Llevará a su poseedor a practicar los principios de su creencia. Dice Jesús: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". "A cualquiera que oye estas palabras mías y las pone en práctica, yo le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y descendió la lluvia, y vinieron las inundaciones, y soplaron los vientos, y azotaron aquella casa; y no se derrumbó, porque estaba fundada sobre una roca." Dice el apóstol: "Sed hacedores de la palabra, y no solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos". Es la puesta en práctica de las palabras y obras de Cristo lo que da testimonio de las cualidades salvíficas de tu fe.

La ley de Dios es la gran norma de justicia, y medirá la profesión y el progreso de todo hombre. Es un espejo que descubre los defectos de nuestro carácter y nos muestra las exigencias de Dios. Es santa, justa y buena. Dice el sabio: "Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque éste es todo el deber del hombre". Cuando el abogado preguntó a Jesús: "Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? le dijo: ¿Qué dice la ley? ¿cómo la lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás".

La ley de Dios condena todo egoísmo, todo orgullo de corazón, toda especie de deshonestidad, toda transgresión secreta o abierta. El corazón natural no está inclinado a amar sus preceptos, ni a obedecer sus requerimientos. "No se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". Pero la fe genuina en Cristo convierte el corazón, obra un cambio en su actitud hacia la ley, hasta que se deleita en la ley de Dios. El hombre que manifiesta enemistad con la ley no se ha sometido al poder convertidor de Dios. Es el cumplimiento de los mandamientos lo que prueba la sinceridad de nuestras profesiones de amor. Dice Juan: "Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos". Satanás se ocupa de inducir a los hombres a pervertir el sentido claro de la palabra de Dios. Desea que el mundo no tenga una idea clara con respecto al plan de salvación. Sabe muy bien que el objeto de la vida de obediencia de Cristo, el objeto de su sufrimiento, prueba y muerte en la cruz, fue magnificar la ley divina, hacerse sustituto del hombre culpable, a fin de que tuviera remisión de los pecados pasados y gracia para la obediencia futura; que la justicia de la ley se cumpliera en él, y fuera transformado y apto para los atrios celestiales. Satanás sabe que ningún transgresor de la ley divina entrará jamás en el reino de los cielos, y robar a Dios la devoción y el servicio del hombre, frustrar el plan de salvación y obrar la ruina de aquellos por quienes Cristo murió, es el motivo que impulsa su guerra contra la ley del cielo. Él causó la caída de la santa pareja en el Edén, induciéndolos a estimar a la ligera el mandamiento de Dios, a pensar que sus requisitos eran injustos e irrazonables, que no eran vinculantes, y que su transgresión no sería castigada, como Dios había dicho, con la muerte.

La ley de Dios es el fundamento de su Gobierno en el Cielo y en la tierra, y mientras el seguidor de Jesús imite a su Señor exaltando los preceptos divinos en palabra y vida, Satanás no tiene poder para engañar o extraviar su alma.

El engaño fatal del mundo religioso es el antiguo desprecio por las exigencias de la ley de Dios. El deseo de una religión fácil que no requiere esfuerzo, ni abnegación, ni divorcio de las locuras del mundo, ha hecho de la doctrina de la fe, y sólo de la fe, una doctrina popular; pero debemos hacer sonar una nota de advertencia. ¿Qué dice la palabra de Dios? Dice el apóstol Santiago: "¿De qué aprovecha, hermanos míos, que uno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿puede salvarle la fe? ... Tú crees que hay un solo Dios; bien haces; también los demonios creen y tiemblan. Pero ¿sabes, hombre vano, que la fe sin obras está muerta? ¿No fue justificado por las obras nuestro padre Abraham, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿Ves cómo la fe obró con sus obras, y por las obras fue perfeccionada la fe? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue imputado por justicia, y fue llamado Amigo de Dios. Veis, pues, cómo por las obras el hombre es justificado, y no sólo por la fe."

El testimonio de la palabra de Dios está en contra de esta doctrina atrapadora de la fe sin obras. No es fe la que reclama el favor del Cielo sin cumplir las condiciones bajo las cuales se ha de conceder la misericordia; es presunción; porque la fe genuina tiene su fundamento en las promesas y disposiciones de las Escrituras.

Los judíos tenían una fe de carácter similar a la de muchos que hoy profesan ser cristianos. Creían en las profecías que predecían el advenimiento del Mesías; pero su fe no era de esa naturaleza espiritual que discernía en el Hijo de Dios al Salvador de sus expectativas. No podían aceptar la obra de Dios para su tiempo, y rechazaban la verdad porque su fe no veía

la relación de la sombra con la sustancia. Se aferraban tenazmente a la ofrenda de sus sacrificios, a los ritos de la iglesia y a las tradiciones de los padres; pero rechazaban al Cordero de Dios, el gran antitipo de todos los servicios del pasado. Eran muy celosos de la observancia de las formas, y decían confiar en Moisés y en los profetas; pero aquel que había inspirado las palabras de las Escrituras, y cuya vida era el cumplimiento de sus profecías, era piedra de tropiezo y roca de escándalo. No respondía al ideal que ellos tenían del Mesías venidero. Habían imaginado un Mesías cuyo poder y majestad gratificarían el orgullo de sus corazones carnales y los exaltarían a una posición de poder supremo entre las naciones. Cuando Jesús les explicó el carácter de su reino, y lo que sus discípulos debían poseer para ser elegidos y favorecidos por Dios, dijeron: "Dura es esta palabra; ¿quién puede oírla?".

El Salvador fue investido con las credenciales del Cielo. La palabra de Dios sostenía sus afirmaciones. Sus milagros, su carácter santo, su poder sobre los hombres y los demonios, todo ello hablaba con convicción a los corazones de sus oyentes; pero ellos lo rechazaron. Vino de acuerdo con las profecías que ellos profesaban creer, pero fue "despreciado y rechazado por los hombres", como los profetas habían predicho que sería.

Los judíos no podían renunciar a sus sueños de un gran Príncipe que gobernaría a todas las naciones. No podían renunciar a sus esperanzas de poder temporal y gloria para unirse al Varón de Dolores, para seguir sus pasos de abnegación y pureza. Amaban más las tinieblas que la luz, y los errores que amaban causaron su destrucción.

No hay necesidad de que ningún alma sea engañada. Las enseñanzas de sacerdotes y rabinos no pueden hacer que la palabra de Dios carezca de autoridad. Es deber de cada hombre saber lo que enseñan las Escrituras y tomar su posición en armonía con la verdad. El Señor nos ha mandado "escudriñar las Escrituras". Se nos instruye a "probar todas las cosas", a "retener lo que es bueno". Dios nos ha dado una prueba infalible para aplicar a la vida y doctrina de todo hombre. Dice el profeta: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". No hemos de vivir según las doctrinas de los hombres, ni según un fragmento o una perversión de la verdad, sino según "toda palabra que sale de la boca de Dios".

La fe genuina llevará a los hombres a trabajar en su propia salvación con temor y temblor. No seguirán el curso de este mundo. El Espíritu y las obras de Cristo se manifestarán en sus vidas y la palabra de Dios será la regla de sus acciones. Cumplirán y enseñarán los mandamientos de Dios, y caminarán humildemente ante los hombres y los ángeles. Discernirán la obra de Dios en la tierra, y no se permitirá que los prejuicios cierren sus corazones a la verdad para su tiempo. Se esforzarán por entrar por la puerta estrecha, tomarán el camino angosto y seguirán al Redentor del mundo.

Los que no son "hacedores de la palabra" pueden jactarse de su fe vacía. Pueden jactarse de su santidad, mientras pisotean la ley de Dios; pero Jesús les dice: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?" Y vendrá la sentencia final: "Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad." Porque "la fe sin obras está muerta".

6 de abril de 1888

El pecado de Elí

EGW

Elí era sacerdote y juez en Israel. Ocupaba los cargos más altos y de mayor responsabilidad entre el pueblo de Dios. Había sido designado para gobernar la nación y para servir en su nombre ante Dios. Como hombre divinamente escogido para los sagrados deberes del sacerdocio, y puesto sobre la tierra como la más alta autoridad judicial, se le consideraba como un ejemplo, y ejercía una gran influencia sobre las tribus de Israel. Pero aunque Elí fue designado para gobernar al pueblo, no controlaba a su propia familia, ni gobernaba su propia casa. Elí era un padre indulgente. Amante de la paz y la tranquilidad, no ejerció su autoridad para corregir los malos hábitos y pasiones de sus hijos. En vez de contender con ellos o castigarlos, se sometía a su voluntad y les dejaba hacer lo que querían. En lugar de considerar la educación de sus hijos como una de las más importantes de sus responsabilidades, trataba el asunto como de poca importancia. El desarrollo de su carácter era de la mayor importancia, y Dios hizo responsable a Elí por la manera en que permitió que sus hijos ejercieran las malas propensiones de su naturaleza. Al sacerdote y juez de Israel no se le había dejado en la oscuridad en cuanto al deber del padre de refrenar y gobernar a los hijos que Dios le había dado a su cuidado. Pero Elí rehuyó este deber, porque implicaba contrariar la voluntad de sus hijos, y haría necesario castigarlos y negarlos. Sin sopesar las terribles consecuencias que seguirían a su proceder, Elí complació a sus hijos en todo lo que deseaban, y descuidó la solemne y sagrada obra de prepararlos para el servicio de Dios y los deberes de la vida.

El proceder de Abraham contrasta completamente con el de Elí. "Yo le conozco", dijo el Escudriñador de corazones, "que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio". No habría traición de su sagrada confianza; no habría negligencia pecaminosa para refrenar las malas propensiones de sus hijos; no habría favoritismo débil, imprudente e indulgente; no cedería su convicción del deber a los clamores del afecto. El amor de Abrahán por sus hijos lo llevaría a corregir a su familia, a cualquier precio, por el bien de sus almas y el honor de Dios. Fue diligente en el cultivo de la religión del hogar, pues bien sabía que la bendición del Cielo descansaba sobre la morada de los justos. Determinó que la ley de Dios debía guardarse en su casa, y fue llamado el "amigo de Dios" y honrado por Dios como el "padre de los fieles."

Si Elí hubiera seguido su ejemplo, se habrían evitado grandes y desastrosos males, y la bendición de Dios habría descansado para siempre sobre él y su casa. Dios había dicho de Abrahán: "Yo le conozco, que *mandará a sus hijos y a su casa después de sí*" "hacer justicia y juicio." Pero Elí permitió que sus hijos lo controlaran. El gobierno familiar se invirtió. El padre se sometió a los hijos. No hay mayor maldición en los hogares que permitir que los jóvenes se salgan con la suya. Cuando los padres tienen en cuenta todos los deseos de sus hijos, y los complacen en lo que saben que no es para su bien, los hijos pierden pronto todo respeto por sus padres, toda consideración por la autoridad de Dios o del hombre, y son llevados cautivos a la voluntad de Satanás. Muchos padres o madres indulgentes han recogido una cosecha de dolor por su propio gobierno flojo y descuidado de sus hogares, y se han arrepentido, demasiado tarde, de no haber refrenado a sus hijos en su juventud.

Elí falló donde muchos fallan hoy. Descuidó honrar a Dios en su vida familiar, enseñar a sus hijos a reverenciar y obedecer a Dios; y la consecuencia de esta negligencia fue evidente a lo largo de toda la vida de sus hijos. Cuando la obra de disciplinar y entrenar a los hijos no se hace debidamente, testifica contra los padres en el carácter defectuoso de sus hijos e hijas, y producirá malos resultados, no sólo en sus vidas, sino en las vidas de otros. La influencia de una familia mal regulada es generalizada y desastrosa para toda la sociedad. Se acumula en una marea de maldad que afecta a familias, comunidades y gobiernos.

Debido a la posición de Elí, su influencia se extendió más que si hubiera sido un hombre corriente. Su vida familiar fue imitada en todo Israel. Los resultados nefastos de su negligencia y su despreocupación se veían en las familias que lo rodeaban. Sus malas costumbres se reflejaron en miles de hogares que fueron moldeados por su ejemplo. Si los hijos se entregan a malas prácticas, mientras los padres hacen profesión de religión, la verdad de Dios se pone en tela de juicio. El carácter formado bajo la influencia del hogar es el mejor testimonio de su cristianismo. Las acciones hablan más fuerte que la más positiva profesión de piedad. Si los profesantes de la religión, en vez de esforzarse con seriedad, persistencia y esmero por criar un hogar bien ordenado como testimonio de los beneficios de la fe en Dios, son laxos en su gobierno, parcos en sí mismos e indulgentes con los malos deseos de sus hijos, están haciendo como Elí, y están trayendo desgracia a la causa de Cristo y ruina para sí mismos y para sus hogares.

Elí no administró su casa de acuerdo con las reglas de Dios para el gobierno familiar. Siguió su propio juicio. Permitió que Satanás tomara las riendas en sus propias manos; y Elí descubrió, cuando ya era demasiado tarde, que sus hijos habían sido precipitados a la destrucción. El favor de Dios fue retirado de su casa, y la maldición de la transgresión se hizo evidente en la corrupción y el mal que marcaron el curso de sus hijos. No apreciaban debidamente el carácter de Dios ni el carácter sagrado de su ley. Su servicio era para ellos algo común. Desde la niñez habían estado acostumbrados al santuario y a su servicio, pero en vez de crecer en reverencia, habían perdido todo sentido de su santidad y significado. El proceder de Elí en la educación de sus hijos había dado por resultado este estado de ánimo en ellos. El padre no había corregido la irreverencia hacia su autoridad, no había frenado su falta de respeto hacia los servicios solemnes del santuario; y cuando llegaron a la edad adulta, estaban llenos de los frutos mortales del escepticismo y la rebelión.

Aunque totalmente incapaces para el oficio, fueron colocados como sacerdotes en el santuario para ministrar ante Dios. El Señor había dado las instrucciones más específicas respecto a la ofrenda de sacrificios; pero estos hombres impíos habían llevado su desprecio de la autoridad al servicio de Dios, y no prestaron atención a la ley de las ofrendas, que debían hacerse de la manera más solemne. Los pecados del pueblo se transferían por figura al sacrificio, que representaba a Cristo, el Cordero de Dios que había de morir por los pecados del mundo. Se ordenó a los sacerdotes que comieran en el tabernáculo ciertas porciones del sacrificio de paz. Al participar del sacrificio y llevar sus pecados ante Dios, representaban la obra que Cristo haría por nosotros en el santuario celestial, llevando nuestros pecados en su propio cuerpo. Los hijos de Elí, en vez de sentir la gran solemnidad de este servicio, sólo pensaban en cómo gratificar el apetito, y exigían del pueblo cualquier parte que desearan, incluso tomando por la violencia la porción que debía consumirse sobre el altar del sacrificio como tipo del gran sacrificio del Hijo de Dios en el Calvario. Esta irreverencia por parte de

los sacerdotes pronto despojó a las ofrendas de su significado santo y solemne, y el pueblo "aborreció la ofrenda del Señor". El gran sacrificio antitípico que debían esperar, dejó de tener significado para ellos, "por lo cual el pecado de los jóvenes fue muy grande delante de Jehová".

Elí cometió un gran error al permitir que sus hijos ejercieran el ministerio sagrado. Excusando su conducta, con un pretexto y otro, se cegó ante sus pecados, pero al fin llegaron a un punto en que ya no pudo ocultar sus ojos ante los crímenes de sus hijos. El pueblo se quejaba de sus actos violentos, y él estaba apenado y perplejo. El indulgente padre nunca había ordenado decididamente su obediencia, y a medida que crecían, se desprendían de toda restricción. Habían sido educados para no pensar en nadie más que en sí mismos, y ahora no les importaba nadie más. Vieron el dolor de su padre, pero sus duros corazones no se conmovieron. Oyeron sus suaves amonestaciones, pero no se dejaron impresionar, ni quisieron cambiar su mal camino aunque se les advirtiera de las consecuencias de su pecado.

El niño Samuel había sido llevado a Elí por la piadosa Ana. Debía dedicarse a los servicios del santuario, y la responsabilidad de su educación debía recaer ahora sobre el anciano sacerdote. Los hijos de Elí, que deberían haber sido los instructores del piadoso niño, eran totalmente incapaces para tal privilegio. Había que separarlo de su compañía, para que su mala influencia no contaminara su mente. Pero aunque Elí temía su influencia sobre Samuel, como juez de Israel, mantuvo a sus malvados hijos en los puestos de confianza más sagrados. Les permitió mezclar su corrupción con el santo servicio de Dios, e infligir a la causa de la verdad un daño que los años no pudieron borrar. Los hijos de Elí fueron llamados los hijos de Belial, porque no conocían a Dios. Estaban totalmente entregados al servicio de Satanás; y sin embargo, porque eran sus hijos, Elí no los trató como transgresores, sino que permitió que deshonraran a Dios y perjudicaran a su pueblo. Pero cuando el juez de Israel descuidó su obra, Dios tomó cartas en el asunto.

"Y vino un varón de Dios a Elí, y le dijo: Así ha dicho Jehová: ¿Aparecí yo claramente a la casa de tu padre, cuando estaban en Egipto en casa de Faraón, y lo escogí de entre todas las tribus de Israel para que fuese mi sacerdote, para que ofreciese sobre mi altar, quemase incienso y vistiese efod delante de mí, y di a la casa de tu padre todas las ofrendas encendidas de los hijos de Israel? ¿Por qué dais coces a mi sacrificio y a mi ofrenda, que yo he mandado en mi morada, y honráis a vuestros hijos más que a mí, para engordaros con la más principal de todas las ofrendas de Israel mi pueblo? Por tanto, Jehová Dios de Israel dice: Yo dije que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí para siempre; pero ahora Jehová dice: Lejos de mí; porque yo honraré a los que me honran, y los que me desprecian serán menospreciados... Y yo me suscitaré un sacerdote fiel, que haga conforme a lo que está en mi corazón y en mi mente; y yo le edificaré una casa segura, y él estará delante de mi unguido para siempre."

Dios hizo a Elí responsable de las acciones de sus hijos, y lo acusó de honrar a sus hijos por encima del Señor. Elí había permitido que la ofrenda señalada por Dios, como bendición para Israel, se convirtiera en cosa aborrecible, en vez de avergonzar a sus hijos por sus prácticas impías y abominables. Los que siguen su propia inclinación en ciego afecto por sus hijos, complaciéndolos en las gratificaciones de sus deseos egoístas, y no hacen valer la autoridad de Dios para reprender el pecado y corregir el mal, que está corrompiendo otras almas,

manifiestan que honran a sus hijos impíos más de lo que honran a Dios. Están más ansiosos de proteger su reputación que de glorificar a Dios; más deseosos de agradar a sus hijos que de agradar a Dios y de guardar su servicio de toda apariencia de maldad.

Se había hecho la promesa de que la casa de Aarón andaría delante de Dios para siempre; pero estas promesas se habían hecho a condición de que se dedicaran a la obra del santuario con sencillez de corazón, y honraran a Dios en todos sus caminos, sin servirse a sí mismos ni seguir sus propias inclinaciones perversas. Elí y sus hijos habían sido probados, y el Señor los encontró totalmente indignos de la excelsa posición de sacerdotes a su servicio. Y Dios declaró: "Lejos esté de mí". No pudo llevar a cabo el bien que había querido hacerles, porque ellos no cumplieron con su parte. Mucho tiempo había soportado Dios los perversos caminos de la casa de Elí. Les había dado tiempo para que se arrepintieran, pero no se arrepintieron, y finalmente se ejecutó la sentencia aplazada. Fueron hechos despreciables ante el pueblo al que habían oprimido, y en un día, Elí y sus hijos murieron ante el Señor; y el sacerdocio fue quitado a la familia de Elí.

La única manera de ser verdaderamente grande es ser verdaderamente bueno. A los que son dignos se les confiará un trabajo importante, y se les colocará en puestos importantes. "El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho". Si Elí hubiera sido un padre sabio y fiel, habría sido un juez y sacerdote sabio y fiel. Si hubiera refrenado a sus hijos en casa, habría refrenado sus malas prácticas en el santuario; e Israel no se habría corrompido por sus abominaciones. Si los hijos de Elí hubieran sido hijos obedientes, habrían honrado a Dios y su servicio, y habrían vivido delante de él; pero deshonraron a su padre, y trajeron el desprecio sobre el servicio de Dios, y sufrieron la recompensa de su maldad; porque Dios había dicho: "A los que me honran, yo los honraré, y los que me desprecian serán menospreciados."

13 de abril de 1888

Santificación

EGW

Hay muchas almas que están construyendo sus esperanzas para la eternidad sobre las arenas del error. La palabra de Dios, "que vive y permanece para siempre," no es la roca de su salvación; sino que las palabras del hombre, las teorías que exaltan a la humanidad y agradan al corazón carnal, son escogidas en lugar de las doctrinas de la Biblia. El designio de Satanás es apartar a los hombres de la verdad, induciéndolos a aceptar su falsificación; y en la doctrina de la santificación, tan prevaeciente entre los que rechazan la ley de Dios, ha realizado su obra de engaño de la manera más engañosa y encantadora.

Jesús oró para que sus discípulos fueran santificados por medio de la verdad; y añadió: "Tu palabra es verdad". El agente de la santificación que nuestro Señor deseaba para sus seguidores, era la palabra de Dios. Pero la santificación tan popular hoy en día es independiente de la verdad; porque los hombres se niegan a emplear la palabra de Dios cuando no apoya sus opiniones y experiencia. Los que profesan esta santificación se han revestido de una armadura inexpugnable, mediante la cual se protegen de toda flecha de la

verdad que pudiera herir su justicia propia y hacerles sentir la necesidad de un médico que los cure.

En la ciudad de L. se hicieron esfuerzos especiales para despertar en los hombres un sentido realista de las exigencias de la ley de Dios. Con las Biblias abiertas, la gente examinaba las Escrituras por sí misma, buscando la verdad como tesoros escondidos. Al leer el claro "así dice el Señor", muchos se interesaron como nunca antes en la palabra de Dios. Vieron cosas maravillosas de la ley, y algunos tomaron su posición de ser "hacedores de la palabra." Pero en aquel tiempo un ministro que profesaba la santificación, se alarmó de que algunos de los miembros de su iglesia vieran los reclamos de la verdad, y se esforzó por dejar sin efecto el mandamiento de Dios. Declaró jactanciosamente que estaba santificado, sin pecado, santo; y afirmó además que no podía pecar. Dice Juan: "Cualquiera que comete pecado, infringe también la ley; porque el pecado es infracción de la ley"; pero este hombre confesó abiertamente que nadie podía guardar la ley, y que la obediencia a ella no se exigía a los que creían en Jesús. ¿Soportó esta santificación la prueba de la palabra de verdad?

Pablo tenía fe en Jesús, pero no afirmaba que la fe dejara sin efecto la ley. Dice: "¿Anulamos, pues, la ley por la fe? Dios no lo quiera; sí, establecemos la ley". Cuando se invitó a este hombre a examinar las evidencias de las Escrituras en cuanto a los requisitos de Dios, se negó a leer o a razonar sobre el asunto; pero con mayor vehemencia insistió en su pretensión de santidad e inspiración.

No dudamos en declarar esta santificación como no bíblica, poco sólida y presuntuosa. Una profesión de santidad, mientras la ley del Cielo es burlada y transgredida, muestra que una falsa norma de justicia ha tomado el lugar de los santos preceptos de Dios. Muchos que profesan tan grandes logros en la vida cristiana, se impacientan y se enojan cuando se presentan los reclamos de Dios, y rehúsan oír la palabra de verdad. Dice la palabra de Dios: "El que aparta su oído para no oír la ley, aun su oración será abominación". Si el ministro de L. hubiera tenido una experiencia genuina en las cosas de Dios, habría manifestado el espíritu manso y humilde de Cristo; habría reconocido su naturaleza finita y falible, y habría probado humildemente su experiencia con la palabra de Dios. Sus declaraciones positivas contra la verdad contribuyeron mucho a tranquilizar las conciencias excitadas de los que vacilaban respecto al mandamiento de Dios, y, por su influencia, muchas almas retrocedieron a los caminos de la transgresión y de las tinieblas. Los hombres se dejan influenciar grandemente por lo que dice su ministro; pero ¿no deberíamos probar la verdad de sus afirmaciones por la prueba que Dios ha dado para este mismo propósito? Dice el Señor: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Nuestro Salvador advirtió a sus seguidores: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis". No se nos pide que los probemos por sus bellos discursos y exaltadas profesiones. Han de ser juzgados por la palabra de Dios. Los verdaderos discípulos de Cristo llevarán la impronta divina. Su enseñanza estará en armonía con la enseñanza del Hijo de Dios. Su carácter será moldeado según el gran modelo. ¿Qué mensaje traen? ¿Les lleva a reverenciar y temer a Dios? ¿Los lleva a manifestar su amor por él mediante la lealtad a sus mandamientos? Si te dicen que no se preocupan por enseñar u observar la ley, tenles miedo, aunque sanen a los enfermos y echen fuera demonios. Están haciendo la misma obra que se originó con el príncipe de las tinieblas, el enemigo de Dios. El principio de todo el pecado y la aflicción y

la muerte que han inundado nuestra tierra, fue este mismo desprecio por el claro mandamiento de Dios.

Esta doctrina de la santificación en la cual la ley de Dios no tiene parte, no es del cielo sino de Satanás, que fue mentiroso desde el principio y "no permaneció en la verdad". La política de Satanás es presentarse ante el mundo con vestiduras de ángel de luz. Es él quien teje estas doctrinas engañosas que nuestro Salvador representa como "vestidos de ovejas".

Los que son usados como agentes de Satanás tienen apariencia de santidad; y nada sino la ley de Dios, que discierne los pensamientos del corazón, puede descubrir de qué espíritu son, y en cuya causa están comprometidos; pero ¿por qué no emplear esta prueba infalible para comprobar la enseñanza y el espíritu de cada hombre? No hay necesidad de engañarse, porque la palabra de Dios es verdad, y Dios ha prometido dar a los que desean la verdad, el Espíritu de verdad, para que sean guiados a toda la verdad. Busquemos fervientemente la sabiduría, y la iluminación divina, para que podamos conocer la verdad, y ser instrumentos en las manos de Dios para rescatar a los hombres y mujeres de las trampas del maligno.

En el día de la ira de Dios muchos descubrirán, demasiado tarde, que mientras profesaban santidad fueron conducidos a senderos prohibidos por no obedecer humildemente los mandamientos de Jehová. Dice Jesús: "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Y entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad". Y la obra de iniquidad es la transgresión de la ley. Juan, el discípulo amado, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ha dado repetidas pruebas para demostrar la verdad de nuestras experiencias. Dice: "Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Mas el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo". Jesús declaró claramente: "He guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor." Juan continúa: "Hermanos, no os escribo ningún mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo que ya tenáis desde el principio. El mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio."

Hay muchos hoy que tratan de probar que la ley de Dios fue abolida en la cruz con la abolición de los servicios de sacrificio de la dispensación judía; pero las palabras de Juan, escritas muchos años antes de la crucifixión, muestran que los mandamientos de Dios no fueron abolidos, sino que son la norma del carácter cristiano por el cual debemos ser juzgados, y por el cual debemos moldear nuestras vidas si queremos entrar en el reino de los cielos.

La amargura de espíritu manifestada contra la ley de Dios por muchos de los que pretenden ser santificados, pone de manifiesto que son desleales a Dios y corruptores de la doctrina de Cristo. Cuando se les presentan las exigencias obligatorias del cuarto mandamiento, hacen todo lo posible para que el requisito de la ley de Dios no tenga ningún efecto. Se aferran a su propia tradición y opinión, sin importar cuál sea la conclusión de la palabra de Dios. Jesús declara de esta clase: "Este pueblo se acerca a mí con la boca, y me honra con los labios; pero

su corazón está lejos de mí. En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres".

Si rechazamos la palabra de la Biblia, no hay poder ni manifestación que nos induzca a aceptar el mensaje que reprende nuestros pecados, y que corregiría nuestros queridos errores. La culpa está en el corazón rebelde. Dijo el Hijo de Dios: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque uno resucitó de entre los muertos." Hay quienes rechazan el testimonio de Moisés y de los profetas, declarando que el Nuevo Testamento es todo lo que necesitamos en esta dispensación; pero ¿no mandó Jesús a sus discípulos que "escudriñasen las Escrituras"? ¿No fue él quien declaró: "Tienen a Moisés y a los profetas; que los oigan"?

Cristo fue el líder invisible de la hueste hebrea en sus travesías por el desierto. Fue el fundador y sostenedor de los ritos y observancias judíos, y sus palabras por boca de Moisés no son menos importantes que sus palabras por boca del discípulo amado en el último libro del Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento es un testimonio de la verdad de Cristo y del plan de salvación, y fue "escrito para nuestra amonestación, sobre los cuales han venido los fines del mundo." Los que arrojan desprecio sobre el Antiguo Testamento ignorando su estudio, están arrojando desprecio sobre las palabras y enseñanzas de Cristo, y son sabios por encima de lo que está escrito.

Vivimos en el período más solemne de la historia del mundo. La venida del Señor está a las puertas, y los peligros de los últimos días nos rodean. Dijo Jesús, hablando de este mismo tiempo: "Se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos". Y si somos sabios, prestaremos seria atención a esta advertencia, y examinaremos las palabras de todo hombre según el gran criterio de la verdad. Nuestras vidas deben armonizarse con la ley de Dios, si queremos ser verdaderamente santificados. Esta ley ha de gobernar todas las inteligencias en el cielo y en la tierra. Y cuando podemos decir de corazón, como lo hizo nuestro divino Señor: "Me complace en hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está en mi corazón", entonces somos santificados por medio de la verdad. Tenemos la mente que estaba en Cristo, y por la fe hemos extraído fuerza vital de la fuente de infinito poder y pureza.

La palabra de Dios debe estar entretejida con el carácter vivo de quienes la creen. La única fe vital es aquella que recibe y asimila la verdad hasta hacerla parte del ser y fuerza motriz de la vida y de la acción. Jesús es llamado la palabra de Dios. Él aceptó la ley de su Padre, puso en práctica sus principios en su vida, manifestó su espíritu y mostró su poder benéfico en el corazón. Dice Juan: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad". Los seguidores de Cristo deben participar de su experiencia. Deben asimilar la palabra de Dios. Deben ser transformados a su semejanza por el poder de Cristo, y reflejar los atributos divinos. Deben comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios, o no habrá vida en ellos. El espíritu y la obra de Cristo deben convertirse en el espíritu y la obra de sus discípulos. Esta es la santificación genuina.

Los hombres oyen las palabras de Cristo, pero no son hacedores de sus palabras. El carácter progresivo de la vida de piedad no concuerda con sus hábitos y deseos de amor fácil y egoísta.

No participan del cuerpo quebrantado y de la sangre derramada del Salvador de los hombres. No están dispuestos a "crucificar la carne con sus afectos y concupiscencias", a fin de ser renovados en verdadera santidad, conforme a la imagen del Hijo de Dios. La palabra de Dios que prueba los corazones de los hombres, demuestra que son deficientes. No tienen parte en la gracia del Salvador, ni fundamento para esperar en su salvación. Dice Jesús: "El que es de Dios oye las palabras de Dios". Los que reciben la ley y el testimonio, y asimilan la verdad de Dios, participan de la naturaleza divina, crecen hasta la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús, y la palabra de verdad obra su santificación. Aunque no hagan profesión jactanciosa de santidad, sino que manifiesten un espíritu manso y tranquilo, obrando las obras de Cristo, se presentarán ante el trono de Dios, sin mancha ni arruga ni cosa semejante. Serán santificados y glorificados mediante la obediencia a los mandamientos de Dios, obrada por el poder divino, mediante la fe del Hijo de Dios.

20 de abril de 1888

Visita a Lemoore

EGW

En compañía de mi hijo, W. C. White, y de la señorita Cecilie Dahl, salí de Healdsburg, el 9 de marzo, con destino a Oakland. En Oakland tomamos el tren para Lemoore. En Goshen Junction nos separamos de W. C. White, que se *dirigía* a Los Ángeles. Llegamos a Lemoore alrededor de las ocho de la noche. Los hermanos Daniels y Gray nos esperaban en la estación para recibirnos. El hermano Gray nos condujo a su casa, donde nos dieron una calurosa bienvenida y nos agasajaron amablemente.

El élder Daniels ha estado trabajando en Lemoore, y su ferviente esfuerzo por predicar la verdad de Dios ha sido seguido por los resultados más alentadores. Se ha despertado un gran interés en la ciudad y sus alrededores por escuchar las razones de nuestra fe. El Señor ha estado moviendo los corazones, y nos regocijamos de que un buen número haya tenido el valor moral de salir e identificarse con los que "guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo". Veintinueve personas han tomado una posición decidida a favor de la verdad y han firmado el pacto. Conocí a varios de ellos que recientemente han llegado al conocimiento y creencia de la verdad, y estoy seguro de que han abrazado la fe después de una investigación cuidadosa y sincera, y a través de una convicción solemne y completa de su origen y naturaleza divinos. Creo que enseñarán a otros las cosas que han aprendido.

Si todos los que aceptan la luz de la verdad permiten que su luz brille por precepto y ejemplo, su influencia será de tan largo alcance como la eternidad. Procurando humildemente conocer y hacer la voluntad de Dios, podrán ser alumnos constantes en la escuela de Cristo, y podrán educar continuamente a otros en los principios y prácticas de la verdad. Si los que abrazan la causa de Dios manifiestan la mansedumbre y humildad de Cristo, pueden dar un testimonio a los incrédulos que tendrá más peso que los sermones o argumentos a su favor. El testimonio más convincente para el mundo del valor de nuestra fe es la conducta y el carácter ejemplares de sus defensores.

El sábado 10 de marzo por la mañana, al acercarnos a la casa de culto la encontramos rodeada de carruajes de los que habían venido a oír la palabra de Dios. Hubo una asistencia bastante numerosa de personas interesadas en nuestros puntos de vista, y tuve mucha libertad al hablar de Colosenses 1:9-14. Después del discurso tuvimos una reunión social. Después del discurso tuvimos una reunión social. Se escucharon muchos testimonios, y todo lo que se dijo se caracterizó por un buen espíritu. Algunos testificaron por primera vez que creían en la verdad presente.

Hablé cinco veces en Lemoore, ante un buen público. Muchos que no estaban familiarizados con las posiciones que sostenemos, parecían muy interesados. Había en la congregación algunos infieles y taberneros, que prestaron la más seria y respetuosa atención, y no sabemos sino que las semillas de la verdad pueden echar raíces y dar fruto para la gloria de Dios en las vidas de estos hombres. Espero y ruego sinceramente que así sea. Cristo ha dicho: "Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento". Los que se sienten perfectamente satisfechos con su condición espiritual no son los que excitan la alegría de los ángeles. Los judíos decían respetar la ley de Dios, pero no la guardaban. Dijo Jesús: "¿No os dio Moisés la ley, y sin embargo ninguno de vosotros la guarda?". Dijo de los fariseos santurrónes: "En vano me adoran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres"; y en nuestros días, los que profesan ser cristianos y, sin embargo, no dan fruto para gloria de Dios, negando con sus obras la fe que profesan, pertenecen a esa clase que no siente ninguna carencia en sí misma, que no ve la necesidad de arrepentimiento, confesión o reforma en su vida. Parecen justos a sus propios ojos, y están satisfechos con sus propios logros. No acuden al gran Médico, porque no se dan cuenta de su necesidad de curación. Pero los que vienen arrepentidos de sus pecados, creyendo que Jesús puede, por los méritos de su sangre, limpiarlos y sanarlos, hacen que los ángeles de Dios se gocen en su presencia.

El sábado hubo un movimiento decidido hacia la búsqueda de Dios, por parte de aquellos que deseaban acercarse a él. La instrucción para nuestro día es: "Buscad al Señor, todos los mansos de la tierra, que habéis hecho su juicio; buscad la justicia, buscad la mansedumbre". Este valioso tesoro de justicia y mansedumbre no vendrá sin una búsqueda sincera y ferviente. No es algo que se desarrolle naturalmente en el corazón humano. Cada individuo debe hacer los esfuerzos más diligentes y perseverantes para obtener la mansedumbre y la justicia de Cristo. Dice el profeta: "Buscad la justicia, buscad la mansedumbre; quizá seréis escondidos en el día de la ira del Señor". Buscamos al Señor con fervorosas súplicas, y su Espíritu Santo dio testimonio de la presencia de Dios en medio de nosotros. Los que buscan al Señor de corazón, ciertamente lo encontrarán, porque Él es una ayuda presente en todo tiempo de necesidad.

El domingo, tanto por la mañana como por la tarde, hablé a una sala llena. El Espíritu y el poder de Dios estaban en medio de nosotros, impresionando los corazones con la verdad. Sabíamos que Jesús estaba invitando a los cansados y agobiados a venir a él y encontrar descanso para sus almas. Si cumplían las condiciones, y tomaban su yugo, y llevaban su carga, y aprendían de Aquel que era manso y humilde de corazón, encontrarían dulce su servicio, y sus sendas, sendas de paz. Deseaba que todos los presentes aceptasen el yugo de Cristo y encontrasen la paz y el descanso que la palabra no puede dar ni quitar. Cuando aquellos que, por transgredir la ley, han perdido todo derecho al favor de Dios, vuelven a la

lealtad y guardan los mandamientos, ¿qué otra cosa que bendición, paz y descanso puede venirles de Aquel que se conmueve al sentir nuestras flaquezas, cuyo amor se concede graciosa y gratuitamente a todos los que se vuelven a él para servirle con corazón sincero?

Ante mí había una clase de hombres que no poseían talento inferior; los había que no tenían conocimiento de Dios ni fe en su Hijo, pero yo sabía que Jesús estaba dispuesto a recibir a esos hombres, esperando perdonar sus transgresiones, sacar sus pies del barro cenagoso y colocarlos sobre la Roca de las Edades. Sentí un intenso deseo de presentar la verdad de la palabra de Dios de tal manera que se sintieran constreñidos por el amor que Jesús les había manifestado a venir a él en toda su pecaminosidad y contaminación, para ser limpiados por la sangre del Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Los más pecadores pueden ser hechos aptos para las mansiones que Jesús ha ido a preparar para los que le aman y guardan sus mandamientos. Pueden ser limpiados por la fe en su sangre, santificados por la obediencia a la verdad y glorificados por el poder de Dios para brillar en su reino eterno.

Tuve pensamientos muy solemnes al contemplar aquella asamblea. Me preguntaba cuántos de los presentes aclamarán con gozo la gloriosa aparición del Señor y Salvador. ¿Cuántos recibirán la corona de la vida? ¿Cuántos alzarán sus voces en alegres hosannas, cantando el cántico de Moisés y del Cordero, diciendo: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos"? Cuán ansioso me sentía por esas almas, mientras pensaba: Jesús las ama más que yo. Su amor no tiene parangón; y si yo siento dolor de corazón al ver que estas almas emplean sus talentos confiados en deshonrar a Dios, ¿cómo debe sentirse el Salvador compasivo, que murió para que ellas vivieran?

¡Oh, que todos sintieran que Jesús tiene reservado para ellos algo inmensamente mejor que lo que están eligiendo para sí mismos! Ojalá todos se dieran cuenta de la inmensa pecaminosidad del pecado y de la bienaventuranza de la justicia. Ojalá todos pudieran ver cuán impotentes son todos los esfuerzos para luchar contra la omnipotencia. El hombre hace el mayor daño e injusticia a su propia alma cuando piensa y actúa en contra de la mente y la voluntad de Dios. Está sembrando para la carne, y de la carne cosechará corrupción. No se puede encontrar verdadera alegría en el camino prohibido por el Dios que sabe lo que es mejor, y que planea para el bien de sus criaturas. El camino de la transgresión es un camino de miseria y destrucción, y quien camina por él está expuesto a la ira de Dios y del Cordero.

La cruz del Calvario, con su Víctima sufriente que llevó la maldición por nosotros, atestigua el amor de Dios por el pecador; y la voz de Dios llama a los desobedientes: "Volveos, volveos, porque ¿para qué moriréis?". Hay una fuente abierta para limpiar las almas culpables de los hombres. Los méritos de Jesús abogan por el pecador arrepentido; y a todos los que reciban al Salvador les dará poder para que puedan caminar por las sendas de la justicia y de la paz.

La palabra de Dios es el directorio hacia el Cielo. Si el hombre sigue el camino marcado en la palabra sagrada, llegará a la ciudad eterna y a los reinos de la gloria. El mismo Dios de la verdad presenta sus promesas para animar al hombre a buscar la vida eterna y una herencia incorruptible e inmarcesible. Que el pecador arrepentido crea en la palabra de Dios, y venga

a Jesús el Salvador de los hombres, tome su yugo sobre sí, lleve su carga, y hallará descanso para su alma.

4 de mayo de 1888

Trabajo misionero a domicilio

EGW

Los misioneros a domicilio son muy necesarios. La obra de ganar almas para Jesús, y de entrenarlas para que se conviertan en obreros para otros, debe comenzar en el círculo del hogar. Dios reclama los servicios de todos, hombres, mujeres y niños; y cuanto más pronto se les saque de sí mismos y se les aparte de sí mismos, y se les enseñe a trabajar desinteresadamente por los demás, más cerca estarán de cumplir su santa comisión. De todas nuestras escuelas de formación, la familia debe ser la primera. Los padres y las madres deben sentir que están a la cabeza de una misión. Tienen una obra que hacer que ningún otro puede hacer por ellos: formar el carácter de sus hijos para que sean útiles en esta vida y para la vida futura e inmortal. Dios los ha llamado a esta obra, y es un pecado descuidarla.

Sin embargo, esta obra está extrañamente descuidada. El incumplimiento del deber por parte de los padres se revela en el carácter deforme y unilateral de los hijos. La manera relajada y anticristiana en que muchos educan a sus hijos es la causa de la terrible impiedad y maldad de la juventud de esta época. La gran carga respecto a los asuntos temporales, que llevan muchos que pretenden ser hijos e hijas de Dios, les hace perder de vista los intereses eternos. Su preocupación absorbente por las cosas mundanas extravía a sus hijos. Lo sagrado y lo común se confunden en sus mentes. Lo eterno y lo temporal están a la par. La falta de religión en el hogar lleva a tropiezos, a enredos desconcertantes, en todo el camino de la experiencia cristiana, tanto para los padres como para los hijos. La vida familiar toma un nivel bajo. La conversación es trivial y frívola, o incluso peor. Hay chismes y habladurías, hay amenazas, regaños, jaleos y tentaciones. Los ángeles lo ven todo. Jesús, que dio su vida para redimirlos, lo contempla. ¡Qué escena para el cielo! ¿Será recibida una familia así a través de las puertas de la ciudad de Dios? Nunca, a menos que sean transformados por la gracia de Cristo. Llevarían al cielo el mismo carácter, el mismo espíritu que manifiestan aquí. Miles y miles se perderán a causa de esta terrible negligencia por parte de los padres.

Quisiera recalcar a los padres y madres la importancia de su labor misionera en el hogar. Las preciosas horas del período de prueba están pasando rápidamente. Los padres deben ser cambiados, los hijos deben ser cambiados, en corazón y carácter aquí en esta vida, o nunca se les permitirá entrar en el Cielo. Su primera carga debe ser ver que sus propias almas estén bien delante de Dios, y trabajar por la salvación de sus hijos. Cada miembro de la familia debe ser objeto de un esfuerzo especial, sabiamente dirigido, para que el enemigo de Cristo no se apodere del corazón ni controle el carácter.

Los padres que prestan atención a la palabra de Dios no descuidarán, por ninguna consideración, la obra que él les ha encomendado. No tomarán un rumbo en ningún aspecto que aleje a sus hijos de él. Noche y día sentirán la carga de apartarlos de las costumbres del mundo, sus modas y su orgullo, para llevarlos a Jesús. Harán de la religión la cuestión vital

de la vida, y enseñarán a sus hijos que toda consideración mundana debe estar en segundo lugar con respecto a sus intereses eternos. Los rodearán con la oración, suplicando con fe que Dios permanezca con ellos y que los santos ángeles los protejan del cruel poder de Satanás. Cada día les darán la instrucción que los lleve a conocer mejor las exigencias de Dios, a venerar su ley y a formar hábitos de vida conformes con ella.

Los hijos aprenderán a amar lo que aman los padres, y hablarán de los temas sobre los que ellos hablan. Si queremos que la palabra de Dios sea el más precioso de los libros para nuestros hijos, nuestras propias vidas deben testificar que es preciosa para nosotros. Si deseamos que amen y reverencien a Dios, debemos hacer de él el tema de nuestras meditaciones; debemos hablar de su bondad, su majestad y su poder. Si queremos que amen e imiten el carácter de Cristo, nosotros mismos debemos representar a Cristo en nuestros hogares. Al cultivar la mansedumbre y la humildad, al realizar actos bondadosos y considerados para con los demás cuando ningún ojo humano puede ver, ni la alabanza humana estimular, al escondernos en Jesús y dejar que su mansedumbre aparezca en la vida del hogar, al ejercitar la paciencia cuando se nos provoca, al dar una respuesta suave cuando se nos tienta a ser duros, dominantes y vengativos, es como dejamos la impresión inconfundible en la mente de nuestros hijos de que el padre y la madre son cristianos.

No descuides a tus hijos mientras son jóvenes. Los hijos e hijas de padres cristianos deben ser educados para darse cuenta de su responsabilidad ante Dios en la niñez y la juventud. Hay un trabajo serio que hacer en esta edad, y ellos deben ser educados para participar en él. No podemos estimar las posibilidades de utilidad que yacen sin desarrollar en la mano, el cerebro y el corazón. Debéis instruir a los niños en los deberes de la vida práctica. Enseñales a considerar la humilde rutina de los deberes cotidianos como el camino que el Señor les ha trazado; como una escuela en la que han de ser entrenados para prestar un servicio fiel y eficiente. Todas sus facultades deben ser educadas y disciplinadas para servir a Dios. Él requiere que los primeros, los mejores y los más útiles talentos sean empleados para llevar adelante su obra. El mismo celo y energía, tacto y orden, que se ejercitan en las salas de contabilidad y en los talleres, y en las bellas artes, deben aplicarse a la obra de Dios. Enseñales ahora a cultivar la firmeza y la integridad. Fue este cuidadoso entrenamiento en sus primeros años lo que capacitó a José, cuando de repente fue exaltado de su calabozo al trono, para llenar su posición con sabiduría y honor. Así los jóvenes y los niños de nuestro tiempo deben ir adquiriendo solidez de carácter, a fin de que estén preparados para ser usados como instrumentos de Dios en la obra misionera.

Los niños no deben ser tratados con dureza. Recuerda que tus hijos e hijas son miembros jóvenes de la familia de Dios. Él los ha confiado a tu cuidado para que los formes y eduques para el Cielo. Debéis rendirle cuentas de la manera en que cumplís con vuestra sagrada confianza. Sin embargo, al mismo tiempo que ejercéis ternura y amorosa simpatía, debéis ser firmes y decididos para ordenar obediencia; como Abraham, exigiendo a vuestros hijos que guarden el camino del Señor.

No se les debe permitir que adquieran hábitos insensatos de autoindulgencia. Enseñeles que Jesús los ama, que murió para redimirlos y que deben vivir para glorificarlo. Su vida es el modelo que deben copiar. Se les debe enseñar a no desperdiciar nada en ostentación; a evitar toda ostentación en el vestir. Que se fomente el espíritu de sacrificio. Enseña a los niños a

contribuir con algo que ellos mismos hayan ganado como ofrenda a Dios, que les ha dado todo el Cielo en el don de su amado Hijo. Me alegro de que tomen parte en la obra misionera en las Sociedades Rivulet, y por sus contribuciones en la Escuela Sabática. Están aprendiendo preciosas lecciones sobre la bendición de dar. Si deseamos fomentar en sus corazones el amor a la verdad y a la causa de Dios, debemos enseñarles a sacrificarse por ella. Lo que no nos cuesta nada lo valoramos a la ligera; pero la empresa en la que invertimos nuestros medios nos interesa y trabajamos por su éxito.

No espere que se produzca un cambio en sus hijos sin una labor paciente y sincera, mezclada con una ferviente oración. Estudiar y comprender sus diversos caracteres, y día tras día moldearlos según el Modelo divino, es una obra que exige gran diligencia y perseverancia, y mucha oración, con una fe permanente en las promesas de Dios. Estudia cuidadosamente cómo cumplir con tus deberes. Consúltate con los que tienen experiencia. Buscad el consejo de Dios en su palabra; trabajad y orad, orad y trabajad, desde la hora más temprana de la vida de vuestros hijos, y creed que Dios cooperará con vosotros en todo esfuerzo por seguir la luz y la instrucción que ha dado. El sacrificio infinito de Cristo por nuestra redención tiene un alto valor para el alma. Después de dar tales pruebas de su amor, no negará su gracia, su ayuda especial, a los padres y a los hijos que procuren hacer su voluntad. No rehusará escuchar la ferviente oración de los padres, secundada por un trabajo perseverante, para que sus hijos sean bendecidos por él y lleguen a ser fieles obreros en su causa. Cuando los padres cumplen con su deber en la forma señalada por Dios, pueden estar seguros de que sus peticiones de ayuda en la obra del hogar serán concedidas.

Si los padres y las madres aman la Biblia, y hablan de las lecciones que Cristo ha dado; si aman a Jesús, y hacen de él el tema de conversación, una atmósfera celestial impregnará el hogar. Como la cera recibe la impresión del sello, así el alma recibirá y retendrá la imagen moral de Dios. Al contemplar, nos transformamos. Si permitimos que la mente se detenga en las imperfecciones y deformidades morales de los demás, nosotros mismos nos volveremos depravados de carácter, y mentalmente unilaterales y desequilibrados. Pero si la mente se detiene en la vida perfecta de Cristo, y los pensamientos y la conversación se centran en él, seremos cambiados a la misma imagen.

La vida se convertirá, tanto para los padres como para los hijos, en una humilde y ferviente labor de salvación con temor y temblor, mientras Dios obra en ellos el querer y el hacer que le place. Las puertas del cielo están en la tierra. Padres e hijos se esfuerzan juntos por avanzar hacia arriba, hacia el cielo, por el camino estrecho, el camino de la santidad, actuando todos su parte en la familia de abajo de tal manera que lleguen a ser miembros de la familia real de arriba.

La enseñanza del hogar -el molde que aquí se da al carácter- extiende su influencia más allá de la familia a la iglesia, y fuera de la iglesia al mundo. Una familia bien ordenada, que ama a Dios y sus oráculos vivientes, tendrá un testimonio fresco y vivo que dar. Su influencia edificará la iglesia y ganará almas para Cristo y la verdad. Al dar al mundo una familia bien disciplinada, los padres presentan una de las evidencias más fuertes en favor de la verdad. Y los padres cuya labor sabia y temerosa de Dios ha logrado tanto para su propia familia, podrán lograr una obra similar para otros.

Si la obra misionera en el hogar se hubiera hecho de acuerdo con las instrucciones que Dios ha dado en su palabra, ahora habría un ejército de jóvenes para entrar en los campos misioneros. El apóstol Pablo, en su último encargo a Timoteo, dice: "Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros." Cuando las lecciones que los padres aprenden en la escuela de Cristo son enseñadas a sus hijos; cuando la mansedumbre y el amor del Salvador, su abnegación y humildad, son llevados a la vida y hechos parte de la experiencia diaria, y los hijos aprenden y practican estas preciosas lecciones, ellos a su vez podrán, por su influencia y ejemplo, enseñar lo mismo a otros. ¿Y quién puede medir los resultados finales? Cuántos humildes cristianos, a quienes el mundo no ve ni cuida, han puesto en movimiento un tren de influencias que han traído bendición a cientos y miles de almas. ¿Dónde está el misionero que haya realizado una obra mayor que la de la madre de Juan Wesley? ¿Quién puede medir el valor de aquellas horas en que la abuela de Zwingli repetía amorosamente al ansioso muchacho que tenía a su lado las pocas y preciosas historias bíblicas que había recogido entre las leyendas y tradiciones de la iglesia?

El día de Dios revelará cuánto debe el mundo a las santas influencias del hogar de los hombres que han sido defensores inquebrantables de la verdad y la reforma. Cuando se celebre el Juicio y se abran los libros, cuando se pronuncie el "Bien hecho" del gran Juez, qué indecible gozo llenará nuestros corazones si, al reunirnos alrededor del gran trono blanco, vemos a nuestros hijos, salvados por nuestra mediación, con la corona de la gloria inmortal sobre sus frentes. ¿Cómo nos sentiremos al contemplar esa compañía y ver que aquellos a quienes hemos ganado para Cristo han salvado a otros, y éstos a otros más, una gran asamblea llevada al paraíso del descanso como resultado de nuestras labores, para depositar allí sus coronas a los pies de Jesús, y alabarle a través de los ciclos interminables de la eternidad?

11 de mayo de 1888

La presunción de Saúl

EGW

Después de que Saúl fuera ungido rey de Israel, el profeta Samuel le dio instrucciones detalladas sobre el camino que debía seguir. Profetizó que el Señor obraría un cambio en su corazón para prepararlo para las solemnes responsabilidades de su nuevo cargo. Declaró al rey: "Te encontrarás con una compañía de profetas que descienden del lugar alto con un salterio, un tabret, una flauta y un arpa, delante de ellos; y ellos profetizarán; y el Espíritu del Señor vendrá sobre ti, y profetizarás con ellos, y te convertirás en otro man.... Y descenderás delante de mí a Gilgal; y he aquí que yo descenderé a ti, para ofrecer holocaustos y sacrificios de paces. Siete días estarás, hasta que yo venga a ti, y te muestre lo que has de hacer." Mientras Saúl seguía su camino, se operó en él el cambio de que había hablado el profeta, y Dios le dio otro corazón; y todo lo que Samuel había dicho se cumplió. El corazón de Saúl se volvió hacia el Señor, su mente se ensanchó y tuvo la bendición del entendimiento espiritual. Sintió que la fuerza de Israel era el Señor Dios, Jehová, y en él podía tener valor, fortaleza y resolución para gobernar sabiamente. Ahora dependía de Saulo llevar a cabo la salvación que Dios había obrado en él.

No fue sino hasta el segundo año de su reinado que se requirió la presencia de Saúl en Gilgal. En aquel momento los filisteos estaban acampados contra los israelitas. Saúl y sus seguidores podían ver la inmensa hueste que se había desplegado contra ellos, y los israelitas se horrorizaron al ver las poderosas fuerzas con las que tendrían que enfrentarse en la batalla. No estaban preparados para enfrentarse al enemigo, pues eran indisciplinados y estaban mal armados. Sus fuerzas eran muy inferiores tanto en número como en equipo, pues "no se halló espada ni lanza en mano de ninguno del pueblo". Cuando el ejército de Saúl comprendió la situación se llenó de alarma, y muchos estaban tan aterrorizados que no se atrevieron a llegar a la prueba de un encuentro. Algunos cruzaron el Jordán, otros se escondieron en cuevas y fosos, y entre las rocas que abundaban en aquella región. Los asuntos del ejército empezaban a ser alarmantes. Cuanto más se acercaba el momento del encuentro, más aumentaban los desertores, y los que no se retiraban de las filas se llenaban de presentimiento y terror. Qué cambio se habría producido si hubiesen confiado en el Señor, si hubiesen humillado sus corazones y confesado su rebeldía e iniquidad.

Saúl se demoró día tras día sin hacer esfuerzos decididos por animar al pueblo e inspirar confianza en Dios. El tiempo señalado por el profeta no había expirado del todo; pero se impacientó por su demora y se desanimó ante las difíciles circunstancias que lo rodeaban. En vez de tratar fielmente de preparar al pueblo para el solemne servicio que Samuel venía a realizar, se entregó a la incredulidad y a la impaciencia. Esta obra de buscar a Dios por medio del sacrificio era una obra sumamente solemne e importante, y Dios requería que su pueblo escudriñara su corazón y se arrepintiera de sus pecados, para que la ofrenda fuera hecha con aceptación ante él, y para que su bendición se derramara sobre sus esfuerzos por resistir y vencer al enemigo. Pero Saúl se había inquietado. El pueblo lo miraba como el rey que había elegido para guiarlo y dirigirlo. Habían quedado insatisfechos con la guía del Rey de reyes, y habían deseado ser como las naciones que los rodeaban, y Dios les había concedido su petición de un gobernante de entre sus hermanos. El Señor seguía cuidando de ellos, y no los entregó a los desastres que les habrían sobrevenido si el frágil brazo de la carne se hubiera convertido en su único apoyo. Los llevó a lugares estrechos, para que se convencieran de la insensatez de depender del hombre, y para que se volvieran a él como su única ayuda. Había llegado el momento de probar a Saúl. Había llegado la oportunidad de demostrar si dependería o no de Dios, si esperaría pacientemente de acuerdo con su mandato, y si se revelaría como alguien en quien Dios podía confiar en lugares difíciles como gobernante de su pueblo, o si sería vacilante y débil, e indigno de las sagradas responsabilidades que le habían sido encomendadas. ¿Haría caso Saúl de los mandatos del Señor? ¿Se mostraría dispuesto a ser dirigido y controlado? ¿Dirigiría la atención de sus pusilánimes soldados hacia Aquel en quien está la fuerza y la liberación eternas?

Con creciente impaciencia esperó la llegada de Samuel, y atribuyó la confusión, la angustia y la deserción de su ejército a la ausencia del profeta. Pero ¿qué momento más propicio podía darse al hombre representativo de Israel para afirmar su virilidad y manifestar su fe en Dios? ¿No era ésta precisamente la ocasión en que debería haber creído en la palabra del profeta y en los mandatos y seguridades del Señor? Pero Saulo puso en evidencia que no discernía las cosas sagradas, que no se cuidaba concienzudamente de ir de acuerdo con la palabra del mandato explícito del Señor. El sacerdote de Dios era el único autorizado para presentar sacrificios ante Dios; y sin embargo Saúl ordenó: "Traed aquí un holocausto", y ofreció el sacrificio. De este modo asumió las responsabilidades del sacerdocio. Se colocó en una

posición para la cual no estaba preparado ni calificado por el Señor. Presumió de su exaltación al trono de Israel y actuó como sacerdote ante el pueblo. El tiempo para la llegada de Samuel estaba a la mano, pero Saúl, por falta de fe, había sido llevado a tomar su propio curso, y él hizo evidente que no se podía confiar en él como cabeza de Israel; porque bajo la presión de las circunstancias se apartaría del mandamiento de Dios.

"Y aconteció que cuando acabó de ofrecer el holocausto, he aquí Samuel que venía, y Saúl salió a recibirle para saludarle". Samuel vio enseguida que Saúl había ido en contra de las instrucciones expresas que se le habían dado. No había esperado a que transcurrieran los siete días. No había cumplido humildemente la palabra del Señor, ni tenido en cuenta la ley de las ofrendas. Se le había encomendado que esperara a Samuel, el escogido del Señor, y apto para el mismo servicio que Saúl había realizado con manos no santificadas. La obra que había hecho no estaba en armonía con el plan de Dios, y no podía ser aceptable ante el Cielo. El sacrificio debía ofrecerse de la manera más solemne. El pueblo debía quedar impresionado por el peso de su significado, y el Señor había dicho por medio de su profeta que en ese momento comunicaría por medio de su siervo delegado lo que Israel debía hacer en ese momento crítico. Saúl estaba tan satisfecho de sí mismo y de su obra, que salió al encuentro del profeta como alguien que debía ser elogiado más que desaprobado. El semblante de Samuel estaba lleno de ansiedad y preocupación; pero a su pregunta: "¿Qué has hecho?" Saúl ofreció excusas por su acto presuntuoso. Dijo: "Vi que el pueblo se dispersaba de mí, y que no venías dentro de los días señalados, y que los filisteos se habían reunido en Micmas; por eso dije: Los filisteos descenderán ahora sobre mí a Gilgal, y no he suplicado al Señor; me forcé, pues, y ofrecí un holocausto. Y Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no has guardado el mandamiento de Jehová tu Dios, que él te mandó; porque ahora Jehová habría establecido tu reino sobre Israel para siempre. Pero ahora tu reino no continuará; el Señor le ha buscado un hombre conforme a su corazón, y el Señor le ha ordenado que sea capitán sobre su pueblo."

Saúl había demostrado no ser apto para gobernar a Israel, por falta de fe y obediencia al claro mandato del Señor, y Dios no podía establecer su gobierno sobre su pueblo. Los servicios religiosos que había prestado no eran aceptables para el Dios del Cielo. "Obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros".

No hay seguridad para el pueblo de Dios excepto en la obediencia implícita a su palabra. Todas sus promesas se hacen bajo condiciones de fe y obediencia, y el incumplimiento de los mandatos expresos hace necesario que no experimentes el cumplimiento de las ricas disposiciones de las Escrituras. Saulo podría haber hecho su súplica a Dios de una manera aceptable y aún podría haber esperado a que el siervo de Dios realizara su obra señalada. No había necesidad de obligarse a ofrecer un holocausto ante el Señor. La orden de esperar hasta la llegada de Samuel fue dada para probar su lealtad al Dios que lo había bendecido tan abundantemente. Si el rey sólo hubiera mostrado respeto por los requerimientos de Dios en este tiempo de prueba, entonces Dios podría haber obrado su voluntad a través de él, incluso cuando su inclinación y deseo natural podrían haber clamado por un curso de acción diferente. Su fracaso lo incapacitaba para ser vicerregente de Dios ante su pueblo. Engañaría a Israel. Su voluntad sería el poder controlador en lugar de la voluntad de Dios. Había sido pesado en la balanza y se le había encontrado falto. Los ángeles de Dios se habían afligido por su incredulidad y desobediencia, y su fracaso en esta pequeña prueba decidió la cuestión

más importante de su reinado. Si hubiera sido fiel, su reino se habría establecido para siempre; pero como había fracasado, los propósitos de Dios debían ser cumplidos por otro que fuera fiel a la palabra de su mandamiento. Los grandes intereses de Israel debían encomendarse a alguien que gobernara al pueblo según la voluntad del Cielo.

Deberíamos ser advertidos por el ejemplo de Saúl. No sabemos qué grandes intereses pueden estar en juego en la prueba de Dios. La obra encomendada a nuestras manos debe realizarse con fidelidad. Debemos ser fieles a los mandamientos definitivos del Señor. La palabra de Dios es la única guía segura para nuestros pies. No debemos seguir impulsos, no debemos confiar en el juicio de los hombres, sino mirar la voluntad revelada de Dios, y caminar de acuerdo con el mandamiento, sin importar las circunstancias que nos rodeen. Dios se encargará de los resultados, y por la fidelidad a la palabra de Dios en tiempo de prueba demostrarás ante los hombres y los ángeles que el Señor puede confiar en ti en lugares difíciles para cumplir su voluntad, honrar su nombre y bendecir a su pueblo.

18 de mayo de 1888

La relación de los cristianos con Cristo y la Iglesia

EGW

El apóstol Pablo, hablando de la Iglesia de Cristo, la compara con el cuerpo humano y sus miembros. La unidad existente entre los miembros del cuerpo representa la unidad que debe existir entre los miembros de la Iglesia. La dependencia mutua de los seguidores de Cristo se ilustra por la dependencia de los miembros del cuerpo entre sí. "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en particular". "Y si un miembro padece, todos los miembros padecen con él; o si un miembro recibe honra, todos los miembros se gozan con él". Esta figura, como representación de la Iglesia, está llena del más tierno significado para el pueblo de Dios, tanto en su relación con Cristo como entre sí. Así como en el cuerpo natural el sufrimiento de un miembro es reconocido por cada parte del ser, así en la iglesia la debilidad o el dolor de un miembro alcanza a todos los demás con su influencia; y la fuerza de uno es la ganancia de todos. Cristo, la cabeza de la Iglesia, está "compadecido de nuestras debilidades".

Contemplando la intimidad de la relación entre los seguidores de Cristo, Pablo escribe: "No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Y sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros por Cristo." "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad de espíritu, de mansedumbre, de longanimidad; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro; como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de caridad, que es el vínculo de la perfección. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la cual también sois llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. Que la palabra de Cristo habite abundantemente en vosotros con toda sabiduría; enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor. Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios y al Padre por medio de él." "Nada hagáis

por contienda o vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los demás. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús."

Hemos sido traídos del mundo para convertirnos en miembros de la iglesia, el cuerpo de Cristo. Hemos de llegar a una perfecta armonía de sentimientos y unidad de fe. "Hablando la verdad en amor", debemos "crecer en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor". No debemos permitir que los defectos naturales de nuestro carácter creen desunión. Debemos rendir nuestras voluntades a Dios, hasta que cada pensamiento sea llevado a la obediencia a Cristo. Tenemos una obra que hacer antes de que seamos capaces de trabajar juntos tan armoniosamente como lo representa la unión del cuerpo.

Aquellos que profesan ser miembros de la familia de Dios, y que esperan estar un día alrededor de su trono, deben tener cuidado de cultivar aquí el espíritu que prevalecerá en el Cielo. "El amor es el cumplimiento de la ley", y el amor de Jesús en el corazón unirá a su iglesia en lazos de comunión cristiana, como la comunión que existirá en los atrios de lo alto. No tenemos necesidad de equivocarnos, porque poseemos un modelo perfecto en la vida de Jesús, según el cual debemos modelar nuestras acciones vitales, y el hecho de que lo representemos tan pobremente debe hacernos humildes y llevarnos a ejercitar el amor y la paciencia hacia otros que puedan equivocarse. A menos que cultivemos la humildad en vista de nuestras propias deficiencias, se desarrollará en nosotros un elemento de dureza de corazón semejante al del carácter de Satanás. La crítica, la frialdad y la desunión en la iglesia desharán la obra del Espíritu Santo de Dios.

Necesitamos una obra en nuestro carácter que nos capacite para las grandes responsabilidades que Cristo ha puesto sobre nosotros. Hay almas que salvar en todas partes, y necesitamos amar a los demás como Cristo nos ha amado, si cumplimos nuestras obligaciones para con nuestros semejantes. Aquellos que se complacen en un espíritu de celos, que están constantemente inclinados a pensar mal, y a juzgar los motivos de los demás, no son poseedores del amor de Cristo, ni aptos para su santo servicio.

Cuando un hermano está en el error, ¡cuántos le dan la espalda y lo abandonan para que siga su mal camino, para que se aparte de Cristo y de la verdad! Y no sólo lo tratan con negligencia, sino que sus palabras imprudentes y su comportamiento indiferente lo aceleran en el camino descendente. ¿Es este el Espíritu compasivo de Cristo? Cuando uno se aleja, ¿lo empujamos a una oscuridad mayor? ¿No vino Jesús, el Hijo de Dios, a buscar y salvar lo que estaba perdido? "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". ¿No fue nuestro Salvador tierno y compasivo con todos? ¿No lloró por los que rechazaban su misericordia, y extendió sus manos todo el día hacia un pueblo rebelde? Debemos ser compasivos con nuestros semejantes, porque ellos son la compra de la sangre de Cristo. No somos tan compasivos como deberíamos. Este amor propio debe ser desarraigado, este espíritu de importancia farisaica debe ser subyugado. No estamos aquí para complacernos o glorificarnos a nosotros mismos, sino para glorificar a Dios viviendo para el bien de los hombres.

Todo cristiano debería tener con el que yerra la misma piedad que tendría consigo mismo; pero en muchos casos, los mismos que son más sensibles a la reprensión, son más insensibles con aquellos a quienes condenan. Si un hermano yerra, qué fácil es decir a otros su falta antes de que se le diga una palabra. Tal proceder no está de acuerdo con la regla bíblica. Dios no quiere que expongamos los defectos de otros ante el mundo incrédulo, ni siquiera ante los hermanos de la iglesia, excepto cuando sea necesario para llevar a cabo la dirección bíblica.

Dios quiere que lleguemos al conocimiento de la verdad tal como es en Jesús, y entonces haremos de corazón obras de bondad que bendecirán a los demás; entonces todos sabrán que la verdad de Dios ha hecho algo por el carácter y la vida de quienes profesan creerla, que Cristo mora en el corazón por la fe, y que la religión es una realidad viva.

A Cristo le duele nuestra dureza de corazón, nuestra falta de amor y de contrición. Dios quiere que tengamos amor; más vale tener mucho que poco. Dios mismo es amor; deberíamos ser como Él. Cristo está lleno de compasión; deberíamos aprender diariamente de él, y poner en práctica sus lecciones de amor, mostrando el tierno espíritu que él manifestó. No nos costará más esfuerzo decir palabras de consuelo y bondad que de dureza y celos. Procuraremos vendar el corazón quebrantado y curar el espíritu herido. No tendremos ningún deseo de humillar a otros ante nosotros si nos mueve el amor de Cristo. Todo nuestro deseo será elevar los pensamientos y elevar las mentes de los que nos rodean, exaltar la verdad y atraer a los hombres hacia el Salvador del mundo.

A nuestro alrededor hay personas que mueren por falta del amor de Jesús expresado en la vida de sus seguidores. Cuando las manos sin vida se han plegado sobre el pecho silencioso, cuántos han deseado que hubieran sido más gentiles, más tiernas. No se puede hacer confesión a los oídos de los muertos, pero se puede ejercer amor y paciencia hacia los vivos. ¡Oh, que todos pudieran apreciar el privilegio que ahora se les da de endulzar la existencia de aquellos que los rodean por medio de la amorosa simpatía que tanto alegra y alienta al corazón triste y solitario!

Los hombres y mujeres que ocupan puestos de responsabilidad deben tratar con mucho cuidado a los que están bajo su cuidado, mezclando el amor con la firmeza, el aliento con la disciplina y el consuelo con la corrección. ¿Por qué no ejercer tanta ternura y habilidad para sanar el alma enferma de pecado como para tratar el cuerpo enfermo? Cuando veas a uno que se aleja del redil, acércate a él y trata de hacerlo volver. Con espíritu manso y amoroso, mostradle que sois su verdadero amigo, y que al hablarle de sus errores os mueve el amor a su alma. Trabajad diligentemente, hermanos, porque estas almas, si se salvan, serán nuestras compañeras alrededor del trono de Dios.

Cristo exige que nos amemos unos a otros. Cuánto, la cruz del Calvario responderá. Nos amó hasta la muerte, y nos pide que "os améis unos a otros como yo os he amado". "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros". Y cuando esta tolerancia y ternura mutuas sean una realidad entre nosotros, apreciaremos el significado de la figura empleada por el apóstol para representar a la iglesia de Cristo. "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros en particular". Entonces llevaréis los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo.

25 de mayo de 1888

La prueba del carácter

EGW

Saúl dio una apariencia de gran conciencia y devoción cuando se presentó ante el ejército de Israel para ofrecer un sacrificio a Dios. Se presentó ante el pueblo como alguien que no estaba dispuesto a entrar en batalla con los filisteos sin pedir ayuda al Cielo, pero su corazón estaba lleno de desconfianza, y su aparente piedad era, en realidad, sólo incredulidad y desobediencia. El profeta de Dios le había ordenado que cuando se encontrara en tales circunstancias de prueba, esperara hasta que transcurrieran siete días, y que al término de los días señalados, Samuel vendría a él y ofrecería el sacrificio, y le diría lo que debía hacer para honrar a Dios y salvar a Israel, pero Saúl no había soportado la prueba que Dios había permitido que le sobreviniera, y resolvió ofrecer el sacrificio él mismo, y no esperar más a que el sacerdote ordenado por Dios realizara el sagrado servicio. El rey vio a los filisteos preparados para la batalla. Vio a sus propios soldados llenos de alarma, y sus filas adelgazando con frecuentes deserciones, y, en lugar de confiar en la palabra de Dios, y esperar pacientemente su salvación, se volvió infiel y desalentado. Con la esperanza de reunir de nuevo a sus tropas dispersas, estaba dispuesto a violar la dirección de Dios, y ofrecer una ofrenda ante el Señor, para que pudiera tener la aprobación del pueblo, y reunirlos a su lado para la guerra contra el enemigo.

El profeta había declarado que el Señor revelaría el curso que el rey debía seguir cuando terminaran los siete días; pero él no esperó la llegada del hombre de Dios, sino que tomó el asunto en sus propias manos. Si hubiera esperado con fe y paciencia y descansado en la promesa de Dios, ¡qué lecciones de confianza habrían llegado hasta nosotros como resultado de su vida y experiencia! ¡Qué ayuda podría haber sido para Israel, si hubiera resistido la prueba en aquella hora de tribulación! Podría haber revelado la obra del Espíritu de Dios en su corazón. A través de él se habrían manifestado el poder y la voluntad de Jehová de bendecir a su pueblo en espera. Si hubiera cumplido las condiciones bajo las cuales se le prometió la ayuda, el Señor habría obrado una maravillosa liberación para Israel, con los pocos que eran leales al rey. Pero el servicio religioso, realizado en incredulidad y en oposición directa al mandamiento de Dios, sólo sirvió para debilitar sus manos, y para colocarlo más allá de la ayuda que Dios estaba tan dispuesto a concederle.

Hay muchos que están siguiendo este mismo curso hoy. Rehúsan creer y obedecer el mandamiento del Señor, y sin embargo perseveran en ofrecer a Dios sus servicios formales de religión; pero no hay respuesta del Espíritu de Dios a tal servicio. No hay obra interior en el corazón, no hay reforma en la vida, no hay transformación en el carácter. Las ordenanzas externas no deben considerarse de valor, a menos que estén de acuerdo con la voluntad expresa de Dios. El Señor no puede manifestar su poder liberador, por muy celosos que sean los hombres en su observancia de las ceremonias religiosas, si persisten en la desobediencia voluntaria de sus mandamientos.

Aquellos que son colocados en posiciones de confianza, serán sometidos a diferentes pruebas, para que su lealtad y confiabilidad puedan ser probadas por su curso de acción. La

prueba puede ser simple, pero será suficiente para decidir si el espíritu del hombre está o no bajo el control del Espíritu de Dios. Se pondrá de manifiesto si elegirá o no llevar a cabo su propia voluntad y sus propias ideas, o la voluntad de Dios como guía suprema de sus acciones. Todas nuestras acciones son pesadas. Se estima su valor moral. Se sabe si somos o no leales a Dios, si estamos o no llevando a los que se relacionan con nosotros a amar y temer a Dios, o si a través de los defectos naturales de nuestros caracteres, sin ayuda de la gracia de Dios, estamos llevando a los que nos miran como ejemplo por caminos torcidos, lejos del temor de Dios, lejos del consejo que Él da a través de sus siervos designados. Si somos indiferentes a la instrucción dada a través de las agencias de Dios, nuestros corazones se endurecerán, la luz ordenada para nuestra corrección aparecerá como oscuridad, y nos convertiremos en agentes que conducen a otros a la incredulidad y la rebelión.

Adán fue puesto a prueba en un asunto muy sencillo, pero su fracaso en soportar la prueba abrió las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo, y toda desobediencia a Dios acarrea consecuencias de temible importancia y desastre. La acción del rey ante Israel disminuyó el significado del servicio sacrificial, y despojó al sacerdocio de su carácter sagrado ante sus ojos. Si el rey podía, con manos no consagradas, celebrar este rito sagrado, ¿por qué no podía el pueblo hacer lo mismo? Si a él le parecía mejor realizar este servicio, debía ser lo correcto, y se sentían perfectamente seguros siguiendo el ejemplo de alguien tan exaltado como el rey. Los que ocupan puestos de honor y responsabilidad deben tener sumo cuidado de andar con circunspección y humildad ante el Señor, para que no se conviertan en piedras de tropiezo para los que se ven influidos por su vida y su ejemplo.

Las mayores pruebas que han sobrevenido a la Iglesia han sido provocadas por aquellos que eran sus profesos amigos, y que habían sido colocados en posiciones de confianza y sagrada responsabilidad. Nuestras expectativas más optimistas han sido frecuentemente defraudadas. Hemos seguido nuestro mejor juicio al seleccionar hombres para puestos de confianza, y ellos han fracasado una y otra vez, cuando la prueba se puso a prueba en sus caracteres. Han mostrado debilidades de las que no habían dado ninguna indicación previa. No son lo que parecían ser antes de ser colocados en el puesto. Cuántas veces nosotros, seres finitos, nos hemos arrepentido de haber usado nuestra influencia para promover a hombres que después no han dado ninguna evidencia de su devoción a la palabra y la obra de Dios. A menudo hemos preguntado: ¿Qué ha hecho este gran cambio en estos hombres? ¿Qué fue lo que llevó a Saulo a presumir de su exaltación para deshonorar a Dios con su incredulidad y desobediencia? Fue la autosuficiencia y un corazón malvado de incredulidad. Fue cuando Saúl era pequeño a sus propios ojos que Dios lo escogió para ser gobernante sobre Israel, pero cuando perdió su espíritu de sencillez y humildad, no era el hombre para el lugar, y su autoridad le fue quitada. Aquellos que se apartan de su humildad y comienzan a exaltarse a sí mismos, se llenan de la más inexplicable infatuación y autoengaño con respecto a sus propias calificaciones. Como Saulo, comienzan a asumir responsabilidades que su posición en nada justifica, y para las cuales Dios no los ha ordenado.

Cuando las circunstancias son tan moldeadas que el carácter es probado y desarrollado, debes buscar fervientemente la ayuda de Dios para que puedas ser librado del mal. Si caminas humildemente ante Dios, no seguirás tu propia voluntad, sino que tendrás un espíritu enseñable y te someterás a la instrucción y a la corrección. Si te adhieres firmemente a la palabra de Dios y sigues su camino, no pondrás en peligro a otros ni tratarás en lo más mínimo

de desviar sus mentes de las advertencias, reprensiones e instrucciones que Dios envía por medio de sus siervos; pero si dejas de obedecer la palabra de Dios, aun en las circunstancias más desconcertantes, pones de manifiesto que no se puede confiar en ti en tiempos de peligro. Como Saulo, seguirás tu propio juicio. No humillarás tu alma ante Dios, ni suplicarás, ni inducirás a los que se relacionan contigo a buscar en Dios de todo corazón la ayuda que ha prometido dar en tiempos de necesidad.

El Señor obrará en favor de los que confían en Él. Los fieles obtendrán preciosas victorias. Se aprenderán lecciones preciosas. Se realizarán experiencias preciosas que serán de la mayor ventaja en tiempos de prueba y tentación. A los que den toda la gloria a Dios, sin atribuirse el mérito, se les confiará cada vez más la bendición de Dios. El Señor será magnificado por quienes lo honren en medio del pueblo. La prueba soportada con paciencia, la superada con fidelidad, los hará dignos de responsabilidad, y Dios los hará agentes para cumplir su voluntad. Serán hechos administradores de su gracia, como siervos honrados de Dios.

Los conflictos de la tierra, en la providencia de Dios, proporcionan el entrenamiento necesario para desarrollar caracteres aptos para las cortes del Cielo. Hemos de llegar a ser miembros de la familia real, los hijos de Dios, y "todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios" y se someten a su voluntad. Nuestro Dios es una ayuda siempre presente en todo momento de necesidad. Conoce perfectamente los pensamientos más secretos de nuestro corazón, todas las intenciones y propósitos de nuestras almas. Cuando estamos en perplejidad, incluso antes de que le contemos nuestra angustia, ya está haciendo arreglos para nuestra liberación. Nuestro dolor no pasa inadvertido. Él siempre sabe mucho mejor que nosotros lo que es necesario para el bien de sus hijos, y nos guía como nosotros elegiríamos ser guiados si pudiéramos discernir nuestros propios corazones y ver nuestras necesidades y peligros como Dios los ve. Pero los seres finitos rara vez se conocen a sí mismos. No comprenden sus propias debilidades, y cuando se les reprende y se les amonesta, cuando se les reprende o incluso se les aconseja, piensan que se les juzga mal y se les trata injustamente. Dios los conoce mejor que ellos mismos, y sabe cómo guiarlos. Pero cuando se propone guiarlos por caminos que les parecen misteriosos, a causa de su ceguera y falta de fe, se rebelan y se acarrean penas y problemas innecesarios. Han orado al Señor pidiendo luz y guía, y el Señor les ha respondido como a Jacob, y, como Jacob, no discernen que es la mano del Señor la que les guía por un camino contrario a su propia elección. Si confiamos en Él y le confiamos nuestros caminos, Él dirigirá nuestros pasos por la senda que nos llevará a obtener la victoria sobre toda pasión maligna y todo rasgo de carácter que no se asemeje al carácter de nuestro Modelo divino.

1 de junio de 1888

El rechazo de Saúl

EGW

La relación entre Samuel y Saúl era de una ternura peculiar. Samuel amaba a Saúl como a su propio hijo, mientras que Saúl, de temperamento audaz y ardiente, tenía al profeta en gran reverencia, y le dispensaba el calor de su afecto y consideración. Así, el profeta del Dios viviente, un anciano cuya misión estaba casi terminada, y el joven rey, cuya obra tenía ante

sí, estaban unidos por los lazos de la amistad y el respeto. A lo largo de su perversa trayectoria, el rey se aferró al profeta como si sólo él pudiera salvarlo de sí mismo.

Cuando Saúl fue proclamado rey, Samuel había asegurado al pueblo que el peligro del futuro sería olvidar el pacto del Señor y no reconocer a Dios como el Gobernante supremo de su nación. Israel había buscado y obtenido una monarquía según su propio corazón, pero Samuel les había dicho que el Señor, en su infinita misericordia, estaba dispuesto a perdonarlos y ayudarlos, si tan sólo le temían y le servían de verdad. La cuestión de la conversión de Israel en la realeza del reino de Dios estaba por decidirse. ¿Obedecería explícitamente a Dios el Israel de Dios, con su rey a la cabeza, o no lo haría? O Israel dejaba de ser el pueblo de Dios, o los principios sobre los que se fundaba la monarquía se volvían espirituales y la nación era gobernada por un poder divino. Si Israel fuera enteramente del Señor, entonces el Señor constituiría un reino en el que la voluntad de lo humano y terrenal estaría sometida a la voluntad de Dios, y, por este medio, se preservaría la relación de alianza que constituía a Dios en Gobernante de Israel. La cuestión puede parecer de poca importancia para nuestras mentes finitas; pero distaba mucho de serlo. ¿Escucharía el rey que Israel había elegido al Gobernante de todos los reyes? ¿Rendiría su voluntad y haría la del Padre que está en los cielos? Ninguna monarquía en Israel que no reconociera en todos sus caminos la suprema autoridad de Dios, podría prosperar. Mientras el pueblo de Israel se comportara como subordinado a Dios, él sería su protección y defensa.

El profeta Samuel había sido rechazado como gobernante de Israel, y Saúl había sido elegido para ocupar este puesto de responsabilidad. Samuel no sentía envidia ni celos del rey elegido. "Dios me libre", dijo el profeta, "de pecar contra Dios dejando de orar por ti". El Señor identifica su interés con el pueblo, y aunque Israel había desagradado grandemente al Señor, y afligido penosamente a Samuel, sin embargo el profeta no divorció su interés de Israel; sino que pronunció una decidida advertencia: "Si aún obráis impíamente, seréis consumidos, vosotros y vuestro rey."

Saúl no había soportado la prueba de su fe en la difícil situación de Gilgal, y había deshonrado el servicio de Dios; pero sus errores no eran todavía irrecuperables, y el Señor le concedió otra oportunidad de aprender la lección de la fe implícita en su palabra, y de la obediencia incondicional a sus mandatos. Si el Señor se hubiera separado enteramente de Saulo, no le habría hablado de nuevo por medio de su profeta, y le habría encomendado una obra definida que realizar, para que corrigiera el error del pasado.

Fijémonos en esto. Cuando alguien que pretende ser hijo de Dios, se descuida en hacer la voluntad expresa de Dios, y por su desviación del camino de la rectitud, muchos son influenciados a volverse irreverentes y desatentos a los mandatos de Dios, y si entonces acepta la reprensión y tiene verdadera contrición de alma, si discierne su error y deja de abrigar elevadas opiniones sobre su capacidad, y confía en Dios, que es el único que puede salvarle, su pasado fracaso puede convertirse en victoria, porque tomará conciencia de su ineficacia para hacer lo que Dios requiere, sin la fuerza y la sabiduría divinas.

El apóstol Pablo iba directamente en contra de la voluntad de Dios antes de su conversión. Sus poderes se empleaban en la causa y la obra del enemigo de Dios y del hombre; pero cuando la luz del Cielo brilló a su alrededor, y se oyó la voz de Jesús que decía: "Saulo,

Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesús, a quien tú persigues", preguntó: "Señor, ¿qué quieres que haga?". El amor a Jesús se convirtió en el poder dominante en su vida, y cuando había que trabajar para el Señor, ningún peligro podía intimidarle, ninguna oposición estorbarle, ninguna amenaza horrorizarle, ninguna dificultad desalentarle, ningún poder hacerle desviarse del camino señalado por Dios.

Antes de que Pablo experimentara una genuina conversión a Dios, el egoísmo controlaba su mente y su alma. Su estimación de todo era errónea, pues el engrandecimiento propio y el egoísmo influyeron en toda su vida y carácter. Alababa su propio celo. Llevaba consigo un espejo, no un espejo en el que descubrir los defectos de su carácter, sino un espejo en el que admirarse. Todo lo convertía en autoglorificación; pero después de que Jesús le fue revelado, su elevada opinión de sí mismo desapareció. No vio nada en que gloriarse, excepto la cruz de Cristo. El Señor llevó a Pablo por un camino difícil de recorrer, pero el apóstol vio en él preciosas oportunidades de probar su fidelidad a Jesús, a quien había perseguido en la persona de sus santos.

Cuando Samuel fue llamado a entregar un dolorosísimo mensaje de condena a aquel a quien amaba como a un hijo, Saúl no vio gran pecado en el curso de transgresión que había seguido. Cuando fue reprendido, no manifestó arrepentimiento ni contrición de alma. No se afligió por su desobediencia. No rindió su voluntad a Dios, sino que comenzó a reivindicar sus acciones y a ofrecer excusas por su error. Después del anuncio de que, a causa de su transgresión, su reino no continuaría, Saúl se volvió hosco y abatido. Pensó que había sido tratado injustamente y llegó a grandes extremos en su gestión de los asuntos del reino.

En cierta ocasión pronunció una maldición sobre cualquiera que probara alimento durante un determinado día de batalla. Esta prohibición no fue exigida por el Señor. Tuvo su origen en el propio Saúl, y estuvo a punto de costarle la vida de su hijo Jonatán. Creó una voluntad de decidida oposición a su autoridad en su ejército, y dio lugar a que el pueblo transgrediera el mandato de Dios. Habían participado en la guerra todo el día, y estaban desfalleciendo por falta de alimento, y, tan pronto como terminaron las horas de restricción, cayeron ansiosamente sobre el botín, y devoraron con avidez la carne con la sangre, violando así la ley que prohibía tal acto; porque el Señor había dicho: "No comerás su sangre." Dios les había dado reglas que deberían haber sido respetadas; porque el Señor sabe lo que es para el bien del hombre, y debe ser obedecido. Pero hay muchos que consideran a la ligera las pruebas que Dios ha dado, y asumen la responsabilidad de crear pruebas y prohibiciones, como hizo Saúl, que traen deshonra a Dios y mal a los hombres.

El Señor envió un último mensaje a Saúl. Mediante la obediencia, aún podría demostrar su fidelidad a Dios y su valía para caminar ante Israel. Samuel se presentó ante el rey y le transmitió la palabra del Señor. Dijo el profeta: "Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Me acuerdo de lo que Amalec hizo a Israel, cómo lo acechó en el camino, cuando subía de Egipto. Ahora ve y hiere a Amalec, y destruye por completo todo lo que tienen, y no los perdones; sino mata tanto al hombre como a la mujer, al niño y al que mama, al buey y a la oveja, al camello y al asno." Y el registro dice que "Saúl hirió a los amalecitas desde Havila hasta llegar a Shur, que está frente a Egipto. Y prendió vivo a Agag rey de los amalecitas, y destruyó a todo el pueblo a filo de espada. Pero Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de las ovejas, de los bueyes, de los engordados y de los corderos, y a todo lo que era

bueno, y no quisieron destruirlo del todo; pero todo lo que era vil y desecho, eso sí lo destruyeron del todo."

Esta victoria sobre los amalecitas fue la más brillante que Saúl había obtenido jamás, y sirvió para reavivar el orgullo de corazón que era su mayor peligro. El edicto divino que consagraba a los enemigos de Dios a la destrucción total, no se cumplió sino parcialmente. Con la ambición de realzar el honor de su regreso triunfal con la presencia de un cautivo real, Saúl se aventuró a imitar las costumbres de las naciones que lo rodeaban, y perdonó la vida a Agag, el feroz y belicoso rey de los amalecitas. El pueblo, influido por su ejemplo, se reservó para sí los mejores rebaños, manadas y bestias de carga.

Aquí Saúl fue sometido a la prueba final. Su presuntuoso desprecio de la voluntad de Dios, mostrando su determinación de gobernar como un monarca independiente, demostró que no se le podía confiar el poder real como vicerregente del Señor. Mientras Saúl y su ejército marchaban a casa en la euforia de la victoria, había una profunda angustia en el hogar de Samuel, el profeta. Había recibido un mensaje del Señor, denunciando el proceder del rey. "Me arrepiento de haber puesto por rey a Saúl, porque se ha apartado de seguirme y no ha cumplido mis mandamientos". El profeta se sintió profundamente afligido por el proceder del rey rebelde, y lloró y oró toda la noche para que se revirtiera la terrible sentencia.

El arrepentimiento de Dios no es como el arrepentimiento del hombre. "La Fuerza de Israel no mentirá, ni se arrepentirá; porque no es hombre para que se arrepienta". El arrepentimiento del hombre conlleva un cambio de mentalidad. El arrepentimiento de Dios implica un cambio de circunstancias y relaciones. El hombre puede cambiar su relación con Dios cumpliendo las condiciones bajo las cuales puede ser llevado al favor divino, y puede, por su propia acción, colocarse fuera de la condición favorecedora; pero el Señor es el mismo "ayer, hoy y siempre." El Saúl a quien Dios hizo rey era un hombre humilde, pequeño a sus propios ojos, y no el Saúl a quien Dios se arrepintió de haber exaltado al trono de Israel. La desobediencia de Saúl cambió la condición de su relación con Dios; pero las condiciones de aceptación con Dios permanecieron inalteradas, -los requisitos de Dios seguían siendo los mismos; porque con él "no hay mudanza, ni sombra de variación."

Con el corazón dolorido, el profeta salió a la mañana siguiente al encuentro del rey descarriado. Samuel abrigaba la esperanza de que, tras reflexionar, Saúl tomara conciencia de su pecado y, mediante el arrepentimiento y la humillación ante Dios, recuperara de nuevo el favor divino. Pero cuando se da el primer paso en el camino de la transgresión, el camino se vuelve fácil. Satanás sigue adelante, y Saúl, degradado por su desobediencia, vino al encuentro de Samuel con una mentira en los labios. Exclamó: "Bendito seas tú de Jehová; yo he cumplido el mandamiento de Jehová".

Los sonidos que cayeron en los oídos del profeta desmintieron la afirmación del rey desobediente. A la aguda pregunta: "¿Qué significa, pues, este balido de las ovejas en mis oídos, y el mugido de los bueyes que oigo?" Saúl respondió: "Los han traído de los amalecitas; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de los bueyes, para sacrificar al Señor tu Dios; y lo demás lo hemos destruido por completo."

El mensaje del rechazo de Saúl produjo un dolor indecible en el corazón de Samuel. Tuvo que ser pronunciado ante todo el ejército de Israel, cuando estaban llenos de orgullo y regocijo triunfal por una victoria que se acreditaba al valor y el generalato de su rey, pues Saúl no había asociado a Dios con el éxito de Israel en este conflicto; pero cuando vio la evidencia de la rebelión de Saúl, se sintió grandemente conmovido por la indignación de que él, que había sido tan altamente favorecido por Dios, transgrediera el mandamiento del Cielo y condujera a Israel al pecado. Samuel no se dejó engañar por el subterfugio del rey. Con dolor e indignación mezclados, declaró: "Quédate, y te diré lo que Jehová me ha dicho esta noche. Y él le dijo: Di. Y Samuel dijo: Cuando eras pequeño ante tus propios ojos, ¿no fuiste hecho jefe de las tribus de Israel, y el Señor te ungió por rey sobre Israel?". Repite el mandato del Señor sobre Amalec, y exige la razón de la desobediencia del rey.

Saúl persiste en la autojustificación: "Sí, he obedecido la voz del Señor, y he seguido el camino que el Señor me envió, y he traído a Agag rey de Amalec, y he destruido por completo a los amalecitas. Pero el pueblo tomó de los despojos, ovejas y bueyes, lo principal de las cosas que debían ser totalmente destruidas, para sacrificar al Señor tu Dios en Gilgal."

Con palabras severas y solemnes, el profeta barre el refugio de la mentira y pronuncia la sentencia irrevocable. "¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros. Porque la rebelión es como pecado de hechicería, y la obstinación como iniquidad e idolatría. Por cuanto has desechado la palabra del Señor, él también te ha desechado para que no seas rey."

8 de junio de 1888

La unción de David

EGW

Seis millas al sur de Jerusalén, "la ciudad del gran Rey", estaba Belén, donde David nació más de mil años antes de que el niño Jesús fuera acunado en el pesebre y adorado por los sabios de Oriente. Siglos antes del advenimiento del Salvador del mundo, David, en la frescura de la niñez, había vigilado sus rebaños mientras pastaban en los campos abiertos de Belén. El sencillo pastorcillo cantaba canciones compuestas por él mismo, y la música de su arpa acompañaba dulcemente la melodía de su joven y fresca voz. El Señor había elegido a David y había ordenado su vida para que tuviera la oportunidad de educar su voz y cultivar su talento para la música y la poesía. El Señor lo estaba preparando en su vida solitaria con sus rebaños, para la obra que pensaba confiarle en los años venideros.

Mientras David vivía así en el retiro de su humilde vida de pastor, el Señor Dios hablaba de él al profeta Samuel. "Y Jehová dijo a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás por Saúl, habiéndole yo desechado para que no reine sobre Israel? llena tu cuerno de aceite, y ve, que yo te enviaré a Isaí el de Belén; porque yo me he provisto de rey entre sus hijos..... Toma contigo una novilla, y di: Vengo a sacrificar al Señor. Y llama a Isaí al sacrificio, y yo te mostraré lo que has de hacer; y me ungirás al que yo te nombre. E hizo Samuel lo que Jehová le había dicho, y vino a Belén. Y los ancianos de la ciudad temblaron a su venida, y dijeron: ¿Vienes

pacíficamente? Y él respondió: Pacíficamente". Los ancianos aceptaron la invitación a la fiesta sagrada, y Samuel los llamó al sacrificio, y santificó a Isaí y a sus hijos. Se construyó el altar y el sacrificio estaba listo. Toda la casa de Isaí estaba presente, con excepción de David, el hijo menor, que había sido dejado para guardar las ovejas, pues no era seguro dejar los rebaños desprotegidos.

Cuando terminó el sacrificio, Samuel comenzó su escrutinio profético de los hijos de Jesé, que parecían nobles. Eliab era el mayor, y se parecía más a Saúl en estatura y belleza que los demás. Sus facciones atractivas y sus formas finamente desarrolladas llamaron la atención del profeta. Al contemplar su porte principesco, pensó: "Este es realmente el hombre que Dios ha elegido como sucesor de Saúl", y esperó la sanción divina para ungirlo. Pero Jehová no se fijó en la apariencia exterior. La palabra del Señor a Samuel fue: "No te fijes en su aspecto, ni en la altura de su estatura, porque lo he rechazado; porque el Señor no ve como ve el hombre; porque el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón."

Qué lección se dio en estas palabras, no sólo al profeta, sino a los hombres y mujeres de todas las generaciones. Ninguna belleza exterior de la apariencia puede recomendar el alma a Dios. La sabiduría y la excelencia reveladas en el carácter y la conducta, expresan la verdadera belleza del hombre; y es el valor interior del corazón lo que determina nuestra aceptación por el Señor de los ejércitos. Cuán profundamente debemos sentir esta gran y solemne verdad al juzgarnos a nosotros mismos y a los demás. Podemos aprender del error de Samuel cuán vana es la estimación que descansa en la belleza del rostro o en la nobleza de la estatura. Podemos ver cuán incapaz es la sabiduría del hombre de entender los secretos del corazón, o de comprender los consejos de Dios sin una iluminación especial del Cielo. Los pensamientos y los caminos de Dios en relación con sus criaturas están por encima de nuestras mentes finitas; pero podemos estar seguros de que sus hijos serán llevados a ocupar el mismo lugar para el que están cualificados, y serán capaces de llevar a cabo la misma obra encomendada a sus manos si someten su voluntad a Dios, para que sus planes benéficos no se vean frustrados por la perversidad del hombre. El hombre debe apartarse y dejar que el Señor haga con los suyos lo que le parezca bien, según su infinita sabiduría y misericordia.

Eliab pasó de la inspección de Samuel, y los seis hermanos que asistían al servicio, siguieron sucesivamente para ser observados por el profeta, mientras todos los presentes contemplaban la escena con el más profundo interés; pero el Señor no dio a entender su elección de ninguno de los siete hijos de Isaí que estaban ante el hombre de Dios. Con doloroso suspenso Samuel había contemplado al último de los jóvenes; el profeta estaba perplejo y desconcertado. Volviéndose a Isaí, le preguntó: "¿Están aquí todos tus hijos?" Y él respondió: "Queda todavía el más joven, y he aquí que él guarda las ovejas". Samuel se sintió aliviado de inmediato, pues sabía que era uno de los hijos de Isaí el que había sido elegido por el Señor como sucesor de Saúl. En tono decidido ordenó: "Envía y tráelo; porque no nos sentaremos hasta que venga aquí".

El solitario pastor de las colinas de Belén se sobresaltó ante la apresurada llamada del mensajero que le anunciaba que el profeta había llegado a casa de su padre y le había mandado llamar. Sorprendido, se preguntó por qué el profeta y juez de Israel deseaba verle; pero, sin demora, se apresuró a ir al altar. "Era rubio y de hermoso semblante, y de buen parecer". Mientras Samuel contemplaba complacido al apuesto, varonil y modesto

pastorcillo, le habló la voz del Señor, diciendo: "Levántate, úngelo, porque éste es". Entonces Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos, y el Espíritu del Señor vino sobre David desde aquel día". El profeta había cumplido la obra que se le había encomendado, y con el corazón aliviado regresó a Ramá.

El gran honor conferido a David no sirvió para exaltarlo. Tan humilde y modesto como antes de su unción, el pastorcillo regresó a las colinas de Belén, y vigiló y guardó sus rebaños con la misma ternura de siempre. Pero con nueva inspiración componía sus melodías y tocaba su arpa. Ante él se extendía un paisaje de rica y variada belleza. Las viñas, con sus frutos en racimos, brillaban bajo el sol. Los árboles del bosque, con su verde follaje, se mecían con la brisa. Contempló la brillante luminaria del día inundando de luz los cielos, saliendo como un novio de su alcoba y regocijándose como un hombre fuerte para correr una carrera. Las audaces cumbres de las colinas se alzaban hacia el cielo, y a lo lejos se alzaban los áridos acantilados, y los cielos azules adornados de día con la espléndida gloria del sol, y de noche con el plateado resplandor de las estrellas. Y más allá estaba Dios. No podía verlo, pero sus obras estaban llenas de su alabanza, y las revelaciones diarias del carácter y la majestad de su Creador llenaban el corazón del joven poeta de adoración y regocijo. En la contemplación de Dios y de sus obras, las facultades del corazón y de la mente de David se ampliaban y fortalecían para el trabajo de su vida futura.

La luz del día, dorando el bosque y la montaña, el prado y el arroyo, llevaba la mente a contemplar la Deidad, el Padre de las luces, el Autor de todo don bueno y perfecto. Qué ampliación de mente trajeron tales contemplaciones al sencillo pastor. Cada día entraba en una comunión más íntima con Dios. Su mente penetraba constantemente en nuevas profundidades, en busca de nuevos temas para inspirar su canto y despertar la música de su arpa. Derramaba en el aire la rica melodía de su voz, que resonaba en las colinas como si respondiera al regocijo de los cantos de los ángeles en el Cielo.

David, en la belleza y el poder de su juventud, ocupaba una posición elevada con los más nobles de la tierra. Sus talentos, como preciosos dones de Dios, eran empleados para ensalzar la gloria del Dador divino. Sus oportunidades de contemplación y meditación sirvieron para enriquecerlo con esa sabiduría y piedad que lo hicieron amado de Dios y de los ángeles. A medida que contemplaba las perfecciones de su Creador, se abrían ante su alma más ricos descubrimientos de Dios. A medida que su admiración aumentaba más y más, su corazón se estremecía con más ferviente adoración y éxtasis. A medida que se iluminaban los pensamientos oscuros, se aclaraban las dificultades, se reconciliaban las contradicciones, se armonizaban las perplejidades, se ofrecían a Dios nuevos cantos de melodía y alabanza. Cada rayo de nueva luz hacía brotar nuevos arrebatos de éxtasis, y más dulces himnos de devoción, para gloria de Dios y del Redentor. El amor que le movía, las penas que le asediaban, los triunfos que le acompañaban, eran todos temas de su activo pensamiento, y, a medida que contemplaba el amor de Dios en todas las providencias de su vida, su corazón latía con más ferviente adoración y gratitud, su voz resonaba en una melodía más rica, su arpa era barrida con más exultante alegría; y el pastorcillo procedía de fortaleza en fortaleza, de conocimiento en conocimiento; porque el Espíritu del Señor estaba sobre él.

15 de junio de 1888

La coronación de David

EGW

Cuando David tuvo la certeza de la muerte de Saúl y Jonatán, se lamentó con sincero dolor por el rey y príncipe de Israel. Cuando terminaron los días de luto, después de reflexionar serena y seriamente, decidió que debía emprender alguna acción inmediata en favor de la nación amenazada y derrotada. Por designación divina había sido ungido como rey de Israel, y era conveniente que tomara medidas para la prosperidad del reino. Preguntó al Señor: "¿Subiré a alguna de las ciudades de Judá? Y el Señor le dijo: Sube. Y David preguntó: ¿Adónde subiré? Y él respondió: A Hebrón".

Hebrón estaba a veinte millas al sur de Jerusalén. Originalmente se llamaba Kirjath-arba, la ciudad de Arba, el padre de Anac. Más tarde se llamó Mamre, y aquí estaba el lugar de enterramiento de los patriarcas, "la cueva de Macpela". La ciudad está situada en un profundo valle rodeado de fértiles colinas y tierras fructíferas. En sus fronteras se encuentran los viñedos más hermosos de Palestina, junto con numerosas plantaciones de olivos y otros árboles frutales, y excelentes pastos.

David consultó con sus fieles seguidores y les contó lo que el Señor, que era poderoso en consejo, le había revelado. De acuerdo con las instrucciones del Señor, se prepararon para seguir las instrucciones dadas, y pronto estuvieron en orden de marcha. Primero iban los hombres armados, luego sus mujeres e hijos, y en la retaguardia seguían los rebaños y manadas. Cuando la caravana se acercó a la ciudad, los hombres de Judá esperaban para dar la bienvenida a David como futuro líder y rey de Israel. A su llegada, hicieron preparativos inmediatos para su coronación.

Los filisteos no se opusieron a la acción de Judá de hacer rey a David, pues pensaban que al final redundaría en su propio beneficio, si aceptaban tranquilamente la situación. Esperaban que el poder de David se extendiera, y que se convirtiera en un poderoso soberano. Pero aunque las naciones que lo rodeaban no interfirieron en sus planes, el trono y el reinado de David no iban a estar a salvo de problemas. Apenas se había consumado su coronación por los hombres de Judá, cuando Ishbosheth, hijo de Saúl, por influencia de Abner, fue proclamado rey y se estableció en un trono rival en Israel. La oscura obra de la conspiración había comenzado. Abner había sido comandante en jefe del ejército de Saúl, y estaba bien calificado para el cargo. Era el hombre más distinguido en las filas del pueblo de Israel. Sabía que David había sido designado por el Señor como sucesor de Saúl en el trono, pero él, que había reunido a todos los ejércitos, que había perseguido y perseguía a David mientras Saúl aún vivía, no estaba dispuesto a que el ungido del Señor se estableciera en el reino sobre el cual Saúl había reinado.

Las circunstancias en que se hallaba Abner sirvieron para desarrollar su verdadero carácter, y se reveló como un hombre dominado por la ambición, sin principios de corazón, y sólo deseoso de exaltación a una posición elevada ante los hombres. Actuó contra David sin la menor reverencia por el mandato expreso de Dios, ni la menor consideración por los dictados

de una conciencia ilustrada. Abner odiaba decididamente a David. Había estado íntimamente asociado con Saúl, y había sido influenciado por el espíritu del rey para despreciar al hombre que Dios había elegido para reinar en el trono de Israel. Una vez colocado en el bando equivocado, puso todo su poder e influencia en contra del siervo de Dios. Su odio había aumentado por la cortante reprimenda que David le había dado en el momento en que la vasija de agua y la lanza del rey habían sido arrancadas del costado de Saúl, mientras dormía en la cueva. Se acordó de cómo David le había recordado su falta ante el rey y el pueblo de Israel, y había gritado en su audiencia: "¿No eres tú un hombre valiente? y ¿quién como tú en Israel? ¿por qué, pues, no has guardado a tu señor el rey? porque vino uno del pueblo para destruir al rey tu señor. No es bueno lo que has hecho. Vive Jehová, que sois dignos de muerte, por cuanto no habéis guardado a vuestro señor, el ungido de Jehová. Y ahora mirad dónde está la lanza del rey, y la vasija de agua que estaba a su cabecera." Esta reprensión había hecho mella en su pecho, y decidió llevar a cabo sus propósitos vengativos, y crear división en Israel, por lo que él mismo podría ser exaltado. Con este fin empleó al representante de la realeza difunta para promover sus propias ambiciones y propósitos egoístas. Sabía que el pueblo amaba a Jonatán. Su memoria era apreciada, y las primeras campañas exitosas de Saúl no fueron olvidadas por el ejército. Con una determinación digna de una causa mejor, el jefe rebelde siguió adelante para llevar a cabo sus planes. En Mahanaim consiguió la coronación de Ishbosheth, y las tribus de Israel lo proclamaron su rey, pero Judá seguía reconociendo a David como su soberano. Durante dos años el hijo de Saúl disfrutó de sus honores en su apartada capital.

"Hubo larga guerra entre la casa de Saúl y la casa de David", pues Abner estaba decidido a obtener su deseo a cualquier precio. Cabe preguntarse: "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma?". El éxito, en tal caso, es un terrible desastre. Mucho mejor es la humildad, y la pérdida de títulos altisonantes, que correr cualquier riesgo de pérdida del alma. Mejor es la cruz y el desengaño, mejores son las esperanzas destrozadas y el abandono del mundo, que sentarse con los príncipes y perder el cielo. Abner había deseado el honor, y estaba decidido a tenerlo a cualquier precio. David lo había reprendido delante de Israel, y su espíritu orgulloso se irritó ante las palabras de reprobación. Su malicia y su odio se dirigieron contra aquel que había descubierto y señalado la debilidad de su carácter; y aquellos a quienes Dios conduce y guía en estos últimos días experimentarán pruebas de naturaleza semejante a las que sobrevinieron a David, el siervo de Dios. Hay un odio decidido a la reprensión en el corazón de los hombres. Las amonestaciones y advertencias no se reciben con gratitud y, como en el caso de Abner, los que abrigan el orgullo manifestarán un espíritu de malicia hacia los que administran la reprensión. Satanás parece apoderarse de los que desean figurar entre los más altos, y sin embargo no tienen los verdaderos principios que los colocarían en puestos de confianza y responsabilidad. Prefieren ser exaltados por los enemigos de la verdad, y ser pobres y miserables y desdichados en la alta estimación del Cielo, que someterse a la humillación en las filas de los siervos de Dios. Tales hombres salen del cuerpo de los creyentes, negando la fe que una vez proclamaron; deliberadamente dejan de lado uno de los más simples e inequívocos mandamientos de Dios, para poder exaltarse a sí mismos, y seguir el camino del mundo; pero aquellos que humildemente esperan en el Señor, cumpliendo sus requerimientos, serán exaltados a su debido tiempo.

Las Escrituras declaran que la casa de "David se fortalecía cada vez más, y la casa de Saúl se debilitaba cada vez más". Y llegó el momento en que los enemigos de David fueron muertos. Después de la muerte de Isboset, hubo un deseo general entre los principales hombres de Israel de que David fuera proclamado rey de todas las tribus de Israel. "Entonces todas las tribus de Israel vinieron a David en Hebrón, y hablaron diciendo: He aquí, nosotros somos tu hueso y tu carne". Parecía haber un despertar entre el pueblo para reconocer los caminos de Dios, y renunciar a sus propios caminos. Comprendían el propósito del Señor respecto a David, pero habían obrado en contra de su luz y conocimiento. Ya no se atrevían a considerarse enemigos del gobernante designado por el Señor. Reconocen ahora lo que habrían reconocido mucho antes si hubieran seguido las convicciones de su propio corazón, y no hubieran cedido su razón al engaño y la ilusión. Declaran de David: "Tú fuiste el que sacaste y metiste a Israel; y Jehová te dijo: Tú apacientarás a mi pueblo Israel, y tú serás capitán sobre Israel". Cuando fueron leudados con el espíritu de Saúl y Abner, no les importó ser amigos de David. Lo consideraban un enemigo, y lo trataban como tal, actuando así como traidores, porque estaban engañados y cegados, y obraban en las tinieblas, en contra de la voluntad de Dios. Ahora que sus ojos comienzan a abrirse a la verdadera naturaleza del camino que han seguido, desean estar en paz con David.

"Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel al rey, a Hebrón; y el rey David hizo con ellos alianza en Hebrón delante del Señor". Aseguraron al rey que reconocían su designación divina para el reino de Israel, y David se alegró mucho, porque sabía que sus corazones habían sido tocados por el Espíritu del Señor, y sus ojos habían sido iluminados para ver la luz de Dios. Sabía que las promesas de Dios a él y a Israel se cumplirían si caminaban según el consejo del Señor. Era evidente para su mente que los tratos del Señor con él lo habían preparado para los deberes y responsabilidades de su cargo. Por la providencia de Dios, se le había abierto el camino para llegar al trono de Israel. No tenía ninguna ambición personal que gratificar, pues no había buscado el honor al que había sido llevado.

Más de ocho mil descendientes de Aarón y de los levitas esperaban a David. El gran cambio en los sentimientos del pueblo fue marcado y decisivo. La revolución fue tranquila y digna, acorde con la gran obra que estaban realizando. Casi medio millón de almas, los antiguos súbditos de Saúl, abarrotaron Hebrón. Las colinas y los valles estaban llenos de gente. Había llegado la hora de la coronación, y el hombre que había sido expulsado de las cortes de Saúl, que había huido para preservar su vida a las montañas y colinas, y a las cuevas de la tierra, estaba a punto de recibir el más alto honor que puede ser conferido a un hombre por su hermano el hombre. David, el héroe del momento, estaba vestido con el manto real, mientras que a su alrededor había una compañía de lo más imponente. Sacerdotes y ancianos ataviados con las vestiduras de su oficio sagrado, oficiales y soldados con lanzas y cascos relucientes, y forasteros venidos de muy lejos, estaban de pie para presenciar la coronación del rey elegido. El sumo sacerdote puso el óleo sagrado sobre la frente de David, pues la unción de Samuel era una ceremonia profética de lo que ocurriría en la toma de posesión del rey. Había llegado el momento, y David, mediante un rito solemne, es consagrado por la nación a su cargo como vicegerente designado por Dios. El cetro, señal de realeza y poder, es puesto en sus manos. Se escribe el pacto de su justa soberanía, y el pueblo da sus promesas de lealtad. Se le coloca la diadema en la frente y termina la ceremonia de coronación. Israel tiene un rey por designación de Dios.

Saúl había sido según el corazón de Israel, pero David es un hombre según el propio corazón de Dios. Y ahora la procesión avanza hacia la puerta de la ciudad con el mayor entusiasmo, gritando: "Viva el rey David". Los músicos expresan la alegría del momento con notas de júbilo con voz e instrumento. Cuando David se sienta en su trono, sus súbditos lo felicitan porque Dios lo ha establecido como gobernante de Israel, y declaran su alegría por tener un rey así para reinar sobre ellos. Las ceremonias del día habían terminado, y el que había esperado pacientemente en el Señor vio cumplida la promesa de Dios. "Y David siguió adelante, y se engrandeció, y el Señor, Dios de los ejércitos, estaba con él".

22 de junio de 1888

El trono de David se establece en Jerusalén

EGW

Tan pronto como David se estableció en el trono de Israel, comenzó a planear una posición más apropiada para la capital de su reino. A veinte millas de Hebrón se eligió un lugar como futura metrópoli del reino. Antes de que Josué condujera a los ejércitos de Israel a través del Jordán hacia la posesión prometida, se había llamado Salem. Cerca de este lugar Abraham había demostrado su lealtad a Dios. Había preparado un altar y había depositado en él a su único hijo, Isaac, en obediencia al mandato del Señor. Aquí había estado el hogar de Melquisedec, el sacerdote del Dios Altísimo, casi novecientos años antes de la coronación de David. Ocupaba una posición central y elevada en el país, y estaba atrincherada por un entorno de colinas. Al norte se alzaba el Líbano, con sus cumbres coronadas de nieve.

Al sur se extendía el desierto de Arabia, con sus arenas movedizas. Al oeste, las aguas del Mediterráneo; al este, el mar Muerto y el Jordán.

Para asegurarse este lugar tan deseado, los hebreos deben desposeer a un remanente de los antiguos cananeos. El rey David convocó a los hombres para asediar y tomar la ciudad de Jebús de sus enemigos paganos. Una gran fuerza se reunió a las órdenes del Rey, y David dejó su trono, y sus ejércitos rodearon y tomaron la ciudad, y la capital de Israel fue trasladada a Jebus. Este nombre pagano fue cambiado por el de Ciudad de David, y posteriormente fue llamada Jerusalén y Monte Sión. "Y David siguió adelante, y se engrandeció, y el Señor Dios de los ejércitos estaba con él".

Tiro era una ciudad rica situada en la orilla oriental del mar Mediterráneo, e Hiram, rey de Tiro, buscó la amistad de Israel y le prestó ayuda en diversas empresas. Hiram "envió mensajeros a David, y cedros, y carpinteros, y albañiles; y edificaron una casa a David. Y David comprendió que el Señor lo había constituido rey sobre Israel, y que había exaltado su reino por amor de su pueblo Israel."

Cuando los filisteos oyeron que David había sido ungido rey sobre todas las tribus de Israel, "subieron a buscar a David; y David lo oyó, y descendió a la fortaleza." Los filisteos reunieron una fuerza inmensa, con la esperanza de someter de nuevo a Israel. Se desplegaron en el valle de Refaim. "David consultó al Señor, diciendo: "¿Subiré a los filisteos? ¿Los

entregarás en mi mano?". Y el Señor ordenó a David que subiera, y prometió entregar a los filisteos en su mano.

El rey David pidió consejo al Señor en su extremo, y el Señor escuchó y oyó, y respondió a su siervo, e Israel salió victorioso. Pero los filisteos hicieron un despliegue más decidido, para intimidar a Israel. Eran muy numerosos. David buscó de nuevo al Señor, y el gran YO SOY se convirtió en el general de los ejércitos de Israel. Dios mismo trazó el plan del ataque. Dio instrucciones a David, diciendo: "No subirás, sino que irás detrás de ellos, y los atacarás junto a las moreras. Y cuando oigas ruido de marcha en la copa de las moreras, entonces te apercibirás; porque entonces saldrá Jehová delante de ti, para herir al ejército de los filisteos."

Si David hubiera escogido su propio camino, como hizo Saúl, el éxito no habría acompañado su guerra. Pero David hizo lo que el Señor le había mandado, e "hirió a los filisteos desde Geba hasta que llegaste a Gazer." Saúl había sido honrado por Dios para ocupar una alta posición de confianza. Fue probado y comprobado por el Señor, pero no obedeció la voz de Dios. Se había cansado de su sencillez, y optó por seguir su propio juicio finito, y se apartó del Señor. Saúl había sido un hombre de llamativos atractivos personales, y al principio de su reinado el Espíritu del Señor había estado sobre él. Después de su coronación había sido un hombre cambiado; pero el orgullo entró en su corazón, y se enaltecía en su propia estimación. Pensó que, como sus planes y su generalato habían tenido cierto éxito, su prosperidad se debía a los sabios movimientos que había hecho. El pueblo lo alababa y le daba gloria, y no reconocía al Señor como el principal impulsor de todos sus éxitos. Por medio de sus agentes designados, Dios había dado instrucciones definidas; pero aquellos que eran autosuficientes y estaban hinchados de orgullo -los pobres seres finitos a quienes Dios había dado posición y dotado de honor- habían llegado a la conclusión de que comprendían la situación de las cosas mucho mejor que el Señor, y decidieron seguir su propio camino, hacer que se cumpliera su propia voluntad y unirse con los impíos.

El Hacedor de la mente posee sólo en sí mismo los principios de vida y acción que deben regular y gobernar las mentes inferiores. La mente natural y egoísta, tal como existe en su estado carnal, actúa sin referencia a Dios, y es mala, y sólo mala, continuamente. El alma no puede estar en un estado de paz o seguridad a menos que esté esperando en Dios y recibiendo instrucción de él. El corazón de Saúl estaba alejado de Dios; y cuando fue reprendido por Samuel, se negó obstinadamente a admitir que había desobedecido a Dios, aunque el mugido de los bueyes y el balido de las ovejas resonaban en los oídos del rey y del profeta, y el rey de los amalecitas, que, con toda su nación y sus posesiones, estaba destinado a la destrucción total, era preservado con vida en el campamento de Israel. Mientras Saúl persistía en autojustificarse, sabía en su corazón que había transgredido decididamente el mandamiento del Señor. Le disgustó que el Señor no reconociera su juicio y aprobara la victoria que había obtenido, que era el más brillante de sus éxitos. Pero el Señor no mira los éxitos como lo hacen los hombres. La obediencia a su palabra tiene más valor que la más brillante conquista obtenida en contra de su voluntad. De corazón y de obra, Saulo se oponía decididamente a la voluntad de Dios. Se jactó de que al perdonar a Agag manifestaba más misericordia que el Juez de toda la tierra. Y dijo al profeta que las ovejas y los bueyes que Dios había ordenado sacrificar, debían ser presentados ante él como sacrificios en Gilgal.

A menudo nos ha afligido encontrar este mismo espíritu de autojustificación en aquellos que en este día profesan estar haciendo la voluntad de Dios, mientras viven en transgresión de su santa ley. Los que se apartan del camino de Dios para seguir su propio camino, se niegan a reconocer su perversidad y pecado cuando son reprendidos por los siervos de Dios. Como Saúl, así éstos se obstinan en su rebelión, para aferrarse a sus errores y defectos. Se oye la voz de Dios, que dice: "Este es el camino, andad por él"; pero ellos han vagado por terreno prohibido, y en lugar de hacer confesión plena y libre hacen todo lo posible para que parezca que son reprendidos sin causa, y que son inocentes de los cargos que se les imputan. De este modo convierten a Dios en mentiroso. El desagrado del Señor se enciende contra ellos; y a menos que se arrepientan y se vuelvan a él, su ira caerá ciertamente sobre ellos. "Porque la rebelión es como pecado de hechicería, y la obstinación como iniquidad e idolatría".

Aquellos cuyas obras son malas, no saldrán a la luz, no sea que sus obras sean reprobadas y su verdadero carácter revelado. Si continúan en el camino de la transgresión y se separan por completo del Redentor, se apoderarán de ellos la terquedad y la hosquedad, y un espíritu de venganza, y dirán a sus propias almas: Paz, paz, cuando hay sobradas razones para que se alarmen, pues sus pasos se dirigen hacia la destrucción. Como Saúl se resistió a las reprensiones del siervo del Señor, este espíritu se apoderó de él. Desafió al Señor, desafió a su siervo, y su enemistad contra David fue la manifestación del espíritu asesino que entra en el corazón de los que se justifican ante su culpa.

David había buscado y obtenido instrucción divina, y obedeció la voz del Señor, y dio la gloria de su éxito al Señor, que había entregado a los enemigos de Israel en sus manos. Oh, que el pueblo de Dios, en todo tiempo y en toda extremidad, buscara al Señor, que es el soberano gobernante de todos los mundos, y el general de todos los ejércitos de los que le honran y le sirven. Necesitamos orar más, y confiar menos en nuestro propio poder. Cuando se ofrece una oración sincera, y nuestras almas se humillan en profunda contrición ante Dios, y no se enaltecen en la prepotencia, el Señor bendecirá a su pueblo. Se promete que los que encomienden su camino al Señor serán guiados por la senda de la justicia. Los que verdaderamente busquen y obtengan el favor y la ayuda de Dios, y preserven su unión con el Cielo, no se glorificarán a sí mismos, sino que glorificarán a Dios por su gran poder y majestad que ha obrado en su favor.

29 de junio de 1888

Alabado sea el Señor

EGW

Los amantes de la verdad de Dios deberían ser las personas más felices de la tierra, porque "el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna." La santidad es felicidad, porque la santidad es una parte del Cielo. ¿Cómo podemos ser infelices cuando vemos tantas evidencias del amor de Dios hacia nosotros, expresado en sus obras creadas? ¡Cuántos miran con indiferencia los signos de la preocupación de Dios por su felicidad! Cuando miro los altos árboles y contemplo al amoroso Padre celestial que los ha plantado para nosotros, mi corazón se conmueve en alabanza y acción de gracias. Debemos tratar de ver la relación de las cosas naturales con las verdades espirituales de Dios; entonces, al contemplar las obras

de la naturaleza, la mente se sentirá instintivamente atraída hacia el Dador de todo don bueno y perfecto.

Las cosas gloriosas de la naturaleza parecen haber sido diseñadas con el propósito mismo de ilustrar la verdad bíblica. Es evidente que el Autor de la naturaleza es el Autor de la Biblia. Dios es un amante de lo bello, y ha dado evidencias inequívocas de su amor por el hombre, en las bellezas del mundo material. Ha adornado los cielos con un esplendor incomparable y maravilloso. Ha vestido la tierra con una alfombra de verde aterciopelado, y ha dado a las flores sus bellos y variados matices. Dondequiera que miremos vemos motivos para alabar al Dios del Cielo.

Supongamos que una persona benevolente proporciona una hermosa casa y la rodea de todo lo que se puede desear, y luego se la regala a un pobre hombre que no tiene nada que dar a cambio, excepto un corazón agradecido. El hombre benevolente no tiene otro motivo en este acto que hacer feliz al pobre, y darle una prueba de su amor por él, y su interés en su bienestar. Supongamos que el destinatario de estos regalos los mirase con indiferencia, e incluso manifestase insatisfacción, señalando defectos en los bellos arreglos, ¿no desaprobaríais este proceder? ¿No diríais que este hombre no es digno de tales bendiciones, porque no tiene un recuerdo agradecido del amoroso dador?

¿Qué hacemos con los dones que Dios nos ha concedido tan ricamente? ¿No pasamos por alto las cosas más preciosas de la naturaleza? ¿No dejamos de apreciar las cosas que son bellas y encantadoras a los sentidos, y no manifestamos gratitud, y no tenemos agradecimiento que devolver a Dios, que ha provisto estas mismas cosas como una expresión de su amor hacia nosotros? ¿Investigamos atentamente estos tesoros de diversas maneras, para que podamos captar toda la profundidad de su amor al proveerlos para nuestro consuelo y deleite? ¿Las glorias de la tierra, del mar y del cielo encienden en nuestros corazones pensamientos agradecidos y felices de Dios? ¿Lees en los altos árboles, en la hierba ondulante, en las flores del campo, la lección que allí se enseña: que Dios te ama?

Escucho a los alegres cantores entonar sus himnos de alabanza a Dios en lo alto, y la alegría se enciende en mi propio corazón. Pero, ¿cómo mira nuestro Padre celestial la indiferencia con que los hombres reciben las muestras de su amor? ¿Cómo puede mirar a los que nunca le dan la gloria debida a su gran nombre? Él es descrito en sus obras creadas, y la naturaleza os enseña de su carácter y majestad.

Dijo Jesús: "Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y sin embargo os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos." ¿Y seremos nosotros desconsiderados con las flores de Dios? ¿Miraremos con indiferencia estas muestras del maravilloso amor de Dios hacia el hombre caído? Al contemplar las obras de su mano, nuestra imaginación ha de ser puesta a prueba. Debemos mirar hacia los dones reales que esperan al hijo fiel y obediente del Cielo. El apóstol declara: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman."

Vemos los diversos dones de Dios en la naturaleza, pero no vemos más que el más tenue resplandor de su gloria. Nuestros corazones deberían estar llenos de alabanzas a aquel que

siempre actúa en armonía con su propia grandeza; y al contemplar las obras de Dios, por fe podemos contemplar lo que contemplaremos si somos aptos para las mansiones que Jesús ha ido a preparar para aquellos que le aman. Entonces no vayamos por el mundo descuidando ver y apreciar las cosas maravillosas con que Dios nos ha rodeado. No olvidemos hablar de la compasión de nuestro Padre celestial, que nos ha provisto ricamente de todas las cosas para que las disfrutemos. No empecemos a refunfuñar, porque vemos cardos y espinas. Dios no te dijo que los miraras. No te ordenó que agarraras los espinos, que herirían y magullarían tu carne, y entristecerían tu espíritu. Aparta tus ojos de estas cosas hacia la atractiva hermosura de lo que es bello. Piensa en estas cosas, habla de las maravillosas obras de tu Creador y Redentor. Habla del precio que se dio para ganar estas cosas para ti. Medita sobre el tema de la salvación. Hablad del tierno amor de Dios, que dio a su Hijo unigénito para morir en el Calvario, a fin de que pudiéramos entrar en posesión de las riquezas eternas.

¡Oh, qué valor podemos ver cada día en los dones indecibles de Dios! ¿No despojaremos al corazón de la bajeza que se ha apoderado de él, que nos hace incapaces de apreciar el amor incomparable de nuestro Padre celestial? ¿No afinaremos ahora nuestros corazones para alabar a Dios, de quien manan todas las bendiciones? Dejemos de quejarnos y convirtamos nuestras palabras en cánticos de alegría y agradecimiento por el don de su amado Hijo para salvar a un mundo que perece. Si queremos estar entre los que alabarán a Dios en el mundo venidero, debemos comenzar a alabarlo aquí y ahora. Debemos sintonizar nuestros corazones con la música del Cielo, que es alabanza a Dios y al Cordero por los siglos de los siglos. Que los cristianos demuestren que son semejantes a Cristo, que respiran la atmósfera del Cielo.

Jesús dice: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido." Si los cristianos manifestaran el gozo que Cristo está dispuesto a darles, representarían la religión de la Biblia mucho mejor de lo que lo hacen ahora. Debemos estar en el mundo, pero no ser de él. Hemos de ver y apreciar todas las bellezas de la naturaleza, y hemos de dejar que los favores de Dios eleven nuestras mentes hacia el generoso Dador. Debemos expresar, por precepto y ejemplo, que somos poseedores de paz, confianza y plenitud de gozo. Hemos de cultivar la gratitud, el amor y la alabanza en nuestros corazones, para que a través de sus promesas, más ricas que perlas preciosas, podamos discernir los propósitos de Dios para con nosotros. Así como las flores recogen para sí las propiedades ocultas de la tierra y del aire, y se convierten en cosas bellas que deleitan nuestros sentidos, así los cristianos tienen el privilegio de recoger del jardín de las promesas de Dios, fe y esperanza, paz, alegría y apoyo. Deben devolver a los demás una vida perfumada de buenas obras.

En las promesas, Dios retira el velo del cielo y nos invita a contemplar la gloria preparada para los que le aman. ¿Por qué apartamos tan constantemente nuestra mirada de estas cosas de insuperable belleza en la herencia de los santos en luz, y fijamos nuestros ojos en las cosas oscuras y prohibitivas? ¿Por qué acumulamos las nubes de la incredulidad alrededor de nuestras almas, y nos envolvemos en una atmósfera que sólo es desalentadora, y que traerá la muerte a nuestra espiritualidad? Dios quiere que aprendamos las lecciones del lirio que abre sus puras flores blancas en el seno del lago. La flor reposa en una belleza inmaculada, mientras que a su alrededor, en la superficie del agua, hay cosas indecorosas y odiosas. El lirio hunde cada vez más su tallo en las aguas y arenas puras, muy por debajo de la superficie

del lago, y rechaza todo lo que pueda manchar y contaminar su pureza. Sólo atrae hacia sí las propiedades que le ayudarán a convertirse en un lirio inmaculado.

¿No aprenderemos lecciones de este lirio? Aunque estemos en un mundo rebosante de corrupción moral, no tenemos necesidad de recoger para nuestras almas las repugnantes contaminaciones de la tierra. Podemos rechazar el mal. Podemos elegir el bien. Podemos recoger para nuestras almas lo precioso, lo puro, lo celestial; podemos poner en la construcción de nuestro carácter madera sólida, que hará un templo adecuado para la morada del Espíritu Santo. Por otro lado, podemos atraer a nuestras almas malas sugerencias, dudas e impurezas. Podemos comunicarnos con el príncipe de las tinieblas y rechazar al Príncipe de la luz. Podemos poner maderas indignas y poco sólidas en la construcción de nuestro carácter; y nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestra influencia, llevarán a otros a las tinieblas. Nuestras palabras y obras no serán sabor de vida para vida, sino de muerte para muerte. Aunque pretendamos ser cristianos, si no nos reunimos con Cristo seremos agentes de Satanás, para engañar a las almas y llevarlas a los caminos de la destrucción. Dios no permita que esto suceda. Que tu vida sea un testimonio continuo de que perteneces a Cristo. Representa a tu Señor en bondad, en tolerancia, en longanimidad, en paciencia, en no pensar mal, en alegría, en plenitud de gozo. Lo harás, si dejas que tu fe penetre todas las nubes. Atrae hacia ti las gracias del Espíritu, entreteje con ellas un carácter que se desarrolle en buenas obras. Haz ver a los hombres que, por haber llegado a ser partícipe de la naturaleza divina, has escapado a la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia.

En la obra de superar los hábitos pecaminosos, se concederá una gracia especial a todos los que la deseen sinceramente. Podemos acudir al divino Auxiliador, que es capaz de socorrer a los que están en medio de la tentación y del mal. La bondad amorosa de Dios no está toda reservada para la recompensa futura y eterna, sino que es abundante para las necesidades presentes de su pueblo. Todos los cambios de la vida, todos los lugares difíciles en el camino hacia el Cielo, serán bendecidos por la gracia que es suficiente para cada prueba. Tenemos promesas seguras de protección y ayuda. Los brazos eternos estarán debajo de nosotros para alentarnos, sostenernos y apoyarnos. Pobreza o riqueza, enfermedad o salud, sencillez o sabiduría, todo está previsto en las promesas de su gracia. Hay luz para la inteligencia, amor para el corazón y vigor para todas las facultades. Si no nos aferramos a las bendiciones que Dios nos ha proporcionado, si sólo nos aferramos a las espinas y a los cardos, para herirnos y magullarnos, no tenemos derecho a quejarnos de los tratos de Dios con nosotros.

"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned vuestros afectos en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria." Alabad a Dios, hermanos y hermanas. Alabadle con el corazón, con el alma y con la voz, y así iréis aprendiendo a cantar los cánticos del Cielo.

6 de julio de 1888

Pasos de la conversión

EGW

El que desea la salvación debe fijar su mente en la cruz del Calvario. Es allí donde el pecador puede contemplar lo que ha hecho el pecado. Allí puede ver el sacrificio infinito que se ha hecho para redimirlo de la pena de la quebrantada ley de Dios. Cuando el transgresor se da cuenta de su condición perdida, ve en Cristo su única esperanza de salvación. De la cruz aprende preciosas lecciones sobre la vida, la abnegación, el sacrificio, la bondad, la misericordia y el amor del Hijo de Dios, que se entregó a sí mismo por nosotros. El Calvario retrata los incomparables atributos del carácter divino. Al contemplar la cruz, odiará el pecado; porque comprenderá que fue el pecado el que rechazó, reprochó, negó, azotó y crucificó a la Majestad del Cielo. Amará al Padre, que dio todo el Cielo a los hombres en el don de su Hijo unigénito. Su corazón estará lleno de un ansioso deseo de conocer a Dios y de comprender el plan de salvación. Quien haya tenido una visión vívida de la cruz, odiará el pecado y amaré la justicia. Sus dudas se desvanecerán en la clara luz reflejada por la cruz del Calvario.

Las claras afirmaciones de la palabra de Dios declaran que "el pecado es la transgresión de la ley"; y a medida que el pecador se da cuenta de su actitud hacia Dios, si está verdaderamente arrepentido se apresurará a dejar el negro estandarte del príncipe de la rebelión, y tomará posición bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emanuel. Recibirá la iluminación divina, y aprobará las cosas que son excelentes. Verá que Cristo es la propiciación por su pecado; no para que el pecado se convierta en virtud, sino para que se convierta en algo sumamente pecaminoso. Dejará de transgredir la ley divina, y tomará su posición con aquellos que son leales al Dios del Cielo.

La palabra de Dios será leída con un espíritu humilde y enseñable por aquel que busca sus tesoros ocultos de sabiduría y verdad. A medida que los hombres busquen entrar en armonía con Dios, encontrarán que la ofensa de la cruz no ha cesado. A medida que el pecador rinde obediencia a todos los requerimientos de Dios, encontrará que los principados, las potestades y los espíritus malignos en las regiones celestes se han levantado contra él. Pero el seguidor de Cristo no puede evitar la vergüenza y el reproche. No puede ir con la multitud de los que hacen el mal, que anulan la ley de Dios por su tradición. Sus ojos deben estar fijos en la cruz donde Jesús murió para que la humanidad pudiera ser elevada y ennoblecida, y restablecida en el favor del Padre celestial. Debe seguir a Aquel cuya justicia será imputada a todos los que sean fieles y obedientes.

Por la perfecta obediencia del Hijo de Dios, por los méritos de su sangre y por el poder de su intercesión, el hombre puede llegar a ser partícipe de la naturaleza divina y escapar de las corrupciones que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. Puede volver a gozar del favor de Dios, no mientras transgrede voluntariamente, no mientras pisotea la gran norma moral de justicia, sino por obediencia a los preceptos de la ley de Dios, mediante la fe en su Hijo.

La cruz del Calvario cuenta cómo Cristo ha magnificado la ley y la ha hecho honorable. Fueron necesarios los méritos infinitos de su sangre para hacer expiación por los que reciben su amor y siguen sus huellas. El hombre sólo puede obtener el perdón y la paz por medio de Aquel que nos ha amado, y que nos lavará de nuestros pecados con su propia sangre. Aquellos que han sido convencidos del pecado ante la ley, y han ejercitado el arrepentimiento hacia Dios, y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo, dejan de anular la ley de Dios. Aunque el mundo entero se alzara contra ellos, no podrían sino vindicar su justicia y cumplir sus obligaciones.

Nunca podríamos haber conocido el valor de Cristo, excepto a través de una comprensión de las exaltadas demandas de la ley de Jehová. Nunca podríamos haber apreciado la profundidad del pozo del que Cristo nos ha rescatado, a menos que comprendiéramos la excelencia de los preceptos de la verdad. Nunca podríamos haber comprendido la profundidad del amor de Dios que hay en Cristo Jesús, a menos que hubiéramos podido contemplar el carácter maravilloso de la ley del cielo y de la tierra. A la luz de esa santa ley, el pecador ve al Redentor tal como es, lleno de misericordia, compasión, bondad y amor; y mirando a Jesús, y contemplando su incomparable amor hacia un pecador como él, su corazón se llena de gratitud y paz celestial.

A medida que el pecador capta las promesas de Dios por la fe, una bendita confianza entra en su alma, y recibe la iluminación del Espíritu de Dios. La contemplación de la cruz de Cristo en el Calvario permite a la mente formarse ideas correctas del plan de redención. Los que hacen esto tendrán una mejor apreciación de lo que el pecador debe llegar a ser en carácter y vida si quiere ser considerado digno de la vida eterna. La ley de Dios se destacará claramente ante los ojos de la mente.

Aunque la ley de Dios es de carácter santo e inmutable, el adversario de Dios y del hombre, el primer gran rebelde que transgredió sus preceptos en el Cielo, ha llevado a los hombres de todas las épocas a la guerra contra Dios. Mediante toda clase de engaños los ha reunido bajo el negro estandarte de la rebelión. Pero Jesús vino a nuestro mundo para traer a los hombres el poder moral de resistir las artimañas de Satanás, y convertirse en súbditos leales al Dios del Cielo. Cuando el pecador ve que el pecado es la transgresión de la ley, y que la ley es el fundamento del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra, se apresura a poner sus pies en la senda de la justicia, para no ser ofendido hasta el día de Cristo.

Los que tratan, por todos los medios posibles, de anular la ley de Dios, actúan en contra de sus convicciones, y utilizan argumentos que no tienen fuerza, porque "la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo". Pero el alma humilde, honesta y sincera aprobará las cosas excelentes, a pesar de que al hacerlo tendrá que hacerse partícipe con Cristo de sus sufrimientos. Lleno de los frutos de la justicia, el hijo obediente de Dios manifestará al mundo que está vitalmente unido a Cristo, la vid viva.

La palabra de verdad declara que "por sus frutos los conoceréis". Para probar el carácter de los frutos de cada hombre, es necesario tener una norma. Dios nos ha proporcionado esa norma en los preceptos de su ley, y no hay otra cosa por la cual probar el carácter y las doctrinas de los hombres. Dice el profeta: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". El mundo ha estado siguiendo al príncipe de las

tinieblas; pero los que desean seguir a Cristo, tendrán que salir del mundo, y separarse de sus locuras y modas. "Si nuestro evangelio está oculto, también lo está para los que se pierden; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos".

Nada en la línea de las fábulas puede satisfacer a un alma que anhela la verdad bíblica, y que siente que los intereses eternos están en juego. Una suposición plausible no servirá, ni una afirmación puede ser suficiente para calmar una conciencia excitada. El ferviente buscador de la verdad debe tener un claro "Así dice el Señor". No quiere aprobar lo injusto, sino lo excelente. Está decidido a no descansar su esperanza de salvación en nada que sea de naturaleza dudosa. Debe tener la seguridad de la palabra de Dios en cuanto a si es rebelde a su ley, o leal a sus reglas de gobierno. Las teorías y argumentos ingeniosos y refinados que tratan de probar que la ley de Dios no tiene más fuerza, no satisfacen a un alma torturada por la convicción de pecado. No puede descansar en suspenso. Piensa: "Supongamos que la ley de Dios se aplica a todos los seres humanos como se aplicó a Adán en el Edén, y que yo recibiera estas ingeniosas teorías y me encontrara finalmente del lado del gran rebelde. Entonces sería un alma perdida, y compartiría justamente el destino del transgresor". Gimiendo bajo la carga del pecado, exclama: "¿Soy amigo de Dios o su enemigo? Al contemplar la cruz del Calvario, brilla para él la verdadera luz. Ve, en el plan de salvación, que la muerte de Cristo es un argumento incontestable en cuanto al carácter inmutable de la ley. La ley de Dios es tan inmutable como su autor; y porque ningún precepto podía ser cambiado o alterado para satisfacer al hombre en su condición caída, el Hijo de Dios tuvo que morir, el justo por los injustos. Él llevó la pena de la desobediencia del hombre, para que el hombre pudiera ser restablecido en el favor de Dios, y por una vida de humilde obediencia pudiera formar un carácter tal que fuera considerado digno de un lugar en el reino de Dios.

Cuando estas verdades resplandecen en la mente del pecador, se produce una revolución moral. Se da cuenta de que el testimonio de la Palabra y del Espíritu concuerdan, y la duda desaparece. Puede regocijarse en Cristo como su Salvador viviente, su sustituto, su garantía, su fuerza y su justicia. La estrella del día se ha levantado en su corazón. Cristo está formado en su interior, la esperanza de gloria; y con Juan, el lenguaje del alma es: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". Tiene un fundamento para su fe. Es Cristo, la Roca de los siglos. Se atreve a amarlo, porque la luz reflejada desde la cruz del Calvario revela a su Salvador a su alma, como "el más principal entre diez mil," y el "todo él codiciable."

13 de julio de 1888

El trabajo del cristiano

EGW

El verdadero cristiano será manso, amable, dispuesto a aprender, enseñable, fácil de ser tratado, lleno de misericordia y de buenos frutos. Aquellos que son verdaderamente religiosos no se volverán tercos, obstinados en su camino e inflexibles en sus opiniones. Estarán dispuestos a probarlo todo y a mantener firme lo que es bueno. Se considerarán aprendices en la escuela de Cristo. No serán de esa clase que siempre está dispuesta a sermonear a los demás, a condenar y criticar, y a impugnar los motivos de sus amigos y vecinos. El cristiano

debe representar a Jesús, que es la luz del mundo. Tomar una posición como por encima de los hermanos, es tomar la posición del fariseo. Que la mansedumbre de Jesús se manifieste en palabras de sabiduría y en una conducta irreprochable que recomiende tu fe a aquellos con quienes te relacionas.

El Cielo está abierto para nosotros. Todos pueden acceder a la fuente de la fuerza. Desde las puertas entreabiertas, la luz del mundo mejor brilla en el camino de los justos. Las madres pueden acudir a Jesús con sus preocupaciones y perplejidades. Pueden encontrar gracia suficiente para sostenerlas y ayudarlas en el cuidado de sus hijos. Pueden ser capacitadas para conducir sus asuntos domésticos de una manera que glorifique a Dios. Que estudien menos cómo hacer atractiva la apariencia externa, y dediquen más tiempo a la educación y formación de sus hijos, para que puedan obtener la aprobación de Dios. El que es alto y sublime, estima como de gran precio un espíritu manso y tranquilo. Su poseedor es más valioso a sus ojos que el oro de Ofir. Si, pues, este espíritu hace que el carácter sea tan aceptable a Dios, con cuánta insistencia deben orar y trabajar las madres para que sus hogares se adornen con este precioso ornamento. Si las muchas horas que se dedican a mejorar la apariencia externa, fueran dedicadas por las madres a la oración y al estudio de las Escrituras, a fin de aprender a moldear el carácter de sus pupilos, qué diferencia se vería en la sociedad de la iglesia que se compone de estas familias.

La lección que tenemos que aprender individualmente en la escuela de Cristo, es cómo podemos utilizar la influencia y la capacidad que Dios nos ha dado de una manera que Cristo acepte, y de una manera que nos convierta en la luz del mundo. No debéis estudiar cómo podéis agrandar al mundo, o cómo podéis disfrutar del mundo, sino cómo podéis ejercer una influencia que bendiga al hombre y lleve las almas a Cristo. Dedicad a Cristo. Encomendad el cuidado de vuestras almas a Dios, como a un Creador fiel. Agarraos a su fuerza, y él obrará con vuestros esfuerzos. No podéis permitir os desperdiciar o hacer mal uso de los poderes u oportunidades que Dios os ha dado. Ahora es el momento de perfeccionar vuestro carácter y el de vuestros hijos, para que seáis útiles en esta vida y aptos para la vida eterna que ha de venir. Una vida dedicada a Dios en obras de fidelidad, es un testimonio a los hombres del poder de la piedad.

Hay muchos que abandonan la fuente de las aguas vivas, y se construyen cisternas, cisternas rotas, que no pueden contener agua; pero Cristo, la Roca de las Edades, invita a los cansados y a los errantes a que vengan a él y encuentren descanso para sus almas, a que vengan y obtengan paz y salvación. Muchos andan apartados de Cristo, sin obedecer sus palabras ni obrar sus obras, y sin embargo pretenden ser santos; pero esta pretensión no resistirá la prueba del Juicio. Es cierto que nuestras obras no nos salvarán, pero nadie se salvará sin buenas obras. Una vida pura, un carácter santo, deben ser alcanzados por todo aquel que quiera entrar en los portales de la ciudad de Dios. El moralista, confiando en su propia bondad, será hallado deficiente. Como Caín, presenta un sacrificio que no reconoce la sangre de Jesús como esencial para limpiar de la contaminación del pecado. Todo pecador debe tener una virtud que no posea él mismo. El poste de nuestra puerta debe estar marcado por la sangre expiatoria, reconociendo así nuestra propia ineficacia, y los méritos del Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo; porque sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados.

Padres y madres, debéis sentir la necesidad de decir: "En cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor". Entonces el mundo no dudaría en colocaros entre los cristianos. Los hombres no conocerán los motivos que os impulsan, ni sabrán los principios que os mueven; pero verán vuestra determinación de moveros en el temor de Dios. No te unirás a ellos en la persecución del placer, ni en seguir las modas y costumbres del mundo. No estarás en armonía con sus gustos, sus planes y sus conversaciones. "Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro."

Así como Cristo es puro en su esfera, el hombre puede ser puro en la suya. Tenemos un trabajo que hacer por nosotros mismos que nadie puede hacer por nosotros, y debemos apreciar el tiempo y las oportunidades que se nos dan, para que podamos prepararnos para el mundo eterno. Padres y madres, es vuestro privilegio santificaros para Dios y llevar a vuestros hijos a Jesús mediante la oración sincera, la fe viva y el esfuerzo constante e incansable. Nunca estuvo Jesús más dispuesto que hoy a demostraros que es la Roca de las edades. Nunca antes ha tenido el pueblo de Dios mayor estímulo para confiar en Jesús que el que tiene hoy. Será muy difícil para nosotros excusar nuestra negligencia, o traer razones por las que no deberíamos creer en nuestro Salvador, y cantar,

"Roca de las edades, hendida para mí,
déjame esconderme en ti".

La vida del cristiano de corazón verdadero será como la luz del mundo. La vida espiritual no se manifestará por la jactancia orgullosa. Tiene su asiento en un corazón que muestra la obra del Espíritu de Cristo en el carácter y el pensamiento. Allí se manifestarán la mansedumbre, la humildad, la tierna compasión, el amor, la fe y la esperanza. Enseña a tus hijos a buscar la mansedumbre, la quietud y la pureza. Estos son los adornos que pueden lucir con la aprobación de Dios. Padres, que vuestro adorno no sea el adorno exterior, sino el adorno interior del corazón, en lo que no es corruptible. Los ornamentos que Dios quiere que lleve el cristiano son de carácter inmortal.

Los padres deben procurar conocer a fondo a sus hijos. ¡Oh, que el Señor los impresione con la necesidad de trabajar por ellos, a fin de llevarlos a Jesús! ¡Oh, que puedan darse cuenta de la influencia de largo alcance de las impresiones de la vida temprana! Estas impresiones son para bien o para mal, y dejan sus huellas en el carácter que se desarrolla día a día. Los padres serán considerados responsables de la influencia que ejerzan y del desarrollo de sus hijos. En el día del Juicio tendrán que dar cuenta de su obra.

Jamás se encomendó a los mortales una labor más elevada que la de formar el carácter. Los niños no sólo deben ser educados, sino también formados; y ¿quién puede saber el futuro de un niño o un joven en crecimiento? Poned el mayor cuidado en la cultura de vuestros hijos. Un niño, debidamente disciplinado en los principios de la verdad, que tenga el amor y el temor de Dios entretejidos en su carácter, poseerá un poder para el bien en el mundo que no puede estimarse. La obra de los padres sabios nunca será apreciada por el mundo, pero cuando se celebre el juicio y se abran los libros, su obra aparecerá tal como Dios la ve, y será recompensada ante los hombres y los ángeles. Se verá que un niño que ha sido educado de

una manera fiel, ha sido una luz en el mundo. Costó lágrimas y ansiedad y noches sin dormir supervisar la formación del carácter de este niño, pero el trabajo se hizo sabiamente, y los padres oyen el "Bien hecho" del Maestro.

Madres, no podéis encontrar mayor campo misionero donde ejercitar vuestros talentos, que en el hogar, donde vuestros hijos han de ser criados en la crianza y amonestación del Señor. No debéis limitaros a vestirlos, alimentarlos y enviarlos a la escuela, sino que debéis instruirlos pacientemente, dándoles línea sobre línea y precepto sobre precepto, aquí un poco y allá otro poco. Debes refrenar las malas tendencias y alentar las buenas. Día tras día has de buscar la ayuda de Dios con fervorosas súplicas. Estar tranquilos, permitir que sigan por mal camino, indiferentes a los resultados, es un descuido de los deberes que Dios os ha dado, y revelará los peores efectos para el tiempo y para la eternidad. Satanás está al alcance de la mano para amontonar malos pensamientos, para conducirlos por malos caminos. Se apoderará del corazón que no se entregue a Jesús para impresionarlo, lavarlo, limpiarlo y santificarlo para los atrios del Cielo.

La madre no debe bajar la guardia ni un momento. Está haciendo una obra que contará en el tiempo y en la eternidad. Debe aprender a depender de Dios con confianza implícita. Los hijos, cuando lleguen a la edad adulta, apreciarán a los padres que trabajaron fielmente y no les permitieron abrigar sentimientos equivocados ni entregarse a malos hábitos. Padres, es posible que al principio sus hijos se muestren impacientes ante las restricciones. Pueden rebelarse, pero ustedes deben insistir en la obediencia. Los hijos educados para obedecer a sus padres estarán en condiciones de amar a Dios y de someterse a las exigencias de su ley.

20 de julio de 1888

La necesidad de seriedad

EGW

No debemos tomar la palabra de ningún hombre como autorizada en asuntos que conciernen a nuestros intereses eternos. Debemos acudir a las Escrituras por nosotros mismos. Debemos buscar la verdad como tesoros escondidos. Ningún hombre puede pagar un precio de redención por nuestras almas; y aquellos que están condenados ante el tribunal de Dios porque creyeron en el testimonio del hombre en vez del testimonio de Dios, apreciarán el valor de la palabra de Dios. Aquellos que los engañaron no pueden salvar sus almas, ni las almas que ellos fueron instrumentales en conducir al error, lejos de Cristo y de la verdad. La palabra de Dios fue dada para conducir a los hombres a la verdad, pero muchos no escudriñaron sus páginas por sí mismos, y así fueron separados de él por obras perversas.

El tiempo en que vivimos está lleno de peligros. Aunque Noé, y Job, y Daniel estaban en la tierra, ellos no podrían salvar hijo o hija. Ellos sólo podían librar sus propias almas por su rectitud. Cada uno de nosotros debe valerse por sí mismo o caer, ya que seremos juzgados por la gran norma moral de la santa ley de Dios. Debemos vigilar. Debemos orar. Debemos escudriñar las Escrituras. Debemos saber que tenemos un fundamento para nuestra fe. La cruz del Calvario revela el hecho de que si se encuentra pecado en nosotros, oiremos la palabra: "Apartaos, obradores de iniquidad." Queremos cavar hondo, y poner un fundamento

seguro. Debemos ser sinceros para obtener una experiencia viva para nosotros mismos. Debemos ser partícipes de la naturaleza divina, si no queremos ser hallados en guerra contra la ley divina. Queremos que nuestros pecados sean borrados y nuestros nombres escritos en el libro de la vida del Cordero. Debemos unirnos a Cristo, crecer en él y asemejarnos a él en carácter y espíritu. Si estamos así unidos a Cristo, sentiremos nuestra constante dependencia de él. Veremos que no hay nada en nosotros que nos haga autosuficientes, nada en nosotros en lo que podamos confiar; por eso nos revestiremos de humildad.

Ojalá se nos abrieran los ojos para ver y darnos cuenta del peligro que corremos de apartarnos de los principios de la ley de Dios. Jesús, el Redentor del mundo, el adorable Hijo de Dios, agonizó con el Padre, con fuerte llanto y lágrimas. No lo hizo por sí mismo, sino porque nosotros sentimos tan poco la necesidad de una oración ferviente y sincera, porque vemos tan poco nuestro peligro. Lloró porque no tenemos lágrimas que derramar. Nuestros corazones corren el peligro de volverse duros e impresentables.

Debemos buscar cada vez más la luz y el conocimiento que tanto necesitamos. Queremos que se nos conceda abundantemente la gracia de Dios, para que florezcamos como la palmera. Estamos en peligro de perder nuestras almas, a causa de la confianza en nosotros mismos. Queremos ver nuestra gran necesidad de una conexión diaria con Cristo. Queremos ver que sólo él puede limpiarnos de toda maldad. Se entregó a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. ¿Por qué nuestros corazones están tan fríos? ¿Por qué nuestro servicio es tan inútil?

Levantémonos con fe y acerquémonos a Jesús. Alegrémonos en su amor. Podemos obtener las victorias más preciosas. Hay ayuda para nosotros en Dios. Aferrémonos a las promesas y miremos al Calvario. Jesús murió para salvarnos del pecado; entonces dejemos de pecar, y abramos el corazón de par en par, para que él pueda entrar y morar con nosotros.

La belleza del carácter de Cristo debe verse en sus seguidores. Se deleitaba en hacer la voluntad de Dios. El celo por la gloria de Dios era el poder que dominaba su mente. Su inconformidad con el mundo provocó la amarga hostilidad de los que odiaban la verdad y la justicia. Como no daba licencia para el ejercicio de las malas pasiones de nuestra naturaleza, despertó la más feroz oposición y enemistad.

El inmaculado Hijo de Dios fue objeto de burla y escarnio a causa de su inquebrantable obediencia al principio de la santa ley de Dios. Así será con todos los que viven piadosamente en Cristo Jesús.

Que nadie hable de una religión fácil. Que nadie imagine que el camino al Cielo es suave y agradable, que no hay nada que hacer sino creer. Hemos de ser obreros juntamente con Dios; y sólo mediante un esfuerzo diligente y esmerado pueden cumplirse las condiciones de las promesas. Las palabras de la inspiración declaran que "la fe sin obras está muerta, estando sola". Se nos exhorta a "pelear la buena batalla de la fe". Debemos luchar contra los enemigos invisibles, trabajar, velar, esforzarnos por entrar por la puerta estrecha; porque muchos se contentarán con la simple búsqueda, y no lograrán entrar. "Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella"; pero "estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan".

Se nos ordena obrar nuestra propia salvación con temor y temblor, "porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad". Se nos exige que tomemos sobre nuestros cuellos el yugo de Cristo, porque todo buen impulso proviene del Espíritu de Dios, y somos impulsados a un esfuerzo sincero por una vida más elevada. Debemos esforzarnos por reprimir toda palabra que implique una duda; porque la duda hablada, es una semilla sembrada en la mente de otros, y sólo la eternidad revelará el resultado. Aquí está el conflicto, en reprimir las palabras que nos inclinamos a decir contra Dios y contra los demás; porque "por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado." Nuestras palabras son influencias que impresionan las mentes de los demás, y se reflejan en todas direcciones. ¿Echaremos sospechas sobre los demás? ¿Empezaremos la raíz de amargura por la cual muchos serán contaminados? La religión es un principio que debe aplicarse en la vida práctica y desarrollarse en el carácter y las acciones. Siempre debemos representar a Jesús. Debemos consolar, sostener y alentar a nuestros hermanos. Debemos fortalecer a los que son débiles en poder moral. Aseguraos de no tergiversar el carácter de vuestro divino Señor afirmando que sois hijos e hijas de Dios, mientras habláis y actuáis como los hijos del maligno. No dejéis en la mente de los incrédulos la falsa impresión de que los cristianos son un pueblo sombrío e infeliz. ¿Por qué habríamos de ser infelices? Si nuestros pies están en el camino real trazado para que caminen los rescatados del Señor, ¿qué puede hacernos infelices e inquietos?

¿No han equivocado algunos de ustedes el camino, y han tomado la senda equivocada? ¿No deberíamos escudriñar cuidadosamente y ver si tenemos o no una verdadera religión bíblica? Reflexionemos sobre las advertencias, instrucciones y promesas de Dios, hasta que nuestras almas ardan dentro de nosotros, y todo nuestro deseo sea estar al lado de Jesús, y llevar su yugo, y soportar su carga, y encontrar descanso para nuestras almas.

27 de julio de 1888

Una conexión vital con Cristo

EGW

El que tiene una fe genuina en Cristo tendrá un conocimiento de Cristo. Tendrá un sentido creciente del poder y la preciosidad del amor y la gracia redentores, porque Cristo ha sido introducido en su vida diaria. Cree en Cristo como su Salvador y espera en la misericordia de Dios. Aunque sabe que es pecador y que merece la ira de Dios, mira al Calvario y ve al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Sabe que Cristo ha muerto por él, y que en Cristo es posible guardar los mandamientos de Dios. Tiene el testimonio en su propia alma de la virtud y el amor de Jesús, que su fe capta y se apropia.

Su fe no es de ese carácter fraudulento que rehúsa levantar la cruz y seguir a Cristo rindiendo obediencia a todos los preceptos de Jehová. No es de esa naturaleza presuntuosa que reclama las promesas de Dios sin cumplir las condiciones bajo las cuales han de ser concedidas. La suya es una fe que comprende lo que quiso decir el Salvador cuando dijo: "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día." La verdadera fe toma la palabra de Dios y la entretiene en la vida y el carácter. La fe vive de toda palabra

que sale de la boca de Dios. Cristo explicó a sus discípulos el significado de comer su carne y beber su sangre. Dijo: "El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida."

La fe es ese principio misterioso y poderoso que atrae el alma del hombre hacia Dios. Como el sarmiento sin savia está unido a la vid viva, así nosotros debemos estar conectados con Cristo. Hay dos clases de conexión entre los sarmientos y la cepa. Una es visible, pero superficial. La otra es invisible y vital. Así, hay una unión aparente, una pertenencia a la iglesia y una profesión de religión que, aunque en sí misma es buena, con demasiada frecuencia no va acompañada de una fe salvadora en Jesús ni de una obediencia viva a los mandamientos de Dios. Los pámpanos que están unidos a Cristo, la vid viva, lo manifestarán dando mucho fruto en buenas obras para gloria de Dios. Pero los pámpanos que no tienen más que una unión aparente, serán infructuosos. Como el sarmiento no puede dar fruto sin una conexión vital con la cepa madre, así el cristiano sólo puede ser fructífero en buenas obras en la medida en que se haga y se conserve la unión con Cristo. La ruina de los que no están unidos a Cristo es tan completa como si no tuvieran nombre para vivir; porque están muertos. Cristo los compara con ramas sin vida que son recogidas y quemadas en el fuego. "Todo pámpano que en mí no da fruto, lo quita; y todo pámpano que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto."

No puede haber conexión real con Cristo si la persona que la reclama no tiene un conocimiento práctico de la suficiencia de la gracia de Dios que es potente para elevar, ennoblecer, refinar y capacitar al cristiano para los atrios del Cielo. Los que conocen a Cristo pondrán de manifiesto lo deseable de su amor y su paz. Todo verdadero creyente gustará y verá que el Señor es bueno, y manifestará las alabanzas de aquel que nos llamó de las tinieblas a la luz admirable de los hijos de Dios. El verdadero creyente no sólo tiene fe, sino que conoce la eficacia de la sangre de Cristo para limpiar de la contaminación del pecado. Cristo crucificado es el tema de su pensamiento y meditación. La palabra de Dios para él no es una fábula astutamente urdida. Cristo crucificado, aunque para los judíos es piedra de tropiezo y para los griegos necedad, es para él poder y sabiduría de Dios. Cuando sea atacado por los escépticos, su experiencia viva en las cosas de Dios le proporcionará argumentos irrefutables y le capacitará para resistir todos los dardos del maligno, de modo que incluso el creyente inculto puede tener pruebas sencillas y genuinas de su posición, que no pueden ser superadas por las dudas y cavilaciones de los infieles. Puede relatar lo que él mismo ha experimentado. Puede decir: "Sé a quién he creído".

Aquellos que se conectan con la escuela de Cristo tendrán cuidado de obedecer las palabras del Señor. Su fe se fundará en el conocimiento, pues serán estudiantes diligentes de las Escrituras. Como los humildes pescadores que se unieron al Salvador para aprender de él, los que hoy aman a Cristo no sólo escucharán sus palabras, sino que practicarán sus preceptos y seguirán sus huellas. El Maestro más grande que el mundo haya conocido jamás, les ha abierto el entendimiento, y les ha dado conocimiento y juicio, para que aprueben las cosas que son excelentes. Tanto el más instruido como el más ignorante pueden llegar a ser partícipes del conocimiento de la salvación de Cristo. El gran apóstol mismo aprendió en la escuela de Cristo, y fortaleció su fe con su experiencia en el seguimiento de Jesús, y adquiriendo conocimientos de la historia bíblica. Convenció a los hombres de que Jesús era

el Cristo, el Hijo de Dios, y Cristo derramó su gloria sobre el apóstol, y éste pudo hablar a partir de lo que había visto y conocido.

Es el propio conocimiento que adquirimos diariamente, en nuestros conflictos con Satanás, lo que nos será valioso en el futuro. Es la experiencia que adquirimos en las cosas que Jesús está haciendo por nosotros, en la protección de nuestras almas y cuerpos del cruel poder de nuestro enemigo, lo que aumentará nuestra esperanza y se sumará a nuestro poder para luchar en nuestro camino. En la experiencia de Pablo de sufrir por su Señor, se dio cuenta del consuelo y el apoyo de su Redentor. Sus pruebas no lo desanimaron, pues la rica gracia de Dios lo enervó para el conflicto, y con fortaleza y valor, se gloriaba en la tribulación.

¿Qué estamos haciendo con la luz que Dios nos ha dado? En los asuntos temporales, muchos prestan atención y aplicación de mente, con el fin de hacer un negocio exitoso. ¿No deberíamos dar nuestro mejor talento al servicio de Dios? ¿No deberíamos tratar de adquirir un mayor conocimiento y una manera más inteligente de hacer la obra del Señor? ¿Nos contentamos con exaltar lo temporal por encima de los intereses eternos?

Así como el apóstol oró por los hermanos filipenses, orad también por vosotros mismos, y los unos por los otros, "para que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en todo juicio; para que aprobéis las cosas que son excelentes; para que seáis sinceros y sin ofensa hasta el día de Cristo; estando llenos de los frutos de justicia, que son por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios." No debemos estar satisfechos con nuestros logros espirituales actuales. Si el Señor abriera ante nosotros nuestra condición tal como es en realidad, y viéramos el peligro que hay de perder nuestras almas, aun los que ahora profesan ser cristianos caerían de rodillas y orarían fervientemente: "Señor, ten misericordia de mí, pecador." La asombrosa indiferencia y descuido que muchos sienten ahora, se debe a que están separados en sus pensamientos de Dios, y realmente ignorantes de su propio peligro. Si la verdad no ejerce una influencia santificadora sobre su vida y su carácter, serán como las vírgenes insensatas, cuyas lámparas se apagaron en el mismo momento en que el esposo vino para entrar en las bodas. Una teoría de la verdad no es suficiente. Tenemos que alcanzar un alto nivel. Nuestro conflicto es un conflicto continuo con los poderes de las tinieblas, y debemos ponernos toda la armadura de Dios, pelear la buena batalla de la fe, y aferrarnos a la vida eterna. Pero ¡cuán pocos están dispuestos a impulsar su camino hacia el cielo contra toda fuerza opuesta del mal en el mundo!

El apóstol rezaba para que el amor abundara cada vez más. Debe haber una fe viva, antes de que pueda haber una experiencia viva. Hay muchos que tienen un cierto conocimiento formal de Cristo, y una fe indefinida que no ejerce una influencia activa sobre la vida y el carácter. Esta fe no es una fe salvadora. Nuestro amor por Jesús debe comenzar aquí, si esperamos amarlo a través de las edades de la eternidad. Todos los que aman a Cristo hablarán de él. ¿Cómo conocerá el mundo la bendita esperanza y la gloriosa aparición de vuestro Señor y Salvador, a menos que lo hagáis el tema de vuestro pensamiento y conversación? Si nuestros corazones se regocijan en la esperanza de contemplar a nuestro Salvador venidero, ¿no hablaremos de ello a los demás? "De la abundancia del corazón habla la boca". Tendremos el Espíritu de Cristo, si estamos en unión con él; y con el mismo amor y paciencia incansables, buscaremos lo que está perdido. Un alma vale el mundo. Es la compra de la

sangre de Cristo, y los que realmente aman a Cristo sentirán el valor de las almas por las que derramó su preciosa sangre.

La gloria del mundo eterno está ante nosotros. ¿Estás enviando tu tesoro de esta tierra perecedera a la tierra de la seguridad? ¿Qué cuidado se tiene para asegurar títulos apropiados a sus posesiones mundanas? ¿Ha pensado usted en asegurar un título para las posesiones celestiales? Tus bienes terrenales pronto pasarán, a pesar de toda tu ansiedad y trabajo. En algún momento tendrás que dejarlas. Puedes morir antes de la venida de Jesús, o puedes vivir hasta su aparición; sea como fuere, los pensamientos y ambiciones de la tierra deben ser abandonados; pero si tu tesoro está puesto en lo alto, tus riquezas serán incorruptibles, sin mancha, y nunca pasarán.

Hazte amigo de Cristo hoy mismo. Pon tu caso en manos del gran Abogado. Él defenderá tu causa ante el Padre. Aunque hayas transgredido la ley, y debas declararte culpable ante Dios, Cristo presentará su preciosa sangre en tu favor; y mediante la fe y la obediencia, y una unión vital con Cristo, podrás quedar absuelto ante el Juez de toda la tierra, y él será tu amigo cuando suene la trompeta final, y las escenas de la tierra no existan más.

3 de agosto de 1888

El valor y la humildad de David

EGW

Tras el rechazo de Saúl como rey de Israel, David fue ungido por el profeta como futuro gobernante del pueblo de Dios. Pero aunque era consciente de la alta posición que iba a ocupar, continuó su empleo como simple pastor, contento de esperar el desarrollo de los planes del Señor en su propio tiempo y a su manera.

Cuando el rey Saúl se dio cuenta de que había sido rechazado por Dios, y cuando sintió la fuerza de las palabras de denuncia que le había dirigido el profeta, se llenó de amarga rebelión y desesperación. Su salud se vio afectada por la preocupación mental a la que se entregaba, y a veces estaba casi loco con el pensamiento del desastre que se avecinaba para él y su familia. Sus consejeros le aconsejaron que buscara los servicios de un hábil músico, con la esperanza de que las notas tranquilizadoras de un dulce instrumento calmaran su atribulado espíritu y apartaran sus pensamientos de su dolor.

En la providencia de Dios, David, como hábil ejecutante del arpa, fue llevado ante el rey. El pastorcillo fue empleado para tocar ante el gobernante de Israel y, si era posible, para disipar la melancolía que se había instalado, como una nube oscura, sobre la mente de Saúl. El rey estaba siempre ocupado en anticipar la ruina que había acarreado a su casa su propia conducta de desobediencia y rebelión. No era verdadero arrepentimiento lo que había inclinado la orgullosa cabeza de Saúl. No percibió el carácter ofensivo de su pecado a los ojos de Dios, y no se despertó para reformar su vida y su carácter. Su corazón no se humilló porque había desobedecido los mandatos y órdenes expresos del Gobernante del universo; por lo tanto, no volvió a su lealtad al Jefe de todos los reinos, sino que meditó sobre lo que consideraba la injusticia de Dios al privarle del trono de Israel y al quitar a su posteridad la sucesión de sus

privilegios. Sentía que el valor que había desplegado al enfrentarse a sus enemigos debía compensar su pecado de desobediencia. No aceptó con mansedumbre el castigo de Dios, sino que su espíritu orgulloso se volvió desesperado, hasta que estuvo a punto de perder la razón.

David se presentó ante Saúl y tocó con toda la destreza que le había dado su larga práctica; y sus elevados acordes inspirados por el Cielo tuvieron el efecto deseado. El espíritu maligno pareció ser ahuyentado, y el rey recobró su calma habitual. Cuando David estuvo por primera vez en presencia de Saúl, muchos pensamientos llenaron la mente del joven músico y sirvieron para grabar esta escena en su memoria con una impresión indeleble. Cuando sus servicios no fueron requeridos en la corte de Saúl, David regresó a sus rebaños en las colinas, y continuó manteniendo su sencillez de espíritu y comportamiento. Siempre que era necesario, se le llamaba para que ministrara ante el rey, para calmar la mente del atribulado monarca hasta que el espíritu maligno se alejara de él. Pero aunque Saúl expresaba el mayor deleite por David y su música, el joven pastor iba de la casa del rey a los campos y colinas de sus pastos, con una sensación de alivio y alegría, para cuidar de sus rebaños con un cuidado tierno y fiel.

David crecía en gracia ante Dios y los hombres. Había sido instruido en el camino del Señor, y ahora se dedicaba más que nunca a hacer la voluntad de Dios. Tenía nuevos temas de reflexión. Había estado en la corte del rey y había visto las responsabilidades de la realeza. Había descubierto algunas de las tentaciones que asediaban el alma de Saúl, y había descubierto algunos de los misterios del carácter y el trato del primer rey de Israel. Había visto la gloria de la realeza ensombrecida por una oscura nube de tristeza, y sabía que la familia de Saúl distaba mucho de ser feliz en su vida privada. Todas estas cosas sirvieron para traer serios pensamientos a aquel que había sido ungido para ser rey de Israel. Mientras estaba absorto en profunda meditación, y acosado por pensamientos de ansiedad, se volvió hacia su arpa, y entonó melodías que elevaron su mente al Autor de todo bien, y las oscuras nubes que parecían surgir en el horizonte del futuro se disiparon y dispersaron.

En una ocasión, cuando las sombras del atardecer se cernían sobre él y dejaba a un lado su arpa, vio una forma oscura que se acercaba sigilosamente a su rebaño. Era un oso, feroz de hambre, que se abalanzó sobre las ovejas a su cuidado; pero David no huyó para salvar su vida. Sintió que era precisamente la hora en que sus ovejas necesitaban su protección. Elevó su corazón a Dios en oración pidiéndole sabiduría y ayuda para poder cumplir con su deber en aquel momento de peligro. Con su fuerte brazo puso al oso a sus pies. En otra ocasión descubrió a un león con un cordero sangrante entre sus fauces. Sin vacilar, el joven pastor se lanzó a un encuentro desesperado. Su brazo, nervioso por el Dios vivo, obligó a la bestia a soltar a su víctima sangrante, y cuando ésta se volvió, loca de decepción, hacia David, éste enterró su mano en su melena y mató al feroz invasor. Su experiencia en estos asuntos probó el corazón de David, y desarrolló en él valor, fortaleza y fe. Dios estaba enseñando a David lecciones de confianza. Así como Moisés fue entrenado para su trabajo, así el Señor estaba preparando al hijo de Isaí para convertirse en el líder y guía de su pueblo elegido. En la vigilancia de sus rebaños, David iba apreciando el cuidado que el gran Pastor tiene de las ovejas de su prado.

Cuando se declaró la guerra entre Israel y los filisteos, tres de los hijos de Isaí fueron a seguir a Saúl en el ejército de Israel; pero David se quedó en casa. En una ocasión, su padre lo envió

con un mensaje para que visitara el campamento de Saúl y se enterara de si sus hermanos mayores seguían o no sanos y salvos. Jesé envió con su hijo un presente para los ausentes, que debía repartirse entre sus compañeros en el campamento.

Cuando David se acercó al ejército, oyó ruido de alboroto, como si estuviera a punto de comenzar un combate. Sintió que su espíritu se agitaba en su interior, y se apresuró a seguir su camino. Y "el ejército salía a la lucha, y gritaba para la batalla". Israel y los filisteos estaban en formación, ejército contra ejército. David corrió hacia el ejército, se acercó y saludó a sus hermanos. Mientras hablaba con ellos, Goliat, el audaz campeón de los filisteos, salió y, con lenguaje insultante, desafió a Israel y les retó a que le proporcionaran un hombre de sus filas que se enfrentara a él en combate singular. Repitió su blasfemo desafío, y David lo oyó, y cuando vio que todo Israel le temía, y no hacía nada, y que su desafío les era lanzado a la cara día tras día, sin despertar a nadie para que saliera y acallara la voz del fanfarrón, su espíritu se agitó en su interior. Se encendió en celo para preservar el honor del Dios viviente y el crédito de los hijos de Israel. No podía soportar que se permitiera a este atrevido idólatra burlarse día tras día de los elegidos del Señor, sin hacer un esfuerzo por derrotar su orgullosa jactancia y su escarnio.

Los ejércitos de Israel se estaban deprimiendo y desanimando. Se decían unos a otros: "¿Habéis visto a este hombre que ha subido? Ciertamente para desafiar a Israel ha subido; y será que al hombre que lo mate, el rey lo enriquecerá con grandes riquezas, y le dará su hija, y hará libre en Israel la casa de su padre." Para estar seguro de haberlos entendido, David preguntó a los hombres que estaban más cerca de él: "¿Qué se hará al hombre que mate a este filisteo, y quite el oprobio de Israel? porque ¿quién es este filisteo incircunciso, para que desafíe a los ejércitos del Dios viviente?".

Eliab, el hermano mayor de David, al oír estas palabras, conocía bien los sentimientos que agitaban el alma del joven. Ya como pastor de los rebaños de Belén había manifestado audacia, valor y fuerza difícilmente explicables; y la misteriosa visita de Samuel a la casa paterna, y su silenciosa partida, habían despertado en la mente de los hermanos sospechas sobre el verdadero objeto de su visita. David no era considerado con el respeto y el amor debidos a su integridad y a su ternura fraternal. Lo veían como a un simple pastor novato, y ahora Eliab consideraba la pregunta que le había hecho como una reflexión sobre su propia cobardía al no haber hecho callar al gigante de los filisteos. En un lenguaje apasionado, el hermano mayor exclamó: "¿Por qué has descendido hasta aquí, y con quién has dejado esas pocas ovejas en el desierto? Conozco tu soberbia y la maldad de tu corazón; pues has descendido para ver la batalla." La respuesta de David fue decidida y respetuosa: "¿Qué he hecho yo ahora? ¿No hay causa?"

Alguien llevó las palabras de David al rey, y se mandó llamar al joven para que compareciera en presencia real. Saúl escuchó con asombro las palabras del pastor, que decía: "Que no desfallezca el corazón de nadie por él; tu siervo irá y peleará con ese filisteo." Saúl se esforzó por desviar a David de su propósito, diciéndole: "No eres capaz de ir contra ese filisteo para luchar con él, pues no eres más que un joven, y él es un hombre de guerra desde su juventud." El joven no se dejó desviar de su deseo. Permaneció firme, valiente y decidido, esperando sólo el permiso del rey. Respondió de manera sencilla y sin pretensiones, relatando sus experiencias mientras cuidaba las ovejas. "Y David dijo a Saúl: Tu siervo guardaba las ovejas

de su padre, y vino un león y un oso, y se llevó un cordero del rebaño; y yo salí tras él, y lo herí, y se lo quité de la boca; y cuando se levantó contra mí, lo tomé por la barba, lo herí y lo maté. Tu siervo mató al león y al oso; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, pues ha desafiado a los ejércitos del Dios viviente. Dijo además David: El Señor que me libró de las garras del león y de las garras del oso, él me libraré de la mano de este filisteo. Y Saúl dijo a David: Ve, y el Señor esté contigo".

10 de agosto de 1888

La derrota de Goliat

EGW

Durante cuarenta días, el ejército de Israel había temblado ante el altivo desafío de Goliat, el gigante filisteo. El corazón les falló al contemplar su enorme figura, que medía seis codos y un palmo, o diez pies y medio de altura. Sobre su cabeza había un casco de bronce, estaba vestido con una cota de malla que pesaba cinco mil siclos, o unas ciento cincuenta y siete libras, y tenía grebas de bronce en las piernas. La cota estaba hecha de placas de bronce superpuestas, como las escamas de un pez, y estaban tan estrechamente unidas que ningún dardo o flecha podría atravesar la armadura. A la espalda, el gigante llevaba una enorme jabalina, o lanza, también de latón. "El asta de su lanza era como el haz de un tejedor; y la punta de su lanza pesaba seiscientos siclos de hierro; e iba delante de él uno que llevaba un escudo".

Durante cuarenta días, mañana y tarde, Goliat se había acercado al campamento de Israel, diciendo a gran voz: "¿Por qué habéis salido a preparar la batalla? ¿No soy yo un filisteo, y vosotros siervos de Saúl? Escogeos un hombre para vosotros, y que venga a mí. Si él pudiere pelear conmigo y matarme, nosotros seremos vuestros siervos; mas si yo venciere contra él y lo matare, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis. Y el filisteo dijo: Yo desafío hoy a los ejércitos de Israel; dadme un hombre, para que peleemos juntos. Cuando Saúl y todo Israel oyeron estas palabras del filisteo, se espantaron y tuvieron gran temor." Nadie se había atrevido a ir contra este fanfarrón, hasta que David, conmovido de indignación por las orgullosas palabras del idólatra, se ofreció a Saúl, como alguien que estaba dispuesto a luchar por la gloria de Dios y el honor de Israel.

Saúl decidió permitir que el pastor se aventurara, pero tenía pocas esperanzas de que David tuviera éxito en su valiente empresa. Se ordenó vestir al joven con la armadura del rey. Le pusieron el pesado casco de bronce en la cabeza, la cota de malla en el cuerpo y le ciñeron la espada del monarca. Así equipado, se puso en camino, pero al cabo de un rato se volvió sobre sus pasos. ¿Cuál era el problema? ¿Tenía miedo? El primer pensamiento en la mente de los ansiosos espectadores fue que David había decidido no arriesgar su vida al encontrarse con un antagonista en un encuentro tan desigual. Pero esto estaba lejos del pensamiento del valiente joven.

Cuando regresó a Saúl, le pidió permiso para despojarse de la pesada armadura, y dijo: "No puedo ir con esto, porque no lo he probado". Se despojó de la armadura del rey, y en su lugar tomó sólo su bastón en la mano, con su alforja de pastor, y una simple honda. Escogió cinco

piedras lisas del arroyo, las metió en su zurrón y, con la honda en la mano, se acercó al filisteo. El campeón se adelantó con valentía y orgullo, esperando encontrarse con el más poderoso de los guerreros de Israel. Su escudero caminaba delante de él, y parecía como si nada pudiera oponérsele. Al acercarse a David, no vio más que a un mozalbete, llamado muchacho por su juventud. Su rostro estaba rubicundo por la salud; y su esbelta figura, desprotegida por la armadura, mostraba toda su silueta juvenil en marcado contraste con las enormes proporciones del filisteo.

Goliat se llenó de asombro e ira. Su indignación estalló en palabras que estaban calculadas para aterrorizar y abrumar al atrevido joven que tenía delante. "¿Soy yo un perro", exclamó el gigante, "para que vengas a mí con palos?". Entonces el filisteo vertió sobre David las más terribles maldiciones de todos los dioses de su conocimiento. Gritó burlón: "Ven a mí, y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo". Esta amenaza altiva sólo sirvió para inspirar al joven un valor más elevado, y para encender en su pecho un mayor celo para silenciar al enemigo de su pueblo. No flaqueó ante el campeón de los filisteos. Sabía que iba a luchar por el honor de su Dios y la liberación de Israel, y su corazón estaba lleno de serena fe y esperanza.

David se adelantó y se dirigió a su antagonista en un lenguaje a la vez modesto y elocuente. Y dijo al filisteo: "Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo; pero yo vengo a ti en nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado. Hoy te entregará Jehovah en mi mano; te heriré y te quitaré la cabeza; y entregaré hoy los cadáveres del ejército de los filisteos a las aves del cielo y a las fieras de la tierra, para que sepa toda la tierra que hay un Dios en Israel. Y sabrá toda esta asamblea que el Señor no salva con espada y lanza; porque del Señor es la batalla, y él os entregará en nuestras manos."

Qué inspiración de coraje y fe elevada mostró el sencillo pastor ante los ejércitos de los israelitas y los filisteos. Había un timbre de intrepidez en su tono, una mirada de triunfo y regocijo en su hermoso semblante. Este discurso, pronunciado con voz clara y musical, resonó en el aire y fue oído claramente por los miles de oyentes acampados para la guerra. Cuando la rica voz de David pronunció las palabras de confianza y triunfo, la ira de Goliat se encendió al máximo. En su furia, se levantó el yelmo que le protegía la frente y corrió con odio decidido a vengarse de su adversario. El hijo de Isaí se preparaba para su enemigo. Ambos ejércitos observaban con el más intenso interés. "Y aconteció que cuando el filisteo se levantó y vino y se acercó para encontrarse con David, David se apresuró y corrió hacia el ejército para encontrarse con el filisteo. Y metiendo David la mano en su bolsa, tomó de allí una piedra, y golpeó con ella al filisteo en la frente, de modo que la piedra se le hundió en la frente, y cayó de bruces en tierra."

El asombro se extendió a lo largo de las filas de los dos ejércitos. Confiaban en que David sería muerto, pero cuando la piedra voló por los aires, directa al blanco, vieron que el poderoso guerrero temblaba y extendía las manos, como si le hubiera sobrevenido una ceguera repentina. El gigante se tambaleó y cayó postrado al suelo. David no esperó ni un instante. No sabía que la vida se había extinguido. Saltó sobre la forma postrada del filisteo y con ambas manos agarró la pesada espada de Goliat. Un momento antes, el gigante la había blandido ante David con la jactancia de que le arrancaría la cabeza de los hombros y entregaría su cuerpo a las aves del cielo. Ahora sirvió para hacer la voluntad del siervo de

Dios. Fue levantado en el aire, y entonces la cabeza del fanfarrón rodó de su tronco, y un grito de exultación subió del campamento de Israel.

Los filisteos estaban aterrorizados. Sabían que el día estaba perdido. Horrorizados y confusos, emprendieron una retirada irregular. El grito de los hebreos triunfantes resonó a lo largo de las cumbres de las montañas, mientras corrían tras sus enemigos en retirada, y "persiguieron a los filisteos hasta llegar al valle y a las puertas de Ecrón. Y los heridos de los filisteos cayeron por el camino de Shaaraim, hasta Gat y Ecrón. Y volvieron los hijos de Israel de perseguir a los filisteos, y saquearon sus tiendas. Y David tomó la cabeza del filisteo y la llevó a Jerusalén; pero puso su armadura en su tienda."

17 de agosto de 1888

Carácter y efectos de la envidia

EGW

Después de matar a Goliat, David fue llevado ante el rey Saúl, y el rey preguntó por su familia y su vida. "Y sucedió que, cuando terminó de hablar con Saúl, el alma de Jonatán se unió al alma de David, y Jonatán lo amó como a su propia alma". Saúl retuvo a David consigo, y no le permitió volver a la casa de su padre. Jonatán y David hicieron un pacto para estar unidos como hermanos, y el hijo del rey "se despojó del manto que llevaba puesto, y se lo dio a David, y sus vestidos, hasta su espada, su arco y su cinto". A David se le confiaron importantes responsabilidades, pero conservó su modestia, y todo el mundo le quería. Pero no había nadie tan querido para él como Jonatán, porque poseía un espíritu puro y noble.

"David salía adonde Saúl lo enviaba, y se comportaba sabiamente. Y Saúl lo puso al frente de los hombres de guerra". Pero cuando Saúl y David regresaban de la matanza de los filisteos, "salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel, cantando y danzando, al encuentro del rey Saúl, con tabernáculos, con alegría y con instrumentos de música." Una compañía cantaba: "Saúl ha matado a sus miles", mientras que otra compañía retomaba la melodía y respondía: "Y David a sus diez miles". El demonio de los celos entró en el corazón del rey. Estaba furioso porque David era exaltado por encima de él en el canto de las mujeres de Israel. En lugar de controlar estos sentimientos envidiosos, y manifestar un espíritu noble, mostró la gran debilidad de su carácter, y exclamó: "A David le han atribuido diez millares, y a mí sólo millares; ¿y qué más puede tener él sino el reino?"

El único gran defecto del carácter de Saúl era su amor a la aprobación. Este rasgo había ejercido tal influencia controladora sobre sus acciones y pensamientos, que todo estaba marcado por su deseo de alabanza y autoexaltación. Permitted que este malvado deseo se desarrollara sin control, y se convirtió en un instrumento de su ruina. Su norma del bien y del mal era la baja norma del aplauso popular. Ningún hombre está seguro si vive para agradar a los hombres y no busca ante todo la aprobación de Dios. La ambición de Saúl era ser el primero en la estimación de los hombres; y cuando se entonó este cántico de alabanza, entró en el corazón del rey la firme convicción de que David obtendría el corazón del pueblo y reinaría en su lugar.

A pesar de las lecciones que Saúl había recibido del profeta Samuel, instruyéndole que Dios llevaría a cabo todo lo que él quisiera, y que nadie podría impedirlo; sin embargo, el rey hizo evidente que no tenía verdadero conocimiento de los planes ni del poder de Dios. Demostró que no tenía verdadero arrepentimiento por su conducta de rebelión y desobediencia. Abrió su corazón al espíritu de envidia y celos que había envenenado su alma. Le encantaba oír a David tocar el arpa, y el espíritu maligno parecía haberse alejado por el momento; pero un día en que el joven estaba ministrando ante él, y sacando dulce música de su instrumento, acompañando su voz mientras cantaba las alabanzas de Dios, Saúl arrojó repentinamente al músico la lanza que tenía en la mano, con el propósito de poner fin a su vida. David fue preservado por la interposición de Dios, y huyó sin ser herido de la furia del rey enloquecido.

El pueblo no tardó en ver que David era una persona competente, y que los asuntos confiados a sus manos eran administrados con sabiduría y habilidad. Así fue promovido de un puesto de confianza a otro. Los consejos del joven parecían ser siempre de carácter sabio y discreto, y resultaba seguro seguirlos, mientras que el consejo de Saúl era a veces poco fiable, y sus decisiones y juicios, desacertados. A medida que aumentaba el odio de Saúl hacia David, se volvía más y más vigilante para encontrar una oportunidad de quitarle la vida y librarse de alguien tan odioso para él. Pero ninguno de sus planes contra el ungido del Señor tuvo éxito. Había tomado a Satanás como consejero; pero David se confió en la mano de Aquel que es poderoso en el consejo y fuerte para librar. Saúl se entregó al control del espíritu maligno que lo dominaba, mientras que David siguió al Señor y obtuvo la confianza del pueblo. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría", y la oración de David se dirigía continuamente a Dios. Su confianza estaba puesta en Dios, y caminaba delante de él de una manera perfecta.

Aunque el rey era su enemigo, el siervo del Señor gozaba del favor del pueblo; y Saúl, aunque siempre alerta, buscando una oportunidad para quitarle la vida, temía a David, pues estaba convencido de que el Señor estaba con él. Fue la envidia la que hizo desgraciado a Saúl, y puso en peligro al humilde súbdito de su trono. La envidia es uno de los rasgos más despreciables del carácter satánico. Busca constantemente la elevación del yo, lanzando calumnias sobre los demás. Un hombre envidioso menospreciará a su prójimo, pensando en exaltarse a sí mismo. El sonido de la alabanza es agradecido para el que tiene la aprobación muy desarrollada, y odia oír las alabanzas de otro. ¡Oh, qué indecible mal ha obrado en nuestro mundo este rasgo maligno del carácter! En el corazón de Saúl existía la misma enemistad que agitó el corazón de Caín contra su hermano Abel, porque las obras de Abel eran justas, y Dios lo honraba, y sus propias obras eran malas, y el Señor no podía bendecirlo.

La envidia es el vástago del orgullo y, si se alberga en el corazón, conducirá a actos crueles, al odio, a la venganza y al asesinato. La gran controversia entre Cristo y el príncipe de las tinieblas se desarrolla en la vida práctica cotidiana. David se había convertido en el objeto del odio del rey. ¡Qué poco comprendía el alma entenebrecida de Saúl las providencias y los propósitos de Dios! Si hubiera tenido alguna comprensión del carácter del gran "YO SOY", habría sabido que no podía frustrar los propósitos del Todopoderoso.

Saúl hizo sentir a David que no había lugar seguro para él. Finalmente lo destituyó de su puesto de responsabilidad como jefe del ejército de Israel, y lo puso a cargo de sólo mil hombres. David no se quejó, sino que lo soportó todo con paciencia. El amor del pueblo

estaba con él, pero Saúl estaba decidido a que no viviera. Vigilaba estrictamente a David, anhelando y esperando encontrar alguna ocasión de indiscreción o temeridad que pudiera servirle de excusa para deshonrarlo ante el pueblo. Sentía que no podría estar satisfecho hasta que pudiera quitarle la vida al joven, y aun así justificarse ante la nación por su acto malvado.

Saúl tendió una trampa a los pies de David, prometiéndole darle por esposa a su hija Mical si mataba a cien filisteos. David mató a doscientos y regresó sano y salvo a la corte del rey. Saúl estaba aún más seguro de que éste era el hombre que el Señor había dicho que era mejor que él, y que reinaría en el trono de Israel en su lugar. Empezó a descubrir que el Señor estaba con David. Empezó a discernir que el joven andaba circunspecto ante Dios, y que su carácter era digno de respeto, por ser verdaderamente noble y elevado. Saúl se volvió más decidido en su propósito. Se deshizo de todo disfraz. No se decepcionaría. David debía morir. Ordenó a Jonatán y a sus siervos que quitaran la vida al que odiaba, pues había decidido que no viviera.

Jonatán reveló a David la intención de su padre, y le ordenó que se ocultara, mientras él iría a suplicar a su padre que perdonara la vida al libertador de Israel. Jonatán logró alejar por el momento la ira de su padre. Expuso ante el rey lo que David había hecho para preservar el honor y la vida misma de la nación, y qué terrible culpa caería sobre su alma quien matara a aquel de quien Dios se había servido para dispersar a sus enemigos. Insistió en que su crimen no sería excusado si quitaba la vida a un hombre inocente. La conciencia del rey fue conmovida, y su corazón se ablandó. "Y Saúl juró: Vive Jehová, que no será muerto." Y David fue llevado a Saúl, y ministró en su presencia, como lo había hecho en el pasado.

24 de agosto de 1888

La persecución de Saúl a David

EGW

Después de que Jonatán abogara con éxito por la vida de su amigo, la ira de Saúl contra David pareció aplacarse. El joven se presentó ante el rey como antes, y gozó del favor de Saúl y de su corte. Pero de nuevo se declaró la guerra entre los israelitas y los filisteos, y David dirigió el ejército contra sus enemigos. Bajo su sabia dirección, los hebreos obtuvieron una gran victoria, y el pueblo del reino alabó su valor, sabiduría y heroísmo. Esto sirvió para avivar el antiguo rencor y odio de Saúl contra él. Mientras el joven tocaba ante el rey, llenando el palacio de dulce armonía, la pasión de Saúl se apoderó de él, y lanzó una jabalina contra David, pensando clavar al músico contra la pared; pero el ángel del Señor desvió el arma mortal. David escapó y huyó a su casa. Saúl envió espías para que lo apresaran al salir por la mañana y acabaran con su vida.

Mical, la hija de Saúl, era la esposa de David, y ella lo amaba, y le informó del propósito de su padre. Ella le instó a escapar por su vida, y le hizo descender por la ventana, y David huyó a Samuel a Naioth. El rey envió a sus hombres a la cámara de David, pero no encontraron más que una efigie que su mujer había colocado en la cama. El rey estaba muy enojado con su hija, y, enfurecido por la decepción, determinó que su odiado súbdito no escapara. El mismo espíritu que había animado a Satanás llenaba el corazón de Saúl. Como el primer gran

apóstata, le movía una ambición impía y una furia homicida. Y éste fue el primer rey elegido de Israel. Desde el día en que el profeta de Dios derramó sobre su cabeza el aceite de la santa unción, ¡cuán terrible había sido su caída!

David encontró a Samuel en Ramá y le contó lo que Saúl había hecho. El profeta, que no temía el disgusto del rey, acogió al fugitivo, y Samuel y David vivieron juntos en Naioth. Este refugio era un lugar pacífico en contraste con el palacio real. Fue aquí, en medio de las colinas, donde el honrado profeta del Señor continuó su obra, aun cuando las sombras de la edad se cernían sobre él. Le acompañaba una compañía de videntes que estudiaban atentamente la voluntad de Dios y escuchaban con reverencia las palabras de instrucción que salían de los labios de Samuel. El último trabajo del siervo de Dios fue instruir a los videntes en la escuela de los profetas; preciosas fueron las lecciones que David aprendió del maestro de Israel.

David recordó la unción que había recibido en Belén, cuando Samuel lo había bendecido en casa de su padre. Sabía que necesitaba instrucción divina, y creía que las tropas de Saúl no serían llamadas a invadir este lugar sagrado. Pero ningún lugar parecía ser sagrado para la mente oscurecida del rey desesperado y desesperanzado. Cuando supo dónde estaba David, envió oficiales para que lo sacaran de su escondite y lo llevaran a Gilgal, donde pensaba llevar a cabo sus planes asesinos.

El monarca de Israel oponía resueltamente su voluntad a la voluntad del Dios infinito. La voluntad de Dios es la única ley a la que obedecen el sol, la luna y las estrellas del firmamento celeste. Por mandato de Jehová, se mueven en perfecto orden; y, sin embargo, el hombre finito opone su voluntad a la del omnisciente, y entra en conflicto con el que gobierna el universo. Saúl no había aprendido, mientras gobernaba el reino de Israel, que debía gobernar su propio espíritu. Permitió que sus impulsos controlaran su juicio, hasta que se sumió en una furia de pasión. Tenía paroxismos de rabia y locura, cuando estaba dispuesto a quitar la vida a cualquiera que osara oponerse a su voluntad. De este frenesí pasaba a un estado de abatimiento y desprecio de sí mismo, y el remordimiento se apoderaba de su alma. Satanás mostró su propio carácter al incitar la furia de Saúl contra el humilde súbdito de su corte. Saúl contaba con la simpatía y el apoyo de toda la hueste reprobada del mal; porque era el carácter intachable y la noble fidelidad de David lo que había despertado la ira del rey; y éste consideraba que la vida misma y la presencia de David le arrojaban un oprobio, y lo presentaban en contraste poco halagador ante el pueblo.

Los mensajeros de Saúl se dirigieron a Ramá con la intención de acabar con la vida de David. Pero alguien más grande que Saúl controlaba su espíritu y dirigía sus acciones. Fueron recibidos por ángeles invisibles, como lo fue Balaam cuando se dirigía a maldecir a Israel. Durante un tiempo, los oficiales de Saúl se impregnaron de la atmósfera que impregnaba el lugar sagrado donde Samuel y los profetas estudiaban bajo la inspiración del Espíritu de Dios. Comenzaron a proferir dichos proféticos de lo que ocurriría en el futuro, y proclamaron la gloria y majestad de Jehová. Fue así como Dios anuló la ira del hombre y manifestó su poder para refrenar el mal, mientras amurallaba a su siervo con una guardia de ángeles.

Las noticias llegaron a Saúl mientras esperaba impaciente tener a David en su cruel poder; pero en vez de sentir la reprimenda de Dios, se exasperó aún más y envió otros mensajeros.

Estos también fueron dominados por el Espíritu de Dios, y se unieron a los primeros en la profecía. La tercera embajada fue enviada por el rey, pero cuando llegaron a la compañía de los profetas, la influencia divina cayó sobre ellos también, y profetizaron. Saúl decidió entonces que iría él mismo, pues su feroz enemistad se había vuelto incontrolable. Ángeles malignos conspiraban con hombres malvados para destruir al ungido del Señor. Estaba decidido a no esperar una segunda oportunidad para matar a David. Tan pronto como estuviera a su alcance, se proponía matarlo con su propia mano, cualesquiera que fueran las consecuencias.

Llegó a Ramá y se detuvo en un gran pozo de Siquu. La gente se reunía para sacar agua, y él preguntó dónde estaban Samuel y David. Cuando le dijeron que estaban en Naioth, se apresuró a llegar a ese lugar. Pero el ángel de Dios lo encontró en el camino y lo controló. El Espíritu de Dios lo sostuvo en su poder, y siguió su camino pronunciando oraciones a Dios, intercaladas con predicciones y melodías sagradas. Profetizaba la venida del Mesías como Redentor del mundo. Cuando llegó a Naiot en Ramá, se despojó de las vestiduras exteriores que indicaban su posición, y durante todo el día y toda la noche permaneció ante Samuel y sus discípulos, bajo la influencia del Espíritu divino. Multitudes se habían reunido para presenciar esta cosa extraña y maravillosa, y la nueva experiencia del rey fue divulgada por todas partes. Así también, cerca del final de su reinado, se convirtió en un proverbio en Israel que Saúl también estaba entre los profetas.

El perseguidor fue nuevamente derrotado en su propósito. Aseguró a David que estaba en paz con él; pero David tenía poca confianza en el arrepentimiento y la reforma del rey. Aprovechó esta oportunidad para escapar, no fuera que el ánimo del rey cambiara, como antaño. David había sido llevado de un lugar a otro, y los emisarios del rey habían perseguido su vida como si fuera una fiera salvaje. Su corazón estaba herido y anhelaba volver a ver a su amigo Jonatán. Con el corazón oprimido y consciente de su inocencia, buscó al hijo del rey y le hizo una súplica muy conmovedora. "¿Qué he hecho?", preguntó, "¿cuál es mi iniquidad? y ¿cuál es mi pecado ante tu padre, para que busque mi vida?". Jonatán pensó que su padre había cambiado de propósito, y que ya no tenía intención de quitarle la vida a David. Y Jonatán le dijo: "Dios no lo quiera; no morirás; he aquí que mi padre no hará nada grande ni pequeño, sino que me lo hará saber; y ¿por qué ha de ocultarme esto mi padre? no es así."

Después de la notable exhibición del poder de Dios, Jonatán no podía creer que su padre siguiera haciéndole daño a David, pues eso sería una rebelión manifiesta contra Dios. Pero a pesar de las seguridades repetidas y seguras de su amigo, David no estaba convencido. Declaró que Saúl sabía de su afecto mutuo, y que ésta sería razón suficiente para que el rey no diera a conocer sus propósitos a su hijo. Con intensa seriedad repasó cómo había sido llevado de un lugar a otro, y ahora aseguró a Jonatán: "Vive el Señor, y vive tu alma, que no hay más que un paso entre la muerte y yo."

31 de agosto de 1888

La desconfianza de David

EGW

En la época de la luna nueva se celebraba en Israel una fiesta sagrada. Esta fiesta se repetía al día siguiente de la triste entrevista entre David y Jonatán sobre la muerte segura que parecía esperar al hijo de Jesé. Se esperaba que ambos jóvenes asistieran a la fiesta. David temía estar presente, y se acordó que visitaría a sus hermanos y, a su regreso, se escondería en el campo, no lejos de la sala del banquete, y durante tres días se ausentaría de la presencia del rey, y Jonatán observaría el efecto en Saúl. Si se preguntaba por el paradero del hijo de Isaí, Jonatán debía decir que había ido a su casa para asistir al sacrificio anual ofrecido en casa de su padre. Si el rey no hacía ninguna demostración de enojo, sino que respondía: "Está bien", entonces sería seguro que David regresara a la corte. Pero si se enfurecía por su ausencia, eso decidiría la huida de David.

David debía esconderse en un lugar designado con anterioridad, y después de su regreso del banquete en casa de su padre, Jonatán, que era diestro en el tiro con arco, debía ir con un ayudante al campo, cerca del escondite de David, y disparar un cierto número de flechas que serían para él una señal del temperamento del rey, y decidirían su curso de acción. Si Jonatán dijera al joven que recogía las flechas: "Mira, las flechas están de este lado tuyo", David no tendría nada que temer, sino que podría acudir al palacio y a la presencia del rey. Pero si decía a su ayudante: "He aquí las flechas están más allá de ti", entonces David debía marcharse, pues no le sería seguro llegar a la corte.

El primer día de la fiesta, el rey no hizo ninguna pregunta sobre la ausencia de David; pero cuando su lugar quedó vacante el segundo día, preguntó a su hijo la razón de la no aparición de su amigo. Preguntó: "¿Por qué no viene a comer el hijo de Isaí, ni ayer ni hoy? Y Jonatán respondió a Saúl: David me pidió encarecidamente licencia para ir a Belén; y dijo: Te ruego que me dejes ir, porque nuestra familia tiene un sacrificio en la ciudad; y mi hermano me ha mandado que esté allí; y ahora, si he hallado gracia ante tus ojos, te ruego que me dejes ir y ver a mis hermanos. Por eso no viene a la mesa del rey". Cuando Saúl oyó estas palabras, su ira fue ingobernable. Maltrató a su hijo y maldijo a David. Declaró que mientras David viviera, Jonatán no podría llegar al trono de Israel, y exigió que se enviara a buscar a David inmediatamente, pues había determinado que muriera. Jonatán volvió a interceder por su amigo, suplicando: "¿Por qué ha de ser muerto? ¿Qué ha hecho?". Esta apelación al rey por la razón de su ira contra un hombre inocente, sólo lo hizo más satánico en su furia, y arrojó la jabalina, que había destinado a David, a su propio hijo.

El príncipe, afligido e indignado, abandonó la presencia real y dejó de ser invitado al banquete. Su alma estaba abatida por el dolor, mientras se dirigía, a la hora señalada, al lugar donde David debía conocer las intenciones del rey hacia él. Jonatán disparó la flecha, y cuando el muchacho corrió a buscarla, exclamó: "¿No está la flecha más allá de ti?". David comprendió la señal, y supo que debía huir para salvar su vida. Cuando Jonatán hubo enviado al muchacho a casa con su arco y sus flechas, buscó a su amado amigo. Se echaron mutuamente al cuello y lloraron amargamente. Sus corazones estaban doloridos por la

necesidad de separarse. La oscura pasión del rey proyectaba su sombra sobre las vidas de los jóvenes, y su dolor era demasiado intenso para expresarlo. Las últimas palabras de Jonatán cayeron en el oído de David cuando se separaron para seguir sus diferentes caminos: "Vete en paz, pues ambos hemos jurado en nombre del Señor, diciendo: Que el Señor esté entre tú y yo, y entre mi descendencia y tu descendencia para siempre".

Jonatán vigiló la figura de su amigo hasta que se perdió de vista, por temor a que los espías lo observaran y lo llevaran a presencia de su enemigo. Entonces el hijo del rey regresó a Gabaa, y David se apresuró a llegar a Nob, ciudad distante unas diez millas, perteneciente a la tribu de Benjamín. El tabernáculo había sido llevado a este lugar desde Silo, y allí ejercía su ministerio Ahimelec, el sumo sacerdote. David no sabía dónde refugiarse, excepto en el siervo de Dios. El sumo sacerdote lo miró con asombro, pues venía sin compañía, con un semblante marcado por la ansiedad, la preocupación y la tristeza. Le preguntó qué le había traído hasta allí sin acompañante. El joven temía ser descubierto y no sabía qué responder. En su desesperación, recurrió al engaño. Aquí David manifestó su falta de fe en Dios, y su pecado causó la muerte del sumo sacerdote. Si los hechos se hubieran expuesto claramente, Ahimelec habría sabido qué curso seguir para preservar su vida. Dios exige que la veracidad caracterice a su pueblo, incluso en tiempos de peligro. David dijo al sacerdote que había sido enviado por el rey para llevar a cabo un asunto secreto que requería que fuera solo. Pidió al sacerdote cinco panes. El hombre de Dios sólo tenía pan sagrado; sin embargo, David logró quitarse los escrúpulos y obtuvo el pan para saciar su hambre.

Pero ahora se presentó una nueva dificultad, que causó nueva ansiedad a David. Vio a Doeg, el jefe de los pastores de Saúl, que había profesado la fe de los hebreos y que ahora estaba pagando sus votos en el lugar de culto. Al ver a este hombre, David se apresuró a buscar otro lugar donde refugiarse y a obtener algún arma con la que defenderse en caso de necesidad. Sabía que Doeg estaba al tanto de los propósitos de Saúl con respecto a él. Sabía que se había ordenado a los servidores del rey que mataran a David si lo encontraban, y temía que este hombre lo intentara antes de que pudiera escapar.

Pidió a Ahimelec una espada, y le dijeron que no tenía ninguna, excepto la espada de Goliat, que se había guardado como reliquia en el tabernáculo. David respondió: "No hay ninguna como ésa; dámela". Su valor revivió al empuñar la espada que una vez había usado tan valientemente para destruir al campeón de los filisteos. David huyó a Aquis, el rey de Gat, pues sentía que había más seguridad en medio de los enemigos de su pueblo que con sus propios hermanos. Decidió arrojarse a la misericordia de los enemigos nacionales, antes que permanecer en los dominios de Saúl.

Pero se informó a Aquis que David era el mismo hombre que había matado al campeón de los filisteos años antes, y ahora él, que había buscado refugio con los enemigos de Israel, se encontraba en el mayor peligro. Fingió estar loco, y sus enemigos fueron engañados y lo consideraron indigno de su atención. Así escapó.

El primer error de David fue su manifiesta desconfianza en Dios en Nob, y su segundo error fue su engaño ante Aquis. En su amistad y amor por Jonatán, David había mostrado nobles rasgos de carácter, y su valor moral le había granjeado el favor del pueblo; pero al sobrevenirle la prueba, su fe se tambaleó y apareció la debilidad humana. Veía en cada

hombre un espía y un traidor. Pero su experiencia estaba sirviendo para enseñar a David sabiduría, pues se había dado cuenta de su debilidad y fragilidad, y de la necesidad de depender constantemente de Dios. Mientras estaba en estas escenas de prueba, compuso algunos de los salmos.

Vemos la debilidad incluso de los hombres nobles cuando son llevados a circunstancias difíciles. Este hombre, cuando se encontraba en una gran emergencia, había mirado a Dios con el ojo firme de la fe, y se había enfrentado al orgulloso y jactancioso filisteo. Creyó en Dios, fue en su nombre. Confiaba en su poder para realizar la obra de derrotar a los ejércitos de los enemigos del Señor. Pero como había sido perseguido y acosado, la perplejidad y la angustia casi habían ocultado a su Padre celestial de su vista. Parecía pensar que se había quedado solo, para luchar sus propias batallas. Estaba confuso y no sabía qué camino tomar. Podemos aprender una lección de la experiencia de David. "El que piensa que está firme, mire que no caiga". Todos necesitamos la ayuda que sólo Dios puede dar. ¡Oh, cuán inapreciable es la dulce influencia del Espíritu de Dios cuando viene a las almas deprimidas y desesperadas, alentando a los pusilánimes, fortaleciendo a los débiles e impartiendo valor y ayuda a los probados siervos del Señor! ¡Oh, qué Dios es el nuestro, que trata gentilmente a los descarriados, y manifiesta su paciencia y ternura cuando estamos en la adversidad, y cuando estamos abrumados por alguna gran pena!

David no debería haber desconfiado de Dios ni un momento. Siempre que los hijos de Dios fracasan, se debe a su falta de fe. Cuando las sombras envuelven el alma, cuando queremos luz y guía, debemos mirar hacia arriba; hay luz más allá de las tinieblas. Debemos aprender a confiar en nuestro Padre celestial, y no permitir que el alma se contamine con el pecado de la incredulidad. Al tratar de salvarnos a nosotros mismos, no confiamos el cuidado de nuestras almas a Dios, como a un Creador fiel. No esperamos que Él trabaje por nosotros, sino que nos esforzamos frenéticamente, con nuestras propias fuerzas finitas, por romper algún muro de dificultad que sólo Dios puede eliminar por nosotros. El hombre no es nada sin Dios. El ejemplo de los hombres buenos y nobles de la historia sagrada, sólo debe ser imitado por nosotros cuando siguieron las huellas del Señor. Cuando el hombre confía implícitamente en Dios, será fiel a sí mismo; y podrá esperar y alegrarse en el Dios de su salvación, aunque todos los amigos de la tierra se conviertan en enemigos.

David tenía motivos para confiar en Dios. Era el ungido del Señor. Había sido protegido en medio del peligro por los ángeles de Dios. Había sido armado de valor y coraje para hacer cosas maravillosas, y si tan sólo hubiera apartado su mente de la angustiosa situación en que se encontraba, y hubiera pensado en el maravilloso poder y majestad de Dios, habría estado en paz aun en medio de las sombras de la muerte, y podría haber repetido con confianza la promesa del Señor: "Los montes se apartarán, y las colinas serán removidas; pero no se apartará de ti mi misericordia, ni será removido el pacto de mi paz, dice Jehová que tiene misericordia de ti."

7 de septiembre de 1888

En la cueva de Adulam

EGW

David buscó refugio en las fortalezas de las montañas ante la decidida persecución de Saúl. Logró escapar a la cueva de Adulam, un lugar que podía ser defendido contra un gran ejército por una fuerza pequeña. "Y cuando lo oyeron sus hermanos y toda la casa de su padre, descendieron allá con él". La familia de David no podía sentirse segura, sabiendo que en cualquier momento las sospechas irrazonables de Saúl podrían dirigirse contra ellos a causa de su relación con David. Concluyeron que estarían más seguros con aquel a quien el profeta Samuel había ungido para ser rey de Israel, aunque fuera un fugitivo en una cueva solitaria, que expuestos a la locura de un rey celoso. Creyeron que el Señor protegería a David de la enemistad perseguidora de Saúl, y decidieron abandonar su desprotegido hogar y unir sus fortunas a las de su pariente en su solitario retiro. Fue una triste despedida del hogar y de los rebaños, mientras la procesión familiar se dirigía hacia el valle de Judá.

En la cueva de Adulam, la familia estaba por fin unida en simpatía y afecto. El hijo de Isaí podía hacer melodía con la voz y el arpa mientras cantaba: "¡Mirad qué bueno y qué agradable es que los hermanos habiten juntos en unidad!". Había probado la amargura de la sospecha y la desconfianza de sus hermanos; y la armonía que había ocupado el lugar de la discordia, trajo alegría y consuelo al corazón del desterrado. Fue aquí donde David compuso el salmo cincuenta y siete.

No pasó mucho tiempo antes de que se les unieran otros que deseaban escapar de las exacciones del rey. Había muchos que habían perdido su confianza en el gobernante de Israel, pues ya no parecía estar guiado por el Espíritu del Señor. "Y se juntaron con él todos los angustiados, y todos los endeudados, y todos los descontentos; y fue hecho capitán de ellos; y había con ellos como cuatrocientos hombres." Aquí David tenía un pequeño reino propio, sobre el cual gobernaba, e imponía un orden y una disciplina perfectos. Pero aun en su retiro en las montañas, estaba lejos de sentirse seguro, pues recibía continuas pruebas de que el rey no había renunciado a su propósito homicida. El espíritu del mal estaba sobre Saúl. Sentía que su perdición había sido sellada por el solemne mensaje de su rechazo del trono de Israel. Su alejamiento de los claros requerimientos de Dios estaba trayendo sus resultados seguros. No se volvió, ni se arrepintió, ni humilló su corazón ante Dios, sino que lo abrió para recibir toda sugerencia del enemigo. Escuchó todos los falsos testimonios, recibiendo ansiosamente todo lo que iba en detrimento del carácter de David, con la esperanza de encontrar una excusa para manifestar su creciente envidia y odio contra aquel que había sido ungido para el trono de Israel. Se daba crédito a todo rumor, por inconsistente e irreconciliable que fuera con el carácter y las costumbres anteriores de David.

Toda evidencia de que el cuidado protector de Dios estaba sobre David parecía amargar y profundizar su único propósito absorbente y decidido. El fracaso en el cumplimiento de sus propios designios parecía un marcado contraste con el éxito del fugitivo en eludir su búsqueda, pero sólo hizo que la determinación del rey fuera más implacable y firme. No tuvo

cuidado de ocultar sus designios para con David, ni escrúpulos en cuanto a los medios que debían emplearse para cumplir su propósito.

No era el hombre David, que no le había hecho ningún daño, contra quien el rey estaba conteniendo. Estaba en controversia con el Rey del Cielo; porque cuando se le permite a Satanás controlar la mente que no quiere ser gobernada por Jehová, la conducirá según su voluntad, hasta que el hombre que está así en su poder se convierte en un agente eficiente para llevar a cabo sus designios. Tan amarga es la enemistad del gran originador del pecado contra los propósitos de Dios, tan terrible es su poder para el mal, que cuando los hombres se desconectan de Dios, Satanás influye sobre ellos, y sus mentes se someten más y más, hasta que desechan el temor de Dios y el respeto de los hombres, y se convierten en enemigos audaces y declarados de Dios y de su pueblo.

¡Qué ejemplo estaba dando Saúl a los súbditos de su reino en su desesperada y no provocada persecución de David! ¡Qué registro estaba dejando en las páginas de la historia para las generaciones futuras! Trató de convertir todo el poder de su reino en el canal de su propio odio al perseguir a un hombre inocente. Todo esto tuvo una influencia desmoralizadora sobre Israel. Y mientras Saúl daba rienda suelta a su pasión, Satanás tejía una trampa para su ruina y la ruina de su reino. Mientras el rey y sus consejeros planeaban la captura de David, los asuntos de la nación eran mal administrados y descuidados. Mientras enemigos imaginarios se presentaban constantemente ante las mentes del pueblo, los enemigos reales se fortalecían sin despertar sospechas ni alarma. Al seguir los dictados de Satanás, Saúl mismo estaba acelerando el mismo resultado que, con habilidad no santificada, se esforzaba por evitar.

El consejo del Señor había sido desoído una y otra vez por el rey rebelde, y el Señor lo había entregado a la locura de su propia sabiduría. Las influencias del Espíritu de Dios lo habrían refrenado del curso de maldad que había escogido, y que finalmente lo llevó a la ruina. Dios aborrece todo pecado, y cuando el hombre rechaza persistentemente todos los consejos del Cielo, queda abandonado a los engaños del enemigo, para ser arrastrado por sus propias concupiscencias y seducido.

El Señor había traído a su siervo David a la corte del rey, para que Saúl se beneficiara de la asociación con el dulce cantor de Israel. El rey era amante de la música, y se le concedió la oportunidad de dejarse impresionar y subyugar por el mismo espíritu que animaba e inspiraba las melodías de David. Pero las sutiles sugerencias de Satanás se insinuaron en su mente, hasta que David se convirtió en objeto de sospechas y celos. En dos ocasiones, mientras David ministraba ante el rey, sólo había escapado con vida deslizándose delante de la jabalina que el rey le había lanzado con propósito homicida. Pero Saúl no cedió ante las evidencias de la protección de Dios al hijo de Isaí.

David y sus amigos estaban lejos de sentirse seguros en la cueva donde se habían refugiado. La decidida persecución de Saúl aseguraba a David que el rey no abandonaría sus planes hasta haber logrado su destrucción. En cuanto a las apariencias, la lucha por parte de David parecía desesperada; pues los ejércitos de Israel estaban urgidos por la enemistad de Saúl para dar caza al fugitivo, y no cejar en la persecución hasta que se convirtiera en su cautivo.

La ansiedad de David no era sólo por sí mismo, aunque se daba cuenta del peligro que corría. Pensó en su padre y en su madre, y llegó a la conclusión de que debía buscar otro refugio para ellos. Se dirigió al rey de Moab, y el Señor puso en el corazón del monarca la cortesía de conceder a los amados padres de David un asilo en Mizpa, y no fueron molestados, ni siquiera en medio de los enemigos de Israel. De esta historia, todos podemos aprender preciosas lecciones de amor filial. La Biblia condena claramente la infidelidad de los padres a sus hijos, y la desobediencia de los hijos a sus padres. La religión en el hogar tiene un valor inestimable.

Casi tan pronto como la seguridad de sus padres estuvo asegurada, un profeta del Señor vino a David, diciendo: "No te quedes en la fortaleza; parte, y vete a la tierra de Judá." Perseguido de un lugar a otro, y perseguido sin causa, el alma de David estaba a veces llena de amargura y desaliento. Le parecía seguro que al fin caería en manos de su perseguidor. Pero si hubiera podido abrir los ojos, habría visto a los ángeles del Señor acampados en torno a él y a sus seguidores. Los centinelas del Cielo esperaban para advertirles del peligro inminente y conducirlos a un lugar de refugio cuando el peligro lo exigiera. Dios podía proteger a David y a sus seguidores, pues no eran una banda rebelde contra Saúl. David había demostrado repetidamente su lealtad al rey.

La experiencia por la que estaba pasando no era innecesaria ni vana. Dios le estaba dando un curso de disciplina para prepararlo para ser un general sabio, así como un rey justo y misericordioso. Este pequeño grupo de fugitivos estaba siendo capacitado para emprender la obra para la cual Saúl se estaba volviendo totalmente incapaz, a causa de su pasión homicida y su ciega indiscreción. Los hombres no pueden apartarse del consejo de Dios y conservar la paz y la tranquilidad del alma. No hay locura tan espantosa, tan desesperada, como la de seguir la sabiduría humana, sin guiarse por la sabiduría de Dios.

David y Saúl se nos presentan en esta historia como hombres de carácter muy diferente. El curso de David pone de manifiesto el hecho de que consideraba el temor del Señor como el principio de la sabiduría. Pero Saúl perdió su fuerza porque no hizo de la obediencia a los mandamientos de Dios la regla de su vida. Es algo terrible que un hombre oponga su voluntad a la voluntad de Dios, tal como se revela en sus requisitos específicos. Todo el honor que un hombre pudiera recibir en el trono de un reino, sería una pobre compensación por la pérdida del favor de Dios a través de un acto de deslealtad al Cielo. La desobediencia a los mandamientos de Dios sólo puede traer, al fin, desastre y deshonra. Dios ha dado a cada hombre su obra, de la misma manera que asignó a Saúl el gobierno de Israel; y la lección práctica e importante para nosotros es cumplir la obra que nos ha sido asignada de tal manera que nos encontremos con los registros de nuestra vida con gozo y no con tristeza.

14 de septiembre de 1888

El Consejo de Gabaa

EGW

Saúl se sintió muy decepcionado y enfurecido cuando se descubrió que David había abandonado su lugar de refugio en la cueva de Adulam. El rey había hecho todos los

preparativos posibles para ir a por él como un buitre a por su presa, cuando recibió la noticia de que el objeto de su búsqueda se le había escapado de las manos. Sus bien trazados planes habían sido en vano, y de nuevo había fracasado en su propósito de capturar a David.

La huida de David era un misterio para el rey. Sólo podía explicarla por la creencia de que había habido traidores en el campamento, que habían informado al hijo de Isaí de su proximidad y designio. Pero el ojo que todo lo veía estaba sobre Saúl; Dios, que conocía todos sus pensamientos y propósitos, envió a su profeta para advertir a su siervo que escapara de la fortaleza y huyera a la tierra de Judá. David había escuchado el mensaje y se había refugiado en el bosque de Haret antes de que Saúl pudiera atacarlo. El hecho de que David fuera preservado, y que escapara de vez en cuando de sus manos, mientras que sus propias conspiraciones no habían tenido éxito en ningún momento, era un misterio para el rey.

El monarca decidió emprender alguna acción decidida que asegurara la ruina de David, y se celebró un consejo real bajo un árbol favorito en la ladera de una colina de Gabaa. Saúl tenía la lanza y el cetro en la mano, mientras a su alrededor se reunían sus consejeros, entre los cuales estaba Doeg el edomita, jefe de los pastores de Saúl. Con la mente llena de celosas sospechas, Saúl se dirigió a sus oficiales de Estado, diciendo: "Oíd ahora, benjamitas: ¿os dará el hijo de Isaí a cada uno de vosotros campos y viñas, y os hará a todos capitanes de millares y jefes de centenas? que todos vosotros habéis conspirado contra mí, y no hay quien me muestre que mi hijo ha hecho alianza con el hijo de Isaí, y no hay ninguno de vosotros que se conduela de mí, o me muestre que mi hijo ha incitado a mi siervo contra mí, para que me aceche, como en este día?"

Saúl apeló a la naturaleza egoísta de sus hombres. Les presentó las ventajas que obtendrían sirviéndole, en contraste con las desventajas del servicio del pobre David, que se veía obligado a encontrar su hogar en las cuevas y guaridas de las montañas. Satanás y sus ángeles malignos estaban en aquella asamblea, preparados para desempeñar un papel prominente, y el poder de estas influencias malignas estaba obrando sobre la mente del rey voluntarioso y desobediente. Hacía tanto tiempo que se había sometido al control de los ángeles malignos, que no discernió que seguía su dirección cuando se aprovechó ansiosamente de las circunstancias para despreciar la condición de David y de sus siervos. Cuánto recuerda esta apelación a los deseos egoístas de sus hombres a la tentación de Cristo en el desierto. "Y el diablo, llevándole a un monte alto, le mostró en un momento todos los reinos del mundo. Y el diablo le dijo: Todo este poder te daré, y la gloria de ellos; porque a mí me es entregada; y a quien yo quiero, se la doy. Si, pues, me adorares, todo será tuyo. Respondiendo Jesús, le dijo: Apártate de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás."

Jesús rechazó al tentador con: "Está escrito"; pero el maligno tiene más éxito cuando se acerca al hombre con sus sobornos e incentivos. La pregunta que cada uno de nosotros tendrá que responder en su vida individual es: ¿Triunfará el bien sobre el mal, cueste lo que cueste? Cada alma tendrá que aventurarse mucho, mientras Satanás despliega sus engañosas tentaciones; pero la voz del deber debe ser obedecida, si quieres ser un vencedor. Muchas otras voces instarán a un curso en armonía con los deseos egoístas y las inclinaciones del corazón carnal. A cada alma le llegará el tiempo de la prueba, y necesitará sabiduría divina para distinguir la voz del adversario de la voz de Dios. Es imposible decir cuánto se puede

perder por descuidar una vez el cumplimiento de los requisitos de la palabra de Dios. Ella señala el camino de la obediencia como el único camino seguro por el que puede andar el hombre. Nada nos ayudará más en estos lugares estrechos que considerar que estamos en la presencia de Dios, y que no queremos hacer nada que lo ofenda.

Los benjamitas y los del consejo de Saúl, cuando oyeron las palabras del rey, acusándolos de simpatizar con los que él consideraba sus enemigos, sólo vieron ante ellos a un monarca exasperado y humano, que tenía en su poder enriquecerlos y hacerlos progresar o castigarlos y degradarlos, según aprobaran o desaprobaran ante él su conducta. Pero si se hubiera corrido el velo, habrían visto al Soberano cuyo imperio es el universo, y que tiene en sus manos los destinos del tiempo y de la eternidad. Si hubieran sentido que eran siervos de Dios, que debían ser obedientes al Rey de reyes, cuán diferentes habrían sido el resultado y el registro de aquel día lleno de actos de oscuridad y atrocidad. No se sintió la presencia del Infinito; pero el que no sólo es acusador de los hermanos, sino mentiroso y asesino desde el principio, manifestó su presencia y su poder por medio de sus agentes humanos, Saúl, el rey de Israel, y Doeg, el jefe de sus pastores.

Saúl había recibido como verdad todo informe mentiroso sobre los motivos y movimientos de David y, en su decepción por la huida de su supuesto enemigo, Saúl empezó a sospechar que todos los que le rodeaban eran conspiradores y traidores. Declaró: "Todos vosotros habéis conspirado contra mí, y no hay quien me muestre que mi hijo ha hecho alianza con el hijo de Isaí." Luego apeló a su simpatía. "No hay ninguno de vosotros que se compadezca de mí, o me muestre que mi hijo ha incitado a mi siervo contra mí, para que me aceche, como en este día".

Saúl representó a David como su enemigo mortal, y acusó a Jonatán, su hijo obediente y temeroso de Dios, de incitar a la rebelión, porque no quiso unirse a la persecución de su amigo. Esta acusación era totalmente falsa. No eran sólo David y Jonatán los acusados, sino que la propia tribu del rey y el pueblo de su reino estaban todos incluidos en sus sospechas como traidores y conspiradores. Declaró que todos estaban ciegos a sus propios intereses y carecían de compasión por él, el rey de Israel. Había sido informado por espías de la entrevista entre David y Jonatán, de cómo habían hecho un pacto de amistad eterna; y, como Saúl no sabía nada de los detalles, se llenó de conjeturas malignas sobre su lealtad, y consideró que estaban conspirando contra él y su reino. En una ocasión en que Saúl había condenado furiosamente a muerte a David, y Jonatán había preguntado: "¿Por qué ha de ser muerto? ¿Qué ha hecho?", el rey, en un momento de intensa ira, había arrojado una jabalina a su propio hijo, como antes había arrojado una a David. Jonatán había perdido toda confianza en su padre. Le tenía miedo, y no podía ser libre y confidencial con él; porque veía con tristeza que Dios se había apartado de él, y que otro espíritu había tomado posesión de él.

Que se había formado una conspiración contra él, afirmó Saulo a sus consejeros como un hecho establecido, y había llegado a la conclusión de que debía ser una que estaba completamente organizada, o el conspirador principal no habría tenido tanto éxito en eludir su búsqueda. A partir de esto argumentó que el pueblo debe estar involucrado en ella, o su éxito no sería tan evidente. Puso oscuridad por luz, y luz por oscuridad. Su razonamiento y sus conclusiones eran erróneos. Todo el complot estaba del lado del propio Saúl. Como había cambiado de posición de vez en cuando, y había creído tener asegurada su presa mucho antes,

y había sido derrotado una y otra vez, sólo podía entender su fracaso atribuyendo motivos y acciones malvadas a su pueblo. Los que habían estado en comunicación con él y conocían sus planes debían, pensó, haber informado a David de sus movimientos.

Saúl se había cegado tanto por el engaño del pecado, que no podía discernir las cosas espirituales. No reconocía el hecho de que Dios estaba presente en todos sus consejos, y que estaba en comunicación con su siervo David. Dios no quiso que los designios asesinos de Saúl tuvieran éxito para lograr sus fines. La maldad del corazón del rey debía manifestarse ante Israel, para que vieran hasta qué extremos terribles puede llegar un alma, después de romper con la influencia restrictiva del Espíritu de Dios. El rey había tenido pruebas suficientes para demostrarle, sin lugar a dudas, que David no tenía ninguna mala intención hacia él. Había tenido oportunidad de quitar la vida a su enemigo, si lo hubiera deseado, pero el hijo de Isaf no levantaría la mano contra el ungido del Señor. Pero todo esto no sirvió de nada, pues Saúl tenía en su corazón atribuirle malos propósitos a David, e hizo conforme a todo lo que tenía en su corazón.

Había un Vigilante que marcaba los motivos, las palabras y las acciones del rey Saúl. El Señor era testigo invisible de cada designio secreto, de cada plan abierto y de cada movimiento homicida. Cuando Nabucodonosor examinó con orgullo las obras de sus manos, y se jactó de su poder y gloria, diciendo: "¿No es ésta la gran Babilonia que he edificado para casa del reino con la fuerza de mi poder, y para honra de mi majestad?" La voz del Vigilante vino al rey, diciendo: "Oh rey Nabucodonosor, a ti se te ha dicho: El reino se ha apartado de ti". Cuando Belsasar se levantó contra el Dios del Cielo, e hizo un gran festín, y, en su embriaguez y placer, no consideró nada demasiado sagrado para su uso, haciendo algarabía contra el Dios vivo y verdadero, una mano sin sangre trazó sobre la pared en caracteres vivos: "Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto." En la fiesta sacrílega de Belsasar, había un Vigilante a quien él no había invitado, y cuya presencia no había discernido ni acogido. La perdición de su reino estaba escrita en un decreto inmutable: "Dios ha contado tu reino y lo ha acabado".

El ojo del Señor está sobre cada escena. Su ojo contempla cada transacción en los negocios. Él oye cada palabra que se dice. Es testigo silencioso de toda declaración calumniosa, y toda falsedad queda fielmente registrada en los libros del Cielo. Tenemos un asistente en la vida pública y privada. Tenemos un compañero en nuestra cámara privada. De cada palabra y acción de nuestras vidas, el santo Dios que odia el pecado es testigo. No podemos escapar de nuestra responsabilidad ante él, porque Dios está en todas partes. ¿Por qué no vivir de tal manera que podamos rendir cuentas con alegría y no con tristeza? Dios nos ha dado nuestro trabajo designado, y debemos hacerlo bajo su dirección. Si ponemos nuestros poderes bajo el control de Satanás, somos rebeldes contra Dios, y se encontrará en los registros de nuestra vida, como se encontró en los de Belsasar, una deficiencia fatal cuando se cuadren las cuentas.

21 de septiembre de 1888

Doeg el edomita

EGW

Cuando Doeg el edomita oyó las palabras de Saúl ofreciendo como soborno el regalo de viñedos, y la posición de capitán sobre miles y cientos, su ambición se avivó, y determinó convertirse en delator. Había estado en Nob y había presenciado la acción del sacerdote cuando proveyó a David de pan, y le dio la espada de Goliat. Abrigaba odio hacia el hombre en el santo oficio, porque lo había reprendido por sus pecados; y ahora se presentaba una oportunidad favorable, no sólo para ganar riquezas y posición, sino para vengarse del sacerdote.

Doeg respondió a las palabras de Saúl como quien demostraría ser amigo del angustiado monarca. Dijo: "Vi al hijo de Isaí que venía a Nob, a Ahimelec hijo de Ahitub. Y él preguntó por él al Señor, y le dio vituallas, y le dio la espada de Goliat el filisteo". Doeg sabía bien que la acción del sacerdote hacia David no procedía de ninguna malicia hacia el rey. El sacerdote pensó que al hacer un favor a un embajador de su corte, estaba mostrando respeto al rey. Era totalmente inocente de cualquier mala intención hacia Saúl o su reino. David no había actuado con franqueza ante el sacerdote, había disimulado, y por eso había puesto en peligro a toda la familia del sacerdocio.

Pero Doeg era un calumniador, y Saúl tenía tal espíritu de envidia, odio y asesinato, que deseaba que el informe fuese cierto. La declaración parcial y exagerada del jefe de los pastores se prestaba al uso del adversario de Dios y del hombre. Se presentó a la mente de Saúl de tal manera que el rey perdió todo control de sí mismo y actuó como un loco. Si hubiera esperado tranquilamente hasta oír toda la historia, y hubiera ejercitado sus facultades de razonamiento, ¡cuán diferente habría sido el terrible registro de los hechos de aquel día!

¡Cómo se regocija Satanás cuando se le permite encender el alma en un blanco calor de ira! Una mirada, un gesto, una entonación, pueden ser aprovechados y usados, como la flecha de Satanás, para herir y envenenar el corazón que está abierto para recibirla. Si el Espíritu de Cristo nos posee enteramente, y hemos sido transformados por su gracia, no habrá disposición para hablar mal, o para llevar informes cargados de falsedad. El falsificador, el acusador de los hermanos, es un agente escogido del gran engañador. Ahimelec no estaba presente en esta ocasión para reivindicarse a sí mismo y exponer los hechos tal como eran; pero a Doeg esto no le importaba. Como Satanás su padre, leyó la mente de Saúl, y aprovechó la oportunidad de aumentar la miseria del rey con las palabras de su lengua maliciosa, que estaba encendida por el fuego del infierno. Despertó las peores pasiones del corazón humano. Toda ternura, piedad y humanidad se extinguieron del pecho de Saúl.

Al igual que su amo el diablo, Doeg no dudó en acusar incluso al sacerdote del Dios Altísimo. Se creía que había una conspiración entre David y el sacerdote, y que el sacerdote había tomado parte principal en ayudar a escapar al enemigo de Saúl, y en ayudarlo dándole provisiones, y armándolo con la espada de Goliat. Saúl estaba fuera de sí de rabia. Cuando estaba bajo la influencia del Espíritu de Dios, cuando David tocaba melodías ricas y sagradas,

parecía captar la inspiración y prorrumplía en impulsivas y sinceras expresiones de alabanza y adoración. Pero cuando la influencia se retiraba, manifestaba el espíritu más opuesto. Parecía desesperado y estaba dispuesto a cometer los actos más temerarios de audacia y crueldad. El espíritu de celos, que sólo procedía de Satanás, se apoderaba de su corazón. El bien y el mal parecieron alternarse durante algún tiempo en el dominio del rey. Pero aquel día el divino Vigilante hizo un registro tan oscuro en los libros del Cielo, que la influencia del bien pareció hacerse cada vez menos perceptible en la vida del monarca de Israel. Decidió perseguir con la mayor furia al objeto de su odio y sus celos, pues pensó que ahora tenía ocasión de dar rienda suelta a las peores pasiones de su corazón.

Mandó llamar a Ajimelec y a toda la casa de su padre, y se presentaron ante él con sus vestiduras sacerdotales para honrarlo. Y Saúl dijo a Ajimelec: "¿Por qué habéis conspirado contra mí, tú y el hijo de Isaí, en que le has dado pan y espada, y has consultado a Dios por él, para que se levante contra mí, para acecharme, como en este día?". El sacerdote entonces presentó el asunto en su verdadera luz al rey. "Entonces Ahimelec respondió al rey, y dijo: ¿Y quién es tan fiel entre todos tus siervos como David, que es yerno del rey, y va a tus órdenes, y es honrado en tu casa? ¿Acaso empecé yo a preguntar a Dios por él? Lejos de mí; no impute nada el rey a su siervo, ni a toda la casa de mi padre; porque tu siervo nada sabía de esto, ni poco ni mucho."

Era evidente que Saúl estaba en uno de sus peores humores; pero el sacerdote y su familia no se dieron cuenta ni por un momento del peligro que los amenazaba. Temblaron cuando Saúl hizo caso omiso del testimonio de Ahimelec. El rey estaba tan cegado por la pasión que las palabras de la razón no tenían influencia alguna sobre él. Estaba tan lleno de frenesí satánico que perdió toda consideración por las cosas sagradas. En su lenguaje no sólo acusó al sacerdote de engaño, sino que virtualmente acusó a Dios de aconsejar a un traidor a través de su sumo sacerdote.

La acción de Saúl puso de manifiesto lo déspota que puede llegar a ser un rey que ha abandonado a su Dios y se ha entregado al control del maligno. La explicación de los hechos en el caso de David y el sacerdote fue tratada con desprecio; la verdad sólo sirvió para enfurecer al rey, pues le quitó la excusa para seguir los dictados de su propio corazón malvado. Saúl prefirió creer las palabras de un malvado a las del siervo de Dios. Así ha sido siempre y siempre será en nuestro mundo con los que sirven a la causa del gran adversario. "La justicia está lejos; porque la verdad ha caído en la calle, y la equidad no puede entrar.... Y el que se aparta del mal se hace presa". Cuando comprendamos con qué perseverancia trabaja Satanás para apoderarse de los corazones de los hombres, sabremos por qué los hombres han actuado con tanta furia satánica y odio decidido contra los siervos de Dios en todas las épocas.

Al trazar la historia de la Iglesia desde la caída de Adán hasta nuestros días, vemos que los justos han sido objeto de los ataques de ángeles y hombres malvados. Es un plan establecido del enemigo procurar la corrupción de las almas de los que vindican el honor de Dios; y cuando no ha podido lograrlo, los ha hecho morir. Satanás ha manifestado la mayor actividad para que los verdaderos adoradores de Dios fueran barridos de la tierra; pero no ha llevado a cabo plenamente sus designios, porque Dios ha puesto un límite a su poder. Ha habido cizaña sembrada con el trigo, pero el trigo ha sido preservado. Hombres fieles han atravesado el

fuego y la espada, la herejía y el engaño, y han salido de la gran tribulación con sus vestiduras lavadas y blanqueadas en la sangre del Cordero. Miles han caído en la hoguera, pero otros se han levantado para ocupar sus lugares. Firmes defensores de la verdad han resistido el conflicto de la batalla, y la controversia ha llegado hasta nuestros días. La luz de la verdad ha brillado sobre nosotros, para que podamos reflejarla sobre otros.

El Redentor del mundo sabe todo acerca de la guerra que debe librarse entre el bien y el mal. Él ha sentido la malicia de Satanás en mayor grado que cualquiera de sus seguidores. Así como Saulo rechazó las palabras de un sacerdote y tomó el testimonio de un pecador, así las declaraciones de falsos testigos fueron recibidas contra Jesús, y su propio testimonio fue desechado. Cuando Jesús fue presentado por Pilato al pueblo, y Barrabás fue presentado con él, y el gobernante preguntó: "¿A cuál de los dos queréis que os suelte?", la multitud, bajo el control de Satanás, gritó como enloquecida: "¡Fuera éste, y a Barrabás soltadnos!". "Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó. Y los soldados le pusieron en la cabeza una corona de espinas, y le vistieron con un manto de púrpura, y le dijeron: ¡Salve, Rey de los judíos! y le golpeaban con las manos". Y surgió el grito endemoniado: "¡Crucifícalo, crucifícalo!". Este era el hombre en quien no se encontró falta alguna cuando fue llevado a juicio; y, sin embargo, un ladrón y un asesino fueron preferidos antes que él.

Satanás se aprovecha de las circunstancias. A veces los hombres malvados parecen triunfar sin obstáculos. Hacen sus oscuros actos y no hay interposición del Cielo. Cuando los hombres se separan de Dios por transgresión, Satanás no tiene más conflicto que librar con ellos, y ellos no tienen más oposición que ofrecer al adversario de Dios y del hombre. Si no hubiera habido interferencia de parte de Dios, Satanás y el hombre se habrían unido en una alianza ininterrumpida contra el Cielo. No puede haber enemistad entre los hombres caídos y los ángeles caídos. Ambos son malos, y ambos han llegado a serlo por la apostasía; y el mal siempre se alía con el mal contra Dios y en oposición a los que guardan sus mandamientos. Se han negado a cumplir la exigencia del Cielo, y están enemistados con los que aman y obedecen a Dios.

Todavía encontraremos que el mismo espíritu de oposición a Dios y a su pueblo que existió en épocas pasadas existe en este día de jactancia de luz y privilegio. Satanás está ocupado en hacer su propia obra. Sus ángeles conspirarán hoy con hombres malvados, y las energías combinadas de la apostasía reunirán sus fuerzas para derribar lo que una vez edificaron, y para destruir la influencia de los que son campeones de la verdad.

La advertencia que Samuel había hecho a Israel cuando clamaban por un rey empezaba a ser comprendida. Vieron demostrada la afirmación del profeta en el despotismo de Saúl. Después de oír las palabras tranquilas y veraces del sacerdote, en vez de reconocer su error de imputar el mal al siervo de Dios, gritó como un loco: "Ciertamente morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre."

La inconsistencia de los celos quedó demostrada en este veredicto. Sin probar la culpabilidad de ninguno de los sacerdotes, el rey ordenó que todo el linaje de Elí fuera asesinado. Había determinado este curso de acción antes de enviarlos a buscar o de oír su versión del caso. Y ninguna prueba podía deshacer su maligno propósito. Desahogar su ira contra un solo hombre parecía un asunto demasiado pequeño para satisfacer la furia de su venganza.

"Entonces el rey dijo a los hombres de a pie que estaban a su alrededor: Volveos y matad a los sacerdotes de Jehová; porque también la mano de ellos está con David, y porque sabían cuándo huía, y no me lo mostraron. Pero los servidores del rey no quisieron extender su mano para caer sobre los sacerdotes del Señor." Los lacayos habían mirado a los sacerdotes del Señor con la mayor reverencia. Estaban convencidos de la inocencia de Ajimelec, y no podían consentir en realizar este acto inhumano, aunque al negarse pusieran en peligro sus propias vidas.

Si algo hubiera podido despertar la conciencia del rey, habría sido la negativa de sus siervos a cumplir una orden tan bárbara. Pero los celos son crueles como la tumba; y el corazón de Saúl estaba cegado porque se había alejado de la luz que Dios le había dado; y "si, pues, la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuán grandes son esas tinieblas!"

Satanás nunca deja de encontrar aliados en su obra. Los tiranos más sanguinarios han encontrado instrumentos para llevar a cabo sus designios infernales. La cólera de Saúl no fue aplacada por la noble postura de sus lacayos, y se volvió hacia el hombre a quien había relacionado con él como amigo, porque había denunciado a los sacerdotes. Así, este edomita, que era un personaje tan vil como Barrabás, mató con su propia mano a ochenta y cinco sacerdotes del Señor en un día; y él y Saúl, que era un asesino desde el principio, se gloriaron de la masacre de los siervos del Señor. Como bestias salvajes que han probado la sangre, así eran Saúl y Doeg. El rey, no satisfecho todavía con su horrible crueldad, "dijo a Doeg: Vuélvete, y cae sobre los sacerdotes. Y Doeg el edomita se volvió, y cayó sobre los sacerdotes, y mató aquel día a ochenta y cinco personas que vestían efod de lino". Y hombres, mujeres, niños y ganado fueron todos muertos por este cruel edomita.

Esto es lo que Saúl podía hacer bajo el control de Satanás. Podía llegar a cualquier grado de barbarie. Cuando Dios había dicho que la iniquidad de los amalecitas era completa, y le había ordenado que los destruyera totalmente, fue demasiado compasivo para cumplir la orden del Señor, y perdonó lo que estaba destinado a la destrucción; pero ahora, sin ninguna orden de Dios, bajo la dirección de Satanás podía poner fin a los sacerdotes del Señor, y traer la ruina a los habitantes de Nob. Así se muestra la perversidad del corazón humano que ha rechazado la guía de Dios.

Este hecho llenó de horror a todo Israel. Era el rey a quien ellos habían elegido quien había cometido este ultraje; y sólo había actuado a la manera de los reyes de otras naciones que no temían a Dios. El arca estaba con ellos; pero los sacerdotes a quienes habían consultado fueron muertos a filo de espada. ¿Qué vendría después?

5 de octubre de 1888

La huida de David de Keila

EGW

Después de la matanza de los sacerdotes, "uno de los hijos de Ajimelec, hijo de Ajitub, llamado Abiatar, escapó y huyó tras David. Y Abiatar mostró a David que Saúl había matado a los sacerdotes del Señor. Y David dijo a Abiatar: Yo sabía aquel día, cuando Doeg el

edomita estaba allí, que él ciertamente lo diría a Saúl: Yo he ocasionado la muerte de todas las personas de la casa de tu padre. Quédate conmigo, no temas; porque el que busca mi vida, busca la tuya; pero conmigo estarás a salvo."

Saúl se había aislado de todos los medios por los cuales el Señor podía obrar en su favor para salvarlo de sí mismo. En los hechos de la historia sagrada hay lecciones que muestran lo peligroso que es abrigar un espíritu celoso y vengativo. Es imposible determinar hasta dónde llevará este espíritu a su poseedor si no es vencido. Cuando circula un mal informe acerca del carácter de los que se esfuerzan por servir a Dios, un poder de lo profundo parece mover las mentes de los que abrigan la enemistad. Aquel que se ha enorgullecido de poseer un alto sentido del honor, al tomar este camino de enemistad caerá a menudo en el error, y dirá y hará cosas de las que se consideraba incapaz. Si un profeta de Dios le presentara el camino que le llevaría a seguir por abrigar tal espíritu, se indignaría preguntando como Hazael: "¿Es tu siervo un perro, para que haga esta gran cosa?". Pero si se desviara del camino recto y siguiera los impulsos de Satanás, manifestaría el espíritu de su capitán hasta que la verdad, el honor y la justicia fueran sacrificados por los deseos de la pasión.

Cristo declaró a los fariseos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer". Cuando los hombres dan el primer paso siguiendo la sugerencia de Satanás, no piensan que darán otro y otro; pero cada vez les será más fácil seguirlo, y finalmente rompen todos los límites del honor y de la conciencia, y hacen la obra del enemigo, bajo la pretensión de hacer la obra de la justicia. Las evidencias más claras de la verdad y pureza del carácter de aquel a quien quieren difamar, son malinterpretadas. Las seguridades más positivas de su fidelidad y nobleza no tienen peso ni poder para controlar sus informes calumniosos. Las obras más inocentes de conciencia y caridad son consideradas como movidas por motivos egoístas y deseos impíos. La única seguridad para el que es atacado de esta manera es confiar plenamente en Dios, sin tratar de reivindicar su propia causa, sino que, cuando se le acuse falsamente en su cara, exponer sólo los hechos claros del caso, y luego dejar el resultado a Dios. El Juez de toda la tierra hará lo correcto. "Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor".

Mientras David estaba en su refugio en los bosques de Haret, le informaron que los filisteos estaban guerreando contra los hombres de Keila, y que el pueblo estaba en gran angustia, pues sus enemigos estaban robando las eras. "Entonces David consultó a Jehová, diciendo: ¿Iré y heriré a estos filisteos? Y Jehová respondió a David: Ve y hiere a los filisteos, y salva a Keila. Y los hombres de David le dijeron: He aquí, tenemos miedo aquí en Judá; cuánto más si venimos a Keila contra los ejércitos de los filisteos." Los hombres que habían echado su suerte con David, miraron a su pequeña fuerza, - sólo unos pocos cientos de hombres, - y se llenaron de temor ante la idea de un encuentro con los números superiores de sus enemigos. También temían que Saúl los atacara, y que entre los dos ejércitos fueran arrollados.

David buscó de nuevo al Señor. Fue el temor manifiesto y la renuencia de sus hombres lo que lo llevó de nuevo a consultar al Señor. Había sido ungido rey, y pensaba que recaía sobre él cierta responsabilidad en la protección de su pueblo. Si pudiera tener la certeza de que se movía en el camino del deber, partiría con sus limitadas fuerzas y permanecería fielmente en su puesto cualesquiera que fueran las consecuencias. David era muy consciente de que mientras Saúl estaba ocupado casi por completo en planear y ejecutar sus planes de

descubrimiento y captura, no podía estar fortaleciendo su reino ni promoviendo el bien de sus súbditos.

El pueblo de Keila estaba siendo gravemente oprimido, pues, mientras sus enemigos acampaban fuera de sus murallas, ellos eran despojados de lo necesario para vivir. En respuesta a la pregunta de David, el Señor dijo: "Levántate, desciende a Keila, porque yo entregaré a los filisteos en tus manos. Y David y sus hombres fueron a Keila, y pelearon con los filisteos, y les arrebataron sus ganados, y los hirieron con gran mortandad. Así salvó David a los habitantes de Keila".

"Y fue dicho a Saúl que David había venido a Keila". Cuando el rey se enteró del papel que había desempeñado el hijo de Isaí en el sitio de Quelía, en vez de sentirse agradecido de que se hubiera levantado un campeón para derrotar a los enemigos de Israel, se llenó de una enemistad más decidida contra David. Pensó que la acción de David ponía su propia inacción bajo una luz desfavorable ante el pueblo, y lo colocaba en la posición desacreditable de alguien que era negligente con su deber como gobernante y protector de Israel. No podía dejar de ver que ésta era la verdad del asunto; pero estaba enojado con David porque sus obras eran justas y las suyas eran malas. La evidencia adicional de que Dios estaba favoreciendo a David, en el hecho de que con sólo un puñado de hombres había obtenido una victoria completa sobre una gran fuerza, sirvió para enfurecerlo aún más. Si su corazón no hubiera estado envenenado por la envidia y los celos, la manifestación del favor de Dios a David habría tenido un poder convincente sobre su mente, y lo habría llevado a cambiar de rumbo.

El rey preveía la pronta destrucción de aquel a quien odiaba. Pretendía cercar la ciudad con sus tropas y exigir que los habitantes de Keila entregaran al hijo de Isaí como su cautivo y presa. Saúl estaba eufórico con la idea de lograr con éxito sus planes de apoderarse de David. Estaba tan cegado por el gran engañador que exclamó: "Dios lo ha entregado en mi mano; porque está encerrado, entrando en una ciudad que tiene puertas y rejas. Y Saúl convocó a todo el pueblo a la guerra, para descender a Keila y sitiar a David y a sus hombres."

Aunque se había logrado una gran liberación para Keila, y los hombres de la ciudad estaban muy agradecidos a David y a sus hombres por haberles salvado la vida, el alma de Saúl, abandonado de Dios, se había vuelto tan diabólica que podía exigir a los hombres de Keila que entregaran a su libertador a una muerte segura e inmerecida. Saúl había determinado que si ofrecían alguna resistencia sufrirían las amargas consecuencias de oponerse al mandato de su rey. La tan deseada oportunidad parecía haber llegado, y Saúl decidió no dejar nada sin hacer para asegurar el arresto de su rival.

Después de la derrota de los filisteos, David sintió que por fin había encontrado un lugar en el que podía estar a salvo del peligro sin tener que buscar las cuevas y madrigueras de la tierra. Si el pueblo, que parecía estar tan agradecido por su liberación, fuera fiel a él y a sus intereses, podría mantener la ciudad contra Saúl y su ejército. Pero recordó la destrucción de Nob y la masacre de los sacerdotes porque uno de ellos le había mostrado su favor, y se alarmó por sí mismo y por los habitantes de Keila, no fuera a ser que todos sufrieran de la misma manera. No se atrevía a confiar en sus serias promesas de fidelidad, temiendo que cuando las circunstancias les empujaran, comprarán paz y seguridad para sí mismos

entregándole a sus enemigos. Ya no podía sentirse seguro en una ciudad rodeada de puertas y rejas.

David acudió al Señor en busca de consejo. Presentó su súplica ante Dios, diciendo: "Oh Señor, Dios de Israel, tu siervo ha oído ciertamente que Saúl trata de venir a Keila, para destruir la ciudad por mi causa. ¿Me entregarán los hombres de Keila en sus manos? ¿Bajará Saúl, como tu siervo ha oído? Señor Dios de Israel, te ruego que se lo digas a tu siervo. Y Jehová respondió: Descenderá. Entonces dijo David: ¿Me entregarán los hombres de Keila a mí y a mis hombres en manos de Saúl? Y el Señor respondió: Te entregarán".

David no podía sentirse seguro permaneciendo en Keila, ni siquiera en medio del pueblo que debía su vida a sus esfuerzos en su favor. Los habitantes de la ciudad ni por un momento se creyeron capaces de semejante acto de ingratitud y traición; pero David sabía, por la luz que Dios le había dado, que no se podía confiar en ellos, que en la hora de la necesidad fallarían.

"Entonces David y sus hombres, que eran como seiscientos, se levantaron y partieron de Keila, y fueron adonde pudieron. Y fue dicho a Saúl que David se había escapado de Keila, y él se negó a salir. Y David se quedó en el desierto en fortalezas, y permaneció en un monte en el desierto de Zif. Y Saúl lo buscaba todos los días, pero Dios no lo entregó en su mano."

12 de octubre de 1888

David y Saúl en En-gedi

EGW

"Y vio David que Saúl había salido en busca de su vida; y estaba David en el desierto de Zif, en un bosque". Satanás trabajaba constantemente para destruir al ungido del Señor; pero el Señor obró para defraudar al enemigo y preservar a David y a sus hombres. Y ahora, cuando los puntos brillantes y alentadores eran escasos en la experiencia del hijo de Isaí, se sorprendió y regocijó al recibir la visita de Jonatán, que había conocido el lugar de su refugio. Cuán preciosos fueron los momentos que estos dos amigos pasaron juntos. Relataron sus variadas experiencias, y Jonatán fortaleció el corazón y la confianza de David, diciendo: "No temas, porque la mano de Saúl mi padre no te hallará; y tú serás rey sobre Israel, y yo seré junto a ti; y esto también lo sabe Saúl mi padre." Mientras hablaban de los maravillosos tratos de Dios para con David, el oprimido y perseguido fugitivo se sintió grandemente animado. "Y los dos hicieron pacto delante de Jehová; y David se quedó en el bosque, y Jonatán se fue a su casa".

Después de la visita de Jonatán, David animó su alma con cantos de alabanza, acompañando su voz con el arpa mientras cantaba: "En el Señor he puesto mi confianza; ¿cómo decís a mi alma: Huye como un pájaro a tu monte? porque, he aquí, los impíos tensan su arco, preparan su flecha en la cuerda, para disparar en privado a los rectos de corazón. Si se destruyen los cimientos, ¿qué pueden hacer los justos? El Señor está en su santo templo, el trono del Señor está en el cielo; sus ojos contemplan, sus párpados prueban a los hijos de los hombres. El Señor prueba a los justos; pero a los impíos y al que ama la violencia, su alma los odia."

Los zifitas, en cuyas regiones salvajes se internó David desde Keila, enviaron a Saúl a Gabaa la noticia de que sabían dónde se escondía David, y que guiarían al rey hasta su retiro. "Ahora pues, oh rey, desciende según todo el deseo de tu alma de descender; y nuestra parte será entregarlo en mano del rey". Saúl, que hacía poco había estado profiriendo blasfemas maldiciones, dijo ahora: "Benditos seáis del Señor, porque os compadecéis de mí." El rey pronunció una bendición sobre los malvados traidores de David; pero ¿de qué servían la alabanza y la adulación de labios semejantes?

Una nueva compañía fue preparada y enviada a cazar al ungido del Señor, y Saúl dio un encargo especial a los malvados zifitas: "Id, os ruego, preparaos todavía, y conoced y ved su lugar donde está su guarida, y quién lo ha visto allí; porque se me ha dicho que él trata muy sutilmente. Mirad, pues, y conoced todos los escondrijos donde él se oculta, y volved a mí con la certeza, y yo iré con vosotros; y sucederá que, si él estuviere en la tierra, yo lo buscaré por todos los millares de Judá."

Los ciudadanos de Keila, que deberían haber retribuido el interés y el celo de David al librarlos de las manos de los filisteos, lo habrían entregado por miedo a Saúl antes que sufrir un asedio por su causa. Pero los hombres de Zif harían algo peor; entregarían a David en manos de su enemigo, no por su lealtad al rey, sino por su odio a David. Su interés por el rey era sólo un pretexto. Actuaban como hipócritas cuando se ofrecieron a ayudar en la captura de David. Fue sobre estos traidores de corazón falso que Saúl invocó la bendición del Señor. Alabó su espíritu satánico al traicionar a un hombre inocente, como el espíritu y el acto de virtud al mostrar compasión hacia sí mismo. Al parecer, David se hallaba en mayor peligro que nunca. Al enterarse de los peligros a los que estaba expuesto, cambió de posición, buscando refugio en las montañas entre Maón y el Mar Muerto.

Saúl y sus hombres habían planeado bien, y creían que el éxito estaba ya asegurado. Pero cuando los enemigos de David se lisonjaban de que no habría escapatoria, llegó un mensajero a Saúl, diciendo: "Date prisa y ven, porque los filisteos han invadido la tierra. Por lo cual Saúl volvió de perseguir a David, y se fue contra los filisteos."

El desilusionado rey estaba en un frenesí de cólera al verse así engañado de su presa; pero temía el descontento de la nación; porque, si los filisteos asolaban el país mientras él destruía a su defensor, era probable que se produjera una reacción, y él se convertiría en el objeto del odio del pueblo. Así que renunció a perseguir a David y se dirigió contra los filisteos, lo que dio a David la oportunidad de escapar a la fortaleza de En-gedi.

Tan pronto como terminó el encuentro con los filisteos, se envió de nuevo la noticia a Saúl: "He aquí que David está en el desierto de En-gedi". Entonces Saúl tomó tres mil hombres escogidos de todo Israel, y fue a buscar a David y a sus hombres a las peñas de las cabras monteses." David sólo contaba con seiscientos hombres en su compañía, mientras que Saúl avanzaba contra él con un ejército de tres mil. En una cueva apartada, el hijo de Jesé y sus hombres esperaron la guía de Dios sobre lo que debían hacer. Cuando Saúl subía a toda prisa por las montañas, se apartó y se acostó a descansar en la entrada de la misma caverna donde David y su compañía estaban escondidos. Cuando sus hombres vieron esto, instaron a su líder a matar a Saúl mientras dormía. El hecho de que el rey estuviera ahora en su poder, fue interpretado por ellos como una prueba cierta de que Dios mismo había entregado al enemigo

en sus manos para que pudieran destruir a este enemigo implacable, que sin causa buscaba continuamente la vida de David. David se sintió tentado a adoptar este punto de vista del asunto; pero la voz de la conciencia le habló, diciendo: "No toques al ungido del Señor", y no pudo sino rendir obediencia. Sus hombres se impacientaron porque David vacilaba en concederles el permiso que tanto deseaban; pero él les impidió con firmeza que hicieran daño alguno a Saúl.

El proceder de David puso de manifiesto que tenía un Gobernante a quien obedecía. No podía permitir que sus pasiones naturales obtuvieran la victoria sobre él; porque sabía que el que domina su propio espíritu es más grande que el que toma una ciudad. Si hubiera sido guiado y controlado por sentimientos humanos, habría razonado que el Señor había puesto a su enemigo bajo su poder para poder matarlo y tomar el gobierno de Israel sobre sí mismo. La mente de Saúl estaba en tal condición que su autoridad no era respetada, y el pueblo se estaba volviendo irreligioso y desmoralizado. Sin embargo, el hecho de que Saúl hubiera sido elegido divinamente rey de Israel lo mantenía a salvo, pues David servía a Dios concienzudamente, y de ningún modo dañaría al ungido del Señor.

Los hombres de David apenas podían consentir en dejar en paz a Saúl, y dijeron a su comandante: "He aquí el día de que te ha hablado el Señor: He aquí que yo entrego a tu enemigo en tu mano, para que hagas con él lo que bien te pareciere". Entonces David se levantó y cortó privadamente la falda del manto de Saúl". Pero su tierna conciencia le remordía después, porque había estropeado la vestidura del rey.

Saúl se levantó y salió de la cueva para seguir buscando a David. Pero una voz llegó a sus oídos sobresaltada, diciendo: "Mi señor el rey". Se volvió para ver quién se dirigía a él, y he aquí que era el hijo de Jesé, el hombre que tanto había deseado tener en su poder para poder matarlo. David se inclinó ante el rey, reconociéndolo como su señor. David se dirigió a Saúl con estas palabras: "¿Por qué oyes las palabras de los hombres, que dicen: He aquí que David busca tu mal? He aquí, hoy han visto tus ojos cómo Jehová te ha entregado hoy en mi mano en la cueva; y algunos me mandaron que te matase, pero mi ojo te perdonó, y dije: No extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Jehová. Además, padre mío, mira, sí, mira la falda de tu manto en mi mano; porque en cuanto corté la falda de tu manto, y no te maté, conoce y ve que no hay maldad ni transgresión en mi mano, y que no he pecado contra ti; sin embargo, tú cazas mi alma para tomarla. Juzgue Jehová entre mí y ti, y véngueme Jehová de ti; pero mi mano no será sobre ti."

Saúl quedó asombrado y humillado al oír las declaraciones de David y admitir su veracidad. Sus sentimientos se agitaron grandemente al darse cuenta de que había estado tan plenamente en poder del hombre a quien había herido. Vio a David ante él en consciente inocencia, y sin embargo lo había acusado de conspirar contra su vida, y lo había perseguido con odio implacable para destruirlo. Se agitó profundamente cuando David le presentó la falda de su manto como prueba inequívoca de que sus acusaciones carecían de fundamento. Era la prueba de que David no buscaba la vida del rey. Entonces David presentó el proceder de Saúl en su verdadera, indigna y poco generosa luz, y Saúl exclamó con labio tembloroso y espíritu ablandado: "¿Es ésta tu voz, hijo mío David? Y Saúl alzó la voz y lloró". Luego declaró a David. "Tú eres más justo que yo, pues me has recompensado con el bien, mientras que yo te he recompensado con el mal.... Porque si alguno hallare a su enemigo, ¿lo dejará ir bien

lejos? Por tanto, Jehová te pagará bien por lo que me has hecho hoy. Y ahora, he aquí, yo sé bien que ciertamente serás rey, y que el reino de Israel será establecido en tu mano." Y David hizo pacto con Saúl de que cuando esto sucediera, él miraría favorablemente a la casa de Saúl, y no cortarían su nombre.

David no tenía motivos para confiar en las seguridades de Saúl, ni para considerar que su condición de penitente sería permanente: Sabía que sus sentimientos cambiarían y que el rey estaría más decidido que nunca a quitarle la vida. Así que cuando Saúl regresó a su casa, David permaneció en las fortalezas de las montañas.

La enemistad que abrigan hacia los siervos de Dios los que han cedido al poder de Satanás, se transforma a veces en un sentimiento de favor y aprobación; pero esto no siempre es prueba de que el cambio sea duradero. Los enemigos de la justicia han sido movidos por un poder de abajo para acusar y estigmatizar a aquellos que Dios ha escogido para hacer su obra. Se han hecho falsas impresiones por medio de declaraciones falsas; pero después de que hombres de mente malvada se han dedicado a hacer y decir muchas cosas perversas, la convicción de que han estado equivocados se apodera profundamente de sus mentes. El Espíritu del Señor lucha con ellos, y humillan sus corazones ante Dios, y ante aquellos cuya influencia han tratado de destruir, y cambian su rumbo hacia ellos. Pero cuando vuelven a abrir la puerta a las sugerencias del maligno, reviven las viejas dudas. Se despierta la vieja enemistad, y vuelven a ocuparse en la misma obra de la que se arrepintieron y que abandonaron por un tiempo. De nuevo hablan mal, acusando y condenando de la manera más amarga a aquellos mismos a quienes hicieron la más humilde confesión. Satanás puede usar a tales almas con mucho mayor poder que antes, después de haber seguido tal curso, porque han pecado contra mayor luz.

La historia de Saúl es una lección para todos los que quieran seguir el consejo de Dios. Deben ser advertidos por su espíritu orgulloso y rebelde, y aprender a caminar con humildad ante el Cielo, poniendo toda su dependencia en Dios. Muchos han apostatado que una vez fueron celosos defensores de la verdad, y cuya fe y enseñanza han sido publicadas por todo el mundo, verificando las palabras de Pablo cuando declara: "En los postreros tiempos algunos se apartarán de la fe."

19 de octubre de 1888

La muerte de Samuel

EGW

"Y murió Samuel; y se juntaron todos los israelitas, y le endecharon, y le sepultaron en su casa en Ramá". La muerte de Samuel fue considerada como una pérdida irreparable por la nación de Israel. Un profeta grande y bueno y un juez eminente habían caído en la muerte; y el dolor del pueblo era profundo y sentido.

La vida de Samuel, desde su infancia, había sido una vida de piedad y devoción. Había estado bajo el cuidado de Elí en su juventud, y la belleza de su carácter despertó el cálido afecto del anciano sacerdote. Era amable, generoso, diligente, obediente y respetuoso. El contraste entre

la conducta del joven Samuel y la de los propios hijos del sacerdote era muy marcado, y Elí encontraba descanso, consuelo y bendición en la presencia de su pupilo. Era algo singular que entre Elí, el principal magistrado de la nación, y el sencillo niño existiera una amistad tan cálida. Samuel era servicial y afectuoso, y ningún padre amó jamás a su hijo con más ternura que Elí a este joven. A medida que los achaques de la edad se apoderaban de Elí, sentía más agudamente el proceder descorazonador, imprudente y derrochador de sus propios hijos, y se dirigió a Samuel en busca de consuelo y apoyo.

Qué conmovedor es ver cómo la juventud y la vejez se apoyan la una en la otra, cómo la juventud busca en la vejez consejo y sabiduría, cómo la vejez busca en la juventud ayuda y simpatía. Así es como debe ser. Dios quiere que los jóvenes posean tales cualidades de carácter que encuentren deleite en la amistad de los ancianos, que puedan estar unidos por los entrañables lazos del afecto a aquellos que se acercan a los límites de la tumba.

Desde su juventud, Samuel había caminado delante de Israel con la integridad de su corazón; pero ya no debía entrar y salir delante de su pueblo. Aunque Saúl había sido el rey reconocido de Israel, Samuel había ejercido una influencia más poderosa que él, porque su historial era de fidelidad, obediencia y devoción. Leemos que juzgó a Israel todos los días de su vida. Los últimos años del profeta no podían sino ser años de tristeza y carga del alma. Sus propios hijos no habían seguido el ejemplo que él les había dado. No habían prestado atención a los preceptos que él había tratado de inculcar en sus mentes. No habían copiado la vida elevada, pura y desinteresada de su padre. Por su vida impía y egoísta habían perdido la confianza del pueblo, y esto fue causa de gran dolor para Samuel. Había sido hasta cierto punto demasiado fácil e indulgente con sus hijos, y el resultado que suele verse en estos casos se hizo evidente en su familia. El carácter de sus hijos estaba empañado por el egoísmo, y su conducta era tal que los convertía en una deshonra para la causa de Dios. Si la advertencia dada a Elí hubiera ejercido sobre la mente de Samuel la influencia que debería haber ejercido, le habría ayudado en el gobierno de su casa.

El Señor dijo de Abrahán: "Yo le conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino del Señor, haciendo justicia y juicio; para que haga venir el Señor sobre Abrahán lo que ha dicho de él." Si Samuel hubiera sido como Abrahán, y hubiera mandado a sus hijos después de él, cuán diferente habría sido el moldeamiento de la vida de sus hijos. Sus caracteres se formaron según la vista de sus ojos y el oído de sus oídos. Las asociaciones que eligieron, la compañía que mantuvieron, dejaron una impresión en sus mentes; y la reverencia por Dios y las cosas sagradas se debilitó.

El anciano profeta había amado a Saúl con intenso afecto; pero antes de morir, vio el cetro deshonrado en la mano de aquel a quien había ungido en nombre del Señor para gobernar a Israel. Lo vio como alguien que no podía gobernarse a sí mismo, y mucho menos a una nación. Con cierto consuelo recordó que había ungido al hijo de un pastor de Belén como futuro rey, y esperó el reinado de David como el tiempo en que Israel reviviría. La Estrella resplandeciente de la mañana procedería de la descendencia de David, y su trono quedaría establecido para siempre.

Después de que Israel rechazara a Samuel como gobernante de la nación, aunque bien cualificado para el trabajo público, el profeta buscó la jubilación. No estaba superannuated,

porque él presidió como profesor en la escuela de los profetas. Este servicio para su Dios fue un servicio placentero. La relación de David con Samuel durante su estancia en Naioth despertó los celos de Saúl por temor a que él, que era venerado como profeta de Dios en todo Israel, prestara su influencia al adelanto de su rival. Al ver el carácter y la gestión de Saúl en contraste con el carácter y la gestión de Samuel, Israel vio el error que había cometido al desear un rey, para no ser diferente de las naciones que lo rodeaban. El pueblo observó con alarma la condición de la sociedad, que se estaba contaminando rápidamente con la irreligión y la impiedad. La influencia y el ejemplo de su gobernante estaban dejando su impronta en todas partes, y bien podía lamentarse Israel de que Samuel, el profeta del Señor, hubiera muerto.

La nación había perdido al fundador y presidente de su universidad, pero eso no era todo. Habían perdido a aquel a quien estaban acostumbrados a acudir con sus grandes problemas. Habían perdido a alguien que había intercedido constantemente ante Dios en su favor. Israel se había sentido más seguro mientras las oraciones de este buen hombre ascendían al Cielo por ellos; porque "la oración eficaz del justo puede mucho". Ahora se sentían abandonados por Dios. El rey parecía poco menos que un loco. Estaba abandonado de Dios; pero no estaba lleno de piadosa tristeza por el mal camino que había seguido. Tenía remordimientos, era apasionado e incapaz de ejercer la razón. El Señor había declarado por boca de Samuel la condición de los desobedientes: "La rebelión es como el pecado de brujería, y la obstinación como la iniquidad y la idolatría". Estas palabras encontraron su verificación en la vida de Saúl. Las pasiones incontroladas de su corazón perverso lo hicieron incapaz de recibir consejo o asesoramiento. Rechazaba toda instrucción y actuaba como poseído por un demonio. La justicia se pervirtió en crueldad, y el orden se convirtió en confusión. ¡Oh, que Saúl hubiera humillado su orgulloso corazón ante Dios! Pero la ira reposa en el seno de los necios, transformando a los que han sido hechos a imagen de Dios, en la imagen del maligno.

Saulo tenía una mente y una influencia capaces de gobernar un reino, si sus poderes se hubieran sometido al control de Dios, pero las mismas dotes que lo calificaban para hacer el bien podían ser utilizadas por Satanás, cuando se entregaban a su poder, y le permitirían ejercer una amplia influencia para el mal. Podía ser más severamente vengativo, más injurioso y resuelto en la prosecución de sus designios impíos, que otros, a causa de las facultades superiores de mente y corazón que le habían sido dadas por Dios. Había arruinado su propia alma y había causado la ruina de su casa; pero era impenitente y estaba endurecido. Se había causado daño y desgracia a sí mismo, y sin embargo deseaba que David, cuando llegara al trono, preservara su casa y honrara su nombre. Pero su misma conducta de perseguir a su sucesor de un lugar a otro, y de proclamarlo proscrito y rebelde, trajo la infamia sobre el nombre que deseaba honrar.

Fue mientras Israel estaba atormentado por la perplejidad y las luchas internas, en el momento en que parecía más necesario el consejo sereno y temeroso de Dios de Samuel, cuando Dios dio descanso a su anciano siervo. Oh, cuán amargas fueron las reflexiones de Israel al contemplar su tranquilo lugar de descanso, y recordar su insensatez al rechazarlo como su gobernante; pues había tenido una conexión tan estrecha con el Cielo que parecía vincular a todo Israel al trono de Jehová. Era Samuel quien les había enseñado a amar y obedecer a Dios; pero ahora que había muerto, el pueblo sentía que iba a quedar a merced de un rey que estaba unido a Satanás, y que divorciaría al pueblo de Dios y del Cielo.

David no pudo estar presente en el funeral de Samuel; pero lo lloró tan profunda y tiernamente como un hijo fiel hubiera podido llorar a un padre devoto. Sabía que su muerte había roto otro lazo de contención del espíritu y las acciones de Saúl, y se sentía menos seguro que mientras el profeta vivía. Mientras la atención de Saúl estaba ocupada en llorar la muerte de Samuel, David pensó que era necesario buscar un lugar de mayor seguridad; así que huyó al desierto de Parán. Allí compuso los salmos ciento veinte y veintiuno. En las desoladas tierras salvajes del desierto, comprendiendo que el profeta había muerto y que el rey era su enemigo, cantó: "Alzaré mis ojos a las colinas, de donde viene mi ayuda. Mi socorro viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. No dejaré que se mueva tu pie; no se adormecerá el que te guarda. He aquí que el que guarda a Israel no se adormecerá ni dormirá.... El Señor te preservará de todo mal; preservará tu alma. El Señor guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre".

26 de octubre de 1888

El trabajo de un pacificador

EGW

Mientras David y sus hombres estaban en el desierto de Parán, protegieron de las depredaciones de los merodeadores los rebaños y manadas de un hombre muy rico llamado Nabal, que tenía vastas posesiones en Carmel. Nabal era descendiente de Caleb, pero su carácter era grosero y mezquino.

David y sus hombres tuvieron gran necesidad de provisiones mientras estuvieron en este lugar, y cuando el hijo de Isaí oyó que Nabal estaba esquilando sus ovejas, envió a diez jóvenes, y David dijo a los jóvenes: "Subid al Carmelo e id a Nabal y saludadle en mi nombre; y así diréis al que vive en prosperidad: Paz a ti y paz a tu casa, y paz a todo lo que tienes. Y ahora he oído que tienes esquiladores; ahora bien, a tus pastores que estaban con nosotros, no les hicimos ningún daño, ni les faltó nada en todo el tiempo que estuvieron en el Carmelo. Pregunta a tus jóvenes, y ellos te lo mostrarán. Hallen, pues, los jóvenes gracia en tus ojos, porque venimos en buen día; te ruego que des a tus siervos y a tu hijo David todo lo que venga a tu mano."

David y sus hombres habían sido como un muro de protección para los pastores y los rebaños de Nabal mientras pastaban en las montañas. Y cortésmente pidió que se les dieran provisiones en su gran necesidad de la abundancia de este hombre rico. Podían haberse servido de los rebaños y manadas, pero no lo hicieron. Se comportaron honradamente, pero Nabal perdió toda su amabilidad. La respuesta que dio a David era indicativa de su carácter. "Y Nabal respondió a los siervos de David, y dijo: ¿Quién es David, y quién el hijo de Isaí? hay muchos siervos hoy día que se apartan cada uno de su señor. ¿Tomaré, pues, mi pan y mi agua, y mi carne que he matado para mis esquiladores, y la daré a hombres que no sé de dónde son?" Cuando los jóvenes regresaron con las manos vacías, decepcionados y disgustados, y contaron el asunto a David, éste se llenó de indignación. "Ciertamente", dijo, "en vano he guardado todo lo que este hombre tiene en el desierto, para que no le faltara nada de todo lo que le pertenecía; y me ha devuelto mal por bien." David ordenó a sus hombres que se ciñesen las espadas y se preparasen para el combate, pues había decidido castigar a

aquel hombre que le había negado lo que era su derecho y había añadido el insulto a la injuria. Este movimiento impulsivo estaba más en armonía con la manera de ser de Saúl que con la de David, pero el hijo de Isaí aún tenía que aprender lecciones de paciencia en la escuela de la aflicción.

Uno de los criados de Nabal se apresuró a ir a ver a Abigail, la mujer de Nabal, después de que éste hubo despedido a los jóvenes de David, y le contó lo sucedido. "He aquí que David envió mensajeros desde el desierto para saludar a nuestro señor, y él se ensañó con ellos. Pero los hombres se portaron muy bien con nosotros, y no nos hicieron ningún daño, ni nos faltó nada, mientras estuvimos en compañía de ellos, cuando estábamos en el campo. Ellos eran un muro para nosotros, tanto de noche como de día, todo el tiempo que estábamos con ellos guardando las ovejas. Ahora, pues, conoce y considera lo que has de hacer; porque el mal está determinado contra nuestro amo y contra toda su casa."

Sin consultar a su marido ni comunicarle su intención, Abigail se aprovisionó de víveres y salió al encuentro del ejército de David. Salió a su encuentro en la cima de una colina. Cuando Abigail vio a David, se apresuró a bajar del asno y se postró rostro en tierra ante David, se postró a sus pies y dijo: "Señor mío, que caiga sobre mí esta iniquidad, y te ruego que tu sierva hable en tu presencia". Abigail se dirigió a David con tanta reverencia como si hablara a un monarca coronado. Nabal había preguntado desdeñosamente: "¿Quién es David?", pero Abigail lo llamó: "Mi Señor". Con palabras amables trató de calmar sus irritados sentimientos. No le reprochó su precipitada acción, pues estaba segura de que con un poco de tiempo y reflexión cambiaría de propósito y que su conciencia condenaría la violenta medida que estaba a punto de tomar. Suplicó a David en favor de su marido. Con total desinterés de espíritu, le pidió que le imputara toda la culpa del asunto a ella, y no a su pobre e iluso marido, que no sabía lo que era para su propio bien o felicidad. ¡Qué espíritu es éste! Sin ostentación ni orgullo, sino llena de la sabiduría y el amor de Dios, Abigail reveló la fuerza de su devoción a su familia. Cualquiera que fuese la disposición de su marido, seguía siendo su marido, y dejó bien claro al indignado capitán que el proceder poco amable de su marido no era en modo alguno premeditado contra él como una afrenta personal, sino que era simplemente el arrebató de una naturaleza infeliz y egoísta. Nabal era naturalmente irrazonable y abusivo, y cuando se excitaba no sabía lo que decía o hacía.

"Abigail no se atribuyó el mérito de este razonamiento para desviar a David de su precipitado propósito, sino que dio a Dios el honor y la alabanza. Luego ofreció su rica provisión como ofrenda de paz a los jóvenes de David, y aún suplicó como si ella misma fuera la culpable que había despertado la indignación de David. "Te ruego que perdones la ofensa de tu sierva, porque Jehová ciertamente hará casa segura a mi señor; porque mi señor pelea las batallas de Jehová, y no se ha hallado mal en ti en todos tus días." Abigail presentó implícitamente el curso que David debía seguir. Debía pelear las batallas del Señor. No debía buscar venganza por agravios personales, aunque fuera perseguido como traidor. Continuó: "Sin embargo, se ha levantado un hombre para perseguirte y buscar tu alma; pero el alma de mi señor estará atada en el haz de la vida con el Señor tu Dios; ... y sucederá que cuando el Señor haya hecho con mi señor conforme a todo el bien que ha dicho de ti, y te haya nombrado gobernante de Israel, esto no te causará dolor ni ofensa de corazón a mi señor, ni que hayas derramado sangre sin causa, ni que mi señor se haya vengado; sino que cuando el Señor haya hecho bien a mi señor, entonces acuérdate de tu sierva."

Estas palabras sólo podían haber salido de los labios de alguien que había participado de esa sabiduría que desciende de lo alto. La piedad de Abigail, como la fragancia de una flor, se exhalaba inconscientemente en su rostro, en sus palabras y en sus acciones. El Espíritu del Hijo de Dios moraba en su alma. Su corazón estaba lleno de pureza, mansedumbre y amor santificado. Sus palabras, sazonadas con gracia y llenas de bondad y paz, derramaban una influencia celestial. A David le vinieron mejores impulsos, y tembló al pensar cuáles habrían sido las consecuencias de su imprudente propósito. Toda una familia habría sido asesinada, conteniendo más de una persona preciosa y temerosa de Dios como Abigail, que se había dedicado al bendito ministerio del bien. Sus palabras sanaron el corazón dolorido y herido de David. Ojalá hubiera más mujeres que calmaran los sentimientos irritados, impidieran los impulsos temerarios y sofocaran los grandes males con palabras de sabiduría serena y bien dirigida. "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios".

Una vida cristiana consagrada está siempre derramando luz, consuelo y paz. Es pureza, tacto, sencillez y utilidad. Está controlada por ese amor desinteresado que santifica la influencia. Está lleno de Cristo, y deja un rastro de luz dondequiera que vaya su poseedor. Abigail era una sabia reprobadora y consejera. La pasión de David se apagó bajo el poder de su influencia y razonamiento. Estaba convencido de que había tomado un camino imprudente y había perdido el control de su propio Espíritu. Recibió la reprensión con humildad de corazón, en armonía con sus propias palabras: "Que el justo me hiera, será una bondad; y que me reprenda, será un aceite excelente." Dio gracias y bendijo porque ella le aconsejaba rectamente.

Hay muchos que, cuando son reprendidos o aconsejados, consideran loable recibir la reprensión sin impacientarse. Pero cuán pocos aceptan la reprensión con gratitud de corazón, y bendicen a quienes tratan de salvarlos de seguir un mal camino.

Abigail se alegró de que su misión hubiera tenido éxito y de haber contribuido a salvar a su familia de la muerte. David se alegró de que su oportuno consejo le hubiera impedido cometer actos de violencia y venganza. Reflexionando, se dio cuenta de que habría sido una deshonra para él ante Israel, y un recuerdo que siempre le habría causado el más agudo remordimiento. Sintió que él y sus hombres tenían el mayor motivo de gratitud. Tenía horror al derramamiento de sangre, y había rogado que lo librasen de la culpa de sangre; y sin embargo, cuando sus sentimientos fueron heridos, había planeado vengarse con sus propias manos. En esto se había encargado de actuar en lugar de Dios, que ha dicho: "Mía es la venganza, yo pagaré".

David había jurado que Nabal y su familia perecerían; pero ahora veía que no sólo era erróneo hacer tal juramento, sino que sería erróneo cumplirlo. Si Herodes hubiera tenido el valor moral de David, por humillante que hubiera sido, se habría retractado del juramento que entregó la cabeza de Juan el Bautista al hacha del verdugo, para que se cumpliera la venganza de una mujer malvada, y no habría tenido sobre su alma la culpa del asesinato del profeta de Dios.

Cuando Abigail regresó a su casa, encontró a su marido y a sus invitados participando en el disfrute de un gran banquete. Nabal no pensó en gastar una cantidad extravagante de sus riquezas para darse un capricho y glorificarse a sí mismo; pero le pareció un sacrificio

demasiado doloroso conceder una compensación que nunca habría echado de menos, a quienes habían sido como un muro para sus rebaños y manadas. Nabal era como el rico de la parábola. Sólo tenía un pensamiento: utilizar los dones misericordiosos de Dios para satisfacer sus egoístas apetitos animales. No tenía ningún pensamiento de gratitud hacia el dador. No era rico para con Dios, porque el tesoro eterno no le atraía. El lujo presente, la ganancia presente, era el único pensamiento absorbente de su vida. Este era su Dios.

Abigail encontró a su marido en estado de embriaguez, uniéndose al jolgorio ebrio de los que le rodeaban. Sabía que sería inútil contarle lo sucedido cuando su razón estaba destronada; pero a la mañana siguiente le relató lo ocurrido el día anterior. Nabal era un cobarde de corazón, y su excesiva indulgencia del apetito, tanto en el comer como en el beber, había afectado a sus facultades físicas y morales, y cuando se dio cuenta de lo cerca que su locura lo había llevado a una muerte repentina, toda su energía y poder parecían heridos por la parálisis. Temeroso de que David siguiera adelante con su propósito de venganza, se llenó de horror y se hundió en un estado de impotente insensibilidad. Al cabo de diez días Nabal murió. La vida que Dios le había dado sólo había sido una maldición para la sociedad. En medio de su regocijo y alegría, Dios le había dicho, como al rico insensato de la parábola: "Esta noche tu alma será requerida de ti."

Cuando David oyó la noticia de la muerte de Nabal, dio gracias porque Dios había tomado la venganza en sus manos. Había sido refrenado del mal, y el Señor había vuelto la maldad del impío sobre su propia cabeza. En este trato de Dios con Nabal y David, los hombres pueden sentirse animados a poner sus casos en manos de Dios; porque a su debido tiempo él arreglará las cosas.

David se casó después con Abigail. Esto no estaba de acuerdo con el plan original de Dios; se oponía directamente a su designio de que un hombre tuviera más de una esposa. David ya era esposo de Ahinoam. El Evangelio condena la práctica de la poligamia. La costumbre de las naciones de la época de David había pervertido su juicio e influido en sus acciones. Grandes hombres han errado grandemente al seguir las prácticas del mundo. El estudio de cada uno debe ser saber cuál es la voluntad de Dios y qué dice la palabra del Señor. El amargo resultado de esta práctica de casarse con muchas esposas se dejó sentir penosamente durante toda la vida de David.

2 de noviembre de 1888

David perdona a Saúl

EGW

Tras la muerte de Samuel, David quedó en paz durante unos meses. Saúl no lo persiguió ni lo molestó, y el hijo de Isaí regresó a la soledad de los zifitas, pensando que ahora no lo molestarían ya que el rey había desistido de seguirlo. Pero el pueblo conocía demasiado bien el carácter de Saúl como para creer que se arrepintiera sinceramente de buscar la vida de David. Estos enemigos del hijo de Isaí esperaban ser favorecidos informando al rey del escondite de David. Le dijeron a Saúl que David estaba a su alcance y que harían todo lo posible por ponerlo en su poder.

Esta información despertó el demonio de la pasión que dormitaba en el pecho de Saúl. Pensó que se le ofrecía una oportunidad que no debía dejar escapar. Llamó a sus hombres a las armas, y una vez más los condujo en persecución de David. Después del solemne pacto que Saúl había hecho con David, el hijo de Isaí no estaba dispuesto a creer que el rey siguiera buscando su vida. En compañía de algunos de sus hombres, partió para ver si en verdad Saúl lo perseguía de nuevo. David y sus compañeros vieron las tiendas del rey y de sus ayudantes. No fueron vistos, pues el campamento dormía en silencio. David llamó a sus amigos para que fueran con él en medio del enemigo. A su pregunta: "¿Quién bajará conmigo al campamento de Saúl?". Abisai respondió prontamente: "Bajaré contigo".

David y su ayudante se apresuraron hacia las sombras de las colinas y entraron en el campamento del enemigo. Mientras trataban de averiguar el número exacto de sus enemigos, encontraron a Saúl durmiendo, con la lanza clavada en el suelo y una vasija de agua junto a su almohada, mientras Abner y el pueblo dormitaban por todas partes. Abisai levantó su lanza y dijo a David: "Dios ha entregado hoy en tu mano a tu enemigo; ahora, pues, te ruego que lo hiera de una vez con la lanza hasta la tierra, y no lo heriré la segunda vez." El siervo esperó la palabra de permiso; pero cayeron sobre su oído las palabras susurradas: "No lo destruyas, pues ¿quién puede extender su mano contra el ungido del Señor y quedar libre de culpa? ... Vive el Señor, que el Señor lo herirá; o llegará su día para morir; o descenderá a la batalla, y perecerá. Jehovah me libre de extender mi mano contra el ungido de Jehovah; pero te ruego que tomes ahora la lanza que está junto a su cabecera, y la vasija de agua, y partamos. Y David tomó la lanza y la vasija de agua del cabezal de Saúl, y se las llevaron, sin que nadie lo viese, ni lo supiese, ni despertase; porque todos dormían, pues un sueño de muerte del Señor había caído sobre ellos."

Con qué facilidad puede el Señor debilitar al más fuerte, quitar la prudencia al más sabio y frustrar la habilidad del más vigilante. Entonces David pasó al otro lado, y cuando estuvo a una distancia segura del campamento, se paró en la cima de una colina, y gritó a gran voz al pueblo y a Abner hijo de Ner, diciendo: "¿No eres tú un hombre valiente? y ¿quién como tú en Israel? ¿por qué, pues, no has guardado al rey tu señor? porque ha entrado uno del pueblo para destruir al rey tu señor. No es bueno lo que has hecho. Vive Jehová, que sois dignos de muerte, por cuanto no habéis guardado a vuestro señor, el ungido de Jehová. Y mira ahora dónde está la lanza del rey, y la vasija de agua que estaba a su cabecera. Y conociendo Saúl la voz de David, dijo: ¿Es ésta tu voz, hijo mío David? Y David respondió: Rey señor mío, es mi voz. Y él dijo: ¿Por qué persigue así mi señor a su siervo? ¿Qué he hecho yo, o qué mal hay en mi mano? Ahora, pues, te ruego que mi señor el rey oiga las palabras de su siervo. Si Jehovah te ha incitado contra mí, que acepte una ofrenda; pero si son hijos de hombres, malditos sean ellos delante de Jehovah, porque me han echado hoy de morar en la heredad de Jehovah, diciendo: Ve y sirve a dioses ajenos. Ahora, pues, que mi sangre no caiga en tierra ante la faz del Señor; porque el rey de Israel ha salido a buscar una pulga, como cuando se caza una perdiz en el monte."

David aseguró a Saúl que estaría encantado de servirle como siervo; pero sin motivo fue perseguido como rebelde, y obligado a huir de aquel a quien quería seguir. Fue apartado del servicio de Dios, separado de la tierra santa y expulsado de su propio pueblo para vivir con extranjeros e ídólatras. Presenta el proceder de Saúl al perseguirlo como el del rey que lleva a la flor de su ejército a buscar una pulga, o a cazar una perdiz del desierto.

David instó a que se averiguaran las verdaderas razones de la enemistad del rey y se pusiera fin a la controversia. Sabía que era la envidia [celos] lo que impulsaba a Saúl a perseguirlo de un lugar a otro, hasta que no hubo seguridad para él, ni siquiera en el rocoso hogar de las cabras. Declaró que si el Señor había incitado a Saúl contra él para castigarlo por sus pecados, Dios aceptaría una ofrenda suya. Haría las paces con Dios. Si fueron malvados consejeros los que aconsejaron al rey tomar medidas tan crueles contra un hombre inocente, que fueran excluidos de su presencia como hombres malditos de Dios.

David suplicó por su vida ante el implacable Saúl. De nuevo el reconocimiento cayó de los labios del rey: "He pecado; vuélvete, hijo mío David, que no te haré más mal, porque mi alma era hoy preciosa a tus ojos; he aquí que me he hecho el loco, y he errado sobremanera". Y David respondió y dijo: He aquí la lanza del rey; y venga uno de los jóvenes y tráigala". Aunque Saúl había hecho la promesa: "No te haré más mal", David no se puso en su poder. Este segundo ejemplo del respeto de David por su vida causó una impresión aún más profunda en la mente de Saúl, e hizo que saliera de sus labios un reconocimiento más humilde de su falta. Quedó subyugado y asombrado ante la manifestación de la misericordia y bondad de David hacia él. El hijo de Isaí podía haberle privado de la vida, pero su alma había sido preciosa a los ojos de aquel para quien había pensado que debía ser odioso y aborrecible.

Saulo había querido decir todo lo que había dicho, pero su arrepentimiento y confesión no provenían de un arrepentimiento genuino ni de una conversión del corazón. Cuántos han actuado de manera similar. Han sido iluminados por el Espíritu de Dios con respecto a la verdad, pero la envidia y los celos y la ambición impía han sido acogidos en el alma, y se ha permitido que la luz de la verdad se oscurezca. Hombres a quienes Dios ha bendecido, que han tenido nueva luz, nuevos propósitos y nuevos corazones, que han querido ser sinceros, han sido puestos en tentación, y al no resistir las sugerencias de Satanás, han permitido que el amor propio, y el deseo de ocupar el lugar más alto, tiñeran todos los pensamientos y acciones de su vida. La luz y las tinieblas, el bien y el mal, luchan por la victoria. ¡Oh, que estas almas se pusieran en relación correcta con Dios, y entraran en armonía con su ley! Los celos han encontrado entrada en sus corazones y se han entretelado en sus caracteres. La envidia y los celos son como dos hermanas que se mezclan en sus obras. La envidia llevará a un hombre a desear algún bien que otro posee, y lo impulsará a usar todos los medios a su alcance para derribar y dañar el carácter y la reputación de aquel en cuyo lugar él desea estar. Circulan falsedades, habladurías e informes calumniosos, y se empleará todo lo que se pueda para colocar al hombre envidiado bajo una luz desfavorable ante la gente. Los celos llevan a un hombre a sospechar que otro trata de privarle de sus ventajas y posición. Saúl tenía tanto envidia como celos.

9 de noviembre de 1888

David se cansa de hacer el bien

EGW

"Y dijo David en su corazón: Ahora pereceré un día por mano de Saúl; nada hay mejor para mí que escapar pronto a la tierra de los filisteos, y que Saúl se desespere de mí para buscarme

más en cualquier costa de Israel; así escaparé de su mano. Entonces David se levantó y pasó con los seiscientos hombres que estaban con él a Aquis, hijo de Maoc, rey de Gat."

La conclusión de David de que Saúl ciertamente llevaría a cabo su propósito homicida, se formó sin el consejo de Dios. Por fin se había cansado de esperar en el Señor, y en un momento de desaliento se colocó bajo una luz desfavorable ante el pueblo de Dios por su conducta de incredulidad. No había sido el Señor quien lo había enviado a proteger a los filisteos, los enemigos más encarnizados de Israel. Esta misma nación sería nada menos que sus peores enemigos hasta el fin; y sin embargo, él les había pedido ayuda en su momento de necesidad. Sin embargo, habiendo perdido toda confianza en Saúl y en aquellos que le servían, se arrojó a la misericordia de los enemigos de su pueblo, para escapar de la traición de los mismos hombres a quienes más tarde sería llamado a gobernar cuando llegara el tiempo señalado por Dios.

El Señor había obrado recientemente en favor de David, ayudándole a obtener una decidida victoria sobre Saúl. La mano del Señor estaba en todo esto, y si David hubiera considerado los tratos de Dios con él, no habría dado este paso de buscar a los filisteos. El Señor había dispuesto las cosas de tal manera en el pasado, que el verdadero espíritu de David se puso de manifiesto ante todo Israel, y se demostró que las falsas acusaciones que Saúl había lanzado contra él carecían de fundamento. Saúl había representado a David como un traidor y un conspirador, al acecho para quitar la vida al rey, a fin de apoderarse él mismo del reino. El rey había representado el asunto ante el pueblo de tal manera que parecía necesario privar a David de su vida, a fin de preservar la prosperidad de Israel.

Pero al obrar contra David, obró igualmente contra sí mismo en el curso que seguía. Por la maldición de la envidia y los celos, había debilitado su propio reino al expulsar a David de su servicio; pues, al hacerlo, lo había empujado a las filas enemigas. Pero mientras Saúl tramaba y procuraba su destrucción, el Señor se esforzaba por asegurar a David el reino. Y después de haber visto que Dios cuidaba de él, y le había preservado la vida una y otra vez, debería haber sido valiente, y debería haber dejado su caso en manos de Dios.

David se fijó en las apariencias y no en las promesas de Dios. Dudaba que alguna vez llegara al trono. Pero ¿no había enviado Dios a Samuel para ungirlo rey de Israel? y ¿no cumpliría el Señor su palabra? Aunque no podía confiar en las seguridades de Saúl, podía confiar con seguridad en las promesas de Dios. El cuidado particular que Dios había ejercido sobre él al preservarlo de todo peligro, para que no sufriera daño alguno, debería haberle dado confianza y consuelo. Pero la cruel incredulidad se había apoderado del corazón de David.

Dios realiza sus planes aunque estén velados por el misterio a los ojos humanos. Los hombres no pueden leer los caminos de Dios; y, mirando las apariencias externas, interpretan las pruebas y las pruebas que Dios permite que vengan sobre ellos como cosas que están en su contra, y que sólo obrarán su ruina.

David tomó consejo con su propio corazón. Largas pruebas habían puesto a prueba su fe y agotado su paciencia. Pero estas mismas pruebas estaban diseñadas para producirle bendición, para fortalecer su fe en la creencia de que los ángeles estaban acampados a su

alrededor, y que estaba bajo la tutela del Cielo. Dios fue deshonrado por su conducta de incredulidad.

David era un general valiente, y había demostrado ser un guerrero sabio y exitoso; pero estaba obrando directamente en contra de sus propios intereses cuando se dirigió a los filisteos. Dios lo había designado para que levantara su estandarte en la tierra de Judá, y fue la falta de fe y confianza lo que lo llevó a abandonar su puesto sin una orden del Señor. ¿Cómo podía esperar que el Dios de Israel le diera protección, cuando se había colocado con los enemigos más acérrimos de su pueblo? ¿Podía esperar estar a salvo con los filisteos, cuando poco antes había escapado a duras penas con vida fingiéndose un loco? ¿Podía razonablemente esperar salvarse buscando asilo con un pueblo que Dios había destinado a la extinción? Cuando llegara al trono, sería empleado como agente para llevar a cabo este propósito de destruir a los filisteos.

Al huir a los enemigos de Israel, David alentó a los filisteos a tomar más medidas para oprimir a su pueblo, y sus hermanos recibieron la impresión de que se había ido a los paganos para servir a sus dioses. Con este acto dio ocasión a que se malinterpretaran sus motivos, y muchos fueron inducidos a tener prejuicios contra él. Esto demuestra el hecho de que grandes y buenos hombres, hombres con quienes Dios ha obrado, cometerán graves errores cuando dejen de velar y orar, y de confiar plenamente en Dios.

Hay una experiencia preciosa, una experiencia más preciosa que el oro fino, que será obtenida por todo aquel que camine por fe. Aquel que camine por el camino de la confianza inquebrantable en Dios tendrá una conexión con el Cielo. El hijo de Dios debe hacer su trabajo, buscando sólo en Dios la fuerza y la guía. Debe trabajar sin desaliento y lleno de esperanza, aunque se encuentre en las circunstancias más difíciles y agravantes.

Las experiencias de David se registran para instrucción del pueblo de Dios en estos últimos días. En su guerra contra Satanás, este siervo de Dios había recibido luz y dirección del Cielo, pero, como el conflicto se prolongaba por largo tiempo, y como la cuestión de que recibiera el trono estaba sin resolver, se cansó y desanimó. Se sintió provocado y fue perseguido de un lugar a otro como si fuera una bestia salvaje. La misma cosa que Satanás deseaba que hiciera, él fue inducido a hacer; porque, al buscar refugio entre los filisteos, David causó gran alegría y triunfo y exultación a los enemigos de Dios y de su pueblo. David no renunció a su adoración a Dios ni cesó en su devoción a su causa; pero sacrificó su confianza en él por su seguridad personal, y así empañó el carácter recto y fiel que Dios exige que posean sus siervos.

16 de noviembre de 1888

La experiencia de David en Filistea

EGW

David fue cordialmente recibido en Gat por el rey de los filisteos. La calidez de su recepción se debió en parte al hecho de que el rey lo admiraba, y en parte al hecho de que era halagador para su vanidad que un hebreo dejara su propia nación para buscar su protección. Aquis

esperaba tener éxito no sólo en ganarse a David como aliado, sino también en ganarse a otros, pues estaba seguro de que el ejemplo de David influiría en muchos para que se unieran a su estandarte. David se sentía seguro contra la traición en los dominios de Aquis. Trajo a su familia, su casa y sus posesiones, al igual que a sus hombres, y según todas las apariencias había llegado a establecerse permanentemente en la tierra de Filistea. Todo esto fue muy gratificante para Aquis, que prometió solemnemente proteger a los israelitas fugitivos.

A petición de David para una residencia en el país alejado de la ciudad real, el rey concedió amablemente Ziklag como una posesión, y más tarde fue anexado a los dominios de Israel. Durante un año y seis meses, David se estableció en el país de los filisteos. Había probado la amargura de la envidia en la corte de Saúl, y temía tener una experiencia similar en la corte de Gat. Pero era por razones mucho más importantes que deseaba abandonar la ciudad real. Se dio cuenta de que sería peligroso para él y [sus] hombres estar bajo la influencia de quienes estaban relacionados con la idolatría y la transgresión. En una ciudad totalmente separada para su uso, podrían adorar a Dios con más libertad de la que tendrían si permanecieran en Gat, donde los ritos paganos sin sentido no podían sino ser una fuente de maldad y molestia.

Mientras residía en esta ciudad aislada, David hizo la guerra a los guesuritas, los gezritas y los amalecitas, y no dejó con vida ni a un hombre ni a una mujer para que llevaran noticias a Gat. Cuando regresó de la batalla, Aquis le preguntó dónde había estado, y David le dio a entender que había estado guerreando contra los de su propia nación, los hombres de Judá. Pero por este mismo disimulo, fue el medio de fortalecer la mano de los filisteos, pues el rey dijo: "Ha hecho que su pueblo Israel lo aborrezca por completo; por lo tanto, será mi siervo para siempre." Al ponerse bajo la protección de los filisteos, les había descubierto la debilidad de su pueblo; pues los filisteos habían temido a David más de lo que habían temido a Saúl y a sus ejércitos. Aunque David sabía que era la voluntad de Dios que los filisteos fueran destruidos, y aunque sabía que había sido designado para hacer esta obra, no caminaba en el consejo de Dios cuando practicaba el engaño. Además, había sido ungido para defender al pueblo de Dios; y el Señor no quería que sus siervos alentaran a los malvados revelando la debilidad de su pueblo, o dando una apariencia de indiferencia hacia su bienestar.

La fe de David en Dios había sido fuerte, pero le había fallado cuando se puso bajo la protección de los filisteos. Había dado este paso sin buscar el consejo del Señor; pero cuando había buscado y obtenido el favor de los filisteos, era una mala política corresponder a su bondad con el engaño. En el favor que le habían mostrado, habían actuado por egoísmo. Tenían motivos para recordar al hijo de Isaí, pues su valor les había costado su campeón, Goliat, y había cambiado el curso de la batalla en su contra. Los filisteos se alegraron de la oportunidad de separar las fuerzas de David del ejército de Saúl. Esperaban que David vengara sus agravios uniéndose a ellos en la batalla contra Saúl e Israel.

"Y aconteció en aquellos días, que los filisteos juntaron sus ejércitos para la guerra, para pelear contra Israel. Y Aquis dijo a David: Ten por cierto que tú y tus hombres saldréis conmigo a la batalla". David no tenía intención de levantar la mano contra su pueblo, pero no estaba seguro del curso que seguiría hasta que las circunstancias le indicaran la dirección de su deber. Respondió evasivamente al rey, y dijo: "Ciertamente tú sabrás lo que tu siervo puede hacer". Aquis entendió estas palabras como una promesa de ayudarlo en la guerra que

se acercaba, y el rey le dio su palabra de que, si lo hacía, le otorgaría grandes honores y le daría un alto puesto entre sus oficiales.

Pero aunque la fe de David se había tambaleado un poco ante las promesas de Dios, seguía recordando que Samuel lo había ungido rey de Israel. Recordó las victorias que Dios le había dado sobre sus enemigos en el pasado. Repasó las grandes misericordias de Dios al preservarlo de la mano de Saúl, y determinó que no traicionaría ninguna confianza sagrada, ni pondría en peligro la salvación de su alma. No uniría sus fuerzas con el enemigo contra Saúl, aunque el rey hubiera buscado su vida.

¡Cuántos habrían cedido a la tentación que Aquis presentó a David! ¡Cuántos han caído, y cuántos caerán, en la trampa de Satanás por ventajas temporales! Ambiciosos de exaltación, unirán su influencia a los enemigos declarados de la verdad de Dios, con tal de ser honrados entre los que son honrados por los hombres. Por ventajas presentes, sacrificarán el bien eterno que Dios tiene reservado para ellos. No soportarán la prueba de Dios, y se mostrarán fieles en todo lugar y bajo toda circunstancia. Dios ha prometido que sus siervos fieles y obedientes serán exaltados para ser sacerdotes y reyes. "¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo?".

Satanás logra que muchos se inquieten, aun después de haber luchado contra las dificultades y haber corrido bien durante una temporada. Presenta la tentación de una manera nueva, y bajo un aspecto diferente, y pone ante los hombres honores y ventajas humanas, y ellos caen, como Adán y Eva cuando la serpiente dijo: "Seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal." Estirando más allá de su capacidad, buscan una posición más exaltada; deseando el asiento más alto tendrán finalmente, con vergüenza, que tomar el asiento más bajo. Venden sus almas al enemigo, para ser elevados, y descubrirán, al fin, que son esclavos de aquel que degrada y arruina a la humanidad. "El que piense que está en pie, tenga cuidado de no caer".

30 de noviembre de 1888

La exigencia de Dios a su pueblo

EGW

El Señor no puede usar hombres y mujeres a su servicio, en ninguna rama de su obra, a menos que posean un espíritu manso y enseñable. Aquellos a quienes Dios emplea en su servicio deben ser fieles a sus principios, pero, aunque no deben desviarse del camino del deber por ningún interés egoísta, tampoco deben ser intolerantes ni envanecerse de sí mismos. A menos que el corazón esté en conexión con la Fuente de toda sabiduría, no habrá un sentido permanente del carácter sagrado de la obra. Los obreros de Cristo deben obtener toda su vida e inspiración de Dios. Deben tratar de conformarse a su voluntad y a sus caminos, y no tratar de tener su propia voluntad y camino. El que quiera llegar a ser un canal vivo de luz, debe regirse por algo más que el hábito o la opinión. Debe vivir cada hora en comunión consciente con Dios. Su vida debe entrar en contacto con los principios de la verdad y la justicia. Debe llegar a ser partícipe de la naturaleza divina.

El siervo de Dios debe buscar continuamente el poder intelectual, y toda adquisición de la mente debe dedicarse a glorificar a Dios. Debemos tener conceptos más amplios de lo que

Dios exige de su pueblo. Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, poder, mente, alma y fuerza, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Este amor elevará el gusto, subyugará el apetito y controlará las pasiones. Amor, gozo, paz, longanimidad, mansedumbre, bondad, fe, mansedumbre, templanza, éstos son los frutos del Espíritu. "Los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y las concupiscencias". Están dotados de la dote celestial, incluso con el ornamento de un espíritu manso y tranquilo que es de gran valor a los ojos de Dios. Dios nos exige que alcancemos la norma más elevada.

No debemos contentarnos con nada que no sea la iluminación divina de la Luz central del universo. Cuando tengamos esta iluminación, veremos la necesidad de presionar hacia adelante y hacia arriba, de elevar el estándar, de cultivar la ambición más elevada, y de alcanzar los logros más altos. Debemos beber constantemente de la Fuente de toda sabiduría, y vivir como ante los ojos del Señor. Debemos consagrar todas nuestras fuerzas al servicio de Cristo. Él nos ha amado; ha muerto para redimirnos y lavarnos de nuestros pecados con su propia sangre. El yo debe morir. Todo el éxito y el honor deben acreditarse a Aquel que ha muerto para que vivamos. Cristo debe estar inscrito en nuestros estandartes. Qué lentos somos para comprender que Dios requiere el servicio de todo nuestro corazón, una consagración sin reservas de todas las fuerzas de nuestro ser. Él exige todo de nosotros. Todo lo que el hombre mortal puede prestar de servicio en cualquier dirección, debe ser dedicado a la obra de Cristo, si queremos cumplir con el requisito de Dios.

Tu talento te ha sido confiado por el Señor, y serás responsable de su empleo y perfeccionamiento. Es el designio del Dador que sea utilizado de acuerdo con su divina voluntad. No sólo debemos trabajar por nuestra propia salvación, sino que debemos amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos. Debemos manifestar la gloria de Dios. Este es el fin supremo de nuestra existencia. Debemos estar en condiciones tales que podamos apreciar la luz que Dios ha traído a la experiencia de los demás. Nuestra vida y nuestro carácter están influidos por las adquisiciones físicas, intelectuales y morales de las generaciones pasadas. Si permanecemos en la ignorancia, sólo podemos culparnos a nosotros mismos. Si ponemos a prueba todo poder y empleamos al máximo toda habilidad, con la vista puesta únicamente en la gloria de Dios, no dejaremos de hacer una obra valiosa para Dios.

El tiempo en que vivimos está lleno de la más solemne importancia. No hay nada que pueda ser más aceptable a Dios que la juventud dedique su vida a su servicio en la flor y la frescura de sus años. Sus talentos pueden llegar a ser un poder para Dios, cuando se cultivan debidamente. Sus caracteres pueden ser caracteres aceptables al Cielo; pero deben ser formados línea sobre línea, y precepto sobre precepto. Deben modelarse según el modelo divino.

Los que educan a la juventud en el servicio de Dios, realizan una obra solemne y sagrada. Son canales a través de los cuales fluye la corriente de luz espiritual del trono de Dios. Sin ser conscientes de ello, están realizando una obra de gran alcance en su influencia. En la obra de salvar almas, debemos saber de qué hablamos. Las palabras de Juan están llenas de significado cuando dice: "Os anunciamos lo que hemos visto y oído". Afirmó que había conocido al que era desde el principio, y debido a esto, pudo impartir conocimiento a aquellos a quienes procuraba enseñar. Debemos recordar las experiencias del pasado, recordar los días

de antaño, y entonces ser capaces de dar la trompeta sin sonido incierto, porque podemos afirmar de lo que sabemos. Podemos animar a otros a avanzar hacia una vida mejor, porque nosotros mismos hemos tenido experiencia en las cosas de Dios.

Cuando tu alma sea el templo para el Espíritu morador del Salvador, los elementos groseros de tu naturaleza serán consumidos, y todo el ser se convertirá en un propósito viviente. El que es verdaderamente de Cristo tendrá una experiencia como la de Daniel, y los frutos del Espíritu aparecerán en su vida. Hay poderes dentro de nosotros que están paralizados por el pecado, que necesitan la influencia vivificante de la gracia de Cristo, para que puedan ser restaurados. Un poderoso poder del Dador de Vida debe vivificarlas y despertarlas a la acción. Cuando ésta sea tu experiencia, podrás trabajar como Jesús te ha dado ejemplo. La luz y el amor divinos se reflejarán sobre aquellos que se sienten enfermos tanto en el alma como en el cuerpo. Jesús invita a su propia presencia a tu alma. Dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo". ¿No abriremos la puerta de nuestro corazón al huésped divino?

Los que se dedican a la obra de Dios deben ser puros de corazón y circunspectos en su conducta. Las almas del pueblo de Dios no deben ser como un estéril desperdicio, como lo son tantas almas en este tiempo. Dios ha dado a cada hombre alguna habilidad para usarla en su servicio, y es el designio de Dios que sea empleada para su gloria y el bien del hombre. Muchos están perdiendo mucho, simplemente porque no quieren aprender en la escuela de Cristo. Podrían ganar el tesoro eterno, pero, al alejarse del Maestro divino, sus conciencias son violadas y cauterizadas, y las amonestaciones de la palabra de Dios pierden todo poder para conmover sus corazones. Pero no hay necesidad de cometer tal fracaso. Cristo entrará en el corazón y permanecerá allí si no se limpia el templo del alma de toda contaminación.

4 de marzo de 1889

Los frutos de la fe

[Charla matutina en South Lancaster, Mass., 16 de enero de 1889.]

EGW

A Dios no le agrada la ignorancia. Debemos conocer mejor los principios de la verdad divina, para saber mejor cómo tratar con las mentes humanas. Debemos tener una conexión más estrecha con el Cielo. Debemos seguir la luz y reflejar sus rayos en el camino de los demás. Queremos entrar de lleno en la obra, salir a ministrar a las almas. No debemos estar satisfechos hasta que el poder convertidor de Dios acompañe nuestras labores. Al que "sale y llora, llevando preciosa semilla", se le da la promesa de que sin duda volverá con regocijo, trayendo consigo sus gavillas.

Se necesitan obreros en todas partes para revelar a Jesús a la gente tal como es. Los que permanecen en él no tergiversarán la verdad quejándose y murmurando. Dirán con Pablo: "Porque nuestra leve tribulación, que es momentánea, nos produce un sobremanera grande y eterno peso de gloria; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas." Por la fe

contemplamos a Aquel que es invisible. Nuestra fe se eleva para asir las realidades del mundo invisible, y la aflicción del presente se considera leve en comparación con lo que nos está reservado en el Cielo.

Los ángeles del Cielo nos miran para ver qué hacemos para proclamar la verdad de este tiempo. Cristo nos ha hecho embajadores para dar a conocer su salvación a los hijos de los hombres, y si estamos revestidos de la justicia de Cristo y llenos de la alegría de su Espíritu que mora en nosotros, no podremos callar. La verdad brotará de los corazones encendidos por el amor de Dios. Anhelaremos presentar las atracciones de Cristo y las realidades invisibles del mundo venidero. Reflejaremos los brillantes rayos del Sol de Justicia. Seremos partícipes del sufrimiento y de la abnegación de Cristo; y si sufrimos con él, también reinaremos con él. Si participamos de su humillación, participaremos también de su gloria. Si salimos llorando, con el corazón quebrantado, con el yo subyugado, no habrá elevación del yo en lugar de Jesús, sino que se producirá la siembra de preciosa semilla, y el regreso seguro con alegría y con preciosas gavillas para el Maestro. Se manifestará la influencia vivificante de la gracia de Dios. Habrá un intenso deseo de seguir el camino que Jesús recorrió. Habrá un anhelo ferviente de que los que nos rodean puedan contemplar "al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Querremos ver la salvación de las almas. Nuestros pensamientos estarán llenos de celo amoroso por el Maestro.

Hay almas a nuestro alrededor que están hambrientas del pan de vida; ¿y cómo podemos guardárnoslo para nosotros mismos? La verdad presente debe ser predicada a la gente con fe inquebrantable y esfuerzo incansable. Debes ministrar a los que te rodean la verdad que has recibido. Difunde la luz que ha caído sobre tu corazón. El encargo de Pablo a Timoteo es tan aplicable a nosotros hoy como lo fue al joven discípulo. Le dijo: "Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Y lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros." Hemos de poner todo talento a los cambistas, para que sea devuelto a Dios con usura. Hemos de hacer la obra que Cristo ha encomendado a sus seguidores, y predicar el evangelio a toda criatura. No nos damos cuenta de lo que seremos capaces de hacer cuando estemos verdaderamente consagrados.

Hay almas por todas partes que claman: "Ven y ayúdanos". Solemnes responsabilidades descansan sobre el pueblo de Dios. Doy gracias a Dios por nuestras escuelas, donde los jóvenes y las jóvenes pueden prepararse para trabajar en la viña moral del Señor. Doy gracias a Dios porque la Biblia se considera el estudio más importante de nuestras escuelas. ¿Por qué no habrían de estudiarse diligentemente los preceptos de Jehová? "El temor del Señor es el principio de la sabiduría". Está en la base de todo conocimiento y sabiduría. Cuando Daniel estaba en la corte de Babilonia, ¿qué fue lo que le permitió permanecer como una roca en medio de todas las tentaciones sutiles y abrumadoras de la corte del rey? Tenía sus ojos puestos en los preceptos de Dios, y estaba decidido a ser un súbdito leal del Cielo. Se propuso en su corazón no entregarse a los lujos de la mesa del rey, sino mantener sus facultades en el mejor orden, y su mente en condiciones de apreciar las verdades eternas y espirituales. Y cuando el rey le preguntó, le encontró diez veces más sabio que todos los astrólogos y sabios de su corte; porque Dios le dio entendimiento y sabiduría. Que los jóvenes tomen la Biblia como guía, y se mantengan como una roca por principio, y podrán aspirar a cualquier altura de logro. No hay límite al conocimiento que pueden alcanzar. Pueden aspirar todo lo que

deseen, pero siempre habrá un infinito más allá. Toma la palabra de Dios para equilibrar la mente, y serás conducido a grandes campos de pensamiento fructífero. Podéis ser aptos para ocupar puestos de utilidad y confianza en este mundo, y, en comparación con los sabios de la tierra, se os puede encontrar, como a Daniel, como hombres de una sabiduría diez veces mayor que la de todos los astrólogos del reino.

El único medio por el que la humanidad puede ser alcanzada y salvada es a través de la cooperación de lo humano con lo divino. La humanidad puede alcanzar a la humanidad. Si los ángeles hubieran podido ser salvadores, habría sido necesario que asumieran la naturaleza humana, como Cristo. Habrían tenido que experimentar las pruebas y los dolores de la humanidad, para saber cómo compadecer y ayudar a los hombres, y darles el poder moral y divino. Pero no había nadie que pudiera ser el salvador del mundo sino Jesús, el Hijo de Dios. Por sus méritos, los hombres se presentan ante Dios como candidatos a la vida eterna. Hemos de ser vencedores. Hemos de ganar la victoria aquí y ahora; hemos de obtener ahora una preciosa experiencia en las cosas de Dios. Si no obtenemos esa experiencia y victoria en esta vida, nunca la obtendremos.

Cada día podemos enseñar a los demás preciosas lecciones de paciencia, amor y compasión. Debemos ser representantes de Cristo en cada acción de nuestras vidas. No queremos una religión emocional, y no la hemos tenido en las reuniones de este lugar. Los testimonios han sido sencillos, testimonios simples, declarando que Cristo había perdonado los pecados, y restaurado el gozo de su salvación. Al oír estos testimonios, me he regocijado; porque sabía cómo los ángeles contemplaban la escena. Ha habido alegría en el Cielo entre los ángeles de Dios. Ha habido entre nosotros un Huésped celestial que ha estado restaurando las ovejas perdidas al redil. Los pecadores han sido reclamados y reconciliados, y yo alabo a Dios. Todo el Cielo está interesado en lo que ha estado sucediendo aquí. Habéis sido abundantemente perdonados, y la gracia de Cristo ha sido impartida a vuestras almas, y ahora debéis ser los representantes de Cristo. Cada tesoro de su bondad debe ser dado de nuevo a otros. Cada rayo de luz que ha caído en vuestro camino debe reflejarse en algún otro que esté en tinieblas. Debéis hablar con éste, orar con aquél, escribir una carta a otro, e ir haciendo el bien a todos los hombres según tengáis oportunidad. Habéis sido hechos administradores de la multiforme gracia de Dios, que debéis dispensar a los demás.

11 de marzo de 1889

Deja que brille tu luz

[Charla matutina en South Lancaster, Mass., 16 de enero de 1889.]

EGW

"Nadie que ha encendido una vela, la cubre con un vaso, o la pone debajo de una cama, sino que la pone en un candelero". Tu vida debe ser puesta en un candelero. No debe estar encerrada entre cuatro paredes, sino que debe brillar hacia el mundo. "Vosotros sois la sal de la tierra"; pero si la sal ha perdido su cualidad salvadora, ¿de qué sirve? Debéis ejercer una influencia que llegue tan lejos como la eternidad. ¿Cuál es el sabor o la cualidad salvadora de la vida del cristiano? Es la luz celestial que has de difundir entre los que te rodean. La

sociedad será mejor por tu vida, y la eternidad mostrará que tus esfuerzos han sido bendecidos para la salvación de las almas.

Hemos de ser el pueblo peculiar de Dios, a quienes ha llamado de las tinieblas a su luz admirable para que manifiesten su alabanza, celosos de buenas obras. Esta ha de ser nuestra obra; hemos de manifestar su alabanza. ¿Cuántos de nosotros hemos hecho esto en el pasado? ¿Cuántos han dado a los incrédulos la impresión de que la religión de Cristo es la cosa más deseable del mundo? Los incrédulos han dicho: "No queremos ser cristianos. No hay alegría en servir a Dios. La religión es sólo una ronda muerta de ceremonias sin vida. Queremos las atracciones del mundo". Satanás verá que ellos tienen estas cosas. Pero Cristo puede darles descanso y vida y plenitud de gozo. Cuando vean la gloria de la esperanza del cristiano, sé lo que harán; ustedes que han gustado y visto que el Señor es bueno, revelarán las alabanzas de Dios. ¿No os habéis dado cuenta de que Cristo puede salvar hasta el extremo a todos los que por él se acercan a Dios? Cuando esta plenitud de salvación se apodere de tu alma, tendrás cada vez más alabanzas de Dios en tus labios, y cada vez más decidido será tu testimonio de la bondad de Dios. No será como ha sido en el pasado.

Cuando Satanás venga a decirte que eres un gran pecador, empieza a mirar a tu Redentor y a hablar de sus méritos; lo que te ayudará es mirar a su luz. Reconoce tu pecado; pero ¿a quién vino Cristo a salvar? Dile al enemigo que "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores", y que tú estás salvado por su incomparable amor. Jesús hizo una pregunta a Simón acerca de dos deudores. Uno debía a su señor una pequeña suma, y el otro le debía una suma mayor; pero perdonó a los dos, y preguntó a Simón qué deudor le amaría más. Respondió: "Aquel a quien perdonó más". Hemos sido grandes pecadores, pero Cristo murió para que fuésemos perdonados. Los méritos de su sacrificio son suficientes para presentarse a su Padre en nuestro favor. Aquellos a quienes haya perdonado más le amarán más, y estarán más cerca de su trono para alabarle por su gran amor y su sacrificio infinito. Cuando comprendemos más plenamente el amor de Dios es cuando mejor nos damos cuenta de la pecaminosidad del pecado y de la plenitud de la salvación. Cuando vemos la longitud de la cadena que se descolgó por nosotros, y comprendemos algo de los méritos de ese sacrificio infinito que Cristo ha hecho por nosotros, el corazón se derrite de ternura y contrición.

¿Por qué no has amado más al Salvador? Es porque has estado satisfecho con tu propia bondad. Te has contentado con aparecer en las sucias vestiduras de tu propia justicia. Pero cuando el yo es crucificado, y vienes a Cristo por su justicia, tus palabras de autojustificación desaparecen. Hablas, derretido por el incomparable amor de tu Salvador. Ves su atractivo y te aferras a Aquel que es la única esperanza del pecador. Entonces, cuando lo has encontrado, te interesas por otro. Todo depende de la influencia que ejerzamos en el mundo. ¿Nos reuniremos con Cristo? ¿Atraeremos a los hombres al Hombre del Calvario? Levantadlo. El yo ha sido levantado; pero dejemos que el yo sea humillado. Que muera el yo. Educad los labios para hablar de Jesús, y el corazón para alabarle, y será una segunda naturaleza hablar de su gracia incomparable. Irás por todas partes diciendo: "Oíd lo que el Señor ha hecho por mi alma". Cuanto más cuentes de su misericordia, más tendrás que contar. Que sea tu testimonio: "La vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe del Hijo de Dios". "Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria".

Lo amo; porque él es mi amor. Quiero hablar de él a propósito. Quiero alabarle ahora y siempre. ¿Ahora cada uno de nosotros se hará misionero? ¿Se escribirá en los registros del Cielo junto a nuestros nombres: "Misioneros, colaboradores de Jesucristo"? No defraudéis a nuestro Padre celestial; y que Dios os ayude para que podáis decir: "Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí."

Cristo viene, y viene por su pueblo. Dice: "Te he grabado en las palmas de mis manos". Las marcas de la crucifixión están en sus palmas por nosotros, y cuando venga, "verá de los dolores de su alma, y quedará satisfecho." Hemos de procurar salvar almas; hemos de presentar su sacrificio a los que perecen; porque cuando venga, queremos entrar en el gozo de nuestro Señor; y su gozo es ver en su reino almas por las que ha muerto. Hemos de ir de fortaleza en fortaleza, cada vez más felices en su servicio, asentados, arraigados, cimentados, en su amor. Él dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono." ¡Oh, qué exaltación para la humanidad caída! Ya casi estamos en casa. Cristo viene en las nubes del cielo, y conoce a sus ovejas por su nombre. Conoce a cada alma que ha venido a él con fe, como conocía a aquella mujer que le tocó con el toque de la fe. Jesús preguntó: "¿Quién me ha tocado?". Los discípulos se asombraron de que preguntara esto. Ellos respondieron: "Ves la multitud que te apretuja, y dices: ¿Quién me ha tocado?". Cuando la mujer vio que no la ocultaban, vino y se postró a sus pies, le contó su historia y le alabó por su poder curativo. Al contacto de su fe percibió que la virtud había salido de él. La fe se la había quitado. Nadie más sabía que ella lo había tocado; pero él lo sabía. La multitud no había sentido la restauración que ella realizó. El contacto real de su fe con él había traído la bendición. Y esto nos traerá la virtud de Cristo, para que estemos preparados para su servicio y su reino.

Cuando venga, dirá a los que le buscan: "Bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor". "Bien hecho", ¿qué han hecho? Han edificado su reino. Han compartido sus pruebas, sus sufrimientos, sus trabajos; y él les da un lugar entre los bienaventurados. ¡Qué exaltación, qué privilegio el nuestro! Podemos tener la ambición más digna que el Cielo puede aprobar, en salvar almas para la vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor.

18 de marzo de 1889

La sustancia de lo que se espera

[Charla matutina en South Lancaster, Mass., 18 de enero de 1889.]

EGW

La palabra del Señor declara que "todo lo que no es de fe es pecado". Deseamos que todos estén en condiciones de creer la palabra de Dios. ¿Cómo me sentiría yo si mis hijos se quejaran constantemente de mí, como si yo no tuviera buenas intenciones, cuando los esfuerzos de toda mi vida han sido para promover sus intereses y darles consuelo? Si dudaran de mi amor, se me rompería el corazón. No podría soportarlo. ¿Cómo se sentiría cualquiera de ustedes al ser tratado así por sus hijos? ¿Cómo puede considerarnos nuestro Padre celestial

cuando dudamos de su amor, que le ha llevado a dar a su Hijo unigénito para que tengamos vida? Escribe el apóstol: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas gratuitamente?". Y, sin embargo, nos quedamos atrás, desconfiados y recelosos, diciendo: "Bueno, él no quiere esto para mí. Quizá ama a los demás, pero a mí no".

¿Por qué te resulta tan difícil creer en Dios? Es porque has estado educando tu alma en la duda y la incredulidad durante toda tu vida. Me duele el corazón al oír tus testimonios lastimeros, en los que afirmas que toda tu vida ha sido un fracaso. ¿No ha habido algunos puntos brillantes en su experiencia? ¿No han tenido algunos momentos preciosos cuando su corazón palpitaba en respuesta al Espíritu de Dios? Queridos hermanos, por amor a Cristo, apreciad cada rayo de luz, cada señal de misericordia y de bien, cada bendición que Dios os ha concedido. Aunque veáis que no habéis dado gloria a Dios, que no habéis sido agradecidos, que eso no sea motivo para que seáis ingratos todavía, y os hundáis en el abatimiento y el desaliento. ¿No has alabado a Dios en el pasado, cuando los cálidos rayos de su amor caían sobre tu corazón? ¿No has procurado hacer su voluntad como un hijo obediente? Cuando miras hacia atrás en los capítulos de tu experiencia, ¿no encuentras algunas páginas agradables? ¿Está la sala de la memoria llena sólo de imágenes de negligencia y tristeza? ¿Hay allí sólo representaciones oscuras, prohibitivas e infelices? ¿No hay algunas imágenes agradables, donde puedes ver la providencia de Dios? Confiesa tu ingratitud del pasado; pero conserva todo recuerdo agradable, y toda muestra del amor de Dios que te ha dado para unir tu corazón a su gran corazón de amor infinito. ¡Oh, alabadle! Eduquémonos para hablar el lenguaje de la fe. Si Satanás ha arrojado su oscura sombra sobre tu camino, mira hacia arriba con fe, y Dios dejará que su luz brille sobre ti y disipe las tinieblas. Satanás quisiera que usted acariciara esa sombra. Le gustaría que usted viera a Dios a través de una nube de su propia creación; pero debemos estar en una posición de fe y confianza en Dios, donde podamos apreciar cada rayo brillante de luz; habiendo visto una muestra del amor de Dios, debemos decir: "Aquí hay una evidencia de que Dios me está bendiciendo. Atesoro esto como una manifestación de su favor. Recogeré las preciosas joyas de su verdad". Si haces esto, estarás lleno de luz. Si has estado en la sombra, confiesa tu incredulidad, y luego reclama las promesas de Dios por fe viva, y ven a la luz de tu Salvador.

No debes confiar simplemente en las emociones agradables. Supón que después de haberte llenado de alegría, te levantas por la mañana bajo una nube, con la misma serie de pensamientos sombríos que te han preocupado en el pasado. ¿Sería eso una prueba de que Dios te ha abandonado durante la noche? En absoluto. Sería simplemente una evidencia de que tu mente ha sido entrenada durante tanto tiempo en la línea de la incredulidad, que por la fuerza de la costumbre está corriendo por el canal de la duda. Detente en el lado de la fe de la cuestión. Educa tus pensamientos en la línea de la misericordia de Dios. Educa tu lengua para hablar de su bondad. Entrena toda la mente y el alma para actuar en la fe. Es alabar a Satanás cuando hablas tan continuamente de tus dudas y oscuridad. Estás glorificando al príncipe de las tinieblas cuando dejas que tus pensamientos y palabras sigan la sombra que él proyecta en tu camino. Que tu primer pensamiento matutino sea: "¡Qué bueno es el Señor! Está lleno de bondad y de tierna misericordia". Alábele. Di: "Señor, tú sabes que te amo". Cuando las tinieblas del enemigo comiencen a invadirte, di: "Yo amo al Señor. Sé que le amo, y sé que el Señor me ama, incluso a mí".

Una buena manera de dispersar la oscuridad es hablar de fe y coraje. En la palabra de Dios se nos amonesta a pelear la buena batalla de la fe. Supongamos que usted toma su posición bajo la bandera de la fe. Si te has arrepentido de tus pecados, y los has confesado a Dios, ya no necesitas seguir en la duda y el desaliento. Dios no quiere que estés bajo una nube. Quiere que salgas a la luz y que confíes en él, sabiendo que has encomendado tu alma a su custodia, como a un Creador fiel.

Satanás vendrá a ti después de que hayas confiado en Dios, y tratará de robarte la victoria que la fe ha obtenido. Te presentará tus pecados; pero ¿no puedes decirle que está escrito: "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado"? ¿No puedes decirle que Dios ha prometido apartar de ti tus transgresiones tan lejos como el oriente está del occidente, y que nunca más te acordarás de ellas?

Veo la necesidad cada día y cada hora de ejercitar una fe viva. ¿Qué es la fe? Es "la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve". Hay un poder maravilloso en la fe. Trae a la vista cosas eternas, y echa mano del brazo del poder infinito. Si has estado educando tu alma para recoger los capítulos oscuros de tu experiencia, pasa página y ten una experiencia nueva, brillante y alegre; pon tu voluntad enteramente del lado del Señor. Debemos ejercitar una fe viva si queremos luchar con éxito contra las tentaciones del enemigo.

En las paredes de esta casa hay dos lemas: "Alabado sea el Señor" y "Tu palabra es verdad". Estas son palabras buenas y agradables. Supongan que cuelgan el vestíbulo de su memoria todo lleno de los recuerdos de la bondad, la gracia y la verdad de Dios, y que no permiten que ni un solo pensamiento o sombra oscura tenga un lugar en ese vestíbulo. No debemos ser tan egoístas como para desear simplemente un vuelo de emociones felices. Debemos fijar nuestra fe en las promesas de Dios, que son seguras y firmes, y perdurarán por los siglos de los siglos. El sentimiento de alegría vendrá cuando confiemos plenamente en las promesas de Dios. Jesús ha dicho: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados". Esta invitación es ciertamente para los que están cargados de incredulidad; y su seguridad es: "Hallaréis descanso para vuestras almas." No es: "Puede ser que halléis descanso". Oh, no; es positivo y seguro: "Hallaréis descanso". ¿Por qué malinterpretamos a nuestro Padre celestial cuando dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas"? Tomad sobre vosotros su yugo, y él mismo llevará la parte más pesada. ¿No es buena compañía? ¿Objetas a asociarte con él? Él dice: "Estoy a tu diestra para ayudarte", "mi yugo es suave y mi carga ligera".

¿Por qué no se deciden a permanecer en la virilidad y femineidad que Dios les ha dado y, a través de Cristo, ser vencedores? ¿Por qué no decir: "Dios ha prometido el poder, y yo recuperaré la imagen moral de mi Creador y Redentor"? No permitas que la mente comulgue con el enemigo. No hables de su poder para desanimarte. Habla de Cristo, que puede salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. Tenemos un Salvador entero, y tengamos una fe entera en aquel que ha muerto por los pecados de los hombres, y por *mis* pecados. Cuando adoptemos esta posición, encontraremos descanso y paz en nuestro Salvador. Venid con vuestras cargas, y dejadlas al pie de la cruz, despojaos del yugo del yo y del pecado, y llevad el yugo de Aquel que es manso y humilde de corazón. Que cada alma

venga a la fuente, y beba de las aguas de la vida, que serán en él como una fuente de agua que brota para vida eterna.

Cuando hablo del tema de la fe, mi fe crece. Siento como si pudiera correr a través de las tropas de la oscuridad, y elevarme por encima de todas las barreras. Parece como si nada pudiera impedírmelo. Por la fe viva, me agarro de la mano de Jesús, y soy toda luz en el Señor. No me miro a mí mismo, miro a Jesús, mi sumo sacerdote, que presenta mi caso al Padre, ofreciendo los méritos de su vida y sacrificio. La fe mantendrá la mente por encima del bajo nivel de la tierra, y dirigirá el alma al Cielo en contemplación de lo espiritual y eterno. Elevemos a Jesús, el Salvador de los hombres. Hablad de su amor, contad su poder, y los ángeles de Dios se sentirán atraídos hacia vosotros. ¿Tendrás fe en Dios, que "tanto amó al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna"?

25 de marzo de 1889

"Venid, comprad y comed"

[Charla matutina en South Lancaster, Mass., 17 de enero de 1889.]

EGW

De nada te servirá creer que otros pueden ser bendecidos. Cada uno debe apropiarse la bendición para su propia alma, o no será alimentado. Cada uno debe trabajar para sí mismo. Supongan que una mesa estuviera servida con todas las cosas deseables, y que se les invitara a venir y comer, pero ustedes se excusaran y dijeran: "No estoy preparado. Que coman otros; no es para mí". Sabes que no te alimentarías viendo una mesa bien servida y a otros comiendo. Nos moriríamos de hambre si no participáramos del alimento físico, y perderemos nuestra fuerza y vitalidad espirituales si no nos alimentamos del pan espiritual comiendo la carne y bebiendo la sangre del Hijo de Dios, que es, recibir y poner en práctica su palabra.

Se ha hecho la invitación: "El que tenga sed, venga y tome gratuitamente del agua de la vida". "Eh, todo el que tiene sed, venid a las aguas, y el que no tiene dinero; venid, comprad y comed; sí, venid, comprad vino y leche sin dinero y sin precio. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Escuchadme con atención, y comed lo que es bueno, y que vuestra alma se deleite en la grosura". La invitación ha sido hecha, y la pregunta es: ¿Vendremos y comeremos? Otros no pueden recibir bendiciones por nosotros; y hemos mantenido al Salvador apartado de nuestras vidas. Jesús oró para que sus discípulos fueran uno con él como él era uno con el Padre; y si somos uno con él, si somos obedientes a su palabra, el Padre nos ama como ama a su Hijo.

Cuando Felipe le pidió al Maestro que le mostrara al Padre, Jesús lo miró apenado y le dijo: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras." Nuestras vidas pueden estar tan conectadas con Dios que podemos tener esta unidad con Cristo. Nuestros pensamientos,

inclinaciones, deseos y apetitos pueden estar todos del lado del Señor. Entonces no tendremos nada separado y distinto de Cristo. Habrá perfecta armonía entre nuestros corazones y el suyo, de modo que seremos uno con él como él es uno con el Padre. Y ahora es el momento de entrar en esta unión con Cristo. Sólo tenemos el día de hoy para llamarlo nuestro; el mañana no es nuestro. Queremos determinar hoy que ya no deshonraremos a Dios con nuestra incredulidad, apartándonos del Maestro cuando dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar."

La mesa está servida y Cristo te invita al banquete. ¿Nos quedaremos atrás, rechazando su generosidad y declarando: "Él no quiere esto para mí"? Solíamos cantar un himno que describía una fiesta en la que una familia feliz se reunía para participar de las bondades de la mesa por invitación de un padre bondadoso. Mientras los felices niños se reunían a la mesa, en el umbral había una mendiga hambrienta. Se la invitó a entrar; pero tristemente se apartó, exclamando: "Allí no tengo padre". ¿Tomarás tú esta posición cuando Jesús te invite a entrar? Si tienes un Padre en los atrios de arriba, te ruego que se lo reveles. Él quiere hacerte partícipe de sus ricas bondades y bendiciones. Todos los que vengan con el amor confiado de un niño pequeño encontrarán allí un Padre. ¿Cómo podría el Señor expresarnos su amor en un lenguaje más tierno que el que nos ha dado en su preciosa palabra? Nos dice lo que tenemos que hacer para salvarnos. Cómo quisiera que todos creyéramos en las promesas de Dios. Él dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá". ¿Creemos realmente en esta promesa? Debemos cumplir las condiciones establecidas en la palabra de Dios; porque si lo hacemos, recibiremos, sencillamente porque Dios ha empeñado su palabra. No debemos buscar en nuestro corazón una emoción gozosa como evidencia de nuestra aceptación con el Cielo, sino que debemos tomar las promesas de Dios, y decir: "Son mías". El Señor está dejando que su Espíritu Santo descansa sobre mí. Estoy recibiendo la luz; porque la promesa es: 'Creed que recibiréis lo que pedís, y lo tendréis'. Por la fe alcanzo el velo y me aferro a Cristo, mi fuerza. Doy gracias a Dios porque tengo un Salvador".

¿Lo estás haciendo? ¿Estás tomando a Dios en su palabra, plantando tus pies en la Roca eterna que no puede ser movida? Deberías avanzar diariamente en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador. Si has estado trabajando en tu propia fuerza, haz un pacto con Dios de que de ahora en adelante confiarás en Aquel que es poderoso para salvar perpetuamente a todos los que a Él acuden. Si has ido delante del pueblo, presentando tu propia debilidad, di ahora, como Moisés: "No subiré a menos que Tú vayas conmigo". Cuando estés imbuido del Espíritu de Dios, el yo ya no será apreciado. ¿Cuál ha sido el problema con tus experiencias en el pasado? ¿Por qué no has tenido éxito en la vida cristiana? Ha sido a causa de la vanagloria, el amor propio, la justicia propia y la incredulidad. Que Dios nos ayude a que el yo muera aquí. Que nos ayude a humillar nuestras almas mediante el arrepentimiento y la confesión, hasta que podamos presentarnos ante él revestidos de la justicia de Cristo.

Di ante el cielo: "No tengo nada propio que aportar; quiero esa justicia que viene por los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado. ¡Cuán agradecidos debemos estar porque tenemos un Salvador completo, que en Él está nuestra completa justicia y salvación! Quiero ver una ola de gloria del cielo ondear sobre esta congregación, hasta que vean las grandes verdades de la redención bajo una luz diferente. Cuando hayan gustado y visto que el Señor es bueno, tendrán algo que contar. Como Felipe, cuando encontró al

Salvador, saldrás a invitar a otros a su presencia, diciendo: "He hallado a aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas."

Que la bendición de Dios descansa sobre su pueblo como nunca antes. Que lleguen a su alto privilegio, y abran la puerta del corazón y dejen entrar a Jesús para que cene con ellos y ellos con él.

1 de abril de 1889

Luz y responsabilidad

[Charla matutina en South Lancaster, Mass., 19 de enero de 1889.]

EGW

La bendición de Dios ha descansado sobre nosotros de una manera maravillosa en esta reunión; creemos que Dios ha perdonado nuestros pecados, y nunca debemos volver atrás de esta experiencia para llevar la carga de nuestros pecados. La luz del Cielo ha brillado sobre nosotros aquí, y nuestros sentimientos pueden cambiar, pero esto no cambia el amor de Dios hacia nosotros. Dios quiere que hagamos el mejor uso de ella reflejándola en los demás. Lo que ha alejado la luz de nuestras almas en el pasado ha sido el espíritu de crítica. Muchos han observado el curso de otros, y han condenado sus acciones en lugar de guardar sus propios corazones con toda diligencia. Han juzgado los motivos de sus hermanos; pero el hombre mortal no está capacitado para hacer este trabajo. El corazón conoce su propia amargura. Todos tenemos debilidades hereditarias y cultivadas, pero podemos obtener preciosas victorias cada día. Cuando un hombre sube al tribunal para juzgar a su hermano, pone de manifiesto que Cristo no está entronizado en su corazón. El Espíritu de Dios saldrá del alma que admita el espíritu de crítica.

Supongamos que tu hermano está en el error; ¿vas a tomar un curso que hará su caso más desesperado? ¿Vas a alejar a la oveja descarriada del redil, en vez de esforzarte por traerla de vuelta? El Buen Pastor dice: "Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles contemplan siempre en el cielo el rostro de mi Padre que está en los cielos. Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido". ¿Esperamos que los que se pierden sean intachables? En cierta ocasión, una hermana me escribió con respecto a la adopción de un niño. Describió el carácter de la niña que quería. Debía ser afectuosa, trabajadora, sincera, pura y paciente. Le escribí diciéndole: "Usted no puede encontrar un niño así en la tierra. Si buscas ese tipo de carácter, debes buscarlo entre los ángeles del Cielo. Crees que estás haciendo una obra de caridad al adoptar a un niño, pero tus motivos son totalmente egoístas. Si quieres hacer algo para ser aprobado por el Cielo, toma a un niño que necesite ayuda, que necesite paciencia y la gracia de Cristo". Elegimos a los asociados porque pensamos que nos beneficiarán; pero Cristo buscó asociaciones con aquellos a quienes podía beneficiar. La verdadera religión no te llevará a hacer como el fariseo, a dar gracias a Dios porque no eres como los demás hombres, y a felicitarte porque no tienes sus defectos y debilidades. No te llevará a aferrarte a la justicia propia y a despreciar y condenar a tus hermanos.

El Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido. Dejó las noventa y nueve para ir por los montes y los desiertos en busca de la única oveja descarriada. Y cuando la encontró, se alegró más por esa oveja que por las noventa y nueve que nunca habían abandonado el redil. Jesús dijo: "No es voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda uno de estos pequeños". ¿Cómo debemos tratar a los que se encuentran en falta? La Biblia da indicaciones. "Ve y dile su falta entre tú y él solo". Ve con espíritu de mansedumbre y amor, deseando la salvación de su alma. Oh! cuando el Espíritu de Dios está en el corazón, no hay sentimiento de desavenencia, ni deseo de criticar y condenar a otros. Satanás es el acusador de los hermanos; pero nosotros debemos obrar las obras de Cristo. Debemos aprender a salir y buscar a los que perecen. Acércate a tu hermano con bondad, pon tu brazo sobre él, dile: "Ven, hermano mío, hablemos de este asunto de diferencia amablemente, en el Espíritu de Cristo. Busquemos juntos al Señor. Amémonos unos a otros". Esto es lo que hay que hacer. No debemos criticar a los descarriados, alejándolos con nuestra influencia, sino acercarlos a nuestros corazones. ¿Hay en nuestro vecindario quienes están quebrantando la ley de Dios? Suplícales con ternura. ¿Quién ha ido con amor y bondad a los que se pierden, procurando salvar lo que estaba perdido? Quiero que vean que lo que constituye el cristianismo no es meramente comer el pan ustedes mismos; también deben ofrecerlo a los demás. ¿No dijo Cristo: "Apacienta mis ovejas"?

Hay entre nosotros quienes han heredado debilidades, y a causa de ellas han sido criticados. Cuando han comenzado en el camino del bien, ha habido quienes han lanzado el grito: "Nunca resistirán". Y así se han desanimado y han abandonado la lucha. Pero a esos les diría: "No es demasiado tarde para renovar la batalla. No es demasiado tarde para obtener la victoria". Cuando el padre vio a su hijo pródigo, no esperó a que llegara a la puerta, sino que, cuando estaba muy lejos, corrió a su encuentro. ¿Estás dispuesto a tratar a tu hermano de esta manera? ¿O debe tu hermano llegar a un cierto nivel antes de que puedas sentirte justificado para extender hacia él esa simpatía y amor que Cristo ha extendido hacia ti? ¡Oh, vayan a los descarriados mientras están todavía muy lejos! Trabajen para traerlos de regreso al redil. Tenemos una obra que hacer por nuestros hermanos descarriados, por quienes Cristo murió. No deben denunciar los fracasos de otros, ni hacer comentarios desalentadores en cuanto a su firmeza en el camino de la verdad. No debéis profetizar que éste o aquél caerá en el camino, y cuando vuestras palabras desalentadoras lleguen a sus oídos, y obren su mal resultado, y el alma temblorosa y tentada se dé por vencida, no debéis estar listos para exclamar: "¡Os lo dije! Sabía que sería así!" Esa es justamente la obra que se ha hecho; pero queremos que se deshaga por el arrepentimiento y la confesión, y que se deje de hacer en el futuro.

Oh, ¿por qué no ir a las ovejas heridas, y vendar sus magulladuras, y conducir las al Sanador y al Pastor de las almas? ¿Por qué no atáis a estos débiles con las cuerdas del amor y de la compasión a vuestros corazones, y hacéis difícil que caigan de su firmeza, en vez de apartarlos de vosotros con malas conjeturas y malas palabras? ¿Por qué no ser colaboradores de Cristo? ¿Por qué no estar dispuesto a asir la mano que se tiende en busca de tu ayuda? Aquí hay almas que han de ser salvadas, y cuán fervientemente debes trabajar por su salvación. Esta obra ha sido descuidada por mucho tiempo. ¿Por qué no hacerla ahora en el temor del Maestro? Busquen a los perdidos, reúnan a los débiles, ayúdenlos con su fe y su amor, para que obtengan victoria tras victoria, y para que donde son débiles lleguen a ser fuertes y enteros. Que Dios te ayude para que puedas ser calificado por el Espíritu del Cielo

para compadecerte y simpatizar con los perdidos. Todo el cielo se regocija cuando los caracteres son transformados, y cuando los hombres trabajan para la gloria de Dios.

La bendición que el Cielo derrama sobre los hombres no consiste simplemente en hacerlos felices. Los que la reciben deben trabajar por los demás. Recuerdo que en una ocasión tuvimos una bendición especial en la iglesia de Battle Creek, y muchas almas fueron arrastradas a la fe por la corriente celestial del amor de Dios. Un hermano se levantó y dijo: "Toda esta bendición significa trabajo. Significa responsabilidad, y ¿estoy en situación de soportar esta responsabilidad?". Ahora recae sobre nosotros una responsabilidad diez veces mayor que nunca antes, debido a la medida de gracia que hemos recibido. Asumidla, hermanos, y llevadla. Al trabajar para Dios, la luz irrumpirá. Recoged los rayos de gloria, y aumentarán más y más. Cuando miro a otros y sé que están en tinieblas, mi corazón se compadece de ellos. Yo mismo estuve una vez en las profundidades de la desesperación. Luchaba sin esperanza. Nadie parecía poder ayudarme; pero Jesús se compadeció de mí y me sacó de las tinieblas para llevarme a la luz. Miro a los demás, y me pregunto: "¿Estarán tan inquietos, tan llenos de sufrimiento, como lo estaba yo?". ¡Oh, tener la compasiva ternura de Cristo! ¿Hay algunos que han sido expulsados del redil por nuestra falta de amor? Id tras ellos, suplicadles, rezad por ellos y haced que vuelvan al tierno Pastor.

8 de abril de 1889

La honrosa vocación del cristiano

[Sermón en Washington, D.C., 25 de enero de 1889.]

EGW

He oído a algunas personas decir: "No puedo pensar en hacerme cristiano. Tendría que renunciar a todos mis placeres si abrazara la religión". Pero yo quiero saber a qué placeres habría que renunciar para convertirse en seguidor de Cristo: a los pobres y fugaces placeres del mundo. ¡Cuántas decenas de personas han venido de lugares de diversión heridos de muerte! Cuántos han contraído enfermedades y han manchado sus almas con el pecado en salones de baile y banquetes. Esta es la maravillosa libertad a la que los hombres son tan reacios a renunciar por el bien de ganar el Cielo.

He oído a otros decir: "Oh, no puedo bajar a ser cristiano. Tendría que romper mi conexión con mis asociados. Mi mente es de un orden demasiado exaltado para complacerme en la sencillez de la religión de Cristo. No puedo permitirme descender a la vida humilde que la Biblia describe como necesaria para que uno sea apto para la vida eterna." El Señor del Cielo, la Majestad de los mundos, el que ordenó las estrellas en sus cursos, y las llamó a todas por su nombre, el que hizo las colinas eternas, y puso en ellas sus tesoros de oro y plata y gemas preciosas, el que vistió los campos de verdor, os ha invitado a salir del mundo, a separaros de su placer pecaminoso, y os promete que si hacéis esto será un Padre para vosotros, y seréis sus hijos y sus hijas.

¡Qué honor se cree que es, ser notado por un rey o una reina de la tierra! Estuve en Londres en la época del jubileo de la reina, y vi los grandes preparativos que se hicieron para honrarla.

Todas las verandas y ventanas que daban a la calle por donde iba a pasar su comitiva fueron alquiladas a precios enormes por quienes deseaban vislumbrar a su majestad a su paso. Se creía que era un privilegio tocar su mano en la recepción. Pero el Rey del Cielo ha dicho que podemos ser sus hijos. Dice: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas". Podemos ser miembros de la familia real del Cielo, y llevar el nombre real.

Durante el jubileo, el nombre de la reina estaba en boca de todos. Cuánto deseé que Jesús fuera tan altamente honrado y que su nombre fuera pronunciado con tanta alabanza. ¡Cómo deseaba que el pueblo contemplara al Rey de gloria! Toda la ciudad estaba llena del bullicio de los preparativos para la venida de la reina de Inglaterra; pero yo deseaba que la misma alegría y seriedad se manifestaran en los preparativos para la venida de Cristo, el Rey de gloria. ¡Oh, que los hombres manifestaran el mismo afán por proclamar su lealtad al Príncipe del Cielo que el que manifestaban por proclamar su lealtad a la reina Victoria!

Quiero ser cristiano, heredero del Cielo. Los hombres hablan de las mansiones de la tierra, pero yo hablaré de las mansiones del Cielo. Jesús ha prometido venir otra vez y recibirnos a sí mismo, y nos llevará a las mansiones que ha ido a preparar para su pueblo.

Tengo respeto a la recompensa de la recompensa. No deshonraré a mi Dios, pensando que no es importante, o que es una deshonra, ser cristiano. "¿Acaso dejará el hombre la nieve del Líbano que viene de la peña del campo, o abandonará las aguas frías y corrientes que vienen de otro lugar?" ¿Dejaremos la Fuente de aguas vivas que brotan para vida eterna, por cisternas rotas que no pueden contener agua? ¿Abandonaremos la perspectiva del cielo por los placeres fugaces de la tierra? He visto suficiente de lo que los hombres llaman perfección aquí abajo. Los buscadores de placeres sólo beben en cisternas rotas, que no pueden contener agua. Las glorias del mundo invisible atraen mi alma. La vida escondida en Cristo, el privilegio de ser uno con él como él es uno con el Padre, de ser amado, si se es obediente, como Dios ama a su Hijo, todo esto reclama el servicio entero de mi vida y afecto. "Alabado sea Dios, de quien manan todas las bendiciones". No me hables de tus bendiciones fuera de Cristo. Son vacías, sin valor.

Los siervos de Dios, mediante un esfuerzo interesado, han encontrado el campo que oculta el tesoro. Han encontrado joya sobre joya, y tesoro sobre tesoro. Los sencillos discípulos de Cristo nos han proporcionado ejemplos de sabiduría que el mundo no puede dar. Poderosos hombres de Dios han cavado en las minas de la verdad, y han sacado preciosas gemas. Los que estudian con oración la palabra de Dios la encontrarán infinita, inagotable.

Hemos de comer la carne y beber la sangre del Hijo del hombre. Jesús dijo a sus discípulos que esto significaba que debían vivir de su palabra. Cuanto más conociéramos su verdad, más deseáramos conocerla. Tendremos ante nosotros una eternidad en la que explorar los misterios de Dios. Será delicia de nuestro Señor conducirnos por verdes praderas, junto a aguas corrientes, y desplegar a los redimidos los misterios de la redención. Permíteme ser aquí forastero y peregrino. Dejad que me esfuerce y me canse, pero dejad que conozca a Jesús y su amor, y no me quejaré. ¿No estaba cansado mi Señor? ¿No era forastero? ¿No dijo a sus discípulos: "Venid vosotros aparte, a un lugar desierto, y descansad un poco"? A menudo sus discípulos tenían que apartarle a la fuerza de sus trabajos, para que no

desfalleciera de cansancio. Por la noche buscaba el monte, y derramaba sus súplicas con fuertes gritos y lágrimas, no por sí mismo, sino por nosotros.

¿No te entregarás a él ahora? ¿Por qué lo retrasas? ¿Es oro lo que quieres? ¿No puedes esperar una herencia inmortal? Las calles de la Nueva Jerusalén están pavimentadas con oro. Sus muros son de jaspe y piedras preciosas. ¿Es honor lo que deseas? ¿No puedes esperar un poco? Jesús coronará a sus hijos con gloria, honor e inmortalidad. Es suficiente. Mi alma se deleita en su amor.

Consagrad vuestras vidas a Cristo. Tomad a vuestros hijos y educadlos pacientemente para que tengan caracteres puros y santos. Contadles la bendita historia de la cruz del Calvario. Este es el gran tema central de toda sabiduría. Enseñales a llevar la cruz, porque al llevar la cruz, la cruz los llevará a ellos. Es la prenda para ellos de la corona de gloria que nunca se marchitará. Dijo el apóstol: "Dios me libre de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo". Enaltecéd al hombre del Calvario. Hablad de su amor, contad su poder. Todo el universo está mirando para ver si aprecias el don de la vida eterna que se ha comprado para ti a un precio infinito. Todo el que se arroja al pie de la cruz, entregando su alma a la custodia de un Creador fiel, da testimonio de su voluntad de soportar el desprecio del mundo. Pero el alma redimida puede decir con Pablo: "Nuestra leve tribulación, que es momentánea, nos produce un peso de gloria mucho mayor y eterno; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas." Por tanto, elevad vuestras mentes fuera de la duda y la oscuridad mediante la contemplación de lo espiritual y eterno. Vuestro Rey está exaltado en lo alto de los cielos, y vosotros debéis exaltarlo abajo reflejando su divina imagen. Que vuestra fe se apoye en sus méritos. ¿Eres pecador contra él? Escucha cuál es su promesa a los que se arrepienten de su rebelión: "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice el Señor; aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, como la lana serán emblanquecidos". ¡Oh, que se corriera el velo, y pudieras ver claramente al Rey en su hermosura! ¡Cómo palidecería y se desvanecería el mundo ante ti!

Una vez tuve el privilegio de hablar a veinte mil personas, y ¡oh, cuán feliz me sentí de poder honrar a Jesús ante esa inmensa multitud! Sólo un poco más, y lo veremos tal como es, y seremos hechos semejantes a él. Viene con nubes y con gran gloria. Una multitud de ángeles resplandecientes, "diez mil veces diez mil, y miles de miles", lo escoltarán en su camino. No vestirá esa túnica sencilla y sin costuras, sino vestiduras de gloria, blancas, "como ningún batanero en la tierra puede blanquearlas"; y en su vestidura y en su muslo estará escrito un nombre: "Rey de reyes y Señor de señores". Vendrá a resucitar a los muertos y a cambiar a los santos vivos de gloria en gloria. ¿Quién podrá resistir en aquel día? ¿Quién estará dispuesto a decir: "Este es nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará"?

Haz hoy las paces con Él. Pon tu caso en manos del gran Abogado, y él abogará por ti ante el Padre. Aunque hayas transgredido la ley, y debas reconocer tu culpa, Cristo presentará su sangre en tu favor, y mediante la fe y la humilde obediencia podrás ser absuelto al fin. Dios será tu amigo cuando suene la trompeta final. Cristo ha ordenado a su pueblo la necesidad de velar y orar, no sea que venga inesperadamente y los encuentre desprevenidos.

La gloria del mundo eterno se ha abierto ante mí. Quiero decirte que vale la pena ganarse el Cielo. El objetivo de tu vida debe ser prepararte para la asociación con los redimidos, con los santos ángeles y con Jesús, el Redentor del mundo. Si pudiéramos tener una sola vista de la ciudad celestial, nunca más deseáramos habitar en la tierra. Hay paisajes hermosos en la tierra, y yo disfruto de todas esas perspectivas de belleza en la naturaleza. Los asocio con el Creador. Pero sé que si amo a Dios y guardo sus mandamientos, me está reservado en el Cielo un peso de gloria mucho mayor y eterno. Por hermosas que sean las escenas de la tierra, no pueden compararse con las glorias del mundo eterno. Dice el apóstol: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman." Dios desea que contemplemos las cosas celestiales. Desea que contemplemos los encantos incomparables del carácter divino, y al contemplar nos convertiremos en la misma imagen, por el poder de su gracia transformadora.

15 de abril de 1889

El amor de Dios

[Sermón en Washington, D. C., 26 de enero de 1889.]

EGW

"Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro."

Juan nos presenta el amor del Padre hacia los hijos de los hombres. El amor de Dios se nos ha manifestado en el don de su Hijo amado. El apóstol no encuentra palabras para describir la grandeza y la ternura de este amor; pero invita al mundo a contemplarlo. Esta ha de ser nuestra obra. Hemos de llamar la atención de nuestros semejantes sobre el amor de Dios que se nos ha manifestado por el precio infinito del Calvario. Jesús era uno con el Padre; compartía su majestad y su gloria. Dios hizo un sacrificio infinito cuando dio a su Hijo amado para morir por el mundo; pero pocos aprecian este gran amor que se ha expresado hacia una raza caída. Los que lo aprecian no son vistos con buenos ojos por el mundo. El apóstol dice: "Por eso el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él". Dice además: "Todavía no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro."

Los que son hijos de Dios se purificarán constantemente y procurarán modelar su carácter según el modelo divino. Sus pensamientos estarán puestos en las cosas celestiales. Su conversación versará sobre Jesús, su Salvador. Estarán esperando que aparezca en las nubes del cielo, y cuando venga escoltado por diez mil veces diez mil y miles de miles de ángeles, aquellos que lo han esperado, y que han amado su aparición, lo recibirán con gozo.

Tenemos ante nosotros una gran obra, no sólo la de formar caracteres nosotros mismos para la vida eterna, sino la de trabajar para que otros puedan ser aptos para el reino de los cielos. Debemos educar nuestros gustos y nuestros hábitos de vida en la sencillez. No podemos permitirnos poner nuestras manos en las del mundo y seguir sus costumbres y modas. Debemos ser naturales, no artificiales. Y ¡qué bello es lo natural en contraste con lo artificial!

Deberíamos tener corazones rebosantes de simpatía por las almas por las que Cristo murió. Deberíamos procurar educar a nuestros hijos en el temor de Dios, enseñándoles que Cristo murió por ellos, y que pueden tener la salvación sin dinero y sin precio. Falta poco para que Jesús venga a salvar a sus hijos y a darles el toque final de la inmortalidad. "Esto corruptible se vestirá de incorrupción, y esto mortal se vestirá de inmortalidad". Se abrirán los sepulcros y los muertos saldrán victoriosos, clamando: "Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh sepulcro, ¿dónde está tu victoria?". Nuestros seres queridos que duermen en Jesús saldrán revestidos de inmortalidad. Y cuando los redimidos asciendan al cielo, las puertas de la ciudad de Dios se abrirán y entrarán los que han guardado la verdad. Una voz, más rica que cualquier música que jamás haya caído sobre oído mortal, se oirá diciendo: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo." Entonces los justos recibirán su recompensa. Sus vidas correrán paralelas a la vida de Jehová. Arrojarán sus coronas a los pies del Redentor, tocarán las arpas de oro y llenarán todo el Cielo de rica música.

Satanás ha tergiversado el carácter de Dios. Lo ha revestido con sus propios atributos. Lo ha representado como un ser de inflexible severidad. Ha impedido al mundo contemplar el verdadero carácter de Dios, interponiendo su sombra entre los hombres y el divino. Cristo vino a nuestro mundo para eliminar esa sombra. Vino a representar al Padre. Dijo: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Oró para que sus discípulos fueran uno con Él, como Él era uno con el Padre. Los hombres han declarado que esta unidad con Cristo es una imposibilidad, pero Cristo la ha hecho posible poniéndonos en armonía consigo mismo, por los méritos de su vida y sacrificio. ¿Por qué hemos de dudar del amor y del poder de Dios? ¿Por qué no ponernos del lado de la fe? ¿Contemplas los encantos y atractivos de Jesús? Entonces procura seguir sus huellas. Él vino a revelar el Padre al mundo, y nos ha encomendado la obra de representar su amor, pureza, bondad y tierna simpatía, a los hijos de los hombres.

Tenemos que ganar la vida eterna, y esto vale la pérdida de todo lo demás. Debemos estudiar las Escrituras con diligencia. La Biblia es como un jardín donde Dios ha colocado ricas rosas, y lirios, y rosas de promesa, y son para nosotros si tan sólo las arrancamos.

Cuando Satanás proyecte su sombra en tu camino, agarra las preciosas promesas de Dios y atraviesa la sombra con fe viva, y sólo encontrarás luz, misericordia, bondad y verdad. Cuando el enemigo te diga que eres un pecador, dile que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Ven al pie de la cruz con tu carga, y arrójala al sepulcro abierto. Nuestro Señor es precioso, pero perdemos de vista su voluntad de ayudarnos y salvarnos, cuando moramos en las tinieblas de la incredulidad. Levantad al Hombre del Calvario. Ya hay bastante de qué hablar sin hablar del poder del maligno. Hemos encontrado el campo que contiene el tesoro que es de valor inestimable. Cuando Dios dio a su Hijo nos dio todo el

Cielo en ese único regalo. ¿Por qué hemos de abrigar tinieblas y dudas, y esas cosas que traen abatimiento y desaliento a nuestras vidas?

¿Por qué no llevar la alegría, la luz y la paz del Cielo a nuestros corazones? La religión de Cristo nunca degrada a quien la recibe. La verdad de Dios es la poderosa cuchilla que nos ha separado del mundo, y ahora hemos sido llevados al taller de Dios para ser tallados y pulidos para el edificio celestial. Debemos ser piedras vivas en el templo de Dios. No hemos de ser piedras apagadas y sin vida; sino que hemos de reflejar los rayos de luz que caen del cielo, para que los hombres vean que la verdad ha hecho por nosotros algo que el conocimiento y la sabiduría de este mundo no pudieron hacer.

¿La recepción de la verdad te ha hecho más alegre? ¿Han brillado en vano sobre tu corazón los resplandecientes rayos del Sol de Justicia? Aquellos que cumplen las condiciones en las que se basan las promesas, deberían ser las personas más felices del mundo, pues tienen todo el Cielo a su disposición. Nosotros podemos tener el Cielo abajo. Dios pondrá una nueva canción en nuestros corazones, incluso alabanza a su nombre. El enemigo puede estar listo para proyectar su sombra sobre ti, pero ¿hablarás de su poder, de su oscuridad?

Los cristianos que llevan un semblante sombrío están representando mal a su Señor. Representan la vida cristiana como una vida de trabajo y dificultades. Van lamentándose y gimiendo como si fuera un trabajo cuesta arriba. ¿Está cerrada la puerta del cielo? ¿No tienen un Padre en el Cielo? Se podría pensar, por su actitud, que Jesús estaba en la nueva tumba de José, y una gran piedra rodó contra la puerta. Pero Jesús ha resucitado. Ha subido a lo alto, y ha llevado cautiva la cautividad, y ha dado dones a los hombres. Ha manifestado lo que hará. Romperá los grilletes de la tumba y sacará a su pueblo de la tierra de su cautiverio. Vivimos demasiado cerca de las tierras bajas de la tierra. Levantemos los ojos a las puertas abiertas del santuario celestial, donde la luz de la gloria de Dios brilla en el rostro de Jesucristo, que "puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios". ¿Por qué no hablar del plan de salvación? ¿Por qué no cavar en las minas de la verdad en busca de los tesoros de la sabiduría, para poder apreciar las promesas de Dios? ¿Por qué no morar en el amor de Cristo y hablar del plan de redención? Deberíamos estudiar cómo vencer el apetito, la ambición y el amor al mundo. ¿No hay bastante que hacer para que tengamos que dedicar tanto tiempo a asuntos de poca importancia?

Cuando Cristo dejó el mundo, encomendó su obra a sus seguidores. Él vino a representar el carácter de Dios ante el mundo, y nosotros quedamos para representar a Cristo ante el mundo. No debemos seguir por el camino de las tinieblas, tropezando en las oscuras montañas de la incredulidad. Hay un camino trazado para que anden los rescatados del Señor, y por él podemos andar seguros cada día. No agarres los cardos, recoge las rosas, los lirios y las rosas. Si hemos de comprender los ricos tesoros de la palabra de Dios, debemos separar nuestras almas de toda iniquidad, para no caer bajo sus denuncias. Como soldados leales debemos marchar bajo el estandarte del Príncipe Emanuel. Debemos estudiar la Biblia, para saber cómo enfrentar los asaltos del enemigo. Cuando Cristo fue tentado, ¿cómo venció? Se enfrentó al tentador con: "Está escrito". Usó las palabras de Dios, declarando: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Esta es la forma en que debemos vencer. Debemos escudriñar las Escrituras, y apropiarnos de las promesas de Dios para nuestras almas.

22 de abril de 1889

Preparación para el examen

EGW

Es de la mayor importancia para nosotros que obtengamos un conocimiento de la Biblia. Cristo ha dicho: "Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca". Él ha dicho de nuevo: "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias". También nos ha advertido que estemos en guardia contra las falsas doctrinas. Dijo: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces."

Se nos presentarán muchas doctrinas falsas como enseñanzas de la Biblia; pero al compararlas con la ley y el testimonio encontraremos que son herejías peligrosas. Nuestra única seguridad consiste en conocer personalmente las razones de nuestra fe. En el libro de Apocalipsis, encontramos advertencias, mandamientos y promesas dadas a Juan para las iglesias, y necesitamos entender estas instrucciones más plenamente, para que no seamos hallados en engaño. Debemos tener ante nosotros la condición de estas iglesias tal como se describe en el Apocalipsis, y discernir nuestras propias deficiencias espirituales por la descripción de las deficiencias. Debemos prestar atención a las reprensiones que se nos dan en el consejo del Testigo Verdadero.

Cristo ha declarado que "si alguno hace su voluntad, conocerá la doctrina, si es de Dios". El Señor de los Cielos no ha dejado a su pueblo en tinieblas. Él les ha revelado su verdad para este tiempo. Mientras que muchos de los que profesan ser seguidores de Cristo han caído en el error y la apostasía, los que han caminado en la luz no sólo oyen, sino que leen y entienden las profecías de su palabra. La ley de Dios será anulada en el mundo; su autoridad será despreciada tal como lo fue en el Cielo en la primera gran rebelión; y Dios quiere que seamos inteligentes para observar el movimiento de las naciones, a fin de que podamos ver la señal del peligro, y reconocer las advertencias que nos ha dado, para que no seamos hallados del lado del gran engañador en la crisis que se presenta ante nosotros.

Dios ha hecho plena provisión en las Escrituras para nuestro equipo contra el engaño, y no tendremos excusa si, por descuido de la palabra de Dios, no somos capaces de resistir los errores del maligno. Necesitamos velar en oración. Necesitamos escudriñar diariamente las Escrituras con diligencia, para que no seamos atrapados por algún error engañoso que parezca verdad.

Al viajar por Europa, descubrí que no estaba familiarizado con algunas de las leyes menores del país, y me vi en la necesidad de informarme sobre las costumbres de la gente para que no me encontraran como un transgresor. Pero qué particularidad debemos tener para entender la ley de Dios, para que no seamos condenados como transgresores de la ley. Dios bendecirá a los dispuestos y obedientes. Si deseamos comprender la ley de los gobiernos terrenales, cuánto más deberíamos desear saber lo que Dios exige de nosotros. Si estamos ansiosos por comprender nuestro deber, Él no nos dejará envueltos en la oscuridad, sino que iluminará nuestro entendimiento para que sepamos por nosotros mismos lo que es verdad.

No queremos que se nos descubra recibiendo como verdad un error peligroso. No queremos poner en peligro nuestras almas rechazando los mensajes de advertencia y consejo de Dios. Nuestro mayor peligro reside en nuestra tendencia a rechazar la luz creciente, y nuestra única seguridad es ver y comprender por nosotros mismos "lo que dice el Señor". Dice el profeta: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Sólo la palabra de Dios ha de ser la regla de nuestra fe y doctrina. Se avecina una gran contienda respecto a la ley de Jehová en nuestros días; pero leemos en Isaías estas palabras de instrucción: "Atad el testimonio, sellad la ley entre mis discípulos". "He aquí, yo y los hijos que Jehová me ha dado, para señales y prodigios en Israel, de parte de Jehová de los ejércitos, que mora en el monte de Sión". La controversia respecto a la ley de Dios ha comenzado, y debemos estar preparados para dar razón de la esperanza que hay en nosotros, con mansedumbre y temor. Debemos saber dónde están parados nuestros pies.

Aunque la ley de Dios será anulada casi universalmente en el mundo, habrá un remanente de justos que serán obedientes a los requerimientos de Dios. La ira del dragón se dirigirá contra los siervos leales del Cielo. Dice el profeta: "El dragón se enfureció contra la mujer, y fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo." Podemos ver en esta escritura que no es la verdadera iglesia de Dios la que hace la guerra contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo. Es la gente que anula la ley, que se pone del lado del dragón y persigue a los que vindican los preceptos de Dios.

Hay muchos que te dirán que si guardas la ley de Dios has caído de la gracia. Hacen fuertes afirmaciones para las que no tienen fundamento, para extraviar a la gente, pues no saben de qué hablan. El profeta dice: "Atad el testimonio, sellad la ley entre mis discípulos". Los que están tratando de destruir la ley no son de la clase que está sellando la ley entre los discípulos de Cristo, sino que son de la clase que "tropezarán, y caerán, y serán quebrantados, y serán atrapados, y serán apresados." Se representa al dragón persiguiendo a los que guardan los mandamientos de Dios. Los ángeles malignos conspiran con los hombres malignos contra Dios y su pueblo. Personas influyentes son agitadas con un poder de abajo; las energías de la apostasía se unen para engañar o destruir a los campeones de la verdad.

Juan escribe sobre escenas que tienen que ver con nuestro propio tiempo. Dice: "El templo de Dios estaba abierto en el cielo, y se veía en su templo el arca de su testamento". Esa arca contiene las tablas donde está grabada la ley de Dios. En la isla de Patmos, Juan contempló en visión profética al pueblo de Dios, y vio que en ese momento la atención de los leales y verdaderos seguidores de Cristo sería atraída hacia la puerta abierta del lugar santísimo del santuario celestial. Vio que por la fe seguirían a Jesús dentro del velo donde ministra sobre el arca de Dios que contiene su ley inmutable. El profeta describió a los fieles, diciendo: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús." Esta es la clase que excita la ira del dragón porque obedecen a Dios, y son leales a sus mandamientos.

Los vientos de la doctrina soplarán ferozmente a nuestro alrededor, pero no debemos dejarnos mover por ellos. Dios nos ha dado una norma correcta de justicia y verdad: la ley y el testimonio. Hay muchos que profesan amar a Dios, pero cuando se abren ante ellos las Escrituras, y se presentan evidencias que muestran las demandas vinculantes de la ley de Dios, manifiestan el espíritu del dragón. Odian la luz, y no quieren venir a ella, para que sus

obras no sean reprendidas. No quieren comparar su fe y doctrina con la ley y el testimonio. Apartan sus oídos para no oír la verdad, y declaran con impaciencia que lo único que quieren oír es la fe en Cristo. Afirman ser guiados por el Espíritu, y sin embargo su espíritu los conduce en contra de la ley del Cielo. Se niegan a reconocer el cuarto mandamiento, que exige a los hombres santificar el día de reposo. Declaran que el Señor les ha instruido que no necesitan guardar el sábado de su ley.

La palabra de Dios declara: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en él verdaderamente se perfecciona el amor de Dios". No es suficiente asentir nominalmente a la verdad, debemos tener sus principios entretejidos con la vida, y forjados en el carácter mismo. Bien podemos temer a cualquier clase que se niegue a comparar su fe y doctrina con las Escrituras. Sólo hay seguridad en tomar las Escrituras como nuestra regla de vida y como la prueba de nuestras doctrinas. Martín Lutero exclamó: "¡La Biblia, y sólo la Biblia, es el fundamento de nuestra fe!". Nuestro trabajo es sostener la ley de Dios; porque Cristo ha dicho que "es más fácil que pasen el cielo y la tierra, que falte un tilde de la ley". Él ha dicho: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad."

6 de mayo de 1889

Dar gloria a Dios

[Sermón en Pottersville, Mich., el 19 de diciembre de 1888.]

EGW

"Y aconteció que yendo hacia Jerusalén, pasó por en medio de Samaria y de Galilea. Y entrando en cierta aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, que estaban lejos. Y alzando la voz, decían: Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros. Al verlos, les dijo: Id y mostraos a los sacerdotes; y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. Y uno de ellos, viéndose curado, se volvió, y glorificó a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y era samaritano. Respondiendo Jesús, dijo: ¿No fueron diez los que quedaron limpios, y dónde están los nueve? No se han hallado que hayan vuelto a dar gloria a Dios, excepto este extranjero. Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado".

Estoy débil esta noche, pero si tuviera tanta fuerza, no habría poder en mí para asegurarles una buena reunión. Si sus mentes están en un estado devocional, si sus corazones están elevados en oración a Dios por su bendición, si hay un anhelo del alma por saber cuál es la voluntad de Dios respecto a ustedes, si están humillando sus corazones ante él, Dios hablará a sus almas esta noche. ¡Oh, que cada uno de vosotros pueda oír y entender la voz del verdadero Pastor! ¡Oh, que seáis susceptibles a las influencias del Espíritu Santo! Nunca hubo un tiempo en mi vida en el que me sintiera más ansioso y más serio por saber que mi alma estaba bien. Nunca hubo un tiempo en el que sintiera que lo que debía decir y hacer tenía mayor importancia que la que siento que tienen mis palabras esta noche.

Sé que nos acercamos al Juicio Final. Sé que los ángeles de Dios están en esta congregación esta noche. Los ángeles malignos también están aquí. El Señor nos está mirando, y sé que conoce a cada uno de nosotros. El sabe si tu corazón es devoto a El, si tienes religión en tu hogar, si has venido a esta reunión con oración e intercesión para que puedas recibir su bendición. A menos que el Señor se reúna con nosotros esta noche, esta reunión no será de beneficio para ninguno de nosotros. Pero creemos que se reunirá con nosotros; dependemos de él, porque no tenemos fuerzas propias. Todo lo que podemos hacer es ponernos en el canal de su misericordia.

La pregunta que Jesús hizo al leproso que volvió para dar gloria a Dios, deberíamos hacérsela a nosotros mismos. Deberíamos preguntarnos: "¿No fueron diez los limpios? pero ¿dónde están los nueve?". ¿Ha recibido Dios la gloria y el honor que debería haber recibido? ¿Ha salido su alabanza no sólo de nuestros labios, sino de nuestros corazones? ¿Nos hemos postrado a los pies de Jesús para dar gloria a su nombre por su incomparable amor al poner la salvación a nuestro alcance? Pregunta: ¿Qué más se podía hacer en mi viña que lo que yo he hecho? La cruz del Calvario representa lo que Dios ha hecho por nosotros. En el don de su Hijo unigénito nos ha asegurado la vida eterna a condición de nuestra fe y obediencia. ¡Cuán pocos aprecian el amor incomparable que ha manifestado! Se proclama misericordioso y clemente, perdonando la iniquidad, la transgresión y el pecado. Perdona abundantemente a los que acuden a Él. ¿Seremos como el brezo en el desierto, que no sabe cuándo viene el bien? ¿No hemos de rendir alabanza y gloria a Dios desde la plenitud de nuestra gratitud, como el que regresó y se postró humildemente a los pies de Jesús? No queremos ser representados por los nueve que siguieron su camino con indiferencia, y no volvieron para glorificar a Aquel que les había devuelto la salud perfecta.

No estamos ansiosos de tener una gran excitación en esta reunión, sino que estamos ansiosos de que aquellos por quienes Cristo ha hecho tanto caigan a sus pies, y lo glorifiquen y alaben por su incomparable amor. Me preocupa que no apreciemos el don de la gracia de Dios, que no apreciemos a Cristo, la esperanza del creyente, su gozo, su todo en todo. Cristo es la verdad, el tesoro escondido en el campo de la palabra de Dios. Él es la perla preciosa, por la que debemos vender gustosamente todo lo que tenemos. Podría crearse un entusiasmo entre la gente en esta reunión, y tan pronto como el sentimiento se desvaneciera, encontraríamos que no estaban mejor, sino peor que antes de que comenzara el avivamiento. Deseamos que se haga una obra profunda y minuciosa en nuestras almas. Queremos saber cómo están ustedes delante de Dios. ¿Está bien su alma? ¿Ha limpiado Cristo su corazón de su contaminación? No sabemos cuál será nuestra condición dentro de una hora a partir de este momento. No sabemos si estaremos en la vida activa o en el silencio y la inactividad de la muerte.

Hace unos días recibí una carta de mi hermana. Escribió: "Ha ocurrido algo terrible. Mi marido estaba cogiendo unos platos de la mesa cuando le oí caer. Me pareció oír un gemido, y fui rápidamente hacia él; pero cuando llegué estaba expirando." "¡Oh!", dijo ella. "Es tan repentino. No puedo hacerme a la idea de que mi marido yace en la habitación de al lado muerto de frío."

Constantemente oímos hablar de muertes repentinas que sobrevienen sin un momento de aviso, y es una cuestión de vital interés preguntarnos: "¿Está bien mi alma?". Cristo ha

pagado un precio infinito por nuestra redención. El Señor de la gloria se despojó de sus vestiduras reales y se hizo hombre entre los hombres. Porque "siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos." Qué maravilloso plan es el plan de salvación. Cristo revistió su divinidad de humanidad, padeció en la carne, murió de la muerte más cruel, para llegar hasta lo más profundo de la aflicción y la miseria humanas, y elevar a los hombres a un asiento en su trono. ¿Quieres ser elevado? ¿Serás purificado de la lepra del pecado? Al participar del beneficio celestial, ¿darás gloria a Dios por la obra maravillosa que ha realizado en ti? Juan exclama: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo el que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, como él es puro". Fijaos en estas palabras, hermanos; no dice uno de cada cien, ni uno de cada diez, sino que *todo* hombre que tiene esta esperanza, se purifica.

¿Existe alguna razón por la que la contaminación deba permanecer en tu corazón? Si no la hay, ¿por qué no estás limpio? Nada que sea vil puede morar en la presencia de un Dios santo. Cristo se entregó por nosotros para "redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Debemos ser como el leproso que fue purificado, que volvió para dar gloria a Dios. No hay razón por la que nuestros labios no deban ser adiestrados para las altas alabanzas de Dios. Cuando oímos las palabras de un discurso alentador, o la ferviente exhortación de un hermano o hermana, ¿por qué no habría de elevarse a Dios una ola de gloria y un coro de "amenes" desde la congregación de su pueblo? ¿No sería así si el fuego del amor de Dios se encendiera en nuestros corazones? Sé que sería así. La frialdad, la formalidad, la falta de fe y de amor y de intensa seriedad y devoción, han matado el espíritu de calidez y religión de nuestros servicios. Necesitamos todo -el oro del amor, la vestidura blanca, que es la justicia de Cristo, el ojo-esclavo- para que podamos discernir la bondad y el amor de Dios. Cuando Dios obra en favor de su pueblo, ¿cuán pocos vuelven para darle gloria? Queremos una religión que tenga algo de consuelo, que tenga alegría y paz y amor para recomendarla a los demás. Nuestra religión debe ser de ese carácter celestial que impresionará al mundo con el hecho de que hemos estado con Jesús y hemos aprendido de él.

13 de mayo de 1889

Dios exige el mejor uso de nuestras facultades

[Charla en South Lancaster, Mass., Enero, 1889.]

EGW

"Por lo cual doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad

y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

Hemos presentado ante nosotros el privilegio del cristiano; pero no nos hemos dado cuenta del valor de este privilegio. Hemos asumido una actitud de vacilación e incredulidad. La duda ha envuelto nuestras almas, y no hemos reclamado las promesas de la palabra de Dios. ¿Cuál es la razón de que estas preciosas palabras sean tratadas con tanta indiferencia? ¿Por qué estamos tan satisfechos con nuestro conocimiento actual de Jesús? Hemos de crecer en Cristo, nuestra cabeza viviente, hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo. Cuando no avanzamos en el conocimiento de Dios, le robamos a nuestro Señor la gloria que deberían devolverle aquellos a quienes ha redimido con su preciosa sangre.

Dijo el profeta: "Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores y experimentado en quebranto, escondimos de él como el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados."

El Hijo de Dios nos ha dado abundantes pruebas de su tierno amor, de su voluntad de hacer grandes cosas por nosotros. ¿Por qué no habríamos de tomarle la palabra? "Todo lo que no es de fe es pecado". A la luz reflejada desde la cruz del Calvario, no podemos tener excusa para dudar de la palabra de Dios. No podemos encontrar ninguna razón para no dedicar todas nuestras fuerzas a su servicio. Nuestros poderes de razonamiento, nuestros medios, nuestros talentos de habilidad, deben ser consagrados a él.

El mayor tacto y habilidad se manifiestan en asuntos de mero interés temporal. Los hombres cultivan su talento y habilidad para el servicio del mundo; pero cuántos que profesan el nombre de Cristo no ven la necesidad de hacer el mayor y mejor uso de la habilidad que Dios les ha dado en su servicio. El cuerpo, el alma y el espíritu deben consagrarse a Dios. El siervo de Dios debe procurar que su obra se lleve adelante con fidelidad y se realice con esmero. Debe procurar hacer su trabajo de una manera que lo recomiende a Dios, para que finalmente pueda recibir la bendición: "Bien, buen siervo y fiel."

Si los hombres esperan de ti el mejor ejercicio de tu habilidad e ingenio en los asuntos temporales, ¿cuánto más debería esperarte tu Maestro celestial el mejor ejercicio de tu habilidad y discreción en su obra, que está exaltada por encima de toda consideración terrenal?

La primera obra del padre cristiano es educar a los hijos debidamente, para que conozcan y amen a Jesús, para que puedan influir en otros para que amen a Jesús, para que sean ricos en buenas obras, pues hay muchos que quieren influir en ellos para que tomen el camino de la desobediencia y la transgresión. Deben ser entrenados para resistir todo lo malo en esta época degenerada.

El Señor dijo de Abraham: "Yo lo conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de él, y guardarán el camino del Señor, haciendo justicia y juicio." Dondequiera que el siervo

de Dios levantaba su tienda, erigía junto a ella un altar, y allí adoraba a Dios. Este era el ejemplo que daba a sus hijos. Si los hijos son educados para amar y temer a Dios, estarán capacitados para asumir responsabilidades en la vida. Abraham ordenó a su familia que siguiera el camino del Señor. Esto es lo que debéis hacer vosotros. ¿Cuáles son los términos bajo los cuales podemos tener vida eterna? Esta fue la pregunta del abogado que vino a Jesús. Preguntó: "Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?". Sólo hizo esta pregunta para enredar a Jesús. No sabía que Cristo podía leer su corazón como un libro abierto. Jesús le dejó el peso de la respuesta; volviéndose hacia él, le dijo: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás".

Podríamos preguntar: ¿Qué debemos hacer para heredar la vida eterna? Y la respuesta sería: Guardar los mandamientos de Dios. ¿Quién es el que cumple este requisito? ¿Por qué hay tanto luto en toda la tierra a causa de la frialdad y la mundanalidad que existen en la iglesia? En todas partes hay escasez del Espíritu de Dios. Las palabras de Aquel que interpretó la ley de Dios, son puestas a un lado. La mayoría de los cristianos actúan como si se hubieran graduado después de ser bautizados. No traen gavillas a Cristo. No son obreros juntamente con Dios. No debemos encerrarnos en nuestras casas y dedicar toda nuestra atención a nuestras familias. Esto es el colmo del egoísmo. El mundo entero yace en la iniquidad y las tinieblas, y no debemos contentarnos con ocultar nuestra luz a las almas que perecen.

Cristo ha dado su vida por las almas de los hombres, y mientras Dios obra en nosotros el querer y el hacer de su agrado, nosotros hemos de trabajar en nuestra propia salvación con temor y temblor. Mientras nosotros obramos por nuestra parte, Dios obrará por la suya. A medida que Daniel ponía su corazón firmemente para servir a Dios, aumentaba en sabiduría y entendimiento. No podemos permitirnos cometer un error. No podemos permitirnos empequeñecer nuestra vida religiosa.

¿Qué pensaríamos de los aprendices de un oficio que no aprenden nada más allá de los primeros principios de su arte, y nunca avanzan más? ¿Qué podemos pensar de los que profesan la religión, cuando nunca muestran ninguna señal de progreso en la vida cristiana? ¿Qué ha hecho la religión por aquel que no puede orar más inteligentemente después de años de profesión de piedad, de lo que podía hacerlo al principio, que no puede testificar con más decisión de la bondad de Dios, y que no sabe nada más de los oráculos vivientes de su palabra? La religión de Jesús nunca degrada a quien la recibe. Reforma su gusto, santifica su juicio y modela su carácter según el modelo divino.

El granjero puede hablarte de su granja, describir la calidad de la tierra y el carácter de sus productos. Puede hablar de lo que sabe con gran libertad e interés. El abogado, el comerciante, el mecánico, todos se preparan para sus actividades, y la experiencia perfecciona sus conocimientos, y todos pueden hablar con facilidad y seriedad de las mejoras logradas en su profesión; pero reúnan a todos los obreros que profesan la religión en una reunión como ésta, y muchos hablarán de su fe con vacilación, con lengua balbuciente, y en un tono de voz tan bajo que es difícil entender lo que dicen. ¿Por qué hombres y mujeres que pueden hablar inteligentemente sobre asuntos de interés temporal, no pueden hablar decididamente sobre cosas de interés eterno? ¿Cómo ven los ángeles nuestra falta de aprecio

por las cosas de Dios? ¿Por qué hay tal deficiencia en el servicio que profesamos prestar a Dios?

Nos ha resultado difícil encontrar personas cualificadas para ocupar puestos de responsabilidad en nuestras instituciones, porque los hombres no han recibido desde su infancia una educación que los capacite para la obra de Dios. No han trabajado como si el ojo de Dios estuviera sobre ellos. No fueron como José en Egipto y Daniel en Babilonia. Dios honró a estos hombres que le honraron, y fueron exaltados a ser hombres principales en el reino. Es de la mayor importancia para nosotros que establezcamos hábitos correctos, y desarrollemos caracteres que sean aceptables al Cielo. Es de la mayor importancia que los padres puedan decir: "He aquí, yo y los hijos que el Señor me ha dado". Si éste es nuestro privilegio, se verá que hemos hecho la obra encomendada a nuestras manos; que se han usado maderas sólidas en la formación del carácter de nuestros hijos. Se verá que no están contaminados por los males del mundo; el amor y el temor de Dios están en sus almas.

Una de las mayores influencias para el bien en la sociedad es una familia bien disciplinada. Cuántos hogares sin ley hay. Los padres, con demasiada frecuencia, se relajan y se entregan a pasatiempos y placeres, en vez de tratar de reprimir las malas disposiciones de sus hijos. No se dan cuenta de que el desarrollo de estas malas tendencias en sus hijos resultará finalmente en la destrucción de su propia paz. Todo padre y toda madre deben orar fervientemente para que Jesús sea revelado a sus hijos como un Salvador completo, y para que sus caracteres sean formados de acuerdo con el modelo divino. ¡Oh, que nuestra obra sea hecha para el tiempo y para la eternidad!

20 de mayo de 1889

Es mejor ser cristianos

[Sermón en Washington, D. C., Enero, 1889.]

EGW

Cada uno tiene la solemne responsabilidad de comprometerse en la obra de salvar almas. No podemos darnos el lujo de cruzarnos de brazos y dedicarnos a naderías interesantes, gratificando nuestros gustos e inclinaciones. Debemos ganar almas para el Maestro. Debemos crecer constantemente en el conocimiento de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo. Si los hombres amaran a Dios supremamente, se dedicarían sin reservas a su servicio; dedicarían sus medios y sus talentos a la edificación de su causa; formarían a sus hijos para el Cielo.

Me agoniza el corazón ver cuán pocos saben tratar a sus hijos. Las madres necesitan mucha paciencia y amor. La madre que mira con compasión a sus propios hijos, que busca concienzudamente educarlos para Dios y el Cielo, mirará con compasión a los hijos de los demás. Amará a los demás porque ama a los suyos. Será una bendición para su familia y para el vecindario. La misma habilidad que la capacita para ser una madre sabia, la capacitará para ser una misionera sabia para Dios. La mayor obra misionera que se realiza está en el círculo del hogar. Educar y desarrollar las mejores y más elevadas facultades de la mente de sus hijos

es hacer una obra que tendrá una influencia moldeadora en la sociedad. Si has educado a uno en el temor del Señor, puedes decir que has educado a cien. Hay una atmósfera que rodea a cada alma, una influencia, consciente o inconsciente, que emana de cada persona para bien o para mal; y disciplinar a una familia para que sus miembros satisfagan las elevadas exigencias del Cielo es una obra que se considera del más alto valor a los ojos de Dios.

Es de gran importancia saber cómo mantener los asuntos del hogar en orden sin fricciones. El aceite de la paciencia debe ser derramado cuando las cosas se ponen difíciles, y nuestros hijos deben estar atados a nuestros corazones por las cuerdas de seda del amor. Los padres deben saber compadecerse de sus hijos en sus pequeños problemas, que les parecen tan grandes como las pruebas de las personas mayores. No debemos descuidar a nuestros hijos. Es en los primeros años cuando tenemos la mejor oportunidad de sembrar buena semilla en sus corazones. Si descuidamos esta obra en su niñez, encontraremos que Satanás ocupará el campo. ¿Por qué no ocupas tú mismo el campo, y antes de que el Maligno tenga oportunidad de plantar sus semillas de maldad, llenas la mente con lo que es bueno y puro? Los ángeles de Dios te ayudarán en la obra de formar el carácter de tu hijo, si trabajas en armonía con el plan de Dios. No dejes que la impaciencia te controle. Ten paciencia, sé paciente, y que Dios te ayude a darte cuenta de tu responsabilidad ante Él.

Cuando estés cansado, acude a Jesús con todo tu afán. Él dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Si estás llevando un yugo de tu propia manufactura, sólo déjalo a un lado, y toma el yugo de Cristo, y nada perturbará tu paz, porque tendrás la paz de Cristo que sobrepasa todo entendimiento.

No hay que alejar a tus hijos de tu simpatía. Deben ser alentados a hacer confidentes a su padre y a su madre. He conocido hijos que habían sido tan educados que aun cuando eran hombres y mujeres adultos consideraban un privilegio aconsejar a sus padres, aunque fueran viejos y débiles. ¿No es mejor, hermanos, ser cristianos? ¿No es mejor traer toda la felicidad posible a su vida aquí, y prepararse para el mundo eterno?

Cada uno de nosotros tendrá que comprometerse en la batalla por el bien o por el mal, y deseamos que luches del lado del Señor, y sepas cómo salir victorioso en tu propio favor a través de los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. El poder divino se unirá al esfuerzo humano. Dios cooperará contigo en tu lucha contra el mal, y cuando el enemigo venga como una inundación, el Espíritu del Señor levantará un estandarte contra él. Debemos mirar a la fuente de nuestra fuerza. No podemos permitirnos perder la vida eterna. Queremos ser misioneros de Dios. Queremos saber cómo atender las necesidades de los demás. Cristo es nuestro ejemplo. Sigamos sus pasos.

Deberíamos saber cómo dirigir la mente de amigos y vecinos hacia Cristo cuando están en apuros. Deberíamos saber cómo conducir a las almas arrepentidas al "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Cuántos acuden a amigos humanos para derramar sus penas y aflicciones, en vez de buscar a Cristo, el único que puede sanar a los quebrantados de corazón. Hay muchos que no saben cómo acudir a Jesús con su carga, y, sintiendo su necesidad de apoyo, acuden a corazones humanos en busca de consuelo. Pero sólo se apoyan en puntales

rotos. Es a Dios a quien debe acudir el alma atribulada. ¿Por qué poner al hombre en su lugar? Debemos tratar de dirigir las almas a la puerta abierta del Cielo, donde podemos ver dentro del velo a nuestro Sustituto y Garantía. En toda prueba y perplejidad, debemos mirar hacia él; porque en él está la ayuda para los hijos caídos de los hombres. Cristo es la estrella de esperanza que ilumina nuestras tinieblas. La serpiente puede herir el talón de la semilla de la mujer, pero Cristo herirá la cabeza de la serpiente y le quitará su poder al fin.

El plan de salvación fue revelado a Adán y Eva en el jardín del Edén. Se les hizo comprender cómo el Hijo de Dios vendría y cargaría con su pecado, y los redimiría de la maldición de la ley. Pero cuando Cristo vino al mundo, ¡cuán pocos reconocieron su divinidad o comprendieron la naturaleza de su obra! No se le reconocía como Príncipe de la vida. La tierra era el campo de batalla donde el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas se encontraban para luchar por la raza caída. Cristo se había despojado de su corona y de su manto real, se había bajado de su trono y había revestido su divinidad de humanidad. Por nosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. Vino a un mundo todo manchado y marcado por la maldición. Se revistió de humanidad para conocer las debilidades y tentaciones de los hombres, para saber cómo ayudarlos y salvarlos. El Capitán de nuestra salvación se perfeccionó mediante el sufrimiento. Pero fue hecho perfecto Salvador, aprendiendo la obediencia por las cosas que padeció, para que la humanidad tuviese un carácter perfecto y estuviese preparada para la sociedad de los ángeles del cielo. El hombre no era capaz, por sí mismo, de enfrentarse y vencer al príncipe de las tinieblas; pero Cristo lo venció en nombre del hombre y quebrantó su poder sobre la raza humana, para que por sus méritos pudieran ser vencedores por sí mismos.

27 de mayo de 1889

Amor y obediencia

[Sermón en Torre Pellice, Italia, 11 de diciembre de 1885.]

EGW

"Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor". No basta profesar amor a Dios, Cristo pide una prueba de que le amamos. La obediencia voluntaria a la ley de Dios prueba la verdad de nuestra profesión. Hemos oído desde los púlpitos de hoy que la ley no es obligatoria, pero esto no puede ser. Cristo dice: "Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos". ¿Cómo podríamos saber lo que es el pecado, a menos que pudiéramos mirar en la ley de Dios? Juan, el discípulo amado, define el pecado como la "transgresión de la ley". Dice: "Cualquiera que comete pecado, transgrede también la ley, porque el pecado es transgresión de la ley."

Dice el profeta: "A la ley y al testimonio; si no hablan conforme a esta palabra, es porque no hay luz en ellos". Debemos escudriñar tan diligentemente en la palabra de Dios como lo hicieron los nobles bereanos, que "recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así." Debemos cavar como para encontrar un tesoro escondido en las minas de la verdad. Cristo nos ha advertido que surgirían falsos

profetas que engañarían a muchos. Hay muchos que profesan tener una gran fe. Hacen grandes afirmaciones de santidad, pero ¿hablan de acuerdo con la ley y el testimonio? Si no lo hacen, es porque no hay luz en ellos. Los hombres se envuelven en las vestiduras de su justicia propia, y pretenden la perfección de su carácter; pero sólo se han medido a sí mismos con una norma de su propia creación, y con manos sacrílegas han derribado la verdadera norma de toda justicia. La ley de Jehová discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. El pecador quiere quitársela de encima porque lo condena. El transgresor la considera gravosa, pero el obediente puede decir con David: "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es firme, que hace sabio al sencillo. Los estatutos del Señor son rectos, alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, ilumina los ojos. Limpio es el temor del Señor, que permanece para siempre; verdaderos y justos son todos los juicios del Señor. Son más deseables que el oro, más que mucho oro fino; más dulces que la miel y el panal. Además, por ellos es amonestado tu siervo; y en guardarlos hay gran recompensa."

La ley de Dios, tan difamada y pisoteada por los transgresores, es declarada por Pablo como santa, justa y buena. David oró: "Tiempo es ya, Señor, de obrar; porque han invalidado tu ley". Si David pudo hacer esa oración en sus días, ¡cuánto más debería ser nuestra oración en nuestros días! Vemos por todas partes que la ley es pisoteada bajo pies impíos. Nunca hubo un tiempo en que necesitaríamos andar más cuidadosamente en el camino de la justicia, ni orar más fervientemente, que en el tiempo presente. Existe ahora el mismo espíritu de prejuicio contra los mandamientos de Dios que existía cuando Cristo estaba en la tierra; y si pensamos que podemos guardar los mandamientos sin excitar la malicia de Satanás, nos equivocamos; pero nunca tendremos que sufrir la centésima parte de lo que sufrió nuestro Redentor.

Debemos meditar en el sacrificio que Cristo ha hecho en nuestro favor. Dejó su honor, su gloria y su majestad, para venir a nuestra tierra, para ser varón de dolores y experimentado en quebranto. Parece sorprendente que el mundo no aceptara y creyera en Aquel a quien el Padre había enviado del Cielo. Dijo a los que venía a salvar: "No queréis venir a mí para que tengáis vida". Cuánto debió de dolerle entrar en las ciudades y encontrar tan pocos que manifestaran algún interés por su misión. Cada alma era preciosa a sus ojos; pero las cosas del tiempo y del sentido reclamaban la atención de los hombres, y cegaban sus ojos al mérito del Redentor. Cuando pienso en los muchos desengaños que sufrió nuestro Salvador, no me extraña que fuera un hombre de dolores. Cuán tristes nos sentimos cuando nos esforzamos por llevar la verdad a quienes amamos y no nos escuchan. Cristo sintió este dolor mucho más intensamente que nosotros, pues su naturaleza era más elevada y más santa que la nuestra. Cuando pensamos en lo que soportó el Salvador, ¿podemos desanimarnos en nuestro trabajo? Tenemos una verdad preciosa que llevar ante el pueblo, y mientras tengamos aliento, debemos alzar nuestras voces y proclamar que la transgresión de la ley de Dios es pecado.

Cristo dijo: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor." Los que tienen fe en Cristo obedecerán las palabras de Cristo, "porque la fe sin obras es muerta." Si tenemos fe genuina en Jesús como nuestro Salvador y ejemplo, reflejaremos su carácter, y lo representaremos correctamente ante el mundo. Debemos guardar sus mandamientos, así como él guardó los mandamientos de su Padre. Si así lo hacemos, comprobaremos que no

hay precepto de la ley que no sea para el bien y la felicidad de la humanidad, tanto en esta vida como en la futura e inmortal. Si queremos ser como Cristo cuando se manifieste en su gloria, debemos purificarnos, como él es puro, en este nuestro día de prueba. Queremos una fe viva, una fe que obra por el amor y purifica el alma. Aunque todo a nuestro alrededor sea oscuro y difícil, debemos mostrar que tenemos una confianza implícita en nuestro Redentor. Debemos confiar en la promesa: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor". Los cristianos auténticos son las personas más felices del mundo, y tienen la seguridad de que Dios los capacitará para permanecer como centinelas fieles de la verdad.

En los últimos días habrá un pueblo que será leal a la santa ley de Dios. Mediante la obediencia a sus preceptos, estarán preparados para resistir en el gran día de la ira. La angustia y la aflicción vendrán sobre ellos, porque Satanás descenderá, teniendo gran ira, porque sabe que tiene poco tiempo. Obrará con todo engaño de iniquidad en los que se pierden; pero no necesitamos ser engañados por sus engaños fatales. Debemos estudiar las Escrituras por nosotros mismos, para que cuando el enemigo venga como una inundación, no seamos movidos del fundamento de la verdad eterna, sino que encontremos que el Señor levantará un estandarte contra él. Que ningún soldado de Cristo se desanime. El Capitán de tu salvación te ayudará en tus batallas contra el enemigo. Si has hecho todo lo que puedes hacer de tu parte, su brazo se extenderá en tiempo de necesidad, y te darás cuenta de que la ayuda ha sido puesta sobre Uno que es poderoso para salvar.

Los hombres pueden hablar de la ley como de un yugo de esclavitud; pero la pregunta de interés vital es: Si eres hallado desobediente a Dios, ¿pueden pagar un rescate por tu alma? Te ruego que no tomes la palabra del hombre de que la ley está abolida, pues esa ley es tan inmutable como el trono de Dios. Si la ley hubiera podido ser alterada para satisfacer al hombre en su condición caída, Cristo nunca habría necesitado morir. La cruz de Cristo es un argumento irrefutable que demuestra el carácter inmutable de la ley. El mismo hecho de que Cristo murió establece la ley. Dice el apóstol: "¿Anulamos, pues, la ley por la fe? Dios no lo quiera; sí, nosotros establecemos la ley". Cristo murió para vindicar la justicia de Dios y eliminar los obstáculos que el hombre había interpuesto entre sí y la felicidad eterna. Por la intercesión de Cristo, el hombre puede ahora aferrarse a la vida eterna. Mientras vemos que abundan el pecado y la iniquidad, queremos decir: Orad, orad como nunca antes habéis orado. Debemos andar en humildad ante Dios, rindiendo obediencia a su santa ley, y con el tiempo recibiremos la recompensa. Cuando termine la guerra, Jesús, con su propia diestra, pondrá la corona de gloria inmortal sobre nuestras frentes, y cada uno de nosotros oirá la bendición celestial: "Bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor."

3 de junio de 1889

La labor de la reforma

EGW

Cuando Wesley comenzó su carrera en Inglaterra, sólo unos pocos se unieron en torno a su estandarte. Cuando los puritanos emigraron de Inglaterra a América, eran como marineros náufragos que apenas habían escapado con vida. Sin amigos ni influencias, todo lo que tenían era su preciosa fe, su fuerte voluntad y su ferviente devoción a Dios. Eran como ovejas sin

pastor. Los creyentes eran pocos. Como la semilla de mostaza, que es la más pequeña de todas las semillas, así parecían los Peregrinos; pero su influencia llegó a ser poderosa y de gran alcance. La fe de los puritanos era como un carbón del altar de Dios, una luz inextinguible que glorificaba la tierra con su resplandor. Los puritanos se vieron obligados a practicar la más rígida economía y abnegación, pero no descuidaron la construcción de casas en las que adorar a Dios. Se guiaban por la providencia de Dios. Se dieron cuenta de que necesitaban escuelas para educar a sus hijos en el camino del Señor, pues era necesario levantar barreras por todos lados contra la influencia de la que habían huido. El establecimiento de escuelas bajo su propio control fue de gran ventaja para el mantenimiento de su fe. Se hizo un esfuerzo especial para educar a sus hijos y prepararlos para la labor de difundir la luz del Evangelio y defender los principios de la libertad religiosa. La historia de la reforma pasada se repite en la obra de hoy. Las personas que poseen la preciosa verdad para estos últimos días deben dirigir su atención especialmente a las disposiciones que Dios ha tomado para que lleguen a ser inteligentes, a fin de que estén capacitados para afrontar los problemas venideros. La verdad para estos últimos días no ha sido apoyada por grandes legados ni promovida por la influencia mundana. Dios nos ha dado el privilegio de ser partícipes con Cristo en sus sufrimientos aquí, y ha provisto que podamos tener un título a una herencia en la tierra hecha nueva. El secreto de nuestro éxito en la obra de Dios se hallará en el trabajo armonioso de nuestro pueblo. Debe haber una acción concentrada. Cada miembro del cuerpo de Cristo debe desempeñar su parte en la causa de Dios, según la capacidad que Dios le haya dado. El cuerpo ha sido compactado por lo que cada coyuntura suple para el trabajo eficaz de cada parte.

Los corazones de nuestro pueblo deben moverse al unísono. Nadie debe contenerse. Debemos presionar juntos contra los obstáculos y las dificultades, hombro con hombro, corazón con corazón. Miro hacia atrás con placer y gratitud a Dios por el trabajo realizado por nuestro pueblo en el pasado. Miro los pequeños comienzos tanto al este como al oeste de las Montañas Rocosas, y luego a las grandes instituciones que se han establecido, y exclamo: "¡Qué ha hecho Dios!" Cuando considero la obra que se ha hecho, no temo seguir adelante, pero sí temo por aquellos que olvidan las lecciones del pasado. Hemos pasado de ser unos pocos creyentes a ser un pueblo numeroso, y como Dios nos ha dado grandes e importantes verdades, tenemos grandes e importantes deberes, y pesadas responsabilidades que llevar.

Debemos toda nuestra prosperidad a Dios, y debemos cooperar con él en la formación de nuestros hijos para que lleguen a ser misioneros en el país y en el extranjero. Como pueblo a quien Dios ha favorecido altamente, debemos hacer todo lo posible para ejercer los poderes que Dios nos ha dado, para adornar con verdad y santidad la causa que profesamos amar. Debemos prestar menos atención a las casas elegantes, a los muebles costosos y a los trajes cambiantes. Debemos proporcionar formación moral e intelectual a los jóvenes y a los recién llegados a la fe. Debemos negarnos a nosotros mismos y planear mayores facilidades para la difusión de la verdad. Nuestra obra debe extenderse mediante el esfuerzo misionero. No sólo debemos ganar terreno nuevo, sino cultivar los campos donde la verdad ya ha entrado. Debemos depender menos del predicador y más del esfuerzo personal, abriendo las Escrituras de casa en casa.

No estamos en libertad de dejar a nuestros hijos sin provisiones, ni de someterlos a influencias desfavorables a la verdad y al perfeccionamiento del carácter cristiano. No

debemos esperar a que cada obstrucción aparente sea quitada de nuestro camino, sino que debemos ser soldados de Cristo valientes e impávidos, que esperan la recompensa celestial. Nos acercamos rápidamente al Juicio Final, donde debemos dar cuenta de todas nuestras obras. Exhortamos a todos a que hagan todo lo que puedan. Que nadie piense que esto no se refiere a mí. Se refiere a cada alma que ha probado los poderes del mundo venidero. Tenéis un trabajo solemne y serio que hacer para el Maestro. Deja el orgullo, deja todo lo que te hace daño, y ven con sinceridad al pie de la cruz. Entrégate a Aquel que te ha comprado con su propia sangre. Él exige todo lo que hay de ti. No sólo los ministros están llamados a trabajar por la salvación de las almas, sino que cada miembro individual de la iglesia debe esforzarse por iluminar a sus amigos y vecinos. Hagamos nuestro trabajo de tal manera que cuando nuestro Señor haga cuentas con sus siervos podamos decir: "Señor, me entregaste cinco talentos; he aquí, he ganado junto a ellos cinco talentos más."

El Señor exige una reflexión cuidadosa y el mejor uso de la inteligencia. Cuando venga a rendir cuentas a sus siervos, no preguntará cuánto éxito habéis tenido en reunir medios; preguntará: ¿Qué habéis hecho con los talentos que os he dado? ¿Qué habéis hecho por mí en la persona del pobre, del afligido, del huérfano y del huérfano de padre? Yo estaba enfermo, pobre, hambriento y desprovisto de ropa; ¿qué hiciste por mí con los medios que te confié? ¿En qué empleaste el tiempo que te presté? ¿Cómo empleaste tu pluma, tu voz, tu dinero, tu influencia? ¿Te hice depositario de una preciosa confianza abriendo ante ti las emocionantes verdades que anunciaban mi segunda venida? ¿Qué has hecho con la luz y el conocimiento que te di para hacer a los hombres sabios para la salvación?

Nuestro Señor se ha marchado para recibir su reino, pero preparará mansiones para nosotros, y luego vendrá y nos llevará consigo. En su ausencia nos ha dado el privilegio de ser colaboradores en la obra de rescatar almas para que entren en esas mansiones de luz y gloria. O estamos construyendo sobre los cimientos, madera, heno y hojarasca, que se consumirán en la última gran conflagración, y la obra de nuestra vida se perderá; o estamos construyendo sobre los verdaderos cimientos, oro, plata y piedras preciosas, que nunca perecerán, sino que brillarán más en medio de los elementos devoradores que pondrán a prueba la obra de todo hombre. Cualquier infidelidad en las cosas espirituales y eternas resultará en pérdida a través de edades interminables. Presento estos pensamientos a los laicos de la iglesia, para que despierten a un sentido de su responsabilidad. Trabajen para Jesús. Poned todo vuestro interés en la causa de Dios. El autoengaño puede hacerte sentir que estás haciendo lo correcto; pero ¿cómo se compara tu vida con la vida de Jesús? Cristo lo ha hecho todo por ti; ni siquiera se retuvo a sí mismo. Ahora muestra celo y seriedad en poner todos tus poderes a trabajar para él, y recibirás la vida eterna como recompensa.

10 de junio de 1889

La fe y sus efectos

[Sermón en Pottersville, Mich., el 19 de diciembre de 1888.]

EGW

Nuestra ciudadanía no está en este mundo. Somos peregrinos y extranjeros en la tierra, y buscamos una ciudad que tiene fundamentos, cuyo constructor y artífice es Dios. Cristo ha dicho: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros."

El consuelo de estas palabras ha llegado hasta nuestros días para confortar los corazones de los creyentes en Jesús en este nuestro día. Todo nuestro ser debería estremecerse con ferviente gratitud por tener tal esperanza puesta ante nosotros. Si somos colaboradores de Cristo, negándonos a nosotros mismos, podemos tener conexión con Dios, y obtener gracia para ayudar en todo tiempo de necesidad, de modo que no nos falte nada cuando el Salvador venga a redimir a su pueblo. Estemos preparados para ser trasladados en la gloriosa aparición de nuestro Señor y Salvador". Yo no puedo prepararme por vosotros. No puedo arrepentirme por ti. Este es un trabajo entre Dios y tu alma. Si tu corazón está contaminado, debes ir a aquel que puede limpiarte de toda maldad. Debes buscar a Dios. Debes tener el templo del alma purificado, si quieres que la bendición del Padre descansa sobre ti.

No podemos bendecirnos mutuamente. Mi fe no puede salvarte, ni tu fe sirve para mi salvación. Aunque Noé, Daniel y Job estaban en la tierra, no podían librar ni a su hijo ni a su hija con su justicia; sólo podían librar sus propias almas. Debemos buscar a Dios ahora para obtener su gracia perdonadora. Ahora es el momento de obtener una experiencia religiosa genuina para las escenas de prueba que tenemos ante nosotros. Dios quiere que seamos serios, quiere que seamos felices. Cuando dio a Cristo al mundo, dio todo el Cielo en ese único e inestimable regalo. Nos abrió todos los tesoros de su poder y de su gracia. Por la fe viva podemos asir la mano del Poder Infinito. Podemos estar tan conectados con el Dios del Cielo que su gracia puede ser suficiente en cada emergencia de la vida. Dice el profeta: "Cinco de vosotros perseguirán a cien, y cien de vosotros pondrán en fuga a diez mil".

Abrid la puerta de vuestro corazón, y entrará Cristo, el huésped celestial. ¿Hay aquí alguien que se sienta rico y colmado de bienes y no tenga necesidad de nada? ¿Hay aquí alguien que se sienta sano y no se dé cuenta de que necesita un médico? Deben caer sobre la Roca y ser quebrantados, o la Roca caerá sobre ellos y los hará polvo. ¿Por qué no podemos asirnos de la justicia de Cristo hoy mismo? Hay muchos de ustedes que profesan creer la verdad presente, pero ¿creen en Cristo como su Salvador personal? Puede que tengáis una fe nominal, una fe como la que tenía la gente que se agolpaba alrededor de Jesús en las calles de Judea, pero esta fe no os unirá a él. Necesitas una fe parecida a la de la pobre mujer que llevaba muchos años enferma. Había pedido ayuda a los médicos, pero su enfermedad empeoraba cada vez más. Oyó hablar de Cristo y su fe se dirigió hacia él. Creía que con sólo tocar el borde de su manto quedaría sana. Cristo comprendió el anhelo de su corazón; comprende el deseo de todo corazón que le sigue, y responde a él. Esta pobre mujer que anhelaba ayuda mejoró su primera oportunidad de llegar a la presencia de Jesús. La multitud le rodeaba, pero ella se abrió paso entre la muchedumbre, hasta que pudo tocar su manto, y en ese momento quedó curada. Cristo se dio cuenta de que la virtud había salido de él. La mujer había sentido su desesperada necesidad, y su fe la había sanado. Así será con cada uno de vosotros que acudáis en vuestra necesidad a Jesús y os aferréis a Él con fe viva. Cristo preguntó quién le había tocado. Sus discípulos se asombraron de que hiciera semejante

pregunta cuando estaba rodeado de una gran multitud. Dijeron: "Ves la multitud que te apretuja, y dices: ¿Quién me ha tocado?". Pero Jesús sabía que alguien le había tocado no con un toque casual, sino con el toque de la fe. Un alma anhelante le había pedido ayuda que nadie más que él podía darle. Jesús dijo: "Veo que la virtud ha salido de mí". Y miró a su alrededor para ver a la que había hecho esto", y cuando la mujer supo que no estaba escondida, reconoció la buena obra que se había realizado en ella. Contó la historia de su sufrimiento y su condición desesperada, y su acto de fe al tocar su manto. Él le dijo: "Hija, tu fe te ha salvado".

Hermanos, si venimos a Cristo por fe viva, podemos recibir virtud de él. Gracias a Dios, hay en él abundancia de gracia. Jesús quiere que ejercitemos la fe sencilla, para que podamos tener su virtud. Si sólo damos el toque de fe, se nos impartirá la luz, la gloria y el poder de Dios. Dices que crees en Jesús, y tenemos derecho a esperar que tu fe se manifieste en obras de justicia. Tenemos derecho a esperar que tengas una experiencia sana y saludable, que en contrición de alma presentes la ofrenda de alabanza y acción de gracias a Aquel que te ha concedido ricas bendiciones. ¿Estás dispuesto a trabajar por la gloria de Dios? Dices: "Creo". ¿Cómo crees? ¿Crees que Jesús te salva ahora? ¿Crees que puedes apropiarte de los méritos de tu Salvador? ¿Crees que puedes echar tu alma indefensa sobre Cristo, y que su justicia te será imputada? Si tienes verdadera fe, confesarás tus rebeldías y tu pecado. No permanecerás más en las tinieblas de la incredulidad; vendrás a la luz del Cielo. Dice el Salvador: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."

La fe viva se manifiesta mostrando un espíritu de sacrificio y devoción por la causa de Dios. Aquellos que poseen una fe genuina están bajo el estandarte del Príncipe Emmanuel, y libran una guerra exitosa contra los poderes de las tinieblas. Están dispuestos a hacer todo lo que ordene el Capitán de su salvación. Están capacitados por la gracia de Cristo para ser un ejemplo de los creyentes en palabra, en conversación, en caridad, en espíritu, en fe, en pureza. Tenemos una gran obra que hacer si queremos heredar la vida eterna. Debemos negar la impiedad y los deseos mundanos, y vivir una vida de justicia. Dice la palabra de Dios: "La fe sin obras está muerta". Debemos "pelear la buena batalla de la fe, echar mano de la vida eterna", negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y seguir diariamente las huellas de nuestro Redentor. Se nos exhorta a "limpiarnos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios." Jesús dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Y nos pide que le sigamos. Si hacemos de él nuestro ejemplo, no dejaremos de entrar en su reino eterno. Hay una cruz que levantar, si seguimos a Cristo. Encontraremos que hay un alto muro que escalar, una escalera que subir, antes de que podamos entrar en la ciudad eterna; pero cuando nos demos cuenta de nuestra propia ineficacia, y clamemos por el poder divino, la voz de Jesús vendrá a nosotros diciendo: "Tomad de mi fuerza, 'he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo'". La fuerza de Jesús será impartida a toda alma que se esfuerce legítimamente por el dominio. Todos podrán ser vencedores.

17 de junio de 1889

La reconfortante seguridad de Cristo

[Sermón en Washington, D. C., 25 de enero de 1889.]

EGW

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros."

Esta consoladora seguridad fue dada a los discípulos cuando sus corazones estaban agobiados por la tristeza, porque Cristo les había dicho que pronto los dejaría. Estaban llenos de angustia ante la idea de perder la presencia de su amado maestro. Aunque los pies del Salvador estaban en el camino que conducía al Calvario, sus pensamientos no estaban en sí mismo, ni en el sufrimiento que iba a soportar. Su simpatía se dirigía hacia sus amados discípulos, que iban a soportar una dura prueba. Pensó en su desilusión y soledad, y mientras se dirigía a Getsemaní, trató de animarlos, diciéndoles: "No se turbe vuestro corazón". Les dice que el objeto de su partida es prepararles hogares, mansiones, que no permanecerá siempre lejos, sino que vendrá de nuevo y los recibirá en su seno. No los dejará solos para que luchen con las pruebas y aflicciones de este mundo, sino que vendrá otra vez y los llevará consigo, para que donde él esté, ellos también estén.

Tras su resurrección, les dirigió palabras de aliento e instrucción. Les dijo: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y mientras ellos miraban fijamente al cielo mientras él subía, he aquí dos varones vestidos de blanco estaban junto a ellos, los cuales también dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo."

Esta promesa del regreso del Salvador no hizo que los discípulos se sintieran tristes y sombríos. Les llenaba de alegría pensar que Jesús iba a volver. Y si los discípulos de Cristo se llenaron de alegría entonces, ¿por qué no habrían de alegrarse hoy sus seguidores en la tierra al ver que se acerca su redención? Nuestro Señor viene con nubes y gran gloria, y todos los ángeles del Cielo le escoltarán en su camino.

Cuando ascendió a lo alto después de su resurrección, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres. Los que habían transgredido la ley de Jehová habían caído en la muerte. Aunque habían confesado y abandonado sus pecados, Satanás los había reclamado como sus súbditos y prisioneros legítimos. Dijo que eran sus víctimas; pero cuando Cristo salió de la tumba, sacó de las prisiones del enemigo una multitud de cautivos como muestra de la resurrección general. Y cuando venga de nuevo, será para romper los grilletes de la tumba,

para sacar a los prisioneros de la esperanza de sus cárceles, para revestirlos de una gloriosa inmortalidad.

Cuando Cristo ascendió de la tierra, una nube de ángeles lo escoltó en su camino hacia la ciudad de Dios. Al acercarse a las puertas cantaron: "Alzad, puertas, vuestras cabezas; y levantaos, puertas eternas, y entrará el rey de gloria". Entonces los ángeles centinelas preguntaron: "¿Quién es este rey de gloria?" Y la hueste ascendente hizo rodar la respuesta: "El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla". Levantad la cabeza, puertas; levantadla, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". Cuando el tren celestial entra en la ciudad, la muchedumbre angélica sale para inclinarse en adoración ante él. El Salvador les hace señas para que se retiren, pues aún no puede recibir su homenaje. Tiene una petición que presentar al Padre. Se acuerda de los que ha dejado solos en el mundo. Dice: "Padre, quiero que también ellos, los que me has dado, estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo". Entonces el Padre da la orden a la hueste que espera: "Que todos los ángeles de Dios le adoren", y se inclinan en adoración ante él, diciendo: "Digno, digno es el Cordero que fue inmolado y vive de nuevo, vencedor triunfante."

Satanás no había triunfado sobre Cristo, aunque había inspirado a hombres malvados a quitarle la vida. Nada había ganado con su rebelión. Aun en el acto mismo de crucificar al Príncipe de la vida, él mismo había sido vencido. Cristo había ganado la victoria en cada contienda.

El pecado de Adán y Eva había separado la tierra del Cielo, y al hombre finito del Dios infinito, pero Cristo había pasado por el mismo terreno donde Adán había fracasado, y a cada paso era un vencedor. Cada victoria que obtenía elevaba a la humanidad en la escala de valor moral ante el Cielo. Era imposible que el hombre se redimiera a sí mismo, y ésta fue la razón por la que Jesús tomó sobre sí la naturaleza humana, para que a través de la humanidad su naturaleza divina pudiera alcanzar y elevar a la humanidad.

Cuando Cristo vino al mundo, se encontró con que Satanás lo tenía casi todo bajo su control. Cristo anunció su misión en Nazaret. Dijo: "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungió para anunciar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a pregonar el año agradable del Señor." Esta era su obra. Anduvo haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el demonio. Había aldeas enteras donde no había un gemido de enfermedad en ninguna casa, porque él había pasado por ellas y sanado a todos sus enfermos. Su obra evidenciaba su unción divina. Había venido a representar a su Padre ante el mundo; y el amor, la misericordia y la compasión se manifestaban en todos los actos de su vida. Su corazón se compadecía tiernamente de los hijos de los hombres. Esta fue su obra en nuestro mundo, elevar a la humanidad combinando la divinidad con la humanidad. Tomó la naturaleza del hombre para alcanzar sus necesidades. Con su brazo humano rodeó a la raza, y con su brazo divino asió el trono del Infinito, y unió al hombre finito con el Dios infinito, y la tierra con el Cielo. Allí estaba el hombre, sumido en la degradación, el pecado y la ruina, y Cristo estaba dispuesto a renunciar a toda su gloria para ofrecer al hombre la copa de la salvación. El asombro llenó el Cielo al ver la indiferencia del hombre, al ver al hombre tan falto de aprecio por las cosas que harían su paz.

Cuando el Hijo de Dios recibió el bautismo en el río Jordán, "el Espíritu Santo descendió en forma corporal como una paloma sobre él", y una voz, más rica que cualquier música que jamás haya caído sobre oído mortal, vino de la gloria excelente declarando: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." ¿Vino la voz de Dios sólo por Cristo? No; vino en nombre de la humanidad que él representaba. Vino a asegurar al hombre que podía ser aceptado en el amado. El cielo se abrió por la oración de Cristo, y se abrió para todos los que por él se acercaran a Dios. Así se da el poder divino para que pueda combinarse con el esfuerzo humano.

Cuántas veces hemos leído la descripción del bautismo de Cristo sin pensar que tenía algún significado especial para nosotros. Pero significa todo para nosotros. Significa que no puede haber excusa para que vivamos alejados de Dios. Podéis reclamar mucha indulgencia a causa de vuestra naturaleza humana, de vuestras tentaciones y pruebas, y tratar de excusaros por el pecado a causa de tendencias heredadas, pero Cristo se entregó en nombre de la humanidad, y no hay razón para fracasar. Cristo soportó tentaciones como las que tú nunca tendrás que soportar. Sufrió como tú nunca sufrirás. Conoció todas vuestras penas, cargó con vuestros dolores. Él ha hecho posible que tú seas un vencedor. No digas que te es imposible vencer. No digas: "Es mi naturaleza hacer así y así, y no puedo hacer otra cosa. He heredado debilidades que me hacen impotente ante la tentación". Sabemos que no puedes vencer con tus propias fuerzas; pero la ayuda ha sido puesta en Uno que es poderoso para salvar. Cuando Dios dio a su Hijo unigénito, proveyó todo lo esencial para tu salvación. Y "el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas gratuitamente?" Los recursos del Cielo están abiertos para nosotros. Debemos creer esta preciosa verdad. Y cuando el enemigo venga como una inundación para desanimar y descorazonar, el Espíritu del Señor levantará un estandarte contra él. Cuando las penas te presionen, aférrate más al Poderoso. En lugar de vacilar y perder la fe, alaba a Dios porque Jesús ha muerto por ti. Un hermano vino a la reunión una vez y relató sus dificultades, pruebas y penas. Yo le dije: "Hermano, ¿no tienes nada por lo que alabar a Dios? ¿No ha muerto Jesús para que tú vivas? ¿Hay alguna razón para que te desanimes?". ¿Cómo mira el Cielo nuestras dudas y desalientos, cuando Dios ha dado a su amado Hijo para que muera en la cruz del Calvario, a fin de que tengamos paz en esta vida, y gozo eterno en la venidera? ¿Cómo nos mira el Cielo cuando hablamos y actuamos como si fuera muy difícil el camino por el que Dios nos conduce? ¿Cómo les debe parecer a los ángeles cuando actuamos como si dudáramos si vale la pena ser cristiano? Todo el Cielo se derramó sobre nosotros en Cristo, y el que no escatimó a su propio Hijo no negará ningún bien a los que caminan rectamente.

24 de junio de 1889

En busca de esa bendita esperanza

[Sermón en Washington, D. C., 26 de enero de 1889.]

EGW

"Porque la gracia de Dios que trae la salvación se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este

siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras."

Esta escritura enseña una lección muy diferente de la que se presenta en las palabras de muchos que profesan creer en el evangelio. Se nos exhorta a vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo presente, y a esperar la gloriosa aparición del gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo. Algunos han objetado mi obra porque enseñé que es nuestro deber esperar la aparición personal de Cristo en las nubes del cielo. Han dicho: "Uno pensaría que el día del Señor está justo sobre nosotros para oír a la Sra. White hablar en referencia a la venida de Cristo; y ella ha estado predicando sobre ese mismo tema durante los últimos cuarenta años, y el Señor todavía no ha venido". Esta misma objeción podría haberse presentado contra las palabras del propio Cristo. Él dijo por boca del discípulo amado: "He aquí, vengo pronto", y Juan responde: "Aun así, ven, Señor Jesús", Jesús pronunció estas palabras como palabras de advertencia y aliento a su pueblo; y ¿por qué no habríamos de prestarles atención? El Señor ha dicho que son los fieles los que se encontrarán velando y esperándole. Fue el siervo infiel el que dijo: "Mi Señor tarda en venir", y empezó a golpear a sus consiervos y a comer y beber con los borrachos.

El tiempo exacto de la segunda venida de Cristo no está revelado. Pero también dio señales de su venida, y dijo: "Cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a la puerta". Les ordenó, cuando aparecieran los signos de su venida: "Mirad y levantad la cabeza, porque vuestra redención está cerca". Y en vista de estas cosas el apóstol escribió: "Vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día". Puesto que no sabemos la hora de la venida de Cristo, debemos vivir sobria y piadosamente en este mundo presente, "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo."

Cristo se entregó por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de las buenas obras. Su pueblo debe conservar su carácter peculiar como sus representantes. Cada uno de ellos debe hacer su trabajo. Los ricos deben aportar sus medios, los honrados su influencia, los sabios su sabiduría, los pobres su virtud, si quieren ser colaboradores eficaces de Dios. Deben ponerse en relación correcta con Dios, para que puedan reflejar la luz de la gloria de Dios que brilla en el rostro de Jesucristo. Leemos acerca de una clase de personas que aplazan mucho el día de la venida de Jesús; pero para los tales su venida será como ladrón en la noche, y serán sorprendidos repentinamente con destrucción. Cuántos hay que están dispuestos a dejarse mecer hasta dormirse en la cuna de la seguridad carnal; pero ya es hora de que despertemos del sueño. Dice el apóstol: "No somos de la noche, ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino veamos y seamos sobrios."

Debemos estar despiertos para discernir los signos de los tiempos y advertir a la gente. Hay muchos en el mundo que tratan de calmar la alarma de la gente, que dicen: "Paz, paz, cuando no hay paz"; pero nosotros debemos tomar un camino opuesto a éste. Hay muchos que dicen a la gente excitada: "No os turbéis, seguid en la impiedad, seguid glorificándoos y viviendo

en el placer. El día del Señor no está cerca". ¿No tenía Cristo un objeto en vista cuando dijo: "He aquí, vengo pronto"? ¿No vio que su Iglesia necesitaría tener presente este solemne acontecimiento? ¿Diremos con los burladores de los últimos días: "¿Dónde está la promesa de su venida? porque desde que los padres durmieron, todas las cosas continúan como eran desde el principio de la creación"? No pretendo estar con esta clase. Me refiero a despertar a los hombres con el mensaje de la cercana venida de Cristo.

Aquellos que tienen un conocimiento de la verdad presente están bajo una gran responsabilidad ante el mundo. Deben advertir a los hombres de los juicios venideros. Deben representar a Cristo ante la gente. No han de andar deplorando su condición, hablando de sus tinieblas, murmurando y quejándose de la dureza del camino; han de elevar sus mentes a Dios, abrir la puerta de sus corazones a Jesús, y dejarle entrar y morar con ellos. Debemos tener a Cristo entronizado en el corazón, para que el templo del alma quede limpio de toda contaminación. La pronta venida de nuestro Salvador debe ser una realidad viva para nosotros. La pregunta de toda importancia para este tiempo es: "¿Cómo está mi alma? ¿Estoy procurando reiterar las palabras de Cristo? ¿Estoy enseñando a mis hijos que tienen almas que salvar; que la paz y la santidad deben formar parte de su vida? ¿Les estoy enseñando a poner sus manos en las manos de Cristo, para que Él les guíe?".

Tenemos un trabajo muy serio que hacer, y no tenemos tiempo que perder bebiendo en cisternas vacías que no pueden contener agua. Debemos acudir a Cristo sin demora en busca del agua de vida. Debemos estudiar diligentemente la Biblia. El estudio de la Biblia es de la mayor importancia para nosotros. Las Escrituras pueden hacer a los hombres sabios para la salvación, pero ¡cuán pocos encuentran tiempo para escudriñar la Palabra de Dios! Los hombres están absortos en las cosas de esta tierra percedera. Están construyendo sus esperanzas sobre cimientos sin valor, y escribiendo sus nombres en la arena. Incluso aquellos que profesan ser seguidores de Cristo no hacen caso de su mandato. Son como la higuera cuyas hojas eran abundantes, pero en la que el Maestro, buscando fruto, no encontró más que hojas. Al final se dará la orden sobre el árbol infructuoso: "Cortadlo. ¿Por qué se acumula en la tierra?"

Dios nos da sus ricas bendiciones para que las disfrutemos, y espera que demos fruto para su gloria; pero muchos descuidan su obra. No se rinden plenamente a su voluntad. Hay muchos que parecen pensar que pensar en Dios y en las cosas celestiales tiende a hacer a los hombres sombríos y abatidos; que es perjudicial para la salud permitir que la mente se detenga en temas religiosos.

Cuando en mi juventud Dios abrió las Escrituras a mi mente, dándome luz sobre las verdades de su palabra, salí a proclamar a otros las preciosas nuevas de la salvación. Mi hermano me escribió y me dijo: "Te ruego que no deshonres a la familia. Haré cualquier cosa por ti si no sales como predicador". "¡Deshonrar a la familia!" Le respondí, "¡acaso puede deshonrar a la familia que yo predique a Cristo y a éste crucificado! Aunque me dierais todo el oro que vuestra casa pudiera contener, no dejaría de dar mi testimonio por Dios. Tengo respeto a la recompensa del galardón. No me callaré, pues cuando Dios me imparte su luz, quiere decir que la difunda a otros, según mi capacidad."

¿No vinieron los sacerdotes y los gobernantes a los discípulos y les ordenaron que dejaran de predicar en nombre de Cristo? Encerraron a los hombres fieles en la cárcel, pero el ángel del Señor vino a ellos y los liberó para que pudieran hablar al pueblo las palabras de vida. Esta es nuestra obra. "Vosotros sois mis testigos, dice el Señor", y debemos proseguir esa obra con fidelidad. ¿Cuántos son los que cumplen la misión de Cristo? Después del bautismo hay muchos que actúan como si se hubieran graduado, como si no hubiera nada más que aprender o hacer; pero el bautismo es sólo el comienzo de nuestro trabajo. Debemos seguir perfeccionándonos, reflejando cada vez más la luz de Cristo y llevando a nuestras vidas todo lo que sea posible del espíritu y del poder del Cielo. Debemos buscar la salvación de las almas que nos rodean.

Debemos presentar la verdad tal como es en Jesús. Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores. Durante treinta años vivió nuestro ejemplo. Soportó el insulto, la ignominia, el reproche, el rechazo y la muerte; sin embargo, vive. Es un Salvador vivo. Ha subido a lo alto para interceder por nosotros. Justo antes de su crucifixión, rezó para que sus discípulos fueran uno con Él, como Él era uno con el Padre. ¿Es posible que el hombre pecador y caído pueda entrar en una relación tan elevada con Cristo? Tal unión con Cristo traerá luz, paz y consuelo a nuestras almas. Cuando se fue al Cielo, dijo a sus discípulos: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré". ¿Quién no quisiera tener al Consolador en tiempos de prueba? Hay muchos que rehúsan el servicio de Dios; pero que la enfermedad o el dolor los alcance, que la muerte llegue a la familia, y se darán cuenta de la debilidad de la dependencia terrenal, y entonces querrán un Dios en quien apoyarse.

El Señor viene, y cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. Y "todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". Debemos trasladar nuestros tesoros al Cielo, porque donde esté el tesoro, allí estará también el corazón. Dejad que la luz del Sol de Justicia entre en vuestros corazones, y la paz reposará sobre vosotros. Quiero que disfrutéis de la bendición de Dios. Quiero que dirijáis vuestra mente a las cosas celestiales. Jesús ha prometido: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Habla del amor de Cristo, habla de su poder, y podrás tener un cielo en este mundo para ir al cielo. Responde a la luz de Dios, y serás como un jardín regado; tu salud brotará rápidamente; tu luz se elevará en la oscuridad, y la gloria del Señor será tu recompensa.

1 de julio de 1889

Cristo, fuente viva

[Charla matutina en Chicago, 9 de abril de 1889.]

EGW

Hermanos y hermanas, espero que esta preciosa oportunidad de acercarnos a Dios no pase sin mejorar. Espero que todos ustedes tengan la seguridad de la bendición de Dios. Debéis tratar de retener cada rayo de luz y conocimiento que ha brillado sobre vosotros aquí; pero

no podéis hacerlo a menos que caminéis en la luz, aceptándola y actuando en consecuencia. El Señor desea darnos su rica bendición. No es su voluntad que nadie trabaje en su causa sin su ayuda y favor. No requiere que sus hijos vayan con debilidad de corazón a ganar almas para la vida eterna. Hay plenitud en él, y es nuestro privilegio venir y obtener esa plenitud, recibir ricamente de su Espíritu.

Esta mañana me ha llamado la atención la historia de la mujer que fue al pozo a sacar agua y encontró a Jesús, cansado y sediento, descansando en el pozo mientras sus discípulos iban al pueblo a comprar pan. Cuando hubo sacado agua, Jesús dijo a la mujer: "Dame de beber". Ella se sorprendió de que le pidiera este favor, e inquirió: "¿Cómo es que tú, siendo judía, me pides de beber a mí, que soy una mujer de Samaria? porque los judíos no tienen trato con los samaritanos". Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva." Jesús se refería con estas palabras a la gracia divina que sólo Él puede conceder, y que es como agua viva, que purifica, refresca y vigoriza el alma.

Jesús había dicho a la mujer: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva". La mujer de Samaria ignoraba al divino Hijo de Dios; pero nosotros sabemos hoy quién ha pronunciado estas palabras llenas de gracia. Es necesario que conozcamos a Cristo, que lo conozcamos, para que conozcamos su disposición a bendecir. En él está toda la plenitud de la gracia divina, y dice: "Pedid y recibiréis". Dios da a todos abundantemente, y no reprende; "pero", dice el apóstol, dando instrucciones al que siente su falta de sabiduría, "que pida con fe, sin vacilar. Porque el que vacila es semejante a la ola del mar que el viento arrastra y zarandea. Pues no piense ese hombre que recibirá algo del Señor".

No sería para nuestro bien que el Señor nos diera lo que pedimos sin fe. No rendiríamos gratitud al Dador si recibiéramos un don que no atribuyéramos a su agencia. Jesús quiere darnos su luz, y nosotros debemos educar nuestras almas para captar las promesas de Dios mediante una fe viva. Él nos dará el don de la salvación. Podemos tener su más rica bendición, y debemos buscar fervientemente el favor de Dios. La razón por la que no nos regocijamos en la libertad de los hijos de Dios, es porque hemos amontonado basura y atrancado la puerta de nuestros corazones. Barrámosla, abramos la puerta y dejemos entrar al Salvador.

No podemos permitirnos dejar a Jesús fuera. No podemos permitirnos dejarlo pasar. No podemos permitirnos estar sin el conocimiento de Cristo. Dice Jesús: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado." Queremos que Jesús habite en nuestras familias y en nuestras iglesias. Debemos entregarnos, en alma y cuerpo, a su obra, y someternos al proceso de formación que ha de capacitarnos para el Cielo.

Muchos de nosotros tenemos ídolos en nuestros corazones. Pero no encontrarán satisfacción en las cosas de esta vida. Jesús dice: "El que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." ¿Qué significan estas palabras? Significan que cuando tu mente es atraída por las cosas celestiales, cuando te detienes en Cristo, entonces tus ídolos son crucificados, y te satisface el amor de Dios. Pero, ¡qué poco

se introducen pensamientos de Cristo en nuestras vidas! ¡Qué poco se habla de Jesús! ¡Qué poco se le ensalza!

Hay muchos que intentan corregir la vida de los demás atacando lo que consideran hábitos erróneos. Se acercan a quienes creen que están en el error y les señalan sus defectos. Dicen: "No te vistes como deberías". Tratan de quitar los adornos, o lo que les parezca ofensivo, pero no buscan sujetar la mente a la verdad. Los que tratan de corregir a los demás deberían presentar los atractivos de Jesús. Deben hablar de su amor y compasión, presentar su ejemplo y sacrificio, revelar su Espíritu, y no necesitan tocar el tema del vestido en absoluto. No hay necesidad de hacer de la cuestión del vestido el punto principal de su religión. Hay algo más rico de lo que hablar. Hablen de Cristo, y cuando el corazón se convierta, todo lo que no esté en armonía con la palabra de Dios desaparecerá. Es trabajo en vano arrancar las hojas de un árbol vivo. Las hojas reaparecerán. El hacha debe ser puesta en la raíz del árbol, y entonces las hojas caerán, para nunca volver.

Para enseñar a los hombres y mujeres la inutilidad de las cosas terrenales, debes conducirlos a la Fuente viva, y hacer que beban de Cristo, hasta que sus corazones se llenen del amor de Dios, y Cristo sea en ellos una fuente de agua que brota para vida eterna. El lenguaje no puede describir la paz y la plenitud del gozo del verdadero cristiano. Procuremos beber de la Fuente de la vida.

No os acerquéis a vuestros hermanos para criticar sus defectos, para atacar sus rasgos peculiares de carácter. Educadlos a mejores hábitos y mejores rasgos con el poder de vuestro propio ejemplo. Si haces evidente que has venido a corregirlos, sólo despertarás su combatividad y les harás más daño que si no hubieras venido. Revélales a Jesús, para que lo contemplen y lleguen a ser como Él. Si cultiváis la búsqueda de defectos y os encargáis de corregir a vuestros hermanos, pronto no tendréis otra religión que la de buscar fallos y encontrar defectos. No puedes beneficiar al pecador acercándote a él a tu manera y con tus propias fuerzas. Sólo Cristo puede salvarlo.

Prosigamos hacia la meta, al premio de nuestro supremo llamamiento que es en Cristo Jesús. Avanzad hacia la perfección del carácter cristiano; no os conforméis con nada menos que la plenitud de Dios. Podéis alcanzar las alturas de carácter que Cristo ha dispuesto para que alcancéis por su gracia divina, creciendo hasta la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo. La tentación vendrá sobre ti todos los días, pero debes aferrarte a la fuerza de Cristo. Cristo es nuestra justicia. No debemos depender de los sentimientos, sino descansar por la fe en los brazos de su amor, y reclamar ser hijos e hijas de Dios. Él hará perfecta su fuerza en nuestra debilidad. Tomará los pobres vasos de barro, los convertirá en vasos para honra, y se glorificará a sí mismo a través de ellos; y a través de su amor amaremos a los demás, como él nos ha amado a nosotros.

8 de julio de 1889

El yugo de Cristo es fácil

[Sermón en Chicago, 10 de abril de 1889.]

EGW

"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Estas son palabras muy preciosas que se nos dirigen. En ellas se revela el amor de Jesús, y este amor parece fluir en tierno anhelo de que el pecador venga a Cristo y encuentre descanso. La invitación se extiende a todos los que trabajan, a todos los que están cargados. Cristo no hace excepciones. Pueden venir todos los que se afanan bajo sus cargas. No especifica que sólo aquellos que tienen dificultades peculiares pueden ser aliviados. Su invitación es para todo el mundo. Dice: "*Venid todos los que estáis fatigados*".

Cualquiera que sea el carácter de tus problemas o necesidades, no necesitas pedir ayuda a los que te rodean, porque Jesús dice: Venid a mí, y yo os haré descansar. No necesitas alejarte de mí. Tú que has estado buscando alivio, consuelo y esperanza, ven a mí. Yo soy la fuente de tu fuerza y de tu ayuda.

Cuando Cristo vino a este mundo, los hombres no reconocieron su carácter divino, ni comprendieron la naturaleza de su misión. Si hubiera venido con pompa y ceremonia, para reinar como un príncipe temporal en el trono de Jerusalén, toda la nación judía lo habría reconocido como el Mesías. Pero los profetas no dijeron que viniera así. No dijeron al pueblo que iba a romper el yugo romano. Había de venir como varón de dolores, para llevar las enfermedades de la humanidad. Vino como un humilde trabajador, y trabajó en el oficio de carpintero. La gente lo vio trabajar arriba y abajo de las colinas. Conocían a sus hermanos y hermanas, y sabían de su vida y de sus trabajos. Lo vieron desarrollarse de la niñez a la juventud, y de la juventud a la madurez, y aunque dejó un ejemplo intachable de obediencia y mansedumbre, no pudieron darse cuenta de que era el Mesías prometido. Me alegro de que tengamos un ejemplo así.

Eligió a sus discípulos entre los humildes pescadores. No acudió a los doctos, pues habría sido imposible darles el molde adecuado. La educación que habían recibido tendía a exaltar el yo, y eligió a aquellos a quienes podía enseñar sus preceptos, y les ordenó que le siguieran. Al seguirle, al escuchar sus palabras, al asociarse con él, encontraron al más grande maestro que el mundo haya conocido. Les abrió las bellezas de la naturaleza y les enseñó las realidades perdurables del mundo venidero. Los educó para convertirse en pescadores de hombres. Desde la oscilante barca del pescador, pronunció verdades cuya influencia es de tan largo alcance como la eternidad.

Jesús había venido a la tierra para realizar la obra que la nación judía había dejado sin hacer. En una sinagoga de Nazaret, abrió la palabra de Dios y leyó las palabras de Isaías que describían su misión ante los hombres. Leyó: "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los humildes; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a proclamar la libertad a los cautivos y la apertura de la cárcel a los presos; a proclamar el año agradable del Señor." Sanaba a los enfermos, limpiaba a los leprosos, resucitaba a los muertos y predicaba el Evangelio a los pobres. Sus palabras eran sencillas y directas, y nadie necesitaba buscar en el diccionario para averiguar su significado. Un niño podía comprender sus enseñanzas. Y así como él hizo su trabajo, nosotros debemos hacer el nuestro, siguiendo su ejemplo.

Predicó el Evangelio a los pobres y ofreció a los hombres el don de Dios sin dinero y sin precio. Invitó a los cansados y agobiados a venir y encontrar descanso. La única condición era venir; porque al venir, los hombres manifestaban que sentían su necesidad y se daban cuenta de que necesitaban a Cristo. Jesús quiere que vengamos hoy, quiere que creamos en él como fuente de toda luz y paz. Quienquiera que venga podrá dar testimonio de que él es la luz, y de que en él han hallado descanso.

Jesús dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Os pregunto a vosotros que habéis llevado el yugo de Cristo: ¿Lo habéis encontrado duro y penoso? Durante cincuenta años he llevado el yugo de Cristo, y puedo atestiguar que su yugo es fácil, y su carga ligera. Nunca he encontrado ninguna dificultad, excepto cuando me he fabricado un yugo propio, y he dejado a un lado el yugo de Cristo. Me siento agradecido de que cada uno de ustedes pueda encontrar alivio de todos sus problemas. Venid a Cristo con plena fe, y hallad descanso para vuestras almas.

Muchos profesan acudir a él, pero no acuden realmente, porque siguen en apuros, siguen bajo el peso de sus cargas. Tú debes seguir en el camino de la obediencia, y someter tu voluntad al moldeamiento de la voluntad de Dios. Si tienes problemas, es porque estás aprendiendo las lecciones de aquel que una vez fue un exaltado ángel del Cielo, pero que cayó de su elevada posición por rebelión contra Dios. Aquellos que murmuran contra Dios, están aprendiendo del maligno cómo presionar sus voluntades en oposición a la voluntad de Dios.

Jesús nos invita a venir a él; pero cuántos van a cualquier otro menos a él. No necesitamos pedir ayuda a quienes son tan débiles como nosotros mismos. Él dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". Los hombres no estiman la humildad de ánimo como debieran. El intelecto es muy exaltado y ensalzado entre los hombres. Mi marido solía decir que le resultaba difícil no adorar el intelecto; cada vez que se encontraba con una persona poseedora de una mente superior, sentía deseos de rendir homenaje a sus poderes intelectuales. Está bien que estimemos altamente las facultades mentales que Dios ha dado a los hombres; queremos una religión intelectual; pero deberíamos tener todas nuestras facultades mentales y corporales consagradas a Dios. Deberíamos tener un juicio y una razón santificados, dedicados al servicio de nuestro Padre celestial. Debemos darnos cuenta de cuál es nuestro trabajo, y hacerlo en la medida de nuestra capacidad. Cuanto mayor sea nuestra capacidad, mayor será nuestra responsabilidad. Existe el peligro de adorar el intelecto; pero

si llevamos nuestros talentos a Dios y los dedicamos a su obra, él nos dará la gracia de no pensar más alto de lo que deberíamos de nuestros poderes mentales.

"Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre que se fue lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. Y a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno; a cada uno según su capacidad." Cuando fueron llamados a rendir cuentas de cómo habían empleado los talentos de su señor, el que tenía los cinco duplicó sus talentos, y el que tenía dos duplicó los suyos; pero el que sólo había recibido uno se acercó a su señor y le dijo: "Señor, yo te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; he aquí, ahí tienes el que es tuyo. Respondió su señor y le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego donde no sembré, y recojo donde no esparcí; debías, pues, poner mi dinero a los cambistas, y entonces a mi venida habría recibido lo mío con usura." El señor recompensó a los que habían aumentado sus talentos, pero condenó al que había enterrado el dinero de su señor.

(Concluido la próxima semana).

15 de julio de 1889

El yugo de Cristo es fácil

[Sermón en Chicago, 10 de abril de 1889.]

(Concluido.)

EGW

Hay muchos que parecen tener miedo de que si vienen a Jesús el Señor obtendrá algunos de sus medios. Se las arreglan de alguna manera para enterrarlo todo en el mundo. Si el Señor te ha dado el talento de los medios, es para que se lo des a los cambistas, para que en su venida reciba lo suyo con usura. La habilidad que Dios nos da, no es para que la usemos para nosotros mismos, para gratificar la ambición egoísta y el orgullo. Debemos emplear nuestros talentos para ser colaboradores de Cristo en ganar almas para la vida eterna. No debemos despreciar las pequeñas oportunidades, sino mejorarlas a medida que se nos presenten.

En Inglaterra, un pastor fue a su iglesia a predicar una mañana lluviosa, y se encontró con que sólo tenía un hombre de público. Pero no quiso defraudar a su oyente y le predicó con seriedad e interés. Como resultado, el hombre se convirtió y se convirtió en misionero, y gracias a sus esfuerzos miles de personas escucharon las buenas nuevas de salvación. Un discurso hizo el trabajo por él, y recogió abundantemente para el Maestro.

Estando en Vallenge, Francia, hablé en una ocasión a una congregación de seis personas con tanto interés como hablo hoy a esta congregación. Ese discurso resultó en mucho bien. Un hombre inteligente que había renunciado a la verdad, volvió a ponerse del lado del Señor, y ha dedicado sus talentos a hacer la obra del Señor. Debemos sembrar junto a todas las aguas,

sin saber cuál prosperará, ésta o aquélla. Debemos ofrecer nuestros talentos a los intercambiadores siempre que haya oportunidad.

Me alegro de que tengamos un Salvador que comprende todos nuestros males. Es cierto que fabricamos la mitad de nuestros problemas y sufrimos penas imaginarias e innecesarias. Hay muchos problemas en nuestras familias que podrían evitarse manifestando cortesía y amor. Jesús quiere que tengamos religión en el hogar. Quiere que revelemos su Espíritu a los que nos rodean. Necesitamos cultivar el amor. Hay quien piensa que es una prueba de debilidad manifestar afecto, decir palabras de amabilidad. Hay personas ávidas de afecto que rara vez reciben otra cosa que palabras amargas y poco amables. Pero si manifiestas un espíritu áspero y poco compasivo, verás el mismo espíritu reflejado en los que te rodean. Todos necesitan ternura y compasión. No debes hacérselo más difícil a los que tienen dificultades y penas hablando de forma poco amable y áspera.

¿Por qué no habríamos de cultivar constantemente un espíritu semejante al de Cristo, bondadoso, compasivo y amoroso? ¿Por qué hemos de permitir que Satanás nos convierta en sus agentes en el círculo familiar, que proyecte una sombra cuando podríamos reflejar la luz? No puedes permitirte pronunciar estas duras palabras; se encontrarán contigo de nuevo en el día del Juicio. Debemos revestirnos de toda la armadura de Dios, y asirnos bien desde arriba.

Cristo invita a todos los cansados y agobiados a que acudan a él. Quiere que le hagas su amigo y confidente. Has buscado la amistad humana y has revelado a otros asuntos que sólo pertenecen a marido y mujer. Has traído a un tercero para que haga travesuras traicionando tus secretos a quienes no deberían saber nada de ellos; pero si haces de Cristo tu amigo familiar, él nunca traicionará tu confianza. Jesús no se aprovechará de tu confianza. Escuchará pacientemente. Él sabrá qué consejo darte, qué debes hacer, y ajustará cada dificultad para tu propio bien. Será un consejero seguro y comprenderá los motivos que te han impulsado a actuar.

Cuando vengas a Jesús, deja tu carga con él. No te lleses tu carga para torturar a otra alma con ella. Déjala con él, que es el único que puede comprenderlo todo. La religión de Jesús eleva, ennoblece y refina el carácter. Si somos estudiantes en su escuela, él pondrá su molde sobre nosotros, y nos capacitará para resistir con poder moral las tentaciones del maligno.

Cuando Jesús se inclinó a orillas del Jordán en su bautismo, el Cielo se abrió a su oración en favor de la humanidad. El Espíritu, en forma de paloma de oro bruñido, rodeó su cabeza, y una voz del Cielo dijo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia". ¿Qué nos dice esto a nosotros? Dice a cada pobre alma tentada: el Cielo está abierto a las oraciones de la humanidad. Cristo ha rodeado a la raza caída con su brazo humano, y con su brazo divino se ha asido al trono del Infinito. Por el mérito de Cristo, el Cielo se abre al hombre. "Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre: *Yo conozco tus obras*; he aquí que he puesto delante de ti una puerta abierta, y nadie la puede cerrar". Las puertas están abiertas, y la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo resplandece para el hombre. La luz del Cielo puede brillar sobre ti, como brilló sobre él.

Madres, la invitación es para vosotras, en vuestros disgustos y perplejidades, para que vengáis y encontréis descanso a los pies de Jesús. Debéis obtener su gracia en el trato con

vuestros hijos. Nunca permití que mis hijos vieran a mi madre sin paciencia. No traté de corregirlos hasta que supe que tenía perfecto control sobre todos mis sentimientos de impaciencia. Cuando me acercaba a ellos con voz y espíritu subyugados, me ganaba su confianza. Debemos aprender la mansedumbre de espíritu del divino Maestro.

Los niños deben ser considerados como miembros más jóvenes de la familia de Cristo. Nunca debemos pronunciar una palabra que no estaríamos dispuestos a oír repetida por nuestros hijos. Debemos aprender de Cristo mientras les enseñamos a ellos. Cuando los padres son pacientes y comprensivos, y los hijos bondadosos y obedientes, el Cielo mira con gozo sus hogares. ¿Recuerdan lo que Cristo le dijo a Pedro? No sólo dijo: "Apacienta mis ovejas", sino también: "Apacienta mis corderos". Los corderos deben ser alimentados. Los ministros deben prestar más atención a los corderos del rebaño. Estas almas jóvenes y tentadas que tienen que luchar con tendencias heredadas y cultivadas al mal, necesitan vuestra simpatía y paciencia, y amor. Debéis decirles palabras de aliento. Son miembros de la familia de Cristo. Deben estar unidos a sus corazones por el cordón de seda del amor. Deben ser instruidos para que vengan a Cristo y encuentren descanso en todas sus tentaciones y cargas. Deben ser llevados a aquel que es manso y humilde de corazón, para que aprendan de él, y lleven su yugo, y encontrarán que su yugo es fácil y su carga ligera.

22 de julio de 1889

Formación a domicilio

[Charla vespertina en Chicago, 11 de abril de 1889.]

EGW

La madre es una maestra, y en gran medida moldea el carácter de sus hijos. Pero ¡qué pocas son las madres que se dan cuenta de la responsabilidad que recae sobre ellas! Muchas madres gastan su tiempo en hacer cosas innecesarias. Dedicán toda su atención a las cosas del tiempo y del sentido, y no se detienen a pensar en las cosas de interés eterno. Cuántas descuidan a sus hijos, y los pequeños crecen toscos, ásperos e incultos. Las madres pueden haber adquirido conocimiento de muchas cosas, pero no han adquirido el conocimiento esencial a menos que tengan un conocimiento de Cristo como Salvador personal. Si Cristo está en el hogar, si las madres lo han hecho su consejero, educarán a sus hijos desde su más tierna infancia en los principios de la verdadera religión. Les enseñarán obediencia y sumisión. No permitirán que desobedezcan sus mandatos.

Cuando a los niños se les permite seguir su propio camino en oposición a la voluntad de sus padres, pierden el respeto por el padre y la madre, y aprenden a despreciar incluso la autoridad de Dios. Se les permite manifestar pasión en el hogar, y cuando son llevados a la iglesia, exhiben allí los mismos defectos de carácter que exhiben en el hogar. Si alguna vez se convierten, tendrán que aprender al pie de la cruz lecciones que podrían haber aprendido en las rodillas de su madre. Están marcados por los defectos del padre y de la madre. Los padres no acudieron a Cristo en busca de la gracia de la paciencia y la tolerancia. La madre no sintió la importancia de ser como Cristo, de manifestar amor y mansedumbre.

Cuando Cristo venga en las nubes del cielo, cada hombre será recompensado según haya sido su trabajo. Cada padre y cada madre tendrán que dar cuenta de cómo han empleado sus talentos, y cómo han llevado sus responsabilidades.

Una familia bien disciplinada es un gran poder para el bien en el mundo. Educar a sus hijos de tal manera que puedan resistir la tentación del mal, para que no se corrompan con la iniquidad, es una de las tareas misioneras más importantes. ¿Por qué hay tanta corrupción entre los jóvenes de hoy? En gran medida se debe a que los padres descuidan la labor que Dios les ha encomendado, y el pecado está a su puerta. Antes de que sea demasiado tarde, los exhorto a que asuman sus deberes descuidados, y se despierten para darse cuenta de sus responsabilidades. Necesitaréis la gracia de Cristo en vuestro trabajo, y él dice no sólo a las madres, sino también a los padres y a los hijos: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar."

Madres, cuando cedéis a la impaciencia y tratáis con dureza a vuestros hijos, no estáis aprendiendo de Cristo, sino de otro maestro. Jesús dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Cuando encuentres duro tu trabajo, cuando te quejes de dificultades y pruebas, cuando digas que no tienes fuerzas para resistir la tentación, que no puedes vencer la impaciencia, y que la vida cristiana es un trabajo cuesta arriba, ten por seguro que no estás llevando el yugo de Cristo; estás llevando el yugo de otro amo. Pero por amor de Cristo, por amor de la verdad, os ruego que os arrepintáis y os convirtáis. No deshonres el nombre de la religión con un proceder incoherente.

Debes empezar a buscar a Dios donde estás. Debes nacer de nuevo. Debe haber una renovación, una nueva vida creada dentro de ti, para que no sirvas al pecado, o a los deseos de la carne. Sus hijos deben ser convertidos. Usted tiene un trabajo solemne que hacer.

No puedes permitirte perder el tiempo en conversaciones triviales, o en entretener a las visitas de moda. Debe tomarse tiempo para hablar y orar con sus pequeños, y no debe permitir que nada interrumpa ese tiempo de comunión con Dios y con sus hijos. Puedes decir a tus visitas: "Dios me ha dado una obra que hacer, y no tengo tiempo para chismes". Debes sentir que tienes una obra que hacer por el tiempo y por la eternidad. Tu primer deber es para con tus hijos.

El padre no debe excusarse de su parte en la obra de educar a sus hijos para la vida y la inmortalidad. Debe compartir la responsabilidad. Hay obligación tanto para el padre como para la madre. Los padres deben manifestar amor y respeto el uno por el otro, si quieren que estas cualidades se desarrollen en sus hijos.

Aquellos padres que manifiestan sabiduría en el hogar llevarán a la iglesia el mismo tacto y habilidad que ejercen en el hogar, y la iglesia se beneficiará con su influencia. Se interesarán por los hijos de sus vecinos, e influirán en otros para que sean fieles y leales a Dios.

Cuando Cristo se inclinó a orillas del Jordán después de su bautismo, y elevó una oración en favor de la humanidad, se abrieron los cielos, y el Espíritu de Dios, como una paloma de oro

bruñido, rodeó la figura del Salvador, y llegó una voz del Cielo que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia."

¿Qué significado tiene esto para ti? Dice que el Cielo está abierto a tus oraciones. Dice que eres aceptada en el Amado. Las puertas están abiertas para toda madre que quiera poner su carga a los pies del Salvador. Dice que Cristo ha rodeado a la raza con su brazo humano, y con su brazo divino ha asido el trono del Infinito, y ha unido al hombre con Dios, y a la tierra con el Cielo.

Alabado sea Dios por esto. Si hay alguien que debe alabar a Dios, son aquellos que han tenido estas maravillosas evidencias de su amor. Os señalo el Calvario y al Redentor sufriente. ¡Oh, que conozcamos su amor, que sobrepasa todo entendimiento! Si los padres tienen el amor de Dios en su corazón, podrán unir a sus hijos con los tiernos lazos del afecto. De esta manera podéis ser misioneros de Dios, podéis ser misioneros del hogar. Tenéis una obra que hacer para que Satanás no se apodere de vuestros hijos y os los arrebatase antes de que salgan de vuestros brazos. Madres, debéis procurar que los poderes de las tinieblas no controlen a vuestros pequeños. Debéis fijar vuestra voluntad en que el enemigo no levante su estandarte de oscuridad en vuestro hogar. Debéis estar decididas a llevar a vuestros hijos con vosotras al reino de los cielos. Tus hijos valen algo; han sido comprados a un precio infinito, y la vida eterna para ellos vale más que cualquier cosa que la tierra pueda ofrecer. Un carácter puro y santo vale más que la plata y el oro. Si los habéis instruido en los principios de la verdad, si los habéis reprendido cuando se entregaban al mal, si habéis manifestado el Espíritu de Cristo, habéis hecho una obra que el cielo aprobará.

Elí no reprendió a sus hijos cuando transgredieron sus mandamientos. Los complació en sus malos caminos, y se corrompieron más y más, hasta que el juicio de Dios cayó sobre la casa de Elí. El Señor dijo: "He aquí, yo haré una cosa en Israel, ante la cual temblarán los oídos de todo el que la oiga. En aquel día cumpliré contra Elí todo lo que he dicho acerca de su casa; cuando comience, también pondré fin. Porque le he dicho que juzgaré su casa para siempre por la iniquidad que él conoce; porque sus hijos se envilecieron, y él no los refrenó. Y por eso he jurado a la casa de Elí, que la iniquidad de la casa de Elí no será purgada con sacrificio ni ofrenda para siempre."

Cuán diferente fue el caso de Abraham. Dios pudo bendecirlo, porque dijo: "Yo lo conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio; para que haga venir Jehová sobre Abrahán lo que ha dicho de él." La ley de Dios era la regla en la tienda de Abraham. Dondequiera que acampaba, edificaba un altar al Señor, y ofrecía sacrificios con súplica y alabanza.

Los padres deben convertirse; deben despertar del letargo que se ha apoderado de ellos, y buscar a Dios para darse cuenta de la solemne responsabilidad que se ha depositado sobre ellos. Os ruego que despertéis y retoméis vuestro trabajo descuidado antes de que seáis pesados en la balanza y encontrados deficientes. Cada uno tiene una obra que hacer para el Maestro, y nadie puede llevar a cabo la obra que Dios le ha dado a menos que nazca de nuevo; pero el alma en la que Cristo mora, será capaz de satisfacer la mente de Dios, y recibirá la aprobación del Cielo.

29 de julio de 1889

Hay ayuda en Dios

[Sermón en Washington, D.C., Enero, 1889.]

EGW

"Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo también vencí, y me he sentado con mi Padre en su trono".

Cuando Cristo vino al mundo, el apetito y la pasión ejercían un control casi ilimitado, y parecía que el mundo estaba a punto de ser barrido bajo su poder desastroso. Los hombres estaban degradados, enfermos, empequeñecidos y lisiados por los efectos nefastos de la indulgencia egoísta en el mal. Pero el poder del apetito no puede entenderse plenamente hasta que se comprende el significado de la tentación de Cristo y su largo ayuno en el desierto. Cuando Cristo estaba desfalleciendo por la comida, Satanás vino a él y trató de dominarlo con la tentación.

No se apareció a Cristo como a menudo se le representa falsamente, como un diablillo con alas de murciélago y pezuñas de hierro. La Escritura afirma claramente que se transforma en un ángel de luz. Fue como un ángel celestial que abordó al Hijo de Dios. Le dijo al Redentor que no necesitaba ayunar más, que su larga abstinencia era aceptada por el Padre, que ya había ido demasiado lejos y que era libre de obrar un milagro en su favor. El tentador dijo: "Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan". Jesús le respondió: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Oh, si el hombre hubiera hecho caso de esta verdad, la raza nunca habría caído.

"Entonces el diablo lo llevó a la santa ciudad, y lo puso sobre un pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra." Pero de nuevo Jesús le salió al encuentro con la Escritura, diciendo: "Otra vez está escrito: No tentarás al Señor tu Dios."

"Otra vez le lleva el diablo a un monte muy alto, y le muestra todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos; y le dice: Todo esto te daré, si postrado me adorares". No presentó los reinos del mundo tal como aparecen ahora, sino en toda la gloria y atractivo en que es posible presentarlos. Deseaba que Cristo lo reconociera como su superior, y con esta condición prometió entregar el mundo en sus manos. Pero, ¿podía Jesús admitir que el mundo pertenecía a Satanás? ¿Podía reconocerlo como su superior, cuando sólo había Uno a quien debía homenaje? "Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás".

Hay muchos en este mundo que renunciarían a los principios del derecho por alguna ventaja mundana. Hay muchos que renunciarían a su rectitud por oro, o posición, o poder. Pero, ¿de qué sirve sacrificar las esperanzas del cielo por riquezas y honores terrenales? No puedes

llevarte tu tesoro a la tumba. Sólo un tiempo a lo sumo, y la vida habrá pasado, y "¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" Fijemos nuestros ojos en algo más duradero. El hogar de los santos es más digno de nuestro esfuerzo y afecto, porque es una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible.

El apetito ejerce una influencia controladora en el mundo. La indulgencia ilícita en el apetito y la pasión paraliza el poder del cerebro, y amortigua todas las sensibilidades y percepciones morales. Todos hemos sido comprados por un precio, incluso con la preciosa sangre del Hijo de Dios, y no tenemos derecho a abusar de nuestras facultades satisfaciendo egoístamente la lujuria. Debemos mantenernos en condiciones de prestar a Dios el servicio más perfecto posible. Con la vista puesta únicamente en la gloria de Dios, debemos procurar vivir en armonía con las leyes de nuestro ser.

Daniel se negó a comer en la mesa del rey y a beber del vino del rey. ¿Por qué lo hizo? Porque sabía que la indulgencia con el vino y la comida lujosa debilitaría las facultades de la mente y del cuerpo. Deseaba mantener su mente en condiciones de apreciar la palabra inspirada de Dios. Los que se complacen en cosas prohibidas obran directamente contra sus propios intereses y esperanzas. Los motivos egoístas conducen a la autoindulgencia, y los apetitos y pasiones animales se imponen y dominan sobre la mente y el alma. Los así dominados no pueden comprender la verdad del origen divino, ni apreciar el valor de las cosas celestiales. Son gobernados por el apetito, y el poder cerebral está entumecido. Se socavan los cimientos mismos del ser físico. No tenemos derecho a destruir la morada que Dios nos ha dado. Hemos sido comprados a un costo infinito.

Adán cayó en el jardín del Edén por no resistirse a las inclinaciones del apetito. Pero Cristo vino a emprender la batalla en favor del hombre. Se enfrentó y contendió con los poderes de las tinieblas, y en cada punto donde Adán cayó, Cristo obtuvo preciosas victorias. Él forjó un camino por el cual podemos ser salvados. Por depravados y pecadores que sean los hombres que buscan el perdón de sus transgresiones, encontrarán perdón y paz por el mérito de Cristo. La divinidad coopera con la humanidad en la obra de elevar y purificar el carácter. Cuando el poder convertidor de Dios se apodere del alma, obrará un cambio radical. Aquellos que antes han abusado de sus familias y amigos, comenzarán a trabajar fervientemente por su salvación. Jesús vino a salvar a los perdidos, a sacarlos de su condición caída, a hacerlos más que vencedores y a darles un asiento en su trono. Oh, que el templo del alma sea limpiado de toda contaminación. Oh, que no ofrezcamos a Dios una ofrenda enferma y contaminada. Se ha pagado un precio infinito para unirnos a Cristo. La autocomplacencia debe cesar. Debemos entrar en correctas relaciones con Dios, y debemos ser limpiados de toda iniquidad, y caminar dignos de la vocación a la que hemos sido llamados.

Cuando Jacob viajó a casa de Labán, se acostó a descansar en el desierto, con una piedra por almohada. Era un hombre desanimado y desilusionado. Le parecía que había sido abandonado por sus amigos y olvidado por Dios. Su propio hermano lo buscaba para quitarle la vida. Mientras dormía tuvo una visión. Apareció ante él una escalera, cuya base descansaba en la tierra y cuya cúspide llegaba a lo más alto de los cielos. Dios estaba encima de la escalera, y su gloria brillaba a través del cielo abierto e iluminaba cada vuelta de la escalera. Los ángeles subían y bajaban por ella. El plan de salvación estaba abierto a la mente de Jacob en este sueño.

Cuando Jacob despertó, dijo: "Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Qué terrible es este lugar! Ésta no es otra sino la casa de Dios, y ésta es la puerta del Cielo". Cristo era la escalera que vio Jacob. Cristo es el eslabón que une la tierra con el Cielo, y conecta al hombre finito con el Dios infinito. Esta escalera llega desde la degradación más baja de la tierra y de la humanidad hasta los cielos más altos. Hemos de ascender por la escalera que vio Jacob, pero no por nuestras propias fuerzas. Es la bondad de Dios la que conduce al arrepentimiento y a la reforma. No debemos luchar solos.

Los que han caído por el pecado y la iniquidad pueden recibir el amor perdonador de Dios. Por el arrepentimiento y la fe, los transgresores de su ley pueden llegar a Dios por medio de Cristo. Y cuando hayamos llegado a Cristo y hayamos dado los pasos necesarios para la conversión, debemos buscar las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Cuando estamos agobiados por preocupaciones y penas, ¿por qué no acudimos a nuestro Salvador, reclamamos sus promesas y encontramos en él una ayuda muy presente en todo tiempo de angustia? No estamos abandonados a las tentaciones de Satanás. Dios nos ha dado preciosas promesas por las cuales seremos partícipes de la naturaleza divina. En Cristo está nuestra ayuda. Cuando venimos con arrepentimiento y fe, por contaminados y pecadores que seamos, lo encontraremos como el Salvador del pecador. Él ha dicho: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". El pecador puede llevar su carga al Calvario y depositarla al pie de la cruz. Es el privilegio de cada uno dejar el pecado y la transgresión, y convertirse en un súbdito leal del Dios del Cielo. Podemos estar revestidos de la justicia de Cristo, pero su justicia no será una cubierta para la menor iniquidad. "Lavaos, limpios". Se ha abierto una fuente para Judá y Jerusalén, y toda mancha puede ser limpiada.

No esperéis a mejoraros. Cuántos hay que piensan que no son suficientemente buenos para venir a Cristo. ¿Esperáis mejorar por vuestro propio esfuerzo? "¿Acaso puede el etíope mudar de piel, o el leopardo sus manchas? Entonces haced también vosotros el bien, que estáis acostumbrados a hacer el mal". Pero hay ayuda para nosotros en Dios. Somos prisioneros de la esperanza. Dios tiene poder reservado para nosotros. Los que piden ayuda, ejercitando la fe en Jesús, la recibirán.

El poder divino cooperará con el esfuerzo humano. Hermanos, las puertas están abiertas, y la gloria de Dios brilla para cada alma que mira al Cielo en tiempos de prueba y perplejidad. Cuántos acuden a los amigos humanos cuando están en apuros. Pero cuán vana es la ayuda que el hombre puede dar. La ayuda humana es sólo como una caña quebrada. Cristo se ha manifestado al mundo como Aquel que puede vendar a los quebrantados de corazón y consolar a los que lloran. El cielo se abrió al hombre mediante el sacrificio del Hijo de Dios. "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos". Vino al mundo para comprender todas las necesidades de la humanidad caída. Cargó con las penas y los dolores de los hombres. Por los sufrimientos que padeció en favor de los hombres, se convirtió en un Salvador perfecto, y nosotros, por su gracia, podemos llegar a ser perfeccionados y ser herederos de Dios y coherederos con Cristo en el reino eterno.

5 de agosto de 1889

El Evangelio para judíos y gentiles

EGW

"Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, separado para el evangelio de Dios (que él prometió antes por sus profetas en las Sagradas Escrituras), acerca de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, que fue hecho de la simiente de David según la carne; y declarado Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos; por quien hemos recibido gracia y apostolado, para obediencia a la fe entre todas las naciones por su nombre; entre las cuales también vosotros sois llamados de Jesucristo.... No me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en él se revela la justicia de Dios por fe y para fe, como está escrito: El justo por la fe vivirá. Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad." Romanos 1.

Pablo declara que, como apóstol, está llamado a realizar una obra especial. La verdad le había sido revelada para que predicara el evangelio de Dios, no sólo a los judíos, sino también a los gentiles. No carecía, como los falsos profetas, de una comisión divina para dedicarse a la obra de predicar a Jesús y a éste crucificado. Cristo mismo le había llamado a la obra mediante una revelación celestial de sí mismo.

Debía llamar la atención de los hombres sobre el Evangelio, que Dios había prometido por la palabra de los profetas. Debía revelar las revelaciones divinas del Antiguo Testamento y mostrar cómo el Evangelio iluminaba la antigua dispensación. Debía demostrar el hecho de que tanto los profetas como los apóstoles eran testigos de Cristo como Mesías. En su naturaleza divina se declaraba que Jesús era el Hijo de Dios, pero la divinidad de Cristo era el hecho al que se oponían constantemente los fariseos. El gran argumento que fundamentaba la divinidad de Cristo era su resurrección de entre los muertos. A los que creían en él les llegaba un testimonio abrumador, pues había sido visto entre ellos, y los que no quisieran recibir la gran serie de pruebas que se les podían presentar, no se habrían dejado convencer por ninguna prueba.

La primera oferta de las buenas nuevas de salvación se hizo a las ovejas perdidas de la casa de Israel; pero rechazaron el precioso don de Dios, y Pablo dijo: "Vosotros os juzgáis indignos de la vida eterna; he aquí, nos volvemos a los gentiles". Tanto judíos como gentiles estaban sin Cristo y en tinieblas. Para los judíos era muy desagradable pensar que necesitaban la salvación. Habían sido el pueblo peculiar de Dios, y habían mirado a los gentiles con desprecio. Cristo no sólo fue presentado como la esperanza y la gloria de Israel, sino también como una luz para iluminar a los gentiles. Esto era totalmente contrario a sus prejuicios.

La justicia de Dios fue revelada en el Evangelio. En él se dio a conocer el método por el cual el hombre había de reconciliarse con Dios. A pesar de la justicia de Dios y de la culpa del transgresor de su santa ley, se ideó un medio por el cual se podía satisfacer la ley mediante el sacrificio infinito del Hijo de Dios. Las ofrendas típicas de la antigua dispensación

señalaban a los hombres el Cordero de Dios que moriría en la cruz del Calvario, cuando el tipo se encontraría con el antitipo en la muerte del amado Hijo de Dios. Desde el tiempo de Adán y a través de las sucesivas generaciones, las ofrendas de sacrificio apuntaban hacia Cristo, y la fe de los hombres se fijaba en una ofrenda de valor infinito. Por la fe, los patriarcas y los profetas dependían de Dios, que trataba con ellos por medio de Cristo.

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Tanto amó al mundo que consintió en dar al justo por los injustos. La grandeza y profundidad de este amor le fue revelada a Pablo para que la diera a conocer a todas las naciones. El plan de salvación se abrió a su mente, y predicó, tanto públicamente como de casa en casa, el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. La ley condena, pero no puede perdonar al transgresor. El alma penitente y creyente no busca la justificación en la ley, sino en Cristo, el sacrificio expiatorio, que puede impartir su justicia al pecador y hacer que sus esfuerzos sean aceptables ante Dios. Cuando tomamos a Cristo por Salvador, somos capacitados para convertirnos en hijos obedientes, guardando todos los mandamientos de Dios.

Es la fe la que nos injerta en el sarmiento de la vid viva. La fe que depende de Cristo, obtiene de él la virtud como el sarmiento extrae savia de la raíz. Dice el profeta: "El justo vivirá por la fe", y esta verdad, entretejida en la experiencia religiosa de todo cristiano, debe ser aquella por la que vivirá el justo. La verdadera fe crece y se hace más fuerte. Es perseverante en su operación. El apóstol dice: "Porque en esto se revela la justicia de Dios de fe en fe".

Los gentiles no tenían luz sobre la ley de Dios, y no habían seguido la justicia, pero los que creyeron en Cristo alcanzaron la justicia por la fe en él. Aceptaron la ley de Dios como norma de carácter. Los judíos incrédulos no habían alcanzado los justos requisitos de la ley, porque rechazaron la única virtud que podía servir para hacerlos justos y aceptables ante Dios. "Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia [que es la de la ley], no se han sujetado a la justicia de Dios. Porque el fin de la ley es Cristo para justicia a todo aquel que cree". Cristo es el fin, o propósito, de la ley. La ley condena al pecador, y así lo conduce a Cristo por justicia.

Los judíos profesaban creer a los profetas y reconocer la autoridad de la ley de Dios. Pero la mayor parte de la nación tenía una fe meramente nominal. Cristo declaró a los maestros judíos: "Si hubierais creído a Moisés, me habríais creído a mí, porque él escribió de mí". Aquellos que realmente creyeron en la ley y en los profetas, fueron llevados por esta fe a aceptar a Jesús de Nazaret como el Salvador de los hombres. Los gentiles, por otra parte, fueron llevados primero a apartarse de su idolatría para aceptar a Cristo, y por medio de Cristo fueron llevados al conocimiento de la ley y de los profetas.

Primero, el hombre debe ver la justicia de la ley al condenar el pecado, luego debe contemplar la justicia de Dios en los méritos de Cristo, proveyendo perdón por el pecado. "Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad". Los hombres pueden tener un conocimiento de la verdad, y sin embargo no ser santificados por medio de la verdad.

(Concluido la próxima semana).

12 de agosto de 1889

El Evangelio para judíos y gentiles

(Concluido.)

EGW

El pueblo de Israel había sido sacado de la idolatría para convertirse en depositario de la verdad sagrada y siempre viva. El conocimiento del único Dios verdadero les fue dado. Fueron grandemente bendecidos con revelaciones divinas, envueltas en símbolos y ceremonias, hasta que el tipo se encontró con el antitipo en la muerte de Cristo. Todo en su vida privada y pública estaba relacionado con una religión revelada. La ley de Dios fue dada por Cristo, y especificaba tan claramente los deberes de la vida privada, social y pública, que nadie necesitaba equivocarse. Un Dios, el Creador de los cielos y de la tierra, fue puesto de manifiesto en el cuarto mandamiento, y su voluntad debía ser la voluntad de ellos. Los que adoraban al único Dios verdadero se fortalecían moralmente y desarrollaban caracteres fuertes y simétricos, mientras que los que adoraban a otros dioses se degradaban cada vez más, porque exaltaban las pasiones humanas y sancionaban el vicio en sus servicios religiosos.

La religión de Israel era una luz viva del cielo, que iluminaba con sus rayos todos los caminos y senderos de la vida. Dice el salmista: "Mostró su palabra a Jacob, sus estatutos y ordenanzas a Israel. No trató así con ninguna nación, ni los paganos tuvieron conocimiento de sus leyes". Se les enseñó no sólo que el Señor debía ser adorado, y su santa ley obedecida, que sus principios debían regirlos tanto en la vida privada como en la pública, sino que sus servicios religiosos eran la anticipación de un servicio mejor. Su fe estaba dirigida a Aquel que había de venir. Por la fe, sus corazones esperaban el gran antitipo. Esperaban constantemente la aparición del Mesías predicho en la profecía.

Satanás no estuvo inactivo durante la dispensación mosaica. Tentó continuamente al pueblo de Dios y lo indujo a la idolatría. Al pie del mismo monte donde la gloria de Dios se había manifestado con maravillosa majestad, los indujo a adorar el becerro de oro, y una y otra vez cayeron en la más grosera idolatría, porque abrigaban un corazón perverso de incredulidad. El orgullo, el amor a la ostentación, el amor a la pompa y al placer, tenían una influencia dominante sobre ellos.

Cuando Cristo vino al mundo, Satanás había llenado de tal manera las mentes de los hombres con falsedades respecto al objeto de su venida, que aquellos que habían sido tan minuciosamente instruidos respecto al Mesías largamente prometido no reconocieron al Hijo de Dios como el divino Salvador. No vino como sus orgullosos corazones habían imaginado que vendría. Su superioridad sobre las demás naciones consistía en la luz que el Cielo les había dado; pero cuando se negaron a caminar en ella, no fueron mejores, sino peores que las demás naciones. Sus propias ambiciones egoístas y el desprecio de los mandamientos de Dios los arrastraron hacia abajo desde la eminencia espiritual en la que Dios los había colocado. Cayeron en la envidia, los celos, el odio a todo lo que era puro y santo en su carácter. Despreciaron a Aquel divino que estaba entre ellos, que era capaz de salvar hasta lo sumo, o

destruir por completo. Pero su crimen llegó al colmo cuando Jesús fue rechazado y crucificado.

En los días de Pablo había hombres que profesaban la verdad y la sostenían con injusticia. Había quienes pretendían guardar la ley cuando eran transgresores de los mandamientos de Dios, y así, por precepto y ejemplo, hacían de ningún efecto los santos preceptos del Cielo. El Apóstol señala la iniquidad de los que despreciaban a los gentiles porque no conocían la ley, cuando ellos mismos, que habían sido bendecidos con tanta luz, eran impíos e insensibles a las misericordias de Dios. Se apartaban de los preceptos conocidos de la ley, y sus necios corazones estaban tan entenebrecidos por la práctica de la iniquidad, que no se daban cuenta de su propia inconsecuencia. Profesando ser sabios, llegaron a ser tan autosuficientes y tan corruptos de corazón que Dios los entregó a sus propias imaginaciones insensatas.

Los que tienen conocimiento de la ley de Dios y se enorgullecen de ese conocimiento, despreciando a otros que son más ignorantes, no son hacedores de la ley. Aunque el apóstol admite que los gentiles eran tan oscuros y pecaminosos como los judíos los representaban, aún así insiste a los judíos en sus propios defectos de carácter. Dice: "Por tanto, eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; porque en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; pues tú que juzgas haces lo mismo. Pero estamos seguros de que el juicio de Dios es según la verdad contra los que cometen tales cosas." Los que reconocían a Dios y condenaban las prácticas de los gentiles, con ello se condenaban a sí mismos, pues eran culpables de prácticas similares. Pregunta: "¿Piensas esto, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas, y haces lo mismo, que escaparás del juicio de Dios? ¿O menosprecias las riquezas de su bondad, de su paciencia y de su longanimidad, ignorando que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento?"

Los gentiles han de ser juzgados según la luz que les es dada, según las impresiones que han recibido de su Creador en la naturaleza. Tienen facultades de razonamiento y pueden distinguir a Dios en sus obras creadas. Dios habla a todos los hombres por medio de su providencia en la naturaleza. Él da a conocer a todos que es el Dios vivo. Los gentiles podían razonar que las cosas hechas no podrían haber caído en un orden exacto, y llevado a cabo un propósito diseñado, sin un Dios que lo haya originado todo. Podían razonar de causa a efecto, que debe ser que hubo una primera causa, un agente inteligente, que no podía ser otro que el Dios eterno. La luz de Dios en la naturaleza brilla continuamente en las tinieblas del paganismo, pero muchos que ven esta luz no glorifican al Señor como Dios. No permiten que la razón les lleve a reconocer a su creador. Rechazan al Señor, y erigen ídolos sin sentido para adorar. Hacen imágenes que representan a Dios y adoran sus obras creadas como un reconocimiento parcial de él, pero lo deshonoran en sus corazones.

Dios les concede favores y bendiciones constantemente. Son partícipes de las ricas generosidades del Cielo, pero no están agradecidos por las misericordias y bendiciones que les habla Dios. No aprecian el conocimiento, la gracia y la paciencia de su Padre celestial. No tratan de establecerse en la verdad, y sus imaginaciones pecaminosas los desvían por senderos de tinieblas. Cuando se abandona la verdad, la mente se aferra al error, el corazón necio se entenebrece, y los hombres, profesando ser sabios al no reconocer a Dios, se vuelven necios, y adoran las imágenes de las bestias y de los reptiles, y las obras de sus propias manos.

19 de agosto de 1889

Prohibidas las relaciones con espíritus malignos

EGW

El Señor ha comprado para sí a su pueblo, y ha manifestado su amor hacia él con la mayor evidencia posible, incluso derramando su sangre y entregando su vida en el Calvario. Descendió a nuestro mundo para redimirnos, para desposarnos y casarnos consigo mediante una alianza eterna. La unión matrimonial se toma como símbolo del carácter sagrado y duradero de la relación que existe entre Cristo y su Iglesia. Él dice: "Te desposaré conmigo para siempre"; y de nuevo: "Estoy desposado contigo"; y Pablo emplea la misma figura en el Nuevo Testamento cuando declara: "Te he desposado con un solo esposo, para presentarte como una virgen casta a Cristo".

Con amor indecible nos ha amado nuestro Dios, y nuestro amor se despierta hacia Él a medida que comprendemos mejor la longitud, la profundidad, la altura y la anchura de este amor que sobrepasa todo conocimiento. Pero cuando nos apartamos hacia otro señor, rompemos nuestros votos hacia él, y anulamos el pacto; y nos convertimos en adúlteros, eligiendo la amistad y el favor de otros, y demostrando ser infieles a aquel que ha muerto por nosotros. Declaramos con este acto de separación, que hemos encontrado su servicio duro y su amor insatisfactorio; y así lo deshonramos, y traemos su nombre en reproche ante el mundo.

El Señor, infinito en poder y sabiduría, ha declarado: "Tu marido es tu Hacedor". Todo lo que sirva para el mayor bien y el más alto interés del pueblo de Dios será provisto; y aunque el mundo trate de apartarlos de su lealtad, aunque sean llevados a lugares difíciles, y experimenten aflicción, no deben buscar el consejo del hombre, sino poner toda su confianza en Dios, echando todo su cuidado sobre él. Cristo prueba la sinceridad de la fe y el amor de su iglesia mediante la prueba y el dolor; y sacará del horno a los que son fieles, refinados y purificados.

Hay muchos que no soportan la prueba de su fidelidad. Cuando les sobreviene la aflicción, y se sienten perplejos por las circunstancias, y no pueden descubrir el propósito de la providencia de Dios, se impacientan y desconfían. Abandonan su confianza, olvidando las tiernas misericordias del pasado, y sus corazones se llenan de inquietud y lamentación. Descuidan la oración y rechazan el consuelo y la instrucción de la Biblia. Buscan consejeros entre los hijos de los hombres, cuestionando el proceder de Dios y esforzándose por saber lo que sabiamente ha ocultado.

El Señor, que todo lo sabe, dará a conocer las cosas que más interesan a sus hijos; y si considera oportuno velar los acontecimientos del futuro, es sólo porque nos ama y quiere obrar nuestro mayor bien. Si nos permitiera ver el futuro trazado ante nosotros, algunos de nosotros nos distraeríamos anticipando penas venideras, y otros serían confiados y atrevidos, y el mismo bien que nuestro Padre celestial quiso realizar por sus providencias omnisapientes, sería frustrado y frustrado.

Tenemos un enemigo que siempre está buscando a quién devorar; y su propósito es quitar a los hombres la confianza en Dios, hacerlos insatisfechos con su condición en la vida, y llevarlos a tratar de saber lo que Dios les ha ocultado, y a despreciar lo que ha revelado en su santa palabra. Controla las mentes de los hombres malvados, y los espíritus de los demonios se convierten en consejeros de los que rechazan la sabiduría de Dios. Pero nosotros, que tenemos un Dios santo, infinito en sabiduría, ¿acudiremos a magos, cuyo conocimiento proviene de una estrecha intimidad con el enemigo de nuestro Señor? ¿Estaremos entre los que se vuelven "tras los que tienen espíritus de adivinación y tras los magos, para prostituirse tras ellos", y así demostrar falsedad a nuestro mejor amigo hasta que su rostro se ponga contra nosotros?

Vivimos en una época de peligro, en una época de apostasía; los hombres malvados y los seductores son cada vez peores, Satanás obra con todo "engaño de iniquidad", y los siervos de Dios no deben hacer concesiones al enemigo, ni escuchar sus sugerencias de dudar de Dios. Hay muchos que se inquietan cuando no pueden ver el resultado definitivo de los asuntos. No pueden soportar la incertidumbre, y en su impaciencia se niegan a esperar para ver la salvación de Dios. Los males presentidos los llevan casi a la distracción. Ceden a sus sentimientos rebeldes, y corren de aquí para allá en apasionado dolor, buscando información acerca de lo que Dios no ha revelado.

Si confiaran en Dios y velaran en oración, encontrarían el consuelo divino. Su espíritu se calmaría por la comunión con Dios. El cansado y el agobiado encontrarían descanso para sus almas, si tan sólo acudieran a Jesús; pero cuando descuidan los medios que Dios ha ordenado para su consuelo, y se precipitan a otras fuentes de información, esperando aprender lo que Dios ha retenido, cometen el error de Eva, y así sólo obtienen conocimiento del mal. A Dios no le agrada este proceder, y lo ha expresado en los términos más explícitos. Esta impaciente prisa por rasgar el velo del futuro, revela una falta de confianza inquebrantable en Dios, y deja el alma abierta a las sugerencias del maestro-engañador. Satanás puede inducir a la mente a buscar a aquellos que tienen espíritus familiares, y a través de la agencia de sus médiums puede revelar extraordinarias visiones del futuro. A través de su conocimiento del pasado inspira confianza, y tiene a la pobre alma descarriada en su poder para llevarla cautiva a su voluntad; pero el Señor dice: "El alma que se vuelva tras los que tienen espíritus familiares, y tras los magos, para prostituirse tras ellos, yo pondré mi rostro contra esa alma, y la cortaré de entre su pueblo".

26 de agosto de 1889

El espiritismo, obra maestra del engaño

EGW

El espiritismo es la obra maestra del engaño. Es el engaño más exitoso y fascinante de Satanás, uno calculado para apoderarse de las simpatías de aquellos que han dejado a sus seres queridos en la tumba. Los ángeles malignos se presentan en la forma de esos seres queridos, relatan incidentes relacionados con sus vidas y ejecutan actos que ellos realizaron en vida. De este modo, hacen creer a las personas que sus amigos muertos son ángeles que revolotean sobre ellas y se comunican con ellas. Estos ángeles malignos, que suponen ser los

amigos difuntos, son considerados con cierta idolatría, y para muchos su palabra tiene más peso que la palabra de Dios. Así hombres y mujeres son llevados a rechazar la verdad, y a dar "oído a espíritus seductores".

La palabra de Dios declara en términos positivos que "los vivos saben que han de morir; pero los muertos no saben nada, ni tienen ya recompensa, porque su memoria ha sido olvidada. También su amor, y su odio, y su envidia, ha perecido ya; ni tienen ya parte para siempre en nada de lo que se hace debajo del sol." Esta clara escritura contradice directamente la enseñanza del espiritismo, y si se le prestara atención salvaría a las almas de la trampa del enemigo.

Muchos investigan el espiritismo por simple curiosidad. No tienen verdadera fe en él, y retrocederían horrorizados ante la idea de convertirse en médiums; pero se aventuran en terreno prohibido y peligroso. Cuando han caído en las garras del engañador, se encuentran en poder de aquel que hace de sus servidores los más abyectos esclavos, y nada puede librarlos sino el poder de Dios. La única seguridad para nosotros está en confiar implícitamente y seguir fielmente la instrucción de la palabra de Dios. La Biblia es la única carta que marca el camino estrecho que evita las trampas de la destrucción.

El propósito de Dios era librar a Israel de las abominaciones que causaban estragos en las naciones idólatras de su entorno. No debían sacrificar a Moloc, ni hacer pasar por el fuego a sus hijos o a sus hijas, ni buscar a los magos, ni contaminarse comulgando con los que tenían espíritus familiares. La instrucción de Dios a su antiguo pueblo es provechosa para nosotros hoy. "Santificaos, pues, y sed santos; porque yo soy Jehová vuestro Dios, y vosotros guardaréis mis estatutos, y los pondréis por obra; yo soy Jehová que os santifico".

El Señor presentó ante su pueblo los resultados de tener comunión con espíritus malignos, en las abominaciones de los cananeos; estaban desprovistos de afecto natural, eran idólatras, adúlteros, asesinos y abominables por todo pensamiento corrupto y práctica repugnante. Dice el apóstol Pablo: "Lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros tengáis comunión con los demonios". Sodoma había sido consumida por el mismo crimen que existía en Canaán; pero ¿podría ser que el pueblo que había tenido el privilegio de contemplar la gloria y el poder de Jehová, tuviera necesidad de ser advertido por estos ejemplos, para no caer en los mismos errores y morir bajo juicios similares? Los hombres no conocen su propio corazón, porque "engñoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso"; pero Dios comprende las tendencias de la naturaleza depravada del hombre.

Satanás esperaba una oportunidad para conducir al pueblo de Dios a condiciones favorables al desarrollo de la rebelión y la transgresión, a fin de hacerse tan aborrecibles a Dios como los cananeos. El adversario de las almas está siempre alerta para abrir canales al flujo desenfrenado del mal en nuestra naturaleza, que no hemos vencido; porque desea que nos arruinemos y seamos condenados ante Dios.

La condición de la sociedad actual es la misma que cuando Dios presentó ante Israel las abominaciones de los paganos; y las mismas advertencias son necesarias para el pueblo remanente. El espiritismo avanza triunfante por la tierra. "Espíritus de demonios que hacen

milagros" van "a los reyes de la tierra y de todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso". Los hombres buscan a los que tienen espíritus familiares; pero el pueblo de Dios no puede en ningún sentido seguir las prácticas del mundo. Deben guardar los mandamientos del Señor. La línea de separación debe estar claramente marcada entre los obedientes y los desobedientes. Debe haber enemistad abierta y declarada entre la iglesia y la serpiente, entre su simiente y la simiente de él.

Satanás estaba resuelto a mantener su dominio sobre la tierra de Canaán, y cuando ésta fue convertida en morada de los hijos de Israel, y la ley de Dios fue hecha ley de la tierra, odió a Israel con un odio cruel y maligno, y tramó su destrucción. Se introdujeron dioses extraños por medio de espíritus malignos; y a causa de la transgresión, el pueblo elegido fue finalmente dispersado de la tierra prometida.

La misma experiencia se repite en la historia del pueblo de Dios. Dios los está sacando de las abominaciones del mundo para que guarden su ley en la tierra del enemigo, y la ira del "acusador de los hermanos" no tiene límites. "El diablo ha descendido a vosotros, con gran ira, porque sabe que tiene poco tiempo". La tierra antitípica de la promesa está ante nosotros, una tierra donde ningún dios extraño vendrá jamás, ningún espíritu malo entrará; y Satanás desea destruir al pueblo de Dios, y cortarlo de su herencia.

Es hora de prestar más atención que nunca al mandato del Salvador: "Velad y orad, para que no entréis en tentación". Confía en Dios, por desconcertante que sea tu situación. Buscad su consejo, y no vayáis tras los que tienen espíritus familiares para ser contaminados por ellos. El que ha muerto para redimirte, ha prometido guiarte y revestirte de su propia justicia, si aborreces el pecado y te purificas del mal lavando tus vestiduras de carácter y emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero.

¡Qué amor, qué maravilloso amor, que Dios soporta la perversidad de su pueblo, y envía ayuda a toda alma que desea hacer su voluntad y abandonar el pecado! Si el hombre coopera con los agentes del Cielo, puede salir más que vencedor. Criaturas caídas como somos, capaces de los crímenes más repugnantes, sin embargo, podemos llegar a ser vencedores, por el poder de la gracia de Cristo, y tener un lugar en su reino eterno, para reinar con él para siempre.

2 de septiembre de 1889

El encargo del cristiano

EGW

"Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra."

Deseo llamar su atención especialmente a la comisión que Cristo dio a sus discípulos. Dijo: "Me seréis testigos... hasta los confines de la tierra". Pero ellos no estaban capacitados para presentar el evangelio de Jesús al mundo hasta que recibieron el don del Espíritu Santo. La

comisión que Cristo dio a sus discípulos entonces, es nuestra comisión hoy. Debemos ser testigos de él ante el mundo; pero no podemos impartir la luz del Cielo, a menos que la hayamos recibido. No podemos revelar a un Salvador del que no tenemos conocimiento.

Hay muchos que tienen una fe legal, casual. Han aceptado nominalmente a Cristo como el Salvador del mundo, pero no tienen evidencia en sus corazones de que él es su Salvador personal, de que ha perdonado sus pecados, de que tienen una conexión viva con Dios, la fuente de toda luz. No puedes enseñar a otros a Jesús y su justicia, no puedes describir su amor incomparable y la plenitud de su gracia, no puedes presentarlo como el todo en todo del cristiano, como el consolador y guía del hombre, a menos que tu propio corazón esté lleno de su amor. No podrás presentar a Dios como un Dios de compasión y amor a menos que puedas decir: "He gustado y sé que el Señor es bueno."

El hecho de que otros reciban bendiciones no beneficiará a tu alma; a menos que ejerzas fe en Cristo en tu propio beneficio, no serás bendecido. Que otros participen de la comida no servirá para alimentar tu fuerza física, ni alimentará tu fuerza espiritual ver a otros regocijándose en Dios y en su amor. Vosotros mismos debéis participar del banquete que vuestro Salvador ha preparado. Cada uno de vosotros debe lavarse y quedar limpio. Pero vosotros decís: ¿Cómo puedo hacerlo? ¿No nos has dicho que no tenemos poder por nosotros mismos para limpiar nuestras almas de una sola mancha de pecado? Sí, os lo he dicho, y sin embargo os digo: "Lavaos, limpios". Dios ha provisto un camino de salvación a un costo infinito para el Cielo. Una fuente para el pecado y la inmundicia ha sido abierta para Judá y Jerusalén.

El Padre "dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Hay muchos que actúan como si Cristo fuera el amigo de los hombres, pero que el Padre fuera su enemigo. Si así fuera, ¿habría entregado Dios a su Hijo a la muerte para que el hombre tuviera vida? Jesús dice: "Yo y mi Padre somos uno" Felipe dijo a Cristo: "Muéstranos al Padre y nos basta". Jesús se volvió hacia él y le dijo: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y aún no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre".

Cristo vino al mundo para realizar una obra especial. No vino a originar la verdad. Ya estaba originada. No vino a hacer a un lado lo que los patriarcas y profetas habían hablado; porque él mismo había hablado a través de estos hombres representativos. Él mismo fue el originador de la verdad. Cada joya de la verdad procedía de Cristo. Pero estas gemas de valor incalculable habían sido colocadas en falsos engastes. Su preciosa luz se había hecho para servir al error. Los hombres las habían tomado para adornar la tradición y la superstición. Cristo vino para sacarlas del falso marco del error y colocarlas en el marco de la verdad. Vino del Cielo para dar al mundo una representación correcta del Padre. A través de las sugerencias y tentaciones de Satanás, el Padre había sido representado como un ser de naturaleza severa e implacable. La vida cristiana se había representado demasiado como una vida de penurias y dolor. Dios era representado como un ser que vigilaba con ojos celosos, espionando los errores y faltas de los hombres para poder deleitarse en castigarlos con la disciplina más severa, y para que no pudiera haber paz ni alegría en su servicio, Satanás revistió al Padre con sus propios atributos de carácter prohibitivo. Todo esto era una falsa representación, y Cristo vino a revelar el carácter de Dios y la naturaleza de su servicio.

Los cristianos tergiversan a su Padre celestial cuando van lamentándose y gimiendo, como si estuvieran agobiados por una enorme carga, cuando sus semblantes expresan tristeza y abatimiento, y la sombra envuelve sus almas. Pero que no piensen que están sirviendo a Dios al hacer eso; están haciendo la obra de Satanás al tergiversar a Dios y su servicio. Deben presentarse ante el Padre y suplicarle que les muestre su bondad. Han perdido de vista a Jesús y su amor. Que vayan a Cristo y estudien su carácter, porque él vino a representar al Padre. ¿Recibiremos las falsas representaciones que Satanás hace de nuestro Dios, y seguiremos desanimados, sin paz ni gozo en el Espíritu Santo? ¿Seguiremos desconfiando del amor de nuestro Padre celestial y dudando de su bondad? ¿Qué mayor daño podríamos hacer a nuestros hijos y a nuestros amigos que darles tan falsas impresiones de la vida cristiana? La salvación del hombre fue adquirida a un precio infinito para el Padre. El Padre sufrió con el Hijo para poner la salvación a nuestro alcance. Su voluntad no es que perezca un alma, sino que todos se arrepientan y reciban la vida eterna. Él ha hecho todo lo que es posible hacer para salvar al hombre caído. No había otra manera de poner al hombre en armonía con su ley inmutable, sino mediante la muerte de Cristo. Cristo se convirtió en nuestra garantía, nuestro sacrificio, Salvador y ejemplo, y cuando todo el Cielo se ha derramado sobre nosotros en este don de Dios, ¿cómo no nos dará con él gratuitamente todas las cosas?

¡Cuánto perdemos al dudar del amor de Dios! ¿Por qué no nos acercamos audazmente al trono de la gracia, y por fe viva nos aferramos a los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado? Esta debe ser una obra individual. Yo no puedo salvarme por la fe de otro, ni otro puede salvarse por mi fe. Cada alma debe salvarse por su propia justicia. ¿Podemos fabricar esta justicia? No. Pero Jesús nos la ha provisto. Cuando el pecador viene a él, él toma su carga de pecado, y le da su justicia. El pecador más vil puede reclamar todo lo que fue provisto en el plan de salvación por los méritos de Cristo. Puede tener los atributos del Salvador. Puede salir a hablar de un Salvador vivo y ganar a los hombres para la verdad, porque sabe lo que es asirse de Cristo por fe viva. Ha dado los pasos necesarios de arrepentimiento, confesión y restitución, y puede enseñar a otros el camino de la salvación. Puede presentar a Cristo como alguien que dejó su trono real, que revistió su divinidad de humanidad para salvar al hombre caído. Puede presentarlo como uno que era rico y, sin embargo, por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, a través de su pobreza, nos enriqueciéramos. Puede ir sin el campamento, cargando con su reproche. Está dispuesto a negarse a sí mismo para que otros se salven.

Suponiendo que Cristo hubiera permanecido siempre en el Cielo, no habría habido salvación para el hombre; pero vino del Cielo para representar al Padre, para hablarnos de la gloria y de las riquezas de la eternidad, y para salvar a los pecadores mediante el sacrificio de sí mismo. Murió para que viviéramos; para que nos aferráramos a su justicia, y por la fe reclamáramos sus méritos. ¿Tenéis una religión experimental? ¿Sois colaboradores de Dios? ¿Habéis recibido la investidura del Espíritu Santo? Los que han recibido el conocimiento de Cristo no pueden callar. Son aquellos que no han probado el amor de Jesús los que pueden cruzar sus manos en seguridad carnal, y no tienen cargas por las almas. Son los que no son colaboradores de Dios.

Los que son sarmientos vivos de la Vid Verdadera, procurarán cumplir el encargo de Cristo, de ser testigos de Él hasta los confines de la tierra. Jesús ha dicho: "Vosotros sois la luz del mundo". ¿Te ha dado Dios intelecto? Deberías usarlo para su gloria. Si quieres ser una luz

en el mundo, debes relacionarte con Aquel que es la fuente de toda luz. Jesús ha dicho: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Cuando llegemos a lugares estrechos, él estará con nosotros. Estará a nuestra derecha para sostenernos. Aquellos que mantienen una conexión con Dios, pueden estar como estaba Nehemías en la corte del rey. Un día el rey le hizo una pregunta que implicaba consecuencias de la mayor importancia para el pueblo de Dios, y Nehemías sintió su debilidad y elevó una oración al Cielo. La ayuda le llegó en un momento. La respuesta apropiada para la ocasión estaba en sus labios. Así será con los que siguen a Cristo. En un momento de gran necesidad no estarán abandonados a sí mismos. Pueden elevar una oración al Cielo, y Dios les proporcionará la gracia y la sabiduría necesarias. Si hemos de ser obreros junto con Dios, si hemos de cumplir el encargo de Cristo, debemos acudir a la fuente de la vida. Debemos beber nosotros mismos del pozo de la salvación, si queremos refrescar a los demás. Hermanos, abramos nuestros corazones a la luz del Cielo, para que podamos destellar sus brillantes rayos en el camino de los demás. Encendamos nuestras velas en el altar divino, para ser portadores de luz en un mundo de tinieblas espirituales.

9 de septiembre de 1889

La sencillez de la fe

[Charla vespertina en Chicago, 6 de abril de 1889.]

EGW

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá." Mateo 7:7, 8.

Hay muchos que no comprenden la sencillez de la fe. Hacen grandes esfuerzos para entender cómo ejercer la fe, y piensan que deben tener una emoción transportadora, un alegre vuelo de sentimientos, o no tienen fe. Pero si tuvieran lo que desean, eso no probaría que tienen fe. ¿Qué es la fe? Es simplemente tomar a Dios por su palabra; es creer que Dios hará exactamente lo que ha prometido. Deberíamos ser una potencia de bien mucho mayor de lo que somos ahora, si cumpliéramos las condiciones que Dios ha puesto en su palabra, y confiáramos en él implícitamente. Es nuestra incredulidad la que nos lleva a la descripción que el Espíritu de Dios ha dado de la iglesia de Laodicea en su condición de tibieza. No hay nada más repugnante a nuestro gusto que el agua tibia, y por el uso de esta figura en la descripción de nuestra condición, podemos entender cómo nuestra falta de fe y amor, y nuestra indiferencia, es considerada por el Señor.

Todo el cielo nos mira; somos un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Los ángeles esperan de nosotros mucho más de lo que damos, en vista de lo que Dios ha hecho por nosotros. Han visto con asombro el sacrificio infinito que ha hecho Cristo para rescatarnos de la esclavitud del pecado, y hacer posible elevarnos por su propia justicia a un asiento en su trono. Ha puesto a nuestro alcance el poder divino por los méritos de su sangre. Podemos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, y ¿por qué no habría de mirarnos el Cielo con tristeza y decepción al ver que somos tibios en el servicio de Dios? Dedicamos nuestra atención a los asuntos triviales de la tierra, mientras que la salvación de

nuestras almas es tratada como una cosa de importancia secundaria. Dios nos ha dado el poder y la capacidad de mejorar al máximo en su servicio. Ha hecho posible que echemos mano del brazo del poder infinito para que seamos fuertes en su fuerza. Pero con todos estos grandes dones y privilegios superiores a nuestro alcance, ¿por qué nos contentamos con ser ineficaces en su servicio? No podemos trabajar en nuestra salvación a menos que aumentemos en fe y amor.

Una persona manifestará toda la fe que tenga. Si cree que realmente vivimos en los últimos días, dedicará su tiempo y sus talentos al servicio de Dios. No se contentará con enterrar sus capacidades en la tierra, empleándolas para favorecer los intereses percederos del tiempo. Buscará el poder que sólo Dios puede dar; y el asunto de mayor importancia para él será ver que tiene una conexión viva con el Cielo, para que pueda cumplir con su deber hacia sus semejantes y hacia su Dios. Día tras día, y hora tras hora, se dará cuenta de que ha de ser un obrero junto con Dios, un colaborador con Jesucristo.

Todas nuestras facultades son don de Dios. Él nos ha dotado de razón, y pretende que utilicemos este poder para comprender nuestra situación y glorificarle. Si usamos nuestras capacidades simplemente para glorificarnos a nosotros mismos, no estamos cumpliendo la voluntad de Dios. Dios le dio a Nabucodonosor su razón, pero el rey usó su habilidad para exaltarse a sí mismo. Se paseaba por la gran ciudad, y decía: "¿No es ésta la gran Babilonia que yo he edificado para casa del reino con la fuerza de mi poder, y para honra de mi majestad?". Olvidó el honor de Dios, y Dios le quitó la razón, y fue enviado a morar con las bestias del campo, a comer hierba como un buey. La relación de esta experiencia de Nabucodonosor es mostrarnos en qué se convertirá un hombre si Dios le quita su preciosa dote de la razón. Dios puede quitar los poderes de la mente, y no dejar nada en el pecho de un hombre sino el instinto de una bestia del campo.

El Señor desea que demos lo mejor de nosotros. Desea que ejerzamos de tal manera las facultades mentales que nos ha dado, que alcancemos el alto nivel de la ley de Dios. Quiere que guardemos su ley como la niña de nuestros ojos. El cielo está interesado en cada alma individual, porque cada uno de nosotros ha sido comprado por la preciosa sangre de Cristo. Somos propiedad de Cristo. Dice el apóstol: "¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios".

El Cielo está haciendo todo lo posible para que obtengamos la victoria y llevemos a cabo nuestra salvación, mientras Dios obra en nosotros el querer y el hacer por su buena voluntad. Es nuestro privilegio vivir de tal manera que podamos ser elevados al trono de Dios, que Cristo pueda mirar a los redimidos, y ver los dolores de su alma y quedar satisfecho.

Los talentos que Dios te ha dado aquí, ¿le glorificarán en el mundo venidero? Tú decides. Dios ha establecido las condiciones bajo las cuales puedes ser salvado en su reino. Dice el Salvador: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad". Si cumples estas condiciones por la gracia de Cristo, contemplarás los encantos incomparables del Rey en su hermosura, verás los atractivos del cielo, te darás cuenta al fin de cuál es "el mucho más excedente y eterno

peso de gloria" que se dará al vencedor. ¿Tendrás las riquezas eternas que están reservadas en el cielo para los que son guardados por el poder de Dios mediante la fe? Esta es la pregunta que cada uno tendrá que decidir por sí mismo.

Si acudimos a Dios sintiendo nuestra nada, sintiéndonos impotentes sin Cristo, sintiendo que debemos tener el poder que sólo Dios puede dar, no quedaremos defraudados. ¿Nos dará Dios una piedra si le pedimos pan? No; él satisfará nuestras necesidades con su abundante plenitud. Jesús ha puesto a nuestro alcance el poder de la tierra y del cielo. Ha revestido su divinidad de humanidad. Vino a nuestra tierra como varón de dolores, experimentado en la aflicción, para que conociéramos la bendición de la alegría sin fin en su reino eterno. ¿No deberíamos dar a Dios todo lo que nos pide? Si has probado la bendición de la paz y la alegría de creer, haz todo lo posible por llevar a otros a la fuente de aguas vivas de la que tú has bebido. Enalteced a Jesús. Su sangre nos ha comprado. Él suplica en nuestro favor. Es Cristo quien nos revestirá de su justicia.

16 de septiembre de 1889

La carga de Cristo es ligera

[Sermón en Chicago, ILL., 6 de abril de 1889.]

EGW

"Y me mostró al sumo sacerdote Josué que estaba delante del ángel del Señor, y a Satanás que estaba a su derecha para resistirle. Y el Señor dijo a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que escogió a Jerusalén te reprenda; ¿no es éste un tizón arrancado del fuego? Y Josué, vestido de ropas inmundas, se puso en pie delante del ángel. Y él respondió y habló a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras inmundas. Y a él dijo: He aquí, yo he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré con muda de ropa. Y dije: Pongan sobre su cabeza una mitra hermosa. Y pusieron sobre su cabeza una hermosa mitra, y le vistieron de ropas. Y el ángel del Señor estaba allí". Zacarías 3:1-5.

Satanás está siempre dispuesto a ofrecer resistencia a la obra que Cristo está dispuesto a hacer por las almas de los hombres. Jesús pregunta: "¿No es éste un tizón arrancado del fuego?". ¿No he elegido yo a este pueblo para mí? A pesar de que han transgredido, se da la orden: "Quitaos las vestiduras sucias". Esto se dirá de toda alma que verdaderamente se arrepienta del pecado y crea en Cristo. La justicia de Cristo le será impartida. Cristo vino para traer el poder divino al hombre, para revestirlo de su justicia. Dice: "Te he grabado en las palmas de mis manos". Nos conoce por nuestro nombre. Conoce todas nuestras pruebas y penas. Ha llorado y orado, y sabe socorrer a todo el que llora. Satanás te dirá que no puedes esperar en la misericordia de Dios; que eres demasiado pecador para salvarte. Pero debes decirle que Jesús ha dicho: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento".

Cuando Cristo se postró a orillas del Jordán, elevó una plegaria en favor de la humanidad, y se le abrió el cielo, y el Espíritu de Dios descendió en forma de paloma de oro bruñido, y rodeó su figura, y vino una voz del cielo que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." ¿Qué significaba esto? Significaba que el cielo se abría a las peticiones de la

humanidad. Cuando Jesús murió en el Calvario, el Padre aceptó el sacrificio, y la humanidad fue exaltada en la escala de valor moral ante Dios, porque Cristo se había hecho partícipe de la humanidad y había emprendido su redención.

La proclamación de Cristo en la cruz, "Consumado es", os dice que sois prisioneros de la esperanza. Hay muchos que idolatran el sentimiento. Pero vuestra esperanza no se funda en el sentimiento; se funda en la palabra de Dios. ¿No os ha dado Dios abundantes pruebas de su amor? Os señalo el Calvario. La luz de la cruz debería disipar toda duda de tu mente. Dios te ama y quiere salvarte. Debes aferrarte al Poderoso, y aferrarte al mérito de un Salvador crucificado y resucitado. Él es tu perfección. Él te ha traído su justicia a un costo infinito. ¿Lo aceptarás?

Debemos hablar de fe, y educar el alma para alabar a Dios. Dice el apóstol: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios." Mientras aprecies el amor de Dios, tendrás fe viva. Debes subir por Cristo; él es la escalera. No podríamos escalar las almenas del cielo si no fuera porque Cristo es la escalera. La base de la escalera descansa sobre la tierra, y la cima alcanza los cielos más altos. La base de esta escalera divina toca la tierra. Si se hubiera detenido una pulgada antes de eso, la humanidad nunca podría haber alcanzado la primera ronda; pero es la bondad de Dios la que te lleva al arrepentimiento, y la gracia y la misericordia de Dios brillan en cada ronda, porque Dios está por encima de la escalera. Su último peldaño llega hasta el cielo de los cielos. La luz del amor de Dios ilumina toda la longitud de la escalera, y cada peldaño hacia arriba es un peldaño hacia Él. Cuando subimos por esta escalera, estamos en camino hacia las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que le aman. Dice el apóstol: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman."

Debemos entretejer la fe en toda nuestra experiencia religiosa. Deberíamos elevar nuestras almas y hablar de la gloria de Dios. Cuántos hay que se dejan llevar por la tristeza y hablan sin esperanza. ¿Cuál es el problema? Satanás les ha representado mal el carácter de Dios. Ha proyectado su sombra en su camino y, en lugar de hablar de fe, han hablado de duda. Han magnificado el poder del enemigo y se han desanimado. Cuando sientas que las tinieblas se ciernen sobre ti, ¿por qué no hablas del poder de aquel que es el Dios fuerte, el Padre eterno y el Príncipe de paz? ¿Por qué no decir: "Tengo un Salvador poderoso. Mi fe está fija en él; está entrelazada en torno a Cristo. Él es mi esperanza y mi justicia"; y si haces esto, no pasará mucho tiempo antes de que tus labios pronuncien las alabanzas de Dios.

Debemos procurar comprender la verdad de origen celestial. Cristo es el autor de la verdad, y pretende que comprendamos sus principios. Pero cuántos dicen: Hemos leído la Biblia, y no podemos entender esto o aquello, y por lo tanto la rechazamos en su totalidad. ¿Por qué no pueden entender alguna parte de la verdad? Porque tratan de interpretar la palabra de Dios según sus propias opiniones preconcebidas. Hay otros que leen la Biblia sólo para probar su propia posición, y para torcer todo según su propia manera de pensar. El que abriga el error, no tiene a nadie a quien culpar sino a sí mismo; porque el que busca diligentemente la verdad, la encontrará y será santificado por medio de ella. Debemos desear conocer la verdad en todo punto. El entendimiento debe ser santificado mediante el conocimiento de la verdad. Debemos desear ver su belleza, y que su preciosa luz brille en nuestro camino.

Satanás quiere que nuestras mentes se menosprecien por el contacto con cosas triviales. La mente que se alimenta de pensamientos comunes, será una mente común; pero si es llevada a la altura de las cosas eternas, las cosas de la eternidad se llenarán de interés, y la mente se elevará y ennoblecerá. Nuestro ser físico se compone de lo que comemos, y nuestra naturaleza espiritual también se compone de aquello de lo que se alimenta. Si permitís que la mente se detenga en cosas comunes, será de orden común. Si estáis aquí como peregrinos y forasteros, hablaréis del país al que viajáis. Actuarán como si esperaran vivir allí. La mina de la verdad nos ha sido dejada para que la exploremos, y ¿cómo sabremos cuáles son sus tesoros ocultos a menos que cavemos en sus profundidades? Debemos buscar como un minero busca gemas en la tierra. No hay nada que pueda darnos mayor amplitud de mente que el estudio diario de la palabra de Dios. Debemos luchar con los difíciles problemas de las Escrituras. El divino Maestro te ayudará en el estudio de la verdad. Los ángeles estarán a vuestro lado para ayudaros a comprender sus principios y apropiaros de sus promesas.

Llenemos la sala de la memoria con bellas imágenes de cosas divinas. ¿Por qué hablamos tanto de los asuntos comunes de la vida? Deberíamos tener una conversación más elevada. Dice el apóstol: "Sed santos en toda conversación". Si obedeciéramos este mandato, nos colocaría en un terreno privilegiado. Hablemos de la esperanza de la inmortalidad y tratemos de ganar a otros para Cristo. No debemos actuar como si lleváramos un yugo pesado cuando tratamos de cumplir los requisitos de Dios. Jesús dice: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Nuestro Salvador no está en la tumba nueva de José. Ha resucitado y ha subido a lo alto, donde vive siempre para interceder por nosotros.

Hablemos de la bendita herencia eterna que está reservada en el cielo para nosotros que somos guardados por el poder de Dios mediante la fe para salvación. Al morar en las cosas celestiales, te asimilarás a lo divino. ¿No honraremos a Dios? ¿No procuraremos educar a todos los que están dentro de nuestra esfera de influencia para que lo honren? Si alguna vez nos unimos a la canción de los redimidos de lo alto, debemos comenzar a cantar la canción aquí. Si queremos llenar la bóveda del cielo con rica música, debemos aprender las notas de alabanza de abajo. No me habléis de la tierra; porque mis ojos han contemplado al Rey en su hermosura, y honrar a Dios es la obra más grande y gloriosa. Que yo sea pequeño y desconocido, pero que mi nombre tenga un lugar en el libro de la vida del Cordero, y sea inmortalizado entre las huestes celestiales. Quiero alabar a Dios con una lengua inmortal. Ninguna lengua mortal puede describir la gloria del Cielo. Debemos dejar que el tema del amor de Dios absorba toda la mente y la atención. Debemos esforzarnos durante toda la vida por alcanzar la inmortalidad y la gloria eterna mediante la paciente perseverancia en el bien. Quiero recibir una corona de gloria que no se marchita, cuando el pueblo fiel de Dios reciba sus coronas de vida. Cuando vislumbramos un poco la gloria de Dios, nuestro corazón se llena de un gozo inefable. Debemos apartar la mirada de nosotros mismos hacia Jesús, porque él ha provisto que tengamos gozo y paz en el Espíritu Santo; y al contemplar los encantos incomparables de Cristo, seremos transformados en la misma imagen.

23 de septiembre de 1889

El carácter inmutable de la Ley

[Sermón en Chicago, ILL., 9 de abril de 1889.]

EGW

Cuando Cristo gritó desde la cruz: "Consumado es", todo el Cielo triunfó. La controversia entre Cristo y Satanás en cuanto a la ejecución del plan de salvación había terminado. El espíritu de Satanás y sus obras habían arraigado profundamente en los afectos de los hijos de los hombres; pero los santos ángeles estaban horrorizados de que uno de los suyos pudiera caer tan bajo como para ser capaz de tal crueldad como la que se había manifestado hacia el Hijo de Dios en el Calvario. Todo sentimiento de piedad y simpatía que habían sentido por Satanás en su destierro se apagó en sus corazones. El hecho de que su envidia se manifestara en semejante venganza contra una persona inocente bastaba para despojarle de su supuesto manto de luz celestial y revelar la horrible deformidad que había debajo; Pero manifestar tal malignidad contra el divino Hijo de Dios, que con una abnegación y amor sin precedentes por las criaturas formadas a su imagen, había venido del cielo y asumido su naturaleza caída, fue un crimen tan atroz contra el Cielo que hizo estremecerse de horror a los ángeles, y rompió el último lazo de simpatía existente entre Satanás y el mundo celestial.

Cuando Cristo murió en la cruz del Calvario, exclamó en su agonía expirante: "Consumado es"; y Satanás supo que había sido derrotado en su propósito de derribar el plan de salvación. Cuando el Hijo de Dios salió del sepulcro de José, triunfante vencedor de la muerte, y rompió los grilletes de la tumba, sacó a los cautivos que Satanás había atado en el sepulcro. Presentó al mundo una muestra del gran día de la resurrección, cuando todos los que han dormido en Jesús serán resucitados a una gloriosa inmortalidad. Saldrán de sus tumbas a la trompeta de Dios, ascenderán a la ciudad de Dios y verán al Rey en su hermosura.

Cuando Cristo clamó: "Consumado es", el gran sacrificio estaba completo. Satanás y sus ángeles fueron desarraigados del afecto del universo. Satanás había seguido tal camino de engaño que los ángeles del cielo habían dudado de su verdadero carácter. Dios se mueve en un curso recto. Era imposible que Dios mintiera; pero Satanás era tan torcido como una serpiente. Todo el cielo se regocijó cuando Cristo resucitó de entre los muertos. Tenía poder para atar al hombre fuerte y despojarlo de sus bienes.

Debemos contemplar a Cristo y sus encantos incomparables. Debemos aceptarlo como nuestra justicia. Él vino a exaltar la ley de Dios. Tomó sobre sí nuestra naturaleza para alcanzar al hombre en su condición caída. Su muerte exalta la ley de Dios, y presenta al universo y al mundo la ley de Dios como inmutable en su carácter. La transgresión de la ley sólo podía ser perdonada mediante el sacrificio del Hijo de Dios. Hay muchos que pretenden creer que la muerte de Cristo libera a los hombres de la obligación de obedecer los preceptos divinos; pero ésta es la obra maestra de falsedad de Satanás. Una vez, cuando viajaba a Oregón en un barco de vapor, varias personas se reunieron en la cubierta de huracanes, justo fuera de mi habitación, ya que la puerta de mi habitación estaba abierta. Un ministro bautista les hablaba de la ley. Después de un rato dijo: "La Sra. White está a bordo y es una gran

defensora de la ley. Dice que nadie puede salvarse si no es guardando la ley. Ella pone toda nuestra salvación en el perfecto cumplimiento de la ley". Después de haberme tergiversado a mí y a los Adventistas del Séptimo Día durante algún tiempo, me dirigí a él y le dije: "Anciano B., la Sra. White está aquí para hablar por sí misma. He escuchado sus palabras, y le aseguraré que la Sra. White no cree tal cosa. No hay calidad en la ley para salvar al transgresor. Fue porque la ley fue quebrantada, y no había nada más que muerte ante el pecador, que Aquel que era igual al Padre, vino a la tierra y tomó sobre sí la vestidura de la humanidad. Fue a causa del pecado del hombre por lo que Cristo descendió del trono real, se despojó de su manto real y revistió su divinidad de humanidad. Vino a traer al hombre el poder moral, a unir consigo a la raza caída, para que por la fe en Jesucristo pudiéramos llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, y escapar de las corrupciones que hay en el mundo por la concupiscencia. Dice el apóstol: 'El pecado es la transgresión de la ley'. Pero Cristo fue manifestado para quitar el pecado, para salvar a su pueblo de sus pecados. El alma que cree en Cristo puede ser limpiada de toda contaminación y, por la gracia de Cristo, puede ser restaurada al favor divino.

"La ley señala a Cristo, y toda transgresión de la ley sólo puede ser expiada por la sangre del Hijo de Dios. La ley es como un espejo, para revelar al hombre sus defectos de carácter, pero no hay nada en la ley que remedie los defectos que señala. Pablo declara: Nada que os fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros públicamente, y por las casas, testificando a judíos y a griegos acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo'. Porque el hombre había quebrantado la ley de Dios y, por tanto, no estaba en armonía con Dios. ¿Por qué predicaba la fe en nuestro Señor Jesucristo? Porque Cristo había muerto en el Calvario y había abierto una fuente para el pecado y la inmundicia, para que Judá y Jerusalén se lavaran en ella y quedaran limpios.

"Pero aunque Jesús murió por los pecados de los hombres, no abolió ni un tilde de la ley. Dijo en el sermón de la montaña: 'No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos.'"

"Nos salvamos por el mérito de la sangre de Cristo, pero la justicia de Cristo no cubre el pecado de transgredir la ley de Dios, sin arrepentimiento. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para guardar los mandamientos de Dios, y entonces él nos imputará su justicia, porque creemos en Cristo y procuramos obedecer la ley divina. Esta es la razón por la que Cristo vino a este mundo, para traer su justicia al hombre, para que el hombre se aferre a su fuerza y haga las paces con Dios. Dios acepta los esfuerzos del hombre por cumplir la ley, porque Cristo le imputa su justicia. No podríamos cumplir la ley con nuestras propias fuerzas.

"La muerte de Cristo es un argumento incontestable que demuestra el carácter inmutable de la ley de Dios. Si Dios hubiera podido cambiar un solo precepto de su ley, entonces Cristo no tendría por qué haber muerto."

Le dije al ministro: "¿Me ha oído hablar alguna vez?". Me contestó que no. "En las miles de páginas que he escrito, ¿ha leído alguna vez algo en el sentido de que yo crea que la ley nos salvará?". Respondió: "No". "Entonces, ¿por qué ha hecho las declaraciones que ha hecho? Espero que no vuelva a repetirlas".

Después de esta charla, el ministro se llevó a su grupo al otro lado del barco, pero lo que yo había dicho no le influyó para dejar de hacer sus falsas declaraciones.

El apóstol Juan dice: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él." No necesitamos esperar ser altamente estimados por el mundo, porque el mundo no estimó a Cristo. Pero el hecho de que no seamos estimados por el mundo no es razón para que cubramos de luto la sala de la memoria y la llenemos de cuadros sombríos. Recordemos constantemente que Cristo dio su vida por nosotros; que aunque el mundo no nos conoce, nos ama con amor infinito. Hablemos de su amor incomparable. No contemos historias tristes. La Biblia está llena de las ricas promesas de Dios. Contemplemos al Salvador, porque al contemplarlo seremos transformados.

Si miramos el lado desagradable, si acumulamos dudas, tendremos dudas, sembraremos dudas y cosecharemos tinieblas. Debemos postrarnos al pie de la cruz. No pronunciemos una sola palabra de incredulidad. El enemigo puede traer una serie de circunstancias que influirán en nuestros sentimientos, pero no debemos dejar que esto nos desanime; debemos vivir por fe. "Nuestra leve tribulación, que es momentánea, nos produce un peso de gloria mucho mayor y eterno, mientras no miramos las cosas que se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas." Debemos apartar la mirada de la tierra, para respirar la atmósfera del cielo. Si continuamente moramos en la atmósfera de las preocupaciones de la tierra, encontraremos que nuestra vida espiritual se extingue; pero si elevamos nuestros pensamientos al cielo y a las cosas celestiales, nos daremos cuenta de que nuestra vida espiritual se renueva y se fortalece día a día. Si seguimos adelante para conocer al Señor, sabremos que sus salidas están preparadas como la mañana.

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>